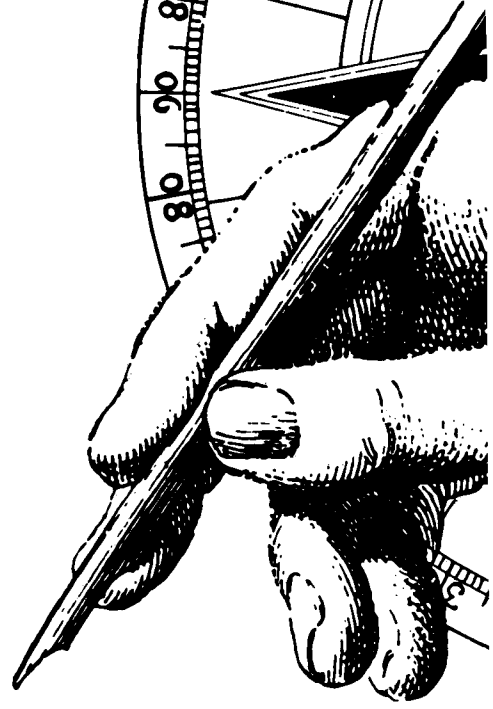


**HISTORIA MARITIMA DEL PERU**  
*Siglo XVI - Historia Externa* | **TOMO III**  
**VOLUMEN 2**



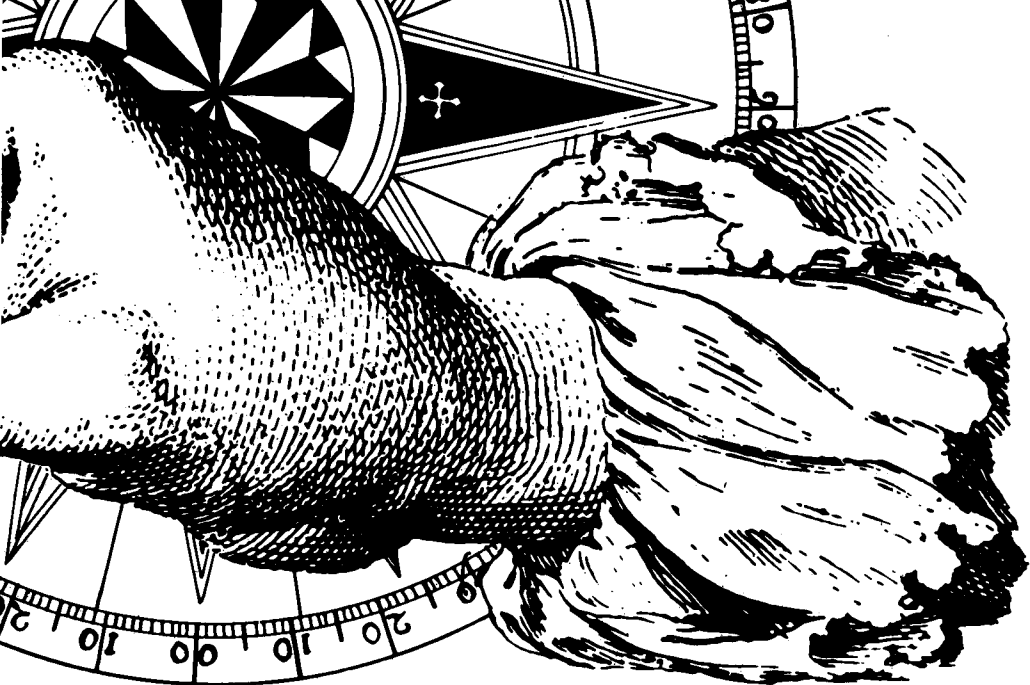






**HISTORIA**  
*Siglo XVI -*





**MARITIMA DEL PERU**  
*Historia Externa* | **TOMO III**  
**VOLUMEN 2**



*José A. del Busto Duthurburu*



**SIGLO XVI-HISTORIA EXTERNA**





# Indice

	Pág.
<b>CAPITULO I</b>	
<b><i>EL DESCUBRIMIENTO DEL MAR DEL SUR</i></b>	29
Vasco Núñez de Balboa	30
El Descubrimiento	35
El final del Descubridor	41
Notas al Capítulo	49
<b>CAPITULO II</b>	
<b><i>EL NOMBRE DEL PERU</i></b>	51
El Capitán Francisco Becerra	51
El soldado Pascual de Andagoya	54
El señorío de Birú	58
Notas al Capítulo	64
<b>CAPITULO III</b>	
<b><i>EL PRIMER VIAJE DE FRANCISCO PIZARRO</i></b>	67
El capitán trujillano	67
La Jornada del Levante	71
La exploración de Almagro	78
Notas al Capítulo	82
<b>CAPITULO IV</b>	
<b><i>EL SEGUNDO VIAJE DE FRANCISCO PIZARRO</i></b>	85
Los hallazgos del piloto Ruiz	85
La porfía de Atacames	87
La Isla del Gallo	97



	Pág.
Tumbes, la ciudad de piedra	103
El Hijo del Trueno	105
El nombre de la nueva tierra	109
Notas al Capítulo	114
CAPITULO V	
<i>EL TERCER VIAJE DE FRANCISCO PIZARRO</i>	117
La Capitulación de Toledo	117
El regreso de Castillo del Oro	122
La postrera salida	129
Las verrugas de Coaque	134
La Isla de Puná	140
El desembarco de Tumbes	148
El piloto Juan Cabezas y el paralelo de Chincha	154
El piloto Pedro Corzo y la primera posición astronómica de Lima	172
Notas al Capítulo	180
CAPITULO VI	
<i>LA GUERRA DE ALMAGRO EL VIEJO</i>	185
El soldado Manchego	185
La armada de Pedro de Alvarado	197
El oro del Perú	203
El descubrimiento de las Islas Galápagos	206
El paralelo de Chincha	209
La opinión de los pilotos	214
Notas al Capítulo	219
CAPITULO VII	
<i>EL DESCUBRIMIENTO DEL AMAZONAS</i>	223
El pariente de los Pizarro	223
El país de la Canela	229
"Río abajo con propósito de luego dar la vuelta"	235
A través del río Napo	243
El Descubrimiento del Río Grande	249
Los Omaguas	256
Las Amazonas	265
El puerto de salvación	275
La verdad sobre el descubrimiento	276
El Adelantado	286
Notas al Capítulo	291
CAPITULO VIII	
<i>LA GUERRA DE ALMAGRO EL MOZO</i>	297
La nao del Obispo de Plascencia	297
El hijo del Adelantado	303

	Pág.
La expedición de García de Alvarado	306
Notas al Capítulo	313
CAPITULO IX	
<i>LA GUERRA DEL GRAN GONZALO</i>	315
El Virrey Blasco Núñez Vela	315
La rendición de la armada virreinal	325
La liberación de Blasco Núñez	332
La armada de Hernando de Bachicao	336
La hazaña de Melchor Verdugo	339
La armada de Pedro Alonso de Hinojosa	357
La rendición de la armada gonzalista	363
El viaje de Gasca al Perú	370
La armadilla de Lorenzo de Aldana	375
Epílogo	383
Notas al Capítulo	384
CAPITULO X	
<i>LA GUERRA DE FRANCISCO HERNANDEZ</i>	389
El capitán descontento	389
Dos mareantes hazañosos	401
El motín de Toribio Galíndez	403
La nave ausente	409
Notas al Capítulo	413
CAPITULO XI	
<i>LA SEGUNDA NAVEGACION DEL AMAZONAS</i>	415
El soldado vizcaíno	415
Los aprestos de una jornada	421
El Tenedor de Bienes de Difuntos	425
El Príncipe del Perú	432
La orgía de sangre	438
La Margarita	447
La Carta al Rey Felipe	452
La muerte del vizcaíno	459
Epílogo	462
Notas al Capítulo	469
CAPITULO XII	
<i>EL DESCUBRIMIENTO DE LAS ISLAS DEL REY SALOMON</i>	473
Los antecedentes	473
La búsqueda	477
El hallazgo	488
El retorno	502
Notas al Capítulo	513

	Pág.
<b>CAPITULO XIII</b>	
<b>LA INCURSION DE FRANCIS DRAKE</b>	517
El enemigo de España	517
En las costas del Perú	520
El final de una aventura	526
Notas al Capítulo	537
<b>CAPITULO XIV</b>	
<b>LA FORTIFICACION DEL ESTRECHO</b>	541
La búsqueda infructuosa	541
La expedición al Sur	548
El Estrecho visto al revés	560
La ciudades magallánicas	570
El final de una aventura	585
Notas al Capítulo	590
<b>CAPITULO XV</b>	
<b>LOS ULTIMOS CORSARIOS ISABELINOS</b>	593
El ejemplo de John Oxenham	593
El triunfo de Thomas Cavendish	597
La derrota de Richard Hawkins	605
Notas al Capítulo	615
<b>CAPITULO XVI</b>	
<b>EL DESCUBRIMIENTO DE LAS MARQUESAS Y DE LA ISLA DE SANTA CRUZ</b>	617
La expedición frustrada	617
La solución salomónica	621
"Las Marquesas de Mendoza"	626
Tinakula: la isla del volcán	633
Santa Cruz: la isla del infierno	638
Doña Isabel Barreto de Castro	651
La hazaña de la perulera	658
Notas al Capítulo	663





Francisco Pizarro, descubridor de las costas del  
Perú, según el lienzo quinientista que se  
conserva en el Archivo de  
Indias. (Foto: Manuel Romero).



D.FRAN.<sup>CO</sup> PIZARRO.



TYPVS ORBIS



FRANCISCO  
XAVIERI



JOHANNES  
MARQUES

El Mar del Sur en el *Typus Orbis Terrarum*.  
(Foto: Manuel Romero).



## Capítulo I

### EL DESCUBRIMIENTO DEL MAR DEL SUR

La historia del Mar del Sur —nombre austral que por su oposición al Mar del Norte nos habla aún de una geografía aferrada a los equilibrios ptolemaicos— nace con su *Descubridor*, el extremeño Vasco Núñez de Balboa. El Mar del Sur —Mar Gigante, en razón de su grandeza— representó un duro golpe a la sabiduría de los europeos, quienes lo ignoraban por completo, al extremo que Colón pensara que el Atlántico se confundía con el Mar de la China y Américo Vespucio lo reconociera indistinto con el Mar de la India. No obstante, algunos intuyeron su existencia cuando tratando de superar la gran barrera que formaba el Nuevo Mundo, hablaron del “*paso*” o “*estrecho*”. Tal accidente obrado por natura debía unir el Mar del Norte con *el otro mar*, facilitando así el tráfico con el País de las Especies. Franceses, ingleses y portugueses pugnaron tercamente por hallarlo, mas el “*paso*” no se dejó encontrar. Igual desaire de la geografía americana sufrieron los españoles, quienes —según se dice en los escritos— llegaron a utilizar hombres como Solís, Pinzón, Caboto, Ponce de León y aun el del propio Vespucio sólo para este fin. Lo evidente es que el buscado “*estrecho*” no se halló, quedando el Mar del Sur en calidad de inédito y la costa oriental del Nuevo Mundo con la fama de una Gran Muralla que impedía curiosear al otro lado. Así las cosas se cumplen los 1513 años del nacimiento de Cristo y aparece *El Caballero del Barril*, y —aunque no por esto surge el “*paso*” que propicia la comunión marina— la visión de un nuevo Mar enriquece la Geografía Universal y sus descubridores, soldados que han se-



guido a Vasco Núñez en la empresa, sueñan con ser los primeros en navegarlo echados sobre troncos mecidos por las olas de la inmortalidad... Era el 25 de setiembre, día que siguió a la fiesta de Nuestra Señora.

### VASCO NUÑEZ DE BALBOA

Descendiente de una antigua familia leonesa y nacido en ese Jerez de Badajoz que no en vano llamarían Jerez de los Caballeros, Vasco Núñez de Balboa creció en un hogar donde no abundaba el pan. Se sabe que tuvo tres hermanos y que juntos compartieron la hidalguía con la dignidad que permitía la pobreza, pero a la postre el hambre exigió la separación y a ruegos de su progenitor Vasco Núñez fue incorporado como paje a la casa de don Pedro Portocarrero, *el Sordo*, Señor de la marinera villa de Moguer. Noticias de esta época afirman que el mozuelo era dado a la vida dispada y, por añadidura, aventurera. Sin duda se irritó mucho con las nuevas el padre del mancebo, porque, mediando un rompimiento con la familia, Vasco se marchó a Sevilla el año 1500, liberándose así de la paterna potestad. En el barrio de Triana se inscribió como soldado y subió a las naves de Rodrigo de Bastidas, partiendo con tal caudillo a las Indias de Colón<sup>1</sup>.

Con esta armada guiada por el célebre piloto Juan de la Cosa, el mozo tuvo oportunidad de recorrer las costas americanas del Cabo de Vela, Cuquibacoa y lo que sería después Nombre de Dios. Pero regresando a la Española naufragaron los barcos carcomidos por la "broma", hundiéndose con sus cargamentos de oro y perlas. Los soldados y marineros se salvaron luego de no pocos sufrimientos, y entrando por fin a la ciudad de Santo Domingo —la capital de la isla Española— fueron apresados por el Gobernador frey Nicolás de Ovando, quien los acusó de intrusos y los confinó en la cárcel. Balboa, por ser paisano de Ovando, tuvo mejor suerte, y liberado de los grillos pudo quedarse en la Española al frente de una granja en Salvatierra de la Sabana. Mas no eran sus manos para manejar el azadón, por eso el fruto del suelo fue mezquino ante su esfuerzo. Para resarcirse pidió dineros prestados, pero posteriores fracasos en la agricultura lo llevaron a mayores deudas y, por ende, a no poder abandonar la isla según mandamiento del Gobernador<sup>2</sup>.

Harto de vivir debiendo decidió fugar, haciéndolo secretamente dentro de un tonel en la nave que sacó del puerto el bachiller Martín Fernández de Enciso la vez que fue al socorro de su socio Alonso de Ojeda. Con él fugó su perro *Leoncillo*, cánido que valía una fortuna por las muchas cosas de guerra

que sabía hacer. El tonel con el hidalgo viaja en la cubierta y parece uno más de los que encierran provisiones. Pero ya lejos del puerto, estando aún la Española en lontananza, el tonel cruje y salta su tapa, surgiendo de su interior la rubia y desarreglada figura de Balboa. Enciso se pone frenético de ira y amenaza con abandonarlo en la primera isla desierta, pero alguien hace la defensa del furtivo pasajero, también de su perro de guerra, y el bachiller tiene que amainar su furia para no incurrir en la antipatía de sus hombres, y lo perdona a regañadientes<sup>3</sup>.

Días después los navíos del bachiller topan un bergantín destartalado. Treinticinco españoles hambrientos viajan en él a órdenes de Francisco Pizarro, el lugarteniente de Ojeda. Enciso le pregunta por su socio, Pizarro le dice que se marchó del fortín de San Sebastián ordenándole que si dentro de cincuenta días no volvía, que salvara a los setenta soldados de los trescientos que sacó de la Española y regresara a esa isla en dos bergantines. El plazo se cumplió y Pizarro partió con los barquichuelos, pero una ballena iracunda hundió a uno de ellos de un coletazo y el otro, con Pizarro, es el que Enciso tiene delante<sup>4</sup>.

El bachiller no se resigna y manda aproar al golfo de Urabá, pero su nave encalla luego de doblar la punta de Caribana. Balboa y su perro salvan nadando, encaramándose en otra carabela y llegando con ella al fortín de San Sebastián no ha mucho abandonado por Pizarro. El fortín estaba incendiado por los indios, inservible; todos maldicen al bachiller que los lleva a ver leños humeantes y posan sus miradas en Balboa. Entonces éste habló del Darién, donde había visitado con Rodrigo de Bastidas un río con pepitas de oro... Nadie lo piensa dos veces y todos claman ¡*Al Darién, al Darién!* con voces que traslucen una última esperanza<sup>5</sup>.

El Darién, la tierra del cacique Cemaco, los recibió con una guasábara. Pero se impusieron los castellanos y el reyezuelo tuvo que batirse en retirada. Allí se encontró algún oro y se fundó Santa María de la Antigua, la primera ciudad del continente. Pronto Enciso se hace odioso por su manía de dictar leyes, obstaculizando, sobre todo, el rescate de oro con los indios, por alegar que todo el metal dorado recogido le pertenecía. Balboa se perfila entonces como el caudillo de los descontentos y pregona a los cuatro vientos que la tierra que pisan no es de Ojeda ni de Enciso sino de Diego de Nicuesa, el de Veragua. La autoridad del bachiller decrece con la elección del Cabildo, pues Balboa salió electo Alcalde, lo que significó un llamamiento a Nicuesa. Pero llegado Nicuesa frente a la Antigua los vecinos cambiaron de parecer y, la misma semana de su arribo, lo reembarcaron a España. A decir verdad nunca más se supo de



Armas de la Casa de Balboa

él, ignorándose la suerte que corrió su vida. Envalentonados los vecinos con el fácil destierro de Nicuesa, Balboa al frente de ellos, hicieron lo mismo con Enciso. Vasco Núñez de Balboa se sintió tan dueño de todos, que se hizo llamar Gobernador<sup>6</sup>.

Las frecuentes incursiones por los territorios vecinos llevaron al nuevo gobernante al señorío de Careta, tomándole la aldea al grito de: ¡Santiago!. El cacique, ya rendido, le dio a su hija por manceba, sellando así un pacto de amistad. Anayansi se convirtió así en la dulce compañera del guerrero blanco y en la intimidad del *bohío* llegó a confiarle un día la leyenda del Dabaibe: un enorme templo de oro, adornado de perlas y piedras ricas, construido sobre una montaña desde donde se divisaba un mar azul... La mención del mar no fue tan valorada como la del oro<sup>7</sup>.

Así las cosas, cumpliendo su alianza con Careta, salió Balboa a combatir a Ponca. Estando en esta guerra el extremeño recibió una embajada de Comagre —otro reyezuelo de la región— invitándolo a visitar su tierra. A ella marchó el Caballero del Barril, seguido por Francisco Pizarro —su capitán de confianza— y otros bravos ya curtidos por el sol de Tierrafirme. Comagre, astuto, intimidado salió a recibirlos con grandes muestras de amistad. El palacio del monarca era una gran cabaña de madera sobre postes con finas tallas de caoba y guayacán en los interiores. Hamacas, muebles rústicos y pieles de jaguares completaban el decorado; arriba, en la planta alta del edificio, estaban todos los antepasados del cacique momificados a fuego lento. Era la cámara sagrada. La visita no fue corta y al final de la conversación el indio regaló a los blancos con algunas piezas de oro. Los españoles no pudieron refrenarse a la hora del reparto y, desconfiando de las balanzas que pesaban el botín, se dispusieron a defender su parte. Lo cierto fue que sobraron opiniones y discrepancias, por lo cual tras el rugir de los maldicientes se escuchó el desenvainar de los aceros, el entrechocar de los hierros y... la risa burlona de un indio espectador: era Panquiaco, el hijo del cacique Comagre. Los soldados interrumpieron la riña y se volvieron al nativo. Este entre sonriente y conciliador, cuentan que entonces dio un puñetazo en la balanza y dirigiéndose a todos les dijo: "*Qué es esto, cristianos? por tan poca cosa reñís? Si tanta gana teneis de oro... yo os mostraré provincia donde podais cumplir vuestro deseo; pero es menester para esto que seais más en número de los que sois, porque habeis de tener pendencia con grandes reyes, que con mucho esfuerzo y rigor defienden sus tierras*"<sup>8</sup>. Y al decir esto señaló hacia el Sur, añadiendo que allí había un mar "*donde navegaban otras gentes con navíos o barcos poco menos que los nuestros, con velas y remos*"<sup>9</sup>. Panquiaco, aunque se refería también a Tuba-

namá y otros régulos aledaños, estaba dando la primera noticia del Tahuantinsuyo y de las grandes balsas de los tallanes.

Pese a que agradeció efusivamente al indio la noticia, Balboa no entendió por el momento la verdad sobre la "provincia" anunciada, deteniéndose esta vez a interesarse sobre el mar meridional. Todavía no lo había visto, sin embargo, obsesionado como estaba, ya lo nombraba Mar del Sur, contraponiéndolo al Mar del Norte, llamado Atlántico o Tenebroso por los cartógrafos europeos. Pizarro, mientras tanto, tomaba para sí la noticia del País de las Grandes Balsas, cuyos habitantes "*tenían grandes vasos de oro en que comían y bebían*"<sup>10</sup>, lo que "*significaba haber más oro que hierro en Vizcaya*"<sup>11</sup>.

Pero el hallazgo del Océano azul no era cosa próxima. Todavía Balboa hubo de aplastar un conato de sedición y dar ciertos traspies en la búsqueda del Dabaibe y su dorado templo; recorrió en canoas el río Grande y el río Negro dándose con el señorío de Abenamachei, cuyos súbditos construían sus casas en lo alto de los árboles; tocó la Isla de la Cañafístola en medio de una corriente fluvial; también tomó a un indio que aseguró que más allá había otro río donde con redes se pescaba el oro. Por fin, con ciento noventa veteranos —entre ellos Francisco Pizarro— partió de la Antigua el 1º de setiembre de 1513, aunque, a decir verdad, disfracó el motivo de su viaje<sup>12</sup>.

El barquichuelo y las diez canoas lo llevaron a la costa de Acla, donde el cacique Careta recibió a Balboa y a su hija Anayansi con muestras de parentesco y amistad, ofreciéndoles comida, bebida e indios cargueros para el paso del istmo. Balboa estuvo poco tiempo en los dominios de Careta, lanzándose a la selva tropical al frente de sus hombres. Allí se comió iguanas en cantidad, pero también se perdió un perro de guerra que acabó tragado por un caimán hambriento, siendo lo más útil de la jornada las paces que hizo el extremeño con el Cacique Ponca quien le entregó víveres y cargueros, siguiendo con ellos a las tierras del cacique Torecha. El calor era sofocante, la marcha penosísima por la mucha vegetación salvaje, los mosquitos insufribles. Pero se siguió adelante y terminando esa selva infecta entraron a Cuarecuá, donde tuvieron un encuentro con los guerreros de Torecha. El cacique fue vencido y su aldea tomada. El cronista Gómara añade a la victoria los siguientes pormenores: "*En esta batalla se cogió preso a un hermano de Torecha, en hábito real de mujer, ya que no solamente en el traje, sino en todo, salvo en parir, era hembra. Entró Balboa en Cuarecuá, pero no halló pan ni oro, porque se lo habían llevado llos indios antes de pelear. Sin embargo halló algunos negros esclavos del señor. Preguntó de dónde los tenían y no le supieron decir o entender más que había hombres de aquel color cerca de allí,*



*con quien tenían guerra muy a menudo. Estos fueron los primeros negros que se vieron en Indias, y aún pienso que no se han visto más*"<sup>13</sup>

### EL DESCUBRIMIENTO

Dejando a los enfermos en Cuarecuá y con sólo sesentisiete soldados subió a una gran sierra, pues los indios aseguraban que desde lo alto el Océano austral se veía. A marchas forzadas subieron todos a las cumbres, advirtiendo una brisa ajena a la selva tropical. Algo antes de alcanzar la cima, Balboa ordenó parar a sus soldados y corriendo a lo alto —quería ser el primero— miró hacia el Mediodía y... ¡vio el mar!. Deslumbrado por la visión azul de sus aguas, cayó de rodillas y dio gracias a Dios por haberle alcanzado tal descubrimiento; luego regresó donde había dejado a sus compañeros y los llamó, los hizo subir hasta la cumbre, y les mostró el Mar del Sur al tiempo que les decía: "*Allí veis, amigos míos, lo que tanto deseábamos. Demos gracias a Dios, que tanto bien y honra nos ha guardado y dado. Pidámosle por merced nos ayude y guíe a conquistar esta tierra y nuevo mar que descubrimos y que nunca jamás cristiano vió, para predicar en ella el santo Evangelio y bautismo, y vosotros sed lo que soléis y seguidme, que con el favor de Cristo sereis los más ricos españoles que a Indias han pasado, hareis el mayor servicio a vuestro Rey que nunca vasallo alguno hizo a señor y tendréis la honra y prez de cuanto por aquí se descubriere, conquistare y convirtiere a nuestra fe católica*"<sup>14</sup>.

Al oír estas palabras todos se hincaron de rodillas ganados por la emoción del momento y oraron con las cabezas gachas. Luego se pusieron de pie y adentrándose en una euforia contagiosa arremetieron al capitán para abrazarlo y felicitarlo ruidosamente por su descubrimiento, prometiéndole no abandonarlo y seguirlo en la exploración del inmenso Mar hasta donde sus desconocidas aguas lo permitiesen. Estaban todos convencidos de que el hallazgo de esa mañana no podía ser mayor. Desde que Colón avistara el Nuevo Mundo, no se había vuelto a ver en esas partes nada de tanta importancia. Colón era un marino y halló tierra, Balboa era un soldado y había descubierto un mar. El descubrimiento pertenecía a la fama. Por eso estaban felices y no se cansaban de admirar, desde la lejanía en que se hallaban, las azules ondas que corrían hacia sus descubridores. El clérigo Andrés de Vera, en el colmo de la emoción, entonó un *Te Deum Laudeamus*. Terminado el acto religioso, Balboa proclamó a los cuatro vientos que tomaba posesión de aquellas tierras del Mar del Sur en nombre de los Reyes Católicos; segui-

damente algunos soldados cortaron un gran árbol e hicieron con él una cruz en la que grabaron los nombres de los Soboranos, clavándose el madero sobre un montón de piedras. Por último el escribano redactó el Acta del Descubrimiento, firmándola primero Vasco Núñez de Balboa, luego el Padre Andrés de Vera, en tercer lugar Francisco Pizarro y a continuación los sesenticuatro descubridores que restaban. Era el 25 de setiembre de 1513, domingo, antes del mediodía<sup>15</sup>.

Dispuesto a tomar personalmente posesión del Mar del Sur en nombre de la Corona de Castilla, Balboa envió a llamar a los que habían quedado en Cuarecuá. Antes de que se le reunieran bajó con sus hombres con dirección a las aguas marinas. Salió a impedirle el paso el cacique Chiape, pero se dispararon los arcabuces, se soltaron los alanos, y el cacique huyó con sus guerreros asustados con el olor de la pólvora que les daba en las narices. Poco después, gracias a los indios cuarecuanos, Chiape vino de paz, dándose por amigo de Balboa y vasallo de la Corona de Castilla. Para evidenciar sus sinceros deseos entregó al jefe de los guerreros blancos oro por valor de 400 pesos. Acabado de repartir este botín, se juntaron a Balboa los españoles venidos de Cuarecuá. Dispuesto a llegar cuanto antes a su Océano, Vasco Núñez planeó el descenso hacia la playa, enviando tres grupos a buscar el camino más apropiado. Uno fue al mando de Francisco Pizarro, otro al de Alonso Martín de Don Benito, el tercero lo mandaba Juan de Ezcaray. Separados los tres grupos en busca de su derrotero, empezaron a bajar la montuosa pendiente de las últimas estribaciones de esa sierra<sup>16</sup>.

La partida que primero llegó junto al Océano fue la del extremeño Alonso Martín de Don Benito. El Padre Las Casas refiere: *"El Alonso Martín acertó con el camino más breve, y a los dos días llegó donde halló tres canoas en seco y no vido ninguna mar; y estando considerando cómo aquellas canoas estaban tan dentro de la tierra sin agua, llega el agua de la mar de presto y levanta las canoas en alto un estado o poco menos; la causa es porque por aquella costa cresce y mengua la mar cada seis horas dos o tres estados, de manera que los navios grandes quedan en seco, y no parece agua de la mar por buena media legua. Visto las canoas nadar, entró luego el Alonso Martín en una, y dice a sus compañeros: Sedme testigos, como yo soy el primero que en la mar del Sur entra; otro, llamado Blas de Atienza, hizo lo mismo, y dijo que fuesen testigos que él era el segundo que aquello hacía; tornaron luego a Vasco Núñez con las nuevas, con las cuales hobieron todos regocijo..."*<sup>17</sup>.

Balboa esperó todavía a Pizarro y a Ezcaray, y llegados ambos con sus partidas exploradoras, con veintiséis españoles partió



Vasco Núñez de Balboa, Descubridor del Mar del Sur, según las *Décadas* de Herrera.

en demanda del Océano. Llevó consigo al cacique Chiape y algunos indios cargueros. Tras una marcha que la Historia salta presurosa, Balboa llegó a las húmedas arenas de la playa. No se acortó en su entusiasmo y, extasiado con la inmensidad azul, se metió al mar hasta los muslos, embrazada una rodela, con una espada en la diestra y el estandarte real en la otra mano. El mar, que habían encontrado menguado, estaba ya de crecida. El capitán avanzaba y las olas acudían a su encuentro, las miradas de sus hombres estaban fijas en él. Entonces, blandiendo la espada y agitando el pendón, comenzó a pasear voceando la toma de posesión que el cronista Oviedo ha salvado del olvido: *“Vivan los muy altos e muy poderosos Reyes don Fernando e doña Johana, Reyes de Castilla e de León e de Aragón... en cuyo nombre e por la Corona real de Castilla tomo e aprehendo la posesión real e corporal e actualmente destas mares e tierras e costas e puertos e islas australes, con todos sus anexos e reynos e provincias que les pertenescen, o pertenescer pueden en cualquier manera e por qualquier razón e título que sea o ser pueda, antiguo o moderno, e del tiempo passado e pressente o por venir, sin contradición alguna. E si alguno otro principe o capitán, criptiano o infiel, o de qualquier ley o secta o condición que sea, pretende algún derecho a estas tierras e mares, yo estoy presto e aparejado de se lo contradecir e defender en nombre de los Reyes de Castilla, pressente o por venir, cuyo es aqueste imperio e señorío de aquestas Indias, islas e Tierra Firme septentrional e austral con sus mares, assi en el polo ártico como en el antártico, en la una y en la otra parte de la linia equinocial, dentro o fuera de los trópicos de Cáncer e Capricornio, segund que más cumplidamente a Sus Magestades e subcesores todo ello e cada cosa e parte dello compete e pertenesce, e como más largamente por escripto protesto que se dirá o se pueda decir e alegar en favor de su real patrimonio, e agora e en todo tiempo en tanto quel mundo turare hasta el universal final juicio de los mortales”*<sup>18</sup>.

A continuación Balboa pidió al escribano de la hueste Andrés de Valderrábano que diera testimonio de la posesión, por lo que éste inició la redacción del Acta. Y mientras los españoles *“los pies pusieron en la mar del Sur, y con sus manos todos ellos probaron el agua e la metieron en sus bocas, como cosa nueva, por ver si era salada”*<sup>19</sup>, sus nombres se pusieron en la nómina famosa dentro del siguiente orden:

Vasco Núñez de Balboa  
 Andrés de Vera, clérigo capellán  
 Francisco Pizarro  
 Bernardino de Morales  
 Diego Albitez

## EL DESCUBRIMIENTO DEL MAR DEL SUR

Rodrigo Velásquez  
Fabián Pérez  
Francisco de Valdenero  
Francisco González de Guadalcanal  
Sebastián de Grijalda o Grijalba  
Hernán o Hernando Muñoz  
Hernando Hidalgo  
Alvaro de Bolaños  
Ortuño de Baracaldo  
Francisco de Lucena  
Bernardino de Cienfuegos  
Martín Ruiz  
Diego de Tejerina  
Cristóbal Daza  
Juan de Espinosa  
Pascual Rubio de Malpartida  
Francisco Pesado de Malpartida  
Juan del Portillo  
Juan Gutiérrez de Toledo  
Francisco Martín  
Juan de Beas.

La Historia nos habla de sesentisiete hombres pero éstos fueron los que menciona el Acta.

Acabada de firmar el Acta ese 29 de setiembre de 1513, festividad de San Miguel —motivo por el que bautizaron Golfo de San Miguel al que tenían delante— Balboa *“hiço con un puñal que traía en la cinta una cruz en un árbol, en que batía el agua de la mar, por señal de la posesión que así se aprehendió; e hiço otras dos cruces en otros dos árboles para que fuessen tres, en reverencia de la Santísima Trinidad... en cuyo nombre, por Castilla e por los Reyes Serenissimos pressentes e por venir della, tomó la posesión. E luego todos los que allí estaban hicieron muchas cruces en otros árboles, e cortaron algunos con las espadas, continuando la posesión”*<sup>20</sup>.

Hecho esto, Balboa recibió el Acta de manos del escribano, mientras los españoles admiraban el crepúsculo marino. Por primera vez en la Historia de la Humanidad, los europeos veían hundirse el sol en el Océano más grande del mundo.

Vuelto Vasco Núñez a la aldea del cacique Chiape, supo por un hermano de éste la existencia de unas islas donde se pescaban perlas. Demás está decir que tales ínsulas quedaban en la Mar del Sur. Sin pérdida de tiempo —salvo una entrada a la tierra del cacique Cuquera— Balboa decidió efectuar la marina expedición y de este modo, el 17 de octubre de ese 1513, partió con sesenta compañeros al cacicazgo de Tumaca, utilizando para el viaje nueve canoas gruesas. En Tumaca halló muchas perlas

grandes, aljófar y nácar, bautizando aquella tierra con el nombre de provincia de San Lucas. Desde allí se veían las islillas perliíferas, por lo que con sólo veintitrés hombres, partió el día 29 en las citadas canoas<sup>21</sup>.

En la Isla de San Simón, entusiasmado nuevamente Balboa con el Mar Austral, tomó nueva posesión de él en nombre de los Reyes de España. En el horizonte, hacia Poniente, estaba Terarequí, la Isla Rica que hoy se llama Isla de las Perlas. Luego de la toma de posesión el capitán pensó ir a ella, pero el océano embraveció de tal manera que fue imposible navegarlo, teniéndose los españoles que quedar en el islote que era un gran banco de arena amenazado a cada instante con ser barrido por las olas. Tanto creció la marea que los castellanos temieron un ataque de los tiburones. Gómara nos dice: *"Creció tanto la marea, que casi la cubrió. Se maravillaron los nuestros de ello, porque en el otro golfo de Urabá o costa septentrional no crece nada, o muy poco. A la mañana siguiente quisieron irse con la yusente, mas no pudieron por hallar las barcas llenas de arena y cascadas; y si miedo tuvieron de morir en agua el día antes miedo tuvieron de morir entonces en tierra, pues no les quedó qué comer. Sin embargo, con este mismo miedo limpiaron las barcas, remendaron lo roto con cortezas de árboles, calafatearon las hendiduras con hierba, y fueron a tomar tierra a un abrigo"*<sup>22</sup>.

Mas no era la playa segura, porque pronto salió el propio cacique Tumaco a defenderla. Los castellanos le hicieron frente y otra vez la pólvora puso en fuga a los indígenas. Balboa envió al reyezuelo una propuesta de paz, pero no osó acudir el régulo contentándose con enviarle un hijo suyo. El extremeño le obsequió entonces con ropas de Castilla, tijeras, espejos y cascabeles, todo lo cual determinó a Tumaco a salir de paz. Poco después el indio daba a los españoles oro por valor de 614 pesos y 240 perlas como arvejas, algunas blancas y otras negras, verdes, azules y amarillas. Admirado Balboa le preguntó a Tumaco por la procedencia de tales margaritas y el cacique le respondió que se sacaban del fondo del mar, no muy lejos de donde se encontraban ellos, pero que las mayores perlas estaban en Terarequí. Balboa no quiso retardar más la marcha a la Isla Rica y ordenó partir, pero los indios lo desanimaron diciéndole que tales meses no eran para navegar por ser de grandes vendavales. Obsesionado por las perlas —algunas *"mayores que un ojo de hombre, sacadas de ostiones de tamaño de sombreros"*<sup>23</sup>— Vasco Núñez dio poco crédito a otra noticia sorprendente que le dio Tumaco al tiempo que le señalaba al Sur. Efectivamente, le aseguró entonces *"cómo por aquella costa en adelante... habia grande cantidad de oro, y ciertos animales sobre que ponian sus cargas las gentes della"*<sup>24</sup>. Incrédulo debió sonreír el Descubridor, por lo

## EL DESCUBRIMIENTO DEL MAR DEL SUR

que el cacique "de barro hizo una figura como las ovejas de aquella tierra, con el pescuezo que tienen, que parece propio del camello"<sup>25</sup>. Y concluye el cronista tonsurado: "éste fue el segundo indicio que Vasco Núñez alcanzó de las riquezas y estado del Perú"<sup>26</sup>.

### EL FINAL DEL DESCUBRIDOR

Después de cuatro meses y medio de ausencia, el 19 de enero de 1514 Balboa entró a Santa María de la Antigua, donde los vecinos le hicieron un recibimiento de héroe. Los días que siguieron fueron reconfortados por la dulce presencia de Anayansi. En compañía de ella, la india fiel y encariñada, Balboa debió seguir soñando con la navegación del Mar del Sur y la captura de Terarequí, la Isla Rica de las Perlas<sup>27</sup>.

Estando así una mañana del mes de junio de ese año, pasada ya la fiesta de San Juan, entró a buscarlo jadeante su amigo el escribano Andrés de Valderrábano para comunicarle que se divisaban velas en el horizonte. Vasco Núñez creyó que eran los refuerzos pedidos, pero luego se percató de lo peor: era Pedro Arias Dávila, que venía por nuevo Gobernador y Capitán General de Castilla del Oro, con veintidós naves repletas de soldados. Pedrarias, apodado *El Gran Justador*, *El Galán* y *El Enterrado* —esto último por cierto ataque de catalepsia que lo hizo correr el riesgo de que lo enterraran vivo— era hombre de recio genio. El encuentro entre el rubio extremeño y el rechoncho segoviano no ha merecido ser recordado por ninguna crónica, pero la Historia está en aptitud de asegurar que fue muy frío. Balboa se sentía desposeído, Pedrarias poco menos que usurpado. Con tales sentimientos pronto hubieron de quebrar lanzas y, como siempre, *El Gran Justador* terminó por salir victorioso. En otras palabras, se dio la eterna lucha de los que ya estaban y tenían todo contra los recién venidos que traían nada. Los bandos se arremolinaron en torno a sus caudillos, se afrentaron mutuamente aunque sin llegar a luchar; luego los ánimos se aquietaron algo, se durmieron aparentemente las pasiones, y aquellos dos grupos antagónicos se resignaron a vivir juntos<sup>28</sup>.

Efectivamente, al día siguiente de llegado, fingiendo pedirle consejo, hizo Pedrarias que Balboa le diera minuciosa relación de sus descubrimientos por mar y tierra, el nombre de los caciques y su grado de amistad, el de los ríos que arrastraban pepitas de oro y el de las islas que criaban perlas en su playa. Vasco Núñez, con una sinceridad verdaderamente ingenua, le ofreció todo lo que pedía, pero no fue poca su sorpresa cuando luego de esto Pedrarias le mandó prender so color de que no había



rendido el juicio de residencia, probanza de acusaciones a la que tenía que someterse toda cesante autoridad colonial. El licenciado Gaspar de Espinoza —que según las malas lenguas sólo era bachiller— se encargó de abrir el proceso iniciándose el desfile de testigos y quejosos que deseaban adular a Pedrarias. El franciscano fray Juan de Quevedo entrevió la poca seriedad del documento y, poniéndose del lado de Balboa, consiguió que el expediente se archivara; también habló al Gobernador en tales términos que éste renunció a enviar preso al Descubridor a España. Puesto Balboa en libertad y aparentemente superadas sus discordias con el Gobernador, éste le entregó el 23 de abril de 1515 el título de Adelantado de la Mar del Sur y de Gobernador de las provincias de Panamá y Coiba, con que la Corona lo había premiado el 23 de setiembre del año anterior<sup>29</sup>.

Consolándose con la idea de que el Rey había concedido el adelantamiento con miras a que permaneciera subordinado a su autoridad de Gobernador y Capitán General de Castilla del Oro, Pedrarias envió a su primo y criado Gaspar de Morales a conquistar Terarequí, la codiciada Isla Rica de las Perlas. Francisco Pizarro fue por su lugarteniente, marchando detrás de ambos jefes ochenta hombres de tropa. *“Saqueando y matando indios, Morales llegó a las costas del Mar del Sur y allí se embarcó en canoas para la Isla Rica, a la que dió en seguida, según instrucciones de Pedrarias, el nombre de Isla de Flores, y de la cual tomó posesión, como de otros lugares, por ante escribano, en nombre del Rey y del Gobernador de Castilla del Oro, todo —decía Oviedo— por oscurecer el descubrimiento que había fecho de aquella mar e islas Vasco Núñez de Balboa. Tomadas las anteriores medidas de formalidad oficinesca, Morales y su gente asaltaron la población del cacique Dites de la isla, auxiliados por los indios de Chiapes y Tumaco, que, eran, como se sabe, sus enemigos. Le quemaron sus casas y sus trojes, le tomaron numerosos prisioneros y, al fin, lo obligaron a hacer la paz, en señal de lo cual les dió cuatro mil pesos en oro y quince o diez y seis marcos de perlas, les llevó a los sitios en que éstas se cogían, hizo sacar algunas a la vista de los españoles y se comprometió a contribuir cada año con cien marcos de ellas. Entre las perlas presentadas a Morales por el cacique de la Isla Rica, hubo una que ha llegado a ser famosa en la Historia. Lució en el joyero de muchas testas coronadas, fue cantada por Cervantes y por Lope de Vega y todavía anda dando vueltas por el mundo con el nombre de Peregrina... El regreso de Morales fue como la ida, un viaje de saqueo y destrucción, a tal punto, que, desesperados los indios, se levantaron todos en armas para recobrar a los hijos y mujeres que se llevaban cautivos, y se presentaron en son de guerra cuando Morales se hallaba acampado con su*

*gente en las tierras del cacique Chochama. La situación de aquél parecía desesperada, y para escapar de ella sólo se le ocurrió, como lo hizo, mandar a degollar a los cien prisioneros 'en cuerda' que llevaba, sin perdonar mujeres ni niños. Espectáculo horroroso que, como es natural, detuvo espantados a los padres, hermanos y maridos, y permitió escapar a los españoles*"<sup>30</sup>. Indignado Vasco Núñez con la suerte corrida por estos indios de su soñada Isla Rica, decidió marcharse a España.

Temeroso de las consecuencias de este viaje y para poder escribirle al Rey que protegía a Balboa, Pedrarias le confió el descubrimiento del Dabaibe. Con ciento noventa soldados y llevando por lugarteniente a Luis Carrillo, marchó Vasco Núñez a las lejanas montañas en busca del gran templo y su legendario ídolo. Pero el misterioso dios no se dejó ver, apareciendo en su lugar una tierra mísera donde el hambre se hizo sentir fuertemente. Las noticias de unas minas de oro no lograron despertar la curiosidad de los sufridos españoles y Balboa, convencido de que por allí no había nada bueno, decidió regresar a Santa María de la Antigua. En el viaje de retorno hubo varias guasábaras con los indios, cayendo muchos soldados heridos, uno de ellos Luis Carrillo, quien murió poco después. Dicen que al verlo regresar derrotado, los enemigos de Balboa no supieron disimular su alegría<sup>31</sup>.

Para desquitarse del fracaso Vasco Núñez planeó una expedición al Mar del Sur. Es verdad que juntó la gente aprovechando una ausencia de Pedrarias —sesenta voluntarios que le trajo de Cuba secretamente su amigo Andrés Garabito— ocasionando con ello las iras del Gobernador, quien lo prendió acusándolo de tramar una rebelión como la que le había hecho a Martín Fernández de Enciso años ha. La cárcel para más seguridades fue la propia casa de Pedrarias, sirviendo de celda una jaula de palo en el interior de una habitación. Pero otra vez intervino el Obispo Quevedo y con aquel raro poder convincente que tenía sobre el Gobernador, consiguió que éste diera libertad al preso y, lo que fue más, que le diera a su hija María de Peñalosa en matrimonio. Capitulaciones y desposorios se hicieron en la Antigua, guardándose la realización del Sacramento para cuando viniera el beneplácito de los Reyes. De este modo Balboa, por obra y gracia del Obispo Quevedo, quedó convertido en hijo de Pedrarias. El hecho, a decir verdad, maravilló a tirios y troyanos<sup>32</sup>.

Dispuestos a arreglar de común acuerdo suegro y yerno los asuntos de la colonia, Pedrarias envió al Adelantado Vasco Núñez a fundar la villa de Acla, donde sólo existía un fortín. Efectuada la fundación, caminando un día por su plaza, un ave negra pasó volando junto a éste y le derribó el morrión que llevaba en la cabeza. El Adelantado recogió su casco del suelo y se lo volvió

a encasquetar mientras el pájaro se alejaba graznando; aunque el episodio sólo le pareció bastante extraño, los demás lo vieron como nota de mal agüero. Levantada la villa de Acla, Balboa retornó a la Antigua con ánimo de arreglar su viaje al Mar del Sur, levantar en sus orillas una ciudad que le sirviera de astillero y construir allí algunos bergantines para salir en ellos a explorar el vasto Océano. Pero Pedrarias también tenía este proyecto, molestándose muchísimo con la coincidencia, y cediendo sólo después de muchas presiones y consejos. Balboa formó entonces con otros socios la famosa *Compañía de la Mar del Sur*, donde pronto se identificaron los nombres de Hernando de Argüello, agente del Adelantado, Diego de la Tobilla, Rogel de Loria, Beltrán de Guevara y Diego Rodríguez. Puestas las cosas en orden, partió Balboa con tres naves, doscientos españoles, treinta negros y muchos indios con rumbo a Acla. En secreto, poco después, para que no lo tomara Pedrarias a ofensa, envió por Anayansi, la que quedó luego en Acla. Allí trató de seducirla un día Andrés Garabito, mas la india se defendió y lo contó todo a Balboa; éste increpó rudamente al amigo su traición y Garabito, celoso y vengativo, escribió entonces una carta a Pedrarias enterándolo de que Vasco Núñez pretendía formar una gobernación aparte en la Mar del Sur, vale decir, rebelarse, para lo que se había llevado consigo a su manceba india nombrada Anayansi. El Gran Justador montó en cólera y, para sus adentros, dicen que juró vengarse<sup>33</sup>.

Mientras tanto, Balboa cortaba en Acla la madera que serviría para la construcción de los bergantines, creyendo que la de allí era mejor que la existente junto al Mar del Sur, donde abundaba la "broma", gusanillo marino y tropical que carcomía los cascos de las naves. Luego, esa madera cortada y labrada, la transportó a través del istmo hasta el río Balsas, llevando también consigo las anclas, velas y jarcias. En el río aquél empezaría a construir los bergantines. El traslado de todo fue tarea de gigantes y en las veintidós leguas de camino dejaron sus huesos cerca de quinientos indios cargueros. Por fin llegaron a su destino, iniciándose la fabricación de las naves al tiempo que luchaban contra las avenidas fluviales que arrastraban los troncos y amenazaban con destruir el astillero. Con gran trabajo se superó el resto de la obra y se sacaron los barquichuelos al Golfo de San Miguel, pero navegando a Terarequí, la Isla Rica de las Perlas, se comprobó que los cascos estaban inservibles, podridos por la "broma" y que por ellos pasaba el agua a raudales. En la isla, Balboa comenzó de nuevo la obra de los bergantines, lográndose dos bastante buenos con los que el Adelantado salió a explorar la Mar del Sur. Atravesó entonces el Golfo de San Miguel, cruzándose en su camino con enorme cantidad de ballenas y des-

embarcando en un lugar llamado Pequeo. Dos meses pasó en él Vasco Núñez, pero receloso de que no le llegaba una prórroga que había solicitado y que tampoco le remitían jarcia y pez que le habían prometido, decidió —antes de proseguir la construcción de otros dos bergantines que ya casi estaban listos en Terarequí— regresar a Acla y averiguar qué pasaba. Antes envió mensajeros, pero éstos no regresaron. Intranquilo, sediento de novedades, permaneció todavía en Terarequí, intrigándose con la aparición de cierta estrella que un veneciano, micer Codro, le había señalado como suya: de ella dependía el triunfo o el fracaso. El astrólogo le había dicho que estando esa estrella donde ahora la veía, su vida corría un gran peligro, pero que si lograba escapar de él, sería el más rico hombre de las Indias. Balboa miraba a esta su estrella y no sabía qué hacer<sup>34</sup>.

Puesta la situación a este punto Pedrarias decidió la prisión del Adelantado. Estaba éste cerca de su fortín del río Balsas y alguien que conociera esa comarca debía ir a capturarlo. Después de pensarlo largamente, Pedrarias encomendó la difícil misión a Francisco Pizarro. Pizarro salió a este cometido encontrando al Adelantado en el lugar sospechado. Balboa, sorprendido, a su vez con ánimo de sorprender a Pizarro, le dijo: "*Qué es esto, Francisco Pizarro? No soltades vos así salirme a recibir*"<sup>35</sup>. Pero el trujillano no dijo una palabra y haciéndose cargo del preso lo condujo a Acla, poniéndolo delante de Pedrarias. Pedrarias, atento a sus ambiciones por el Mar del Sur, encargó a Bartolomé Hurtado el mando de las naves de Balboa, aunque después las puso bajo el licenciado Gaspar de Espinosa. De este modo el *San Cristóbal* y el *Santa María de Buena Esperanza*, los primeros barcos españoles que navegaron las aguas del mar azul, cambiaron de dueño y de destino<sup>36</sup>.

Las declaraciones del dolido capitán Garabito culparon a Balboa y lo mostraron rebelde; el licenciado Espinoza cerró el proceso y el Adelantado fue condenado a muerte, negándosele el recurso de apelar al Consejo de Indias. Como cómplices también merecieron el mismo fallo sus amigos Hernando de Argüello, Hernán Muñoz, Andrés de Valderrábano y Luis Botello. La sentencia debía cumplirse en la plaza mayor de la villa de Acla de los Caballeros y, en efecto, fue allí donde se cumplió, exactamente en el mismo lugar en que el pajarraco negro derribó el morrión del Adelantado. La ejecución tuvo lugar una mañana de enero de 1519, siendo precedida por la voz de un pregonero que gritaba: "*Esta es la justicia que manda hacer el Rey, nuestro señor, y Pedrarias su lugarteniente, en su nombre, a este hombre por traidor y usurpador de tierras sujetas a su Corona*"<sup>37</sup>. Balboa, que iba el primero, al oír este pregón, protestó enérgicamente: "*Es mentira y falsedad que se me levanta y, para el caso*

Balboa tomando posesión del mar del Sur, según  
las *Décadas* herrerianas





## HISTORIA MARITIMA DEL PERU

*en que voy, nunca por el pensamiento me pasó tal cosa ni pensé que de mí tal se imaginara, antes fue siempre mi deseo servir al Rey como fiel vasallo y aunmentalle sus señoríos con todo mi poder y fuerza*"<sup>38</sup>. Pero al tiempo de su protesta estaba ya junto a la picota, la plaza llena de gente, el sol cerca del zenit. El Adelantado se acercó al verdugo y, sin que lo ayudara nadie, puso su cabeza en el tronco. La multitud se calló. Entonces el verdugo empuñó el hacha, la alzó en gesto lento y majestuoso, luego la dejó caer. Al golpe seco siguió el rodar de una cabeza barbirrubia; la hierba se tiñó con sangre. Cuatro golpes más y otras tantas cabezas rodaron a hacerle compañía. El momento fue de silencio y de dolor, la multitud de soldados se agrietó en la plaza y los grupos se fueron diluyendo. Desde el interior de una choza, Pedrarias miraba el fruto de su furor. Luego la plaza se quedó muy sola y el verdugo arrimó los cráneos a la picota. Después cayó la tarde y al final de ella el sol. Esa noche, mientras las cabezas seguían en la plaza, se oyó el llanto de una india, los aullidos de un perro, y el ruido de un Mar muy lejano que bramaba de indignación.

## NOTAS AL CAPITULO

1. MENDEZ PEREIRA, Octavio... *Núñez de Balboa*.— Buenos Aires, Imprenta de la Compañía General Fabril Financiera, 1940.— Cap. I, pp. 1 a 15.
2. CABAL, Juan... *Balboa*.— Barcelona, Imprenta de R. Plana, 1958.— Cap. II, pp. 20 a 34.
3. ROMOLI, Kathleen... *Vasco Núñez de Balboa, Descubridor del Pacífico*.— Madrid, Talleres Gráficos de la Editorial Espasa Calpe, 1955.— Cap. III, pp. 48 a 57.
4. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Francisco Pizarro, el Marqués Gobernador*.— Madrid, Artes Gráficas Marisal, 1966.— Cap. II, pp. 15 y 16.
5. MENDEZ PEREIRA, Octavio... *Op. cit.*, cap. III, pp. 22 y 23.
6. *Ibidem*, cap. VII, p. 35.
7. *Ibidem*, cap. X, p. 46.
8. CASAS O. P., fray Bartolomé de las... *Historia de las Indias*.— México, Gráfica Panamericana, 1951.— Libro III, cap. XLI, pp. 573 y 574 del T. II.
9. *Loc. cit.*
10. *Loc. cit.*
11. *Loc. cit.*
12. *Ibidem*, cap. XVIII, p. 74.
13. LOPEZ DE GOMARA, Francisco... *Historia General de las Indias*.— Barcelona, Imprenta de Agustín Núñez, 1954.— Parte I, cap. LXIII, pp. 104 a 107 del T. I.
14. *Loc. cit.*
15. *El Acta del Descubrimiento* que otorgó el 25 de setiembre de 1513 el escribano Andrés de Valderrábano, natural de San Martín de Valdeiglesias, trae como primeros testigos de la visión del Mar del Sur —además del actuario— los siguientes españoles: Vasco Núñez de Balboa, el clérigo Andrés de Vera, Francisco Pizarro, Diego de Albitez, Fabián Pérez, Bernardino de Morales, Diego de Tejerina, Cristóbal de Valdebuso, Bernardino de Cienfuegos, Sebastián de Grijalda o Grijalba, Francisco de Avila, Juan de Espinoza, Juan de Velasco, Benito Durán, Andrés de Molina, Antonio de Baracaldo, Pedro de Escobar, Cristóbal Daza, Francisco Pesado, Alonso de Guadalupe, Hernando o Hernán Muñoz, Hernando Hidalgo, Juan Rubio de Malpartida, Alvaro de Bolaños, Alonso Ruiz, Francisco de Lucena, Martín Ruiz, Pascual Rubio de Malpartida, Francisco González de Guadalcanal, Francisco Martín, Pedro Martín de Palos, Hernando Díaz, Andrés García de Jaén, Luis Gutiérrez, Alonso Sebastián, Juan Vegines, Rodrigo Velásquez, Juan Camacho, Diego de Montehermoso, Juan Mateos, Maese Alonso de Santiago, Gregorio Ponce, Francisco de la Tova, Miguel Crespo, Miguel Sánchez, Martín García, Cristóbal de Robledo, Cristóbal de León, Juan Martínez, Francisco de Valdenebro, Juan de Beas (loro de origen), Juan Ferrol, Juan Gutiérrez de Toledo, Juan de Portillo, Juan García de Jaén, Mateo Lozano, Juan de Medellín, Alonso Martín, Juan García (marinero de oficio), Juan Gallego, Francisco de Lentín (siciliano de cuna), Juan del Puerto, Francisco de Arias, Pedro de Orduña, Nuflo de Olano ("*de color negro*"), y Pedro Fernández de Aroche.
16. CASAS O. P., fray Bartolomé de las... *Op. cit.*, Lib. III, cap. XLVIII, p. 596 del T. II.
17. *Loc. cit.*
18. FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... *Historia General y Natural de las Indias*.— Asunción del Paraguay, Imprenta de la Editorial Guaranía, 1944.— Parte II, Lib. X, cap. III, pp. 99 y 100 del T. VIII.
19. *Ibidem*, p. 101.
20. *Ibidem*, p. 102.

## HISTORIA MARITIMA DEL PERU

21. MENDEZ PEREIRA, Octavio... *Op. cit.*, cap. XXIV, p. 93.
22. LOPEZ DE GOMARA, Francisco... *Op. cit.*, Parte I, cap. LXIV, p. 108 del T. I.
23. *Ibidem*, p. 109.
24. CASAS O. P., fray Bartolomé de las... *Op. cit.*, Lib. III, cap. XLIX, p. 600 del T. III.
25. *Loc. cit.*
26. *Loc. cit.*
27. MENDEZ PEREIRA, Octavio... *Op. cit.*, cap. XXVI, pp. 103 a 106.
28. ALVAREZ RUBIANO, Pablo... *Pedrarias Dávila*.— Madrid, Diana Artes Gráficas, 1944.— Cap. IV, pp. 70 a 91; y cap. V, pp. 92 a 137.
29. MENDEZ PEREIRA, Octavio... *Op. cit.*, cap. XXXII, pp. 130 a 132.
30. *Ibidem*, cap. XXXIII, pp. 132 a 137.
31. *Loc. cit.*
32. *Ibidem*, cap. XXXV, pp. 141 a 146.
33. *Ibidem*, cap. XXXVII, pp. 147 a 155.
34. CASAS O. P., fray Bartolomé de las... *Op. cit.*, Lib. III, cap. LXXVI, p. 85 del T. III.
35. *Loc. cit.*
36. MENDEZ PEREIRA, Octavio... *Op. cit.*, cap. XXXVIII, p. 157.
37. CASAS O. P., fray Bartolomé de las... *Op. cit.*, Lib. III, cap. LXXVI, p. 86 del T. III.
38. *Loc. cit.*

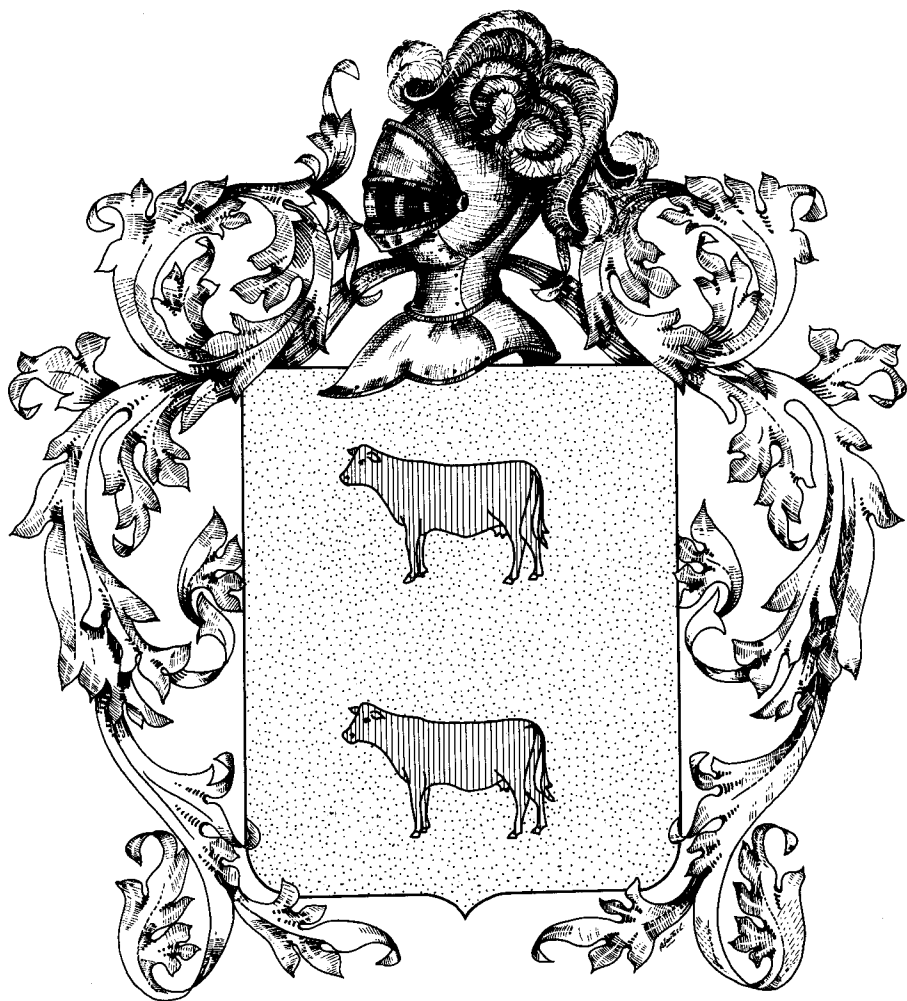
## Capítulo II

### EL NOMBRE DEL PERU

#### EL CAPITAN FRANCISCO BECERRA

La afirmación del cronista Pedro Gutiérrez de Santa Clara de que "*el primer hombre que tuvo noticias desta tierra del Perú, según dizen, fue Francisco Becerra, capitán que fue del gouernador Pedro Arias Dauila*"<sup>1</sup>, es lo que nos lleva a iniciar estas líneas con el nombre de tan desconocido personaje. ¿Es exacta la afirmación del cronista? ¿Existió alguna vez el capitán Becerra?. A lo segundo la Historia dice que sí. Conozcamos su vida y sabremos qué hay de cierto sobre lo primero.

Fue Francisco Becerra hidalgo de cuna y guerrero no sólo de profesión sino también de vocación<sup>2</sup>. Era oriundo de Galicia y por derecho de sangre usaba un escudo de oro con dos becerras de gules, una sobre otra<sup>3</sup>. Pasó a Indias en 1514 con Pedrarias Dávila y desde entonces se perfiló como de los más adictos al Gobernador de Castilla del Oro. Esta es la razón por la que el *Gran Justador* le encomendó la *jornada de la Mar del Sur*, saliendo al mando de ciento cincuenta soldados de Santa María de la Antigua en agosto de 1514<sup>4</sup>. El Padre Las Casas refiere que marchó como subordinado de otro capitán nombrado Juan de Ayora, al que Pedrarias envió con una nao y ciertas carabelas a fundar pueblos y fortines en las tierras de Pocososa, Comagre y Tubanamá<sup>5</sup>, pero Oviedo lo hace capitán independiente y coincide con Las Casas en que terminó encaminándose a las costas del Mar del Sur<sup>6</sup>. Las Casas, sin embargo, añadirá un dato valioso al decirnos que descubrió el más corto camino entre el



Armas de la Casa de Becerra

Atlántico y el Pacífico "por el cual se hallaron haber 26 leguas de mar a mar"<sup>7</sup>.

Lo evidente es que Becerra fue el segundo capitán —el primero fue Balboa— que conoció el Mar del Sur. "*E llegado a la mar... fue por la parte del Poniente encima de Panamá, e siguió al Oriente por la costa que llaman de Tamao, e passó el río al cacique de Tumaca [Tumaco], llegó e al río e cacique de Chape [Chiapel], que ya en el golpho de Sanct Miguel, do está la dicha isla de las perlas, a quinze o diez y seys leguas de Panamá. Desde Chape fue al río de Tocagre (que otros llaman el cacique Quemado), e passó al cacique Chameco e al río del Suegro, que es el más poderoso río de todos aquellos, en el qual entra el río del cacique Queracha, que otros llaman de la Camea Nueva, y el río de Tutibra, y el río de Toto; y en el cacique Jumeto ovo noticia de otros caciques e aún peló e robó dellos lo que pudo, assí como de Tapicox, Porore e Penaca. E adelante de Penaca está un río que assimesmo entra en el golpho de Sanct Miguel, que se dice Jumeto, e ya es aquesto en la costa que tiene dicho golpho a la parte del Levante: e allí tuvo noticia este capitán como ciertas jornadas adelante, la tierra adentro, está el cacique e provincia llamado Perú...*"<sup>8</sup>.

Becerra y sus hombres se dejaron aplastar por la noticia. Ellos mismos concluyeron que "*eran poca gente e cansada*"<sup>9</sup>, que las montañas se mostraban poco acogedoras, que todavía no era el momento de ir allí. Y así se desanimaron de la empresa, "*aunque les dixeron que aquel cacique era muy rico*"<sup>10</sup>, y "*no se atrevieron él ni los de su compañía a yr al Perú*"<sup>11</sup>.

No era tampoco Becerra hombre ajeno a la codicia, por lo que se determinó a explorar no las montañas tan loadas, sino "*la costa adelante hacia el Sur*"<sup>12</sup>. Llegó así al señorío del cacique Chiribuca, donde tomó luego contacto con Topogre y Chucara, reyezuelos aledaños; finalmente, tras vencer más de cinco grandes ríos, llegó a la Punta de Carachine, también nombrada Garachine. En ella se detuvo a contemplar el Mar del Sur, comprobando, sin lugar a dudas, que allí finaba el golfo de San Miguel y empezaba una nueva tierra vinculada al "*cacique e provincia llamado Perú*"<sup>13</sup>.

Convencido de que por entonces nada podía hacer frente a la provincia inédita, decidió regresar al Darién a través de su ya recorrida costa de Chochama. Parece que lo hizo ajeno a toda buena ley de la guerra, porque "*era hombre solícito e se daba maña a robar indios e aperrearlos sin alguna misericordia*"<sup>14</sup>. En síntesis, más con malas que con buenas artes, juntó oro por valor de seis o siete mil pesos, luego proclamó a los cuatro vientos que quedaba concluida la jornada. Y así, con el fruto material de su rapiña y un capital en potencia que estaba representa-



do por los muchos indios esclavizados, inició el retorno al Darién. En el camino se cruzó con el capitán Gaspar de Morales que iba a la conquista de la Isla Rica de las Perlas, al que dio un soldado como guía, prosiguiendo luego a Santa María de la Antigua, donde ingresó por febrero de 1515<sup>15</sup>.

Pedrarias se mostró orgulloso de su capitán y entusiasmado lo llevó consigo a la entrada del río Bamba, según unos, nombrada del Dabaibe, según otros. Pero esta vez fracasó el oficioso caudillo y tornó con su tropilla de ciento noventa soldados mermada y, según expresión de derrota, "*con las manos en la cabeza*"<sup>16</sup>. No se desanimó Pedrarias y entregándole ciento ochenta hombres lo envió al río Cenú, al otro lado del Darién, pasando el golfo de Urabá. Le dio, además, tres cañoncillos "*que echaban la pelota de plomo más gruesa que un huevo*"<sup>17</sup>, veinticinco escabuces, y cuarenta ballestas. "*Desembarcó Francisco Becerra y su compañía en la costa de Urabá, porque le mandó también Pedrarias que de camino destruyese a cuanta gente por allí hallase, y entró, descubriendo la tierra por camino que nadie antes supo, ni después... porque nunca jamás pareció*"<sup>18</sup>. Efectivamente, las flechas envenenadas y las emboscadas de los indios, terminaron con esa expedición ambiciosa que sólo perseguía tesoros enterrados, verdes esmeraldas y turquesas de enigmático color. Así acabó Francisco Becerra, el capitán que primero oyo hablar del "*cacique e provincia llamado Perú*"<sup>19</sup>.

Volviendo al motivo principal de nuestra historia, estamos de acuerdo con Oviedo cuando afirma que Becerra no pasó de Carachine, y con Gómara, quien nos dice que el caudillo "*se volvió de allí porque los del río Jumeto le dijeron que la tierra del Perú era áspera y la gente belicosa*"<sup>20</sup>. La entrada del soldado Pascual de Andagoya nos aclarará lo que dejó oscuro la salida del Capitán Francisco Becerra.

### EL SOLDADO PASCUAL DE ANDAGOYA

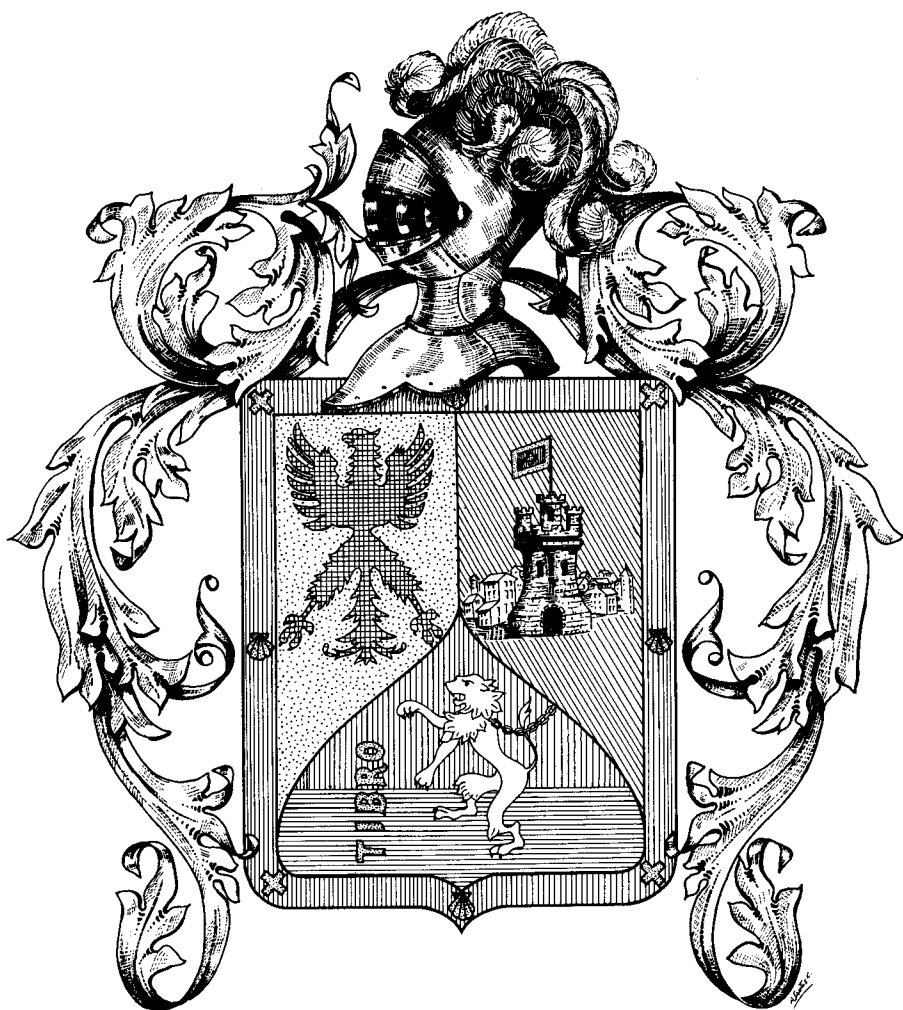
Pascual de Andagoya, el conquistador de Tierrafirme que supo ligar su nombre al famoso del Perú, era vascongado de nación, como que había nacido en el valle de Cuartango, donde todavía existe la casa solariega de los Andagoya en un lugar que se identifica con su apellido. Pues bien, en esta comarca alavesa y no muy lejos de Vitoria, vino al mundo por 1494, como hijo —no sabemos si legítimo o bastardo— del hidalgo Juan Ibáñez de Arza, de esos Arza también vascos que lucieron escudo dorado con un roble de sinople frutado de oro y dos jabalíes negros empinados al tronco. De ser hidalgo lo era Pascual de Andagoya, sólo que además de hidalgo era pobre, y esta condición (frecuente a los

hidalgos españoles) fue la que lo forzó a dejar el verde valle de Cuartango y partir a Indias como criado de Pedrarias Dávila, que iba por Gobernador de Castilla del Oro. Ocurrió este viaje al Nuevo Mundo el año de 1514<sup>21</sup>.

Una vez en Castilla del Oro Pedrarias le dio allí un repartimiento de indios y lo casó con una doncella de su mujer, la que se apellidaba Tovar y murió en 1529<sup>22</sup>. Pero para alcanzar estas mercedes el vasco tuvo que caminar largamente en el istmo panameño y aun gastar alpargatas por tierra de Nicaragua. Empecemos a historiar su vida de conquistador.

En Santa María de la Antigua vio morir en un mes a setecientos compañeros *"de hambre y de enfermedad de modorra"*<sup>23</sup>; también presenció la trata de indios esclavizados y presos en cadenas, fruto de las cabalgadas que salían a correr la tierra; y, finalmente, el regreso del Capitán Gaspar de Morales, la vez que fue al descubrimiento y conquista de la Isla Rica de las Perlas, aquella que Pedrarias hizo bautizar Isla de Flores. Asistió luego a las entradas que se hicieron en la provincia de Cueva, lo que aprovechó para empaparse en las costumbres de los indios y mantener conversación con los brujos lugareños —los *tequinas*— quienes lo informaron de cien cosas interesantes, especialmente las brujas que, como mujeres que eran, debieron ser más habladoras. No contento con lo averiguado irrumpió al plano religioso, creyendo descubrir atisbos del Diluvio Universal y de Noé con su familia; de la Virgen Madre de Dios, *"muger muy linda con un niño"*<sup>24</sup>; y de nociones de la otra vida, aprovechándose para esto último de los funerales del cacique Pocorosa, a cuyo sepelio asistió. Consagrándose de observador, relató muchos secretos del mundo indio, llegando su minucia a ocuparse de la fauna y flora lugareñas, extasiándose con la zarigüeya, que portaba en una bolsa ventral a sus crías, y con los árboles que *"tienen todo el año hoja verde"*<sup>25</sup>.

Posteriormente estuvo con Vasco Núñez de Balboa en el río Balsas construyendo los bergantines, porque escribió: *"En este río hecimos dos navios; y esta provincia destos indios, que era harta gente, acabamos llevándolos a Acla a traer los materiales para los navios, y en acarrear la comida mesma que ellos tenían para los carpinteros y gente que las hacian: estos navios bajamos con mucho trabajo hasta la mar, porque hallamos muchos raudales que hacíamos cavas para los pasar; y bajados al golfo de S. Miguel se anegaban, porque como los carpinteros no conocian la madera, fue tal, que ella misma se comió e se hicieron todas las tablas de palo un panal; y así con harto trabajo hobbimos de pasar en ellos a la isla de las Perlas, donde se echaron al través, e hecimos otros mayores e mejores e de buena madera... En este tiempo el Vasco Núñez hechos los navios, se vino al golfo*



Escudo concedido por el Emperador Carlos I al Adelantado Pascual de Andagoya.

de S. Miguel, y en una provincia que se dice Pequeo, que estaba bien poblada, desembarcó la gente y asentó real, donde estuvo dos meses tomando y prendiendo indios para enviar a Acla por más jarcia y pez que faltaba para los navíos"<sup>26</sup>.

Muerto Balboa, Andayoga anduvo entre los que recibieron a Pedrarias y al licenciado Gaspar de Espinoza en la Isla Rica de las Perlas, pasando luego a Tierrafirme y asistiendo con el primero a la erección de Panamá, hecho que —según lo recordaba tiempo después el vasco— tuvo lugar "el año 19, día de Ntra. Sra. de Agosto"<sup>27</sup>. Pero no se avino al centro urbano y con el licenciado Espinosa marchó en los navíos de Balboa a explorar la costa septentrional de la Punta de Chame, bajando por ella hasta la provincia de Burica, que era la primera tierra de Nicaragua, donde volvió a dar rienda suelta a sus dotes de cronista diciéndonos que sus habitantes "era gente ajudiada, y las mujeres traían por vestidura un braguero con que tapaban sus vergüenzas, y los hombres desnudos"<sup>28</sup>. En el interior del país creyó encontrar encinas cargadas de bellotas, divirtiéndose con la maña que se daban los cazadores indios para capturar venados con redes, y poniéndose serio ante las fortalecillas de los reyezuelos cobrizos, rodeadas "de cavas y palenques de unos cardos muy fuertes y espinosos"<sup>29</sup>. La jornada terminó en Natá, luego de recorrer gran parte de esa costa del Mar del Sur.

Posteriormente concurreó con Pedrarias al Cenú a inquirir por el capitán Francisco Becerra, del que se decía haber sido victimado por los indios. Estuvo luego, otra vez, con el licenciado Espinosa, penetrando las tierras de Comagre, Chiman, Pocososa, Paruraca, Tubanamá, Chepo, Chepobar, Pacora, Periquete, Taboré, Chame, Chiru y Natá, donde se internó, siguiendo a la tierra de Paris, en la que tuvieron una recia lucha con los indios y recuperaron un cuantioso botín de oro que el cacique había tomado al capitán Gonzalo de Badajoz algún tiempo antes<sup>30</sup>.

El siguiente paso fue la conquista de Nicaragua con el capitán Francisco Hernández. Halló allí "los indios de mucha policia en su vivir a la manera de los de Méjico, porque era gente que había descendido de allá, y casi [hablaban] aquella lengua"<sup>31</sup>. Por lo demás, "tenían sus mercados en las plazas donde contrataban... y trataban con cacao, como en la Nueva España, por moneda"<sup>32</sup>. "En esta provincia hay un volcán a boca de que a la continua sale humo, y de noche tres leguas a la redonda donde está se ve allí una gruta, de noche parece llama y de día humo"<sup>33</sup>. Finalmente añadirá: "Tienen los vecinos grangería de hacer jarcia de un nequén que hay, que es como cerro de lino; hácese muy hermosa jarcia y más fuerte que la de España, y lonas de algodón excelentes: pez y tablazón para navíos, no hay más en Vizcaya"<sup>34</sup>. Esto último explica la posterior demanda de

maderas, cuerdas y lonas por las industrias navieras del Perú.

Lo que sigue no está claro, pues la rebelión y final del capitán Francisco Hernández lo oscurecen todo. Lo único que puede afirmarse es que Andagoya supo estar a tiempo con Pedrarias y que por ello no se halló entre los vencidos. Regresó entonces a Panamá, mereciendo allí por su fidelidad al *Gran Justador* que lo confirmasen Regidor perpetuo del Cabildo en 1521. Y así lo vamos a dejar, porque es aquí, precisamente, donde comienza la parte que más nos interesa<sup>35</sup>.

### EL SEÑORIO DE BIRU

Si se piensa que al Sur de la ciudad de Panamá se abría el ancho Mar del Sur y que nada se conocía de lo existente tras las Islas de las Perlas, se encontrará bastante motivo para afirmar la gran curiosidad de los soldados de Pedrarias. Algo más se sabía de la costa de Levante, porque el golfo de San Miguel ya había sido explorado por Vasco Núñez de Balboa y la provincia de Chochama por Gaspar de Morales; pero, valgan verdades, a partir de la Punta de Carachine o Garachine, hollada por Francisco Becerra, nada se podía contar. Esto, porque para el que se aventuraba hasta los ocho grados de latitud boreal la Punta se convertía en una tierra "*alta y montañosa*"<sup>36</sup>, y el paisaje solemne, imponente, impenetrable y tropical, desanimaba a cualquier aventurero. Ya podían seguir contando maravillas Panquiaco, sobre las balsas de vela, y Tumaco de las ovejas acamelladas; la leyenda del país en que abundaba el oro como el hierro en Vizcaya, era entonces un mito más sin importancia, otro Dabaibe, otra ilusión que no había hallado acogida en hombres de buen olfato como el capitán Becerra.

Sin embargo, la Punta de Carachine y la provincia de Chochama entraban en la jurisdicción de la ciudad de Panamá, no en vano integraban la gobernación de Castilla del Oro. El Gobernador Pedrarias Dávila era el responsable de que en tales sitios las cosas marcharan bien y, si es cierto que ambos lugares estaban limpios de españoles, existía el Visitador General que iba a ver a los indios, procuraba arreglar sus diferencias, y luego regresaba a Panamá con aires de eficiente componedor. Era un cargo que sólo requería tino, sentido común, y acaso una mayor inclinación por las leyes que por las armas. Pedrarias tuvo varios Visitadores Generales de Indios en su gobernación; lo que interesa es que en 1522 este cargo lo detentaba un su amigo de confianza: Pascual de Andagoya<sup>37</sup>.

Andagoya, será forzoso decirlo, era un pésimo soldado. El cronista Fernández de Oviedo nos dirá que fue "*o falta de ventura*

*o falta de conocimiento*"<sup>38</sup>. Nosotros sostenemos que tuvo aptitudes de viajero, de cronista, de letrado, mas no de conquistador. Sin embargo, por haber andado en tantas pacificaciones presumía de milite. El hecho fue que siendo Visitador General de los Indios de Castilla del Oro, tuvo que salir de Panamá hacia las tierras del Golfo de San Miguel y, una vez allí, se vio precisado a continuar a la provincia de Chochama. El viaje lo efectuó en un bergantín con varios soldados españoles y los correspondientes remeros aborígenes, llegando a su destino sin ninguna novedad<sup>39</sup>.

En Chochama se dio con la sorpresa de que los indios eran de la raza y lengua que los de la tierra de Cueva, andando los hombres desnudos y las mujeres vestidas de los pechos a los tobillos con unas mantas de algodón que les dejaban los brazos libres. A todos, sin embargo, los encontró bastante revueltos, debido —según se pudo informar— a que se habían suspendido las pesquerías. Indagando más sobre el asunto, se enteró que los indios no pescaban por miedo, ya que estando en el mar con sus canoas eran apresados por los guerreros de un cacique que señoreaba en la tierra de *Birú*. Los guerreros de este cacique "*era gente crecida y belicosa*"<sup>40</sup>, y cada vez que había luna llena venían por el mar en sus canoas y saltando en la orilla penetraban la provincia de Chochama, cometiendo abusos y rapiñas antes de volverse a reembarcar. El Cacique de Chochama, temeroso de sus enemigos, pedía ahora a Pascual de Andagoya que lo defendiese<sup>41</sup>.

El vasco se picó de curiosidad "*y por descubrir lo que había de allí adelante, que hasta entonces no se había descubierto*"<sup>42</sup>, envió a Panamá por más gente. Cuando los soldados llegaron Andagoya se aprestó a partir, plegándosele voluntariamente el cacique de Chochama quien le adjuntó algunos guías y lenguas. Sin duda a Andagoya le llegó con los refuerzos y otro bergantín una conducta de capitán, porque sin ella no podía hacer gente y menos comandar expediciones. Amigo íntimo del Gobernador, no le debió ser difícil la capitania; lo evidente es que a partir de entonces, el soldado vasco pasó a nombrarse el capitán Andagoya<sup>43</sup>.

Seis o siete días duró la marcha por tierra hasta la provincia del *Birú*, topándose entonces con un río grande que desembocaba en el Mar del Sur. Lo remontó por espacio de veinte leguas, hallando en su recorrido muchos caciques y aldeas, descubriendo, finalmente, una fortaleza en la confluencia de dos ríos, con su gente de guarnición. Todo indicaba que aquellos indios eran guerreros habituales, porque habían puesto a sus mujeres e hijos en lugar seguro, igual sus pertenencias, y estaban dispuestos a defender el suelo con el ánimo propio de los que

saben apellidar la tierra. La lucha fue tenaz y hubo mucha resistencia, pero a mitad de la guasábara los disparos de arcabuz, las espadas de los peones, y acaso los perros de guerra, inclinaron la ventaja por los españoles. Aún así los indios se defendían bravamente, pero ellos mismos dificultaban su actuar con unos paveses que les cubrían todo el cuerpo y unas lanzas en extremo cortas. Desde los primeros encuentros se mezclaron con los cristianos, pero en la lucha cuerpo a cuerpo se impusieron las espadas y las rodelas, huyendo los cobrizos derrotados<sup>44</sup>.

Tomada la fortaleza y desbaratada su guarnición, los indios depusieron las armas y para concertar las paces salieron algunos caciques principales y, tras los autos y ceremonias del caso, se dieron por vasallos de la Corona de Castilla. Los tales, en verdad, fueron siete reyezuelos, de los cuales uno era señor de los demás: éste era *el cacique de Birú*. Pronto Andagoya hizo buenas migas con el régulo rendido y sus seis poderosos vasallos, enterándose por él y ellos que —a pesar de sus costumbres bélicas— practicaban el comercio y tenían mercados, los que a su vez viajaban mucho por el mar. Por eso escribió después el capitán Andagoya: "*En esta provincia supe y hubo relación así de los señores como de mercaderes e intérpretes que ellos tenían, de toda la costa de todo lo que después se ha visto hasta el Cuzco, particularmente de cada provincia la manera y gente della, porque estos alcanzaban por vía de mercaduría mucha tierra*"<sup>45</sup>. No es que entonces tomara Andagoya tan nítidas noticias como éstas que posteriormente consignó en su *Relación*, pero sí parece que logró pálidos destellos del ignoto Imperio de los Incas, seguramente irradiados por los mercaderes tallanes.

Lo evidente fue que Andagoya supo algo y que eso poco que supo le bastó para animarse a descubrir la tierra que seguía al Sur. Por eso tomó consigo a sus soldados, también a los indios que podían ser intérpretes y, acompañado por el *cacique de Birú*, su nuevo amigo, partió en demanda del país desconocido. Comenzó por las tierras aledañas al Mar Austral, que el cacique se las mostró como suyas; luego subieron todos a los bergantines y canoas poniendo las proas hacia el Mediodía. Así recorrieron, a lo que parece, una buena porción de litoral; Andagoya, tomando en serio su capitanía, hacía frecuentes incursiones en canoa tratando de hallar puertos que en el futuro pudieran servir a los navíos. Ya casi soñaba con una expedición en regla, subsiguiente a ésta de tanteo. Bajó primero la costa en dirección Sur-Este, conociendo una tierra que después llamarían *Los Manglares*, luego navegó con rumbo al Sur, tropezando con el Cabo Corrientes. En un principio era tierra alta, con



breñales y montañas, pero después bajaba un tanto sin disminuir en lo más mínimo la densa vegetación tropical. El propio Andagoya nos dirá que la costa primera tenía *"las sierras muy altas a pique de la mar"*<sup>46</sup>, lo que hacía que faltara el viento terral encargado de sacar los navíos aguas afuera. No está claro que arribara a la Isla de Palmas, llamada así en las cartas de marear *"por los grandes palmares que en ella hay"*<sup>47</sup>, pero sí que llegó hasta el río de San Juan, en el Chocó, imponiéndole este nombre acaso porque llegó en el día del Bautista o el Evangelista<sup>48</sup>.

Pero estando a estas alturas, posiblemente regresando al punto de partida, sucedió lo inesperado, y fue que —nos dirá Andagoya— *"corriendo la costa, los navíos apartados algo de tierra, e yo en una canoa descubriendo los puertos en ella, me anegué de manera que si no fuera por el señor [de Birúl que llevaba conmigo, que me tomó en brazos y me echó encima de la canoa, yo me ahogaba, y así estuve hasta que vino un navío a me socorrer, y puesto en él estuve entretanto que socorrieron a los demás más de dos horas mojado; y con un aire frío y mucha agua que había bebido, amanescí otro día tullido que no podía rodearme"*<sup>49</sup>. La frustración debió ser grande para el aprendiz de capitán, sus sueños se volvieron nada a raíz del chapuzón. Entumecido, con los músculos agarrotados y los tendones rígidos, se vio en la negra necesidad de regresar. Efectivamente, explicaría luego, *"visto que yo no podía en persona andar en el descubrimiento de la costa, y que se perdería la jornada, acordé de volver a Panamá con el señor [de Birúl e intérpretes que llevaba y relaciones que tenía de toda la tierra]"*<sup>50</sup>.

En Panamá, a donde llegó postrado y sin movimiento, confió al Gobernador Pedrarias el resultado de su aventura. Pedrarias, junto al lecho del enfermo, le debió creer. Salido el Gobernador siguieron entrando los médicos, los cuales diagnosticaron que sólo podía sanar *"por curso de tiempo"*<sup>51</sup>, vale decir, cuando se fuera el enfriamiento. Pero pasaron los meses y el doliente no mejoró. También dio una mayor impresión de estar enfermo porque los médicos le prohibieron montar a caballo. Entonces fue que, sin esperanzas de recuperarse pronto, recibió otra visita de Pedrarias, en la que —explicaría el vasco— *"me rogó que diese la jornada a Pizarro y Almagro y al P. Luque, que eran compañeros, porque tan gran cosa no parase de seguirla"*<sup>52</sup>. Andagoya debió de ponerse duro en otorgar, pues Pedrarias tuvo que decirle que los tres socios deseosos de la jornada le pagarían todo lo que había gastado. Andagoya le respondió *"que en lo de darles la jornada que holgaba dello; pero en lo de la paga que yo no la quería dellos, porque a pagarme a mí los gastos, no les quedaba a ellos con qué comenzar la cosa, porque no tenían ellos en aquel tiempo más de hasta 6,000 pesos y aún éstos no*

*todos en dinero; y así Pedrarias y ellos tres que fueron cuatro, hicieron compañía cada uno por su cuarta parte*"<sup>53</sup>.

La verdad sea dicha, aún no había nacido en definitiva el nombre del Perú, pero la existencia del señorío de Birú y su importancia cobrada ultimamente a raíz de la expedición de Andagoya fueron abriendo las puertas al vocablo mestizo, llegando a decirnos el frustrado capitán que "*desta provincia se tomó el nombre del Pirú, que de Birú se corrompió la letra y la llamamos Pirú, que deste nombre no hay ninguna tierra*"<sup>54</sup>. Por eso añadirá también en otro documento del año 1536, patente ya el triunfo de Pizarro: "*y en este tiempo abiendo los gobernadores dexado la conquysta y descubrimiento de Lebante desde el golfo de san miguel adelante por tener que devaxo de la lina lequinocciall no avia poblado e por ser tierra aspera y fragosa yo hice gente y fleté navíos a mi costa queriéndome señalar en servir a Vuestra Alteza y pasé el dicho golfo y descubrí, conquisté y pacifiqué una gran provincia de señores que se llama el Perú donde tomó nombre toda la tierra de delante y truxe a la cibdad de panamá el rrey de todos ellos para que con el governador tornase a rreazer el basallaje a Vuestra alteza y truxe por scripto toda la rrelación y noticia de lo que asta oy está descubierta y guías e ynterpretes asta tumbes en la qual dicha jornada me ocupé un año y de los grandes trabajos que en ella padecí me dió una enfermedad que me combino bolber a panamá A me curar de la qual en tres años no pude cavalgar A caballo en que gasté gran parte de mi hazienda y [por] esta causa tomó picarro la demanda llebando la rrelación que yo truxe y el señor de aquella probincia consigo comenzando de lo que yo dexava pacifico y después siempre tubo mi ayuda todas las vezes que tubo necesidad della con mi hazienda y criados*"<sup>55</sup>. La verdad es que el soldado exageraba. Lo de Tumbes, por ejemplo, era pura fantasía. El había descubierto y conquistado el Birú, mas no el Pirú; que el Pirú derivara su nombre de Birú, eso era cierto, pero también harina de otro costal.

Lo evidente era que había nacido *el nombre del Perú* y derivaba de *Pirú* que, a su vez, procedía del señorío de Birú intuido por Becerra y explorado por Andagoya; pero el nombre todavía no se aplicaba a la tierra que lo ganó en definitiva. Quedaba a Francisco Pizarro, unos seis años después, bautizar para siempre con tal nombre al único Imperio surgido al Sur de la Equinoccial. *Perú, Pirú, Birú* era en un comienzo toda tierra situada detrás de la Punta de Carachine, a las espaldas de Chochama, al Levante de Panamá. Fue nombre que se usó como sinónimo de grandeza insospechada. "*El nombre del Perú no significa, pues, ni río, ni valle, ni orón o troje y mucho menos es derivación de Ophir. No es palabra quechua ni caribe, sino indo-hispana*

## EL NOMBRE DEL PERU

*o mestiza. No tiene explicación en lengua castellana, ni tampoco en la antillana, ni en la lengua general de los Incas, como lo atestiguan Garcilaso y su propia fonética enfática, que lleva una entraña india invadida por la sonoridad castellana. Y, aunque no tenga traducción en los vocabularios de las lenguas indígenas ni en los léxicos españoles, tiene el más rico contenido histórico y espiritual. Es anuncio de leyenda y de riqueza, es fruto mestizo brotado de la tierra y de la aventura, y, geográficamente, significa tierras, que demoran al sur. Es la síntesis de todas las leyendas de la riqueza austral. Por ello cantaría el poeta limeño de las Armas Antárticas, en su verso de clásica prestancia:*

*Este Perú antártico, famoso..."<sup>56</sup>.*

## NOTAS AL CAPITULO

1. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, Pedro... *Historia de las Guerras Civiles del Perú*.— Madrid, Imprenta de Idamor Moreno, 1904.— Lib. II, cap. XLVIII, p. 442 del T. II.
2. FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... *Historia General y Natural de las Indias*.— Asunción del Paraguay, Imprenta de la Editorial Guarania, 1944.— Parte III, Lib. I, cap. I, p. 14 del T. XI.
3. ATIENZA, Julio de... *Nobiliario Español*.— Madrid, Industrias Gráficas España, 1948.— pp. 440 y 441.
4. FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... *Op. cit., loc. cit.*
5. CASAS O. P., fray Bartolomé de las... *Historia de las Indias*.— México, Gráfica Panamericana, 1951.— Lib. III, cap. LXII, p. 39 del T. III.
6. FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... *Op. cit., loc. cit.*
7. CASAS O. P., fray Bartolomé de las... *Op. cit., loc. cit.*
8. FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... *Op. cit., loc. cit.*
9. *Loc. cit.*
10. *Loc. cit.*
11. *Loc. cit.*
12. *Loc. cit.*
13. *Loc. cit.*
14. FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... *Op. cit., Parte II, Lib. X, cap. XXXIII, p. 62 del T. VIII.*
15. CASAS O. P., fray Bartolomé de las... *Op. cit., Lib. III, cap. LXV, p. 49 del T. III.*  
FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... *Op. cit., Parte III, Lib. I, cap. I, p. 14 del T. XI.*
16. LOPEZ DE GOMARA, Francisco... *Historia General de las Indias*.— Barcelona, Imprenta de Agustín Núñez, 1954.— Parte I, cap. LXVII, p. 115 del T. I.
17. CASAS O. P., fray Bartolomé de las... *Op. cit., Lib. III, cap. LXVII, p. 57 del T. III.*
18. *Loc. cit.*
19. FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... *Op. cit., loc. cit.*
20. LOPEZ DE GOMARA, Francisco... *Op. cit., cap. CXI, p. 192 del T. I.*
21. FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... *Op. cit., Parte III, Lib. VI, cap. I, p. 228 del T. XI.*  
ATIENZA, Julio de... *Op. cit., p. 363.*
22. FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... *Op. cit., loc. cit.*
23. ANDAGOYA, Pascual de... *Relación de los sucesos de Pedrarias Dávila en las provincias de Tierrafirme o Castilla del Oro, y de lo ocurrido en el descubrimiento de la mar del Sur y costas del Perú y Nicaragua*, en: FERNANDEZ DE NAVARRETE, Martín... *Colección de los Viajes y Descubrimientos que hicieron por Mar los Españoles*.— Buenos Aires, Imprenta Rañó, 1946.— p. 389 del T. III.
24. *Ibidem, p. 394.*
25. *Ibidem, p. 396.*
26. *Ibidem, p. 397.*
27. *Ibidem, p. 399.*
28. *Loc. cit.*
29. *Ibidem, p. 400.*
30. *Ibidem, pp. 400 a 404.*
31. *Ibidem, p. 405.*
32. *Ibidem, pp. 405 y 406.*
33. *Ibidem, pp. 406 y 407.*

## NOTAS AL CAPITULO

34. *Ibidem*, p. 407.
35. Archivo General de Indias (A. G. I.) Justicia 367.
36. CIEZA DE LEON, Pedro... *La Crónica del Perú*.— Buenos Aires, Imprenta de la Compañía General Fabril Financiera, 1945.— Cap. III, p. 39.
37. A. G. I. Justicia 367.
38. FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... en: PORRAS BARRENECHEA, Raúl... *Los Cronistas del Perú*.— Lima, Sanmarti y Compañía, 1962.— p. 66.
39. Gonzalo Fernández de Oviedo refiere en su *Historia* tantas veces citada que partió de Panamá "con licencia del gobernador Pedrarias Dávila... a descubrir por la costa del Sur". (Parte III, Lib. V, cap. III, p. 217 del T. XI), pero el propio Andagoya desmiente tal opinión al asegurarnos que salió como Visitador General, ajeno a todo intento de descubrimiento y conquista.
40. ANDAGOYA, Pascual de... *Op. cit.*, p. 411.
41. *Loc. cit.*
42. *Loc. cit.*
43. A. G. I. Justicia 367.
44. *Ibidem*, pp. 411 y 412
45. *Ibidem* p. 412
46. *Ibidem*, p. 413.
47. CIEZA DE LEON, Pedro... *Op. cit.*, *loc. cit.*
48. Oviedo (*Op. cit.*, Parte III, Lib. VI, Proemio, p. 227 del T XI) afirma que el descubrimiento de Andagoya abarcó casi hasta los cuatro grados de latitud septentrional al escribir: "Tornado a Panamá el dicho Andagoya, después de aver descubierto hasta el rio de Sanct Johan de aquella costa". Este rio, precisamente, sirvió de base a Andagoya para pedir la Gobernación del rio de San Juan, corriente fluvial que estaba entre el rio Hijú por el Norte, y la Bahía de Chocó, por el Sur. El viaje del capitán vascongado, según esto, no fue un viaje cualquiera, sino que abarcó desde el grado ocho de latitud boreal hasta casi el cuatro de la misma banda del Norte. Algo así como 444 kilómetros, hechos todos por el Mar del Sur.
49. ANDAGOYA, Pascual de... *Op. cit.*, p. 412.
50. *Loc. cit.*
51. *Loc. cit.*
52. *Loc. cit.*
53. *Ibidem*, p. 413.
54. *Ibidem*, pp. 411 y 412.— Andagoya insistirá en la primera de estas páginas citadas, sobre "una provincia que se dice Birú, donde corrompido el nombre se llamó Pirú".
55. A. G. I. Justicia 367.
56. PORRAS BARRENECHEA, Raúl... *El Nombre del Perú*.— Lima, 1951.— p. 39.

La vieja casa de los Pizarro en Trujillo de  
Extremadura. (Foto: cortesía del Dr.  
Franklin Pease).



*Capítulo III*  
EL PRIMER VIAJE  
DE FRANCISCO PIZARRO

*EL CAPITAN TRUJILLANO*

**E**n Trujillo, una ciudad de piedra en tierras de Extremadura, nació Francisco Pizarro, aquél que luego sería Conquistador del Perú. Su nacimiento ocurrió alrededor de 1478 viniendo a este mundo como hijo bastardo del entonces mozo don Gonzalo Pizarro —que después sería capitán de los Reyes Católicos en la Guerra de Granada— y de Francisca González, mujer de origen labrador que servía de criada a unas monjas de Trujillo. Por el lado paterno el niño era de los buenos Pizarros de Extremadura, vale decir, pertenecía a un linaje hidalgo; por el materno, en cambio, procedía de una familia de villanos o cristianos viejos, gente humilde y buena que vivía de su trabajo. Mas como la hidalguía se transmitía por línea de varón, a pesar de la madre plebeya, el niño nació hidalgo por causa de su progenitor. ¡Cosas de aquellos siglos que hoy son difíciles de comprender!<sup>1</sup>.

Lo cierto es que a pesar de su heredada hidalguía y del apellido Pizarro, el niño creció labrador. Los berrocales de Trujillo lo vieron guardando ganado, segando el trigo y guiando carretas. Es verdad que alguna vez lo reconoció su abuelo paterno, pero esto de poco le sirvió. Creciendo en medio de la ignorancia y la rutina, casi nada es lo que se conoce de su etapa juvenil. Este silencio lo aprovechó la leyenda porcina —forjada por el cronista Francisco López de Gómara— que afirmó que en estos años fue Pizarro porquerizo. Se descubre mala intención en la noticia,

pero lo cierto es que su presunta ocupación de guardador de pjaras no se puede probar ni refutar. De ser cierta, el muchacho trabajaba. Lo hacía para ganarse el pan. Era oficio bajo pero honrado, con tal oficio a nadie hacía mal. Pero la leyenda concluirá diciendo que perdió los cerdos y que asustado el porquerizo no se atrevió a regresar a casa del amo. Entonces el mozuelo decidió fugar y juntándose a unos caminantes que iban a Sevilla, se fue con ellos a la ciudad del Guadalquivir<sup>2</sup>.

De Sevilla pasó a Italia y en Italia fue soldado del Gran Capitán. Con este famoso jefe asistió a las campañas que efectuaron las tropas españolas, pero la escasez de noticias sobre el muchacho impide ver su actuación particular. Se sabe que sirvió a las órdenes de Gonzalo Fernández de Córdoba, mas se ignora dónde, cómo y cuándo lo hizo. Es que entonces Pizarro era un simple soldado extremeño que pasaba la vida sirviendo al Gran Capitán. Pero terminó la guerra contra los franceses y el mancebo tuvo que volver a España. Había trocado el azadón por la pica y gustaba del atuendo militar. Era un soldado; pero un soldado en tiempo de paz. Y como la paz es mala compañera del soldado, por faltar guerra en Europa tuvo que pasar a Indias, donde había mucha tierra por ganar. Lo hizo con frey Nicolás de Ovando, el célebre Comendador de Lares, quien pasaba con cargo de Gobernador de la Isla Española, llevando a muchos servidores en su compañía. Ovando era de Cáceres y los extremeños se acomodaron con él. Por esta sencilla razón y porque lejos de la patria el paisanaje es parentesco muy grande, Francisco Pizarro halló acogida en el séquito del Gobernador<sup>3</sup>.

Pronto se quitó del oficio secundario de paje y sentando plaza de soldado —el oficio de su vida— zarpó con Alonso de Ojeda en 1508, capitán que iba al descubrimiento de Caribana, región rica en esclavos y oro. Con Ojeda ascendió Pizarro prontamente, tanto, que cuando el capitán decidió retirarse a traer socorro dejó al trujillano por su lugarteniente. En otras palabras, le confió el mando de toda aquella tropa del fortín de San Sebastián, la primera población española del continente. Pizarro se quedó un tiempo prudencial con esos hombres —cuarenta días— mas vencido el plazo de la espera y sin dar muestras de volver el capitán, el lugarteniente Pizarro se hizo directo cargo de la *empresa* y en dos bergantines sacó a la gente mar afuera, con la intención de retornarla viva a la Española. En el viaje *"les sobrevino navegando una tormenta, y uno de ellos se anegó, siendo la causa de ello un pez grandísimo que, como estaba el mar turbado andaba fuera del agua. Se arrimó al bergantín como si fuera a tragárselo, y le dió un zurrigazo con la cola, que hizo pedazos el timón; con lo que quedaron atónitos considerando que los perseguía el aire, el mar y los peces, como la tierra"*<sup>4</sup>.

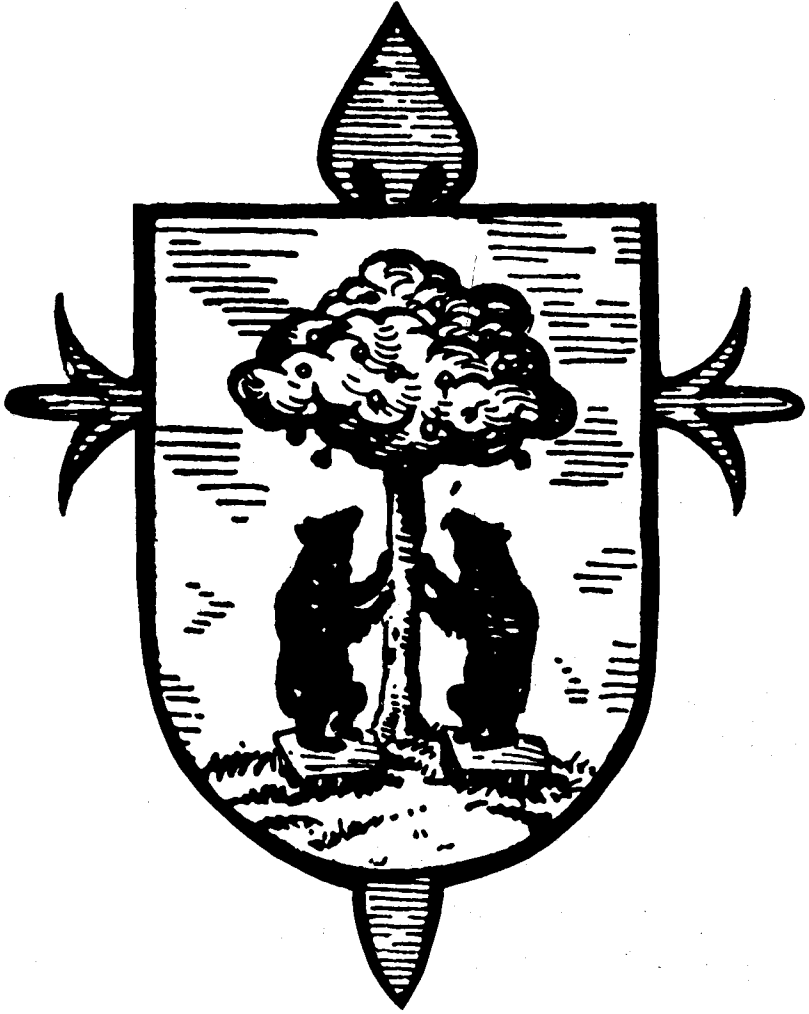


## EL PRIMER VIAJE DE FRANCISCO PIZARRO

Los del bergantín de Pizarro tampoco pudieron llegar a la Española, porque topados con Martín Fernández de Enciso —el socio de Ojeda que venía con refuerzos— tuvieron que seguirlo hasta el Darién, donde fundaron la primera ciudad del continente americano: Santa María de la Antigua. Sin embargo, la vida en la nueva población no prosperó gracias a la poca simpatía despertada por el bachiller Enciso. Este era un hombre que tenía la manía de dictar bandos y aplicar antiguas leyes con rigor. Los descontentos rodearon a Vasco Núñez de Balboa, extremeño de Jerez de los Caballeros, quien después de muchos episodios intestinos —en los que Pizarro tomó el partido de su paisano— echó a Enciso del Darién y lo obligó a viajar a España<sup>5</sup>.

Encumbrado Vasco Núñez de Balboa, uno de sus primeros actos de gobierno fue nombrar a Pizarro capitán. A las órdenes del nuevo jefe el trujillano asistió a varias campañas en la selva, tras las cuales (el 25 de setiembre de 1513) fue uno de los capitanes que se hallaron en el descubrimiento del Mar del Sur. Pero vueltos los expedicionarios al Darién se encontraron con la sorpresa de que el Rey, atendiendo a las quejas del bachiller Enciso, había nombrado a Pedrarias Gobernador de Tierrafirme. Pizarro en un principio debió ver con curiosidad al obeso personaje, pero enterado del respaldo legal que lo traía, se apresuró a ofrecerle su espada. Mas Balboa, lejos de acatar la decisión de la Corona se mostró rebelde y agresivo. Entonces fue —como ya vimos— que Pedrarias decidió su captura y tras pregonar que Balboa era un traidor, dio a Pizarro la dura orden de apresarlo. Poco después el trujillano cumplía en presentarle a Vasco Núñez, en calidad de prisionero. La prisión de Balboa —explotada por los enemigos de Pizarro— sólo puede ser cabalmente entendida desde la mentalidad militar. Así la apreció Pedrarias y por eso confió en Pizarro como hasta entonces en muy pocos hombres había llegado a confiar. Callado y taciturno, el capitán Pizarro fue cumpliendo una a una las difíciles tareas confiadas por el Gobernador. Mejor dicho, cumplió aquellas tareas y con creces, haciéndose después de cada una, acreedor a otra superior<sup>6</sup>.

Primero marchó como lugarteniente de Gaspar de Morales en la expedición que llevó este caudillo a las Islas de las Perlas en 1515. Con el mismo cargo asistió después a la jornada del Dabaibe que guió el Factor Juan de Tabira. Con el capitán Luis Carrillo estuvo luego en las conquistas del Abraime y el Teruy; cerrando estas brillantes campañas como Teniente de Capitán General en las entradas de Comagre y Pocorosa con el licenciado Gaspar de Espinosa. Todas estas actuaciones arrojaron un saldo positivo y le atraieron prestigio personal. Sólo así se explica cómo siendo un hombre analfabeto, Pedrarias lo hizo su Teniente de Gobernador en Urabá, trasladándolo luego con el mismo



El blasón de los Pizarro.

## EL PRIMER VIAJE DE FRANCISCO PIZARRO

cargo a la capital de Castilla del Oro, donde (a pesar de ser lugarteniente de Pedrarias) tuvo otros puestos de gobierno. Efectivamente, en Panamá fue Pizarro —además de fundador de la ciudad— capitán nombrado para la defensa de su población, Visitador de los indios aledaños, Regidor del Cabildo y también Alcalde ordinario. En otras palabras, por 1523 Francisco Pizarro era un vecino principal y, al mismo tiempo, de los más ricos que vivían en aquella tierra<sup>7</sup>.

Entonces fue que, juntándose con dos viejos amigos, el capitán Pizarro decidió no servir a las órdenes de nadie y hacer su propia expedición. Estos dos amigos eran Diego de Almagro, nacido por 1480 en la manchega villa de Almagro, cerca de Ciudad Real<sup>8</sup>; y el maestrescuela de la iglesia mayor de Panamá, el clérigo Hernando de Luque, andaluz de Morón de la Frontera. A éstos les habló de cierta tierra allende el Mar del Sur, tierra de mucho oro y grandes riquezas, cuyos habitantes se daban el lujo de comerciar en navíos con velamen... Estando con Balboa empezó a oír hablar de aquella tierra; el tullido Pascual de Andagoya había traído unos indios que contaban maravillas de aquella ignota región...

### LA JORNADA DEL LEVANTE

No estará demás advertir, que los tres amigos decidieron su famosa empresa por muerte de Juan de Basurto. Era éste un español radicado en Santo Domingo de la Española, donde ganaba muy buenos dineros reclutando gente para las expediciones y vendiendo caballos a los expedicionarios. Pedrarias, que desde antiguo era su cliente, lo envió a llamar a Panamá luego de ajusticiar a Balboa. Le ofreció darle la conquista de Nicaragua, pretendiendo con ello que ganase aquella tierra en su nombre antes que Gil González Dávila se le adelantara. Basurto se dejó convencer con el ofrecimiento y marchó a Tierrafirme con hombres y cabalgaduras, pero una vez allí tropezó con la prisa de Pedrarias quien temeroso de Gil González, ya había dado tal conquista a su capitán Francisco Hernández de Córdova. Dicen que Pedrarias se mostró muy preocupado por no poder dar a Basurto la expedición a las partes del Poniente, mas tratando de borrar su incumplimiento, le otorgó otra en las partes del Levante, nombrándolo su Capitán General de la Mar del Sur. Se llegara o no a otorgar tal título, lo cierto fue que Basurto aceptó y pretendió regresar a La Española por más soldados y equinos, pero estando en Nombre de Dios lo sorprendió la muerte, quedando acéfala la empresa de ir *"a descubrir con algunos navíos por la mar del Sur"*<sup>9</sup>.

Monumento a Francisco Pizarro en Trujillo de Extremadura. (Foto: cortesía del Dr Franklin Pease).



La coyuntura fue aprovechada por Pizarro y sus dos amigos, planteando los tres al Gobernador Pedrarias la continuidad de aquella jornada. Sirvió de tentación a todos el sospechar que Balboa había sabido más de lo que contara, que Andagoya callaba más de lo que sabía y que no era más explícito el piloto Pedro Miguel, que lo fue de Vasco Núñez. Este último mareante era hombre que tenía grande fama entre los de su oficio, no en vano se rumoreaba que era hijo del famoso Juan de la Cosa. Y pensando Pedrarias y sus interlocutores en esa misteriosa tierra del Birú que tenía por cacique a Biruquete, fueron todos pasto de la ambición. Pedrarias se mostró indeciso (acaso por pretender esa jornada para él en los años venideros), pero su maña no desanimó a los dos soldados y al clérigo. La tentación era muy grande para poderla vencer, y poco después, a fines de 1523, el cura y los soldados pactaron de palabra formar una compañía para la conquista del misterioso país de Levante. Pizarro sería el capitán; Almagro, el proveedor, y Luque, el procurador que defendería los intereses comunes. Ellos tres financiarían la jornada aquella a las partes de Levante; los tres también gozarían íntegro su fruto gracias a un reparto basado en la equidad. Amigos, siempre amigos, el único objetivo era triunfar. A última hora se enteró Pedrarias, quien obligó a Luque a recibir ciertos dineros a través del licenciado Gaspar de Espinoza. Por tratarse del Gobernador de Castilla del Oro —personaje que podía desbaratarles el proyecto negándoles el permiso de salida— los tres socios tuvieron que aceptar la participación del intruso<sup>10</sup>.

Como estaba planeado, el 13 de setiembre de ese año 24 partió Francisco Pizarro en un navío por aquella Mar del Sur. Llevaba en su compañía 112 españoles y algunos indios nicaraguas de servicio. Caballos, al parecer, ninguno (aunque otros dicen que cuatro); pero sí perros de guerra. El navío, que era uno de los hechos por Balboa, se compró a Pedro Gregorio, nombrándose piloto del mismo al ayamontés Hernán Pérez Peñate. El barquichuelo tenía por nombre "*El Santiago*", y marchaba bajo la advocación del Apóstol Patrón de las Españas; pero los soldados lo conocían por "*El Santiaguillo*". Como si la protección del Apóstol fuera poca, los de tierra gritarían a sus tripulantes al verlos zarpar: *¡Dios y la Virgen los lleven con bien!*. Luego de esto, el navío se perdió en el horizonte<sup>11</sup>.

Los expedicionarios tocaron en Taboga, islilla que pertenecía a Pizarro y Almagro, y luego en las Islas de las Perlas, donde cargaron leña y pasto, pero el primer punto de interés al que arribaron fue el Puerto de Piñas. Era una "*tierra alta, de grandes breñas y montañas*"<sup>12</sup>, descubriéndosele junto al mar muchos pinales, lo que motivó el nombre al lugarejo. Cuenta Cieza que "*saltaron los españoles todos en tierra con su capitán, que no*

*quedó en la nave mas que los marineros, [y] determinaron de entrar la tierra adentro a buscar mantenimiento para fornecer el navío, creyendo que lo hallarian en la tierra de su cacique a quien llaman Berruquete o Peruquete; y anduvieron por un rio arriba tres días con mucho trabajo, porque caminaban por montañas espantosas, que era la tierra por donde el rio corría tan espesa y con trabajo podían andar; y llegando al pie de una gran sierra la siguieron yendo ya muy descaecidos del trabajo pasado y de lo poco que tenían que comer y por dormir en el suelo mojado entre los montes, llevando con todo eso sus espadas y rodelas en sus hombros con las mochilas, y tan fatigados llegaron, que de puro cansancio y quebrantamiento murió un cristiano llamado Morales<sup>13</sup>.*

Los indios de la región, por su parte, entendiendo la proximidad de los soldados, se metieron en la espesura de la montaña, desamparando sus pueblos de cabañas de troncos con techo de palma. Una cabaña mejor puesta que las demás fue señalada como perteneciente al cacique Peruquete, pero en su interior sólo se halló maíz en corta cantidad y unas raíces comestibles. Más tarde contarían los que participaron en la expedición, "que el reino del Perú se llamó así por este pueblo o señorete llamado Peruquete"<sup>14</sup>. La decepción fue tan grande que Pizarro ordenó volver al mar.

Prosiguiendo la navegación en el *Santiago*, los españoles llegaron a Puerto Deseado (probablemente la actual bahía de Gusgava) y el 11 de noviembre al punto que nombraron San Bartolomé, pasando de allí al río de San Lázaro (acaso Jeya, en la bahía Cavita), avistado el 17 de diciembre. Desde aquí exploraron la costa hacia el Norte, descubriendo Los Mártires el 26 del mismo mes (Limón o Cupica en la actualidad) y dos días después Los Inocentes, cerca de la región que nombraban Comasagra (posiblemente la bahía Ardita). Por fin, luego de múltiples tanteos, el navichuelo llegó a fondear frente a un poblado de indios, el primero de importancia desde que comenzó el azaroso viaje<sup>15</sup>.

Visto el pueblo todos pensaron en buscar comida, pues la de a bordo se había terminado o era pasto de gusanos. Pizarro ordenó el desembarco, que se efectuó sin ninguna oposición de los naturales; pero aproximados al pueblo pudieron constatar que todos eran idos, lo que explicó la falta de resistencia. Los soldados penetraron presurosos a los bohíos, mas no hallaron absolutamente nada de comer, excepto una ollas conteniendo cierto líquido grasoso. Con las espadas removieron el espeso caldo tratando de ubicar un tubérculo cocido, un conejillo de monte, acaso un pez. No encontraron nada, pero cuando el grasoso líquido volvió a la calma, afloraron a la superficie cinco garbanzos que resultaron ser los dedos de una mano.

¡Esa era vianda de antropófagos y no la podían comer!. Desilusionados volvieron a reunirse los soldados y se vengaron de aquel sitio bautizándolo Puerto del Hambre<sup>16</sup>.

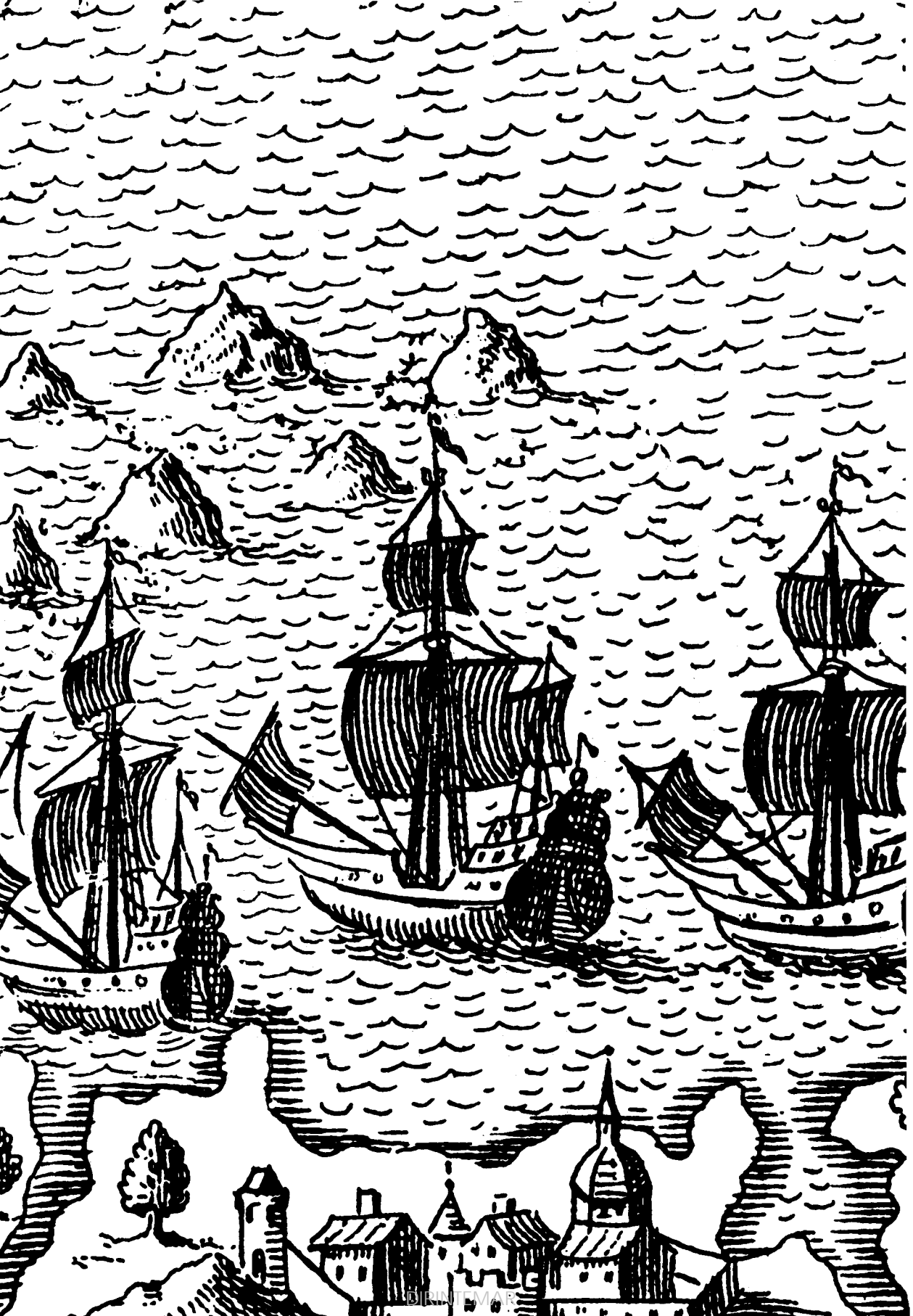
El 2 de febrero de 1525 llegaron a la Candelaria. Para evitar mayores descontentos envió Pizarro el *Santiago* a Panamá, vale decir, a las Islas de las Perlas. El navío partió al mando de Gil de Montenegro; pero fue tanta la hambre del camino, que una noche los tripulantes desclavaron un cuero de vaca curtido de la bomba y metiéndolo en una olla lo cocinaron y se lo comieron. Cuando Montenegro regresó donde Pizarro, a comienzos de abril, halló que habían muerto más de treinta hombres y que el resto de la tropa estaba desengañada, enflaquecida y hambrienta. Restablecidos con el maíz y puercos que trajo Montenegro, Pizarro se dispuso a proseguir<sup>17</sup>.

Embarcados nuevamente, a los pocos días descubrieron el lugar de San Telmo —14 de abril— y cerca de él un peñón oscuro y lleno de vegetación que se adentraba en el mar y lucía en su parte alta un palenque o estacada a modo de fortaleza. Era el fortín roquero del Cacique de las Piedras, según supieron después. Al instante Pizarro mandó vestir la cota y aprestarse para efectuar un ataque por sorpresa. Pero, una vez en tierra, los sorprendidos fueron los españoles cuando llegados a lo alto del peñón lo hallaron con su guarnición ausente. Esa noche durmieron protegidos por el palenque. Abajo, mecido por las olas, el *Santiago* descansó también. Pero al cuarto del alba una grito infernal despertó a los españoles, al tiempo que unos indios semidesnudos, belicosos y bien armados iniciaban una guasábara. La embestida fue tan recia que los soldados tuvieron que retroceder. Pizarro tomó el mando de su gente y, dirigiendo la resistencia, se dispuso a no ceder. Sin embargo, los indígenas eran empeñosos, y por haberle arrojado gran parte de sus lanzas, el caudillo trujillano cayó "*ferido de siete heridas, la menor dellas peligrosa de muerte; y creyendo los indios que lo hirieron que quedaba muerto, lo dejaron*"<sup>18</sup>. No fue el único malparado del encuentro. Nicolás de Ribera, el Viejo, sacó una lanzada en la cabeza y otra en el hombro. Junto con él habían logrado salvarse dieciseis hombres que aún llevaban puntas de lanzas y flechas clavadas en sus cuerpos; pero otros cinco soldados habían sido muertos por los indios, sin que nada hubieran podido hacer sus compañeros. Derrotados, cansados, flacos y adoloridos, los cristianos dejaron el peñón y buscaron refugio en el *Santiago*. Luego desplegaron velas y, apartándose con el navío de esas costas, maldijeron una y cien veces al guerrero Cacique de las Piedras<sup>19</sup>.

Rumiando su derrota, Francisco Pizarro llevó a sus hombres a Chochama, esa playa cercana a las Islas de las Perlas, en

Francisco Pizarro zarpa de Panamá al  
descubrimiento del Perú,  
según las *Décadas* de Herrera.





pleno Golfo de San Miguel. Desde allí envió a Ribera el Viejo, con el barco a Panamá para mostrar a Pedrarias el poquísimo oro que habían recogido. El, mientras tanto, se quedaría con la soldadesca para evitar que se desbandara. Había fracasado; estaba magro, herido y pobre... pero aquella empresa de Levante no la iba a abandonar<sup>20</sup>.

### LA EXPLORACION DE ALMAGRO

Mientras tanto, antes de que Ribera el Viejo lo pudiera entrevistar, Almagro había zarpado de Panamá a bordo de otro barquichuelo llamado, a lo que se entiende, el *San Cristóbal*. Partió con sesenticuatro hombres de refresco y aportando a las Islas de las Perlas cargó allí mucha vitualla. A continuación largó velas en procura de su compañero y jefe, empezando a bajar la costa que seguía al Golfo de San Miguel, tocando en todos los lugares gracias al batel de la nave. Sólo halló rastros de los soldados de Pizarro —ramas cortadas con machetes y alpargatas rotas arrojadas por sus dueños— por lo que continuó hasta San Telmo y el fortín del Cacique de las Piedras, lugar donde bajó Almagro con cincuenta peones a indagar por los buscados y, de paso, mirar lo que había. Su curiosidad fue prontamente saciada por la respetable empalizada de los indios. *“Almagro con los que le acompañaban vieron la fuerza del pueblo y conocieron que habia gente de guerra dentro, mas no por eso pensaron de se retirar, antes determinaron de dar en el pueblo y ganar la fuerza; mas como llegaron cerca, fue tan grande la grita y estruendo que los indios hicieron, y las voces que daban, que afirman algunos y lo cuentan por muy cierto, que ciertos españoles de los que iban, que los más eran naturales de cerca de Sayago, se espantaron y amedrentaron tanto de ver las fieras cataduras de los indios y la grita que daban, questuvieron por volver las espaldas de puro temor. Almagro con los que le siguieron arremetió para los indios que ya comenzaban de le tirar dardos y tiraderas, amenazándoles de muerte porque así entraban en su tierra contra la voluntad dellos sin les deber nada. Los españoles, teniendo en poco sus amenazas y grita, dieron en ellos con el silencio que suelen tienien [sic] cuando pelean, y mataron y hirieron a muchos dellos, y tanto los apretaron, que a su pesar les ganaron el palenque, habiendo primero un indio de aquellos arrojado una vara contra Almagro y apuntó tan bien, que le acertó en un ojo que se lo quebró; y aún afirman que otros de los mismos indios venían contra él y que si no fuera por un esclavo negro [del soldado Juan Roldán] lo mataran”*<sup>21</sup>.

No pudiendo rendir al belicoso reyezuelo, los españoles incendiaron su reducto, bautizando luego el sitio con el nombre de Pueblo Quemado. Repuesto de su herida Almagro ordenó proseguir viaje. Descubrió entonces el Cabo Corrientes y el lugar llamado Baeza (que denominaron así por haber fallecido allí un soldado de este nombre), los ríos Melón y Fortalezas, Mojones, Sables, de la Vela, Dulce, de la Presa, el río Bajo y el de la Pera, también la isla de Palmas. Todas estas corrientes fluviales parecen identificarse hoy con los ríos Catripe, Pilisú, Bandó, Usanagá, Tenedor, Severa, Campado, Ygua y Orpua así como las varias bocas del delta del San Juan. Uno de estos brazos, precisamente, fue el que llamaron río de San Miguel —al que llegaron el 8 de mayo de 1525—, otros el río de Fuego, el de San Nicolás —avistado el 2 de junio—, el de los Egipcianos y, finalmente, el brazo mayor que es el hoy correspondiente al ya mentado río de San Juan, nombrado así por haber sido su descubrimiento el 24 de junio, festividad del Bautista<sup>22</sup>.

Aquí divisaron en las dos orillas de su desembocadura algunos pueblos “y les pareció ser mejor tierra que toda la que habían visto”<sup>23</sup>. Algunos indios lugareños fueron invitados a subir a bordo, extasiándose con todo lo que veían dentro del navío; otros, en cambio, mostraron tener noticia de tales embarcaciones, sin duda por haber conocido los bergantines de Andagoya. Lo cierto era que allí nadie había visto a Pizarro, hecho que obligó a Almagro a regresar. Lo hizo deteniéndose en el río de la Espera —sin duda bautizado con este nombre por haber aguardado allí a los que buscaban— pero pronto se desanimaron de continuar en tal paraje y zarparon, descubriendo el 26 de julio la Isla de Santa Ana. Deseoso de tener noticias de su socio, Almagro enrumbó a las Islas de las Perlas, enterándose recién allí que estaba acantonado en la playa de Chochama<sup>24</sup>.

El encuentro debió ser triste para ese par de soldados que rondaban los cincuenta años de vida. Entrapajados y llenos de vendas, se debieron abrazar. El caudillo trujillano, siempre taciturno, escuchó a su compañero relatarle los pormenores del viaje, la pérdida de su ojo en el fortín del Cacique de las Piedras, su arribo a la boca del San Juan. Luego improvisaron una cena y platicaron. La conversación mostró a todos que Pizarro seguía siendo el jefe. Dijo que los barcos necesitaban carenarse y que Almagro con el suyo debería volver a Panamá. Almagro, hasta entonces obediente, regresó con el barquichuelo a Castilla del Oro<sup>25</sup>.

Cuando por Almagro se enteró Pedrarias de que Pizarro insistía en proseguir la empresa de Levante, sufrió un acceso de ira. No hubo forma de calmarlo ni quien lo quisiera intentar. La furia de Pedrarias sólo era inferior a los castigos del cielo.

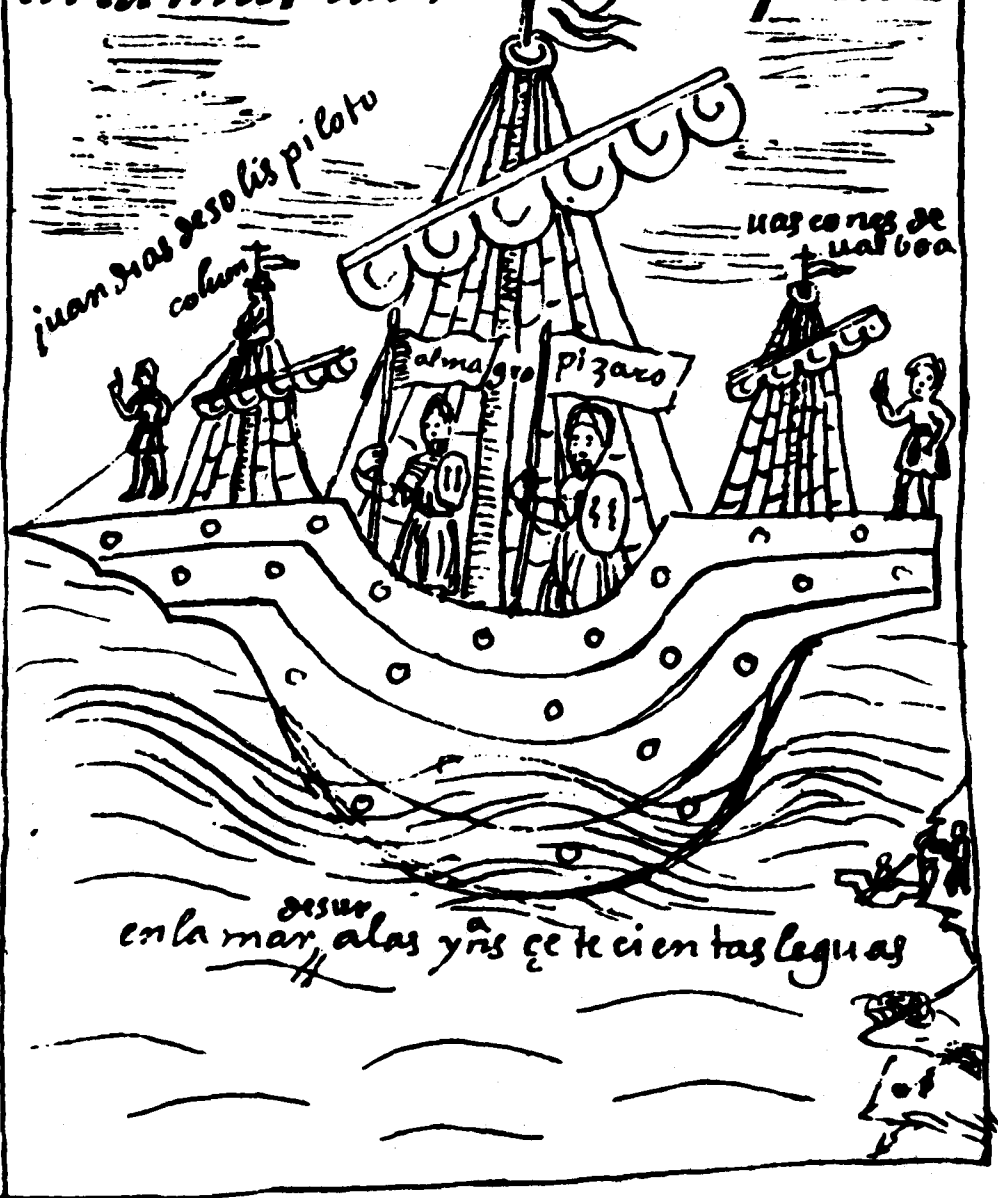
Por fin, cuando Su Señoría hubo desahogado su indignación, dejó traslucir sus pensamientos. Ahora quería no sólo que Pizarro regresara y le volviera sus dineros, sino también que le entregara toda su gente, para él llevarla a Nicaragua, al castigo de Francisco Hernández de Córdova, capitán que se le había sublevado. En todo momento mostró estar quejoso de Pizarro; lo llamó rebelde y lo tachó de inepto, hablando de adjuntarle un capitán, porque, pensándolo bien, tampoco era prudente abandonar esa empresa del Levante sin antes resarcirse de las pérdidas. Almagro prestó mucho oído a todo lo último y, so color de impedir la presencia de un hombre extraño en la jornada, se brindó a ser el nuevo capitán, el adjunto de la empresa del Levante. De este modo el tuerto baquiano fue ascendido por el Gobernador, mientras los soldados de Panamá censuraban el camino de tal ascenso. Los maledicientes afirmaban que Almagro había gestionado la capitania con Pedrarias para socavar la autoridad de Pizarro<sup>26</sup>.

Investido con su grado de capitán y llevando ciento diez hombres de refresco, Almagro zarpó con los dos navíos carenados a Chochama antes de setiembre de 1526. Iba por piloto mayor de la flotilla Bartolomé Ruiz de Estrada, natural de Moguer, que por primera vez navegaba el Mar del Sur por haber venido recientemente de España. Cuando Almagro y Ruiz desembarcaron les salió a dar el encuentro Francisco Pizarro con los cincuenta soldados que le quedaban. Esa misma tarde los dos socios y el piloto conversaron. El acuerdo fue seguir hasta el río de San Juan. La tropa dio un suspiro de alivio: por lo menos esta vez no contaría el terror a lo desconocido. El San Juan era el río de Andagoya y allí habían pueblos de indios con mucho que comer<sup>27</sup>.

El barco de los conquistadores, según el cronista indígena Felipe Huamán Poma

# PONTIFICAL FLOTA COLVM

en la mar alas - 1 - ys del piru -



## NOTAS AL CAPITULO

1. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Francisco Pizarro, el Marqués Gobernador*.— Madrid, Artes Gráficas Marisal, 1966.— Cap. I, pp. 9 y 10.— Esta obra es la que vamos a seguir todo el tiempo que tratemos los hechos relacionados con Francisco Pizarro.  
PORRAS BARRENECHEA, Raúl... *Dos documentos esenciales sobre Francisco Pizarro y la Conquista del Perú*, en: *Revista Histórica*, Lima, 1948, T. XVII, pp. 9 a 95.
2. LOPEZ DE GOMARA, Francisco... *Historia General de las Indias*.— Barcelona, Imprenta de Agustín Núñez, 1954.— Parte I, cap. CXLV, p. 244 del T. I.
3. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Op. cit.*, cap. II, pp. 14 y 15.
4. LOPEZ DE GOMARA, Francisco... *Op. cit.*, Parte I, cap. LIX, pp. 95 y 96 del T. I.
5. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Op. cit.*, cap. II, pp. 15 a 21.
6. *Loc. cit.*
7. *Loc. cit.*
8. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Diego de Almagro*.— Lima, Biblioteca Hombres del Perú, 1954.— p. 47.
9. CIEZA DE LEON, Pedro... *Tercera Parte de la Crónica del Perú*, cap. II, en: *Mercurio Peruano*, Lima, agosto de 1946, número 233, p. 414.  
HERRERA, Antonio de... *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierrafirme del Mar Océano*.— Buenos Aires, Imprenta Continental, 1945.— Década III, Lib. VI, cap. XIII, p. 334 del T. IV.
10. HERRERA, Antonio de... *Op. cit.*, Década III, Lib. VI, cap. XIII, p. 335 del T. IV.
11. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Francisco Pizarro, el Marqués Gobernador*.— Cap. III, p. 23.
12. CIEZA DE LEON, Pedro... *La Crónica del Perú*.— Buenos Aires, Imprenta de la Compañía General Fabril Financiera, 1945.— Cap. III, p. 39.
13. CIEZA DE LEON, Pedro... *Tercera Parte de la Crónica del Perú*.— Cap. III, en: *Mercurio Peruano*, Lima, agosto de 1946, número 233, pp. 415 y 416.
14. *Loc. cit.*
15. ROMERO, Fernando... y Emilia ROMERO DE VALLE... *Probable Itinerario de los Tres Primeros Viajes Marítimos para la Conquista del Perú*, separata de la Revista de Historia de América, México, diciembre de 1943, número XVI, pp. 4 a 8.
16. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Op. cit.*, cap. III, pp. 23 y 24.
17. *Loc. cit.*  
ROMERO, Fernando... y Emilia ROMERO DE VALLE... *Op. cit.*, *loc. cit.*
18. LOPEZ DE JEREZ, Francisco... *Verdadera Relación de la Conquista del Perú y Provincia del Cuzco llamada la Nueva Castilla*, en: Biblioteca de Autores Españoles — Madrid, Gráficas Carlos Jaime, 1947.— T. XXVI, p. 320.
19. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Op. cit.* cap. III, p. 24.
20. *Ibidem*, p. 25.— El Itinerario hipotético del Primer Viaje podría sintetizarse así:  
Francisco Pizarro y su barco, el *Santiago*, parten de Panamá el 13-IX-1524, haciendo escala en la Taboga e Islas de las Perlas; el primer puerto descubierto fue *Puerto Piñas* (7 grados, 30' de latitud Norte); luego se pasó a Puerto Deseado, lugarejo en la Bahía de Guscavas (7 grados, 24' de latitud boreal); el 11-XI-1524: llegan al paraje denominado San Bartolomé, probablemente en la citada bahía de Guscava; 17-XII-1524: arriban al río de San Lázaro, probablemente el Jeya, en la bahía Cavita (5 grados, 28' de latitud Norte); el 28-XII-1524: llegan al lugar de los Mártires, quizás

## NOTAS AL CAPITULO

Limón (6 grados, 41' de latitud Norte) o Cupica (6 grados, 42' de latitud boreal); 28-XII-1524: siguen hasta el sitio que llamaron de los Inocentes, en la bahía Ardita probablemente (7 grados, 09' de latitud septentrional); el siguiente lugar fue *Puerto del Hambre* entre Ouredo (7 grados, 09' de latitud Norte) y el Corredor (6 grados, 57' de latitud boreal); 2-II-1525: llegan a Candelaria, donde descansan los expedicionarios hasta abril, aproximadamente; prosiguen el viaje y arriban a San Telmo, entre Punta Utria (6 grados, 04' de latitud Norte) y Punta Alusen (5 grados, 37' de latitud boreal); finalmente llegaron al fortín del *Cacique de las Piedras*, punto cercano al anterior (que posteriormente Almagro denominó Puerto Quemado) y desde el cual regresan a la playa de Chochama, portezuelo del Golfo de San Miguel, a siete u ocho leguas de Panamá. (Versión extractada de: ROMERO, Fernando... y Emilia ROMERO DE VALLE... *Probable Itinerario de los Tres Primeros Viajes Marítimos para la Conquista del Perú*, sobretiro del número 16 de la Revista de América, México, diciembre de 1943; y de BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Francisco Pizarro, el Marqués Gobernador*.— Madrid, Artes Gráficas Marisal, 1966.— Cap. III, pp. 22 a 25).

21. CIEZA DE LEON, Pedro... *Op. cit.*, cap. VIII, pp. 426 y 427.
22. ROMERO, Fernando... y Emilia ROMERO DE VALLE... *Op. cit.*, pp. 8 a 11.
23. CIEZA DE LEON, Pedro... *Op. cit.*, cap. VIII, p. 427.
24. ROMERO, Fernando... y Emilia ROMERO DE VALLE... *Op. cit.*, *loc. cit.*
25. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Op. cit.*, cap. III, p. 26.
26. *Ibidem*, cap. III, pp. 26 y 27.
27. *Loc. cit.*





## *Capítulo IV*

### EL SEGUNDO VIAJE DE FRANCISCO PIZARRO

#### LOS HALLAZGOS DEL PILOTO RUIZ

Con dos navíos y tres canoas que servían para reconocer la tierra, Francisco Pizarro arribó al Río de San Juan por agosto de 1526. Los soldados, ambiciosos y entusiastas, aprovecharon el primer desembarco para asaltar un pueblo de indios y hacerse de 15,000 pesos en oro. Pero contado el botín y repartido, los sacó de su felicidad una plaga de mosquitos imposible de eludir. En los días que siguieron llovió mucho, y las ropas se convirtieron en harapos. Menos mal que aún había que comer, porque —aunque el aguacero lo malograba todo— en los bohíos de los indios se hallaron provisiones para combatir la hambruna. A puñados comieron entonces el maíz y a mordiscos los camotes. Para variar hubo palmitos, que aunque amargos, recordaban a esos otros que comían los muchachos en Andalucía<sup>1</sup>.

Pero Pizarro no había desembarcado para comer, librarse de la lluvia o combatir a los mosquitos. Quería seguir adelante y bordear el Mar del Sur. La tierra era pantanosa y llena de manglares; había víboras, caimanes e insectos venenosos que nacían en el vientre de esa selva donde nunca llegaba a penetrar el sol. Además abundaban las fiebres. Avanzar así era imposible; eran muy pocos sus soldados para aventurarlos de ese modo. Decidido a salvar tantos obstáculos, Francisco Pizarro envió a Almagro a Panamá por más gente, y al piloto Ruiz, con la nave más pequeña, a descubrir la costa Sur<sup>2</sup>.

Cuando se acabó el maíz, los españoles recurrieron a los huevos de caimanes, a los monos y a algún pájaro de mal sabor que se destinó a los enfermos. Todas las mañanas Alonso Martín de Don Benito salía con su ballesta y su perro de guerra a cazar, pero pocas veces hallaba alguna pieza. Desesperados los soldados por el hambre, que cada día aumentaba, acordaron salir en las canoas y remontar los ríos en busca de comida. Pero estas excursiones tuvieron que interrumpirse por haber muerto los indios al capitán Varela con catorce soldados. Los salvajes se dieron el gusto de bailar en torno a ellos mientras les disparaban sus saetas. Los españoles fueron cayendo uno a uno, y flechado el último, los vencedores desnudaron los cadáveres y se repartieron las ropas. Dicen que Pizarro, *“como entendió la desgracia sucedida, le pesó mucho”*<sup>3</sup>.

Tiempo después regresó el piloto Ruiz con noticias sorprendentes: había vencido la línea equinoccial a mediados de diciembre y un mes antes, descubierto una bahía que llamó de San Mateo. Sin embargo, lo que realmente había admirado al piloto y a los marineros fue que *“andando más adelante por la derrota del Poniente, reconocieron en alta mar... una vela latina [del tan gran bulto, que creyeron ser carabela, cosa que tuvieron por muy extraña]”*<sup>4</sup>. Ruiz la examinó desconfiado, temiendo fuera de los portugueses del Moluco; pero acercándose a ella comprobó que se trataba de una balsa con velamen y tripulada por indios. Ordenó entonces capturarla; pero adivinando su intención, varios de los de la balsa se arrojaron al agua con miras de ganar la costa a nado. Los que quedaron esperaron sin mayor recelo a sus capturadores. Cuando Ruiz los vio de cerca se sorprendió aún más. Eran indios, no cabía duda; pero indios como hasta entonces no había tenido oportunidad de ver. Tenían la piel cobriza y los rostros muy alegres, lucían mirada inteligente y sus cráneos carecían de toda deformación artificial. Iban vestidos con ropas de colores y llevaban un turbante para protegerse del sol. Hablaban una lengua como el árabe, y cuando se envolvían en sus mantos de algodón parecían, de verdad, hijos del desierto. A todas luces mostraban pertenecer a una cultura superior, la que les había permitido, entre otras cosas, descubrir la navegación con velamen. El piloto les preguntó entonces su procedencia, pero ellos no entendieron y le mostraron una balanza, lana hilada y por hilar, proveniente —a lo que se pudo entender— de unos animales como camellos sin giba. Los cautivos eran tres y todos muy muchachos. Bebían en cantaritos rojos y comían en platos negros. Pronunciaban muchas veces las palabras *“guaynacapa”* y *“cuzco”*, pero esta vez los marineros españoles no les pudieron comprender<sup>5</sup>.

Pizarro y los Trece del Gallo. (Oleo de *J. Lepiani*  
existente en el Museo Nacional de Historia.  
*Foto: Manuel Romero*).

Francisco Pizarro debió de contemplar a esos indios con agradecimiento y sorpresa. Ellos eran la confirmación del exótico país cuajado de oro, los valientes navegantes de las balsas añoradas por Panquiaco. Todo era cuestión de esperar. Pronto aquellos tres muchachos indios aprenderían la lengua española. Después, la tropa se pasaría las noches escuchándolos hablar de oro, de mucho oro, como que venían de un país dorado.

### *LA PORFIA DE ATACAMES*

Así las cosas, volvió Almagro de Panamá trayendo la noticia de que Pedrarias había sido sustituido por el cordobés Pedro de los Ríos, hombre que no se oponía a la empresa del Levante, pero que tampoco la secundaba. Aparte de esta nueva, trajo Almagro varios hombres de refresco, algunos caballos y armas, carne salada, alpargatas y camisas, cosas de botica y muchos bonetes de colores para obsequiar a los indígenas<sup>6</sup>.

Pertrechados de este modo, partieron todos a la Bahía de San Mateo. Aquí el calor se hizo insoportable, acompañándolo a toda hora una nube insufrible de mosquitos. Los soldados comenzaron a enfermarse; los más débiles murieron. Para colmo de desgracias hubo hambre, sensación que ya habían olvidado los cristianos. Con deseos de buscar comida marcharon entonces tierra adentro, y tras mucho caminar, en un claro de la selva se dieron con un pueblo de indios cuyas casas —del modo que fabrican sus nidos las cigüeñas— estaban en las copas de los árboles. Riéronse mucho los españoles con el pintoresco poblado; pero sus risas se borraron de los rostros cuando se enteraron que aquellos indios se negaban a darles de comer, alegando que si querían alimentos se dejasen de vagar alegremente y empezaran por cultivar la tierra. Los castellanos se indignaron y, tratando de vengar la injuria, pasaron a combatir las barbacoas, que era el nombre que tenían esas casas arbóreas. Los indios las defendieron con tesón; pero ante la superioridad de las armas españolas, por entre los mismos árboles se dieron maña para huir. A esto ya se habían encaramado en las barbacoas Ribera el Viejo, Cristóbal de Peralta y el artillero griego Pedro de Candia, quienes desde lo alto comenzaron a arrojar maíz. Con el dorado grano se llenaron las alforjas, y colmada la última, emprendieron el regreso. Cuando entraron al campamento debieron festejar mucho lo que había sucedido: por primera vez en la historia del Nuevo Mundo, los españoles habían cogido maíz... ¡en las copas de los árboles!<sup>7</sup>.

Después de esta aventura se reembarcaron y surgieron frente a Atacames, una aldea de hasta 900 casas y una fortalecilla de

Pizarro y Almagro según el cronista  
Huamán Poma.

# PONTIFICAL PIZAROALMA<sup>GRD</sup>



madera. El pueblo estaba vacío, y esto les hizo temer una traición. Efectivamente, esa misma noche atacaron con gran grita los nativos; pero el pequeño cañón del griego Candia hizo ver a esos hombres ajenos al mundo de la pólvora lo peligroso que era provocar a la artillería. La explosión sonó terrible, y horrorizados los naturales huyeron en gran confusión. Los ataques siguientes fueron cada vez más distanciados, siguiendo al postrero una calma desconcertante. Era que los indios se habían dedicado a espiar a los intrusos. Querían descubrir sus puntos débiles para luego ultimarlos en un ataque general. Los caciques estaban todos de acuerdo; sus espías no dejaban de mirar<sup>8</sup>.

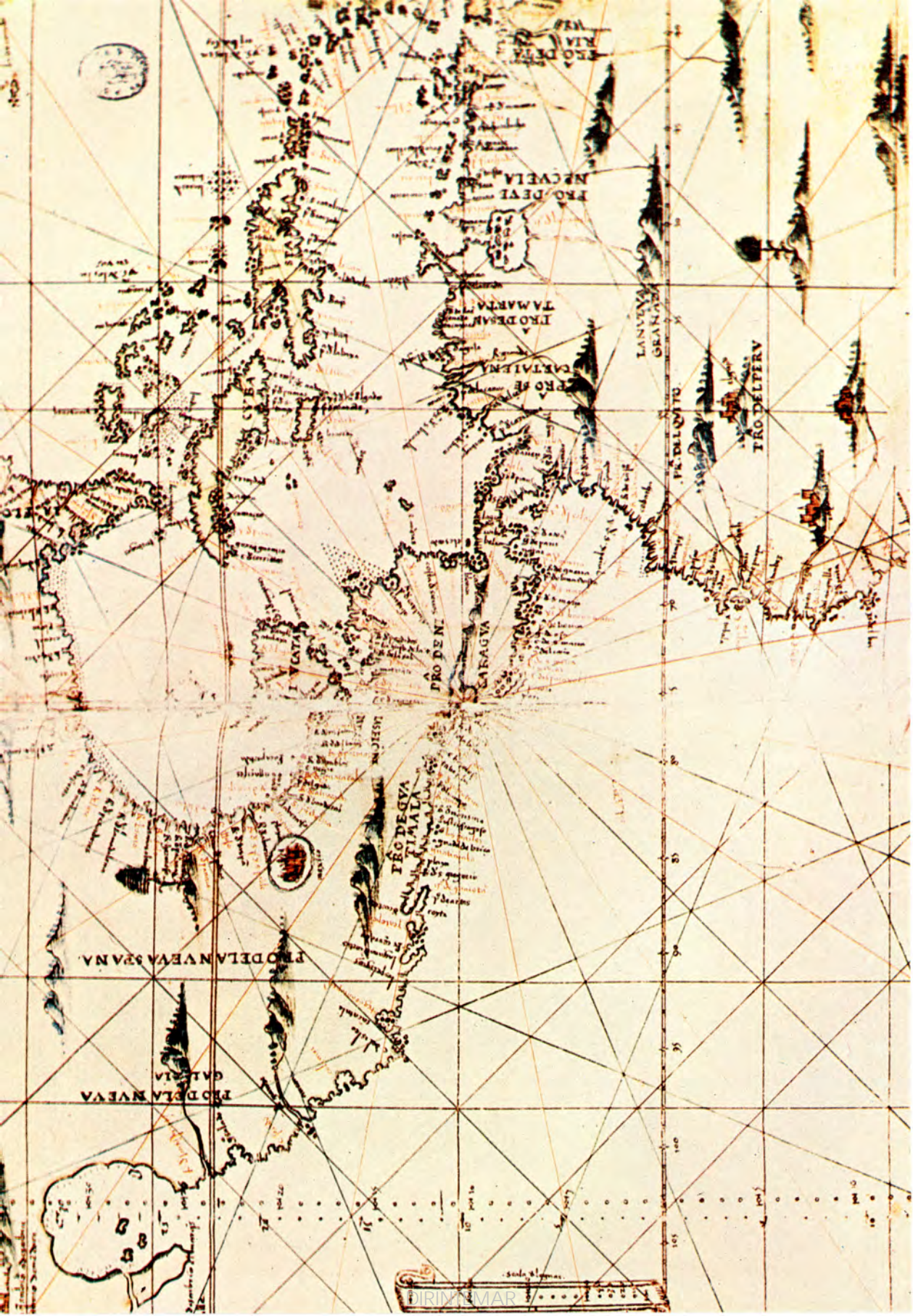
Concluyeron entonces los caciques que aquellos hombres blancos gritaban demasiado y que había uno que, en medio de estos gritos, se hacía obedecer por los demás. Debían ser todos muy hambrientos, porque todo el día comían guayabas y guardaban ciruelas en sus bolsos. Por la tarde recogían huabas en sus sombreros de metal. También debían sufrir con el calor, pues bebían grandes cantidades de agua. Los cuadrúpedos que cabalgaban bebían mucho más. De seguir así, terminarían por secar el agua de los pozos. Sin embargo, lo más sorprendente de esos hombres no era su barba enmarañada ni sus ropas de plata, sino el tono de su voz con que hablaban. Se diría que todos eran sordos o que, de no serlo, corrían el riesgo de ensordecer. A tanto llegaba su sordera, que por más que se gritaban nunca se entendían, llegando en ocasiones al punto de reñir...

La observación de los indios era cierta. La discordia había visitado el campamento. Los soldados pugnaban por volver a Panamá; mas Pizarro los desconcertaba con nuevas órdenes encaminadas a proseguir la expedición. Los hombres no osaban contradecirlo y lo obedecían a regañadientes; pero Almagro no tenía tanta maña y daba pie a contestaciones irrespetuosas al amenazar a los quejosos con la cárcel. Los soldados se irritaban sobremanera, pero él insistía en discutir. Tan necio se puso un día Almagro, que por primera vez Pizarro *"mostró entonces, lo que hasta allí no se avía conocido en su ánimo invencible"*, ponerse del lado de los soldados. Almagro le afeó su gesto, pero Pizarro lo cortó diciéndole: *"que como iba y venía en los Navíos, adonde no le faltaba Vitualla, no padecía la miseria de la hambre i otras angustias que tenían i ponían a todos en estrema congoja i sin fuerça para poderlas más sufrir, i que si él las huviera padecido no tuviera la opinión de que no se bolviese a Panamá"*<sup>10</sup>. Almagro contestó echando mano a la espada, lo que obligó a Pizarro a empuñar la suya; pero terciaron el piloto Ruiz y Ribera el Viejo y, Dios mediante, todo quedó allí.





El Mar del Sur y la Línea Equinoccial según la  
*Nova Verior et Integra Totius Orbis*  
*Descriptio*, de 1542. (Foto: Manuel Romero).



Scale of leagues

DIRIMMAR







LA ISLA DEL GALLO

Después de esta porfía de Atacames reinó un ambiente muy tenso. Los socios habían terminado por abrazarse públicamente en la playa; pero los soldados —convencidos de que allí no quedaba odio— volvieron a su antiguo murmurar. El peligro era inminente. Almagro no quería regresar; Pizarro poseído por su fiebre de conquista, quería proseguir. Los soldados andaban en corrillos y en ellos volcaban su opinión. Almagro y su capitania adjunta otorgada por Pedrarias no regían; pero la decisión del capitán Pizarro, sí. Almagro había caído en el desprestigio soldadesco; mas Francisco Pizarro seguía siendo el verdadero jefe. Por eso, cuando el trujillano dio la orden de partida, unos maldiciendo y otros blasfemando, tuvieron que seguirlo. No estaban los soldados para eso; pero terminaron zarpando en los navíos y mirando desganados al Sur. Pizarro aseguraba que marchaban en busca de otra tierra; pero a todos les constaba que seguían dando vueltas sobre el mismo mar<sup>11</sup>.

Así llegaron frente al río de Santiago, bautizado así en honor del Apóstol caballero. Su antiguo nombre era Tempula, pero ni Almagro ni Pizarro repararon en la situación que le correspondía en el mapa. Si el piloto Ruiz se hubiera tomado la molestia de consignar su altura en la carta de marear, hubiera evitado la futura disensión entre los dos socios y la muerte del primero en la batalla de Salinas. Pero esto era mucho pedir en tal momento. La agresividad de los indios lugareños acicateó a los quejosos, por lo cual decidió Pizarro volver a la bahía de San Mateo. De aquí tornó Almagro a Panamá con un navío por más gente; en el otro, Pizarro pasó a los 80 soldados que quedaban en la isla del Gallo. Para evitar posibles motines y fugas, el capitán se desprendió de este último barco enviándolo con el Veedor Juan Carballo a Panamá. Solo y rodeado de soldados descontentos, Pizarro quedó en la Isla del Gallo. Estaba al Norte del ancón de las Sardinias, frente a una rada que llamaban del Tumaco<sup>12</sup>.

Pasaron los días y el descontento amainó. Esta aparente tranquilidad de los soldados en la isla tenía su por qué. En una de las naves habían enviado para doña Catalina de Saavedra, la esposa del Gobernador Pedro de los Ríos, un blanquísimo ovillo de algodón. Por su tamaño y hermosura era obsequio digno de tal dama y se lo enviaban como una muestra de la tierra por ellos descubierta. Pero mañosamente habían introducido en él un trozo de papel en que decían:

*"A Señor Gobernador,  
miradlo bien por entero,  
allá va el recogedor  
y acá queda el carnicero"*<sup>13</sup>.



Los soldados habían escrito esta copla después de oír a su jefe decir que mientras él estuviera con vida ninguno de ellos volvería a Panamá. Eso sonaba como a una invitación a matarlo; pero ninguno se atrevía a hundir su daga en el pecho de tan bravo capitán. Las cartas de los soldados, las groseras cartas de los pocos que sabían escribir, demuestran hasta qué punto a Pizarro le tenían miedo. Por eso le jugaban a dos barajas, y cuando mucho se le quejaban diciéndole, medio en broma y medio en serio, que se sentían en un cautiverio, "*peor quel de Exito*"<sup>14</sup>.

La treta del ovillo resultó, pues un buen día —a fines de setiembre de 1527— blancas y lejanas en el horizonte se dejaron ver dos velas. Pizarro pensó que le traían más gente, pero la ovación entusiasta de la tropa le presagió lo peor. Los hombres lloraban de alegría y bendecían a Pedro de los Ríos, a su esposa y a cuantos habían tenido que ver con el envío de las naves. El caudillo trujillano se entristeció: mal le pagaban sus soldados; le habían ganado con traición. Entonces fue que saliendo a recibir a los recién venidos, "*determinó antes morir que volver sin descubrir la tierra*"<sup>15</sup>.

Llegado el bote a la playa, saltó a ella Juan Tafur, capitán del Gobernador Pedro de los Ríos. Pizarro lo saludó secamente, preguntándole a continuación por el motivo de su visita. La respuesta fue tajante: estaba allí para llevarse a todos a Panamá. En la empresa del Levante se habían gastado ya bastantes vidas, y el Señor Gobernador la consideraba fracasada. Un mensaje secreto a la gobernadora llamaba a Pizarro "*carnicero*" y a Almagro "*recogedor*". Tafur venía con una orden prohibiendo el beneficio de más reses...

El trujillano debió echar fuego por los ojos. Pero no se dejó ganar por la pasión y, desenvainando su espada, avanzó con ella desnuda hasta sus hombros. Se detuvo frente a ellos, los miró a todos y evitándose una arenga larga se limitó a decir, al tiempo que —según posteriores testimonios— trazaba con el arma una raya sobre la arena: al Norte queda Panamá, que es deshonor y pobreza; al Sur, una tierra por descubrir que promete honor y riqueza; el que sea buen castellano, que escoja lo mejor<sup>16</sup>.

Un silencio de muerte rubricó las palabras del héroe; pero pasados los primeros instantes de duda, se sintió crujir la arena húmeda bajo los borceguíes y las alpargatas de los valientes. "*Sólo trece compañeros pasaron la raya con tan grande esfuerzo, denuedo y valentía, que cada uno de ellos parecía bastaba a conquistar un Nuevo Mundo*"<sup>17</sup>. Y añade otra crónica: "*Estos fueron los Trece de la Fama*"<sup>18</sup>. Concluyendo una tercera: "*estos trece christianos con su capitán descubrieron el Perú*"<sup>19</sup>.

Los Conquistadores vistos por Huamán Poma.







PIZARO

Pizarro, cuando los vio pasar la línea, "no poco se alegró, dando gracias a Dios por ello, pues había sido servido de ponelles en corazón la quedada"<sup>20</sup>. Sus nombres merecen quedar en la Historia. Ellos son: Nicolás de Ribera el Viejo, natural de Olvera, en Andalucía; Cristóbal de Peralta, hidalgo de Baeza; Antón de Carrión, natural de Carrión de los Condes; el griego Pedro de Candia, nacido en la isla de Creta; Domingo de Soraluze, mercader de oficio y vascongado de nación; Francisco de Cuéllar, natural de Torrejón de Velasco; Juan de la Torre, nacido en Villagarcía de Extremadura; Pedro de Halcón, sevillano de Cazalla de la Sierra; García de Jerez, mercader utrereno y esclavista de indios nicaraguas; Alonso de Briceño, natural de Benavente; Alonso de Molina, que era de Ubeda; Gonzalo Martín de Trujillo, trujillano de cuna, y Martín de Paz, mancebo alegre y jugador cuya patria es desconocida. Al piloto Ruiz no se le cuenta, porque aunque pasó la línea vio prudente regresar a Panamá, por habérselo pedido así Pizarro. "Estos fueron los Trece de la Fama. Estos... los que estando más para esperar la muerte que las riquezas que se les prometían, todo lo pospusieron a la honra y siguieron a su Capitán y caudillo para ejemplo de lealtad en lo futuro"<sup>21</sup>.

Poco después los soldados se embarcaron en las naves y se dispusieron a zarpar. Furioso Pizarro porque Tafur se llevaba también a los tres indios lenguaraces de la balsa, envió por ellos a Nicolás de Ribera. Este recuperó a los tres nativos, tornando a la isla con un mensaje de Tafur a Pizarro por el que lo invitaba a trasladarlo a otra isla más al Norte. Pizarro, entonces, apreciando que seguir en la Isla del Gallo equivalía a morir de hambre, accedió. La nueva isla, según los mapas posteriores, se llamaba *La Gorgona*<sup>22</sup>.

El cronista Herrera nos ha dejado de esta roca una clara descripción. Dice así: "En esta Isla Gorgona, que los que la han visto comparan al Infierno, por la espesura de sus Bosques, i la altura de las Montañas, ai abundancia de Mosquitos, y destemplança del Cielo, adonde nunca se vé el Sol, ni dexa de Llover. Quiso quedar Francisco Pizarro, por maior seguridad; allí hicieron sus Casas i labraron una Canoa en que salía él mismo i pescaba para comer: i otras veces con la Ballesta mataba unos Animales llamados Guadoquinaxes, maiores que Liebres i de mejor Carne, i en esto se ocupaba por mantener a sus Compañeros"<sup>23</sup>. Y concluye el cronista: "cada Mañana daban gracias a Dios; a las tardes decían la Salve i otras Oraciones, por las Horas sabian las Fiestas i tenían cuenta con los Viernes i Domingos"<sup>24</sup>. Estas, en síntesis, eran las ocupaciones de aquellos rezadores de la Salve, verdaderos "desterrados hijos de Eva".

De este modo pasaron los últimos meses de 1527 y los tres primeros de 1528. Pero una mañana de marzo, cuando abandonados a su suerte se disponían a pasar otro día como todos, surgió un punto oscuro en el horizonte. Los hombres se entusiasmaron con su vista; pero pronto su alegría se trocó en tristeza cuando alguien comentó que era un espejismo, ilusión de cerebros sedientos de novedades. Otro, acaso más realista, aseguró que era un árbol arrastrado por la corriente. Pero aquello se fue acercando hacia la isla y resultó ser un navío de verdad. Era Bartolomé Ruiz de Estrada, el veterano piloto de Moguer, que volvía por sus compañeros. Una hora después todos se abrazaban y el marino les contaba que estaba pronto a regresarlos a Panamá. Posiblemente antes de abandonar la isla fue que la bautizaron con el nombre de Gorgona o antesala del infierno. El griego Candia, único conocedor de Medusa, Euríale y Esteno, monstruos de una fábula que oyera cuando niño, fue seguramente quien le dio tal nombre<sup>25</sup>.

### TUMBES, LA CIUDAD DE PIEDRA

Mas no era Pizarro de los que pensaban que volviendo a Panamá se arreglaría todo. Por eso, apenas pisó la cubierta del navío mandó levar las áncoras, salir al mar abierto y aproar al Sur. Algunos días después descubrieron otra isla que llamaron Santa Clara, donde hicieron agua y leña. De paso contemplaron boquiabiertos un gigantesco ídolo de piedra, al que los indios habían tributado pequeñas esculturas de oro, ricas y vistosas mantas amarillas y un gran cántaro de plata capaz de albergar una arroba de agua. Los tumbesinos capturados en la balsa —que ya sabían algo de español— afirmaron entonces *“que aquello no era nada, para las riquezas que havia en la Tierra”*<sup>26</sup>. Sus palabras se tomaron como exageración; si algo se creyó de ellas fue que Tumbes ya no estaba lejos.

Pero sin duda los intérpretes confesaban la verdad, porque al día siguiente *“descubrieron una balsa tan grande que parecía Navio”*<sup>27</sup>. Los cristianos se acercaron amistosamente hallando en ella quince guerreros con sus armas en las manos y envueltos en grandes mantos. Dijeron que eran de Tumbes y que iban a hacer la guerra a la isla de Puná. Mostraron alegrarse mucho de hallar con los barbudos otros indios tumbesinos, y éstos, igualmente contentos, traían de la mano a los españoles para que apreciaran con sus propios ojos que habían dicho la verdad. En eso aparecieron otras cuatro balsas grandes cargadas de guerreros, las cuales se acercaron a la nave castellana. La carabela y las balsas presentarían un cuadro excepcional. Era

el encuentro intencional y al mismo tiempo inesperado de la más popular de las embarcaciones españolas con las únicas balsas que tenían velas en el Nuevo Mundo. Bartolomé Ruiz, el piloto moguereno, no había mentido cuando afirmó haber capturado una balsa en la Bahía de San Mateo. Panquiaco, el hijo del cacique Comagre, también tenía razón<sup>28</sup>.

Guiados por las cinco balsas, los cristianos avistaron Tumbes. Apenas los caudillos de las balsas tocaron tierra, corrieron donde su señor, *"a quien dixeron, cómo havian encontrado aquel Navio, a donde estaban hombres blancos y vestidos, con grandes barbas: i que otros indios, sus Naturales, que traían por Interpretres, les havian dicho que aquellos hombres andaban a buscar Tierras i que en otros Navios se havian vuelto por la Mar muchos de ellos... Espantados el Señor i todos, juzgaban que tal Gente era enbiada por la mano de Dios i que era bien hacerles buen hospedage"*<sup>29</sup>.

Pizarro, mientras tanto, miraba Tumbes extasiado. Parecía una ciudad del Amadís, libro que él no había podido leer nunca, pero que decía cosas fabulosas. Tumbes parecía eso: una ciudad escapada de los libros de caballería. Tenía recias murallas de piedra, todas llenas de almenas, sobre las que se destacaban muchísimos torreones cuadrados; también lucía un castillo que mostraba ser imbatible fortaleza<sup>30</sup>.

Esa misma tarde envió el curaca o reyezuelo de Tumbes a Pizarro —en diez o doce balsas— mucha fruta, cántaros con agua y licor fermentado de maíz, y una oveja de la tierra, de esas que producían lana. Los españoles recibieron todo con muestras de gran regocijo, admirándose mucho con el auquénido, cuadrúpedo que recordaba el perfil de un dromedario sin giba. Al frente de todos estos obsequios estaba un indio de porte verdaderamente aristocrático, y en el que su adusto rostro contrastaba con sus orejas descomunales. Los españoles lo bautizaron burlescamente "el orejón", divirtiéndose en secreto con sus deformados apéndices auriculares. El indio mostró no darse cuenta de ello, interesándose en cambio, por saber de dónde eran, qué buscaban y en quién creían los misteriosos hombres blancos. Pizarro le habló entonces de Castilla y del invicto Emperador don Carlos, del Pontífice de Roma y del afán evangelizador de los cristianos. No mencionó el oro, pues los indios podían ocultarlo. El orejón no dijo una palabra, pero todos se dieron cuenta de que había aprendido demasiado. Le ofrecieron a continuación vino castellano, bebida que mostró agradecerle, recibiendo luego una hacha de hierro, objeto que le gustó realmente. Empuñando su nueva arma aceptó comer con Pizarro. Se comportó muy dignamente durante la comida y al final de ella invitó al jefe extremeño a visitar la ciudad<sup>31</sup>.

Marchado el orejón, Pizarro envió un marinero llamado Bocanegra a Tumbes, con el pretexto de traer bastimentos para la nave. Regresó impresionadísimo, pero por ser ignorante no se le creyó. Con misión más específica desembarcó entonces Alonso de Molina con un negro esclavo. Llevaba para el curaca una pareja de cerdos, varias gallinas y un gallo. Los tumbesinos miraron al soldado y al guineo con singular admiración. Las barbas del hombre blanco eran excepcionales, mas el color tiznado del negro presentaba una incógnita mayor, por lo que dispuestos a despejarla presentaron al esclavo un recipiente con agua y le pidieron que se lavase la cara. Sin embargo, el negro los defraudó, porque habiéndose restregado el rostro con agua, quedó tan oscuro como antes. Al final los indios parecieron conformarse algo oyendo cantar al gallo y gruñir al puerco. Luego de tan original momento, Molina y el negro pasearon la población, sorprendiéndose por su grandeza y regresando presurosos a la nave. Esta vez tampoco creyeron su relato los españoles de a bordo. Molina era mancebo y el calor de su versión pareció exagerado. Al negro ni siquiera lo escucharon, porque no hacía sino decir ser verdad todo lo que Molina contaba. Pizarro determinó entonces enviar a otro hombre menos impresionable, con más mundo y cierta edad. Reunía todos estos requisitos el griego Pedro de Candia<sup>32</sup>.

### *EL HIJO DEL TRUENO*

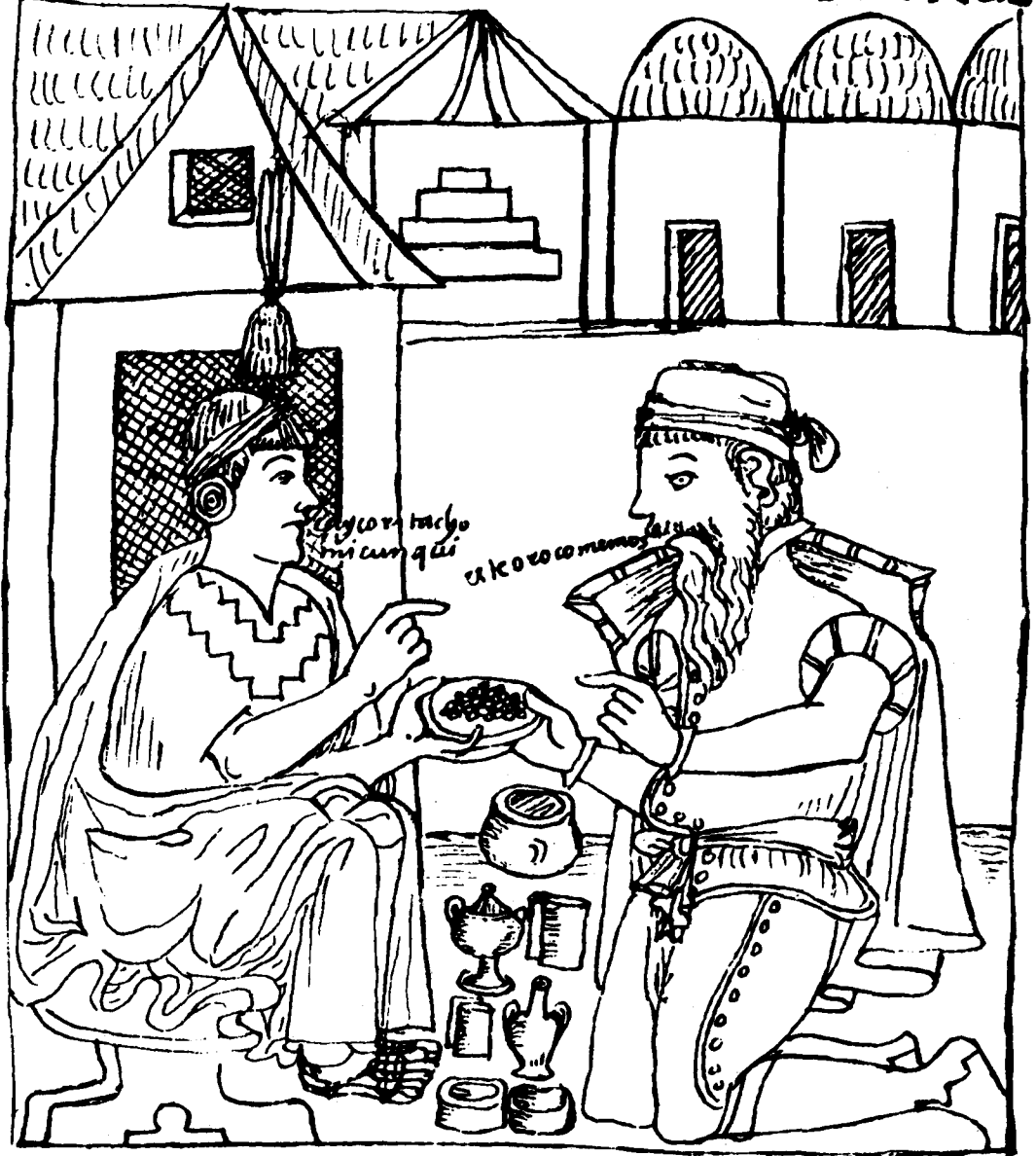
El griego desembarcó frente a la ciudad, rodeada de selva e inmediatamente fue llevado ante el curaca. Iba con una gran cota de malla que le llegaba a las rodillas y cubría su cabeza un yelmo, con su celada de hierro, todo lleno de plumajes. Rodela, espada y arcabuz completaban su defensa. Algún cronista añade que también llevaba una cruz<sup>33</sup>.

Lo cierto es que llegado ante el curaca de los tumbesinos lo saludó en nombre de Pizarro, gesto al que contestó el curaca con otro saludo a su manera y una petición: le rogó mañosamente que disparase su arcabuz o como él mismo decía, aquel bastón que vomitaba fuego. El curaca había oído hablar de la extraña propiedad del alargado madero y quería cerciorarse por sus ojos para luego informar de todo a cierto superior. Este superior era el Inca<sup>34</sup>.

Candia accedió gustoso, encendió la mecha de su arma y apuntando a un tablón grueso que allí estaba, disparó. La explosión que se escuchó sonó terrible para aquellos indios que ignoraban los poderes de la pólvora y espantados por el estruendo, cayeron en el suelo sin osar levantarse. Cuando se animaron

La visita de Pedro de Candia a Tumbes,  
según el cronista Huamán Poma.

# CONQUISTA GVAIMACAPACADIA INGA ESPAÑOL



a hacerlo pudieron ver el gran tablón perforado, mientras un olor especial se esparcía por el aire. Entonces el pánico se trocó en admiración, los tumbesinos estaban maravillados. Pero el curaca, que propiciaba todo aquello para informar con precisión al Inca, mandó traer un jaguar y un puma que tenía cautivos y soltándolos delante del arcabucero, quiso enterarse hasta dónde el visitante se sabría librar bien. Candia no se dejó ganar por la sorpresa y teniendo ya encendida la mecha efectuó un segundo disparo. Ante el fogonazo y el ruido las fieras retrocedieron, acobardándose al extremo de perder toda su agresividad. El curaca quedó sorprendidísimo, sus vasallos lo estaban mucho más. Cuando el humo de la pólvora se dispersó, Pedro de Candia se encontró rodeado por indios postrados en el suelo que lo miraban como si fuese un semidiós. El curaca rompió este incómodo silencio y allegándose al arcabuz con un vaso de licor de maíz en la mano derramó su contenido en la boca del arma, al tiempo que le decía: "*toma, bebe, pues con tan gran ruido se hace que eres semejante al trueno del cielo*"<sup>35</sup>. A partir de entonces, Candia fue tenido por el blanco y robusto *Hijo del Trueno* que tenía el raro poder de amansar a las fieras. Además, su barba y su color recordaban al divino Huiracocha, el Hacedor del universo indio, el dios que se perdió en el mar, prometiendo regresar en otra era. Candia encarnaba al gran *Illapa*, el rayo rugidor, y a su vez era emisario del omnipotente Huiracocha que esperaba en su navío mecido por la espuma de las aguas...

Esa misma tarde el griego visitó la ciudad. Paseó el barrio de los orfebres y plateros, entró a los templos o "*mezquitas*" y habló a las Acilas o Vírgenes del Sol. Conoció también de cerca la galana fortaleza, sus murallas y torreones, su precisa ubicación. Parecía un alcázar agareno con patios que refrescaban cantarinas fuentes. Siguió mirando y descubrió allí cerca unas plazas como "*zocos*" a las que acudía una extraña multitud. Los tumbesinos trataban mucho con cerámica rojiza y la transportaban en carneros grandes y lanudos que por su acompasado andar bien podían nominarse "*los camellos de las Indias*". Los hombres se cubrían con turbantes o rebozos, las mujeres con capuces y albornoces. Hablaban una lengua como arábigo, eran bronceados, movedizos y, sobre todo, muy alegres<sup>36</sup>.

Dos días después, Candia regresó a bordo. Traía consigo como obsequio del señor de la ciudad muchas balsas repletas de maíz, pescado y fruta, así como dos auquénidos cebados. Francisco Pizarro lo recibió con las mayores muestras de alegría y el griego le correspondió contándole todo lo que había visto en Tumbes, lo cual hizo con lujo de detalles "*por ser hombre savio de semejantes negocios*"<sup>37</sup>. Mas como si esto fuera poco, terminadas sus palabras, extendió a los asombrados ojos de sus compañeros una



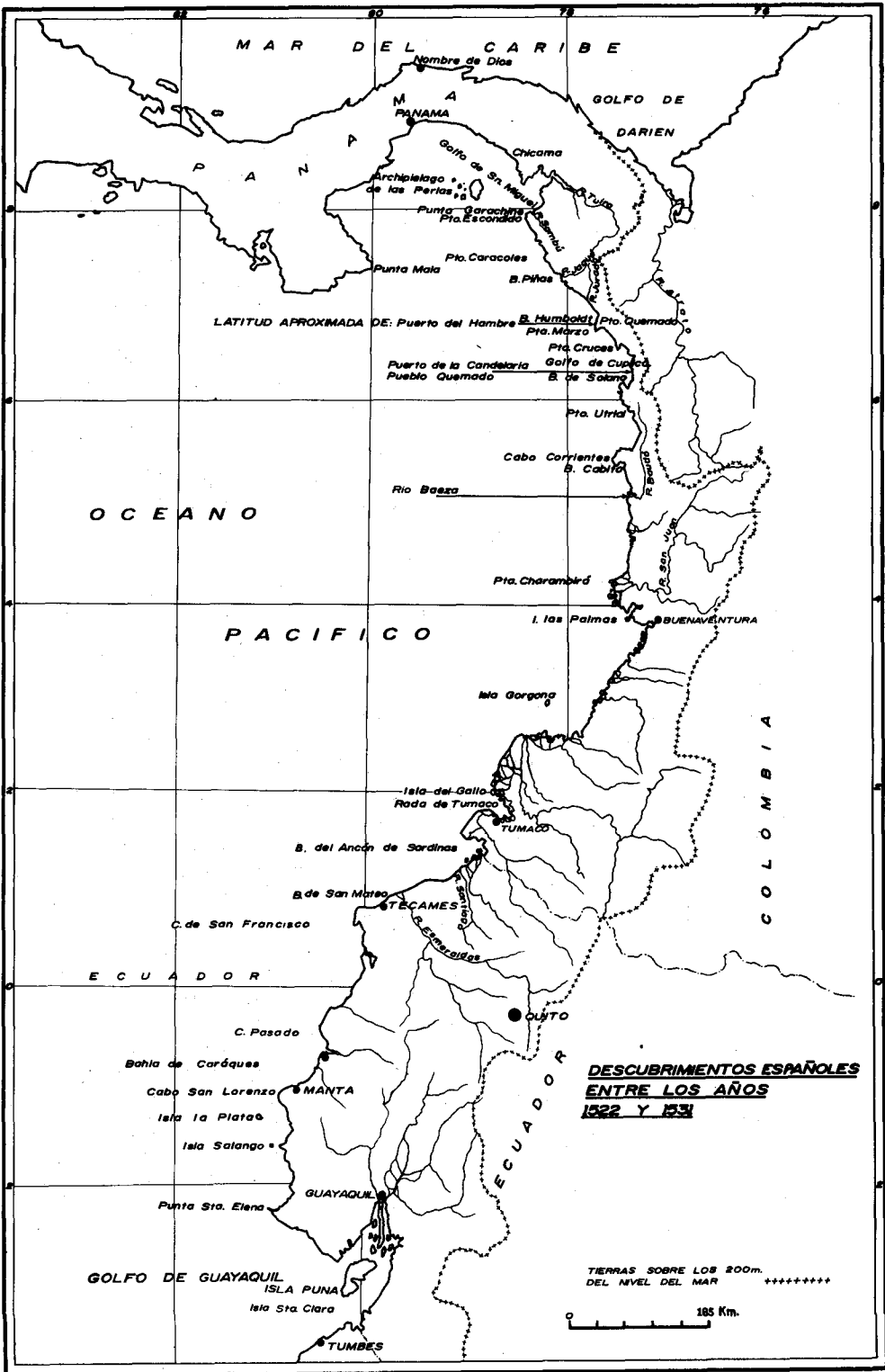
tela en que había dibujado y pintado la ciudad. Esa tela tenía un valor incalculable por ser la primera pintura del reino de las grandes balsas. Entonces Pizarro bautizó a esa ciudad que tanto tenía de morisca como Nueva Valencia de la Mar del Sur, mientras los soldados admiradores de la pintura del griego, apreciando los edificios "*de piedra muy grandes con torres a manera de castillos*"<sup>38</sup>, comparaban con Castilla al país que visitaban.

Con el corazón lleno de gozo prosiguieron los cristianos su recorrido, largando velas con dirección austral. Pasaron frente a Paita, donde los indios salieron a la playa a llamar alborozados al navío que transportaba un dios; también junto a la Isla de los Lobos, animales marinos, cuyos bramidos escucharon alarmados los soldados en la oscuridad de la noche. Luego fueron saliéndoles al encuentro gran cantidad de balsas llenas de indios con frutas y pescado de regalo, recibiendo en algún punto los saludos de una reina o capullana, señora integrante del gran mundo matriarcal de los tallanes. Más adelante tocaron tierra de Chimúes y en Malabrigo, ganado por la exótica vida de estos indios, el marinero Bocanegra desertó. Juan de la Torre, que bajó a tierra a buscarlo, lo halló que "*estaba bueno i alegre i sin gana de volver*"<sup>39</sup>, dejándolo en medio de ataviados chimúes que lo llevaban en andas a contemplar los enormes rebaños de "*pequeños camellos...*". Reirían todos con la deserción del marinero y proseguirían su navegar. Pizarro buscaba la ciudad de Chíncha, de la que había oído su fama, pero llegada la nave a la desembocadura del río Santa —nombre indio que los cristianos transformaron en el de Santa Cruz— los marineros pidieron a Pizarro no seguir. Los hombres de mar, siempre susceptibles de temor ante lo desconocido, querían volver atrás. Pizarro comprendió su pensamiento y aceptó. El 3 de mayo de 1528 el navío viró en redondo poniendo la proa al Septentrión. Francisco Pizarro y los de la Fama, mientras tanto, miraban las oscuras piedras de la Cordillera Negra y se daban el gusto de imponerle andaluz apelativo de Sierra Morena<sup>40</sup>.

### EL NOMBRE DE LA NUEVA TIERRA

De vuelta a Panamá, los Trece de la Fama alborotaron a la población con sus noticias. Acosados por los curiosos, Ribera el Viejo habló entonces de "*muy rricas tierras*"<sup>41</sup> y Alonso Briceño hizo ver a todos que la expedición no había fracasado, porque desde los tiempos de Francisco Hernández de Córdova y Juan de Grijalva —los descubridores de Yucatán y Nueva España— nadie había osado decir algo semejante. Arreciando en sus preguntas los curiosos conminaron al Alférez Carrión, otro de

El escenario geográfico de los tres viajes de  
Francisco Pizarro al Perú.



**DESCUBRIMIENTOS ESPAÑOLES  
ENTRE LOS AÑOS  
1522 Y 1531**

TIERRAS SOBRE LOS 200m.  
DEL NIVEL DEL MAR \*\*\*\*\*

0 185 Km.

los Trece, pero éste se limitó a decir que lo de las ciudades de piedra era muy cierto y que además eran "*almenadas e torreadas*"<sup>42</sup>, noticia que amplió Francisco de Cuéllar, confirmando que eran "*muchas e grandes cibdades... con tapias bien altas e con casas a manera de torres cuadradas... a manera de terrados*"<sup>43</sup>.

La versión no podía ser más unánime. Ahora había que inquirir sobre los habitantes de las misteriosas ciudades. Iniciadas las preguntas, Briceño —parco como siempre— dijo que toda la tierra descubierta era "*muy poblada*", siendo Ribera el que explicó entonces que de "*gente muy ataviada e con mucho oro e plata*"<sup>45</sup>. Antón de Carrión, más explícito que sus compañeros, concluyó que estas gentes "*trayan sobre sy mucho oro e Ropas de plata e piedras de valor*"<sup>46</sup>, añadiendo en tono de hijodalgo que "*si se puebla lesa tierral de christianos, Dios e su Magestad serán seruidos*"<sup>47</sup>. Francisco Mexía, Gonzalo Farfán, Rodrigo de Chávez, Francisco de Jerez, Martín de Santaella, Silvestre Rodríguez, Ambrosio de Monsalve y Sancho de Marchena —soldados que volvieron con Tafur desde la Isla del Gallo— escuchaban pesarosos de haber abandonado aquella empresa.

Mientras tanto, Pizarro, acompañado por sus socios y el artillero Candia, presentaba al Gobernador los tres muchachos tallanes, capturados en la primera balsa que avistara Ruiz, los cuales ya entendían la lengua castellana. También enseñó a Pedro de los Ríos los primorosos tejidos de algodón y lana, muchos cántaros de color naranja fuego, chaquira reluciente, adornos de oro y plata y —lo más espectacular de todo— seis o siete llamas, animales domésticos de carga, únicos en su género y que sólo se habían hallado en aquellas remotas partes del Nuevo Mundo. Como si esto fuera poco, también le mostró Pizarro una tela en la que el griego Candia había dibujado Tumbes, la ciudad que bautizaran Nueva Valencia, señalando en ella la fortaleza, las murallas y las torres... Pedro de los Ríos quedó más que confuso y de momento no supo qué decir. Finalmente, se animó e hizo una pregunta: quería saber la exacta ubicación del reino de las grandes balsas. Pizarro le contestó que aquellas maravillas que tenía adelante provenían "*de las partes del Levante en la Mar del Sur, hazia donde se dize Perú...*"<sup>48</sup>. ¿Perú? se preguntaría Pedro de los Ríos: esa tierra hasta entonces nadie la había mencionado. Pero se equivocaba el celoso Gobernador de Castilla del Oro, pues si se hubiera echado la capa sobre los hombros y entrado a las tabernas del puerto, habría visto a los soldados hablar de cierta "*tierra muy buena e Rica, y cibdades e fortalezas*"<sup>49</sup>, mientras con sus dedos señalaban al Levante, "*hazia donde se dize Perú*"<sup>50</sup>. Aquellos aventureros ya no hablaban de Dabaides y Dorados. Había nacido el nombre

EL SEGUNDO VIAJE DE FRANCISCO PIZARRO

de una nueva tierra. Ahora todo era Perú y más Perú. Por eso cantaban en las mesas de las tabernas:

*“Indias, Indias,  
oro, plata,  
oro, plata  
del Pirú”.*

## NOTAS AL CAPITULO

1. LOPEZ DE JEREZ, Francisco... *Verdadera Relación de la Conquista del Perú y provincia del Cuzco, llamada la Nueva Castilla*, en: Biblioteca de Autores Españoles. Historiadores Primitivos de Indias.— Madrid, Gráficas Carlos Jaime, 1947.— T. II, p. 321.  
HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de... *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierrafirme del Mar Océano*.— Buenos Aires, Imprenta Continental, 1945.— Década III, Lib. VIII, cap. XIII, pp. 39 a 41 del T. V.  
ROMERO, Fernando... y Emilia ROMERO DE VALLE... *Probable itinerario de los tres primeros viajes marítimos para la conquista del Perú*.— Sobretiro del número XVI de la Revista de Historia de América; México, diciembre de 1943, pp. 12 a 18.
2. CIEZA DE LEÓN, Pedro... *Tercera Parte de la Crónica del Perú*, cap. X, en: Mercurio Peruano, Lima, número 233, agosto de 1946, pp. 430 a 432.
3. *Ibidem*. Cap. XI, pp. 432 y 433.
4. *Ibidem*. Cap. X, p. 431.
5. *Ibidem*, Cap. X, pp. 430 a 432. El viaje descubridor de la línea Equinocial se conjetura fue como sigue:  
Comisionado por Francisco Pizarro, su piloto Bartolomé Ruiz de Estrada, natural de Moguer, parte del río Cartagena, en el delta del actual río San Juan, y llega al río de las Atarazanas, entre Caimán y Gurmangui. Prosiguiendo en su navegación el piloto Ruiz descubre el 9-IX-1526 la Isla de Felipe, llamada posteriormente la Isla de la Gorgona. El siguiente punto tocado fue la Isla del Gallo, siguiéndose a la Bahía de San Mateo a la que se llegó el 21-IX-1526. De aquí se pasó a Atacames (0 grados, 50' de latitud Norte) y el 18-X-1526 a un lugar que bautizaron San Lucas. El Cabo de San Francisco se avistó el 3-XII-1526 (0 grados, 30' de la latitud Norte), explorándose la bahía de este nombre todo el día siguiente. Punto que se tocó a continuación fue Coaque (0 grados, 05' de latitud Norte), venciéndose después la línea ecuatorial de Norte a Sur por vez primera en el Océano Pacífico, aunque no se percató de ello Bartolomé Ruiz. Por estas latitudes el piloto encontró la balsa de los tallanes tumbesinos. Rección en la lengua de tierra que denominó Cabo Pasado se dio cuenta Bartolomé Ruiz que había "pasado" la línea equinocial (0 grados, 28' de latitud Sur), continuando su navegación con rumbo al austro. Así llegó a Punta Illote (1 grado, 35' de latitud Sur), que denominó Cabo de la Vuelta, frente a la isla de Salango, por haber emprendido desde este lugar el tornado viaje que lo llevó nuevamente a juntarse con Francisco Pizarro en el río Cartagena, en el delta del San Juan. (Versión extractada de: ROMERO, Fernando... y Emilia ROMERO DE VALLE. *Probable Itinerario de los Tres Primeros Viajes Marítimos para la Conquista del Perú*, sobretiro del número 16 de la Revista de América, México, diciembre de 1943).  
ROMERO, Fernando... y Emilia ROMERO DE VALLE... *Op. cit.*, pp. 12 y 13.  
FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... *Historia General y Natural de las Indias*.— Asunción del Paraguay, Imprenta de la Editorial Guaranía, 1945.— Parte III, Lib. V, cap. III, pp. 220 a 222 del T. XI.
6. CIEZA DE LEÓN, Pedro... *Op. cit.*, cap. XII, pp. 433 a 435.
7. Archivo General de Indias de Sevilla. Patronato 150-N3-R2.
8. *Loc. cit.*
9. HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de... *Op. cit.*, Década III, Lib. X, cap. II, p. 89 del T. V.
10. *Loc. cit.*
11. CIEZA DE LEÓN, Pedro... *Op. cit.*, cap. XIV, pp. 437 a 439.

## NOTAS AL CAPITULO

12. *Loc. cit.*
13. *Loc. cit.*
14. CIEZA DE LEON, Pedro... *Op. cit.* cap. XVI, en: Mercurio Peruano, Lima, abril 1951, número 289, p. 148.  
PORRAS BARRENECHEA, Raúl... *Cartas del Perú*.— Lima, Empresa Editora Peruana, 1959.— pp. 5 a 19.
15. Archivo General de Indias de Sevilla. Patronato 150-N3-R2.
16. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Viajes al Estrecho de Magallanes*.— Buenos Aires, Compañía Impresora Argentina, 1950.— T. II, p. 46.
17. OLIVA S. J., Anello... *Historia del Reino y Provincias del Perú*.— Lima. Imprenta de San Pedro, 1895.— Lib. I, cap. III, p. 83.
18. MONTESINOS, Fernando de... *Anales*, en: ROMERO, Carlos A. ... *Los Héroes de la Isla del Gallo*.— Lima, Imprenta Miarnnda, 1944.— p. 18.
19. CIEZA DE LEON, Pedro... *La Crónica del Perú*.— Buenos Aires, Imprenta de la Compañía General Fabril Financiera, 1945.— Cap. CXIX, p. 289.
20. CIEZA DE LEON, Pedro... *Tercera Parte de la Crónica del Perú*, cap. XVI, p. 149.
21. MONTESINOS, Fernando de... *Anales*, en: ROMERO, Carlos A. ... *Op. cit.*, pp. 18 y 19.
22. *La Isla de la Gorgona* había sido descubierta por el piloto Ruiz el 9 de setiembre de 1526 y figura en la carta que transcribe el cronista Fernández de Oviedo como *Isla Felipe*. La Isla del Gallo también la halló Ruiz en su viaje de exploración, ocurriendo su descubrimiento poco después que el de la Gorgona y antes del 21 de setiembre (ver: ROMERO, Fernando... y Emilia ROMERO DE VALLE... *Op. cit., loc. cit.*).
23. HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de... *Op. cit.*, Década III, Lib. X, cap. III, pp. 92 y 93 del T. V.
24. *Loc. cit.*
25. CIEZA DE LEON, Pedro... *Op. cit.*, cap. XVIII, pp. 152 y 153.  
Como aparece en la carta que transcribe Oviedo, la Gorgona se llamó en un comienzo *Isla de Felipe*, debiendo su definitivo nombre a raíz de haberse quedado Pizarro y sus trece compañeros allí (ver: FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... *Op. cit.*, parte III, Lib. V, cap. III, p. 213 del T. XI).
26. HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de... *Op. cit.*, Década III, Lib. X, cap. IV, pp. 94 y 95 del T. V.
27. *Loc. cit.*
28. *Loc. cit.*
29. *Loc. cit.*
30. Archivo General de Indias de Sevilla. Patronato 150-N3-R2.
31. HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de... *Op. cit.*, Década III, Lib. X, cap. IV, pp. 95 y 96 del T. V.
32. *Loc. cit.*; y cap. V, pp. 96 y 97.
33. HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de... *Op. cit.*, Década III, Lib. X, cap. V, pp. 97 y 98 del T. V.
34. *Loc. cit.*
35. *Loc. cit.*
36. Esta visión de los lugareños bajo la influencia incaica muestra todavía lo que representó la original cultura de los tallanes norteños, los mejores navegantes de la costa peruana. El origen de este pueblo parecen situarlo los estudiosos en la Amazonía, desarrollándose en las tierras piurana y tumbesina todavía bajo la influencia de un matriarcado ancestral que brindó reinas o capullanas exóticas, como se vio más atrás.  
BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Pedro de Candia, Artillero Mayor del Perú*, en: Revista Histórica, Lima, 1960-1961, T. XXV, pp. 384 y 385.
37. Archivo General de Indias de Sevilla. Patronato 150-N3-R2.
38. *Loc. cit.*
39. HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de... *Op. cit.*, Década III, Lib. X, cap. VI, pp. 98 a 100 del T. V.

## HISTORIA MARITIMA DEL PERU

40. CIEZA DE LEON, Pedro... *Op. cit.*, cap. XXII, en: Mercurio Peruano, Lima, 1953, número 317, pp. 309 a 311.— El probable derrotero del Segundo Viaje sería así:

Francisco Pizarro con sus dos naves y tres canoas parte de Chochama antes de setiembre de 1526 y pasa al río de San Juan, a un punto de su delta que denominan río de Cartagena. Desde aquí, vueltos Almagro de Panamá y el piloto Bartolomé Ruiz de su exploración austral, Pizarro continúa por mar hasta la Isla del Gallo, donde permanece con sus hombres quince días. El próximo punto fue la Bahía de San Mateo (1 grado latitud norte), donde por tierra siguen a Atacames (0 grados, 50' de latitud boreal) y el 1-V-1527 llegan al río Tempula o Ternpulla, que bautizan río de Santiago (1 grado, 10' de latitud septentrional), lo que está indicando un retroceso. A principios de mayo de 1527 descubren el río Mayo y a mediados del mismo mes los ríos del Espíritu Santo (probablemente el río Micay) y Despoblado (en 2 grados, 58' y 3 grados, 03' de latitud Norte), este último hoy factible de identificarse con el río Candelaria. El 29-V-1527 se llega al río Santa María o de Santa María Magdalena, probablemente el Naija (3 grados, 13' de latitud boreal), regresando a la Bahía de San Mateo y luego retirándose a la Isla del Gallo entre el 30 de mayo y el 1-VI-1527. A fines de setiembre se da el episodio de los Trece del Gallo, pasando por esos mismos días a la Isla de la Gorgona, donde pasan medio año. Recogido Pizarro y sus compañeros por el piloto Bartolomé Ruiz en marzo de 1528, continúa hasta Puerto Viejo (0 grados, 46' de latitud Sur), la Isla de la Plata (1 grado, 16' de latitud austral), Isla de la Puná (2 grados, 50' de latitud meridional), Tumbes y Punta Aguja (5 grados, 55' de latitud Sur), Isla de Lobos de Tierra (6 grados, 27' de latitud austral) —a la que llaman Isla de la Buenavista— y Malabrido. El 3-V-1528 llegan a la desembocadura del río Santa, que llamaron de Santa Cruz, desde donde divisan la Cordillera Negra y la bautizan Sierra Morena, iniciando desde allí el retorno a Panamá. (Versión extractada de: ROMERO, Fernando... y Emilia ROMERO de VALLE... *Probable Itinerario de los Tres Primeros Viajes Marítimos para la Conquista del Perú*, sobretiro del número 16 de la Revista de América, México, diciembre de 1943; y de: BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Francisco Pizarro, el Marqués Gobernador*.— Madrid, Artes Gráficas Marisal, 1966.— Cap. III, pp. 22 a 41).

41. Archivo General de Indias de Sevilla. Patronato 150-N3-R2.  
42. *Loc. cit.*  
43. *Loc. cit.*  
44. *Loc. cit.*  
45. *Loc. cit.*  
46. *Loc. cit.*  
47. *Loc. cit.*  
48. *Loc. cit.*  
49. *Loc. cit.*  
50. *Loc. cit.*



## Capítulo V

### EL TERCER VIAJE DE FRANCISCO PIZARRO

#### LA CAPITULACION DE TOLEDO

Como era de esperar, pronto el Gobernador se sobrepuso de la impresión recibida y creyendo que Pizarro exageraba, se negó a colaborar con gente y armas. Para ello llamó un día a los tres socios y les confesó cómo, a pesar de la fiebre perulera, él no creía en el Perú y que por lo tanto, no permitiría una tercera expedición. Ya habían muerto demasiados soldados; Panamá no tenía que correr el riesgo de despoblarse y, por último, ordenó a los dos capitanes y al clérigo que se dejaran de estar *“cebando a los hombres con la muestra de las ovejas, oro y plata que habían traído”*<sup>1</sup>.

Pizarro, Almagro y Luque *“se despidieron del Gobernador muy desconsolados”*<sup>2</sup>. Cada uno de ellos se negaba a renunciar lo ganado ante una simple y arbitraria orden. Tenían que buscar una salida, había que pensarla y repensarla, porque debía llegar la solución. Así pasaron varios días, surgiendo por fin el remedio: se enviaría un procurador a España a gestionar la licencia para proseguir la empresa del Perú y, de paso, pedir al Emperador que prohibiese a Pedro de los Ríos inmiscuirse en ella. La fórmula pareció acertada y Almagro propuso entonces a Pizarro, alegando que era el que más merecía el cargo por lo mucho que había padecido en la conquista de la nueva tierra. Pizarro no tuvo inconveniente y, en principio, lo aceptó. Pero Luque que conocía demasiado a Almagro y sabía que su entusiasmo no sería duradero, barajó entre otros nombres el del licenciado Corral, ale-

gando que era docto en leyes y parte no interesada. Pizarro confesó que no tenía inconveniente, pero Almagro volvió a la carga con su terquedad característica y Luque tuvo que ceder. “*Al fin se capituló que Francisco Pizarro negociase la Gobernación para sí y para Diego de Almagro el Adelantamiento y para Hernando de Luque el Opispado*”<sup>3</sup>. También gestionaría el Aguacilazgo Mayor para el piloto Ruiz y mercedes para los Trece de la Fama. Al terminarse esta relación de peticiones, Pizarro agradeció la designación a sus compañeros, diciéndoles “*que todo lo quería para ellos y prometiendo que negociaría lealmente y sin ninguna cautela*”<sup>4</sup>. Hecho esto, luego de recibir mil quinientos pesos prestados para los gastos del viaje, el trujillano partió para Nombre de Dios.

Zarpado a comienzos de 1528, Pizarro llegó a Sevilla algunas semanas después. Iba en su compañía el griego Candia —con su pintura de Tumbes y una relación escrita de su puño y letra, sobre lo que vio en la ciudad—; y el vasco Domingo de Soraluce. También los intérpretes tallanes con sus mantos multicolores y adornos de oro y plata. Por último, media docena de esos “*camellos de las Indias*” que ahora se llamaban “*ovejas del Perú*”<sup>5</sup>.

Conviene advertir que en las Muelas de Sevilla, agazapado y oculto, vivía el bachiller Fernández de Enciso, aquel que fue socio de Alonso de Ojeda. Rencoroso y leguleyo como siempre, merodeaba el puerto en espera de los viejos soldados del Darién. A los pocos que le habían sido fieles los invitaba a declarar en sus probanzas, a los que no habían seguido su bandera les cobraba antiguas deudas resucitadas para la ocasión. De este modo fue que descubrió a Francisco Pizarro al tiempo que desembarcaba. ¡Por fin había hallado coyuntura de venganza!

Sin pérdida de tiempo el bachiller mojó la pluma y redactó la demanda. La justicia de Sevilla se encargó de notificarla al extremeño. Este no negó la deuda, mas confesó que no tenía dinero propio, lo cual era verdad. Enciso vio en Pizarro al mejor discípulo de Vasco Núñez de Balboa —“*El Caballero del Barril*”— aquel que por sus deudas fugó de La Española. Pero esta vez no iba a ser así: Pizarro no se le escaparía. Y alegando que su deudor era insolvente, lo metió en prisión.

Varias noches durmió el caudillo trujillano en esa Cárcel de Corte de Sevilla —posiblemente ya situada en la popular calle de las Sierpes—, pero no tan pocas como para que la Corona ignorara su precaria condición. Por eso, apenas llegó a Toledo noticia de su captura, el Emperador dictó una orden para que le sacaran de allí. Entonces, reunido con Candia, Soraluce y sus tallanes, el Conquistador marchó a la ciudad del Tajo<sup>6</sup>.

Una vez en ella, Pizarro buscó al Emperador. No está claro que lo hallara, porque para entonces el César estaba por partir a las Cortes de Monzón y de allí a Italia para ser coronado por el Romano Pontífice; mas lo cierto es que antes de partir habló a los Consejeros de Indias y recomendó al Capitán Pizarro a la Reina doña Isabel de Portugal. Con esta premisa el Conquistador entró a la Sala del Consejo y narró a los del Real y Supremo de las Indias los muchos trabajos padecidos en la empresa del Perú. La tierra descubierta era *"la más rica e abundosa e apacible para poblalla de crisptianos"*<sup>7</sup> y su *"gente de mucha razón"*<sup>8</sup>, como que vivían *"por tratos y contrataciones así en navios por la mar como por tierra"*<sup>9</sup>.

Afirmó que conocían la balanza, pues *"tratan por peso"*<sup>10</sup>, siendo el objeto de su comercio ropas finas de lana y algodón teñidas de grana, carmesí, azul y amarillo, *"todo lo más dello muy labrado de labores muy ricas... de diversas maneras de labores e figuras de aves y anymales y pescados y arboledas"*<sup>11</sup>. También tenían esmeraldas y cazadonias, espejos de obsidiana y cuentas de cristal, pero, sobre todo, *"oro muy fino... y todos los metales que hay en España, sin tenerlos mezclados unos con otros"*<sup>12</sup>. Los ojos de los Consejeros se encandilaron con esto último, pasando luego a mirar a esos indios vestidos con vistosos mantos y que lucían en sus cabezas coronas y diademas de oro. Los tres mostraban buen rostro y nada tenían que ver con los caribes. Los viejos y miopes Consejeros los harían acercar más para apreciar sus brazaletes de plata, sus tobilleras con cascabeles de cobre y sus sandalias de fibra... Pero lo que les pareció altamente novedoso —a pesar de que olía muy mal— fue ese cuadrúpedo rumiante, animal exótico y altivo, que daba lana y parecía un dromedario sin giba.

Luego habló Pedro de Candia y se refirió a las ciudades torreadas, la mayor de las cuales recordaba a Valencia. Dudaron entonces del griego y creyéndolo capaz de una invención, le solicitaron pruebas. El artillero parece que leyó su relación, mostrando luego la pintura de la ciudad de Tumbes. Estupefactos, boquiabiertos, los del Real y Supremo Consejo de las Indias no tuvieron más recurso que creer<sup>13</sup>.

Notificada la Reina doña Isabel de Portugal —que por ausencia del Emperador había quedado a cargo del Gobierno— pronto se ordenó la Capitulación. Esta se firmó en Toledo, el 26 de julio de 1529, y dio su amplio respaldo a la conquista perulera. Por razón de sus ciudades de piedra y castillos se llamó al Perú, Nueva Castilla, nombrándose a Pizarro su Gobernador, Adelantando y Alguacil Mayor con 725.000 maravedis de sueldo. Los dos últimos cargos se le adjuntaron al primero por negarse la Corona a descentrar tales oficios de gobierno en Almagro

y el piloto Ruiz. A aquél se dio entonces la gobernación de la fortaleza de Tumbes con 300.000 maravedís anuales, amén de una declaración de hidalguía. A Ruiz el título de Piloto Mayor de la Mar del Sur. Para Hernando de Luque, el humilde maestrescuela de Panamá, se creó un Obispado en la ciudad de Tumbes, concediéndosele también 1.000 ducados al año y el cargo de Protector de todos los indios del Perú. A Pedro de Candia se le hizo Capitán de Artillería con 60,000 maravedís de sueldo, recogiendo también una licencia para fabricar cañones y un título de Regidor para el Cabildo que en Tumbes se pensaba instalar. Para los Trece hubo el privilegio de hacerlos hidalgos de solar conocido, y a los que lo eran, se les nombró Caballeros de Espuela Dorada. Se dieron luego las dispensas para los derechos de alcabala y almojarifazgo, oro de minas y pasaje de esclavos; permisos para levantar tropas hasta de doscientos cincuenta hombres y llevar caballos; facultad para levantar fortalezas y otorgar repartimientos; y, sobre todo, muchas recomendaciones sobre la conservación y evangelización de los indios<sup>14</sup>.

Cuentan que por los días que se firmó la Capitulación fue presentado a Pizarro un pariente de porte gentil y atuendo cortesano, que se preciaba de haber dado al Emperador más tierras que las que heredó de sus abuelos. Era Hernán Cortés, el hijo de Martín Cortés y Monroy y de Catalina Pizarro Altamirano. El Conquistador de México había obtenido del Emperador la gobernación de Nueva España y el título de Marqués del Valle de Oaxaca. El nuevo primo, estaba en el apogeo de su fama, pues hablaba de sus hazañas con léxico de presunto bachiller salmantino. Parlanchín el uno, taciturno el otro, la entrevista debió de ser original. Sin embargo, nada en concreto se sacó, a no ser el quedar Cortés impresionado: la recia personalidad de su primo el porquerizó lo llevó a la admiración y a la amistad. Y aquellos dos parientes célebres se despidieron para regresar a sus gobernaciones y no volverse a ver jamás<sup>15</sup>.

Firmada la Capitulación y triunfante en demasía, Pizarro se despidió también del griego Candia, quien viajó a Villalpando a saludar a su mujer. Entonces, como un simple conquistador de Indias, escoltado solamente por sus tallanes, el Gobernador de Nueva Castilla marchó a su tierra natal, Trujillo de Extremadura<sup>16</sup>.

Francisco Pizarro entró a Trujillo sin ninguna ostentación, pero como su popularidad era ya grande, tampoco pudo hacerlo en secreto. Una legión de parientes lo salió a recibir y un gentío de paisanos voceó su nombre en la Plaza. Parece que se alojó en la morada de algún Pizarro poderoso, donde tuvo ocasión de conocer las últimas noticias de familia. Su padre, el Capitán don Gonzalo, luego de adquirir fama de valiente, ganando desafíos a

los moros de Loja y Vélez-Málaga, paseó la bandera de los Reyes Católicos en calidad de Alférez, en la guerra de Granada. Obtuvo los mote de "*El Tuerto*", por haber perdido un ojo en esta campaña, y "*El Largo*", por su estatuta singular. Murió en Pamplona en 1522, a consecuencia de una herida recibida en la guerra de Navarra, sirviendo al Duque de Nájera y al Conde de Miranda. Su debilidad por las mujeres jamás lo abandonó. Después de seducir a Francisca González, casó en 1503 con su prima doña Francisca de Vargas, pero por haberlo hecho sin las dispensas del caso, el Obispo de Plasencia lo excomulgó. Solicitando el perdón fue absuelto junto con su esposa, en la iglesia de Trujillo, asistiendo al acto mucha gente principal. Pero, luego de darle algunos hijos, doña Francisca falleció. Entonces don Gonzalo se aficionó a dos criadas —llamadas María Alonso y María de Biedma— a las que hizo madres de muchísimos bastardos. Por su testamento de Pamplona, fechado el 14 de setiembre de 1522, don Gonzalo reconoció a todos estos hijos legítimos e ilegítimos; pero al que nació primero, al presunto porquerizo, a ése no lo nombró... Mas aquello no importaba, porque de seguro creyó que había muerto. Ahora todos entendían que Francisco era hijo suyo y, por añadidura, el mayor. Así se lo decían sus hermanos Hernando, el mayorazgo y, por tanto, representante de la rama legítima, era el primero en afirmarlo a toda voz; Juan y Gonzalo, procedentes de las ramas bastardas, coincidían en la idea.

Francisco Pizarro preguntó después por su madre. Más que respuesta obtuvo una explicación: *La Ropera* estaba muerta, había purgado su falta y luego casado con un hombre honrado, al que había dado un hijo llamado Francisco Martín. De los parientes maternos sólo estaban vivos Antón Zamorano, el viudo de Catalina González, y Juana García, mujer que fue de Alonso Roperero, un tío segundo de Francisco Pizarro. Era todo lo que quedaba de aquella gente llana y buena que vivía de su trabajo. Los cristianos viejos que labraban esa tierra extremadamente dura, ya se habían terminado...<sup>17</sup>.

En los días que siguieron, Francisco Pizarro se dedicó a organizar la hueste. Los primeros en acudir fueron sus hermanos. Hernando, como caballero, se comprometió a llevar buen corcel y un par de escuderos para servicio de su persona. Gonzalo y Juan sólo prometieron caballos. Nuevos parientes se sumaron a los anteriores. Juan Pizarro de Orellana, descendiente de los alcaides del castillo trujillano, también pidió su inscripción. Lo siguieron Martín Pizarro, "*mancebo y hombre de buenas fuercas*"<sup>18</sup>, y el imberbe aún Pedro Pizarro, con el tiempo mejor cronista que jinete, y como todos los anteriores, "*de los buenos Pizarros de Extremadura*"<sup>19</sup>. Luego hidalgos como Pedro Barran-

tes, señor del lugar de La Cumbre; Juan Cortés, deudo del Conquistador de México; Lucas Martínez Vegaso y Alonso Ruiz, "los *compañeros de pro*"<sup>20</sup>; el espadachín Juan de Herrera y el apuesto Hernando de Toro, al que seguían dos sobrinos. También se veían villanos y en la primera fila de ellos estaba el labrador Martín Alonso, natural de la Zarza, y Diego de Trujillo que, por raro caso entre los de su mundo, sabía leer y escribir. En un gesto verdaderamente noble, Francisco Pizarro llamó a su hermano uterino, y, aunque por cuna le correspondía el lugar de los villanos, lo puso codo a codo con sus hermanos Pizarros. De este modo, Francisco Martín de Alcántara, pasó a ocupar su sitio junto al Gobernador del Perú.

Fue en la Plaza, luego de misa mayor, donde todos éstos se juntaron. Los curiosos mirarían desde los portales. Luego saldría Francisco Pizarro con espada y traje de camino, sobre un corpulento caballo. Pasaría revista a esa su tropa una y tres veces. Luego daría la orden de partir.

La pequeña hueste se pondría en movimiento encabezada por el Gobernador y sus hermanos. Cerrarían el grupo los traviosos muchachos tallanes, a los que había cobrado simpatía el vecindario de Trujillo. Sin embargo, eran los viajeros trujillanos los que acaparaban la atención popular de aquel momento. Las gentes saldrían a los balcones para despedirlos mientras las cigüeñas los verían partir desde sus nidos en los campanarios sin explicarse a dónde iban ni el porqué de tanto aplauso. Ellas, menos que nadie, podían maliciar el instante que vivían, como tampoco esos caballos sospechaban que muy pronto con sus herrajes de plata harían brotar chispas de las piedras<sup>21</sup>.

### EL REGRESO A CASTILLA DEL ORO

En Sevilla estuvieron una corta temporada, pasando en ella la Pascua de Navidad. Allí se les juntaron los nuevos Oficiales Reales destinados al Perú. Eran éstos el Tesorero Alonso Riquelme, el Veedor García de Salcedo y el Contador Antonio Navarro. Si bien con éstos el número de hombres aumentó, el grueso de la tropa fue difícil de reclutar. Pizarro hacía lo increíble, pero al verlo tan animoso como pobre, los soldados no lo querían seguir. Para disimular un tanto el desaliento, envió entonces sus tres naves a Sanlúcar, aunque el motivo mayor fue evadir a los Visitadores de la Casa de Contratación. Estos venían desde Toledo a revisar los navíos y dar fe de que se habían reclutado los doscientos cincuenta hombres, lo que de no ser así los forzaría a negar a Pizarro el permiso de partida. Lo cierto es que el trujillano no se expuso a esto último y marchando a

**El puerto de Sevilla y su famoso Arenal.**

**123**







Sanlúcar en enero de 1530, zarpó de allí en una nave rumbo a la Gomera. Mientras tanto, Hernando Pizarro se encargaba de decir a los Visitadores que todo estaba listo y que la gente que faltaba era la que ya había partido con el Gobernador, su hermano. Los Visitadores no entendieron el engaño y, sin entrar en averiguaciones, dieron la licencia de salida. Entonces Hernando tomó el mando de los dos navíos, y aprovechando las brisas de enero, se reunió con su hermano en la Gomera<sup>22</sup>.

El viaje desde las Canarias a las Indias fue sin novedad, siendo lo primero que tocaron Santa Marta, en las costas del Nuevo Reino. Pero allí el Gobernador García de Lerma pretendió quedarse con la gente y para ello corrió la voz de que en el Perú sólo se comía sierpes, lagartos y perros. No faltaron los que mordieron el anzuelo y en breve empezaron a desertar. Pizarro entendió la mala jugada del colega y, sin darle tiempo a seguir con la calumnia, abandonó el puerto con sus naves, dando orden de no tocar tierra hasta avistar Nombre de Dios<sup>23</sup>.

En Castilla del Oro —o Tierrafirme, como también se la llamaba— las cosas no habían marchado muy bien. Sabedor Almagro días antes de que Pizarro no le había alcanzado el Adelantamiento, se enfureció públicamente, terminando por vocear *“que no quería compañía ni amistad con nadie”*<sup>24</sup>. Luque le enrostró entonces *“que suia era la culpa, pues tanto había porfiado... pero que Francisco Piçarro llegaría i le daría satisfacción”*<sup>25</sup>, es decir, le explicaría todo hasta dejarlo satisfecho. Mas Almagro no quiso oír una palabra del negocio y marchándose a su posada se encerró. Allí lo buscó Luque por intermedio de Ribera el Viejo, para decirle *“que la Compañía no estaba deshecha i que Don Francisco Piçarro era tan honrado, que daría cuanto tuviese a sus Compañeros i en especial a quien más debía... que por amor de Dios no los desamparase, que si algún ierro había havido, que vería, que no se habría podido hacer más”*<sup>26</sup>. Pero Almagro, herido por lo que él creía ser la deslealtad de un amigo, no entendió la reflexión y marchándose a sus minas, cerró toda posibilidad para un posterior entendimiento. Mas Almagro era inestable, aunque muy terco, y enfriada su indignación contra Pizarro, se presentó un día a Luque diciéndole que estaba presto para un entendimiento.

Esta es la razón por la cual Francisco Pizarro pisó Nombre de Dios y se holgó de que hubieran acudido a recibirlo Hernando de Luque y Diego de Almagro. El encuentro de los tres socios fue sincero. Se abrazaron y besaron, según fuero de amistad; mas llegados a la posada, Almagro se quejó amargamente a Pizarro y le confió la causa de su profundo resentimiento. El trujillano comprendió lo que pasaba y, según las crónicas, le dijo: *“que no se había olvidado de hacer lo que era*

obligado i que el Rei le havia dado la Governación, porque no usaba dar un oficio a dos Personas<sup>27</sup>, por lo que pedida la Governación y el Adelantamiento muchas veces, se le contestó "que no había lugar lo que pedía"<sup>28</sup> y que, de seguir insistiendo, la merced indivisible "se daría a otro"<sup>29</sup>. Dejaba, pues, constancia que él "pidió conforme a lo que llevaba capitulado y ordenado con sus compañeros"<sup>30</sup>, pero que "en el Consejo se le respondió que no... a causa de que en Santa Marta se había dado así a dos compañeros y, el uno había muerto al otro"<sup>31</sup>. No había, pues, aprovechamiento de parte suya, sino, simplemente, una negación de la Corona. Por lo demás —concluyó Pizarro— aceptó para evitar la intromisión de un extraño destinado a quedarse con la conquista del Perú. Tampoco se considerase su gesto como si hubiera hecho un sacrificio, porque, sin lugar a dudas la Capitulación de Toledo lo había dejado ganancioso. Pero que Almagro no se doliese por ello, porque en la compañía tripartita que tenían no había nada propio ni ajeno, sino una conquista que pertenecía a todos. Dicen que Almagro quedó más satisfecho, aunque —a decir verdad— tampoco lo quedó del todo<sup>32</sup>.

Luego de esto los tres socios viajaron a Panamá, donde el ya Gobernador, don Francisco Pizarro "fue recibido con general contento de todos, porque era Hombre bien acondicionado, deseoso de agrandar y de muchos Amigos"<sup>33</sup>. No causó igual impresión su hermano Hernando. "Hombre hinchado y presuntuoso"<sup>34</sup> al que seguían Juan y Gonzalo Pizarro, también hermanos del Gobernador, los cuales al hablar de la empresa del Perú "se persuadían que todo era suyo"<sup>35</sup>. En síntesis, Hernando, Juan y Gonzalo "todos eran pobres y tan orgullosos como pobres, e tan sin hacienda como deseosos de alcanzarla"<sup>36</sup>. Así vieron los vecinos de Panamá a los antipáticos hermanos del Gobernador Pizarro.

Molesto Almagro por la actitud apropiadora de los hermanos de su socio —a los que consideraba poderosos rivales para la dirección de la empresa— determinó salirse de la compañía y formar otra con el Contador de Tierrafirme Alonso de Cáceres y con el Regidor Alvaro de Guijo. Francisco Pizarro vio que todo se derrumbaba, pues Almagro era el mayor proveedor de la empresa perulera y el único que corría con los gastos de hospedaje para los ciento veinticinco soldados recién llegados de Castilla; y decir hospedaje era decir también ropa y manutención. Por eso pidió Pizarro al padre Luque que interpusiera sus buenos oficios, porque —dado el estado de las cosas— Almagro sólo a él lo escucharía. El clérigo, que bastantes problemas había ya tenido por causa de Almagro, aceptó solucionar el conflicto y poniéndose de acuerdo con el licenciado Gas-

par de Espinosa, marchó a cumplir su cometido. Hallaron tan dolido a Diego de Almagro que consideraron necesario regresar donde Pizarro y exponerle la verdad: la culpa la tenían sus hermanos —que presumían de ser dueños del Perú— y las desiguales mercedes de la Capitulación. Pizarro debía renunciar en Almagro su repartimiento de la Taboga y pedir también para su socio una gobernación que empezase donde terminase la de él. Pizarro, comprendiendo que era justo lo que se le pedía, aceptó. Más aún, en un gesto que tradujo desinterés y amistad, añadió que estaba dispuesto a renunciar también el Adelantamiento en Almagro si con ello se lograba terminar con los sinsabores. Almagro aceptó a su vez la transacción y por el momento todo quedó por buen camino<sup>37</sup>.

Mas no todo era comprensión en el Panamá de aquellos días, pues Hernando Pizarro seguía mirando mal a Almagro y éste, que no pecaba de lerdo, se percató de la ojeriza. Dispuesto a salvar más contratiempos, decidió disimular y para guardar mejor las apariencias visitó una tarde a Hernando, que estaba enfermo. Lo cierto es que habiendo empezado a conversar, cumplidas las cortesías del caso, Hernando se quejó de tener dos escuderos sin caballos y Almagro —que aunque prepotente quería congraciarse con Hernando— le pidió que no se preocupase más del asunto, pues le prometía obsequiarle dos corceles. Almagro era liberal, pero con frecuencia prometía y luego se olvidaba. Lo cierto es que pasaron los días y el obsequio no llegó. Entonces Hernando se lo tomó a desaire y lo insultó públicamente con aquello de: "*dámelo vaquiano y darte lo he bellaco*"<sup>38</sup>. Cuando Almagro se enteró de lo ocurrido, se dolió mucho y se sintió impotente. Acostumbrado a reclutar a los soldados a puntapiés y bofetones, ahora se sentía débil y sin ánimo para contestar. Con su pequeño cuerpo y feo rostro se sintió envilecido y humillado frente al arrogante Hernando, hombre membrado, de facciones abultadas y por añadidura agresivo. Ambos eran tercios y prepotentes, pero Hernando no tenía nada que perder; Almagro, en cambio, lo podía perder todo y volver a ser el vecino sin importancia de Panamá, el desposeído, el desplazado... Y amargado por la presencia de un poderoso enemigo, se dejó ganar por el rencor. Almagro y Hernando eran dos tipos físicos distintos, pero se odiaban porque, en el fondo de su alma, tenían sentimientos que se parecían. Esta fue la causa por la que no pudieron congeniar nunca. He aquí el origen de las Guerras Civiles del Perú.

LA POSTRERA SALIDA

Pero por haberse portado Francisco Pizarro como amigo e hidalgo, Almagro regresó. La verdad es que ambos se apreciaban demasiado para romper definitivamente. Además, a Almagro "*la conciencia de trabajar para otro, le mordía*"<sup>39</sup> y su presunta compañía con Cáceres y Guijo sólo había perseguido asustar a los Pizarros. Aunque terco y prepotente tenía un gran corazón y deseaba seguir con su antiguo socio y amigo. Francisco Pizarro se alegró tanto y más con el retorno de su viejo compañero de conquista y, hermanados por el común recuerdo de los tiempos idos, volvieron al terreno de la amistad con un abrazo. El que también gozó con este avenimiento fue el padre Luque, "*que verdaderamente era hombre de ánimo generoso*"<sup>40</sup> y conciliador. El, prácticamente, había acercado a los dos socios poniéndolos en situación de volver a ser amigos y él, sin lugar a dudas, también había salvado la conquista del Perú.

Estando así las cosas, aportó a Panamá el sevillano Hernán Ponce de León con dos navíos llenos de indios nicaraguas destinados a venderse en Tierrafirme. Ponce de León era socio de Hernando de Soto —Capitán que sirvió con Pizarro en Comagre y Pocosora— el cual estaba riquísimo en Nicaragua. En esta provincia trabajaban juntos Ponce y Soto cuando tuvieron nuevas del Perú, pues supieron que secretamente Ribera el Viejo y el piloto Ruiz habían embarcado varias noches muchos esclavos indios y españoles fugitivos. Maliciaron entonces que aquello del Perú debía de ser algo muy rico y se propusieron participar en las ganancias. Esta fue la razón por la que Ponce apenas pisó Panamá buscó a Francisco Pizarro. Llevaba por misión presentarle los saludos de su antiguo compañero de armas y también ofrecerle los navíos. A cambio de ellos, pedía un cargo de Teniente de Gobernador para Soto y un buen compartimiento para él...<sup>41</sup>.

Pizarro, Almagro y Luque recibieron la propuesta como venida del cielo y, sin entrar en pormenores, la aceptaron. Ponce de León les entregó las naves y volvió a Nicaragua a dar cuenta del éxito alcanzado. Antes de partir prometió enviarles más soldados, porque los que estaban en la Taboga eran pocos y además enfermos<sup>42</sup>.

Efectivamente, para evitar deserciones y nocivas influencias, Pizarro había pasado a los recién venidos de Castilla a la pequeña isla de la Taboga, luego de una corta permanencia en Natá. Diego de Trujillo hace alguna mención de aquellos aburridos días en que se les hacía llevar vida de campamento con el fin de familiarizarlos con la guerra. Pizarro, mientras tanto, el 27 de diciembre hacía bendecir las banderas en la iglesia mayor de

Panamá. Parece que en una misa que se dijo al siguiente día —fiesta de los Santos Inocentes de ese año 1530— todos los soldados comulgaron. Después de esto, habiendo reunido ciento ochenta hombres y treinta y siete caballos, Pizarro se determinó a zarpar. Por estar todavía algo retrasados tuvo que hacerlo sólo en un navío el 20 de enero de 1531, festividad de San Sebastián. El otro barco quedó al mando de Cristóbal de Mena con órdenes de largar velas a comienzos de febrero<sup>43</sup>.

La navegación fue tan venturosa que en trece días avistaron la Bahía de San Mateo. Bartolomé Ruiz gobernó con tanto acierto la nave que hizo honra a su título de Piloto Mayor del Mar del Sur. Muchos indios salieron en canoas a reconocerlos, pero los españoles no lograron ningún contacto provechoso. Para explorar aquella fragosa tierra, Pizarro mandó desembarcar a todos; allí los soldados bisoños tuvieron oportunidad de comer pacaes, guayabas, ciruelas y esos caimitos amargos que parecían manzanas levantinas. Por la costa siguieron a Atacames, donde aprendieron a extraer agua de los pozos por medio de caracoles, y apreciaron cierto ambiente raro, por ir los indios vestidos y llevar adornos de oro. Batallando contra los mosquitos siguieron, siempre por tierra, a Cancebí. En este pueblo descubrieron ya primorosas piezas de cerámica y muchas redes de pescar pero la población estaba deshabitada. Esto hizo colegir que los indios habían huido y, para apresar alguno, Pizarro envió tierra adentro al Capitán Juan de Escobar. Este tomó a uno en ciertas "*barbacoas*" y volvió con él al campamento. Astuto e introvertido, el nativo se hizo esperar quince días hasta confesar que más adelante había pueblos con comida<sup>44</sup>.

Animados con la noticia caminaron hasta los Quiximíes. El río de los Quiximíes lo vadearon en balsas, porque no todos sabían nadar y los bisoños se ahogaban con frecuencia. Pasados los hombres faltaban las bestias y para vencer la resistencia natural de los caballos a los ríos, Pizarro usó a partir de entonces un ardid. Consistía en soltar por delante una yegua, persiguiendo a la cual pasaban luego los corceles; de este modo hombres y cabalgaduras ganaban la otra orilla y la expedición podía proseguir<sup>45</sup>.

Sin embargo, después de los Quiximíes sólo encontraron manglares y ciénagas. El hambre cundió por todas partes, también apareció la sed. Menos mal que a estas alturas por la mar los alcanzó el piloto Ruiz y esto representó un reparto de harina. Esta harina era de maíz y a cada hombre tocó sólo un cuartillo, pero la tropa se dio por satisfecha. Esa noche se cantó en torno a las hogueras y hubo en el campamento caras de felicidad. En los días sucesivos, los soldados —que siempre andaban en pos de viandas nuevas— encontraron una colonia de cangrejos, y

Los españoles arriban a la bahía de San Mateo,  
según las *Décadas* de Antonio de Herrera  
y Tordesillas.







quisieron hacer otro festín. Entusiastas, se precipitaron entonces a cogerlos, los echaron a la olla y empezaron a servir. Esa tarde hubo crustáceos para todos, aunque no en mucha cantidad, pero esa misma noche las hogueras no alumbraron rostros satisfechos, sin expresiones de dolor: los cangrejos habían sido venenosos y todos los glotones estuvieron a punto de morir<sup>46</sup>.

### *LAS VERRUGAS DE COAQUE*

Después de esto, los soldados asaltaron el pueblo de Coaque al son de una trompeta, instrumento que desconcertó a los indios, haciéndolos huir. El ataque fue tan sorpresivo que tomaron prisionero al cacique principal. Pizarro dirigió el asalto y el fruto no pudo ser mejor. Allí hallaron 15.000 pesos en oro y 1.500 marcos en plata. Pero mientras los soldados palpaban el metal y miraban al Gobernador con simpatía, alguien corrió la voz de que ciertas piedras verdes que abundaban no eran esmeraldas, sino vidrio. Los soldados, siguiendo una antigua creencia popular, sometieron las piedras verdes a la prueba del yunque y el martillo. Desgraciadamente, los rumores decían la verdad: todas las piedras se rompían. Pero mientras los trozos quedaban abandonados en la tienda del herrero, un fraile dominico llamado fray Reginaldo de Pedraza los juntaba y escondía entre las mangas de su hábito...<sup>47</sup>.

Coaque era un pueblo de hasta cuatrocientas cabañas y un fortín. Había grandes idolos de madera y muchos tambores ceremoniales. Sin embargo, lo que más sorprendió a los soldados fue la gran cantidad de ropa fina, hecha toda de algodón. A este hallazgo siguió otro de comida; se halló maíz en abundancia, ajíes de colores y hasta un cristiano creyó encontrar albahaca de Castilla. Pero la bonanza duró poco, porque en los días que siguieron volvió el hambre al campamento; las lluvias arreciaron y hostigadas por las aguas salieron de los bosques las culebras. Los soldados las vieron arrastrarse por el fango sin traslucir interés, hasta que tres hombres nada escrupulosos mataron una de ellas y después de asarla se la comieron<sup>48</sup>.

Dos de ellos pagaron con la vida su capricho y el tercero, por haber untado el ofidio con ciertos ajos silvestres, sobrevivió a sus dolores. Pero también pago su intemperancia, porque se le cayó la piel y quedó en tal estado que sólo repetía disparates: el infeliz haba perdido la razón<sup>49</sup>.

De aquí Pizarro envió los navíos a Panamá, para que Diego de Almagro, que allá estaba curándose del mal de bubas, los devolviera con más gente. Ocho meses duró la ausencia de las naves y durante este tiempo los soldados comenzaron a mirarse

horrizados en los recipientes llenos de agua. Según un testimonio soldadesco, "*la dolencia que tenían hera la más mala que jamás se vido*"<sup>50</sup>. La afirmación podía ser verdad. Una deformante epidemia de verrugas había atacado el campamento. Las verrugas de Coaque han pasado a la historia por su fealdad. Eran protuberancias carnosas y sangrantes que crecían como avellanas, otras veces como nueces y huevos de gallina. Colgaban de las cejas, narices y orejas y otras partes del cuerpo. Esto hacía que los rostros se pusieran espantosamente deformados y que finalmente muchos murieran del abominable mal. Los enfermos "*causaban dolor y horror*"<sup>51</sup> y se dice que asustaban porque se ponían "*feisimos*"<sup>52</sup>. Andrajosos, malolientes y avergonzados como los leprosos de Castilla, aquellos desesperados imploraban curación. Así los encontró Pedro Gregorio, un mercader de Panamá que arribó a Coaque con miras de vender tocino, cecina y quesos. Hecho su negocio el mercader regresó. Con él partió fray Reginaldo, el dominico que huía de la peste. Mas llegando a Panamá el fraile cayó enfermo de calenturas y murió. A la hora de amortajarlo sucedió lo inesperado: cosidas a los bordes de su hábito aparecieron cantidad de valiosas esmeraldas...<sup>53</sup>.

De repente una mañana se alborotó el campamento. Lejano en el horizonte se dibujaba un navío. Los soldados hicieron hogueras y atraído por el humo, el navío se acercó. Puesto a habla, resultó ser de Sebastián de Belalcázar, un arriero de Andalucía que llegó a Capitán de Pedrarias y estuvo con Pizarro en la fundación de Panamá. Belalcázar no estaba en el barco porque con catorce jinetes y otros tantos peones había desembarcado más atrás —en la Bahía de San Mateo— y se entretenía atacando pueblos de indios. Deseaba unirse a Pizarro, pero ignoraba con exactitud dónde estaba por lo que envió a explorar a la nao<sup>54</sup>.

El Gobernador se alegró con la noticia, y deseoso de ver al viejo compañero le mandó a Alonso Jiménez con dos soldados y un indio para que le mostrasen el camino. Jiménez lo encontró en Coaque, alborozándose los jinetes con su llegada. Presentado su mensaje a Belalcázar, éste aceptó marchar hacia Pizarro, dando inmediatas órdenes para ponerse en camino. Y de este modo se adentraron en selvas de "*caribes que se comen unos a otros*"<sup>55</sup> —según el pensar de los de Belalcázar— bajo un bello cielo de estrellas desconocidas como eran todas esas del hemisferio Sur.

El encuentro de Pizarro y Belalcázar fue, sin duda, en Mataglán, después de Puerto Viejo y Charapote. Seguido por veinte de sus jinetes Pizarro salió a darles la bienvenida; dicen que tanto fue su regocijo que lloró. Luego abrazó al compañero y

saludó a su hueste. Los de Belalcázar preguntaron por los demás. Pizarro los miró comprensivo y se limitó a contestarles: *"llegaréis al real y veréis lo que nunca visteis"*<sup>56</sup>.

Efectivamente, llegados al campamento los hombres de Belalcázar no osaron descabalgár. Es allí que Ruiz de Arce, uno de ellos, escribe: *"había muchos de los españoles que no les conocían si no era en la habla. La dolencia que tenían era la más mala que jamás se vio: eran unas verrugas de la manera de brevas. Teníanlas por el rostro y por las manos y por las piernas. Escapaban de esta dolencia pocos..."*<sup>57</sup>.

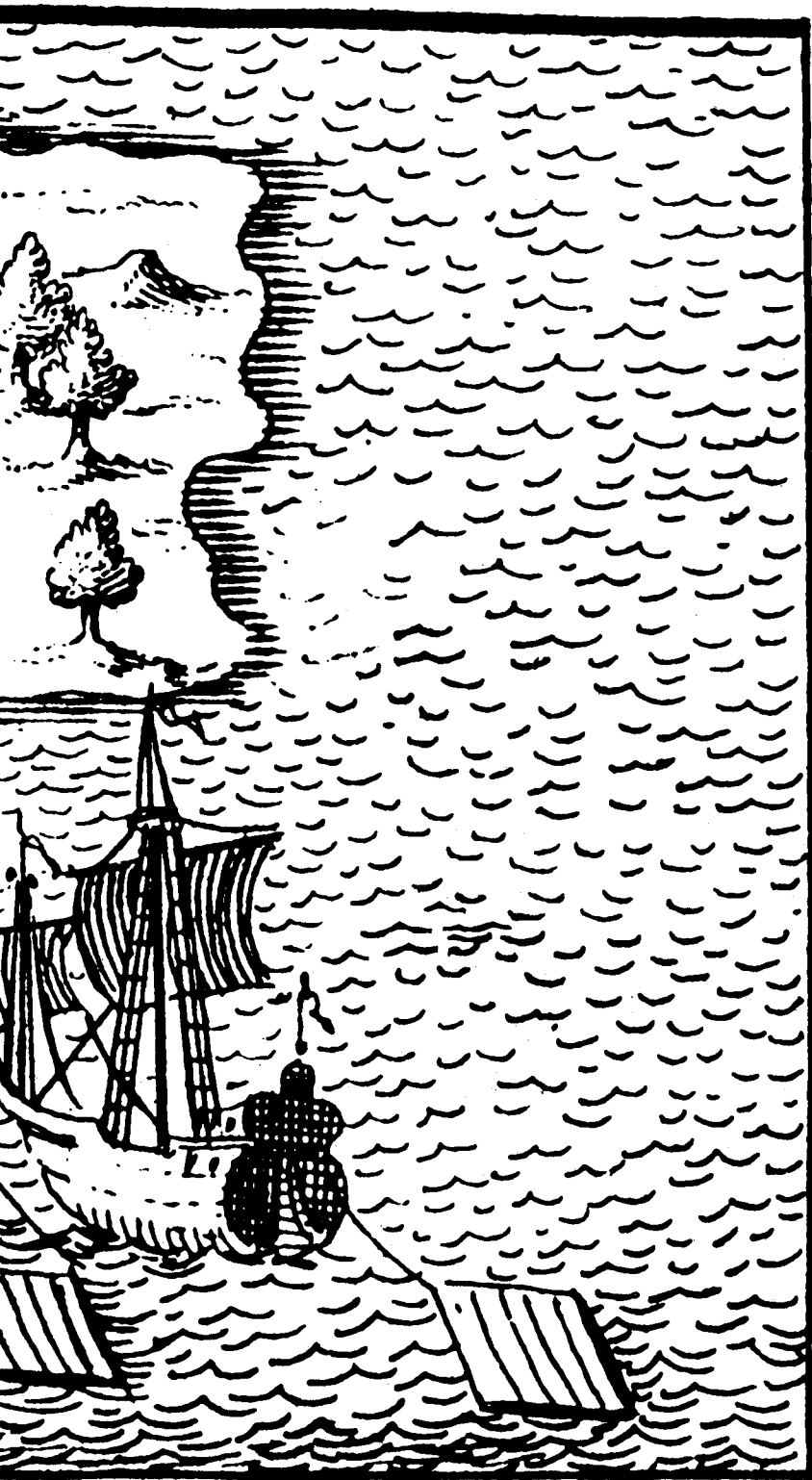
Temerosos del contagio, los recién llegados pasaron a presentarse a unas cabañas deshabitadas, lejos de los enfermos. Esa misma noche conversó Belalcázar con el Gobernador. La cena debió limitarse a maíz, pescado, papayas, miel vegetal y algo de cacao que los soldados habían descubierto. La conversación debió girar primero en torno a los recuerdos de la vieja Panamá, a los tiempos de Pedrarias y a los días en que deseando bautizar Almagro a su hijo escogió para padrinos a Pizarro y Belalcázar... Pero, luego habló Belalcázar de la conquista de Nicaragua, a donde tuvo que ir por exigencia de Pedrarias, motivo por el que no pudo desde un comienzo participar en las expediciones al Perú. En Nicaragua no le había ido del todo mal —explicaba Belalcázar— pues había sido el primer Alcalde de la ciudad de León, pero *"estando en esta tierra vino una nueva del Perú"*<sup>58</sup>, y deseoso de ayudar a su compadre había armado un navío y en ocho días navegado las cuatrocientas leguas que lo separaban por el Mar del Sur. No había viajado solo, ni guiado por el egoísmo. En síntesis, se trataba de una compensación. Para él sólo pedía una capitania de jinetes, pero para sus hombres principales no estarían demás los oficios de Maestre de Campo, Alcalde Mayor, Alférez Real y otra capitania de corceles que le estaba haciendo falta a Juan Mogrovejo de Quiñones, un esforzado hidalgo de Mayorga...<sup>59</sup>.

Pizarro, sin cambiar de postura, debió de sonreír amargamente. Como buen arriero, Belalcázar entendía de aranceles y ahora se cobraba demasiado por haberle pasado hombres de Nicaragua al Perú. Pero no podía negarle lo que pedía sin correr el riesgo de hacer fracasar la expedición al Perú. Almagro le enviaba —por razón de su dolencia— pocos hombres y cada vez más bisoños; el grueso de la tropa estaba postrada de verrugas, pero la meta se acercaba. Había, pues, que proseguir...<sup>60</sup>.

En uno de los días que siguieron Francisco Pizarro hizo un alarde general de sus soldados y una vez que los tuvo reunidos, les notificó los nuevos nombramientos. Rodrigo Núñez de Prado, natural de Trujillo, desempeñaría de allí en adelante el cargo de Maestre de Campo; el sevillano Juan de Porras sería el nuevo

El paso de los conquistadores a la Isla de Puná,  
según las *Décadas* herrerianas.





Alcalde Mayor, encargado de hacer justicia entre los soldados; y Alonso Romero, natural de Lepe en el marquesado de Ayamonte, llevaría el estandarte de la hueste como su Alférez Real. Por último se creaban dos capitanías de caballos: una para Mogrovejo de Quiñones y la otra para Belalcázar. Por lo demás —añadió Pizarro— los hombres debían estar listos para proseguir, ya que la orden de partida iba a darse de un momento a otro<sup>61</sup>.

### LA ISLA DE PUNA

Salidos del litoral de Puerto Viejo los cristianos cruzaron bosques llenos de venados y pantanos en que vivían las más raras sabandijas. Para pasar estos pantanos y ríos se volvió a hacer gala de aquella habilidad nacida de la experiencia. Al frente de sus hombres Pizarro seguía siendo *"el buen Capitán"*<sup>62</sup>. Una crónica confirma que *"valía mucho la industria y ánimo con que don Francisco los regia y los peligros en que ponía su persona, pasando muchas veces él mismo a cuestras los que no sabían nadar"*<sup>63</sup>. Así llegaron al pueblo de Manta, donde había un famoso santuario indio en el que se rendía culto a una esmeralda colosal, mas había sucedido que la presencia de los españoles asustó a los nativos, los cuales huyeron al interior posiblemente con su valiosa piedra verde. Para perseguirlos envió Pizarro a Belalcázar; a pesar de la mucha maña que se dieron los jinetes no hallaron nada apreciable, conformándose con traer las primeras lúcumas y ciertos patos de la tierra<sup>64</sup>.

Después de algunos días los cristianos continuaron su avanzar; en breve empezaron a marchar por unos secadales y les sobrevino sed. Las diligencias que se hicieron para buscar agua fueron vanas: ésta no se dejaba ver, pero el sol seguía recalentando los yelmos y morriones, el calor y la modorra ya no se podían sufrir. Por fin divisaron una pequeña laguna de agua verde, los soldados se lanzaron a beber, pero cuando ya algunos se habían acercado hasta la orilla, una piara de cerdos que traía Hernando Pizarro se precipitó sedienta al charco y revolviendo el barro del fondo pusieron el agua de modo que no se podía tomar. Con las bocas llenas de lodo y casi desfallecidos, los soldados llegaron arrastrándose a la Punta de Santa Elena. Allí hallaron un importante pueblo, pero todos los indios con sus hijos y mujeres se habían refugiado en balsas y amenazaban huir. Se pudo prescindir de ellos, porque en la dura peña de la playa descubrieron los soldados unos pozos llenos de agua fría y refrescante, que empezaron a beber. Uno a uno fueron saliendo de la angustiosa situación en que se hallaban.



Los encuentros armados con los nativos insulares  
de Puná, según las *Décadas* de Herrera.





Hombre a hombre se fue calmando la sed y luego se llevó agua a los caballos<sup>65</sup>.

Terminada la sed apareció el hambre y por no haber víveres en el abandonado pueblo indio, los soldados tuvieron que comerse a sus perros de guerra asados al fuego mientras los intérpretes tallanes les contaban viejas historias de gigantes cuyos huesos yacían por allí...<sup>66</sup>.

Desde la Punta de Santa Elena envió Pizarro a cinco españoles a indagar por la isla de Puná, por haber noticias de ser lugar sano y con comida. Los cinco hombres partieron en demanda de la isla, cuando llegados frente a ella se dieron con la sorpresa de que había muchos indios esperándolos. Eran más de cien y estaban todos quietos. Tenían consigo, a manera de presentes, muchas frutas y pan bizcochado, también tórtolas, conejillos y patos. Admirados los cristianos frenaron sus cabalgaduras; casi al mismo tiempo les salió al encuentro un indio principal que dijo llamarse Cotoir, quien se apresuró a darles la bienvenida en nombre de Tumbalá el reyezuelo de la isla. A éste le agradecieron los obsequios y presurosos los cinco jinetes volvieron donde el Gobernador: por lo menos esta vez le llevaban buenas nuevas<sup>67</sup>.

Pizarro recibió desconfiado la noticia, sin embargo dio orden de partir. Llegados a la lejana playa, fueron muy agasajados por Cotoir y sus nativos. El indio tenía listas muchas balsas y deseaba partir lo antes posible para aprovechar los vientos favorables; pero la desconfianza de Pizarro se robusteció cuando un lengua tumbesino —posiblemente Francisquillo— comunicó que se urdía una celada por parte de los isleños, pues pretendían embarcar a los cristianos en sus balsas y una vez en la mar desatar los maderos y ahogarlos a todos juntos con sus caballos. Enterado Pizarro del ardid hizo venir a Cotoir y le dijo que quería hablar con su señor antes de pasar a la isla. El indio se dio por enterado y marchó a decirselo a Tumbalá<sup>68</sup>.

A la mañana siguiente el reyezuelo se presentó en una gran balsa entoldada y adornada con paños muy ricos. Traía consigo mucha música, vale decir, numerosos tañedores de instrumentos desconocidos. Veinte balsas arriaron velas detrás de él, confirmando claramente que esperaban órdenes. Luego se acentuó la música y Tumbalá bajó a tierra en una exótica litera portada por sus vasallos. Ciertos indios se entregaron a la danza, los restantes demostraron un extremo regocijo. Pizarro, desconfiado y taciturno, se limitó a decir a Belalcázar: "*no me parecen bien tantas fiestas*"<sup>69</sup>.

El saludo de Pizarro a Tumbalá fue muy breve. Apenas puso sus pies en tierra, el Gobernador tomó al reyezuelo de la mano y lo condujo a su tienda. Allí le dio a entender que estaba dis-

puesto al viaje siempre y cuando lo acompañase él. El indio no dio muestras de inmutarse y con gran naturalidad voceó que se aprestasen las balsas; él iría con el jefe de los hombres blancos. Las embarcaciones izaron las velas y recogieron las potalas o áncoras de piedra. Luego se acercaron a la playa y los castellanos empezaron a subir. Los jinetes no se separaban de sus cabalgaduras. Los nativos miraban la embarcación de su jefe. No tardó el reyezuelo en dejarse ver. Luego hizo una seña y aquella armadilla se puso en movimiento. Momentos más tarde todos navegaban con rumbo a la Puná<sup>70</sup>.

Curiosos y desconfiados los soldados arribaron a la isla; Pizarro y el reyezuelo llegaron algo después. La isla tenía veinte leguas de orilla y vivían en ella siete caciques tributarios del reyezuelo. Comparándola con todo lo anterior, la Puná parecía un paraíso; había mucho maíz y pescado seco, así mismo chaquiras y ropa fina. Los isleños comerciaban en sal y algodón y criaban en sus casas guacamayos y monillos, pero lo que más admiró a los soldados bisoños fue el hallazgo de ciertas "ovejas del Perú" de esas que llamaban "camellos de las Indias". Estaban tan gordas que no se podían reproducir, pero los soldados se hartaron de palpar su lana comparándola con la lana de Castilla<sup>71</sup>.

De repente alguien descubrió algo inexplicable: en un rincón del poblado se levantaba una cruz. Los cristianos acudieron en su busca, localizándola cerca de una cabaña en la que también había pintado un crucifijo. Además, la cabaña tenía una campanilla... Todos se acercaron al bohío con curiosidad y admiración. Estando por entrar en él salió de su interior un enjambre de chiquillos aborígenes, semidesnudos y gritando con intención de halagar a los forasteros: "*Loado sea Jesucristo, Molina, Molina!*"<sup>72</sup>. Los baquianos recordaron entonces a Alonso de Molina, el Trece del Gallo que voluntariamente se quedó en Tumbes al regreso del segundo viaje. Estaban en lo cierto porque habiéndose quedado entre los tallanes tumbesinos, Molina terminó prisionero de los indios de Puná, lugar donde doctrinó a los niños, pero salido en una expedición con los isleños murió victimado por los de Tumbes. Por lo menos, así lo contó Tumbalá al Gobernador Pizarro.

A tantas novedades se sumó una más, porque en breve aparecieron tres indias y entre sus ropas se encontró un papel estrujado que decía: "*Los que a esta tierra viniéredes, sabed que hay más oro y plata en ella, que hierro en Vizcaya*"<sup>73</sup>. Algunos lo creyeron, pero otros lo achacaron a recursos del Gobernador para animar a la gente.

Dispuestos a pasar el invierno en la isla, Pizarro dejó que los soldados se entregaran a la cacería de venados. El, mientras

tanto, seguía planeando la campaña y velando por el orden del campamento. El Gobernador Pizarro, pues, no descuidaba su puesto. Pero Tumbalá tampoco descuidaba el suyo; todas las tardes iba a visitar al Gobernador, siempre en su litera y rodeado de sus músicos; detrás de él marchaban cincuenta o más guerreros que llegados al campamento español simulaban una danza. El baile duraba lo que la visita y los cristianos lo presenciaban entretenidos. Por la noche Tumbalá subía a su litera y seguido por sus músicos y danzarines emprendía el camino de regreso. Los soldados lo tomaban por cumplido pero pronto supieron la verdad por boca de los lenguas tumbesinos. Era que el reyezuelo acudía para espiar a los españoles y traía a sus guerreros, no a que bailasen frenéticamente, sino para que se familiarizaran con sus enemigos. Los isleños tramaban una traición pero los intérpretes la habían descubierto y advertían a los cristianos que se cuidasen, porque de no hacerlo iban a terminar como esos seiscientos tallanes tumbesinos que vivían cautivos y esclavizados en el interior de la isla<sup>74</sup>.

Así las cosas, una noche arribó secretamente Chilimasa, el curaca de los tumbesinos. Introducido al campamento castellano se identificó, lo mismo que ciertos capitanes que traía, y pidió hablar con el Gobernador. Pizarro lo recibió con muchas cortesías y después de hablar con él pensó enfrentarlo a Tumbalá con miras de lograr unas paces provechosas. Al siguiente atardecer, sin sospechar ni cuidarse entró Tumbalá al campamento siempre con sus tañedores y guerreros. Pizarro le salió al encuentro y lo introdujo en su cabaña, donde posaba el tumbesino. La reacción de ambos hombres fue violenta, pero acudiendo Pizarro y otros españoles a calmarlos, acordaron ambos jefes consultar con sus capitanes. Pizarro hizo entonces que acudieran todos ellos y reuniéndolos en un mismo lugar se inició el debate. Aquella fue una sesión de enemigos. Unos a otros se tildaron de traidores y se retaron a desafíos; la presencia apaciguadora de Pizarro —interesada por cierto— evitó que se concertaran los retos. Mas aún: dispuso que dejaran solos a Tumbalá y Chilimasa para que olvidaran las guerras pasadas y se reconocieran amigos. Todos lo tuvieron por bueno y, saliendo de la cabaña, abandonaron a los reyezuelos. Después de un rato ambos salieron concertados y anunciaron la paz. Los españoles sonrieron satisfechos pero los capitanes indios cambiaron miradas de estupor. Todos habían presenciado el arreglo pero sólo los dos jefes sabían la verdad: detrás de ellos había una fuerza mayor que los mandaba. Esta fuerza era un orejón del Inca que tenía a su cargo la Puná y el litoral de Tumbes, y que había salido de la isla el mismo día que los cristianos la pisaron. Este, en realidad, era el que mandaba a todos. Aunque a regañadientes, como

## EL TERCER VIAJE DE FRANCISCO PIZARRO

viejos enemigos, Tumbalá y Chilimasa no hacían sino obedecer a ese representante del Inca<sup>75</sup>.

Concertadas estas paces, fondeó frente a la isla un navío con Hernando de Soto y su gente de Nicaragua. También traía a una mujer española, la primera que hubo en la tierra perulera, la que se llamaba Juana Hernández y fue después conocida por La Conquistadora. Soto arribó a la isla con ojos de mercader. No había podido llegar antes por falta de dineros, pero habiendo recibido desde Coaque 3.000 pesos que le envió Pizarro, no tuvo ya pretexto para tardar. Ahora estaba allí, traía lo prometido y esperaba que Pizarro cumpliera su palabra. El Gobernador lo recibió con alegría y sin dilaciones lo nombró su Teniente; Soto se mostró poco satisfecho, aunque de momento calló<sup>76</sup>.

La llegada de Hernando de Soto coincidió con la traición de Tumbalá. El reyezuelo había juntado a todos sus guerreros, y, dándoles arcos, flechas, tiradores y camanas, los tenía preparados para combatir. Escondidos en cabañas, los guerreros esperaron varios días. Los lenguas tumbesinos maliciaron la celada y le dijeron al Gobernador. Pizarro, decidido a cortar por lo sano, marchó a casa del reyezuelo y lo apresó juntamente con sus hijos. Lejos de amainar el temporal, los isleños asaltaron uno de los navíos, por lo que fue necesario moverlo y sacarlo mar afuera. Los fracasados flecheros marcharon entonces hacia el campamento de Pizarro, pero éste, *"con buena orden los aguardaba"*<sup>77</sup>. Por eso, cuando los vio cerca envió tres cuerpos de rodeleros contra ellos. Los peones hundieron sus espadas en las carnes de los indios; los isleños repelieron el ataque con una lluvia de saetas, una de las cuales atravesó un muslo a Hernando Pizarro. Algunos cristianos murieron, pero acudiendo presurosos los jinetes atacaron con sus lanzas e invocaron a Santiago. Al momento los indios retrocedieron y los cristianos cantaron victoria. Pizarro presionó a Tumbalá para que los ataques no se repitieran, pero el indio se mostró tan ajeno a la guerra y deseoso de no intervenir, que el Gobernador terminó dudando sobre si tenía o no culpa de la rebelión. A pesar de ello envió un mensaje a sus vasallos para que depusieran las armas. Sin embargo los isleños estaban indignados y ninguno las osó dejar, por el contrario, marchando a los pantanos del interior decidieron hacerse fuertes. Esta situación duró cuatro semanas, y sólo después de salir Juan Pizarro y Belalcázar con sus jinetes a correr la isla, la rebelión se calmó. Muchos dicen que fue aquí que arribó Soto con sus hombres, los cuales mostraron su desagrado por hallar la isla en guerra, *"porque como habían dejado el paraíso de Mahoma que era Nicaragua... se holgaran de volver de donde habían venido"*<sup>78</sup>. Pero Soto, que no estaba dispuesto

a truncar sus ambiciones, les enrostró su poco ánimo y los conminó a seguir.

### *EL DESEMBARCO EN TUMBES*

Habiendo ya pasado la época de lluvias y estando en la isla desde Pascua de Navidad, el Gobernador decidió pasar a tierra firme. Para ello dio libertad a todos los tallanes tumbesinos cautivos de los isleños; luego envió a llamar a Chilimasa, quien — fingiendo agradecerle la liberación de los suyos — no se hizo esperar. Pizarro le pidió algunas balsas para pasar el fardaje, pedido que Chilimasa aceptó con gran naturalidad; poco después arribaron cuatro grandes balsas tumbesinas a la isla de Puná; los tallanes que las tripulaban dijeron que Chilimasa los enviaba y que esperaban órdenes del caudillo blanco<sup>79</sup>.

Cuando todo estaba listo y fijada la partida, vale decir, en una de las últimas noches que se pasó en la isla, el Tesorero Alonso de Riquelme escapó. El sevillano era hombre más dado a las cuentas que a las armas. Tuvo miedo, se mostró desconfiado a las noticias y alegando que por la costa abajo sólo había selvas con culebras, sobornó al maestro de uno de los tres navíos y partió en la oscuridad con los fanales apagados. Cuando al siguiente día Pizarro se enteró montó en cólera: ahora en el momento que reiniciaba su prometedor empresa, no iba a permitir que un hombre asustadizo le hiciera perder el apoyo del Rey con sus informes. Jamás se resignaría a que la Corona le prohibiese continuar la jornada por una simple orden de los Consejeros de Indias amigos del sevillano. Y marchando furioso a la playa pasó a otro navío, gritando a su tripulación que izara velas para partir en persecución del Tesorero. Navegó muchas horas, acaso un día; pero a la postre lo alcanzó; un cañonazo debió ser la señal para que se detuviera. El asustadizo Riquelme se rindió sin combatir y Pizarro mandó cargarlo de cadenas. Luego, el Gobernador volvió a su condición de taciturno y todos juntos regresaron a la Puná<sup>80</sup>.

Tal como estaba señalado, Pizarro y sus hombres abandonaron la isla en abril de 1532. En ella quedaban diez cristianos muertos, recuerdo de la última guasábara. En atención a la victoria, el Gobernador bautizó a la isla con el nombre de Santiago, el Apóstol batallador<sup>81</sup>. Los soldados se sentían felices, la nueva costa que ahora veían tenía aroma de amistad: era verde, con vegetación tropical, y entre el mar y la selva estaba Tumbes, toda de piedra y gobernada por Chilimasa. Los tres navíos y las cuatro balsas se acercaban al litoral. Francisco Pizarro, como siempre, callaba; Alonso Briceño, Juan de la Torre y, sobre todo,



el griego Candia, contaban maravillas de aquella hermosa ciudad... Pero los soldados sólo conocían parte de la realidad que estaban viviendo, ignorando todo lo concerniente a las relaciones de Chilimasa con los isleños de Tumbalá. Lo cierto es que unos y otros se reconocían súbditos del Inca; mas no por ello habían dejado de ser antiquísimos adversarios imposibles de reconciliar. La paz pactada entre Tumbalá y Chilimasa se basaba en la obediencia, no en la sinceridad. La historia tenía su principio. Cuando murió el Inca viejo, sus dos hijos se pelearon por posesionarse del trono, y mientras Tumbalá defendió el bando del vencedor, Chilimasa militó por el de los vencidos. El nuevo Inca —déspota y sanguinario— ignoró los servicios del isleño, pero rencoroso frente a los tallanes tumbesinos, invadió su territorio, mató a los principales y de la piel de cada difunto fabricó un tambor. A Chilimasa no le quedó más recurso que rendirse y prestarle vasallaje; pero aunque el nuevo Inca retiró sus tropas del país tallán, so color de necesitarlas en los próximos ataques a su hermano, la verdad fue que lo hizo para que la hermosa ciudad de Tumbes fuera arrasada por los indios de la Puná. Abandonados a manos de sus enemigos, "*los perros tallanes*" —como los llamaba el nuevo Inca—, estuvieron a punto de desaparecer. Cuando retornaron las huestes del dichoso vencedor fratricida, los isleños se retiraron, pero Tumbes quedó destruida. Así las cosas, arribaron los españoles a la isla de Puná, y el nuevo Inca humilló aún más a los tallanes, haciéndolos prestarse a una farsa en la que, obligado por ese orejón de su corte —nombrado su gobernador en esas partes—, Chilimasa tuvo que viajar a la isla y fingirse amigo de Tumbalá. Obedeciendo órdenes del orejón, logró que el árbitro de tales paces fuera Francisco Pizarro. Chilimasa se prestó al juego por no poderse negar, pero también porque Tumbalá había fracasado en su treta de ahogar a los cristianos en las balsas; él haría lo que no pudo su enemigo y, de paso, probaría al nuevo Inca que sabía hacer las cosas mejor que Tumbalá.

Todos estos antecedentes los ignoraban los españoles; por eso miraban la lejana costa con gran confianza, esperando hallar en ella hospedaje y amistad. Pero esa noche, mientras Pizarro y sus soldados navegaban en los tres navíos, las balsas con algunos castellanos y el fardaje se adelantaron hacia el suroeste. Isleños y tumbesinos, confabulados en su traición por miedo al nuevo Inca, habían preparado muy bien las cosas. Por eso los balseros desviaron sus embarcaciones aproando a una playa rica en islotes y vegetación arbórea, muy próxima a la ciudad de Tumbes. Entonces trataron de matar a los cristianos que iban con ellos; mas percatados a tiempo Francisco Martín de Alcántara y otros que pasaban la vitualla, se defendieron y los balse-

ros tuvieron que echarse al agua. No pasó lo mismo con otros tres españoles que viajaban en una segunda balsa. Los infelices fueron llevados a tierra con engaño y una vez allí les sacaron los ojos y, estando aún con vida, los cortaron en trozos y echaron en grandes ollas que tenían puestas al fuego<sup>82</sup>.

Las otras dos balsas restantes —la de Hernando de Soto y la de Cristóbal de Mena—, por haber sido advertidas a tiempo, no llegaron a arribar a los lugares previstos por los balseros. Mientras tanto, la primera de todas —la de Martín de Alcántara—, que había sido llevada por los indios a un punto agitado por la resaca, corrió el riesgo de naufragar después que los balseros se arrojaron al agua. El punto era de los que se llaman de “*reventazón*”, lo que daba a las olas mayor fuerza de arrastre frente a la embarcación sin gobierno. En eso vino una ola furiosa y tomando a la balsa entre su espuma se la llevó consigo en su carrera. Para evitar estrellarse contra las rocas, Alcántara y sus acompañantes —Alonso de Mesa y el futuro cronista Pedro Pizarro— se arrojaron al mar y con grandes esfuerzos lograron ganar la playa. Llegados a ella fueron librados de morir a manos de los indios gracias a Hernando Pizarro y unos cuantos de a caballo enviados apresuradamente por el Gobernador, que desde su navío conoció la traición y se propuso frenarla. De este modo Martín de Alcántara, Alonso de Mesa y Pedro Pizarro salvaron las vidas, pero se perdió para siempre la recámara del Gobernador que traían en la balsa<sup>83</sup>.

Poco después, algo más arriba de la playa, desembarcaba Francisco Pizarro con el grueso de los hombres. Una vez en tierra le informaron detalladamente de todo lo acontecido. Por el momento, nadie pudo entender el comportamiento de los tumbesinos, todos los cuales habían huido por temor a los caballos. Se tuvo que recurrir a unos pocos prisioneros para obtener algo de verdad: la tierra estaba alzada por orden del Inca y todos tenían la consigna de luchar. Dispuesto a obtener mayores datos, el Gobernador mandó marchar a la ciudad de Tumbes<sup>84</sup>.

La ciudad amurallada se dejó ver poco después. Estaba silenciosa, quemada, destruida. Los murallones por tierra; las casas, deshabitadas; las arboledas se habían convertido en estacas chamuscadas... Aquella era una ciudad de la muerte. Los únicos que ahora moraban en ella eran unos pajarracos negros de cabeza colorada, pajarracos que vivían picoteando la carroña. Los prisioneros hablaron de una gran peste, de las masacres del nuevo Inca y de la guerra con los indios de Puná. “*Aquí fue el gemir de los de Nicaragua y el echar maldiciones las gentes al Gobernador*”<sup>85</sup>, por creer que los había engañado. Pizarro, hermético y con la mirada fija, rumiaba su desilusión. Cuentan que entonces se le acercó el artillero Candia y ambos platicaron

El desembarco en Tumbes, según las  
*Décadas* de Herrera.

151





algo en voz baja. Los maledicentes aseguraban luego que el Gobernador le había dicho —refiriéndose a la deshabitada Tumbes, ciudad que ahora resultaba de adobe y no de piedra—: “*En los nidos de antaño no ay pájaros ogaño, señor Pedro de Candia*”<sup>86</sup>, y que al griego no le había quedado más remedio que explicar: “*Señor, fingí burlas para que tuvieran efecto estas veras*”<sup>87</sup>. En otras palabras: ¡Candia había confesado que su paño pintado y su relación escrita eran fantasías inventadas para impresionar a los Consejeros de Indias!

Esa noche los cristianos durmieron junto a la vieja fortaleza que —a pesar de lo arrasada— todavía ofrecía protección. No hubo canciones de campamento ni risotadas; nadie volvió a mencionar las ciudades de piedra, éstas sólo existían en el libro del Amadís y acaso en la Nueva España. Todos murmuraban en voz baja y parece que reinaba la opinión de que los tumbesinos querían muchos españoles para sacrificarlos a sus ídolos.

Al siguiente amanecer, luego de una noche sin sorpresas, la gente despertó más confiada. Se exploró la fortaleza, que les pareció “*hecha por el más lindo arte que nunca se vio*”<sup>88</sup> y se intrigarón contemplando su original sistema de aprovisionamiento de agua. Se extasiaron con el Templo del Sol, “*cosa de ver, porque tenía grande edificio y todo él por de dentro y de fuera pintado de grandes pinturas y ricos matices de colores*”<sup>89</sup>. Finalmente, visitaron el Palacio del Curaca y las viviendas de la población; entonces todos fueron recuperando su perdido entusiasmo. Las casas guardaban todavía muchos enseres y bienes. Hallaron mucha comida y alguna ropa, esmeraldillas de poco valor, turquesas azuladas y diversos adornos de oro. Conforme se visitaban las casas los hallazgos iban en aumento y el entusiasmo también crecía. Por eso es que al finalizar la mañana el jinete Ruiz de Arce, el de Albuquerque, pie en tierra y con las muestras en la mano, proclamaba: “*¡Esta es tierra buena... es tierra de oro y plata...!*”<sup>90</sup> y los soldados se alegraban y reían conforme echaban en sus morrales los pequeños adornos de metal.

#### EL PILOTO JUAN CABEZAS Y EL PARALELO DE CHINCHA

Y así mientras Pizarro y sus codiciosos soldados dejaban Tumbes para penetrar en el fabuloso Imperio de los Incas, los navíos que los habían traído desde la Puná comenzaron a moverse con sus velas infladas emprendiendo así el regreso a Tierra-firme. Pero a las pocas semanas Tumbes conoció nuevos barquichuelos que cargados de soldados, frailes y mareadores, rompie-



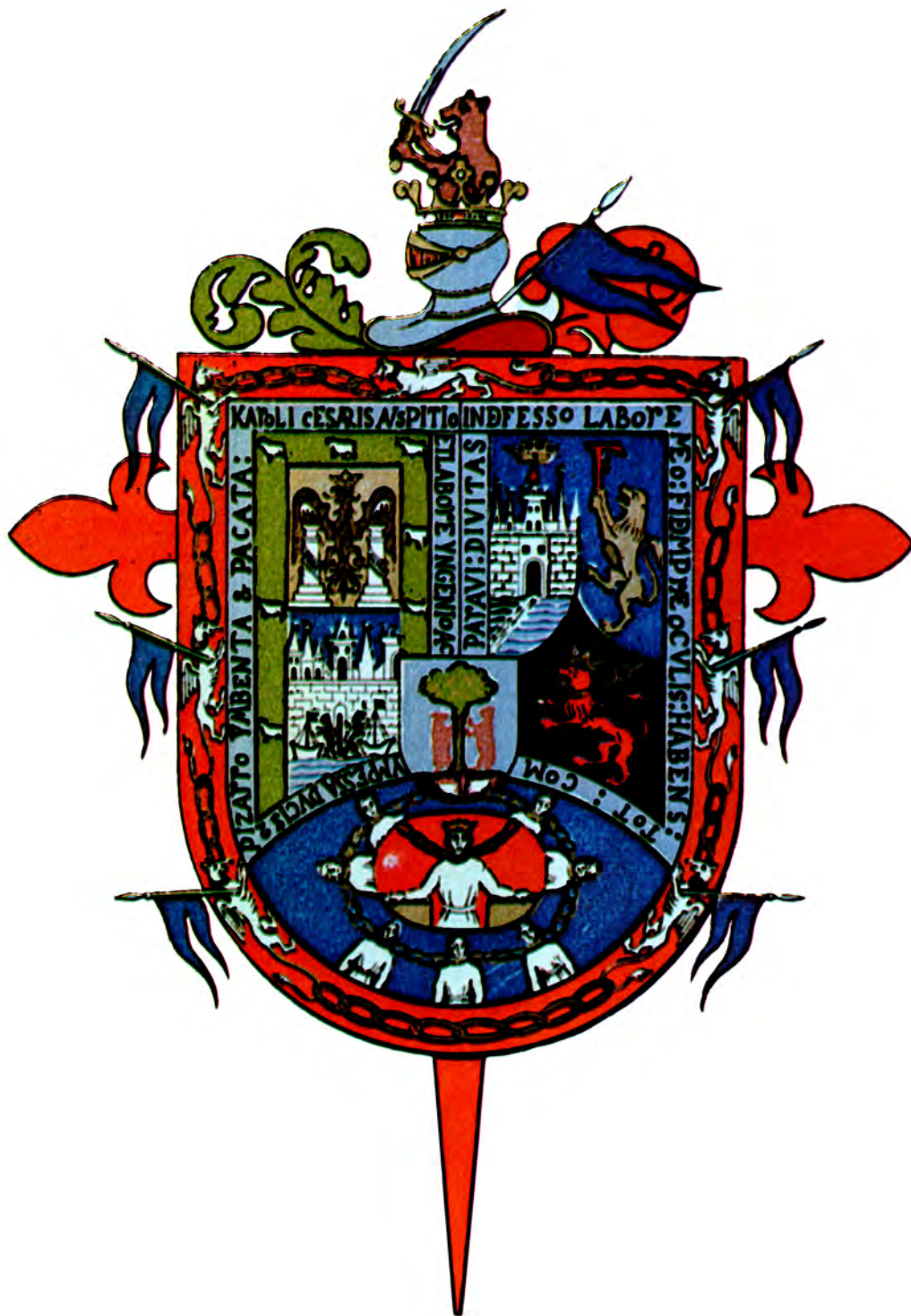
Manco Inca, iniciador de la gesta contra los  
*hombres salidos del mar*. (Oleo existente  
en el Museo Nacional de Historia.  
*Foto: Manuel Romero*).



del Peru  
de Yuban  
ano 1532  
Dra. Juana  
os haya.







Escudo de Francisco Pizarro cuartelando el Mar del Sur, dos embarcaciones arboladas y la ribereña ciudad de Tumbes. *Foto: Manuel Romero*.



El encuentro de Tumbes, según las citadas  
*Décadas* herrerianas.





ron la continuidad de su horizonte. Era que Pizarro había fundado el primer pueblo de españoles en San Miguel de Tangarará y aquellos mercantes, frailes y soldados acudían a reunirsele. En San Miguel ya se hablaba de marchar a Cajamarca a capturar al Inca, en Cajamarca se hablaría de seguir al Cusco, en el Cusco de volver a Jauja, y en Jauja bajar a la costa a erigir allí la nueva capital. La vecindad del mar fue premisa decisiva para fundar la ciudad cabeza de estos Reinos del Perú... Pero entre el primer acontecimiento y este último, los marinos no estuvieron inactivos. Los soldados penetraban en la tierra, ellos exploraban el mar. De este modo nos hallamos con dos pilotos hazañosos: Juan Cabezas, nacido en el Principado de Asturias, y Pedro Corzo, natural de la isla de Córcega.

El piloto Juan Cabezas tenía doble nominación, por lo que también aparece firmando algunos papeles como Juan de Grado. Del Mar del Norte pasó al Mar del Sur, efectuando su traslado en los tiempos que Pedrarias y Balboa se disputaban el Pacífico. Ganó el primero y Cabezas se vinculó al vencedor. Entonces fue que conoció a micer Codro, estrellero que vaticinó a Balboa su final. Lo cierto fue que con este astrólogo veneciano —“*docto philosopho*”<sup>91</sup>, en opinión de Oviedo— comenzó a navegar. El astrólogo o filósofo era hombre curioso de la Naturaleza del Nuevo Mundo y por esta causa fue a dar a la carabela de Cabezas, con quien hizo mucha amistad. Pero no era Codro el único pasajero de la nao, por lo que en breve apareció en cubierta el capitán Jerónimo de Valenzuela. Este y aquél se miraron mal desde el principio, acaso se despreciaron mutuamente, siendo la verdad que pronto suscitaron una riña y, como era de esperar, Codro llevó la peor parte. Entendiendo el veneciano que estaba malherido y que moriría a consecuencia de los golpes, culpó a Valenzuela de haber sido el provocador, emplazándolo a presentarse en el tribunal de Dios dos días después de su fallecimiento. Valenzuela se retiró poseído por ruidosas carcajadas de desdén, pero Codro no dijo una palabra más y llamando al piloto Juan Cabezas le pidió que lo llevara a morir a unas islas que hasta entonces nadie conocía, porfiando que estaba cerca y haciendo ver como que las intuía. Incrédulo pero dispuesto a darle gusto, Cabezas aprobó en la dirección indicada, donde luego de unas horas surgieron a sus admirados ojos un par de islas regulares, no quedándole otro camino que desembarcar en la más oriental a su agonizante amigo. Allí murió el filósofo y el piloto lo enterró bajo un árbol muy grande en cuyo tronco hizo una cruz a cuchillo. Penetrado por el sentimiento volvió entonces a su barco y retomó su rumbo, pero a los dos días de haber hecho esto el capitán Valenzuela murió, siendo su cadáver arrojado al mar mientras su ánima iba a la cita que le había dado Codro ante



el Eterno. De todo esto el único ganancioso resultó ser Juan Cabezas, pues si ya era descubridor de la *Isla de Cocos*, a raíz del percance referido pasó al Padrón de Sevilla como descubridor de las *Islas de Cebaco*, en el ancón de Ponuba, entre las puntas de Buenavista y Santa María, todo en el Mar del Sur<sup>92</sup>.

Este, pues, era el piloto Juan Cabezas, por otro nombre Juan de Grado, a quien ahora mostramos indagando por las costas del Perú, sin duda buscando nuevas ínsulas en su desértica costa. La visión que de nuestro litoral sacó entonces el mareante es la que a continuación mostramos.

Comenzaremos por los habitantes de Tumbes. Los tumbesinos, para Juan Cabezas: *"tienen el traje que en la isla de Puná: el cabello cortado; camisetas e pañicos. E las mugeres unos hábitos hasta los piés, ceñidos, que parecen frayles, queasi como si tomassen una saca grande é le abricasen los cogujones para sacar los braços, é por medio sacassen la cabeça; é á fuera desta tierra de Tumbes visten e andan en treynta leguas alrededor, hácia la parte de la sierra"*<sup>93</sup>.

De los tallanes piuranos habla con más detenimiento, intrigándose mucho con su complicado atuendo. Dice así: *"En el río que llaman de la Pira [Chiral, que a treynta leguas, pasado Tumbes, donde primero se pobló Sanct Miguel, hay una legua llengual, é llámanse tallanes. Andan arreboçados los hombres todos con unas tocas de muchas vueltas, e açssi traen las cabeças muy grandes con aquellos reboços, e a los cabos sus rapacejos colgados que parecen barbas. Unos dicen que lo hacen, porque dis que tienen en el colodrillo ó cogote un rabo de carne, tan grueso e luengo como el dedo mayor de la mano; otros dicen que traen aquellos tocados porque la tierra es enferma de los ojos, é á dóquiera que vean venir de dos indios arriba; pueden apostar que uno tuerto..."*<sup>94</sup>.

Sin embargo, de todos los indios costeños son los súbditos del Gran Chimú los mejor descritos: *"En otras ochenta ó noventa leguas que hay desde aqueste río hasta la villa de Truxillo hay otras lenguas que llaman mochicas, é las mugeres se visten como las de Tumbes é los indios camisetas o pañicos y en las cabeças unas madexas de lana hilada colorada e muy fina todos vuelta dada á la cabeça y echado su barbiquexo; é traen todas unas mantas por capas, porque tienen por afrente andar sin ellas, é los señores se sirven de mucho arte. Tienen sus pages é sus oficiales é cocineros, todos hombres, no mugeres: andan en hamacas: si no es en la lengua, en todo lo demás, en traje, en servicio, en sacrificios é cerimonias todos acuerdan en una casa... En aquellos llanos como es dicho, en quinientas leguas, tienen los templos en alto puestos, é los ydolos que tienen de piedra llamában lo Guatán, é lo mesmo llaman á un remolino que ven*

La captura de Atahualpa, en una xilografía  
flamenca del siglo XVI.



de viento e polvo, aunque otros ydolos tienen en sus templos de palo, hechos á manera ó figura con sus mitras. A estos templos ofrecen oro é plata é ropa: los sacerdotes dellos andan vestidos de blanco, é no se echan con muger, é viven castos (segund ellos diçen): no comen axi ni sal. Quando se juntan a hacer sacrificios de ganados o de indios, todos los que suben al templo, van vestidos de blanco con muchos atabales é bocinas de caracoles grandes: tienen trompetas de mala gracia é doloroso oyr, é de grandes alharidos de mucho dolor. Sacan el coraçón en vida á aquellos que sacrifican, que cuassi vivo el coraçón é palpitando lo ofrescen al sol: é después untan los hocicos al ydolo con la sangre. Quando se entierran, en especial los señores, es en unas bóvedas muy grandes, revueltos en toda su ropa é colchones é quando tienen, é todo su oro é plata meten allí con ellos, é a sus mugeres é pages é á los criados que más quisieron en su vida, vivos; é pónenles encima de la sepoltura su ymágen (ya dicha) de palo... Y en aquel tiempo acuden allí los sacerdotes de los templos é los más ancianos de los pueblos á estorbar que no aparten huesso de huesso, porque dicen que han de tornar a juntarse, é que han de vivir... Echanles sobre la sepoltura chicha, e dicen que los dan á beber: en fin ellos tienen claramente que aunque muere el cuerpo, que no muere el ánima. En los tiempos de hacer las sementeras ó yr á coger el oro á las minas ó emprender alguna guerra, ayunan primero cinco o seys dias, é andan vestidos de blanco durante este ayuno, é no comen bocado de cosa ni manjar ni otro mantenimiento alguno, sino beben chicha. Quando quieren que los crean, juran por el sol é por la tierra: este es el mayor juramento que tienen, bessan la tierra é alçan las manos al sol"<sup>95</sup>. Finalmente recuerda el marino el nombre dado por estos chimúes a los españoles y concluye: "llámanlos a los españoles virachas o viracochas, porque a la mar llaman cocha y espuma quiere decir vira, e que vinieron de la mar por gordura de la mar o cosa salida de la mar"<sup>96</sup>. La denominación de "viracocha" debió gustar al mareante.

La fauna del litoral peruano también ha merecido la atención del minucioso nauta, quien la enumera del siguiente modo: "Las monterias é caça é aves salvages que hay, son venados [tarucas], leones [jaguares y pumas], gatos [tigrillos], çorras, perdices, tórtolas en los valles. Hay gallinas de aquellas grandes negras é bellacas de las de Castilla del Oro [gallinazos]; hay unas grandes aves [cóndores], que las llaman los españoles buytres, que tienen catorce palmos de vuelo, abiertas e tendidas las alas, de punta a punta del ala; é aquestas andan á la costa é se mantienen de lobos marinos, que hay muchos en toda la costa, é mátanlos quando salen en tierra, que cargan quatro ó cinco buytres de un lobo, por grande que sea, é quiébranle los

*ojos a picadas, é assi lo matan. Hay otras aves en la mar tan grandes como patos, que tienen las alas de cuero, sin pluma ninguna, é vuelan poquito. En toda la tierra hay patos, coris é muchos ganados de ovejas; porque desde Tumbes hacia el Sur para adelante se hallan las ovejas que de allí para atrás ni debaxo de la linia no las hay en toda aquella tierra*"<sup>97</sup>.

Respecto a la fauna estrictamente marina, añade: "*hay muchas sardinas é más que en Castilla: caçones, corbinas, lenguados, acedias, pargos, mero, cabras, atunes muchos, doradas, toninas, bogas, salmonetes, rayas, calamares, xaibas, cangrejos, muxillones, percebes, ostras: é algunas perlas pero pocas se han visto... Lobos marinos, innumerables tiburones, camarones muchos e buenos, de la mar é de rio, cavallas en mucha abundancia*"<sup>98</sup>.

La flora, era de esperar, es lo último que interesa al buen piloto, pero tampoco escatima minucia al enumerarla, comenzando su inventario por el maíz, los ajos y la yuca, "*essa que hay de la boniata, que se come asada e cocida*"<sup>99</sup>. También recuerda haber visto melones, "*de los grande é medianos*"<sup>100</sup>, guayabas y pacaes, asimismo una fruta desconocida que nombra "*pasambas*"; concluyendo honradamente que "*los que llaman los christianos pepinos no lo son, aunque les dieron esse nombre, ni tienen mucha semejança de pepinos, puesto que son assí prolongados, é tienen unos trechos ó división é tres ó quatro rayas entre hueco é hueco, é las pepitas menudas, é pónenlos de rama; é la hoja es como de berengena, algo menor, é huelen tan bien ó mejor que las piñas de acuestas partes y el sabor es muy suave é delicado é no hace daño aunque coman muchos*"<sup>101</sup>. La costa, en sus valles, el piloto la ve fértil, pero a manera de paradoja se ve obligado a advertir: "*en los llanos de la costa hay hombres muy viejos, de más de cien años muchos dellos, é no se acuerdan de aver visto llover*"<sup>102</sup>.

Sin embargo, hay un hecho que desconcierta al piloto, a pesar de estar reconocido "*hombre muy cursado en Indias*"<sup>103</sup>; las salinas de Huacho o Huaura, como entonces se decía. Confiesa muy en ánimo de decir lo cierto que al Sur del Cabo Finisterre —accidente geográfico no identificado hoy en la costa del Perú— "*están unas salinas que a mí —comenta el cronista Oviedo, el informado por Cabezas— es cosa muy nueva la forma dellas, sobre el agua de la mar, media legua de ancho, ó dos ó más de luengo de la costa, tan alta la sal como a la cinta, é menos ó algo más hecha como peña ó roquedos quaxados; é debaxo de las tales peñas de sal es todo agua de la mar. E continuamente andaban sobre dos mill indios cortando la dicha sal con herramientas é picos; é arrancando el pedaço, está el agua de la mar debaxo a la rodilla, é más é menos; é la sal es muy blanca é buena, é mucho cosa de ver é aún de maravillar*"<sup>104</sup>.

Francisco Pizarro, por  
Germán Suárez Vértiz.



Cuando uno sigue leyendo la relación del mareante vertida a letras de molde en la crónica de Gonzalo Fernández de Oviedo, inconscientemente llega a preguntarse: ¿hasta dónde llegó con su nao el piloto Juan Cabezas? La contestación, valgan verdades, no es muy fácil, mas tampoco imposible de lograr. Se descubre, por ejemplo, que bajó con su barquichuelo hasta *Guañape* —que por esos días llamaban *Puerto de Torres*, por su parecido con otro asturiano de ese nombre— y que de allí siguió a *Paramonga*, apreciando en este lugar la imponente fortaleza de los indios; a continuación fue que avistó y visitó las salinas huachanas, pero luego pasó frente al pueblo de *Pachacamac*, el famoso santuario de los yungas. Siguió el piloto su viaje y aportó al actual *Cerro Azul*, nombre ganado por la coloración verdosa de la fortaleza del Huarco que abarcaba el mayor promontorio del puerto. De este punto navegó hasta *Chincha*, lugar que impresionó al piloto gratamente, por lo que continuó hasta el señorío de *Caxas*, donde halló un reyezuelo de quince mil vasallos. Todo lleva a conjeturar que el piloto Juan Cabezas dobló la *Península de Paracas* y pasando el archipiélago de *Sangallán* llegó a una altura hoy calculada con la *Isla de las Viejas*. El viaje del piloto debe de situarse entre 1532 y 1534, razón por la que habla de *Puerto Bermejo* pero no de Lima. Pero la importancia de esta navegación fue enorme, sencillamente porque el piloto Juan Cabezas fue el primero en fijar *el paralelo de Chincha*. Más adelante, cuando muerto Atahualpa y fundado el Cusco Pizarro marchó a Jauja y después bajó a la costa en procura de una capital junto al mar, Almagro— contagiado de las ansias y ambiciones de Pedro de Alvarado— pensaba en adueñarse del Cusco y negaba la exactitud del paralelo de Chincha. Juan Cabezas había dicho que estaba “*en diez é ocho grados de la otra parte de la línea equinocial, hacia el polo antártico*”<sup>105</sup>. La medición era equívoca, pero tenía el mérito de ser la primera. Más adelante veremos el daño que se siguió de este error. Pero primero conozcamos a otro piloto observador, también autor de una relación sobre la costa perulera y, por añadidura, de la primera posición astronómica de la Ciudad de los Reyes.

#### EL PILOTO PEDRO CORZO Y LA PRIMERA POSICION ASTRONOMICA DE LIMA

Fue Pedro Corzo hombre de singular experiencia en lo tocante al Mar del Sur, el primer piloto no español que empuñara el gobernalle en aguas peruanas y, por añadidura, el único entre los de su oficio que se preocupó de observar a los humanos,

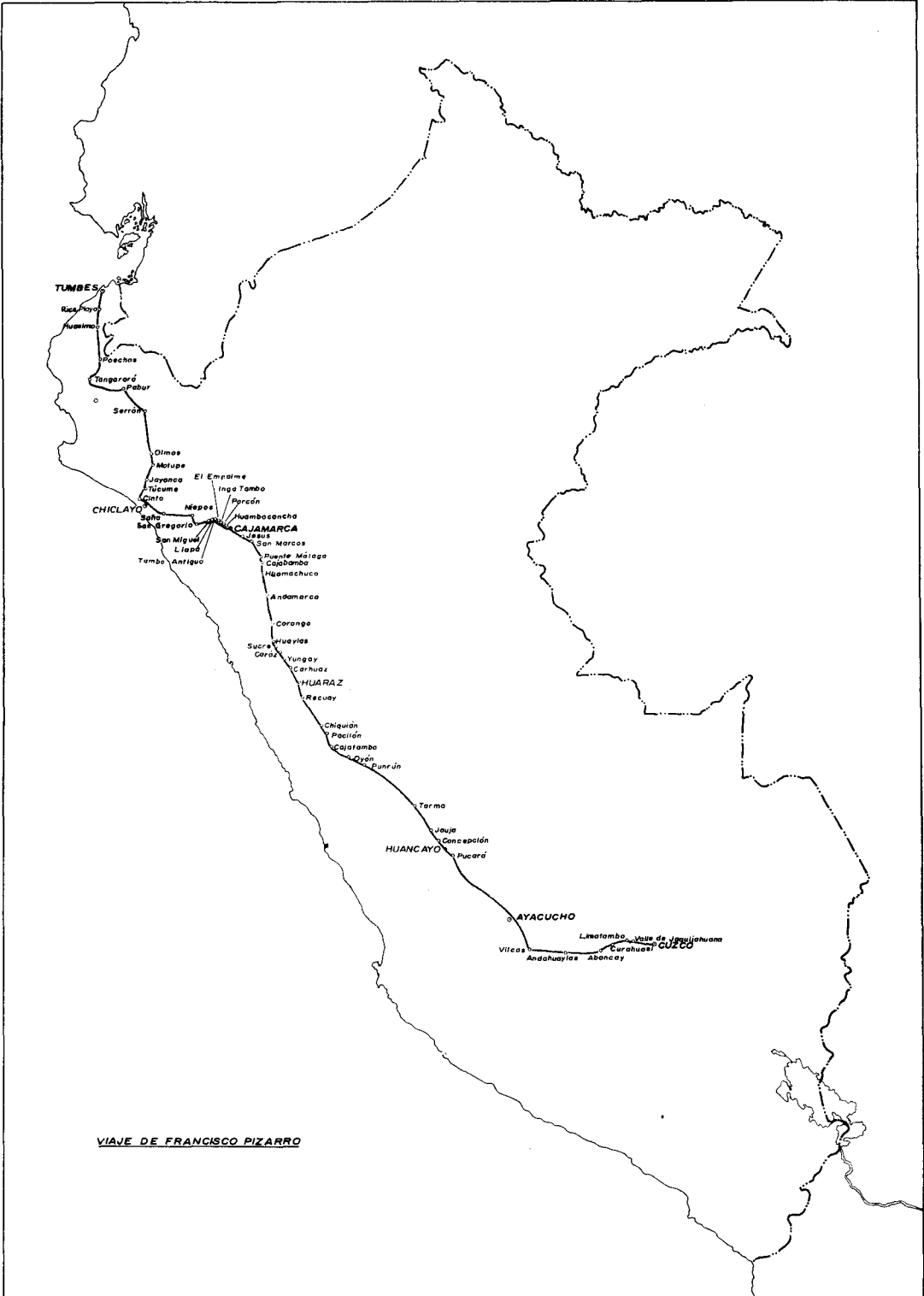


animales, vegetales y minerales de la costa perulera. Se ignora la fecha en que avistara nuestro litoral, pero sabemos que lo hizo cuando servía a Francisco Pizarro. Entonces, codo a codo con el asturiano Juan Cabezas, el ayamontés Hernán Pérez Peñate y el muguereño Bartolomé Ruiz —los pilotos del Descubrimiento— debió regir el timón de codaste en alguna nao de la armadilla de los conquistadores. Lo cierto fue que informó luego de sus experiencias al cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, lo que le valió ser mencionado en la *Historia General y Natural de las Indias* “por su buen juicio y experiencia larga quel piloto Pedro Corço tiene en estas cosas de Indias, donde muchos años ha que navega e anda por la mar...”<sup>106</sup>.

Nuestro hombre, como su cognomen lo indica, era hijo del Mar Mediterráneo, pues había nacido en la isla de Córcega, frente a la costa provenzal. El atractivo que para los corsos tuvo el Nuevo Mundo en el Siglo XVI fue, sencillamente, sorprendente, pasando muchos de ellos a estas Indias como comerciantes<sup>107</sup> y marineros<sup>108</sup>. Debió crecer Pedro Corzo en algún puerto de su isla natal —Calvi, Bastia, Ajaccio, Sartene o Bonifacio— familiarizándose desde temprano con aquellos marineros de las tabernas que tras beber el vino isleño, protagonizaban esas riñas en las que sólo era considerado vencedor el que arrancaba con los dientes una oreja a su adversario<sup>109</sup>.

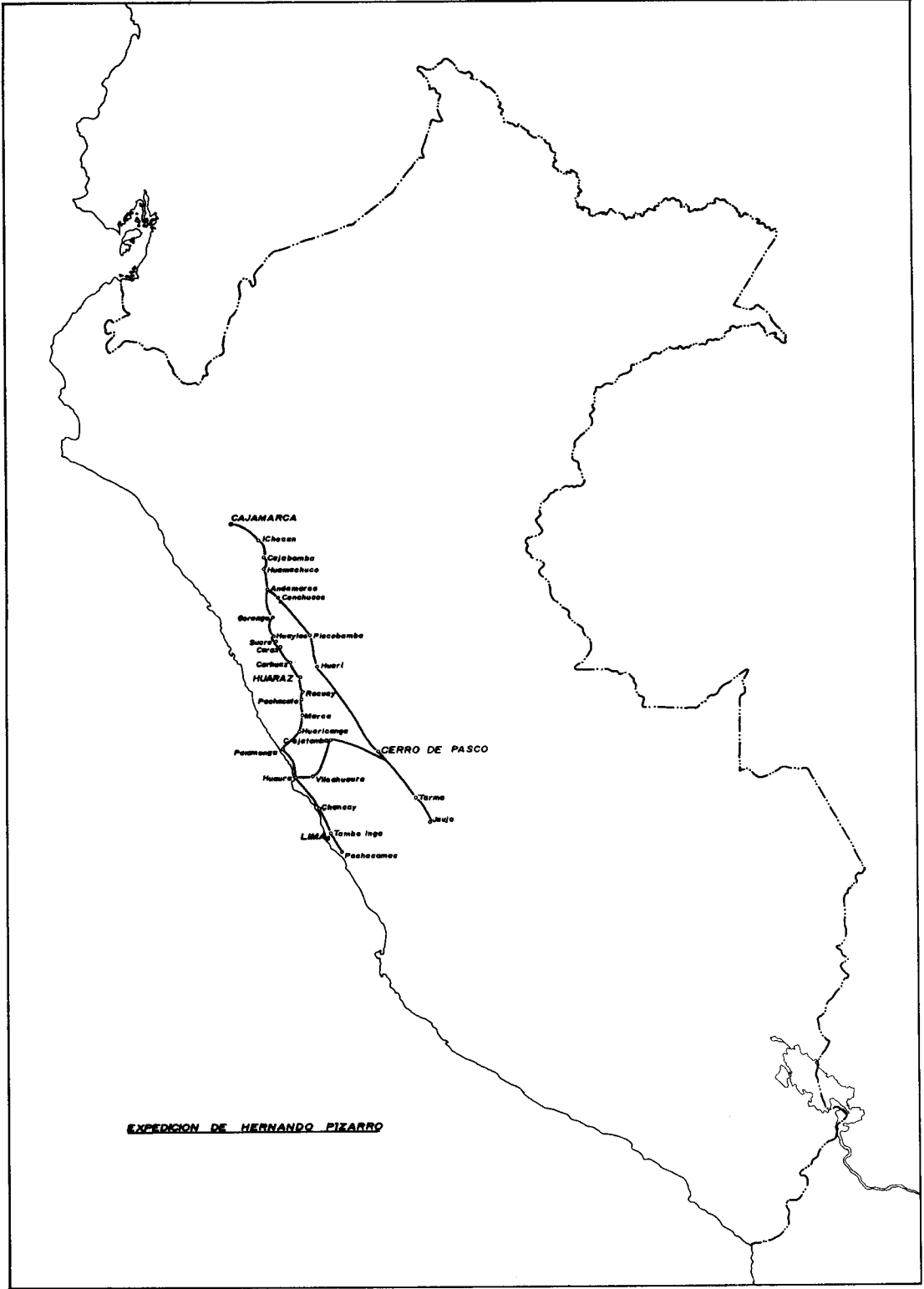
La verdad es que Pedro Corzo se aficionó a la vida de mareante y embarcado como grumete o pilotín aprendió a mover la barra, usar la brújula, apuntar la ballestilla y cuadrar el astrolabio. Ingresado al servicio de la Corona castellana tuvo oportunidad de pasar a las Indias del Mar Océano. Primero anduvo por el movido Mar del Norte, luego por el calmado Mar del Sur. Aquí, precisamente, llevó a cabo lo que más arriba dijimos. Unas veces mientras su nao navegaba con la costa yunga a estribor, otras cuando anclaba en el puerto y podía bajar a tierra, lo evidente es que en una u otra circunstancia observó todo detenidamente. Veamos lo que vio.

En primer lugar, su atención fue llamada poderosamente por los naturales yungas, vale decir, por los del Norte de Lima, porque sospechamos que no llegó al paralelo de Chincha<sup>110</sup>. Entre éstos, según pudo apreciar, “*van los hombres vestidos con camisetas sin mangas o hasta medio muslo, o las mugeres con camisas largas hasta en pie, e muy anchas e sin mangas e a manera de alba se las ciñen, e assi andan. Y traen los cabellos cortados comunmente ellos y ellas en general, excepto los señores e hombres principales e mugeres de los tales, que traen luengos los cabellos*”<sup>111</sup>. La pintura es bastante nítida, pues nos describe a los indios plebeyos y nobles.



**VIAJE DE FRANCISCO PIZARRO**

La ruta de Francisco Pizarro al Cusco ignoró las costas del Mar del Sur.



EXPEDICION DE HERNANDO PIZARRO

La ruta de Hernando Pizarro dio la primera  
visión terrestre del litoral peruano.

En cuanto a los animales sólo dos logran atraerlo, acaso porque le recuerdan sus estadias marineras en Castilla y en la Península Itálica. Uno es el zorro del desierto parecido a los zorros españoles *"e bien armado de dientes, e de la mesma color e pelo"*<sup>112</sup>; el otro es el llama, auquérido garboso y elegante que en días bajaba hasta la costa integrando caravanas de los mercaderes indios. Sobre los muchos llamas nos dirá: *"Hay unos animales del tamaño de ciervos e de uña hendida, y en todo e por todo son como ciervos, salvo quel pelo es áspero y espesso mucho e no tienen cuernos, ni los comen los indios; e son a la manera de los animales que llaman en Italia mufros, e andan en grandes manadas de cinco e seys mill, e más e menos, juntos"*<sup>113</sup>.

Más adelante, el piloto se entusiasma con los vegetales y hasta puede decirse que goza describiéndolos, como en el caso de esa enredadera que trepa por los muros de adobe que cercan los huertos, o el otro no menos curioso de los algarrobos del desierto, arbolillos de *"muy buena e rescia madera"*<sup>114</sup>. El marino se sorprende con los pacaes que alcanzan *"una pasta muy dulce e çumosa; e tiene cuescos a trechos, que quieren parecer habas verdes, y entre cuesco e cuesco hay un buen bocaso de aquel manjar o fructa"*<sup>115</sup>. Luego le toca el turno a la lúcuma y apunta de las muchas que tuvo ocasión de comer: *"la carnosidad dellas se pega a los dientes, y el vino sabe muy mal, si lo beben tras esta fructa"*<sup>116</sup>. A su vez hay *"guayabos muy buenos e de muy buenas guayabas e grandes"*<sup>117</sup>, peras silvestres como las de Castilla del Oro y membrillos exóticos que resultan *"muy bueno e sano manjar"*<sup>118</sup>. Sorprendido se detiene ante esa yuca del Perú domesticada por los indios y nos habla de *"mucha yuca de la que no mata, que llaman boniata"*<sup>119</sup>; también ante el ají, que lo hay *"de muchas maneras, assi colorado como verde e amarillo, e redondo e luengo e menudo e de todas las otras maneras que se halla en estas partes"*<sup>120</sup>. Y su apreciación termina con las verdolagas y cerrajas, el maíz de altivo tallo, el llantén de propiedades curativas, la albahaca silvestre, la artemisa, la verbena, la hierba mora *"e muchas otras e buenas hierbas"*<sup>121</sup>.

No por ser mareante escapa a las ambiciones del soldado y es aquí donde Pedro Corzo se ocupa de los minerales preocupándose en especial de la obtención de la plata, metal precioso que lo atrae más que el oro: *"Para coger la plata que hay mucha —nos dice— hacen en la sierra cinco o seys leguas de Sanct Miguel, unas cavas; e desque han hecho un trecho de cava, hacen un hoyo ancho al cabo o pegan fuego a la cava (o tranchea) o derritese el metal e va a parar en el hoyo donde se recoge en mucha cantidad la plata, e después se refina e sacan de un quintal de aquel cuatro marcos e mas de muy buena*

*plata. Pero es muy dificultoso de sacar, porque no hay leña en la sierra o se ha de llevar a cuestras allá desde lo llano; e la leña que llevan es de aquellos garrobos, que se dizo de susso, la qual es muy buena e rescia madera*"<sup>122</sup>. Este es el único testimonio sobre la fundición de la plata entre los tallanes.

Finalmente, el marino recuerda a las ciudades rodeadas por la arena del desierto y a las preciadas acequias de riego, pero donde no puede con su genio marinero es cuando intenta hablar de Lima, la capital de la nueva Castilla y por ende residencia del Gobernador Francisco Pizarro. Todo está listo para la descripción de la gran Ciudad de los Reyes; los que escuchan el relato apetecen los detalles de esos días que coinciden con los de su fundación, pero —repetimos— aflorando el nauta acostumbrado al gobernalle, la brújula, la ballestilla y el astrolabio, nos deja con la miel en los labios a sólo decirnos parcamente: "*está en diez grados de la otra parte de la linia equinocial, a la parte del polo antártico*"<sup>123</sup>. La afirmación, aparentemente tan sosa, tiene el gran mérito de ser la primera posición astronómica de la capital del Perú<sup>124</sup>.

## NOTAS AL CAPITULO

1. HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de... *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierrafirme del Mar Océano*.— Buenos Aires, Imprenta Continental, 1945.— Década IV, Lib. III, cap. I, p. 186 del T. V.
2. *Loc. cit.*
3. *Ibidem*, p. 187.
4. *Loc. cit.*
5. *Ibidem*, Década IV, Lib. VI, cap. III, p. 293 del T. V.
6. *Loc. cit.*
7. PORRAS BARRENECHEA, Raúl... *Cartas del Perú*.— Lima, Imprenta de la Empresa Editora Peruana, 1959.— p. 5.
8. *Loc. cit.*
9. *Loc. cit.*
10. *Loc. cit.*
11. *Relación Sámano-Xerez*, en: PORRAS BARRENECHEA, Raúl... *Las Relaciones Primitivas de la Conquista del Perú*.— Paris, Les Presses Modernes, 1937.— p. 66.
12. PORRAS BARRENECHEA, Raúl... *Cartas del Perú*.— p. 5.
13. HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de... *Op. cit.*, *loc. cit.*
14. PORRAS BARRENECHEA, Raúl... *Cedulario del Perú*.— Lima, Imprenta Torres Aguirre, 1944.— T. I, pp. 17 a 76.
15. HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de... *Op. cit.*, Década IV, Lib. VI, cap. X, pp. 314 a 316 del T. V.
16. CIEZA DE LEON, Pedro... *Tercera Parte de la Crónica del Perú*, cap. XXVII, en: Mercurio Peruano, Lima, julio de 1955, número 340, p. 460.
17. HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de... *Loc. cit.*
18. Archivo General de Indias de Sevilla. Patronato 132-N2-R1.— Véase además: BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *El Conquistador Martín Pizarro, Primer Alguacil de Lima*, en: Mercurio Peruano, Lima, abril de 1963, número 432, pp. 111 a 125; y en: Revista de la Guardia Civil del Perú, Lima, julio-agosto de 1966, número 302, T. XXV.
19. PIZARRO, Pedro... *Relación del Descubrimiento y Conquista de los Reinos del Perú*.— Buenos Aires, Imprenta La Mundial, 1944.— p. 125.
20. Sobre estos y otros compañeros de Francisco Pizarro el autor tiene un estudio en preparación, aparte del *Diccionario Histórico Biográfico de los Conquistadores del Perú*.
21. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Trujillo de Extremadura, Patria de Conquistadores*, en: Mercurio Peruano, Lima, enero de 1960 número 393.
22. HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de... *Loc. cit.*
23. *Ibidem*, Década IV, Lib. VII, cap. IX, pp. 357 a 362.
24. *Ibidem*, Década IV, Lib. VI, cap. X, pp. 315 y 316 del T. V.
25. *Loc. cit.*
26. *Loc. cit.*
27. *Ibidem*, Década IV, Lib. VII, cap. IX, pp. 357 a 362 del T. V.
28. Formulismo negativo usual del Consejo de Indias que se colocaba al margen de los asuntos tratados a manera de sumilla.
29. PIZARRO, Pedro... *Op. cit.*, p. 20.
30. *Loc. cit.*
31. *Loc. cit.*
32. HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de... *Op. cit.*, Década IV, Lib. VI, cap. IX, pp. 314 a 316; y Lib. VII cap. IX, pp. 357 a 362 del T. V.



NOTAS AL CAPITULO

33. *Ibidem*, Década IV, Lib. VII, cap. IX, p. 358 del T. V.
34. *Loc. cit.*
35. *Loc. cit.*
36. FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... *Historia General y Natural de las Indias*.— Asunción del Paraguay, Imprenta de la Editorial Guaranía, 1945.— Parte III, Lib. VIII, cap. I, p. 265 del T. XI.
37. HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de... *Op. cit.*, Década IV, Lib. VII, cap. IX, pp. 358 y 359 del T. V.
38. PIZARRO, Pedro... *Op. cit.*, p. 22.
39. HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de... *Loc. cit.*
40. *Loc. cit.*
41. *Loc. cit.*
42. *Loc. cit.*
43. TRUJILLO, Diego de... *Relación del Descubrimiento del Reino del Perú*.— Sevilla, Imprenta de la Escuela de Estudios Hispano Americanos, 1948.— p. 45.  
MENA, Cristóbal de... *La Conquista del Perú*, en: PORRAS BARRENECHEA, Raúl... *Las Relaciones Primitivas de la Conquista del Perú*.— París, Les Presses Modernes, 1937.— p. 79, nota 1.
44. LOPEZ DE JEREZ, Francisco... *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*, en: *Biblioteca Autores Españoles. Historiadores Primitivos de Indias*, T. II.— Madrid, Gráfica Carlos-Jaime, 1947.— p. 322.  
HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de... *Op. cit.*, Década IV, Lib. VII, cap. IX, pp. 359 a 361 del T. V.
45. TRUJILLO, Diego de... *Op. cit.*, pp. 45, 46 y 47.
46. *Loc. cit.*
47. LOPEZ DE JEREZ, Francisco... *Loc. cit.*  
TRUJILLO, Diego de... *Op. cit.*, pp. 47 y 48.
48. *Loc. cit.*
49. *Loc. cit.*
50. RUIZ DE ARCE, Juan... *Advertencias*, en: CANILLEROS, Conde de... *Tres Testigos de la Conquista del Perú*.— Buenos Aires, Imprenta de la Compañía General Fabril Financiera, 1953.— p. 86.
51. GARCILASO INCA DE LA VEGA... *Los Comentarios Reales de los Incas*.— Lima, Imprenta Gil, 1943.— Parte II, Lib. I, cap. XV, p. 287 del T. III.
52. *Loc. cit.*
53. PIZARRO, Pedro... *Op. cit.*, pp. 24 y 25.
54. RUIZ DE ARCE, Juan... *Op. cit.*, pp. 84 a 86.  
El piloto que guió el barco de Sebastián Moyano de Belalcázar era, según Francisco López de Gómara, el veterano Juan Fernández, hombre muy familiarizado con la navegación del Mar del Sur y más tarde el principal tentador del Adelantado Pedro de Alvarado para que llevara sus soldados al Perú.
55. RUIZ DE ARCE, Juan... *Op. cit.*, p. 86.
56. *Loc. cit.*
57. *Loc. cit.*
58. *Ibidem*, p. 83.
59. BUSTO DUTHURBURU, Jose Antonio del... *La coacción de Belalcázar a Pizarro y los favorecidos de Puerto Viejo*, en: *Revista Histórica*, Lima, 1964, T. XXVII, pp. 290 a 319.
60. *Loc. cit.*
61. *Loc. cit.*
62. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Francisco Pizarro, el Marqués Gobernador*.— Madrid, Artes Gráficas Marisal, 1966.— Cap. III, pp. 25 a 27.
63. ZARATE, Agustín de... *Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú*.— Lima, Imprenta Miranda, 1944.— Lib. II, cap. I, p. 52.
64. TRUJILLO, Diego de... *Op. cit.*, p. 50.
65. *Loc. cit.*
66. *Loc. cit.*

## HISTORIA MARITIMA DEL PERU

67. *Ibidem*, p. 51.  
RUIZ DE ARCE, Juan... *Op. cit.*, p. 87.
68. CIEZA DE LEON, Pedro... *Op. cit.*, cap. XXXIII, en: Mercurio Peruano, Lima, julio de 1955, número 340, pp. 471 a 473.
69. TRUJILLO, Diego de... *Loc. cit.*
70. CIEZA DE LEON, Pedro... *Loc. cit.*  
RUIZ DE ARCE, Juan... *Op. cit.*, pp. 88 y 89.  
TRUJILLO, Diego de... *Loc. cit.*
71. TRUJILLO, Diego de... *Op. cit.*, pp. 51 y 52.  
RUIZ DE ARCE, Juan... *Loc. cit.*  
PIZARRO, Pedro... *Op. cit.*, p. 27.
72. TRUJILLO, Diego de... *Op. cit.*, p. 51.
73. PIZARRO, Pedro... *Op. cit.*, p. 27
74. TRUJILLO, Diego de... *Op. cit.*, pp. 51 y 52.  
ZARATE, Agustín de... *Op. cit.*— Lima, Imprenta Miranda, 1944.— Lib. II, cap. II, p. 53.  
RUIZ DE ARCE, Juan... *Loc. cit.*
75. PIZARRO, Pedro... *Op. cit.*, pp. 26 y 27.  
LOPEZ DE JEREZ, Francisco... *Op. cit.*, pp. 322 y 323.  
HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de... *Op. cit.*, Década IV, Lib. VII, cap. X, pp. 362 a 366.  
ZARATE, Agustín de... *Loc. cit.*
76. TRUJILLO, Diego de... *Op. cit.*, p. 52.  
PIZARRO, Pedro... *Op. cit.*, p. 28.
77. TRUJILLO, Diego de... *Loc. cit.*,  
PIZARRO, Pedro... *Loc. cit.*  
CIEZA DE LEON, Pedro... *Op. cit.*, caps. XXXIV y XXXV, en: Mercurio Peruano, Lima, febrero de 1956, número 347, pp. 77 a 82.
78. PIZARRO, Pedro... *Loc. cit.*
79. TRUJILLO, Diego de... *Loc. cit.*  
ZARATE, Agustín de... *Op. cit.*, Lib. II, cap. III, p. 54.  
RUIZ DE ARCE, Juan... *Op. cit.*, p. 90.
80. PIZARRO, Pedro... *Op. cit.*, pp. 28 y 29.  
CIEZA DE LEON, Pedro... *Loc. cit.*
81. El bautizo de la isla tuvo también relación con la muerte de un soldado apellidado Santiago, el primer en fallecer de todos, el cual era hombre muy querido por sus compañeros a decir de Herrera.
82. TRUJILLO, Diego de... *Op. cit.*, p. 52.  
PIZARRO, Pedro... *Op. cit.*, pp. 29 y 30.  
CIEZA DE LEON, Pedro... *Op. cit.*, cap. XXXVI, pp. 82 a 84.
83. PIZARRO, Pedro... *Loc. cit.*  
CIEZA DE LEON, Pedro... *Loc. cit.*  
TRUJILLO, Diego de... *Loc. cit.*
84. La ciudad de Tumbes quedaba entonces en lugar distinto al que ocupa hoy algo río arriba pero visible desde el mar.  
El Tercer Viaje podría sintetizarse del siguiente modo: Según varios testimonios cotejados podría levantarse el siguiente itinerario hipotético del Tercer Viaje.  
Francisco Pizarro y sus hombres parten de Panamá el 29-1-1531 y, tras hacer escala en las Islas de las Perlas, arriban a la Bahía de San Mateo el 2-II-1531; el 17-II-1531, ya por tierra, salen con dirección austral, pasando por Atacames (0 grados, 50' de latitud Norte). Concebí y, por último, el delta del Cojimíes o Quiximíes (0 grados, 20' de latitud boreal). Siempre por tierra pasan a Coaque (0 grados, 05' de latitud septentrional), donde consta que están los expedicionarios desde el 19 de abril al 11 de setiembre, antes más que menos. La marcha se prosigue a Cabo Pasado (0 grados, 28' de latitud Sur), Caráquez, Tocagua y Charapoto (0 grados, 50' de latitud meridional); en octubre de 1531 están todos en la región de Puerto Viejo, de donde siguen a Picuaza y Narchán, acaso Manta (0 grados, 58'

## NOTAS AL CAPITULO

- de latitud austral); después a Olón u Odón (1 grado, 48' de latitud Sur), y finalmente a Santa Elena, punta de la que pasan a la isla de la Puná por Pascua de Navidad de 1531, la que abandonaron en abril del año siguiente para desembarcar en Tumbes. (Versión extractada de: ROMERO, Fernando... y Emilia ROMERO DE VALLE... *Probable Itinerario de los Tres Primeros Viajes Marítimos para la Conquista del Perú*, subretiro del número 16 de la Revista de América, México, 1943; y de BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Francisco Pizarro, el Marqués Gobernador*.— Madrid, Artes Gráficas Marisal, 1966.— Cap. V, pp. 52 a 66).
85. PIZARRO, Pedro... *Op. cit.*, p. 30.
  86. PORRAS BARRENECHEA, Raúl... *Crónicas perdidas, presuntas y olvidadas sobre la Conquista del Perú*.— Lima, Imprenta Lumen, 1951.— p. 47.
  87. *Loc. cit.*
  88. RUIZ DE ARCE, Juan... *Op. cit.*, p. 92.
  89. Se trata del templo incaico cuya ubicación en la actualidad se ha perdido y del que tanta alabanza hicieron los cronistas.
  90. RUIZ DE ARCE, Juan... *Loc. cit.*
  91. FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... *Op. cit.*, Parte III, Lib. I, cap. II, p. 19 del T. XX.
  92. *Ibidem*, Parte III, Lib. I, cap. II, p. 18 a 21 del T. XI.
  93. *Ibidem*, Parte III, Lib. VIII, cap. XVII, p. 110 del T. XII.
  94. *Ibidem*, Parte III, Lib. VIII, cap. XVII, p. 111 del T. XII.
  95. *Ibidem*, Parte III, Lib. VIII, cap. XVII, pp. 112 y 113 del T. XII.
  96. *Loc. cit.*
  97. *Ibidem*, Parte III, Lib. VIII, cap. XVII, p. 111 del T. XII.
  98. *Ibidem*, Parte III, Lib. VIII, cap. XVII, pp. 126 y 127 del T. XII.
  99. *Ibidem*, Parte III, Lib. VIII, cap. XVII, p. 127 del T. XII.
  100. *Loc. cit.*
  101. *Loc. cit.*
  102. *Loc. cit.*
  103. *Ibidem*, Parte III, Lib. VIII, cap. XVII, p. 102 del T. XII.
  104. *Loc. cit.*
  105. *Ibidem*, Parte III, Lib. VIII, cap. XVII, p. 125 del T. XII.
  106. *Ibidem*, Parte III, Lib. VIII, cap. XVII, p. 98 del T. XII.
  107. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *El Conde de Nieva, Virrey del Perú*.— Lima, Imprenta Lumen, 1964.— Cap. III, pp. 170 a 172.
  108. A lo largo del XVI es frecuente encontrar entre los tripulantes de nao a marineros griegos y corsos, sobresaliendo los primeros como artilleros y los segundos como hombres de comercio. Uno de estos últimos lo fue Juan Antonio Corso, que habiendo sido marinero y luego comerciante, murió dejando una hija Duquesa y un hijo convertido en Señor de las villas de Cantillana, Brenos y Villaverde (véase: ORDONEZ DE CEBALLOS, Pedro... *Viaje del Mundo*.— Buenos Aires, Imprenta de la Compañía General Fabril Financiera, 1947.— Lib. I, cap. XIII, pp. 56 y 57).
  109. Esta curiosa costumbre se conserva hasta hoy en los bajos fondos de los puertos de la isla.
  110. Todos los relatos del piloto Pedro Corzo sobre el Perú se refieren a la costa del Norte y nunca más abajo de Lima; por eso decimos que, al momento de sus confidencias con Fernández de Oviedo, no había rebasado el paralelo de Chincha, punto álgido de los pilotos unos meses después cuando las disensiones entre Pizarro y Almagro.
  111. FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... *Op. cit.*, parte, libro, capítulo y tomo cit., p. 99. Esta descripción de los yungas parece referirse al litoral limeño, pues los tallanes y chimúes, lejos de lucir su cabellera, la ocultaban bajo rebozos y tocados.
  112. *Ibidem*, p. 100. Se trata de las raposas que menciona Cieza de León en su *Crónica del Perú*, las cuales llegaban a introducirse en las tiendas de los viajeros, huyendo después con cinchas y correas entre sus dientes con miras a saciar su hambre.
  113. *Loc. cit.*

## HISTORIA MARITIMA DEL PERU

114. *Ibidem*, p. 102
115. *Ibidem*, p. 100. Oviedo dice que el piloto llamaba a esta fruta *coaba*, lo que sólo es un error de pronunciación, pues responde al apelativo yunga de *huaba*, nombre que se sigue dando al pacaé en la costa Norte del Perú. Sin duda Corzo oyó *goaba*.
116. *Loc. cit.* La lúcuma tiene, por lo general, un solo hueso pero tampoco es infrecuente que presente dos, como es el caso que menciona Pedro Corzo.
117. *Ibidem*, p. 101.
118. *Loc. cit.*
119. *Loc. cit.*
120. *Loc. cit.*
121. *Loc. cit.*
122. *Ibidem*, pp. 101 y 102.
123. *Ibidem*, p. 99.
124. La posición astronómica de la ciudad de Lima del piloto Pedro Corzo, aunque no es exacta, tiene el mérito de ser la primera efectuada sobre la capital del Perú. Se creía que la más antigua era la de los pilotos Hernando Galdín, Juan Rocha y Juan de Mafra, quienes midieron la latitud de Lima, en 1537, situándola en los 12.6; 12.18; y 12 grados, respectivamente. Los siguió en 1586 el corsario inglés Cavendish, quien situó la ciudad en los 11.50 grados de latitud. El primero en consignar la longitud de la capital peruana fue el sabio Pedro Peralta Barnuevo y Rocha Benavides, limeño que lo hizo en 1713.

*Capítulo VI*  
LA GUERRA  
DE ALMAGRO EL VIEJO

*EL SOLDADO MANCHEGO*

En la Mancha, en un paisaje sin agua ni árboles pero sí con molinos de viento, vino al mundo Diego de Almagro allá por 1480. Su cuna fue la villa de Almagro, de donde tomó el apellido, y sus padres se llamaron Juan de Montenegro —copero del Maestre de Calatrava— y una tal Elvira Gutiérrez, mujer de humilde condición<sup>1</sup>.

Pero el niño fue hijo de pecado y no de santo matrimonio, motivo por el que su madre lo crió secretamente en Aldea del Rey, lugarejo en la comarca de Almodóvar. Decir crió es falsear la historia, mejor sería, lo dio a criar. La encargada de hacer esto fue una mujer llamada Sancha López del Peral, quien lo tuvo consigo los tres primeros años. Pero estando ya con cuatro años encima, el niño fue hallado por su padre. De seguro que hubo escándalo y gritó mucho Sancha López, pero a la postre triunfaron los derechos de la sangre y el padre se llevó al niño para la villa de Almagro. En la pequeña villa manchega y al lado de su progenitor el pequeño Diego vivió los mejores años de su infancia<sup>2</sup>.

Mientras tanto, Elvira Gutiérrez se había logrado casar con un fulano Celinos y establecerse en Ciudad Real. En eso murió también Juan de Montenegro y su hijo, huérfano y pobre, fue dado a Hernán Gutiérrez, un tío materno que lo recogió de fea gana y lo trató muy mal. Era hombre duro y de irritable genio, lo que demuestra el hecho de haber puesto en una jaula a su

sobrino por ciertas travesuras que hizo. También dicen que con frecuencia le echaba cadenas a los pies... Harto de la austeridad y del rigorismo, el muchacho fugó a Ciudad Real en busca de su madre. Pero una vez que la hubo hallado sufrió la más cruel desilusión. Esta lo recibió a escondidas tratando de ocultarlo a su marido, y dándole un trozo de pan y algún dinero, le dijo: "*toma hijo y no me des más pasión e vete e ayúdete Dios a tu ventura*"<sup>3</sup>. El muchacho bajaría la cabeza y a paso lento abandonaría Ciudad Real. El documento sólo dice: "*e así se fue en no volvió más...*"<sup>4</sup>.

Por Malagón y Puerto Lápiche avanzaría el mozuelo, cruzaría el Valdespino y acabaría en Toledo. Como un Lázaro de Tormes aquí se echó a buscar amo. Tardó algo en su demanda, pero al final dio con la casa del licenciado Luis de Polanco —uno de los cuatro Alcaldes de Corte de los Reyes Católicos— y entró a servir como criado. Mas pronto "*como suele acaescer a los que con la mocedad se desconciertan*"<sup>5</sup>, se acuchilló con otro mancebo y las heridas fueron tales, que al heridor no quedó más recurso que fugar. Comiendo mal, durmiendo peor y gastando alpargatas, aportó a Sevilla eludiendo la persecución de la justicia. Aquí se encontró con los soldados que marchaban a las Indias en la más lucida armada que hasta entonces se había visto. Era la de Pedrarias Dávila, llamado *El Gran Justador*, quien pasaba a hacerse cargo de su gobernación de Castilla del Oro. Deseoso de poner agua entre él y sus perseguidores, el mozuelo se embarcó. Con él lo hicieron un arriero apellidado Belalcázar y un hidalgo de Jerez de Badajoz, llamado Hernando de Soto. En eso repicaron las campanas, se izaron las velas y los navíos empezaron a moverse. Las gentes del Arenal y de Triana los salieron a despedir. Les hacían señas con las manos, les deseaban feliz navegación. Los marineros, los soldados, todos contestaban... Todos menos aquellos a quienes nadie había acudido a despedir: el fugitivo manchego, el arriero andaluz y el hidalgo extremeño<sup>6</sup>.

Desembarcando en esas Indias que eran "*refugio y amparo de los desesperados de España*", Almagro empezó a ganarse el pan como soldado. Militó con distintos capitanes en expediciones de descubrimiento o castigo y cobró fama de excelente rodadero. Una crónica confirma que "*era muy buen soldado y tan gran peón que por los montes muy espesos seguía a un indio sólo por el rastro, que aunque le llevase una legua de ventaja lo tomaba*". Otra crónica, acaso más generosa, añadirá: "*pacificando e conquistando la tierra, militando como un pobre soldado e buen compañero... dióse tan buen recabdo, que allegó dinero y esclavos e indios que le sirviesen*"<sup>7</sup>. Es decir, nos dice la



La fundación española del Cusco, una capital  
postergada por su lejanía del mar. (Oleo  
de *Francisco González Gamarra*.  
Biblioteca Nacional del Perú.  
*Foto: Manuel Romero*).









Fundación Lima  
18 de Enero de 1535

DIRITUMAR

La fundación de Lima, una capital erigida por su  
cercanía al mar. (Oleo de *Francisco González*  
*Gamarra*. Biblioteca Nacional del Perú.  
*Foto: Manuel Romero*)



historia que triunfó, que llegó a soldado rico, *"el más rico que a la sazón había en el dicho reino de Tierra Firme"*<sup>9</sup>.

Así las cosas conoció a Francisco Pizarro, iniciando ambos una profunda amistad. Juntos asistieron a la fundación de Panamá en 1519 y Almagro *"en el repartimiento de los caciques e indios, como buen poblador ovo unos indios, los quales con otros de Francisco Pizarro, se metieron en compañía; e fueron ambos tan buenos compañeros e tan avenidos y en tanta amistad e conformidad, que con ninguna cosa de hacienda, ni indios, ni esclavos, ni minas en que sacaban oro con su gente, ni ganados avía entre ellos sino común e no más del uno que del otro, mucho mejor que entre hermanos"*<sup>10</sup>.

Pronto se juntó a ellos Hernando de Luque, clérigo de origen sevillano, el cual era amigo de Pedrarias y desempeñaba el cargo de maestrescuela de la iglesia mayor de Panamá luego de haberlo sido en Santa María de la Antigua. La compañía que formaron los tres socios fue tan próspera que contó pronto con un capital de catorce o quince mil pesos de oro. Entonces, otros dicen que algo antes, fue que Pizarro habló a sus dos amigos del país dorado. La noticia encandiló los ojos de Almagro y Luque. Este último (al que ya nombraban el Padre Loco en vez de Luque por haberse vinculado a los dos aventureros) se ofreció a mediar con el Gobernador... Lo que sigue ya lo conocemos. Pasemos, pues, por alto los dos primeros viajes descubridores del Perú y detengámonos en el tercero, para explicar por qué Almagro —descontando sus diferencias con Hernando, Gonzalo y Juan Pizarro— tuvo una figuración tangencial<sup>11</sup>.

A pesar de la última frase cierta en apariencia, por otros testimonios se descubre que la actuación de Diego de Almagro en el Tercer Viaje fue tan definitiva como incolora. Las crónicas están de acuerdo en que sin él no se hubiera podido llevar a cabo la expedición, pero al mismo tiempo dejan entender que por reclutar gente y buscar fondos no asistió a lo mejor. Por otra parte, ya lo hemos insinuado, parecía rehuir a Hernando Pizarro; vivir obsedido en no toparse con él. No era miedo, pero tampoco desprecio. Era odio, sabía por qué. De este modo Almagro casi no figura en la tercera armada y si lo hace es en forma secundaria, subordinada y oscura. Proporcionaba hombres y dinero desde Panamá. Esa era su única participación. Bastante, pero, al mismo tiempo, poco<sup>12</sup>.

Hay otra razón muy poderosa para justificar su permanencia en la penumbra. Almagro estaba enfermo de una dolencia vergonzante: tenía mal de bubas. Recostado en su casa de Panamá pasaba el tiempo acompañado por sus dos hijos mestizos. Diego, tenido en la india panameña Ana, e Isabel, habida en



otra india llamada Mencía. Pizarro y Belalcázar eran los padrinos de esta hija. El hijo tenía ya diez años de edad<sup>13</sup>.

Convertido en hidalgo y en Alcaide de Tumbes, Almagro gozaba de 300.000 maravedís anuales. Por este tiempo, enfermo como estaba, desconocía que el Emperador lo había hecho Contador de Tierrafirme y Mariscal, también poseedor de un vistoso escudo de armas... A pesar de la antipatía que le profesaban los soldados, contaba con la amistad de muchos. Tenía fama de haber sido muy valiente. Siempre hablaba de las cosas del Perú. No obstante estar enfermo se dio tan buena maña en trabajar, que pronto juntó ciento cincuentitres españoles y embarcándose con ellos en tres naves que poseía los pasó al Perú. Una nave era el *Santiago*, otra el *San Pedro*, la primera de ciento cincuenta toneladas y la segunda de menos de cincuenta. La nao capitana tenía trescientos toneles y era la más grande que se había hecho en el Mar del Sur. En la costa ecuatorial toparon al barco del capitán Francisco de Godoy, quien con su gente venía de Nicaragua para juntarse a Pizarro. En un principio Godoy se negó a plegarse a Almagro, pero por consejo de Rodrigo Ordóñez que viajaba en su compañía, terminó por aceptarlo. Arreglado todo de este modo, los expedicionarios se dedicaron a buscar al Gobernador Pizarro<sup>14</sup>.

Mas después de recorrer la costa, todos se entristecieron mucho porque no hallaron el menor indicio de él. Se le creyó muerto a manos de indios y por eso buscaban un sobreviviente que les contase el final de aquella historia. Almagro, por lo pronto, decidió tomar tierra y enviar un navío costa abajo. El navío partió al Sur y tuvo oportunidad de hablar con los tallanes, indios que informaron estar los españoles tierra adentro, en un valle nombrado Tangarará. La noticia resultó cierta porque en breve llegaron cinco hombres de a caballo, informando ser de San Miguel, la ciudad fundada por Pizarro, y traer albricias del Gobernador. Los marineros se apresuraron a informarse de ellos, resultando de sus averiguaciones que el Gobernador había subido a la sierra y preso allí a un gran monarca llamado el Atabálipa. Sin pérdida de tiempo los del navío decidieron informar a Almagro. Este a la sazón estaba con su gente dividida, pues unos querían poblar en Puerto Viejo y otros volver a Panamá. Almagro se inclinó por lo primero, pues tenía ya en su pensamiento el apartarse de la ruta de Pizarro y marchar tierra adentro a procurarse una gobernación. Mas la noticia de los marineros le hizo ver una verdad que sospechaba: Pizarro estaba vivo y tenía que juntarse a él<sup>15</sup>.

Preguntando sobre el Atabálipa y su riquísimo reino, Almagro y sus soldados marcharon a San Miguel. En el fondo seguía abrigando su proyecto de buscarse gobernación pero había de-

sechado la idea de que fuera en Quito. Ahora pensaba que mejor sería apreciar la realidad del vasto Imperio del Inca y luego, ya con más elementos de juicio, buscar la rica tierra de la cual sería Señor Gobernador, título altisonante y grave que era la aspiración de su vida. Pero Almagro no sabía pensar en silencio y pronto, en Tierrafirme, los licenciados de la Gama y Espinosa descubrieron su intención. Menos difícil fue para el secretario de Almagro, un Rodrigo Pérez con sangre de Judas, enterarse del secreto de su amo y cometer la bajeza de comunicárselo a Pizarro. Advirtió al Gobernador, entre otras cosas, que "*Almagro no llevaba buen propósito*"<sup>16</sup>, también "*que pensaba ocupar lo mejor de la Tierra*"<sup>17</sup>.

Así las cosas llegaron a San Miguel, saliéndolos a recibir Pero Sancho de la Hoz y Diego de Agüero, amigos y emisarios del Gobernador, quienes presentaron a Almagro los saludos de Pizarro. Almagro se abrazó con ellos y preguntó por su socio. Pero algo debió de maliciar en la conversación, porque luego entendió la traición de Rodrigo Pérez y preguntando a otros vecinos de San Miguel, la comprobó plenamente. Entonces lo hizo tomar preso, le abrió proceso y lo colgó. Columpiándose todavía en la horca el cuerpo del secretario, Almagro ordenó a sus hombres que se aprestasen para continuar la marcha<sup>18</sup>.

En efecto siguiendo el camino que llevó Pizarro para apresar al Inca, Almagro entró a Cajamarca el 12 de abril de 1533, Sábado de Gloria. Francisco Pizarro, sin mostrarle rencor ni desconfianza, lo abrazó amistosamente. A continuación pasaron ambos a visitar a Atahualpa, lo que aprovechó Pizarro para contar a su socio lo de las habitaciones llenas de oro y plata. Puestos delante del Inca y presentado Almagro como un amigo del Gobernador, el indio se mostró cortés y altivo, pero salido el visitante, se entristeció. ¡Cada vez eran más los españoles en su Imperio!<sup>19</sup>.

Almagro a su vez, notó la poca gracia que le había hecho al Inca y no trató de granjearse su amistad. Por el contrario, convencido de que no tendría parte en la plata y el oro del rescate, comenzó a abogar por la muerte del monarca prisionero. Bien sabía que el rescate era sólo para aquellos que lo habían merecido; los que habían llegado tarde no tenían derecho a él. Matando a Atahualpa todos los soldados quedarían en igualdad de condiciones y, a partir de entonces, lo que se ganase tendría que dividirse por igual. Ese era el interés de Almagro en desaparecer al Inca. Coincidió con su propósito la voz de los Oficiales Reales, especialmente la del Tesorero Riquelme. Pero lo que más lo ayudó a conseguirlo fue la falsa noticia propalada por los indios huascaristas de que Atahualpa preparaba ejércitos para aniquilar a los cristianos. Felipillo, el tallán intér-

prete, lo repetía sin cesar. Sólo Francisco Pizarro se oponía a la muerte del Inca y con él algunos pocos como Hernando de Soto y Pedro Cataño<sup>20</sup>.

Pero un buen día, el Gobernador decidió interrumpir el rescate y enviarle al Rey la parte que le correspondía con su hermano Hernando Pizarro. Este había estado groserísimo con Almagro, tanto que no lo había saludado cuando retornó de Pachacámac. Pero pasando por alto estas injusticias el manchego lo quiso aprovechar para que le gestionase una gobernación ante el monarca. Hernando —a quien el Gobernador don Francisco había advertido que dejase de tratar mal a su socio— aceptó en principio y Almagro, en el colmo de la alegría, le ofreció más de veinte mil ducados si le tramitaba con éxito la petición. Mas luego partió Hernando a San Miguel para de allí seguir a España y muchos cercioraron a Almagro de que había cometido un error, pues Hernando lo veía mal y nunca le conseguiría la gobernación. Entonces Almagro creyó desesperarse y extendiendo un nuevo poder a Cristóbal de Mena y Juan de Salcedo, capitanes despechados que volvían a Castilla, los comisionó para que secretamente le gestionasen la gobernación en caso de actuar dolosamente Hernando<sup>21</sup>.

Luego de esto fue que se ajustició al Inca la noche del 26 de julio de 1533. La muerte del Inca fue en sábado, como apunta Pero Sancho que ofició de testigo en ella y no el 16 de julio, que cayó miércoles. Es imposible que ocurriera el 29 de agosto, como otros han creído, porque para esa fecha los conquistadores estaban entre Totopampa y Corongo, como lo prueba el mismo Sancho y los documentos de los escribanos de la hueste. Las razones de esta muerte aún son poco conocidas, pero, sin lugar a dudas, la mayor de ellas fue la insistencia de Almagro. En efecto, Pedro Cataño consiguió de Pizarro que se respetara la vida del monarca prisionero. El Gobernador no puso a ello inconveniente, siempre y cuando no peligrase la vida de ningún español, pero estando formalizando la promesa en una cera se llevó ante él a un indio nicaragua que traía la noticia de que avanzaba contra Cajamarca un gran ejército del Inca. Entonces Pizarro titubeó sobre si había llegado o no el momento de levantar la promesa, mas Almagro, siempre deseoso de acabar con Atahualpa, le dijo que procediese enérgicamente, pues por su amistad con Cataño no iban a perder la vida todos los españoles de Cajamarca. Entonces fue que se abrió el juicio sumario y al día siguiente se ajustició al Inca. Felipillo, el tallán enamorado, fue el intérprete del proceso<sup>22</sup>.

Muerto el Inca y repartido su fabuloso botín, Pizarro ordenó marchar al Cusco. Almagro se hizo cargo de la vanguardia. El avance se hizo sin tropiezos mayores hasta el rico valle de Jau-



## LA GUERRA DE ALMAGRO EL VIEJO

ja donde sí hubo un encuentro con los quiteños del difunto Inca. En Jauja dejó Pizarro una guarnición a cargo del Tesorero Riquelme, y Hernando de Soto se adelantó con un escuadrón de caballos. Soto derrotó en Vilca a las huestes quiteñas y entusiasmado por la victoria decidió entrar solo al Cusco. Pero en Vilcaconga fue rodeado por los enemigos de tal forma que le fue imposible huir. Después de perder cinco soldados y de haberse resignado a la muerte, Soto y sus compañeros cercados fueron salvados por Almagro, el que acudió en su socorro con españoles, negros, indios huancas y caballos. Los quiteños se retiraron entonces hacia el Cusco y Pizarro con sus soldados los siguieron. Pero poco animados a defender la capital ajena, los quiteños cedieron en la lucha y huyeron a su tierra. Esto lo aprovecharon los quechuas huascaristas para salir a agradecer a los barbudos el haber arrojado a los de Quito y, de paso, entregarles la capital. De este modo, tomados por embajadores del dios barbado Huiracocha, los españoles pudieron entrar al Cusco sin resistencia el 15 de noviembre de 1533<sup>23</sup>.

## LA ARMADA DE PEDRO DE ALVARADO

La ciudad sagrada de los Incas era tan hermosa, que nunca los españoles habían visto en Indias otra igual. No en vano los quechuas la reconocían centro de las Cuatro Partes del Mundo. Pero Pizarro no quiso perder tiempo en admirarla demasiado y el 23 de marzo de 1534 fundó sobre sus muros la ciudad española del Cusco. El Gobernador efectuó esta fundación apresurado por las noticias alarmantes que Gabriel de Rojas, un viejo amigo suyo, trajo desde Nicaragua en el último navío. Eran tocantes al Adelantado Pedro de Alvarado, Gobernador de Guatemala y antiguo compañero de Cortés, quien estaba fletando una armada de seis navíos y cinco carabelas —once naos en total— para venir con tropas al Perú y adueñarse de lo ganado por Pizarro. La noticia indignó a los peruleros, quienes juraron oponerse al invasor con sus armas y sus vidas; mas el Gobernador Pizarro —que por ser hombre viejo conocía la forma de frenar a los intrusos— se apresuró a fundar el Cusco, evitando de este modo que Alvarado hallase la tierra sin fundaciones españolas y se pudiese aferrar a este pretexto. Por eso envió a Almagro a visitar la costa y a tomar posesión de ella en nombre del Rey. Alvarado tenía que encontrar el litoral hallado por los conquistadores peruleros, porque de no ser así alegraría que la costa no había sido conquistada, que carecía de dueño, y sentirse con derecho para establecerse en ella<sup>24</sup>.

No está demás que sepamos la verdad sobre los antecedentes de la armada de Alvarado. Tenía éste autorización de la Corona para descubrir y conquistar ciertas islas de la Especería (según Real Cédula del 5 de agosto de 1532), pero entrado el año 34 decidió marchar no a las referidas islas del Pacífico occidental, sino a tierras del Estrecho de Magallanes. Ordenado su propósito, zarpó del puerto nicaragüense de la Posesión el 23 de enero de ese año; mas variando otra vez de opinión —a instancias del piloto Juan Fernández— desembarcó en el litoral de Puerto Viejo, más precisamente en la Bahía de Caraquez, el 10 de febrero del mismo año 34. Con sus hombres comenzó entonces la devastación y penetración de aquella tierra, atravesando primero selvas tropicales, después serranías nevadas. Así entró a la región de Quito, dándose con la ingrata sorpresa de que ya lo esperaba Diego de Almagro, quien unido a Belalcázar estaba al frente de un ejército hecho en base a los hombres de San Miguel<sup>25</sup>.

Evitando una cruel batalla dicen que Almagro logró, por medio de parlamentarios, que Alvarado se detuviese. Los dos ejércitos acamparon frente a frente y sus jefes salieron a conferenciar. Sucedió que mientras Alvarado y Almagro conversaban, Felipillo de Tumbes —el intérprete perverso del proceso de Atahualpa—, dejando el campamento de los peruleros, se fue a los de Guatemala, induciéndolos a que atacasen a los soldados de Almagro. Mas el plan del tallán iba mucho más allá: tenía concertado con los indios quiteños que, en el momento que Almagro y Alvarado se trabasen en combate, ellos cayeran sobre los españoles y acabasen con todos. El plan de Felipillo fracasó, porque a los de Guatemala y a los del propio Alvarado repugnó la idea de luchar entre cristianos y por lo que sucedió más adelante<sup>26</sup>.

Mientras tanto, Almagro, conforme conversaba con el Gobernador de Guatemala, iba sacando sus conclusiones. Alvarado abrigaba el deseo de apoderarse del Cusco y —so color de que los límites de la gobernación de Pizarro no estaban muy claros— quería entender que la ciudad sagrada de los Incas no pertenecía a este último caudillo, sino que estaba esperando por dueño al primer osado que se presentase. Almagro sabía perfectamente que Alvarado estaba en un error; con todo, y en un gesto que denotó poca lealtad hacia Pizarro, propuso a Alvarado formar una compañía para conquistar las provincias situadas al Sur del Cusco, sin debatirse en principio el porvenir de esta ciudad. Mas luego de tres días de conversaciones dedujo Almagro que Alvarado no tenía sus títulos muy limpios —por lo menos no tanto como pretendía su ambición y renunciando a comprometerse con él, pasó a sostener la causa de Pizarro,



El Adelantado Pedro de Alvarado, según las  
*Décadas de Herrera.*

como desde un principio debería haber sido su obligación. Algunos lo disculpan aduciendo que todo este comportamiento no estuvo encaminado a la traición sino al evidente propósito de ganar tiempo mientras sus soldados lograban atraer para su causa a los hombres de Alvarado. Aunque esta tesis tiene a su favor la real deserción masiva de los de Guatemala, que dejó a su caudillo en actitud de no poderse defender, nadie plantea lo que hubiera sucedido de tener Alvarado sus títulos en orden<sup>27</sup>.

Finalmente Alvarado, al comprender que estaba solo, recurrió a la transacción. Almagro aplaudió la idea y en San Miguel de Tangarará prometió comprarle hombres, caballos y navíos en cien mil castellanos de oro. Alvarado se encogió de hombros y aceptó. Entonces Almagro decidió regresar donde Francisco Pizarro y hacerse acompañar por Alvarado. Ambos salieron de San Miguel y se dirigieron a Pachacamac, el santuario indio de la costa, donde estaba el Gobernador. Almagro iba feliz. Había sido el inteligente gestador de un negocio, el comprador de once barcos y trescientos cuarenta soldados, el hombre que había evitado una guerra que hubiera cambiado los límites del Perú. Por eso, cuando el día de Año Nuevo de 1535 se presentó con su acompañante en el pueblo yunga de Pachacamac, mereció que Francisco Pizarro saliera a recibirlo y lo saludara con un abrazo de gratitud<sup>28</sup>.

Ese mismo día se efectuó la entrega de los cien mil pesos castellanos en el puerto de Pachacamac, otorgándolos Pizarro y Almagro por una parte y firmando el recibo el Adelantado Pedro de Alvarado, a quien siguieron en la firma Francisco Calderón, Luis de Moscoso, Juan de Alvarado, y Bernardino de Valderrama, quien actuó como escribano. Según lo deja ver el documento, Luis de Moscoso de Alvarado —el futuro sucesor del Adelantado Hernando de Soto en el descubrimiento de la Florida— fue el testigo principal. De este modo se vendió la primera gran armada que navegó nuestras costas, motivo por el que cuatro días después —el 5 de enero de 1535— Diego de Almagro tomó la posesión del galeón *San Cristóbal*, nave capitana del Adelantado. El testimonio merece conocerse íntegro. Dice así: *"En el puerto de Lima que es en estos reinos de la Nueva Castilla, a cinco días del mes de enero año del nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de mil y quinientos y treinta y cinco años, estando en el galeón nombrado San Cristóbal que está surto en el dicho puerto, el magnifico señor don Diego de Almagro, Mariscal de estos dichos reinos, y en presencia de nos Domingo de la Presa y Bernardino de Valderrama, escribanos de Su Majestad, y de los testigos de suso escriptos, el dicho señor Mariscal dijo: que por quanto él habia comprado el dicho galeón del Adelantado don Pedro de Alvarado así como los demás navíos que*

*tenia en la Mar del Sur y que había hecho como suyos en las escrituras que sobre ello ha pasado y como tal suyo y del muy magnífico señor Gobernador don Francisco Pizarro, él quería tomar y tomaba posesión del dicho galeón y en señal de ello se paseaba por él y ponía y puso las manos en las jarcias y aparejos de dicha nave y de proa a popa diciendo que se posesionaba y posesionó del dicho galeón y de su banca [barcal?], aparejos y munición con todo lo a él anexo y perteneciente, sin contradicción de persona alguna, y que si la había desde que allí estaban muchos caballeros y personas de bien, que dijese si había algún impedimento por el cual él no pudiese hacer lo que decía, los cuales dijeron que no, pues era suyo y como tal podía usar de la posesión y propiedad, ante lo cual el señor Mariscal dijo: que pedia y pidió a nos los dichos escribanos le diésemos testimonio firmado con nuestro signo para guarda de su derecho, a lo cual fueron presentes como testigos Francisco de Godoy y Francisco Calderón y Alonso Martín de Don Benito y Juan Fernández y otras muchas personas que allí estaban presentes, después de lo susodicho, y luego in continenti el dicho señor Mariscal dijo que usando de la posesión, propiedad y señorío de dicho galeón hacía e hizo Maestre y Capitán de él al dicho Juan Fernández, para que en nombre del dicho señor Gobernador y en su nombre lo pudiese regir y gobernar, traer y mandar y hacer todo lo que buen y leal capitán y maestre debe hacer y viere que les conviene a ellos y al bien del dicho navio y haga todo lo demás que otras instrucciones y mandamientos suyos y del dicho Gobernador le fuere mandado, [y] el dicho Juan Fernández dijo que él tomaba de dicho señor Gobernador y del dicho señor Mariscal el galeón en forma y manera que se lo daban y prometía regirlo y gobernarlo como convenga y de acudir con el dicho galeón y con lo que de él hubiese al dicho señor Gobernador y al dicho señor Mariscal o a quien Su Señoría y merced mandase y no a otra persona, so pena de caer e incurrir en las penas en que caen e incurren los que así no lo hacen, de todo lo cual el dicho señor Mariscal tornó a pedir testimonio''<sup>29</sup>.*

Luego de esto nadie volvió a hablar del Adelantado Pedro de Alvarado, el rubio Gobernador de Guatemala que había querido apoderarse del Perú.

Pero pasadas las fiestas y los regocijos, Almagro se dedicó a pensar. Hacía tiempo que acariciaba el proyecto de tener gobernación propia, pero sólo con la visita de Pedro de Alvarado la posible ubicación de ésta la logró cristalizar. La tal gobernación podía estar al Sur del Cusco, más allá del Collasuyo y el sagrado Titicaca, en una región antártica e incógnita.

La región ambicionada por Almagro tenía bastante de seductora. Conquistada por el gran Túpac Yupanqui —Inca que llegó al “*fin de la tierra*”— y avistada por Magallanes, Jofré de Loaiza y Alcazaba, Chile seguía siendo para los españoles una región tentadora y desconocida. Se contaba que tenía grandes ríos que corrían de día y se helaban de noche, también de dos reyes poderosos que se pasaban la vida luchando, así mismo de una isla misteriosa llena de ídolos y de sacerdotes... Nadie pensó en los deshielos del verano y en la larga noche austral que congelaba las corrientes de agua; tampoco se informaron de Tangalongo y Michimalongo, los díscolos caudillos aborígenes; menos aún de la exótica Isla de Pascua, sembrada de gigantes de piedra y con un templo, al parecer inspirado en la arquitectura serrana del Perú... Los españoles de ese tiempo veían la región austral con otros ojos y el propio Almagro, uno de los más informados sobre ella, buscaba allí nada menos que otro Cusco. Esto, en síntesis, era lo que representaba Chile en esa época<sup>30</sup>.

Pronto se presentó la solución. Estando Francisco Pizarro y Diego de Almagro en Pachacamac, por cierto acuerdo que tuvieron el 14 de enero de 1535, el primero nombró al segundo su Teniente de Gobernador en la ciudad del Cusco. Como si esto fuera poco, el Gobernador don Francisco lo facultó para organizar y dirigir una expedición al Sur. Almagro no dudó un momento en aceptar el nombramiento y la merced y partió a la Ciudad Imperial con gran séquito de amigos; pero estando por entrar en ella lo alcanzó Diego de Agüero pidiendo albricias por la nueva que traía: el Rey lo había hecho Gobernador de Nueva Toledo y, además, Adelantado con derecho a conquistar doscientas leguas al Sur de Nueva Castilla. La merced tenía fecha de 21 de mayo de 1534. Pero inmediatamente después de Diego de Agüero, también a revientacaballo, llegó Melchor Verdugo a la ciudad con mensajes secretos para Juan y Gonzalo Pizarro que allí estaban<sup>31</sup>.

Estos, que por la mañana habían acudido a dar la enhorabuena al Adelantado, se retrajeron entonces a sus casas y se negaron a recibir a Almagro por Teniente de Gobernador de su hermano y menos por Gobernador independiente en el caso de alegar que el Cusco le pertenecía. Hernando de Soto se apercibió a casa de los retraídos y les pidió que cesasen de promover los alborotos pues estaban perturbando el orden. Pero Juan y Gonzalo lo apostrofaron feamente llamándolo de traidor y de bellaco. Así las cosas, los Pizarros permanecieron encastillados durante tres meses. Mientras tanto los compañeros de Almagro, mayormente los soldados que habían sido de Pedro de Alvarado, lo instaron a tomar posesión de la ciudad. Habían oído decir a Pedro de Alvarado muchas veces “*que su gobernación era*

*desde Chíncha en adelante, que entraba en ella el Cusco...''<sup>32</sup>. Almagro debería seguir el mismo pensamiento. "Y fue cargado [Almagro] de la gente que el adelantado Alvarado había dejado, y [como] se hallasen pobre entre los ricos vecinos del Cusco y [eran] amigos de bullicios, aconsejaron al Mariscal [Almagro] se alzase con el Cusco porque les parecía que la ciudad entraba en su gobernación''<sup>33</sup>.*

Almagro no tuvo la suficiente fuerza de voluntad como para explicar que el Cusco no le pertenecía y acató la opinión de sus soldados en forma incondicional. Los Pizarros se pusieron como leones y encastillados como estaban pedían guerra jurando morir en su demanda. Los almagristas les disparaban saetas y los trataban de irritar. Pero estando por romper los unos con los otros se aquietaron los ánimos en forma misteriosa. Era que el Gobernador Francisco Pizarro estaba por llegar a la ciudad<sup>34</sup>.

Francisco Pizarro entró al Cusco en medio del regocijo de todos los conquistadores. Tenía fama de justo y sabía gobernar. Además, era el lugarteniente del Rey en el Perú. Almagro salió a su encuentro. Los dos socios se abrazaron con el aprecio de siempre. Luego pasaron a conversar. Al día siguiente, que se contó 12 de junio de 1535, los dos Gobernadores asistieron a una misa que dijo el clérigo Bartolomé de Segovia. A la altura del *Pater Noster*, juraron ser fieles a su nuevo pacto; llegada la Comunión, comulgaron ambos de la misma Hostia... Poco después, Almagro partía al descubrimiento de Chile<sup>35</sup>.

### EL ORO DEL PERU

Mientras Almagro marchaba al descubrimiento de Chile, será oportuno recordar lo que había sucedido con Hernando Pizarro ido con el quinto real. Zarpado con el tesoro desde el puerto de la ciudad de San Miguel, viajó a Panamá en el navío del asturiano Juan Cabezas, aunque otros dicen que en el de Pedro Corzo. Lo cierto fue que arribó a Panamá acompañado por algunos conquistadores peruleros, entre ellos Diego de Molina, mancebo de Baeza quien lo ayudó a custodiar el dorado cargamento durante todo el tiempo que estuvo en Tierrafirme. En Panamá Hernando deslumbró a todos mostrándoles "*muy mayores tinajas de oro e piezas de mucha admiración*"<sup>36</sup>, un trozo de oro que valía 2,500 pesos, otro de más de 1,000, y varios de 500, todos procedentes de minas del Perú. Además de ídolos, cántaros y coronas de metal precioso, Hernando mostró atabales y trompetas del mismo material, tejidos primorosos y artísticos mantos de plumas. Calmada en parte la curiosidad de las gentes, Hernando decidió trasladar el quinto al Nombre de Dios, pasando

el oro y plata del Mar del Sur al Mar del Norte en las recuas del entristecido Pascual de Andagoya. Este capitán, restablecido ya de su dolencia, no hacía sino lamentarse de su mala estrella y decir a voces que él era el verdadero descubridor del Perú. Así las cosas Hernando, Molina y el tesoro se embarcaron en el puerto del Nombre de Dios y pasaron a la Española, desde cuyo fondeadero de la Yaguana —el 23 de noviembre de 1533— escribió Hernando una larga relación de sus andanzas peruleras a los Oidores de la Real Audiencia de Santo Domingo<sup>37</sup>.

Partido Hernando a España, quedó en Santo Domingo Diego de Molina con su parte del botín, ocasión en que fue entrevistado por el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo en diciembre del mentado año 33. En la visita que hizo Oviedo al soldado éste le mostró, entre otros objetos y mantos, *“dos cántaros o tinajuelas de oro de quatro palmos de alto, é de cada diez ó más de redondo con sus coberteras ó tapaderos assimesmo de oro. Cabían á seys arrobas de agua, é pessaban a más de tres mill e quinientos pessos de oro cada una. Venían señaladas con unas rayas hechas con un cuchillo ó puñal, la una por de doce quilates é la otra por de trece, é las coberteras de catorce; pero notablemente se parecia que era mucho mejor oro quel quilate decía. Llevaba muchos copones de oro, unos más finos que otros, é una olla, que podría caber una arroba de agua, de muy buena plata e muy bien labrada, é otras cosas muchas de ver de oro é plata; e muy hermosas camisetas e mantas muy finas de lana é de algodón de la ropa que en aquellas partes se usa, labrada con mucha sotleça e primor”*<sup>38</sup>. Si esa era la parte de un simple jinete de Cajamarca, había que imaginarse la de un capitán principal en la captura del Inca.

Mientras tanto el oro despachado desde el Perú avistaba el Viejo Mundo y se preparaba a revolucionar la economía europea. El 5 de diciembre de 1533 fondeó en Sevilla la primera nave conduciendo al quejoso capitán Cristóbal de Mena. Se decía que traía escrita una *Relación de la Conquista del Perú* en la que acusaba al Gobernador Pizarro de no haberle pagado como merecían sus servicios, pero no decían lo mismo sus 8,000 pesos de buen oro y 950 marcos de plata que había cobrado en Cajamarca. A su lado, poseído ya por la fiebre de las expediciones, el clérigo Juan de Sosa se aferraba a sus talegos que guardaban 6,000 pesos y 80 marcos mientras contrataba la manera de bajarlos al Arenal. Luego se supo que también venían en la dicha nave, reposando su zozobra en las bodegas, 38,946 pesos de metal dorado que traían otros soldados del Perú, también salidos al tiempo que Hernando Pizarro. Los veteranos de Flandes que con sus cuerpos llenos de cicatrices pedían limosna en la puer-



ta de las iglesias, no debieron disimular una mirada de envidia ante el golpe de fortuna de sus indianos compañeros<sup>39</sup>.

El 9 de enero del año siguiente, remontando pesadamente el Guadalquivir, entró la segunda nave llamada *Santa María del Campo*. Allí venía Hernando Pizarro —el hermano del Gobernador de la Nueva Castilla— trayéndole al Emperador 153,000 pesos de buen oro y 5,048 marcos de excelente plata. Otros soldados que con él viajaban, desembarcaron 310,000 pesos y 13,500 marcos, todo en pedazos de oro y plata cuando no en barras y planchas. Además de esto la *Santa María del Campo* trajo para el Emperador treintiocho tinajas de oro y cuarentiocho de plata, descollando entre el riquísimo conjunto un águila argentífera en cuyo cuerpo cabían dos cántaros de agua y un par de ollas enormes, una de oro y la otra de plata, en cada una de las cuales cabía una vaca despedazada. Al margen de todo esto, los soldados que habían apresado al Inca se dieron el lujo de traer cuatro cántaros de oro y veinticuatro de plata<sup>40</sup>.

El tesoro fue descargado en el muelle aledaño a la Torre del Oro y llevado a la Casa de la Contratación. Las vasijas y cántaros se llevaron en brazos para que los admirara el pueblo, las barras y planchas en veintisiete cajones grandes puestos sobre carretas que tiraban flemáticos bueyes andaluces. Un par de bueyes cumplía en llevar dos cajones por carretada. El populacho, ruidoso de por sí en tales circunstancias, callaba misteriosamente al paso de cada carretón. Hernando Pizarro, altivo como siempre, daba órdenes en voz alta a los que conducían el oro aduciendo poca rapidez en su acarreo<sup>41</sup>.

Sevilla quedó maravillada. Los marineros recién llegados decían que otros navíos llenos de oro no tardarían en arribar. Febrero y marzo, abril y mayo los sevillanos esperaron vanamente. Por fin, el 3 de junio, a falta de un navío entraron dos. Traían 146,518 pesos dorados y 30,511 marcos plateados, todo parte del botín de los peruleros. Por último ancló la nave del maestre Francisco Rodríguez, en la que venía el secretario del Gobernador Pizarro, Francisco López de Jerez, sevillano de nacimiento e hijo de Pero Sánchez de Jerez. El secretario presumía de letrado y traía escrita la *Verdadera Relación de la Conquista del Perú y Provincia del Cuzco llamada Nueva Castilla: conquistada por el magnífico y esforçado caballero Francisco Piçarro...* Los sevillanos debieron aplaudir a su paisano que traía la veraz relación de lo acaecido en el Perú y Francisco López caminó esos días por su collación con aires de importante<sup>42</sup>.

Y mientras los banqueros genoveses escribían a la Señoría de Génova sobre el oro ganado por *Francisco Pizarro, el gran capitano*, por otros banqueros italianos se enteraba el Rey de Francia de las *Nouvelles certaines des isles du Perú*, ganadas todas

por el *capitán Pizarro*. A su vez el Rey de Inglaterra, Enrique el Octavo, se mesaría las barbas con ira, maldiciendo a ese *Francis Pizarro* que había adquirido para España *the Inca land*.

Al tiempo que los monarcas de Europa palidecían de envidia, Hernando Pizarro —el capitán perulero que se había permitido el lujo de remontar el Guadalquivir con sus naves lastradas de oro— era recibido por Carlos V, Emperador de Occidente. La entrevista le alcanzó muchas mercedes para él y para su hermano el Gobernador don Francisco, retirándose al cabo de la Corte con un hábito de Comendador de la Orden de Santiago y muchas promesas de su parte para seguir trayendo oro del Perú. Dicen que por esos días, recordando los poderes conferidos por Almagro para que le alcanzase gobernación, hizo lo indecible para que nadie hablara del asunto, pero que a la postre alguien movió el tema —sin duda el capitán Cristóbal de Mena, el otro comisionado— y entonces Hernando —para que la gestión no progresase— hizo que la mujer de un Rodrigo Pérez, hombre ahorcado por Almagro en la Taboga, resucitase un pleito y recordase a todos la mala acción del pretensor. Mas Mena logró que la hembra se apartara del litigio y renunciara a seguirlo ventilando, con lo que Hernando se vio imposibilitado de continuar su indirecta oposición, prosiguiendo todo por la vía regular y otorgándose a Almagro la gobernación de Nueva Toledo —como atrás dijimos— ubicada a doscientas setenta leguas al Sur de Nueva Castilla. Hernando recogió la merced y guardóla consigo para llevarla a Almagro al Perú, pero Mena también recabó el privilegio y se dio más maña en que llegara temprano a manos de su poderdante. De este modo Almagro pudo saberse Gobernador de Nueva Toledo antes de salir al descubrimiento de Chile<sup>43</sup>.

### EL DESCUBRIMIENTO DE LAS ISLAS GALAPAGOS

No obstante entregar la merced de la gobernación de Nueva Toledo por duplicado, a Hernando Pizarro y a Cristóbal de Mena, la Corona vio con marcada desconfianza la interpretación que del nombramiento harían Francisco Pizarro y el beneficiado Almagro. Hernando y Mena eran adversarios, ellos mejor que nadie, habían mostrado la existencia de los dos bandos que en el futuro amenazaban con desangrar el Perú. Por esta razón, el Consejo de Indias, actuando en nombre del Emperador, comisionó al Obispo de Tierrafirme, el dominico fray Tomás de Berlanga, para que abandonara temporalmente su silla y acudiera al Perú a clarificar los pensamientos de los dos Gobernadores. Iría como intérprete del documento, acaso como Juez,

pero a su interpretación y fallo tendrían que ceñirse las partes so pena de perder ambas su poder. El Obispo se dio por notificado y aceptó la espinosa comisión<sup>44</sup>.

Decidido a ponerla en práctica, el mitrado zarpó del puerto de Panamá el 23 de febrero de 1535. A su partida siguió una semana de buen viento, lo que hizo pensar al piloto de la nave que pronto arribaría a la Bahía de San Mateo. Pero al cabo de siete días de mar óptimo, una calma inusitada dejó al barco a merced de las corrientes y sin viento, dándose los viajeros con la triste novedad de que eran arrastrados al Oeste. Asustados por saber que se perdían mar adentro todo lo que hicieron resultó inútil para regresar. Siempre a la deriva, impotentes ante las riadas marinas, no les quedó otro remedio que resignarse al final. Sin embargo, el 7 de marzo, día de San Teófilo, se dejó ver una isla en el horizonte. Todos se alegraron sobremanera porque la falta de agua era ya angustiante: sólo había provisión para dos días. Aquella isla era la solución. Había de irse a ella para llenar las pipas vacías y coger hierba para los caballos<sup>45</sup>.

Con este propósito, en el batel, se allegaron unos marineros a la playa, descubriéndola rocosa, plumiza, y llena de lobos marinos. En la parte baja, tortugas gigantescas —“galápagos tan grandes, que llevaba cada uno un ombre encima”<sup>46</sup>—, dormitaban sobre la breve arena, mientras que en la parte alta, sobre rocas negras, pululaban iguanas enormes, “que son como sierpes”<sup>47</sup>, según testimonio de alguien que las vio. No embargante, agua dulce, que era lo que más buscaban, no se halló.

Dispuestos a no morir de sed, el Obispo —que había adquirido el mando total de los perdidos navegantes— ordenó acudir con el navío a otra isla que desde allí se apreciaba. Aunque no estaba muy lejos, por razón de las calmerías, tres días se tardó en llegar a ella, agotándose en este tiempo toda el agua de las pipas. En estas condiciones se llegó a la ínsula, saltando todos a tierra, el Obispo con ellos, para darse con la desalentadora novedad de que tampoco allí existía el más simple riachuelo. Como no había flora la supervivencia de la fauna tenía que explicarse al margen de la sed natural: aquellos animales no bebían o lo hacían sólo en épocas de lluvia, acaso estaban hechos a beber agua del mar. Pero ellos, los perdidos navegantes, no podían darse tales lujos y tenían que beber algo y muy pronto. Desesperados discutieron sobre hacer un pozo o seguir buscando un manantial. Como no se decidieron por ninguno de los dos temperamentos, alguien dio en machacar “una hoja de unos cardos como tunas, e porquestaban como sumosas, aunque no muy sabrosas, comenzamos de comer dellas e esprimillas para sacar dellas agua, e sacada parecía lavazas, de legía, e bebíanla

*como si fuera agua rrosada*"<sup>48</sup>. El autor de esta descripción es, naturalmente, el Obispo.

El Domingo de Pasión el mitrado cantó misa en la isla; luego de ella envió a los hombres a seguir la exploración. Hubo más suerte en esta fecha, porque a poco se halló un manantial en medio de una quebrada y se pudo llenar media pipa. Con algo más de paciencia y tiempo se trajeron más pipas vacías, consiguiendo que se llenaran ocho de ellas. Fue algo tarde, sin embargo, porque la falta de agua había matado ya a un hombre y pronto moriría otro por la contraria razón: beber en exceso. No fueron las únicas pérdidas de vidas, si bien las más valiosas, porque una decena de caballos que viajaban en la bodega para venderse en el Perú, también murieron antes de beber un solo sorbo<sup>49</sup>.

Repuestos y más animados, el Obispo a la cabeza, pasaron a otra isla mayor. Tendría quince o veinte leguas de perímetro, según los cálculos episcopales, visitándola con asombrados ojos en vista de su zoología fantástica. De allí pasaron a otra, por lo que anotó el mitrado: "*En esta segunda abía la mesma disposyción quen la primera: muchos lobos marinos, tortugas, higuanas, galápagos, muchas aves de las de España pero tan bobas que no sabían huir, e muchas tomaban a manos... en la arena de la playa, abía unas chinas, que así como salimos pisamos, queran piedras de diamantes, e otras de color de ámbar; pero en toda la isla no pienso que hay donde se pudiese sembrar una hanega de mahiz porque lo más della está lleno de piedras muy grandes, que parece quen algún tiempo llovió Dios piedras; e la tierra que ay es como escoria sin que sirva, porque no tiene virtud para criar un poco de yerba, sino unos cardones, la oja de los cuales dixé que cogíamos*"<sup>50</sup>.

Satisfechos con la naturaleza inédita que les había sido dado contemplar, el Obispo dio la orden de partir, aprovechándose para ello un viento ligero que infló las velas un tanto. Once días navegaron con este vientecillo, tornándose a la angustia de la sed al no quedar sino una pipa de agua. El Obispo dispuso entonces dar la mitad de ella para las bestias y la otra, mezclada con vino, a los hombres. Ocho días bebieron con esta distribución de "*agua mejorada*" o "*agua beneficiada*", pero al noveno se acabó el régimen y túvose que recurrir al vino puro. Menos mal que a tales alturas ya se divisaba el continente por la banda de babor, lo que levantó mucho los corazones y permitió que poco después arribaran salvos a la Bahía de los Caraques el día de San Ciriaco que cayó 9 de abril. Creyendo que habían tardado demasiado —sesenticinco días— parece que el mitrado descubridor de las insulas sub-equinocciales se lamentó del tiempo gastado, pero pronto lo volvieron a la realidad. Su viaje, además

## LA GUERRA DE ALMAGRO EL VIEJO

de afortunado, había sido corto; largo, el de ese galeón que se balanceaba a pocas yardas y que había tardado ocho meses de Nicaragua al Perú. El Obispo reconoció su buena estrella, escribiendo por vía de rectificación: *"tovimos por bueno nuestro viaje en comparación del suyo"*<sup>51</sup>.

### EL PARALELO DE CHINCHA

Almagro regresó de Chile completamente fracasado. Halló el Perú convulsionado por la guerra de Manco Inca y a Hernando Pizarro defendiendo la ciudad del Cusco. Más tarde, para colmo de males, se enteraría que el Obispo Berlanga había tenido que volver a Panamá ante la imposibilidad de entrevistarlo. Enterado cuando menos de las dos primeras nuevas, Almagro hizo una junta de sus capitanes en el valle de Arequipa. La vejez y la enfermedad, pero sobre todo su fracaso, habían mermado la voluntad de Almagro al punto de excusar toda decisión. Los soldados notaron esta debilidad volitiva, pero pocos tuvieron la bajeza de aprovecharse de ella con fines particulares. Sin embargo, entre esos pocos se contaron Diego y Gómez de Alvarado, también Hernando de Sosa. Los dichos no se resignaron al fracaso de la expedición de Chile y, apoyándose en ciertos papeles traídos por Juan de Rada, insistían sobre Almagro para que tomase el Cusco y convirtiese tal ciudad en cabeza de su gobernación. Almagro, a la sazón *"débil como un niño ante las sugerencias de sus secuaces y consejeros"*<sup>52</sup>, cedió. Y proclamando que iba a recobrar su capital sitiada por Manco Inca, hizo que todos se aprestaran a marchar sobre el Cusco.

El 12 de marzo de 1537 Almagro y sus hombres salieron de Arequipa. Entrados nuevamente a los montes nevados, les sobrevino a todos una ceguera incomodísima. Otra vez faltó la leña, escaseó el bizcocho, tuvieron que conformarse con maíz. Fatigados llegaron a Ayaviri, luego a Urcos, negándose Manco Inca a entrevistarse con el caudillo manchego. Posteriormente se enterarían que el Inca andaba muy desconfiado de Almagro por los mensajes que le enviaba Hernando Pizarro<sup>53</sup>.

Dispuesto a simplificar aquello y hacerse recibir por Gobernador, el Adelantado envió dos hidalgos al Cusco. Hernando los escuchó tan extrañado como si portaran un mensaje del Gran Turco. Luego se encendió en ira y les contestó que antes vendería su ánima al diablo que permitir a Almagro recibirse por Gobernador de la ciudad... Pero Almagro no se asustó esta vez con las bravatas de Hernando y, después de ciertas negociaciones que fracasaron, entró una noche al Cusco, casi sin ser sentido. Diose tan buena maña, que no sólo tomó la ciudad sino

que también apresó a Hernando y Gonzalo Pizarro. Eran los únicos Pizarros que quedaban en el Cusco, pues Juan había sido muerto por los indios<sup>54</sup>.

Tomando el Cusco la noche del 8 de abril de 1537, Almagro se hizo recibir como Gobernador. Pero mientras jubilosos celebraban los de Chile la posesión de la presunta capital de Nueva Toledo, Alonso de Alvarado subía desde Lima enviado por Francisco Pizarro a socorrer a sus hermanos sitiados por Manco Inca. Alvarado llevaba muchos hombres de guerra y Almagro, advertido por sus consejeros, entendió que subía contra los de Chile. Sin perder tiempo dispuso entonces que sus tropas se aprestasen a salir contra el invasor. Pero Rodrigo Orgóñez, su fiel y avisor lugarteniente, le aconsejó que si quería librarse de enemigos comenzase por el que tenía en casa, es decir, que matase a Hernando Pizarro. Almagro se horrorizó con la idea y se negó a ponerla en práctica. Orgóñez, por toda respuesta le dijo que si con el tiempo Hernando se soltara, no se quejase Almagro de lo que pudiera ocurrir. El Adelantado, por no tener respuesta, se calló. Después de este incómodo momento los almagristas partieron. Encabalgados y armados de punta en blanco, llegaron al Apurímac. Los de Chile por medio de cartas y mensajes habían conseguido que Pedro de Lerma y otros descontentos que venían con Alvarado, no osasen resistir. Pero Alvarado ignoraba eso y estando acampado en el Puente de Abancay la noche del 12 de julio del mismo año 37, fue sorprendido por los de Chile, abandonado por la mayor parte de los suyos y, finalmente, tomado prisionero<sup>55</sup>.

Vuelto al Cusco con la victoria, Almagro dispuso que Rodrigo Orgóñez ocupase a los soldados de Alvarado en una campaña contra Manco Inca. Mientras los españoles marchaban a Tambo, refugio del aguerrido Manco, Almagro coronó a Paullu, ciñéndole la mascaipacha de sus antepasados. De este modo, el Adelantado pensaba acabar con el monarca alzado y reiniciar el juego con el monarca títere. El pobre Paullu, débil de carácter y tremendamente dominado, una vez más traicionó a los suyos por servir a ese caudillo tuerto que decía ser su amigo<sup>56</sup>.

En eso llegó al Cusco el licenciado Gaspar de Espinosa, viejo propulsor de la conquista del Perú, a quien enviaba Francisco Pizarro para solucionar el conflicto limítrofe de las dos gobernaciones. Con él viajaban el licenciado Antonio de la Lama, el factor Illán Suárez de Carbajal, Diego de Fuenmayor, Antonio Alvarez y Hernán González de la Torre, el Viejo. Los recibió a todos Almagro muy amablemente, pero conocedor de la misión que traían, mandó hacer junta de sus capitanes para someterles el asunto y escuchar su consejo. Recién entonces los procurado-

res de Pizarro entendieron la verdad: ¡Almagro ya no se contentaba con el Cusco; también quería la Ciudad de los Reyes!<sup>57</sup>.

En efecto, durante la junta, Orgóñez se mostró partidario de tomar Lima, pero antes opinó que se debía degollar a Hernando Pizarro. Almagro abominó de esto último, mas se entusiasmó bastante con la idea de capturar la capital de Nueva Castilla. También optó por someter el fallo de los límites al Obispo de Panamá fray Tomás de Berlanga, que —como vimos— había venido anteriormente como árbitro y al no verlo regresó a su diócesis. Sin embargo, reparando después en que se había extralimitado al codiciar Lima, el Adelantado se retractó y dijo que se conformaba con el Huarco. Los procuradores de Francisco Pizarro pidieron licencia a Almagro para tratar esta última pretensión con Hernando Pizarro —que estaba preso en el Coricancha—, a lo que el Adelantado accedió. Hernando, que sólo quería su libertad, instó a los procuradores que aceptaran. El licenciado Espinoza le advirtió que no contestase guiado por el afán de verse libre, a lo que Hernando replicó que una vez en libertad sólo intentaría llevar al Emperador el oro que le había encargado recoger en el Perú y que tan pronto lo tuviese reunido viajaría a España; este motivo y no espíritu de venganza era lo que lo movía a dar la respuesta<sup>58</sup>.

Con el parecer de Hernando tornaron los procuradores donde el Adelantado anunciándole que aceptaban, pero Almagro —lejos de alegrarse— los recibió algo inconforme, expresándoles que lo había pensado mejor y que ahora veía con claridad que su gobernación llegaba hasta Mala. Vueltos los procuradores a consultar con Hernando, éste acató sin protesta. Los procuradores regresaron entonces donde el Adelantado y pactaron con él que —en vista de la ausencia del Obispo de Panamá, fray Tomás de Berlanga— dos caballeros por Gobernador dirimiesen la contienda limítrofe ayudados por pilotos de la mar, hombres diestros en hacer las mediciones. Firmado un documento estipulatorio de lo dicho el 28 de agosto de 1537, los comisionados consideraron terminada su labor<sup>59</sup>.

Pero sucedió que en estos días falleció el licenciado Gaspar de Espinosa, y los demás procuradores tuvieron que demorar su partida. Esto les valió enterarse que Almagro quería fundar una ciudad en la costa y tener un puerto que le permitiera carterarse libremente con el Rey, a la vez que mantener tratos comerciales con Tierrafirme; también intuyeron que Orgóñez insistía en ajusticiar a Hernando Pizarro, pero que el Adelantado se negaba a ello, pretendiendo que más útil resultaría de rehén<sup>60</sup>.

Lo cierto fue que llevando en su compañía a Hernando y dejando en el Cusco a Gonzalo Pizarro y a Alonso de Alvarado, Almagro bajó a la costa y pobló una villa en el valle de Chíncha.

La llamó Villa de Almagro, le puso Cabildo y levantó picota. Pero estando los de Chile festejando el acontecimiento el mismo día de la fundación —principios de octubre—, llegaron nuevas de que Gonzalo Pizarro y Alvarado habían fugado de la prisión y marchaban a reunirse con el Gobernador Pizarro. El Adelantado Almagro que a esas alturas estudiaba la manera de abarcar la ciudad de Trujillo en su gobernación —¡poca pretensión!—, se sintió muy deprimido<sup>61</sup>.

El 9 del mismo octubre entraron a Lima los procuradores del Gobernador Pizarro. A don Francisco no le gustó mucho la fórmula de los dos caballeros plenipotenciarios que fallarían los límites, pero convencido de que sólo así se evitaría la guerra y salvaría a sus hermanos, llamó al escribano Domingo de la Presa y, por un documento que otorgó, dejó constancia que se avenía al fallo de los tales. En el fondo, don Francisco no tuvo más remedio que aceptar, porque cuando vino al Perú el Obispo Berlanga, no lo había dejado subir al Cusco a entender lo de los límites como la Corona mandaba. Lo hizo porque los tiempos se mostraban turbios, pero sobre todo, porque Almagro estaba de partida para Chile. Don Francisco conocía demasiado a su socio para darle pie a que creyera que, mientras descubría Chile, él y el Obispo habían trazado los límites a sus espaldas. Lo malo estuvo en que el Obispo no pudo esperar demasiado, viéndose obligado a regresar a Panamá sin haber fallado el litigio<sup>62</sup>.

Sabedores los encomenderos de la capital que Almagro había fundado una ciudad en los términos de Lima y que los indios de sus repartimientos estaban destinados a servirla, se indignaron. Esto acontecía el 10 de octubre —día que entraron a Lima los embajadores de Almagro— por lo que Francisco Pizarro, tratando de evitar un alboroto, se apresuró a nombrar sus representantes. En seguida se fijó el pueblo indio de Mala como lugar donde se reunirían los cuatro plenipotenciarios —dos por bando— y los pilotos de la mar, comprometiéndose Francisco Pizarro y el Adelantado a no salir de Lima y la Villa de Almagro, respectivamente, los quince días que duraran las mediciones<sup>63</sup>.

Arregladas las cosas de esta manera, regresaron los plenipotenciarios almagristas a la Villa de Almagro, presentándose al Adelantado el 19 de octubre. Este, entendiendo que todo estaba por arreglarse, quiso quebrar la negociación diciendo que recurrir a cuatro caballeros y pilotos era mucha pérdida de tiempo, por lo cual confería todo su poder en una sola persona para que fuera juez absoluto en la contienda. Preguntado sobre quién sería aquél, contestó que fray Francisco de Bobadilla, Provincial de los mercedarios del Nuevo Mundo. Francisco Pizarro aceptó al nuevo juez y, por medio de escribano, le reconoció todos los poderes que de la Corona tuvo el Obispo Berlanga. Luego de





El Adelantado Diego de Almagro, el Viejo, según  
las *Décadas* de Herrera

esto, el Provincial hizo sus aprestos, partiendo finalmente al pueblo de Mala<sup>64</sup>.

En el camino debió repasar la famosa provisión real que investía de derechos al Obispo de Panamá y lo hacía árbitro y componedor. En su esencia el papel confirmaba: a Pizarro, doscientas setenta leguas a partir del río Tempula en la costa ecuatorial; a Almagro, doscientas leguas al Sur de la gobernación de Pizarro. La línea divisoria lo era, estaba claro, el paralelo de Chincha. Lo problemático era: ¿caía el Cusco al Sur o al Norte del paralelo en cuestión? El, fray Francisco de Bobadilla, lo ignoraba; pero los pilotos de la mar, con sus astrolabios y ballestillas, lo sacarían de dudas<sup>65</sup>.

### *LA OPINION DE LOS PILOTOS*

Francisco Pizarro y Diego de Almagro se entrevistaron en Mala, el 13 de noviembre de 1537, delante del Provincial. Los dos socios se mostraron intransigentes. Primero hablaron, luego discutieron y todo terminó en un vivísimo altercado. Por último, cuando el Provincial trató de calmarlos, Almagro, recelando una celada, montó a caballo y partió a su campamento de Chincha. Estériles a más no poder, las negociaciones de Mala acarrearón únicamente libertad de acción a Bobadilla. Por eso —aunque se rumoreaba que se inclinaba mucho a los pizarristas— retornó a su viejo proyecto de consultar a los pilotos para dilucidar el enojoso dilema del paralelo de Chincha<sup>66</sup>.

Al respecto se dio maña para juntar a los pilotos de la Mar del Sur en el pueblo de Mala, acudiendo tanto los presentados por Pizarro como por Almagro. Desdichadamente los pilotos del Adelantado permanecen hasta hoy en el anonimato por haberse perdido sus nombres. No ocurrió lo mismo con los del bando pizarrista, los cuales fueron Juan de Mafla, Francisco Cancino, Ginés Sánchez, Francisco Quintero, Pero Gallego, Juan Márquez, Juan Mejía y el conocido Juan Fernández, el instigador de Pedro de Alvarado. Estos, naturalmente, luego de consultar sus astrolabios, fallaron por el Gobernador don Francisco, añadiéndose al de ellos el testimonio del piloto Hernando Galdín, presentado por escrito en vista de hallarse navegando. Se afirmó entonces que, de acuerdo a las reales provisiones, entendían ellos que el Cusco entraba en la gobernación de Nueva Castilla, lo que reafirmaban sus instrumentos y cartas de marear que hacían caer el paralelo de Chincha en la jurisdicción pizarrista. Los pilotos de Almagro adujeron lo contrario, confesando también bajo juramento, que el Cusco era del Adelantado y que de manera ninguna podía entenderse lo contrario. Parece que

había un vicio en la medición, lo que hacía a los dos grupos de pilotos arrojar cifras diferentes: unos medían guiándose por el meridiano, otros siguiendo las sinuosidades de la costa<sup>87</sup>.

Después de conocer estas opiniones, Bobadilla se sintió en la obligación de fallar. Su sentencia la dio en el pueblo de Mala el 15 de noviembre de 1537, y en ella mandó los siguientes puntos:

1. Que no estando plenamente de acuerdo los pilotos sobre la verdadera altura del río Santiago —en lengua de indios Tempula—, deberían las partes litigantes enviar allá un navío con dos pilotos de cada parte para que, ante dos escribanos —uno de Almagro y otro de Pizarro—, se tomase y asentase la medición en grados y minutos, y se solucionase definitivamente esta parte del problema.
2. Que habiendo tomado el Cusco Almagro por fuerza de armas —teniéndolo en paz Hernando Pizarro en nombre del Gobernador su hermano—, la ciudad fuese desocupada por los almagristas, liberados los presos y restituido el oro que dentro de ella se halló.
3. Que los ejércitos de Pizarro y Almagro se disolvieran o, en su defecto, marcharan a combatir al Inca alzado, debiendo ir, en este último caso, por sus respectivas gobernaciones a dar guerra a los indios.
4. Que Almagro abandonara asimismo la tierra de Chíncha, por pertenecer sus curacas e indios a los vecinos de Lima, y se retirara al pueblo de Nasca.
5. Que los Gobernadores olvidaran sus diferencias y empezaran una nueva era de paz, con lo cual Dios y el Rey se tendrían por bien servidos.

Se hizo hincapié, por parte de Bobadilla, que todo lo fallado era provisional, pues si la posterior opinión de los pilotos favoreciera a Almagro en sus pretensiones sobre el Cusco, el Gobernador Pizarro abandonaría la ciudad y el Adelantado entraría a poseerla<sup>88</sup>.

Cuando en el campamento almagrista se conoció el fallo de Bobadilla, hubo una indignación general. Los soldados acusaron al Adelantado de hombre débil, y éste no halló mejor remedio que lamentarse del mercedario Bobadilla, llamándolo vendido y falso juez. Rodrigo Orgóñez, el más indignado, no quedó callado ante el quejarse de Almagro y le dijo que eso le pasaba por no hacerle caso alguno, que si antes le aconsejó matar a Hernando Pizarro y no lo había hecho, ahora era el momento de ajusticiarlo para luego marchar sobre el Cusco y posesionarse de la tierra, "*que si las leyes se habían de quebrantar había de ser para reinar*"<sup>89</sup>.

Por su parte, los que estaban con el Gobernador Pizarro —acampados ya en Lunahuaná— no andaban con menos albo-

roto. Por haber también fallado Bobadilla que Almagro debería liberar a Hernando Pizarro, los pizarristas pedían a voz en cuello la libertad del hermano del Gobernador. Decían que no deberían aguardar más para atacar el campamento de Almagro, soltar a Hernando y luego marchar a tomar el Cusco; también voceaban que el desacato a las leyes se penaba con las armas. El Gobernador don Francisco no hizo mayor caso a nada de esto, pero temiendo que en Chíncha los almagristas trataran de matar a Hernando, envió a Hernán Ponce de León, a Francisco de Godoy y al licenciado Prado ante Almagro para hacerle ver que no embargante la sentencia de Bobadilla, estaba pronto a permitir que se volviese a revisar el problema de los límites y a tratar de la liberación de Hernando Pizarro<sup>70</sup>.

Almagro respondió que aceptaba las nuevas negociaciones si se excluía de ellas a Bobadilla, prometiendo a don Francisco enviarle ciertos capítulos, los que efectivamente remitió luego con Juan de Guzmán, Diego Núñez de Mercado y el licenciado Prado. Los capítulos estaban fechados en la Villa de Almagro, y exigían lo siguiente:

1. Que mientras el Rey no mandase lo contrario, Almagro pudiese permanecer en Sangallán, cerca del río Pisco.
2. Que Pizarro proporcionase un navío a los de Chile para que pudiesen escribir a la Corona.
3. Que el Adelantado seguiría ocupando el Cusco hasta que llegara el fallo del Emperador.
4. Que Almagro no impediría el servicio de los indios de Sangallán a sus encomenderos de Lima, siempre y cuando los repartimientos de los tales ofrecieran los alimentos necesarios a los almagristas que quedaran en ese pueblo.
5. Que tanto Almagro como Pizarro podrían iniciar descubrimientos hacia el Levante sin hollar por ello la gobernación del otro.
6. Que para evitar el peligro de una guerra, Almagro despoblaría la Villa que fundó en Chíncha y la trasladaría a Sangallán.
7. Que en el pueblo que el Adelantado pensaba fundar en Sangallán sólo quedarían cuarenta soldados o vecinos, con un Teniente de Gobernador.

Francisco Pizarro, oídos los capítulos del Adelantado, respondió que *"no obstante que su justicia está conocida por haber conquistado este reino"*<sup>71</sup>, aceptaba todos los puntos planteados por Almagro hasta que viniera el fallo definitivo del Rey o la respuesta de los pilotos que en breve partirían a medir la ubicación del río de Tempula. Como únicas condiciones impuso que dentro de veinte días los dos ejércitos fueran disueltos y que los pizarristas ocuparan Chíncha luego de la evacuación de

Almagro. Si Pizarro infringía el compromiso, estipuló que perdería su gobernación de Nueva Castilla, y si lo rompía Almagro, pagaría doscientos mil castellanos, la mitad para la Cámara del Rey y la otra mitad para la parte obediente. Por lo demás, si por haber tanto litigio la Corona creía conveniente quitarles a ambos las gobernaciones, ellos renunciarían a defenderlas. Y lo que prometió lo juró el Gobernador Pizarro como caballero hijodalgo según fuero de España, en Lunahuaná, el 24 de noviembre, delante de los enviados de Almagro. El juramento, según se entendió entonces, don Francisco lo hizo extensivo a todos sus capitanes<sup>72</sup>.

Días después, sabedor de que su antiguo socio había aceptado sus capítulos y hecho el juramento de estilo, el Adelantado Almagro despobló la Villa que había fundado en Chíncha y la trasladó a Sangallán, cerca del río Pisco<sup>73</sup>.

Estando las negociaciones en este punto, Almagro —por consejo de Diego de Alvarado— decidió enviar al Contador Guzmán y a Diego Núñez de Mercado con nuevas propuestas al Gobernador Pizarro. Este contestó a los dos comisionados que también deseaba las paces, pero bastante había hecho ya con aceptar los capítulos anteriores, pues tenía demasiados motivos para desconfiar de Almagro: primero, había tomado el Cusco por armas; luego apresó a sus hermanos que tenían la ciudad por el Rey; finalmente, había desconocido el fallo de Bobadilla, juez que el propio Almagro había sido el primero en señalar... Los enviados replicaron que todo aquello era pasado y que ahora venían a tratar ciertos capítulos sobre la libertad de Hernando Pizarro. El Gobernador se interesó con el asunto y, procediéndose a la lectura de un escrito, todos los presentes pudieron conocer lo que pretendían las nuevas proposiciones del Adelantado<sup>74</sup>.

Se estipulaba por ellas que Hernando sería puesto en libertad bajo cierta fianza en oro y pleito homenaje prestado al Adelantado por el mismo Hernando; lo único que pedía Almagro, a cambio de tal liberación era un navío para informar a la Corona y seguir en la posesión del Cusco, hasta que viniera el fallo real. *“Y después desto, por medio e intercesión de Diego de Albarado, don Diego de Almagro soltó a Hernando Pizarro debajo de cierta pleitesia que entre ellos hubo, para que el Marqués le daría navío y puerto seguro para enviar y rescibir despachos de España, y que hasta tanto que nuevo mandado de su majestad viniese, no iría uno contra el otro. Esta soltura de Hernando Pizarro contradijo mucho Rodrigo Orgóñes, porque habia visto algunos malos tratamientos que en la prisión se le hicieron, pensando que se querría vengar dellos teniendo poder, y su voto siempre fue que le cortasen la cabeza; pero valió más el parecer*

*de Diego de Albarado, confiado en el concierto que se había hecho. Y suelto Hernando Pizarro, don Diego le envió al Marqués acompañado de su hijo y de otros caballeros. Y aún apenas era partido, cuando don Diego se arrepintió de lo hecho, y se cree que lo volviera a la prisión; sino que se dio tanta prisa a salir de su poder, que en breve tiempo había andado la mayor parte del camino, hasta que topó con la gente más principal del Marqués, que le salía a rescebir*"<sup>75</sup>.

Lo que sigue es historia harto conocida y que no cabe en la brevedad del pasado marítimo del Perú. Hernando Pizarro derrotó a Diego de Almagro en la batalla de las Salinas el sábado 6 de abril de 1538, y luego le cortó la cabeza en la Plaza del Cusco el 8 de julio del mismo año. De esta manera cesó de figurar el Adelantado manchego, aquel que vino al Perú con naos y tropas, para ganar aquí más soldados y navíos al intruso Gobernador de Guatemala y partir luego de este Perú con esos hombres y barcos a descubrir la tierra de Chile. De su avanzar al Sur guardaron memoria los guerreros cobrizos que le salieron a defender su territorio, pero acaso mayor impresión les causó el pesado avanzar marinerero de los tres navíos del tuerto Adelantado: el *San Cristóbal*, llamado desde antes "*el galeón de los Gobernadores*", guiado por el piloto Juan Fernández; el *Santiago*, conducido por Alonso Quintero, marino que había traído a Indias a Hernán Cortés; y el *San Pedro*, llamado por todos *San Pedrillo*, navichuelos estos últimos que sirvieron antes a Almagro para llevarlo al Perú en 1533<sup>76</sup>.

## NOTAS AL CAPITULO

1. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Diego de Almagro*.— Lima, Biblioteca Hombres del Perú, 1964.— T. III, p. 47.
2. *Loc. cit.*
3. RAMON FOLCH, José Armando de... *Descubrimiento de Chile y Compañeros de Almagro*.— Santiago de Chile, Talleres de la Editorial El Pacífico, 1953.— p. 115.
4. *Loc. cit.*
5. FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... *Historia General y Natural de las Indias*.— Asunción del Paraguay, Imprenta de la Editorial Guaranía, 1945.— Parte III, Lib. IX, Proemio, p. 160 del T. XII.
6. *Loc. cit.*
7. PIZARRO, Pedro... *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*.— Buenos Aires, Imprenta La Mundial, 1944.— p. 16.
8. FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... *Loc. cit.*
9. RAMON FOLCH, José Armando de... *Loc. cit.*
10. FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... *Loc. cit.*
11. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Op. cit.*, p. 50.
12. *Ibidem*, p. 51.
13. *Loc. cit.*  
RAMON FOLCH, José Armando de... *Op. cit.*, p. 119.
14. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Op. cit.*, pp. 55 a 57.
15. RAMON FOLCH, José Armando de... *Op. cit.*, cap. IV, pp. 63 a 68.
16. CIEZA DE LEON, Pedro... *Tercera Parte de la Crónica del Perú*, en: Mercurio Peruano, Lima, mayo de 1957, núm. 361, cap. XLVI, pp. 261 y 262.
17. HERRERA, Antonio de... *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierrafirme del Mar Océano*.— Buenos Aires, Imprenta Continental, 1945.— Década V, Lib. III, cap. I, p. 234 del T. VI.
18. LOPEZ DE GOMARA, Francisco... *Historia General de las Indias*.— Barcelona, Imprenta de Agustín Núñez, 1954.— Parte I, cap. CXVIII, p. 206 del T. I.
19. ZARATE, Agustín de... *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*.— Lima, Imprenta Miranda, 1944.— Lib. II, cap. VII, p. 65.
20. PIZARRO, Pedro... *Op. cit.*, p. 57.
21. HERRERA, Antonio de... *Op. cit.*, *loc. cit.*
22. *Loc. cit.*
23. ZARATE, Agustín de... *Op. cit.*, Lib. II, cap. VII, pp. 66 y 67.
24. *Loc. cit.*
25. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Francisco Pizarro, el Marqués Gobernador*.— Madrid, Imprenta Marisal, 1966.— Cap. IX, p. 151.
26. FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... *Op. cit.*, Parte III, Lib. VIII, cap. XVIII, pp. 129 a 131 del T. XII.
27. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Una relación y un estudio sobre la Conquista*, en: Revista Histórica, Lima, 1964, T. XXVII, pp. 280 a 289.
28. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *La marcha de Francisco Pizarro de Cajamarca al Cuzco*, en: Revista Histórica, Lima, 1962-1963, T. XXVI, pp. 146 a 174.
29. FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... *Op. cit.*, Parte III, Lib. VIII, cap. XX, pp. 137 a 143 del T. XII.
30. HERRERA, Antonio de... *Op. cit.*, Década V, Lib. VI, cap. I, pp. 359 a 363 del T. VII.

## HISTORIA MARITIMA DEL PERU

25. *Ibidem*, Década V, Lib. VI, caps. II, VII, VIII, IX, X, XI, XII, pp. 363 a 394 del T. VII.
26. *Loc. cit.*
27. *Loc. cit.*
28. *Loc. cit.*
29. BROMLEY SEMINARIO, Juan... *El Callao, puerto de Lima (1535-1637)*, en: Revista Histórica, Lima, 1962-1963, T. XXVI, pp. 50 y 51.
30. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Diego de Almagro*.— Lima, Biblioteca Hombres del Perú, 1964.— T. III, p. 65.
31. MOLINA, Cristóbal de... *Destrucción del Perú*, en: *Las Crónicas de Las Molinas*.— Lima, Imprenta Miranda, 1943.— pp. 24 y 25.
32. RAMON DE FOLCH, José Armando de... *Op. cit.*, cap. I, p. 27.
33. *Ibidem*, cap. I, p. 33.
34. MOLINA, Cristóbal de... *Op. cit.*, *loc. cit.*  
BARREGAN, Alonso... *Crónica de la Conquista del Perú*.— Sevilla, Imprenta de la Escuela de Estudios Hispano Americanos, 1948.— p. 35.
35. RAMON DE FOLCH, José Armando de... *Op. cit.*, cap. I, p. 34.
36. FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... *Op. cit.*, Parte III, Lib. VIII, cap. XVI, p. 93 del T. XII.
37. PIZARRO, Hernando... *Carta de Hernando Pizarro a los Oidores de la Audiencia de Santo Domingo*, en: CANILLEROS, Conde de... *Tres testigos de la Conquista del Perú*.— Buenos Aires, Talleres de La Compañía General Fabril Financiera, 1953.— pp. 51 a 69.
38. FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... *Op. cit.*, Parte III, Lib. VIII, cap. XVI, p. 92 del T. XII.
39. LOPEZ DE JEREZ, Francisco... *Verdadera Relación de La Conquista del Perú y provincia del Cuzco llamada La Nueva Castilla*, en: Biblioteca Autores Españoles, serie Historiadores Primitivos de Indias.— Madrid, Gráficas Carlos - Jaime 1947.— pp. 345 y 346 del T. II.
40. *Loc. cit.*
41. *Loc. cit.*
42. *Loc. cit.*  
PORRAS BARRENECHEA, Raúl... *Cronistas del Perú*.— Lima, Imprenta Sanmarti, 1962.— pp. 87 a 92.
43. FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... *Op. cit.*, Parte III, Lib. VIII, cap. XVIII, pp. 129 a 131 del T. XII.
44. PORRAS BARRENECHEA, Raúl... *Cartas del Perú*.— Lima, Talleres de La Empresa Editorial Peruana, 1959.— p. 159.
45. *Loc. cit.*
46. *Loc. cit.*
47. *Loc. cit.*
48. *Loc. cit.*
49. *Ibidem*, p. 159 y 160.
50. *Loc. cit.*
51. *Loc. cit.*
52. BARROS ARANA, Diego... *Historia General de Chile*, en: RAMON FOLCH, José Armando de... *Op. cit.*, cap. VII, p. 88.
53. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Op. cit.*, pp. 74 y 75.
54. CIEZA DE LEON, Pedro... *Guerra de Las Salinas*.— Madrid, Librería de la viuda de Rico, S. A.— Caps. VIII y IX, pp. 35 a 45.
55. *Ibidem*, caps. XI a XVI, pp. 46 a 73.
56. *Ibidem*, cap. XXI, pp. 105 a 113.
57. *Ibidem*, caps. XVIII a XXII, pp. 87 a 119.
58. *Loc. cit.*
59. *Loc. cit.*
60. *Loc. cit.*
61. *Ibidem*, caps. XXIII y XXIV, pp. 119 a 129.
62. *Ibidem*, caps. XXVI a XXIX, pp. 133 a 152.
63. *Loc. cit.*
64. *Ibidem*, caps. XXIX a XXXI, pp. 148 a 166.



## NOTAS AL CAPITULO

65. *Loc. cit.*
66. *Ibidem*, caps. XXXII a XXXVIII, pp. 166 a 202.
67. *Ibidem*, cap. XL, pp. 213 a 215.
68. *Ibidem*, cap. XLI, pp. 217 a 224.
69. *Ibidem*, cap. XLII, p. 226.
70. *Ibidem*, cap. XLIII, pp. 228 a 237.
71. *Ibidem*, cap. XLIII, p. 234.
72. *Ibidem*, cap. XLIII, pp. 228 a 237.
73. *Ibidem*, caps. XLV a XLIX, pp. 241 a 267.
74. *Loc. cit.*
75. ZARATE, Agustín de... *Op. cit.*, Lib. III, cap. IX, p. 98.
76. RAMON FOLCH, José Armando de... *Op. cit.*, cap. IV, pp. 63 a 68.



## *Capítulo VII* EL DESCUBRIMIENTO DEL AMAZONAS

Trujillano como Francisco Pizarro y tuerto como Diego de Almagro, el Adelantado Francisco de Orellana fue también uno de los ganadores de estas Indias del Mar Océano. No era marino, pero su fama la ganó en la cubierta de su bergantín; tampoco la quilla de su nave se afaná por hendir agua salada. Capitán de hombres de a pie tripulando una pobre embarcación, surcó con ellos el infierno verde de la Selva, persiguiendo un mito que jamás se hizo realidad. Sin embargo, su tesón en tal creencia lo llevó a descubrir el río más caudaloso del mundo, ese Río Grande de las Amazonas que, naciendo en el Perú, corre en busca del sol como si quisiera adelantarse a su salida...

### *EL PARIENTE DE LOS PIZARRO*

Fundada sucesivamente por Diego de Almagro, Sebastián de Belalcázar y Hernando de Zaera, la ciudad de Santiago de Guayaquil —luego de cambiar cuatro veces de sitio— fue despoblada por su último fundador en 1536 obedeciendo un llamado del Gobernador Francisco Pizarro, a la sazón en guerra con Manco Inca. Entonces fue que los vecinos de Santiago —descolgando sus rodelas y empuñando sus espadas— abandonaron la tierra de Chadai, junto al río Yahuachi, y partieron cabalgando a Lima. En el pueblo sólo quedaron unos cuantos españoles, viejos la mayoría y con sus mujeres los menos, en espera de lo que el futuro se dignara proveer. Pero con la ida de los muchos, el pueblo perdió su perfil de tal, quedando en su lugar un triste

caserío en ruinas por cuyas calles vagaban unos cerdos flacos y jugaban unos mesticillos sucios...<sup>1</sup>.

Mas terminó la guerra y los soldados empezaron a volver a la provincia de Quito. Tornaron heridos y entrapajados; los mejor librados traían cicatrices. Al cabo de tres años regresaban a repoblar la ciudad de Santiago, ese bélico Patrón de las Españas al que sin duda debían el volver con vida. Ya no se darían más guerras —Manco Inca estaba retraído en sus montañas y Almagro decapitado—; el Perú quedaba en paz. Ahora venían a quedarse para siempre a erigirle definitivamente su ciudad al Apóstol del caballo blanco. No en vano venía con ellos un hidalgo perulero, medio pariente del Gobernador Pizarro, quien traía una orden de éste para levantar el nuevo poblado<sup>2</sup>.

Efectivamente, al frente de aquellos veteranos venía un soldado con aires de Capitán. Tendría veintisiete años y gustaba mandar desde el caballo. Era de Trujillo de Extremadura, como el Marqués Gobernador, y su lugarteniente en Puerto Viejo y Santiago, vale decir, tierras de la Culata. Se llamaba Francisco de Orellana y tenía un ojo quebrado que disimulaba con un parche negro. Pero si en la vida diaria le faltaba un ojo, en la guerra le sobraban brazos. Había luchado en Nicaragua y Castilla del Oro, luego fue vecino en San Gregorio de Puerto Viejo hasta agosto de 1536, fecha en que al mando de ochenta hombres acudió también a Lima en socorro de don Francisco Pizarro. Descercada la capital, subió al Cusco, para terminar siendo vencedor en Las Salinas. Ahora volvía a la Culata con título de Teniente de Gobernador y fama de avezado. En realidad, con lo dicho bastaba para creerlo capaz de erigir una ciudad, como él pensaba hacerlo, en las orillas del Guayas<sup>3</sup>.

La fundación de Santiago de Guayaquil la hizo Francisco de Orellana en nombre del Marqués Pizarro, entonces supremo gobernante del Perú. Como su Teniente de Gobernador y Capitán General en la provincia de la Culata, Orellana debió presentarse la mañana de la fundación en lo que después fue la Plaza Mayor del pueblo, luciendo sus mejores galas soldadescas. Llevaría celada borgoñota con la visera levantada y, derribada sobre el hombro, una capa carmesí. Detrás de él seguirían los soldados, todos a pie y precedidos por el Alférez con su bandera y un fraile con el crucifijo. Los soldados caminarían empuñando sus espadas, el único que carecería de ella sería un escribano, el cual traería pluma, papel y tintero<sup>4</sup>.

Orellana se detuvo junto al grueso tronco clavado en el suelo y destinado a ser picota. Todos le hicieron rueda y se pararon dispuestos a escuchar. Entonces, cuando se logró silencio, el Teniente Orellana desenfundó la espada y proclamó su deseo, una, dos y hasta tres veces, de fundar una ciudad, retando a

singular duelo —según curioso formulismo de esas épocas— a todo aquél que se opusiera a su proyecto. Nadie contestó los desafíos, por lo que, acallado el último reto, el Teniente hirió el tronco con un golpe de su espada, descortezándolo reciamente y declarando al propio tiempo fundada la nueva ciudad en nombre de Dios y del Emperador Don Carlos... Nacida la población con esta ceremonia, el escribano redactó allí mismo y luego leyó el acta de la fundación, la que fue firmada por todos los presentes. Seguidamente se procedió al reparto de solares, correspondiendo el primero a la iglesia, el segundo al Teniente Gobernador, el tercero al Cabildo y los demás a los vecinos... Mientras esto sucedía, quietos, incapaces de entender lo que ocurría, unos indios huancavilcas del lugar, observaban la extraña ceremonia desde el borde mismo de la selva. Tenían las caras pintadas y, por castigo especial de un Inca, les faltaban tres dientes de arriba y tres de abajo...<sup>5</sup>.

Arrullada por el murmullo de la selva y el canto del mar, Santiago de Guayaquil de la provincia de Quito de los Reinos del Perú, surgió como un fortín de soldados. Su asiento fue el lugar de Lominchaco, en un cerrillo verde llamado de Santa Ana, junto a Mapasingue o Paso del Inca, nombre este último ligado al famoso Huaina Cápac. El pueblo quedaba en un otero natural y, aunque rodeado de manglares, permitía el arribo de las carabelas españolas y de las balsas y canoas indias. El cronista Juan de Velasco apunta de la urbe jacobita y tropical: *"se situó... en la última fundación, sobre la ribera occidental del río Guayas, en el declive de una colina llamada Cerrillo Verde"*<sup>6</sup>. El letrado Salazar de Villasante se esmera en añadir: *"el sitio donde ahora está se llama el paso de Guainacaba, y fue Guainacaba, rey del Perú"*.

Los días que siguieron a la fundación fueron felices para los nuevos vecinos. No en vano habían escogido un lugar con mucha caza y agua corriente de río, sitio sano en lo posible, frondoso y de buen mirar. Tenía leña suficiente y un llano para ganados, tierras fértiles aunque no muy grandes, y pescado fresco del mar. Lo único que se dejaba sentir en ese paisaje verde, era el calor. El sol equinoccial eran tan intenso, que ennegrecía y crispaba un papel blanco olvidado en el suelo. También decían que propiciaba culebras, sapos y mosquitos. Las lluvias solían refrescar a veces la floresta, pero acabados los aguaceros seguía la evaporación y el calor regresaba más fuerte que nunca.

Sin embargo, a pesar de su clima tórrido, Santiago de Guayaquil seguía surgiendo. Francisco de Orellana escribía con frecuencia sobre el nuevo pueblo al Gobernador Pizarro, su pariente, pero éste andaba demasiado preocupado con los derrotados almagristas para contestarle con puntualidad. Para Pizarro,



Un rincón de Trujillo de Extremadura, patria de Francisco de Orellana. (Foto: cortesía del Dr. Franklin Pease).

ganador del fabuloso Imperio de los Incas, Francisco de Orellana era su lugarteniente en un lugar pobre y tranquilo que nunca había ofrecido la menor dificultad. La Culata era tierra sin problemas, allí jamás había habido la menor alteración. Por eso el Marqués vivía un tanto despreocupado y casi no pensaba en Santiago y Puerto Viejo, tampoco en su lugarteniente, ese descubridor de manglares que se llamaba Francisco de Orellana.

A pesar de ello, el Teniente Orellana se sentía apreciado por Pizarro y miembro del bando de los extremeños. Sus servicios a Don Francisco así como a todos los Pizarro, sus parientes, lo hacían sentirse satisfecho. Por eso, en algún documento se preció de haber acudido en socorro del Marqués, sitiado en su capital por las tropas de Manco Inca; y también de haberle llevado posteriormente más de quinientos hombres para impedir que Almagro tomara Lima, hombres que hicieron negociar a "los de Chile" la entrega de Hernando Pizarro, amén de ser el refuerzo necesario para que éste alcanzara la victoria de Salinas... Esto, repetimos, lo hacía constar en los papeles añadiendo que luego *"el dicho señor Gobernador me mandó e dió provisiones para que en nombre de Su Magestad y en el suyo aviniere a conquistar e conquistase, con cargo de Capitán General, la provincia de la Culata en la cual fundase una ciudad; lo cual por servir a Su Magestad, yo acepté y vine a la dicha conquista, la cual yo hice con la gente que en ella traía a mi costa e minsión e con muchos trabajos de mi persona e de los que conmigo andaban, por ser indios de la dicha provincia indomables e belicosos, e la tierra donde estaban de muchos ríos e más caudalosos e grandes ciénegas, e haber entrado en ella dos o tres capitanes e haberles desbaratado e muerto muchos españoles, por lo cual los indios de la dicha provincia estaban muy orgullosos; e después de los haber conquistado expuesto la dicha provincia debajo del yugo e obediencia de Su Magestad, continuando en mis servicios, poblé e fundé en nombre de Su Magestad una cibdad, la cual puse por nombre la cibdad de Santiago, en la poblazón y fundamento de la cual yo hice e hecho gran servicio a Su Magestad por poblarla en parte tan fértil e abundosa e ser en comarca que por ella se proveeran las demás que adelante se poblaren; lo cual no se podía hacer si la dicha cibdad no se fundara, sin muchas muertes españolas e grandes daños e pérdidas, por estar la dicha provincia fuera de la obediencia de Su Magestad, e al presente se sirven las dichas provincias, yendo un español o dos solos e como quieren sin ningún riesgo de sus personas e haciendas, y estar en parte la dicha cibdad donde vienen navios hasta junto a ella"*<sup>18</sup>.

Por lo dicho queda claro que el Teniente Francisco de Orellana vivía satisfecho con el fruto conseguido. Sin embargo, ello no



significaba que hubiera cerrado la esperanza a la posibilidad de realizar obras mayores. En Santiago paladeaba el sabor de una gloria que hasta entonces había desconocido, pero sabía muy bien que esa gloria no era toda la que con su brazo podía conseguir. La tranquila vida junto al Guayas corría el peligro de tornarse monótona, y eso, para un soldado, revestía gravedad.

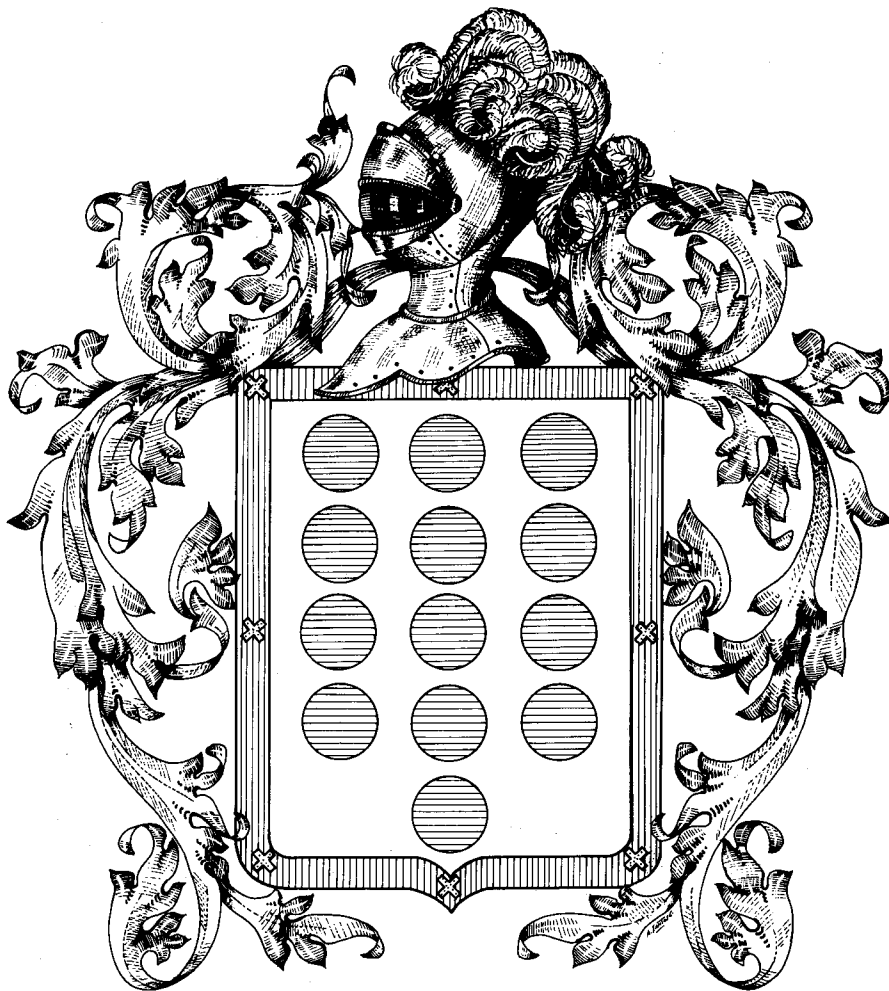
Por tal razón, cuando cierto día entró al galope un jinete enviado por Pedro de Puelles, Teniente del Gobernador Pizarro en Quito, Orellana sintió renacer sus energías de mancebo. Era que el jinete venía gritando a grandes voces: *¡Albricias, Señor Teniente, que el Marqués Pizarro renuncia la gobernación de Quito! —¡Albricias, señores vecinos, porque Gonzalo Pizarro viene para descubrir el País de la Canela!*<sup>9</sup>.

### EL PAIS DE LA CANELA

Efectivamente, relata el cronista Agustín de Zárate en su *Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú*, que: *“se tuvo noticia en el Perú que en la tierra de Quito, hacia la parte del oriente, había un descubrimiento de una tierra muy rica y donde se criaba abundancia de canela, por lo cual se llamó vulgarmente la tierra de la Canela. Y para conquistar y poblar determinó el Marqués enviar a Gonzalo Pizarro, su hermano; y porque la salida se había de hacer desde la provincia de Quito, y allí habían de acudir y proveerse de las cosas necesarias, renunció la gobernación de Quito en Gonzalo Pizarro, en confianza que Su Magestad le haría merced della; y así, se partió para allá Gonzalo Pizarro con mucha gente que para este descubrimiento llevaba, y en el camino le convino pelear con los indios de la provincia de Guánuco, que le salieron de guerra, y le pusieron en tanto aprieto, que fue necesario que el Marqués enviase en su socorro a Francisco de Cháves”*<sup>10</sup>.

Con el refuerzo de este último capitán, Gonzalo pudo seguir a San Francisco de Quito, entrando a esta ciudad con más de ciento setenta soldados peruleros, cien caballos y muchos puercos y carneros. Como auxiliares de este ejército, Gonzalo llevaba también unos tres mil indios del Perú con sus auquénidos de carga, y unos pocos negros africanos, *“piezas de Guinea”*, como entonces les decían. Lo cierto es que en todos estos hombres, animales y preparativos de la guerra, gastó 60,000 escudos castellanos; suma enorme que hablaba de la magnitud de la expedición<sup>11</sup>.

En San Francisco de Quito fue recibido Gonzalo por Gobernador atendiendo al poder que en Lima, el 30 de noviembre de 1539, había expedido el Marqués, su hermano. La ciudad se



Armas de la Casa de Orellana.

alegró con su llegada, halagándose mucho de que un Pizarro viniera a regir los destinos de toda la provincia quiteña, pero Gonzalo —que traía ya su plan muy decidido— hizo poco caso a estas fiestas, prefiriendo escuchar a Pedro de Añazco y a Gonzalo Díaz de Pineda, capitanes que podían añadirle algo a lo que ya sabía del País de la Canela<sup>12</sup>.

Después de estas conversaciones, Gonzalo se dejó entusiasmar por la leyenda de *El Dorado*, fantasía chibcha que obsesionaba la imaginación de Añazco; pero reparando que de ser posible ese descubrimiento le llevaba ya mucha ventaja Sebastián de Belalcázar, se ocupó del *País de la Canela*. Aquella tierra se llamaba así, por estar sembrada de árboles canelos, especia aromática muy buscada por los europeos y localizada en el Asia por Maese Marco, el Veneciano. Trescientos años se buscó a partir de entonces un lugar de más fácil acceso donde la sabrosa especia se pudiera conseguir, pero aparte de los navegantes venecianos, genoveses y portugueses, nadie ubicaba los mercados de su expendio. Las Islas de la Especería recorrieron su velo de misterio a partir de Magallanes, pero, a decir verdad, esas Islas quedaban muy lejanas y era difícilísimo llegar hasta allí. Ahora se ofrecía una nueva perspectiva de enriquecimiento para la Corona española, a pocas leguas de Quito. El País de la Canela estaba esperando a sus conquistadores. No había tiempo que perder.

Gonzalo Pizarro se sintió ganado por el mito de esa tierra misteriosa cuyos habitantes eran "*hombres armados de piezas y joyas de oro*"<sup>13</sup>, e inmediatamente ordenó su expedición. Se procedió entonces al enrolamiento de los nuevos soldados, al recuento de los caballos y las armas, al de los víveres y medicinas para tal jornada y aventura. Pero en esos días de aprestos y correrías, estando el caudillo entregado a los últimos preparativos, le fue anunciada la visita de un pariente. Era Francisco de Orellana, el Teniente de su hermano en Santiago y Puerto Viejo<sup>14</sup>.

Reunidos Gonzalo y Francisco de Orellana, tuvieron mucho que recordar. Debieron empezar por su parentesco; luego seguirían evocando a Trujillo; por último se contarían sus hazañas y acabarían conversando del motivo principal de aquella junta: la planeada expedición. Entonces, a decir de una crónica, "*el dicho capitán [Orellana] dijo al Gonzalo Pizarro cómo quería ir con él en servicio de Su Magestad y llevar sus amigos y gastar su hacienda para mejor servir*"<sup>15</sup>. Agradó a Gonzalo la voluntad de su pariente y aceptó. Orellana entonces no quiso perder tiempo y, abandonando San Francisco de Quito, viajó seguidamente a Santiago y Puerto Viejo por sus hombres, armas y caballos.

Una vez en la Culata, Orellana alzó bandera e hizo tocar un atambor, pregonando que marchaba al País de la Canela en seguimiento del nuevo Gobernador de Quito, Gonzalo Pizarro. Veintitres soldados acudieron a su llamado, todos pobladores de Puerto Viejo y Santiago de Guayaquil, descollando entre estos últimos Alonso de Robles, al que Orellana hizo posteriormente su Alférez, y Juan de Vargas, que andando el tiempo sería Tesorero del Rey en Guayaquil<sup>16</sup>.

Después de gastar 40,000 pesos de oro en pertrechar su hueste, Orellana partió con ella a San Francisco de Quito. Pero llegó a esta ciudad en febrero de 1541, dándose allí con la desconcertante nueva de que Gonzalo Pizarro había partido a la Canela por Pascua de Navidad<sup>17</sup>.

Orellana entonces *"estuvo en alguna confusión de lo que había de hacer"*<sup>18</sup>, pero sobreponiéndose a su sorpresa *"se determinó de pasar adelante"*<sup>19</sup>. Los vecinos de Quito trataron de desanimarlo, exponiéndole que era peligroso alcanzar a Gonzalo Pizarro, pues para llegar hasta él se tenía que cruzar un territorio infestado de flecheros y *"temían lo matasen como habían hecho a otros que habían ido con muy gran copia de gente"*<sup>20</sup>.

Pero Orellana estaba demasiado seguro para renunciar a su proyecto por causa de unos indios flecheros, y se *"determinó con todo este riesgo de seguir tras el dicho Gobernador; y así padeciendo muchos trabajos, así de hambres como de guerras que los indios le daban, que por no llevar más de veinte y tres hombres muchas veces le ponían en tanto aprieto que pensaron ser perdidos y muertos en manos de ellos... alcanzó al dicho Gonzalo Pizarro"*<sup>21</sup>. Cuando esto aconteció estaban sus hombres tan desbaratados que él, con ser el Capitán de aquellos veintitres aventureros, *"no llevaba sino una espada y una rodela"*<sup>22</sup>. Todo lo demás, incluso parte de la ropa que llevaban puesta, lo habían tenido que dejar por el camino. Y la crónica concluye parcamente: *"de esta manera entró en la provincia de Motín donde estaba el dicho Gonzalo Pizarro con su real, y allí se juntó con él y fue en demanda de la dicha canela"*<sup>23</sup>.

La llegada de Francisco de Orellana fue todo un acontecimiento para los doscientos españoles que estaban con Gonzalo Pizarro. Habían sufrido mucho con las quebradas y frios del camino, pero ninguno estaba peor que el mejor de los recién llegados. Por eso, el recibimiento fue un premio a la popularidad del rezagado y el propio Gonzalo Pizarro, su pariente, salió a saludarlo con su Maestre de Campo Antonio de Ribera, hidalgo soriano conquistador de Cartagena de Indias, y su Alférez Juan de Acosta, mancebo de singular valor. Después del abrazo, Orellana pasó a conversar con Gonzalo. Luego de la plática, ratiificándose un acuerdo tomado por los dos en Quito, el Gober-

nador hizo a Orellana su segundo. Como premio a su esfuerzo y sus servicios, Francisco de Orellana fue ascendido de capitán de rezagados a lugarteniente de esa expedición que marchaba al País de la Canela<sup>24</sup>.

La desdichada historia de la expedición al País de la Canela puede sintetizarse así. Después de cruzar la tierra de los Quixos, la última que conquistó Huaina Capac hacia la parte de Septentrión, y de resistir una recia guasábara, los conquistadores, pasaron a descansar a unos pueblos indios. Pero estando entregados al reposo *"sobrevino un tan gran terremoto con temblor y tempestad de agua y relámpagos y rayos y grandes truenos, que, abriéndose la tierra por muchas partes, se hundieron más de quinientas casas; y tanto creció un río que allí había, que no podían pasar a buscar comida, a cuya causa padescieron gran necesidad de hambre"*<sup>25</sup>.

Repuestos del susto y del ayuno, los españoles prosiguieron su camino por unas sierras altas y frías donde muchos de los cuatro mil indios auxiliares que llevaban murieron helados. En las hondas quebradas más de un caballo perdió las pezuñas y más de una docena de puercos estrelló sus mantecas, pero los expedicionarios siguieron adelante hasta hallar la peligrosa compañía de un volcán. Era el Zumaco, también llamado Guacamayo, cuyo cráter iluminaba el cielo en las noches de gran oscuridad. En sus faldas, los cansados españoles pasaron varias semanas<sup>26</sup>.

Pero un día de los muchos en que mojados por la lluvia recorrían esa tierra de Zumaco, se vieron unos arbolillos no muy altos: ¡era la canela! Comprobaron todos ser unos *"árboles con hojas como de laurel, y la fruta son unos racimos de fruta menuda que se crían en unos capullos"*<sup>27</sup>. Pero *"aunque esta fruta y hojas y corteza y raíces del árbol tienen sabor y olor y sustancia de canela"*<sup>28</sup>, no todos sus descubridores llegaron a la misma convicción. Muchos apreciaron los árboles silvestres, aunque comprobaron que los indios los habían logrado domesticar *"y así nasce dellos más fina canela que de los otros"*<sup>29</sup>. A pesar de esta última evidencia, no hubo mayores manifestaciones de entusiasmo en torno al hallazgo de los arbolillos. Los soldados los miraron con indolente naturalidad. Todos quietos y callados, en el fondo parecían preguntarse: ¿y para hallar esto hemos venido de tan lejos? Menos mal que todos se murieron sin conocer lo peor: ¡aquellos árboles no eran de canela!

En Zumaco dejó Gonzalo a Orellana con la retaguardia y se adelantó a indagar por el camino. Ya no buscaba canela, ahora buscaba comida. Sólo halló tierras mal pobladas y estériles cuyos habitantes desnudos lo incitaban a seguir, prometiéndole oro y fruta hacia el Oriente. Así llegó al pueblo de Coca, donde el curaca salió de paz y le habló del Napo, río cercano al lugar

donde estaban. Gonzalo comenzó entonces a bajar las orillas del Coca o río de Santa Ana, descubriendo una hermosa catarata y construyendo un puente de madera, para ganar la otra ribera. Por haber cambiado el paisaje y estar ya en plena selva, Gonzalo consideró oportuno hacer venir a su lugarteniente, hombre experimentado en tales climas y comarcas. Orellana recibió su mensaje y poniéndose al frente de la retaguardia a él confiada —que entonces llamaban burlescamente los soldados: la cola del campo— la condujo con mil padecimientos hasta Guema, pueblo indígena donde *"alcanzó al dicho gobernador"*<sup>30</sup>.

Reunida toda la hueste se avanzó junto al río Coca veinte leguas parece que por su orilla izquierda, y deteniéndose en unas poblaciones no grandes —posiblemente de indios ahushires o secoyas— Gonzalo insistió en su ya esbozado proyecto de navegar el río. No todos comulgaron con su idea, pero siendo el caudillo de la expedición, tampoco hubo quien lo desobedeciera.

*"Y allí hizo Gonzalo Pizarro un bergantín para pasar a la otra parte del río a buscar comida y para llevar por el río abajo la ropa y otros fardajes y a los enfermos, y aún para caminar él por el río, porque en las más partes, a causa de ser la tierra tan anegada... aun con machetes y hachas no podían hacer el camino. Y en hacer este bergantín pasaron muy gran trabajo, porque hubieron de cimentar fraguas para el herraje en lo cual se aprovecharon las herraduras de los caballos muertos, porque ya no había otro hierro y hicieron hornos para el carbón... y en lugar de brea se aprovecharon de una goma que allí distilan los árboles, y por estopa usaron de las mantas viejas de los indios y de las camisas de los españoles, que estaban podridas de las muchas aguas, contribuyendo cada uno según podía. Y así, finalmente, dieron cabo en la obra y echaron el bergantín al agua, metiendo en él todo el fardaje; y juntamente con él hicieron ciertas canoas, que llevaban con el bergantín"*<sup>31</sup>.

Terminada la obra, empezaba la aventura. Empezada la aventura, se alcanzaría la gloria.

Cuando el *San Pedro* pudo balancearse sobre las aguas del río, todos vieron coronada su labor. Era que desde Gonzalo Pizarro —que *"él por su persona era el primero que echaba mano de la hacha y del martillo"*<sup>32</sup>—, hasta el último soldado de la hueste habían intervenido en su construcción. Juan de Alcántara, que por fortuna entendía algo de barcos, fue el que dirigió la obra del bergantín. Francisco de Orellana también tuvo trabajo y *"anduvo por todo el real sacando hierro para clavos y echando a cada uno la madera que había de traer, y de esta manera y con el trabajo de todos se hizo el dicho barco"*<sup>33</sup>. Razón, pues, y más que suficiente, tenían para celebrar su botadura.

Puesto a flote y anclado con la popa río abajo, el bergantín fue cargado con la poca ropa que quedaba. Como sobró mucho lugar, también se ubicaron en él los enfermos, fueran indios o españoles, y se dio el mando de la nave a Francisco de Orellana. De este modo prosiguió la expedición. Unos iban por el río y Gonzalo Pizarro con los otros por la orilla, *"haciendo el camino a fuerza de brazos con espadas y machetes y hachas, y cuando no podían caminar por la una parte del río se pasaban a la otra en el bergantín y siempre caminaban con tal orden, que los de tierra y los del río todos dormían juntos"*<sup>34</sup>.

Cincuenta leguas de selva se avanzó en estas condiciones, no comiendo otra cosa que yerbas y raíces y fruta silvestres, sapos y culebras y otras malas sabandijas, que todo les hacía buen estómago a los españoles, que peor les iba con la falta de cosas tan viles<sup>35</sup>. Esto ocurría porque casi no quedaban caballos y habían desaparecido por completo los perros de guerra, los carneros, los puercos y las llamas.

A este paso llegó un momento en que el hambre se hizo inaguantable. Los soldados, al no hallar pueblos con comida, *"iban muy descontentos y platicaban de se volver y no pasar adelante, porque se tenía noticia que había gran despoblado"*<sup>36</sup>. Entonces Orellana *"viendo lo que pasaba y la gran necesidad en que todos estaban y que había perdido todo cuanto tenía, le pareció que no cumplía con su honra dar la vuelta sobre tanta pérdida, y así se fue al dicho gobernador y le dijo cómo él determinaba de dejar lo poco que allí tenía y seguir el río abajo, y que si la ventura le favoreciese en que cerca hallase poblado y comida con que todos se pudiesen remediar, que él se lo haría saber, y que si viese que se tardaba, que no hiciese cuenta de él, y que, entre tanto, que se retrajese atrás donde hubiese comida, y que allí le esperase tres o cuatro días, o el tiempo que le pareciese, y que si no viniese, que no hiciese cuenta de él..."*<sup>37</sup>.

Gonzalo escuchó sorprendido, en un principio, la propuesta de su lugarteniente, pero encontrando que en ella podía estar la solución de todos, *"le dijo que hiciese lo que le pareciese"*<sup>38</sup>. Otro escrito afirma que le dio doce días de plazo para volver con comida.

#### **"RIO ABAJO CON PROPOSITO DE LUEGO DAR LA VUELTA"**

Un día después de la Natividad, esto es, el 26 de diciembre de 1541, obtuvo Orellana esta respuesta. Entonces fue que reunió el lugarteniente cincuentisiete soldados y metiéndolos en


el "San Pedro", se dispuso para la partida. Los de tierra los despidieron con grandísima esperanza deseándoles mucha ventura, mientras un fraile dominico que iba en el navío, rezaba *"suplicando a Nuestro Señor tuviese por bien de nos encaminar en aquella jornada de manera que pudiésemos volver a nuestros compañeros"*<sup>39</sup>. Era fray Gaspar de Carvajal, el que sería cronista de la fluvial expedición.

Todo el primer día el bergantín se dejó llevar por la corriente, adquiriendo a cada hora mayor velocidad. Pero el segundo día de navegación los soldados estuvieron a punto de perder las vidas. En efecto, un grueso tronco sumergido dio en la proa de la nave y se abrió tal brecha de agua que fue imposible seguir. Los tripulantes maniobraron con presteza, logrando llevar el barco a la orilla y poniéndolo casi fuera del agua, procedieron a remendar su casco en un burdo alarde de carpintería. Lo bueno estuvo en que además de burdo fue eficiente, porque esa misma tarde el bergantín, con su gran parche de madera, volvía a navegar<sup>40</sup>.

A los cinco días de haber dejado el campamento, los expedicionarios se encontraban a más de treinta leguas de él y todavía no habían visto ni siquiera un triste pueblo de indios. Con verdadero sobresalto comprobaron algunos que ya no quedaban provisiones a bordo y así lo hicieron notar al Capitán. Orellana informó entonces a todos sus hombres de lo que ocurría. Estos, creyendo que todavía se podía dar la vuelta, opinaron que debían proseguir. Conscientes del compromiso adquirido con sus compañeros, todos querían continuar el viaje para luego retornar cargados de comida. Pero navegaron otro par de días y como no apareciese señal de población (antes bien, ya el río iba muy crecido por causa de sus muchos afluentes) la alarma se dejó sentir entre sus navegantes. Se vieron poco menos que perdidos, según fray Gaspar de Carvajal, y *"con parecer del capitán, dije yo una misa como se dice en la mar, encomendando a Nuestro Señor nuestras personas y vidas, suplicándole, como indigno, nos sacase de tan manifiesto trabajo y perdición; porque aunque quisiésemos volver agua arriba no era posible por la gran corriente... tentar de ir por tierra era imposible"*<sup>41</sup>.

En peligro de morir por falta de alimentos y sin poder regresar por oponérseles la selva y la corriente del Napo, todos acordaron que la solución la diera el Capitán Orellana. Este tardó algo en otorgar su fallo. Pero al apreciar que sus hombres no comían otra cosa que *"cueros, cintas y suelas de zapatos cocidos con yerbas"*<sup>42</sup>, se tuvo que definir. Y mientras los más fuertes bajaban a la orilla para arrastrarse en el fango y buscar algo que sirviera de alimento y otros se volvían locos por



A facsimile of a handwritten signature in black ink. The signature is highly stylized, starting with a large, sweeping 'F' that loops back to cross itself. The name 'Francisco de Orellana' is written in a cursive script across the middle of the 'F'. The signature ends with a long, horizontal stroke that loops back to cross the 'F' again.

Facsimil de la firma de Francisco de Orellana.

comer frutos prohibidos, el Capitán Francisco de Orellana perfiló su decisión: seguirían río abajo confiando siempre en Dios, "*que pues El nos había echado por aquel río, tendría por bien de nos sacar a buen puerto*"<sup>43</sup>. Y la crónica deja traslucir, que si bien esta elección no la hizo contra su voluntad, la efectuó escogiendo el menor entre dos males.

Amaneció el día de Año Nuevo de 1542, que fue domingo, con el singular revuelo de varios españoles: creían haber oído un ruido de tambores indios. Mas no todos coincidían en la misma opinión, por eso "*unos lo afirmaban y otros decían que no*"<sup>44</sup>. Orellana aunque no fue de los primeros, tampoco desechó la posibilidad y alertando a sus hombres ante la proximidad de un ataque de los nativos, hizo a todos tomar sus precauciones.

De este modo siguieron navegando todo el día. Los ojos vidriosos de los tripulantes del bergantín, escrutadores implacables de la orilla, no descubrieron ningún poblado. Algunos de estos ojos terminaron su trabajo soltando alguna lágrima.

Lo cierto es que llegó el crepúsculo y con él la decepción. La depresión general fue ganando terreno. Comenzaron los enfermos a quejarse, los sanos tampoco dejaron de hacerlo. Unos y otros concordaban en que iban a morir muy pronto, porque aquella selva callada y negra, impregnada de salvaje soledad, no era otra cosa que el anticipo de la sepultura.

Orellana comprendió la situación de su gente y tratando de acallar sus funestos pensamientos, les dirigió a todos la palabra en términos de consuelo y con miras a infundirles ánimo. Los soldados dejaron de mirar el suelo y volvieron a él sus ojos, lo oyeron y confiaron.

Pero el hambre sobrevivió a la plática y veinticuatro horas después seguían los estómagos vacíos, o lo que es lo mismo, aquellos hombres movían su boca sólo para hablar. El lunes, ya de noche, en un último esfuerzo por hallar comida tocaron en una ribera del río. Hurgando el suelo en la oscuridad del fango pretendieron encontrar raíces y allí mismo llevarlas a la boca; pero estando en esta operación —cuando sólo se oía el resoplar de los hambrientos husmeando el lodazal o el rudo mordisco a un tubérculo fortuito— sonaron nuevamente los tambores. El capitán, que era uno de los que allí estaban, se puso de pie y escuchándolos con atención lo hizo notar a sus compañeros. La percusión frenética y acompasada nacida de la misma entraña de la selva se oía ahora con toda nitidez<sup>45</sup>.

Lejos de asustarse corrieron todos al bergantín. Ninguno pensó en un pueblo de guerreros, todos imaginaron cabañas abundosas en comida. Esa noche, siguiendo el uso militar de aquel entonces, se dividió en cuatro partes y se confió a los

centinelas mientras los demás dormían esperando el sol. Así pasó el cuarto de prima y el cuarto de vela, luego vino el cuarto de modorra, por último el cuarto del alba. Después del último cuarto el sol apareció<sup>46</sup>.

Entonces el capitán Orellana, que había pasado en vela la noche, mandó armar a sus hombres. Luego se levaron las áncoras y el barco empezó a navegar con gran cautela, como si temiera encontrarse con los indios. No se engañó del todo su tripulación hambrienta porque en breve, dos leguas a lo sumo, cuatro canoas llenas de selvícolas hicieron su aparición remontando la corriente. Los cristianos empuñaron sus armas y se aprestaron a defenderse, pero aquellos indios al ver el bergantín que avanzaba contra ellos, dieron media vuelta a sus canoas y se perdieron de vista<sup>47</sup>.

Los cristianos los vieron alejarse sin poderlos alcanzar, pero al cuarto de hora de haber desaparecido, se escucharon muchísimos tambores que, como si pregonaran guerra, sonaban belicosos<sup>48</sup>.

Orellana mandó entonces a los suyos echar mano de los remos para apresurar la marcha del bergantín. Quería llegar al pueblo de los nativos antes de que éstos estuvieran preparados para la lucha. Pero no hubo necesidad de tanta prisa, porque avistándose el poblado de cabañas se pudo comprobar, por parte de todos, que estaba vacío. Cuando pusieron los pies en él confirmaron su impresión primera. El pueblo estaba desamparado, ni siquiera los viejos habían quedado en la aldea<sup>49</sup>.

Orellana, previniendo siempre una celada, ordenó repasar cabaña por cabaña. El resultado no varió. Entonces los soldados pudieron prescindir de los huidos y arremetiendo a las ollas repletas de comida, aún caliente, las volcaron con voracidad en sus estómagos fríos. Comieron hasta hartarse, bebiendo al mismo tiempo los brebajes de los indios, pero *"aunque comían como hombres lo que habían menester, no olvidaron de tener cuidado de lo que les era necesario para defender sus personas, que todos andaban sobre aviso, las rodela al hombro y las espadas debajo de los sobacos, mirando si los indios revolían sobre nosotros"*<sup>50</sup>.

Así estuvieron hasta dos horas después del mediodía, momento en el que alguien gritó que se acercaban los indios por el río. Otra vez los cristianos aprestaron su defensa, pero como vieran que los indios no atacaban sino que se conformaban con mirarlos admirados desde sus piraguas, el capitán aprovechó este clima y subiéndose a un promontorio que daba sobre la corriente les gritó que no temiesen, que se acercasen... Orellana dio estas voces utilizando unas pocas que sabía de la lengua general del Inca comprendiéndolas aquellos indios por

pertenecer al grupo quechua de la selva. Entonces los nativos se aproximaron hasta donde estaba el jefe español, obsequiándolos éste con algunas baratijas. Orellana díjoles entonces que volvieran con su curaca o cacique, cosa que cumplieron inmediatamente porque poco después se presentó el reyezuelo —seguro ya de las intenciones de aquellos barbudos que hablaban su lengua— muy altivo y ataviado<sup>51</sup>.

Orellana lo recibió con grandes muestras de aprecio, abrazándolo y colmándolo de regalos, mayormente prendas españolas de vestir. El curaca se sintió muy halagado y sin perder su majestad, pidió brindar alguna utilidad a los cristianos. Orellana le expuso que necesitaban comida, lo que debió sorprender al reyezuelo porque desde que estaban esos barbudos en su aldea no habían hecho otra cosa que comer, pero atendiendo al pedido mandó a los suyos que sin pérdida de tiempo la trajesen. En efecto, momentos después, abundaban las perdices, las pavas y el pescado, como muestras de amistad de los nativos de Aparia la menor, en la orilla de ese río Napo que venía de los Quijos y País de la Canela<sup>52</sup>.

Al día siguiente, que se contó miércoles 4 de enero, Francisco de Orellana, en ese pueblo de Aparia "*que es en este río grande que viene de los Quijos*"<sup>53</sup>, nombró a Francisco de Isásaga escribano de la hueste. Esa misma mañana, también como "*teniente general de gobernador por el muy magnífico señor Gonzalo Pizarro*"<sup>54</sup> tomó posesión del pueblo de Aparia y de otro próximo llamado Irimacra, estando presentes sus respectivos curacas, los cuales —hace constar el acta de posesión— "*han venido... de paz y han dado obediencia a Su Majestad, y sirven y traen de comer para los cristianos*"<sup>55</sup>.

Hecho esto, Orellana juntó a sus españoles y les dijo que, habiendo encontrado comida, había la posibilidad de llevarla hasta el campamento de Gonzalo Pizarro. Por lo menos esto es lo que se desprende de cierto papel que los soldados suscribieron y entregaron esa misma tarde al escribano para que requiriera con él al capitán. Efectivamente, la siguiente mañana se presentó el escribano al Capitán Francisco de Orellana y le leyó el documento requisitorio. Decía él, "*en nombre de todos*", que apreciada la determinación del capitán de volver río arriba "*e visto ser cosa imposible subir adonde vuestra merced dejó al señor Gonzalo Pizarro, nuestro gobernador, sin peligro de las vidas, y que es cosa que no cumple el servicio de Dios y del Rey... requerimos y pedimos de parte de Dios y del Rey a vuestra merced que no empiece esta jornada tan cuesta arriba, en la que se ponen a riesgo las vidas de tantos buenos, porque somos certificados de los hombres de la mar que aquí vienen en el barco e canoas que aquí nos han traído que estamos del*

*real del señor gobernador Gonzalo Pizarro ducientas leguas o más por la tierra, todas sin camino ni poblado, antes muy bravas montañas, las cuales hemos visto por experiencia e vista de ojos viendo por el agua abajo en el dicho barco e canoas, padeciendo grandes trabajos y hambre; en el cual camino e viaje viniendo agua abajo hemos tenido temor de perder todas las vidas por la necesidad e hambre que padecimos en el dicho despoblado; cuánto más peligro de muerte terníamos subiendo con vuestra merced el río arriba. Por tanto suplicamos a vuestra merced, e le pedimos e requerimos, no nos lleve consigo el río arriba, por lo que dicho tenemos y representando a vuestra merced; ni se ponga en nos lo mandar, porque será dar ocasión a desobedecer a vuestra merced, y al desacato que tales personas no han de tener, si no fuese con temor de la muerte, la cual se nos representa muy descubiertamente, si vuestra merced quiere volver río arriba adonde está el señor gobernador; y si necesario es, otra y otra vez le requerimos lo sobredicho, protestando a vuestra merced todas las vidas de todos; y con esto nos descargamos de alevos ni menos desobedientes al servicio del Rey y si no le siguiéremos en este viaje: todo lo cual todos a voz de uno lo pedimos e firmamos de nuestros nombres, como por ellos abajo parecerá; y pedimos a Francisco Isásaga lo dé por testimonio, como escribano que es de vuestra merced; y decimos que estamos prestos para le seguir por otro camino por el cual salvemos las vidas”<sup>56</sup>.*

Escuchó Francisco de Orellana el requerimiento firmado por cuarenta y nueve integrantes de la expedición, encabezados por fray Gaspar, el vicario de la hueste, y no pudo menos que darse por enterado. También estaban entre los primeros firmantes su amigo Alonso de Robles y el Comendador Cristóbal Enríquez. Es decir, estaban todos menos ocho soldados que no habían querido firmar. Estos ocho eran los únicos dispuestos a regresar río arriba...<sup>57</sup>.

Madurada su respuesta, el capitán ordenó hacer juntas de soldados. Una vez que estuvieron todos reunidos apareció el capitán. Entonces les dijo lo que rato antes contestó al escribano, es decir “*que visto el requerimiento y el hecho ser como es lo que piden ser justo, por cuanto es imposible tornar a volver ir el río arriba, que él está presto, aunque contra su voluntad, de buscar otro camino para los sacar a puerto de salvación y a parte donde haya cristianos, para que de allí, todos juntos... vayan a buscar su gobernador y dar cuenta de lo pasado; y dijo que esto responde, con condición que en este dicho asiento adonde al presente estamos se esperase al señor gobernador dos o tres meses, hasta que no nos podamos sustentar porque podría ser el dicho señor gobernador aportar adonde nosotros estamos, y*

*si por caso no nos hallase, corria mucho riesgo su persona, lo cual es grande servicio a Su Majestad; y que entre tanto que aqui esperamos... se haga un bergantín para que el dicho señor gobernador siga el río abajo, o nosotros en su nombre, si él no viniere, por cuanto de otra manera no se pueden escapar las vidas si no es por el dicho río abajo*"<sup>58</sup>.

Los soldados, superado el estupor por el giro que el capitán había dado al requerimiento, "*dijeron que querían empezar luego su obra*"<sup>59</sup>, y como concedores, entre aquellos que no sabían nada de la construcción de barcos, se presentaron Juan de Alcántara, hidalgo natural de Alcántara, en Extremadura, y el gallego Sebastián Rodríguez. Orellana agradeció a todos su voluntad y esa misma tarde se iniciaron los preparativos<sup>60</sup>.

Efectivamente, Orellana dio a continuación un bando que se pregonó en el centro de Aparia, sobre que todos los soldados "*que hayan tomado o tengan en su poder ropas*"<sup>61</sup>, las entreguen para confeccionar estopa con ellas. Esto se mandó, porque muchos guardaban en el bergantín prendas pertenecientes a sus compañeros que habían quedado con Gonzalo Pizarro y no querían proceder con ligereza entregando lo que no era suyo. Luego se construyeron unos fuelles con los borceguíes o zapatos y a cada tres hombres se encargó cortar leña y convertirla en una hornada de carbón. Los más débiles quedaron a cargo de los fuelles, encargándoseles también traer el agua del río; los demás se encargaron de ir a la selva con hachas al hombro y machetes al cinto. Por su parte "*el capitán trabajaba en todo*"<sup>62</sup>, siendo ello el mejor ejemplo que entonces pudo dar a los hombres que mandaba.

Se trabajó con tanto ahínco que en veinte días se hicieron dos mil clavos y algunos aparejos para el nuevo navío. Pero conforme pasaron las semanas se vio que aquella orilla del río no era la más apropiada para construir un bergantín. El capitán dispuso entonces embarcar todo lo hecho, dejando la fabricación del barco para más adelante<sup>63</sup>.

Parece que respetando la posición de aquellos ocho que querían regresar, Orellana determinó de enviarlos en canoas donde Gonzalo Pizarro. Pero se sospecha que en el pueblo había cundido una epidemia, porque de los ocho sólo quedaban seis, habiendo muerto otros cinco lo que hacía un total de siete muertos. A los seis prometió entonces mil castellanos de oro si es que partiendo de Aparia remontaban el río grande que venía de los Quijos y llevaban una carta de relación a Gonzalo Pizarro. La mitad de los hablados se negaron a cumplir tal misión. Parece que los otros tres, más dos negros y unos indios emprendieron el viaje, porque el Inca Garcilaso recordará a uno de ellos<sup>64</sup>.

Acabado el trabajo del bergantín nuevo o, mejor dicho, interrumpido hasta hallar un buen paraje para construirlo, la estancia en Aparia no tuvo razón de ser. El mensaje a Gonzalo Pizarro le explicaría todo lo ocurrido y, sin ninguna duda, le haría ver que no debería seguir, que se volviera, porque a esas alturas Orellana y sus hombres ya habrían partido de Aparia. También le informaría que se había tomado posesión de un total de trece curacas, en otras palabras que aquella tierra ya pertenecía al Rey. Uno de estos curacas, probablemente el del pueblo de Aparia, les había contado cierta historia de un rey llamado Ica, que solía reinar rodeado de riquezas de oro. Esto también se debió escribir a Gonzalo Pizarro. Pero lo que jamás se le contó, fue que el mismo curaca informante habló de las Amazonas, cuya tierra había visitado, constándole ser de extraordinaria riqueza. Inocente o maliciosamente, lo cierto es que nunca Orellana informó a Gonzalo de esto<sup>65</sup>.

### A TRAVES DEL RIO NAPO

Y así se partió Francisco de Orellana y sus hombres en el bergantín, por ese río Napo que nacía en los Quijos. Partió el jueves 2 de febrero de 1542, fiesta de la Candelaria, y lo hizo antes de cumplirse los dos meses que como mínimo se impuso, porque los indios de Aparia empezaban a dar muestras de fastidio, cansados ya de alimentar a los guerreros blancos. También se partió, dice la crónica, por no perder tiempo ni gastar comida sin provecho alguno<sup>66</sup>.

Ese día de la Candelaria avanzaron casi veinte leguas río abajo. El capitán tenía la intención de arribar a tierras del curaca Irimara, uno de los primeros de los que tomó posesión. Lo malo estuvo en que buscando la tierra del curaca llegaron a la confluencia del Napo con el Curaray, suscitándose en este punto un gran peligro que describe así el vicario fray Gaspar: "*y aquí estuvimos en un punto de nos perder, porque al entrar [el Curaray], que este río entraba en el que nosotros navegábamos, peleaba el una agua con la otra y, traía mucha madera de un cabo a otro, que eran gran peligro de andar por él, porque hacia muchos remolinos y nos traía de un cabo a otro, pero con harto trabajo salimos de este peligro sin poder tomar el pueblo y pasamos adelante donde teníamos nueva de otro pueblo que estaba de allí doscientas leguas...*"<sup>67</sup>.

Más exacto hubiera sido decir leguas de completa soledad, porque a lo largo de ellas no había el menor poblado de indios. Aquellas márgenes no estaban habitadas por nadie, excepto por la soledad misma. El Napo corría por debajo de los árboles,





Francisco de Orellana, descubridor del Amazonas,  
por Germán Suárez Vértiz.

otras veces se anchaba su cauce y se alejaba la selva. El barquichuelo se deslizaba a favor de la corriente, despertando a su paso manifestaciones de sobresalto en la fauna lugareña. Trinos de pájaros, chillidos de monos y zumbidos de mosquitos precedían al bergantín por las orillas. En el agua, los caimanes o "*lagartos grandes*" de hasta veinte pies de longitud, disimulaban su presencia confundiéndose con los troncos del río. Por las noches se escuchaba el rugido del jaguar, elevándose de inmediato una bandada de murciélagos que por instantes solían ocultar a la luna... Así era la selva y así ese río Napo que a manera de una serpiente de plata se escurría entre los árboles buscando su camino.

Los días que navegaron el Napo debieron ser llenos de monotonía. Mientras unos remaban y dirigían el bergantín, otros —dormitando en la cubierta— se darían de palmadas tratando de matar algún mosquito. Pero no todos remaban o dormían. Los que no hacían nada de esto, víctimas del tedio volverían sus miradas hacia fray Gaspar, el dominico que pasaba las horas sin sentir las, siempre con su breviario abierto y entregado a la oración. El sabía muchas cosas, pues era el más culto de a bordo, pero los ociosos sentían temor de interrumpirlo. Por fin alguien se animaría a hacerlo y, deslizándose detrás de él varios soldados le pedirían que sacara a todos de una duda, que dejase de leer y les hablase de las amazonas...

El fraile, sorprendido por la pregunta, se debió de acariciar la barba tratando de recordar a Diodoro y a Justino, autores que no había leído sino cuando fue novicio, pero inspirándose también en otros clásicos, terminaría lanzando una historia truculenta que a todos debió sonar muy erudita.

Las amazonas eran mujeres de un pueblo fabuloso, situado en las orillas del Termodonte, en Capadocia, allá en tiempo de los grandes héroes. Vivían entregadas a las armas y para manejar mejor el arco se cortaban el pecho izquierdo. Sus maridos estaban con ellas sólo una vez al año y si de esta unión nacían hijos varones los daban a sus padres o, simplemente, los mataban antes de encariñarse con ellos; por el contrario, si nacían hijas hembras, las tomaban consigo para adiestrarlas en la equitación y educarlas en el arte de la guerra.

Tuvieron las amazonas varias reinas célebres. En primer lugar estaba Antíope, que atacó a Teseo y fue derrotada por él en el puente de Termodonte; también fue famosa Pentesilea, que socorrió a los troyanos y fue muerta por Aquiles, quien lloró su belleza y mató a Tersita, que se burlaba del cadáver. Otra fue Tomiris, que hizo perecer a Ciro; finalmente, Talestris, amazona que visitó a Alejandro. El propio Hércules —ese héroe que a decir de los antiguos edificó Sevilla— luchó contra

ellas y obtuvo como trofeo de guerra el cinturón de Hipólita, otra reina de las Amazonas, tan guerrera como bella.

Posiblemente su mala memoria, alejamiento del estudio novicial o relativa ignorancia del tema hicieron alterar al fraile algún nombre de su historia, mas lo cierto sería que al concluir-la, todos tendrían ya una grotesca idea de las Amazonas... Y fray Gaspar —acallada la curiosidad de aquellos hombres— pudo abrir nuevamente su libro, para continuar rezando las horas canónicas del día.

Siempre por el río Napo, los cristianos bajaron con su bergantín buscando un pueblo donde hallar comida. No era que les faltasen ya los alimentos, pero el hecho de gastarlos en camino tan deshabitado resultaba poco tranquilizador. Cualquiera día se acababan y otra vez los visitaría el hambre, y al pensar en esa "otra vez" todos maliciaban que podía ser la última.

Obsedidos, pues, en descubrir un pueblo, vivieron momentos de gran indecisión. Sobre todo, cuando por causa de una isla el río se bifurcaba. Entonces nadie sabía si sus aguas se volverían a juntar y si escogerían un ramal que a la postre resultara deshabitado, los torturaba la idea de que en el ramal desechado estuviera el consabido pueblo. Para evitar estas dudas Orellana dispuso la exploración en canoas. Seis soldados por canoa eran la dotación normal, dos canoas con doce hombres formaban una misión de avanzada. Más de una vez las frágiles embarcaciones salieron a cumplir su cometido, viéndose en aprietos para reintegrarse al bergantín; pero todas las apremiantes circunstancias fueron nada en comparación a ésta en que no volvieron. Los del barco las creyeron desaparecidas y lloraron su triste final. No era para menos, la cuarta parte de la hueste se había hecho humo. Pero cuando por esos caprichos fluviales las aguas volvieron a juntarse al cabo de dos días, se avistaron nuevamente las canoas que presurosas acudieron remando al bergantín. "No fue pequeña el alegría"<sup>68</sup>, del acontecimiento, escribe fray Gaspar, "que todo el trabajo pasado se nos había olvidado"<sup>69</sup>, trocándose en abrazos entusiastas el dolor primero. Orellana no quiso quedarse atrás en las muestras de regocijo y ordenó un día de descanso para celebrar el acontecimiento.

Por fin, siempre navegando a favor de la corriente, un día a las diez de la mañana, los cristianos divisaron "*unas poblaciones en las cuales estaban todos los indios en sus casas*"<sup>70</sup>. El cuadro, tal como lo pinta la crónica, fue para todos de estupor. Sin embargo, puede decirse que los indios fueron los primeros en descubrir a los viajeros.

La verdad es que aquellas márgenes todavía no estaban habitadas por los indios Huitotos, los cuales seguían en el Putumayo obedeciendo a su curaca Ica. Las orillas que visitaba aho-

ra Francisco de Orellana parece que ya eran patrimonio de los Orejones, selvícolas del grupo de los Encabellados, grandes adoradores del Sol que, sin embargo, carecían de una palabra para nombrar a la luna, por creer que era el mismo astro que cumplía una función nocturna. Sus casas, por lo que pudieron ver los españoles, estaban con sus moradores, lo que hablaría de cabañas sobre horcones de madera y techadas de palma, con piso de corteza a cierta altura del suelo y al que se llegaba por una rústica escalera. La abundancia de barandas y la ausencia de algunas paredes permitían apreciar lo habitadas que estaban. Los nativos se pusieron a la defensiva, mientras sus mujeres e hijos se situaron en las citadas barandas a presenciar lo que sucedería. Por lo menos esta es la impresión que logra darnos la crónica. Lo cierto es que con todo el cuerpo pintado de rojo, sus grandes orejas que les caían sobre los hombros y su corona de plumas de guacamayo, aquellos selvícolas con las jabalinas listas no debieron inspirar mucha confianza al capitán Orellana.

Por eso y "*por no los alborotar*"<sup>71</sup>, no quiso que los soldados bajasen al pueblo y, a manera de tanteo, envió a un español con tres canoas y hasta veinte cristianos a comunicar a los indios el mucho hambre que tenían por padecer de falta de alimentos. El español se acercó a la orilla con sus canoas y notificó a los indios su necesidad, invitándolos de paso a visitar al capitán que estaba en el bergantín "*porque les quería dar de lo que traía y decir la causa de su venida*"<sup>72</sup>.

Los nativos, en un primer momento poseídos por la desconfianza, se estuvieron quietos. Pero superado el recelo enviaron a tantear los propósitos del caudillo blanco a unos indios con tortugas y papagayos en abundancia. Estos le señalaron, entonces, un pueblo abandonado en la otra banda del río para pasar la noche. Ello gustó mucho a Orellana, quien satisfecho con la comida reunida pasó a aposentarse en la aldea de la orilla opuesta, donde los naturales irían a verlo al día siguiente. Pero la noche fue tan infernal a causa de los mosquitos, que decidieron partir muy de mañana a otro pueblo que decían estar más adelante<sup>73</sup>.

En efecto, allí hallaron a los indios ya tranquilizados y con más espíritu de hospitalidad. Tres días vivieron a sus anchas los cristianos, mientras al barco no cesaban de subir los alimentos. No obstante, ningún soldado quiso permanecer allí más tiempo, zarpándose al cuarto amanecer.

*"E yendo así, un domingo de mañana a una división que el río hacía, que se partía en dos partes, salieron a vernos unos indios en... canoas que venían cargados de mucha comida y se llegaron cerca de donde venía el capitán y pidieron licencia*

## EL DESCUBRIMIENTO DEL AMAZONAS

*para llegar, porque le querían hablar a dicho capitán el que les mandó que llegasen y así llegaron y le dijeron cómo ellos eran principales y vasallos de Aparián y que por su mandato venían a nos traer de comer y comenzaron a sacar de sus canoas muchas perdices, como las de nuestra España son, que son mayores, y muchas tortugas, que son tan grandes como adargas, y otros pescados. El capitán se lo agradeció y les dio de lo que tenía, y después de se lo haber dado, los indios quedaron tan contentos de ver el buen tratamiento que se les hacía y en ver que el capitán les entendía su lengua, que no fue poco para que nosotros saliésemos a puerto de claridad, que a no la entender tuviéramos por muy dificultosa nuestra salida”<sup>74</sup>.*

No es de extrañar que con unos pocos vocablos quechuas Orellana se lograra entender con los selvícolas. La penetración incaica, efectuada un siglo antes de la llegada de los españoles, llevó a las tribus amazónicas una lengua culta y más perfeccionada que cualquiera de sus dialectos ancestrales. Más aún, hasta puede colegirse que impresionó tanto a los selváticos que a partir de entonces muchas de sus tribus usaron la lengua del Inca para entenderse entre sí, utilizándola como lengua franca. Pero donde verdaderamente se descubre la influencia quechua es en la toponimia. Se evidencia no sólo en los lagos, como sería el caso de los principales llamados Papayacu y Rimachi, sino, sobre todo, en los ríos. Así lo prueban hasta hoy el Mayu, Tampu, Pisquis, Huallapampa y Cainarachi, el Chuquimayo, el Aguariacu y el Putumayo, sin contar a los vistos Coca, Curaray y Napo. La verdad es que los Incas sólo se detuvieron al no hallarle utilidad a la selva, al descubrir que sus habitantes vivían como monos en los árboles y que lanzaban saetas a manera de serpientes que llevaban el veneno en su cabeza. También se vieron frenados por el clima tórrido, pues su naturaleza andina acostumbrada al frío se resintió con la yunga, tierra caliente, húmeda y baja que sólo les significaba enfermedad. Por eso, en la sonora toponimia quechua de nuestra Amazonía, quedan también nombres, como Rupa-Runa, palabra compuesta que hacía las veces de superlativo y designaba una tierra caliente, extremadamente caliente.

## EL DESCUBRIMIENTO DEL RIO GRANDE

Estando ya por despedirse, dijeron los indios al capitán que fuera al pueblo donde residían, que allí serían huéspedes de su curaca Parián. Orellana aceptó en principio la invitación, mas observando la bifurcación del río *“les dijo que por cual de los dos brazos había de ir”<sup>75</sup>*. Por toda respuesta los selvícolas le

contestaron que los siguiera. Orellana se avino a tal idea y, ordenando levar áncoras, partió.

Pronto entraron las canoas al ramal de la derecha, desembocadura occidental del torrentoso Napo que siguió en buena hora el bergantín para mojar luego su quilla en un río de gigantesco caudal, una mar dulce que corría: el fabuloso Río Grande de las Amazonas. Según la crónica de Fray Gaspar, era un día domingo.

La parquedad del dominico resulta así poco elocuente, pero la verdad es que se debe a una mutilación del documento. Los copistas son los culpables del hecho. Sospechando —por el gran parecido de ambos episodios— que se repetía el pasaje de la confluencia del Napo con el Curaray y tratando de evitar a los lectores el duplicado momento, cercenaron esta parte de la crónica creyéndola un error de fray Gaspar. Felizmente, antes de mutilarlo los copistas, conoció el escrito Gonzalo Fernández de Oviedo, quien lo transcribió casi al pie de la letra en su *Historia General y Natural de las Indias*, salvándose de este modo el día del descubrimiento: domingo, 12 de febrero de 1542, fiesta de Santa Olaya. El párrafo que trae Oviedo dice así: "*Día de Sancta Olalla, aviendo ya pasado once días de febrero después que partimos del assiento de los clavos, se juntaron dos ríos con el río de nuestra navegación, y eran grandes, en especial el que entró a la mano diestra como veníamos al agua abaxo: el qual deshacia e señoreaba todo el otro río, e parescia que le consumia en si; porque venia tan furioso e con tan grande avenida, que era cosa de mucha grima y espanto ver tanta palizada de árboles e madera seca como traía, que pussiera grandissimo temor mirarlo desde la tierra, quanto más andando por él. Estas juntas destes tres ríos se llamaron las juntas de Sancta Olalla...*"<sup>76</sup>. Demás está decir que las juntas se formaban con el Amazonas y las dos bocas del Napo. La boca occidental del Napo carece de remolinos, por eso el peligro no pasó de una afluencia de troncos y de algún movimiento inesperado del "*San Pedro*". Eso fue todo, lo demás fue miedo.

En efecto, al aproximarse a su fin el brazo occidental que navegaban, vieron salir de un pueblo ribereño muchos indios en son de guerra, los que subiendo en sus canoas remaron hacia el "*San Pedro*" con ánimo de atacarlo. Orellana aprestó a sus hombres y aproximando el barco hacia la orilla, presumiblemente la izquierda, saltó con los suyos en tierra blandiendo las armas en la mano. Los indios al ver esto quedaron muy sorprendidos, pero lejos de presentar batalla para recuperar su aldea, se acercaron a los cristianos. Entonces Orellana, que según Juan de Castellanos

El descubrimiento del Amazonas, por  
Germán Suárez Vértiz.

251





*"...tuvo de lenguas gran noticia*

*Y para las hablar mucha pericia"*<sup>77</sup>, sacó a relucir sus conocimientos, haciendo de ellos tabla de salvación. Todos pusieron en las voces del jefe poca esperanza, pues, el talante de los indios no era de los que aplacaba con palabras, pero el decidido hablar del capitán surtió su efecto y los cristianos, más admirados que los mismos nativos, percibieron frutos de amistad. En estas circunstancias fue que fray Gaspar invocó a la Providencia y la hizo responsable de todo lo que siguió después, agradeciéndole por el capitán que les había dado, pues *"el entender él la lengua fue parte, después de Dios, para no nos quedar en el río"*<sup>78</sup>, se sobrentiende que muertos.

Es factible que aquellos aborígenes nunca los quisieron atacar. El partir al encuentro de la nave en forma tan precipitada y movida —al igual que en otros tantos pueblos primitivos— no significaba para ellos sino la exteriorización de su alegría, el salir a dar la bienvenida a los esperados visitantes. Pero el desconocimiento de las costumbres ajenas no trae consigo la obligación de confiar y esto fue lo que decidió a Orellana a saltar en tierra con las armas en la mano, pronto a defenderse. Mas al comprobar los indios su postura —acaso entendida por ellos como danza de guerreros amigos— se estuvieron un tiempo parados. No se siguió nada interesante, de lo mucho que esperaban ver, y entonces fue que se acercaron. Orellana les habló amistosamente y ellos, como que lo deseaban, no tuvieron inconveniente en saludarlos *"mostrando en su semblante que les placía de nuestra venida"*<sup>79</sup>.

Seguidamente ofrecieron a los blancos manatíes, tortugas, monos, perdices y pescado. Se aproximó entonces Parián, el curaca, y *"viendo el capitán el buen comedimiento del señor"*<sup>80</sup>, luego de saludarlo pasó a hablarle del verdadero Dios, del Papa de Roma y del Emperador Don Carlos, enterándolo que en nombre de este último venían explorando todo el continente de las Indias *"y que por su mandado ibamos a ver aquella tierra y le ibamos a dar razón de lo que habíamos visto en ella"*<sup>81</sup>. Parián estuvo muy atento a este informe y terminado preguntó interesado al caudillo de los intrusos si pretendía *"ver las Amazonas"*<sup>82</sup>. A todos dio un vuelvo el corazón, informándose allí mismo que tales mujeres guerreras eran ciertas y que aquellos indios *"en su lenguaje las llamaban Coñiapuyara, que quiere decir grandes señoras"*<sup>83</sup>. En el caso de ir a ellas, advirtieron: *"que mirásemos lo que hacíamos, que éramos pocos y ellas muchas, que nos matarian, que nos estuviésemos en su tierra, que allí nos darían todo"*<sup>84</sup>.

Continúa fray Gaspar que *"El capitán les dijo que no podíamos hacer otra cosa sino pasar de largo para poder dar razón de*

*si a quien le enviaba, que era su rey y señor, y después que el capitán calló parecía que quedaban muy contentos*"<sup>85</sup>. La verdad es que los indios se quitaban un peso de encima: aquellos barbudos no se quedarían eternamente en su tierra. Sin embargo, picado de curiosidad el curaca preguntó a Orellana que quién era él y sus acompañantes, "al cual el capitán respondió lo mismo que ya le había dicho, y le dijo más, que éramos hijos del Sol y que íbamos por aquel río abajo... De esto se espantaron mucho los indios y mostraron mucha alegría, teniendonos por santos o personas celestiales, porque ellos adoran al Sol que ellos llaman Chise"<sup>86</sup>. Esto último confirmaría que aquellos naturales seguían siendo del grupo de los encabellados. Por lo demás, la geografía quinientista bautizó esta zona como Aparia la Grande o Señorío del Cacique Parián.

La noticia de que los españoles eran Hijos del Sol hizo furor en la selva. No en vano aquellos indios adoraban al astro rey, se identificaban con él, llevaban su nombre y ostentaban su imagen. Debido a eso, la curiosidad despertada entre aquellos indios logró que al siguiente día acudiesen veintiseis curacas lugareños, lo que aprovechó Francisco de Orellana para tomar posesión de todos en nombre del Emperador, erigiendo en señal de ella una gran cruz de madera<sup>87</sup>.

Como no cesaran los obsequios de comida y, sobre todo, las muestras de amistad y reverencia, Orellana resucitó su idea de construir un bergantín. El lugar era bueno y la colaboración de aquellos indios podía servir de mucho. El entallador Diego Mexía recibió entonces la orden de dirigir la obra y los cristianos marcharon a la selva por madera. Cortando troncos mientras algunos compañeros los protegían con sus ballestas, los soldados reunieron en siete días la cantidad necesaria. Luego la llevaron al pueblo, donde ya los estaba esperando el carbón y los clavos. Así se hizo la quilla, las cuadernas o costillas del barco, las estamenadas y las rodas. Juan de Castellanos narra así la construcción del barco:

*"Hácense tablas de canoas duras  
Por ciertos levantiscos oficiales,  
Hizose clavazón de herraduras,  
Búscanse necesarios materiales:  
Hay brea de copey y otras horruras,  
Con aceite de acuosos animales;  
Finalmente pusieron en el río  
Otro mayor y más capaz navío"*<sup>88</sup>.

La verdad es que en treinticinco días estuvo listo el "Victoria", botándose al agua ya calafateado con algodón y breado con pez. En medio de nubes de mosquitos se dio por terminada la obra.

Mas cuando el bergantín logró mecerse sobre un línea de flotación, la animosidad de sus constructores estaba cambiada por completo. Veamos lo que había sucedido.

Serían los postreros días de febrero, cuando el capitán sorprendió a todos con cierta decisión, suya, al parecer extravagante: quería renunciar el mando. Adujo que estaba agobiado por la fatiga, que su cansancio corporal obedecía al exceso de trabajo y que la única manera de evitar peores males era despojarse de la capitanía de la hueste, para que luego ésta invistiera con ella a quien mejor la pudiese desempeñar... Los soldados recibieron la noticia y reuniéndose en torno al escribano redactaron una petición a Francisco de Orellana, rogándole que no abandonara su puesto y dándole el tratamiento de Muy Magnífico, procediendo luego a comunicarle que no querían otro capitán y que lo juraban por caudillo y única cabeza. Cuarentiocho soldados firmaron el documento, eximiéndose de hacerlo los dos frailes de la expedición<sup>89</sup>.

El primero de marzo se notificó a Orellana la decisión de la hueste, contestando el renunciante que: *"visto el dicho requerimiento, y ser cumplidero al servicio de Dios Nuestro Señor e de Su Majestad, y por le servir, dijo que le acetaba y acetó en nombre de Su Majestad e firmólo de su nombre"*<sup>90</sup>. Investido esta vez por su propia hueste y no reconociendo a otra autoridad que no fuere el Emperador, Francisco de Orellana rompió definitivamente con el Gobernador Gonzalo Pizarro. Convertido de este modo en capitán independiente, podía usar el título de Capitán General de todos aquellos que marchaban al descubrimiento y conquista del País de las Amazonas.

Hechos los últimos aprestos, el nuevo capitán nombró su Alférez a Alonso de Robles, comisionándolo para saltar en tierra y procurar comida a la tropa por los pueblos que pasaran. Pero por motivos imprevistos, relacionados con el último de los bergantines, no se pudo partir de inmediato. Por eso pasaron allí toda la cuaresma, la Semana Santa del 2 al 9 de abril y el domingo de Cuasimodo (16 de abril), haciéndose presente la liturgia por primera vez en esa selva. Fray Gaspar, asesorado por un mercedario que iba en su compañía y que se llamaba fray Gonzalo de Vera, dio sermones, confesó e hizo comulgar a todos los expedicionarios. Los resultados no fueron negativos, pues la paz tornó a los corazones, teniendo todos más motivos para confiar en Dios. La mucha fe del fraile achacó entonces a la Providencia un milagro más, y fue que habiendo cesado la venida de los indios con comida los días de ayuno en la Semana Santa, volvieron sin que nadie los llamara portando muchos viveres el Sábado de Gloria, que cayó 8 de abril. Nadie se los había así ordenado, pero el hecho fue que sucedió. Satis-

fechos todos con la maravilla obrada ante sus ojos pecadores, los cristianos, con Francisco de Orellana a la cabeza, partieron con sus bergantines el 24 de abril, víspera de San Marcos. Atrás quedaron, con su curaca Parián, los indios muy apenados. El curaca no pudo resistir la tentación y al día siguiente alcanzó en el río a los Hijos del Sol para agradecerles la merced que le habían hecho albergándose en su aldea y para ofrecerles un último regalo de comida. Luego de esto, los Hijos del Sol se alejaron para siempre<sup>91</sup>.

### LOS OMAGUAS

Partidos en época de fuertes lluvias, los bergantines se adentraron por el Río Grande a otro despoblado verde que parecía no tener fin. No se veía un triste pueblo, ni siquiera un indio. Sin embargo, los barquichuelos no cruzaban un país deshabitado. Desde la orilla hirsuta de la selva, emboscados como acostumbra, los yaguas los observarían con su rostro inexpresivo teñido de achiote y los dientes pintados de negro. Llevaban faldellines de fibra de palma que partiendo de la cintura les llegaban a los pies, también brazaletes y tobilleras en forma de mechones de paja; sus mujeres, semidesnudas, lucían gruesos collares de pájaros secos. Vivían alejados del río, pero sin descuidar lo que venía por él. Desconocedores del arco y de la flecha, observarían los bergantines ocultos en la floresta, aferrados a la cerbatana, la lanza y el arpón. Mirar sin ser mirados: ese parecía ser el lema de los yaguas. Sin duda, una vez más, lograron su objetivo, porque fray Gaspar no descubrió sus pueblos ni avistó un solo indio.

Pasado un punto que hoy podría ubicarse en Tabatinga, los expedicionarios penetraron a Machaparo, primera provincia del larguísimo país de los Omaguas. La historia de este tramo habitado por tan belicosos indios empezó con un acontecimiento bastante original. Sucedió que el sábado 6 de mayo Diego Mexía disparó su ballesta contra un ave posada en un árbol junto al río, haciéndolo con tan mala fortuna que la nuez —parte principal del mecanismo del arma— saltó de la caja y cayó al agua. Se apenó mucho el propietario de la ballesta con la pérdida de semejante pieza y estando atribulado, perdidas también sus esperanzas, un Gabriel de Contreras que no tenía motivo para lamentarse tanto, tornó al río con intención de pescar. Con una vara y una cuerda estuvo gran rato asomado a la corriente, hasta que por fin, después de muchas tentativas infructuosas, logró izar un pez de cinco palmas. Todos se alegraron con su presencia, porque estaba llamado a representar un importante

papel en la cena, pero nadie sospechó lo que tal pez se traía en el cuerpo. Abierto para limpiarlo antes de ir a la olla, "*dentro del buche se halló la nuez de la ballesta*"<sup>92</sup>. De este modo Mexía recuperó el uso de su arma y todos encontraron riquísimo el pescado de Contreras.

Así los ánimos, para ser más precisos el sábado 13 de mayo, los cristianos entraron a Machaparo. El cacique era muy guerrero, por lo que se preciaba de tener cincuenta mil hombres de pelea. Su pueblo estaba asentado sobre el río y tenía dos leguas de largo, constaba de muchas casas blancas —encaladas, como entonces se decía— despertando su lejana vista un recuerdo de los pueblos andaluces. Los bergantines se deslizaron entre las cabañas de la orilla, estando repletos de indios sus atracaderos. Las dos naves continuaron desconfiadas su avanzar, pero cuando ya casi no había motivo para maliciar peligro, oyeron una enorme grito a sus espaldas, sonidos de trompeta y golpes de tambor. Volvieron sus cabezas los cristianos y apreciaron detras de ellos, "*muy gran cantidad de canoas, todas puestas a punto de guerra*"<sup>93</sup>. Efectivamente, repletas de guerreros omaguas con los cráneos horriblemente deformados, las canoas bajaban el río en medio de un frenético *tam-tam*.

Orellana dispuso la defensa alertando a los ballesteros y arcabuceros, pero estos últimos tuvieron que empuñar otra arma y soltar sus escopetas, porque se dieron con la ingrata sorpresa de que la pólvora estaba humedecida. Orellana mandó entonces juntar los dos bergantines para facilitar su defensa, pero a estas alturas ya "*los indios se venían acercando, hechos sus escuadrones para nos tomar en medio, y así venían muy ordenadamente y con tanta soberbia, que parecía que ya nos tenían en las manos*"<sup>94</sup>. Traían vistosos atuendos, lanzas afiladas y escudos muy largos hechos con piel escamosa de caimán. A una señal se lanzaron todos al ataque, poniendo en ello toda su fiereza y proclamando que querían vencer a sus enemigos para luego comérselos en un gran festín. Recién entonces entendieron los cristianos que aquellos indios eran antropófagos.

Esto debió aguzar el instinto defensivo de los blancos, porque al momento repelieron el asalto por medio de sus ballestas, haciéndolas disparar sus jaras o virotos con tal maña que atravesaron los pechos de los primeros indios. Los demás nativos se desconcertaron y se detuvieron un instante, el necesario para comprobar la mortífera acción de las pequeñas saetas, pero luego se les creció el ánimo y tornaron a atacar tan decididamente que a todos pareció que querían tomar los bergantines allí mismo.

Orellana, tratando de evitar el abordaje, llevó las naves hacia la orilla del pueblo, pero su estrategia fue adivinada por los

Faint, illegible text visible through the paper, appearing as bleed-through from the reverse side. The text is mirrored and difficult to decipher.

Faint, illegible text visible through the paper, appearing as bleed-through from the reverse side. The text is mirrored and difficult to decipher.

**El Río Grande de las Amazonas.**

omaguas y multitud de ellos, que estaban escondidos en sus casas, se precipitaron a los bordes del río para impedir el desembarco.

A pesar de ello, Orellana insistió en su propósito y acercándose a la ribera hizo descargar sus armas a los ballesteros una, dos y más veces, logrando de este modo abrir una brecha. Por ella saltó entonces Orellana con su rodela y espada, siendo seguido a corta distancia por varios de los suyos. Los omaguas, ignorantes de la defensa a tomar ante aquellas armas tan nuevas, se replegaron al interior. De este modo los españoles con su capitán tomaron la población sin ningún inconveniente, pues ya los indios la habían desalojado de viejos, niños y mujeres. Pero los de los barcos, no por esto se hallaron libres, ya que seguían asediados por las canoas cuyos ocupantes a toda costa querían abordar las dos naves<sup>95</sup>.

Orellana socorrió en lo que pudo a los de sus bergantines, pero entendiendo que de seguir así la guerra, necesitaba mucha comida, comisionó en medio de la lucha a su Alférez Alonso de Robles, para que con veinticinco soldados recorriese la población y alcanzase el alimento. Robles avanzó media legua y comprobó que el pueblo continuaba, por lo que no quiso seguir, pues *"los indios, aunque se retraían, ibanse defendiendo como hombres que les pesaba de salir de sus casas"*<sup>96</sup>. Regresó entonces a dar cuenta al capitán de lo grande que era el pueblo, hallándose allí con que la lucha de los bergantines no había terminado, pues los de las canoas no desfallecían en su intento.

No obstante, la parte de la población donde Orellana había efectuado el desembarco ya estaba de paz. El capitán descansaba de sus fatigas y aunque rendido de cansancio, escuchó a su Alférez hablar de la abundancia de las tortugas en corrales, del pescado seco, la carne expuesta al sol y el bizcocho de yuca. Dispuesto a aprovechar aquella abundancia de alimentos, Orellana encomendó a Cristóbal de Segovia la misión de traerlos en la mayor cantidad que pudiera.

Partido Cristóbal de Segovia, los españoles que estaban con Orellana se echaron por el suelo a descansar. Ya casi no podían tenerse en pie por la fatiga, en los bergantines había amainado la lucha, todo evidenciaba victoria para los cristianos. Aunque duramente conseguido, el primer fruto de la ganancia fue el descanso.

Así pasaron unos momentos reconfortantes, parecía que a esa fiera selva había retornado la paz. Pero la verdad era que si la paz se dejaba sentir, ella era artificial y preparada por los indios para lograr el descuido de los cristianos. Por eso, sin que nadie lo notara, los nativos ocultos en la vegetación se deslizaron hacia el pueblo, ingresando a él calladamente y deteniéndose



a espiar a esos barbudos que dormitaban... Luego dieron un salto y poniéndose de pie se lanzaron al ataque sin proferir ningún grito.

Esto consiguió tomar de sorpresa a los españoles, quienes cuando atinaron a defenderse tenían ya cuatro hombres malheridos. Pero aunque la mayoría de los soldados empuñó las armas, ninguno lo hizo tan a tiempo como Cristóbal de Aguilar, quien luchando y dando voces logró que despertaran todos y acudiesen en auxilio. Orellana salió de una cabaña a la carrera y con sólo una espada en la mano, pues no había tenido tiempo de vestirse la cota ni encasquetarse el morrión, acudió en socorro de sus compañeros. Tras él lo hicieron otros que estaban contiguos al capitán, iniciándose una batalla cuya duración fue de dos horas. Combatiendo cuerpo a cuerpo y sacando fuerzas de donde no las tenían, los españoles lograron poner en fuga a los indios. Cuando esto sucedió, quedaron en el suelo nueve soldados heridos. Delante de todos, con las piernas abiertas y en actitud de recibir al enemigo, el soldado Blas de Medina quería continuar la lucha con una daga en la mano a pesar de tener un muslo atravesado...<sup>97</sup>.

Se reconoció entonces que por haber confiado demasiado en Cristóbal de Segovia, se había descuidado las espaldas del poblado y que ello permitió a los indios irrumpir sin ser sentidos. Orellana quiso reparar su yerro y envió por Segovia, pero éste se presentó al poco tiempo con todos sus hombres heridos. También había sido atacado y traía una lanzada en el rostro; sus compañeros venían unos con las piernas atravesadas por lanzas, otros con los brazos desgarrados...

Mientras se curaba a los heridos, que en total eran dieciocho, Orellana dispuso que el Comendador Cristóbal Enriquez saliese con quince hombres a impedir que los indios se agrupasen. Este caballero —sin duda el más noble de la hueste— salió a cumplir su misión, pero habiendo sido herido el arcabucero que llevaba, recibió de Orellana la orden de retroceder para evitar mayores pérdidas.

Reunidos todos en el pueblo, Orellana habló a sus hombres reconfortándoles. Reconoció que aquella había sido una derrota y que tenían necesidad de retirarse, que los sanos se embarcasen con comida "y los que no podían ir por su pie mandó que los envolviesen en unas mantas y los tomasen otros a cuestras como que llevaban carga de maíz, porque no embarcasen coxeando y en verlo los indios cobraran tanto ánimo"<sup>98</sup>.

La tarde de ese día, que fue el de San Epifanio, los bergantines se alejaron derrotados del pueblo. Se alejaron a la hora del crepúsculo y lo hicieron perseguidos por muchísimas canoas repletas de guerreros omaguas que no cesaban de gritar. Toda

la noche duró la persecución fluvial de los indios, la que fue presenciada por los muchos pueblos del recorrido, los cuales estaban tan juntos que no distaban un tiro de ballesta unos de otros. Algunos eran tan grandes que medían cinco leguas de extensión<sup>99</sup>.

Así amaneció el 13 de mayo, víspera de San Pacomio, y estaban todos tan cansados de remar y combatir que se caían de sueño. Orellana, tratando de dar comida caliente a sus hombres, les hizo acoderar las naves a una islilla que había deshabitada. Pero mientras guisaban reaparecieron las canoas de los indios y tuvieron que dejar la comida sin probar<sup>100</sup>.

Puestos otra vez dentro de los bergantines, prosiguieron la huida. Más de ciento treinta canoas repletas de guerreros los seguían, viajando en ellas cuatro o cinco hechiceros, *"todos encalados y las bocas llenas de ceniza, que echaban al aire y en las manos unos hisopos, con los cuáles andaban echando agua por el río a manera de hechizos"*<sup>101</sup>.

Los pueblos por donde pasaban los bergantines anunciaban a los que seguían por medio de tambores que estuvieran preparados y de este modo, para mal de los españoles, siempre había canoas con tripulación de refresco, listas para la persecución. Pero las quillas de los barcos de Orellana, en virtud de su peso, hendían victoriosas ese mar de piraguas y los indios zozobrados sólo pensaban entonces en enderezarlas para subirse luego en ellas y alcanzar venganza de los forasteros.

Así, siempre luchando a través de larguísimos poblados, prosiguió su fuga la armadilla de Orellana. A los lados del río, desde las orillas con aldeas blanquecinas, se oían trompetas de madera y mensajes enviados con tambor. Los bergantines navegaban alejados de estas riberas, pero las canoas siempre los seguían, alentándolas en su tenaz persecución la gente de los pueblos con su grito. Los guerreros retaban a los españoles, pero al ver que no se detenían juraban cortarles las cabezas para luego decorarlas con plumas y pinturas, como solían hacer con las cabezas trofeos. Harto de tanto desafío y arrogancia, un soldado apellidado Celis tomó un arcabuz y disparó contra un caudillo omagua. El jefe indio se llevó las manos al pecho y cayó. Entonces le hicieron rueda las demás canoas, interesándose los guerreros por la suerte del herido. Esto lo aprovechó Francisco de Orellana, quien apremiando el remar de sus soldados, logró alejar los bergantines de aquellos belicosos indios<sup>102</sup>.

Salidos de esa tierra de Machaparo o Machifaro, Orellana continuó, bajando el río y cruzando la gran tierra de Omagua. A estas alturas estaban los expedicionarios en el corazón de la selva en esa región caliente y húmeda donde los árboles son

*“tan altos que se suben a las nubes; tan gruesos, que pone espanto”*<sup>103</sup>. Indios, a decir verdad, no los había, porque esa parte de la selva carecía de humanos, pero, en cambio, la tupida vegetación se hacía acompañar de multitud de grotescos animales. Allí vivían desde la boa anaconda, el mayor de los ofidios de la tierra, hasta arañas peludas del tamaño de las manos, las cuales se alimentaban de polluelos que sorprendían en los nidos. Las aves lucían mejor presentación, apreciándose entre ellas los pintados papagayos y guacamayos —de colores celeste y amarillo, rojo fuego y azul turquí— así como los graciosos pericos, de plumaje verde esmeralda. También habitaba por allí un género de puercos monteses, los cuales —a decir de los primeros que los vieron— tenían el ombligo en el espinazo... Y como éstos, muchísimos casos verían los expedicionarios de Orellana, al tiempo de seguir bajando el río.

Pero más adelante, después que la corriente corrigió su cauce hacia el Sur-Este, volvieron a verse huellas de nativos. Juan de Castellanos se refiere a este momento cuando escribe:

*“Ven tierras jamás vistas ni holladas  
sino del natural destas regiones:  
Vian desde los barcos ahumadas  
Que denotaban grandes poblaciones.  
Y algunas torrecillas levantadas,  
O templos de sus vanas religiones,  
O ya podría ser, según se piensa,  
Que las tenían para su defensa”*<sup>104</sup>.

Esto último era la verdad. Las poblaciones que ahora se veían también eran de omaguas. La primera en aparecer fue una que tenía en la entrada del río un fortín o fortaleza con gente de guarnición. Orellana, que buscaba un lugar para descansar con sus hombres, acordó tomar el pueblo. Tras una refriega que sirvió a los indios para tantear a los cristianos, los últimos ganaron la fortaleza, pero decidiendo quedarse en ella durante tres días, una mañana volvieron los nativos y nuevamente se tuvo que luchar. Mas los omaguas de este pueblo no eran tan constantes como los de Machaparo, de modo que se retiraron pronto y los españoles terminaron su descanso de tres días. A lo largo del reposo, tuvieron los soldados ocasión de atisbar los alrededores, descubriendo que partían para el interior muchos y buenos caminos. Receloso el capitán de que por tales vías recibieran refuerzos los indios, tornó a zarpar un domingo, que fue el siguiente de la Ascensión<sup>105</sup>.

Este mismo domingo 21 de mayo por la mañana, andadas dos leguas desde el pueblo de la partida, los soldados apreciaron la triple desembocadura del Purús y, por ser tres las bocas de

su confluencia, los españoles lo bautizaron como Río de la Trinidad. Por la tarde continuaron pasando delante de muchas poblaciones omaguas, asentadas en orillas de rica fruta, pero el capitán no quiso tomar tierra por entender que los indios eran muy guerreros y que deseaban luchar. Por eso dirigió sus bergantines al centro de la corriente, permitiendo, cuando mucho, que se acercara una canoa a platicar. La canoa se aproximaba, pero nunca sus tripulantes lograron ser entendidos, *"y como no nos entendíamos no sabíamos lo que decían"*<sup>106</sup>.

Esta misma tarde, a hora de vísperas, llegaron a un pueblo que estaba en una eminencia sobre el río, gozando —a lo que parecía— de un magnífico panorama. Orellana atacó el poblado por espacio de una hora, logrando al final su posesión. Los omaguas se retrajeron a la selva y entonces los cristianos pudieron aprovisionarse de comida. En este pueblo hallaron un palacete primorosamente construido, dentro del cual encontraron *"mucho loza de diversas hechuras, así tinajas como cántaros muy grandes, de más de 29 arrobas, y otras vasijas más pequeñas, como platos y escodillas y candeleros. Esta loza es la mejor que se ha visto, porque lo de Málaga no se iguala con ella, porque es de toda vidriada y esmaltada de todos colores, tan vivas que espantan, y demás de esto los dibujos y pinturas que en ella hacen son tan compasados que naturalmente labran y dibujan todo como lo romano"*<sup>107</sup>. Lo dicho por fray Gaspar, es el mejor elogio que se ha hecho hasta hoy de la cerámica omagua.

En el palacete descubrieron así mismo dos colosales ídolos tejidos de palma, los cuales *"ponían espanto"*<sup>108</sup>, porque *"eran de estatura de gigantes"*<sup>109</sup>. Tenían muchos adornos encima y las orejas tan enormes que a los soldados que habían estado en el Perú no les quedó sino decir que *"tenían las orejas horadadas y muy grandes, a manera de los indios del Cuzco"*<sup>110</sup>. ¡El reflejo del Perú, los seguía obsesionando!

También se halló en este pueblo oro y plata, aunque algunos indios prisioneros dijeron no ser nada comparándole con la riqueza que había en el interior del país. No les creyeron demasiado los expedicionarios, pero luego descubrieron hermosos y bien hechos caminos que llevaban tierra adentro, por lo que se concedió más credibilidad a los cautivos. El Alférez Robles salió a explorar por uno de ellos, regresando tarde con la noticia de que media legua más allá, los caminos eran mayores y mejores... Orellana consideró prudente no arriesgar y estando el sol por caer, ordenó embarcarse a todos. *"Y así fue —escribe fray Gaspar— que metida la comida y todos dentro de nuestros bergantines, comenzamos a caminar ya que era noche y toda ella fuimos pasando muchos y muy grandes pueblos hasta que vino el día, que habíamos andado más de veinte leguas, que*

*por huir de lo poblado no hacian nuestros compañeros sino remar, y mientras más andábamos más poblada y mejor hallábamos la tierra, y así íbamos siempre desviados de tierra por no dar lugar a que los indios saliesen a nosotros*"<sup>111</sup>.

### LAS AMAZONAS

Salido de la tierra de Omagua, Francisco de Orellana entró al país que genéricamente denomina fray Gaspar, Paguana. Abarcaba la región no solamente a los pueblos de indios paguanas de la orilla meridional, sino también a los yorimanes, pueblos de la misma banda que desde entonces se subdividían en yurimaguas y solimanes. A los nativos aizuares e ibonamas de la otra orilla, los expedicionarios no los llegaron a conocer.

Los yorimanes —como los nombra en 1639 el jesuita Cristóbal de Acuña— eran indios *"bien agestados y de mejores talles que los otros"*<sup>112</sup>. Andaban desnudos y aunque con fama de ser los mejores guerreros de la selva, no eran agresivos si antes no los provocaban. Por no provocarlos, precisamente, Orellana pudo contar con su amistad. Su primer poblado tenía más de dos leguas de largo albergando cada casa a cuatro o cinco familias. Estos indios no usaban alterarse con los visitantes —pues poseían gran seguridad personal— y de ello pudo también percatarse Orellana quien los halló en las puertas de sus cabañas, sin adelantarse ni retroceder pero mostrando simpatía.

A los primeros entendimientos se sacó en claro por los españoles que tenían un reyezuelo que vivía tierra adentro, era riquísimo en plata y poseía rebaños de *"ovejas de las del Perú"*<sup>113</sup>, vale decir, de llamas y de alpacas. Esto último no era verdad, descubriéndose en tal afirmación un pálido reflejo de las Charcas. Desde el río partían muchos caminos a la tierra donde residía el reyezuelo, tierra jamás bien ponderada por los ribereños, quienes no se cansaban de alabar sus piñas, paltas, ciruelas y pacaes.

No se dejó tentar el capitán esta vez por la comida y retornando a los bergantines continuó su navegar por el río. De este modo atravesaron numerosísimos poblados y hubo día en que por estribor se vieron más de veinte aldeas, no descubriendo las poblaciones de la orilla opuesta, *"porque la otra no la podíamos ver, por ser el río grande, y así íbamos dos días por la banda diestra y después atravesábamos e íbamos otros dos por la banda siniestra, que mientras víamos lo uno no víamos lo otro"*<sup>114</sup>.

El lunes de Pascua del Espíritu Santo —que fue el 29 de mayo— terminaron de cruzar el país de Paguana, teniendo entonces



La cabeza-trofeo,  
antigua costumbre  
amazónica.

una guasábara con los indios fronterizos —posiblemente los mura o los manaos— cuyas canoas se encargaron de frenar los ballesteros<sup>115</sup>.

Luchando contra estos últimos atacantes —“*una gente mediana de cuerpo muy bien tratada, tiene paveses de palo y defienden sus personas muy como hombres*”—<sup>116</sup>, el sábado 3 de Junio, víspera de la Trinidad, los cristianos desembarcaron en un pueblo donde hallaron algunas gallinas salvajes. Este mismo día siguieron su viaje, descubriendo en breve por el lado de babor la desembocadura de otro gran río “*que entraba en el que nosotros navegamos, la agua del cual era negra como tinta, y por esto le pusimos nombre el Río Negro, el cual corría tanto y con tanta ferocidad, que en más de 20 leguas hacía raya en la otra agua sin se volver la una con la otra*”<sup>117</sup>, lo que equivale a decir, sin mezclarse.

Los bergantines siguieron por las orillas habitadas por los tarumás, bonaris y muras, estos últimos en la ribera derecha. En algún poblado de estas latitudes en que se adoraba al Sol, los cristianos apresaron a un nativo y lo sometieron a riguroso interrogatorio, respecto a los de su lugar. “*El indio dijo que ellos eran sujetos y tributarios a las amazonas y que no las servían de otra cosa sino de plumas de papagayos y alguacamayas para aforros a los techos de las casas de sus adoratorios*”<sup>118</sup>. Para darse a entender mejor, señaló una primorosa madera donde se había esculpido una ciudad con plazas, templos y torres, añadiendo que así era la ciudad donde vivía la reina de las amazonas...

Intrigados por esto último siguieron los cristianos a otro pueblo, dándose con la sorpresa de que allí también había otra réplica de madera de la Ciudad de las Amazonas. No se pudo, sin embargo, averiguar su exacta ubicación porque los indios los recibieron a flechazos, escondiendo, de paso, la comida<sup>119</sup>.

Partidos de allí, los pueblos sucesivos les hicieron igual recibimiento. Los españoles estaban cansados y deseando algún reposo, el miércoles 7 de junio, víspera del Corpus Christi, por confiarse demasiado en otra aldea, estuvieron a punto de perder las vidas. Sucedió que a medianoche, cuando todos dormían, los nativos irrumpieron belicosos y sorprendieron a los centinelas. Los españoles se desconcertaron y empezaron a huir, pero en eso salió Orellana y gritándoles: “*Vergüenza, vergüenza, caballeros, que son nadie; a ellos*”<sup>120</sup>, logró reagrupar a su gente y derrotar al enemigo.

Fatigados y hambrientos se reembarcaron a la mañana siguiente, pero no pudiendo remar más se acogieron a un monte el día viernes. Allí descansaron hasta el sábado, pero esa mañana, “*no habríamos andado cuatro leguas cuando vimos por*

*la mano diestra entrar un muy grande y poderoso río... y por su grandeza le posimos nombre el Rio Grande*"<sup>121</sup>. Era el Cayari, que posteriormente los portugueses llamarían Madeira.

Luego recorrieron los últimos baluartes de los indios Mura, adentrándose a partir de este punto en otra tierra habitada por los indios brasiles o sea de habla tupí-guaraní. A esta nueva comarca llamaron los cristianos la provincia de las Picotas, por haber visto en un pueblo siete de ellas *"con muchas cabezas de muertos"*<sup>122</sup>. En otro poblado, no sin hacer uso de las armas, lograron conseguir comida, consistiendo ésta en tortugas, patos salvajes y papagayos. *"Tomóse en este pueblo una india de mucha razón y dijo cómo cerca de allí, la tierra adentro, estaban muchos cristianos como nosotros y que los tenía un señor que los había traído del río abajo, y nos dijo como entre ellos había dos mujeres blancas y que otros tenían indias y hijos en ellas"*<sup>123</sup>. Todos bajaron las cabezas entristecidos, porque sospecharon que serían los sobrevivientes de la hueste de Diego de Ordás, desaparecidos en la exploración del Orinoco.

Renunciando a la idea de buscar a los perdidos españoles por entrañar mucho peligro tal demanda, siguieron su navegar. En los pueblos que toparon descubrieron maíz, avena montaraz y un licor similar a la cerveza, brebaje con el que más de uno se procuró alegría. Pero no habiéndose disipado totalmente los humos de la espirituosa bebida, el martes 22 de junio, divisaron poblaciones de color blanco. Posiblemente eran aldeas de indios apantos o arahuacs, pero los castellanos no tocaron en ellas por temor a las consecuencias. En realidad, estaban hartos de guerra, y sólo deseaban un lugar tranquilo donde celebrar la festividad de San Juan Bautista<sup>124</sup>.

Pero los pueblos blanqueados continuaron y, faltando ya el alimento, Orellana trató de entablar amistad con sus pobladores. Aproximándose a la primera aldea, desde su barco, los comenzó a llamar, *"pero ellos se reían y hacían burla de nosotros y se nos acercaban y nos decían que anduviésemos, que allí abajo nos aguardaban y que allí nos habían de tomar a todos y llevarnos a las Amazonas..."*<sup>125</sup>.

Orellana no quiso detenerse con gente que tanto prometía y ordenó seguir. Pero conforme llegaban a otros pueblos vieron salir a los nativos en escuadrones. A estas alturas era tanta la falta de comida, que Orellana se vio forzado a procurársela en tierra. Al aproximarse, los indios iniciaron exóticas danzas, pero lejos de quedar allí la cosa, terminaron empuñando sus arcos y lanzando tal cantidad de saetas que *"parecía que llovía flechas"*<sup>126</sup>. Cinco españoles fueron heridos, siendo uno de ellos fray Gaspar, quien recibió un saetazo en un costado, salvando la vida gracias al grosor de su hábito. Orellana gritó entonces



que nadie se desanimara, que se preparasen a desembarcar, y dirigiendo su bergantín a la orilla hizo que sus soldados bajaran con el agua al pecho protegidos por las ballestas. Mas a pesar de que los ballesteros desde la borda mataron muchos indios, éstos continuaron en la lucha, unas veces avanzando por encima de sus muertos y otras retrocediendo, para tornar a embestir. Aquellos indios tenían tales ímpetus que todos parecían animados por un sagrado motivo. En verdad, según cuenta la crónica, el motivo era bastante original.

*“Quiero que sepan cuál fue la causa por donde estos indios se defendían de tal manera”,* escribe fray Gaspar de Carvajal, para luego proseguir su prometedora historia: *“Han de saber que ellos son sujetos y tributarios a las amazonas y, sabida nuestra venida, vanles a pedir socorro y vinieron hasta diez o doce, que éstas vimos nosotros, que andaban peleando delante de todos los indios, como por capitanes, y peleaban ellas tan animosamente que los indios no osaban volver las espaldas, y al que las volvía, delante de nosotros le mataban a palos, y ésta es la causa por donde los indios se defendían tanto. Estas mujeres son muy altas y blancas y tienen el cabello muy largo y entrenzado y revuelto a la cabeza; son muy membrudas, andaban desnudas en cueros, y en verdad que hobo muchas de éstas que metieron un palmo de flecha por uno de los bergantines y otras menos que parecían nuestros bergantines puercos espín. Tornando a nuestro propósito y pelea, fue Nuestro Señor servido de dar fuerza y ánimo a nuestros compañeros, que mataron siete o ocho, que éstas vimos de las amazonas, a cuya causa los indios desmayaron y fueron vencidos con harto daño de sus personas”*<sup>127</sup>.

La relación que de la batalla hace el fraile es muy interesante, porque de tal episodio provino bautizar el río como Río Grande de las Amazonas. No todos, sin embargo, han dado la razón al dominico. Acusado de estar herido y afiebrado, consideran algunos que mal pudo ver amazonas mitológicas en momento de tanto peligro, a menos que —como es costumbre entre los indios arahuacos— se trata de aislados casos de mujeres que luchaban en unión de sus maridos. El poeta Juan de Castellanos, que por ser poeta gustó de las cosas de imaginación, también se resistió a digerir la historia, como lo expresa en el siguiente verso:

*“Y porque lo sé bien tampoco creo  
Qué pasó por allí Penthesilea,  
Ni el Orellana pudo ser Teseo;  
Ni otra Menalipe, ni Celeno  
Caminaron jamás por aquel seno”*<sup>128</sup>.

Por su lado los cronistas no se comprometen con el hallazgo y si hablan de él lo hacen en tal tono que restan credibilidad al episodio. Otros, como Gómara, no se detienen mucho en ello y llaman a tales afirmaciones "*disparates*"<sup>129</sup>.

Pero lo curioso es que a los cronistas desconocedores de la región siguen los viajeros y éstos escuchan de los indios nuevas historias sobre las misteriosas mujeres. Un siglo después de Orellana, el Padre Cristóbal de Acuña recoge versiones dadas por los indios tupinambás sobre las aguerridas hembras y estas versiones, justo es confesarlo, no difieren de la que escribió fray Gaspar. Cien años después del Padre Acuña, Carlos María de la Condamine las vuelve a escuchar de los nativos y de los soldados galos de Cayena. La leyenda está demasiado arraigada en aquella zona para carecer de todo fundamento. Las tesis matriarcalistas pugnaron otra época por dar una explicación. Las pruebas son muchísimas y algunas tan evidentes que no queda más remedio que encogerse de hombros y admitir su posibilidad. Pero, tiempo es de decirlo, no se trataría de amazonas mitológicas sino de mujeres indias de la comarca arahuac. La Condamine, siempre frío como buen científico, explicará todo esto con singular claridad, basándose en la "*desdichada condición de las mujeres indias*". Su curioso punto de vista dice así: "*Me contentaré con hacer notar que si alguna vez ha podido haber amazonas en el mundo ha tenido que ser en América, donde la vida errante de las mujeres, que siguen frecuentemente a sus maridos en la guerra y que no son muy dichosas en su vida doméstica, pudo hacer nacer en ellas esta idea, puesto que se les presentaban frecuentes ocasiones de sacudir el yugo de sus tiranos buscando el medio de establecerse en un sitio en que pudiesen vivir independientes y al menos no hallarse reducidas a la condición de esclavas y de bestias de carga. Semejante resolución, acordada y ejecutada, no tendría nada de extraordinaria ni de difícil...*"<sup>130</sup>. Y pensando en la posibilidad de tales hembras a las que la desdicha pudo hacer fuertes, concluye: "*probablemente hubo amazonas en América*"<sup>131</sup>.

Huyendo de la lucha por venir más indios de socorro, los cristianos se tornaron a embarcar, esta vez con un indio prisionero. El nativo, que "*era trompeta y andaba animando la gente*"<sup>132</sup>, tendría unos treinta años de edad, con lo que se quiere decir que podía darse cierto crédito a lo que afirmaba. Pero el problema estuvo en descubrir cuáles eran sus afirmaciones, puesto que por hablar el arahuac (si no el maue o chipaya) nadie le atendía. Tratando de comprenderlo en la mejor forma posible,

*"Por señas Orellana le hablaba  
En el discurso deste su viaje,*

*Y todos los vocablos asentaba  
Según comprendía del salvaje:  
Hasta ver si por ellos alcanzaba  
Inteligencia cierta del lenguaje*"<sup>133</sup>.

Con el incipiente vocabulario el indio se dio a Orellana con menos dificultad y "comenzó a decir al capitán muchas cosas de la tierra adentro"<sup>134</sup>. Pero sus respuestas no fueron demasiado claras, dejándose para después, cuando comprendiera mejor el español, un nuevo interrogatorio.

En eso pasaron frente a un pueblo abandonado y, pensando hallarlo lleno de alimentos, la tripulación de los bergantines pidió a Orellana desembarcar en él. Orellana accedió ante el cansancio y debilidad de sus hombres, pero apenas éstos pisaron tierra, los nativos emboscados dispararon tantas flechas "que los unos a los otros no nos víamos"<sup>135</sup>.

Fray Gaspar se asomó a la borda, teniendo allí ocasión de admirar lo bien que los cristianos usaban los escudos grandes tomados a los indios de Machaparo. Pero estando en su observar despreocupado y festejando la mucha protección que prestaban los paveses, por no guarecerse tras uno de ellos, precisamente, recibió un flechazo en la cara resultando el único herido de tal lucha. Quejumbroso aún, dolido y poco resignado, escribirá luego: "y de todos en este pueblo non hirieron sino a mí, que permitió Nuestro Señor que me diesen un flechazo por un ojo que me pasó la flecha al cogote, de la cual herida perdí un ojo..."<sup>136</sup>. El lenguaje es rudo pero gráfico, bastando para explicarnos que estando con la cabeza baja recibió el saetazo en la frente, siguiendo a la órbita ocular y clavándose, por último, en la base del cuello. El dolor debió ser terrible. Con la esclavina manchada de sangre, el fraile se debió retirar.

Tuerto el capitán y tuerto el capellán, la expedición siguió su camino. En honor al Bautista, en cuyo día se habían dado dos batallas, los cristianos bautizaron a esa tierra la provincia de San Juan<sup>137</sup>.

Así llegaron a unas islas, más o menos a la altura del Tapajos, pero estando en medio de ellas salieron doscientas piraguas con hasta treinta guerreros cada una. Traían trompetas, tambores y muchas insignias de guerra, acompañando todo esto con tal grita, fiereza y organización que los españoles se asustaron. Orellana arrojó entonces al agua una calabaza llena de baratijas, pretendiendo deslumbrarlos y luego captar su amistad, pero los nativos se acercaron a la cucúrbita que flotaba y extrayendo su contenido "tuvieron lo en poco y hacían burla de ello"<sup>138</sup>.

Perseguidos, acosados y siempre a favor de la corriente, los bergantines seguían su avanzar. Los soldados estaban rendidos

por el hambre y el cansancio; para apresurar la marcha de los barcos algunos remaban con desgano.

Dispuesto a buscar una solución, Orellana tomó al indio trompeta y por medio de su vocabulario lo interrogó exhaustivamente. El nativo dijo entonces que su pueblo se llamaba Quenyuc, el cual era donde lo habían apresado, siendo también Quenyuc el nombre del cacique. *“El capitán le tornó a preguntar que qué mujeres eran aquellas que nos habían salido a dar guerra, y el indio dijo que eran unas mujeres que residían la tierra adentro cuatro o cinco jornadas de la costa del río, y que por este señor ya dicho, sujeto a ellas, habían venido a guardar la costa de nosotros. El Capitán le tornó a preguntar que si estas mujeres eran casadas y tenían marido; el indio dijo que no... tornó a preguntar que de qué manera vivían; el indio dijo que, como dicho había, estaban la tierra adentro y que él había estado allí muchas veces y había visto su trato y vivienda, que, como su vasallo, iba a llevar el tributo cuando el señor lo enviaba. El capitán preguntó que si estas mujeres eran muchas; el indio dijo que sí y que él sabía por nombre setenta pueblos y que en algunos había estado... El capitán le dijo que si estos pueblos eran de paja; el indio dijo que no, sino de piedra y con sus puertas, y que de un pueblo a otro iban caminos cercados de una parte y de otra y a trechos por ellos puertas donde estaban guardas para cobrar derechos de los que entran. El capitán le preguntó que si estos pueblos eran muy grandes; el indio dijo sí. Y el capitán le preguntó que si estas mujeres parían; él dijo que sí, y el capitán dijo que cómo, no siendo casadas ni residiendo hombres entre ellas, se empreñaban; el indio respondió que estas mujeres participaban con hombres a ciertos tiempos y que cuando les viene aquella gana, de una cierta provincia que confina junto a ellas, de un muy gran señor, que son blancos, excepto que no tienen barbas, bienen a tener parte con ellas, y el capitán no pudo entender si venían de su voluntad o por guerra, y que están con ellas cierto tiempo y después se van. Las que quedan preñadas, si paren hijo dicen que lo matan o lo envían a sus padres, y si hembra que la crían con muy gran regocijo, y dicen que todas estas mujeres tienen una por señora principal a quien obedecen, que se llama Coroni. Dice que hay muy grandísimas riquezas de oro y que todas las señoras de manera y mujeres principales se sirven con ello y tienen sus vasijas grandes, y las demás mujeres plebeyas se sirven en barro y palo; dice que en la cibdad donde reside la dicha señora hay cinco casas del sol a donde tienen sus ídolos de oro y de plata en figura de mujeres y muchas más vasijas que les tienen ofrecidas, y que estas casas, desde el cimientto hasta medio estado de alto, están planchadas de plata todas a la redonda y sus asentaderos, de la*

*mesma plata, puestos junto a las planchas, a donde se sientan cuando van a hacer sus borracheras, y estos adoratorios y casas ya dichas llaman los indios carana y ochisemomuna, que quiere decir casas del sol, y que los techos de estas casas están aferradas en plumas de papagayos y de guacamayas de muchos colores. Dice que estas mujeres andan vestidas de ropa de lana, porque dice que hay muchas ovejas de las del Perú y que andan todas con mucho oro encima... También, según entendimos, que hay camellos y que hay otros animales que son muy grandes y que tienen una trompa y que de estos hay pocos...*<sup>139</sup>.

Para terminar el indio dijo que las amazonas conocían la agricultura, el beneficio de la sal y del carbón, que su reino era de clima seco y hasta frío, también que señoreaban por encima de muchísimos caciques, algunos de ellos importantes como Rapio y Yagnarestorono. Estas mujeres tenían mucha riqueza, *"su traje es unas mantas ceñidas desde los pechos hasta abajo, encima echadas, y otras como manto abrochadas por delante con unos cordones; traen el cabello tendido en su tierra y puestas en la cabeza unas coronas de oro tan anchas como dos dedos..."*<sup>140</sup>.

Entrados en la provincia de Caripuna —que llamaron provincia de los Negros por estar sus indios tiznados— los expedicionarios se internaron en el país arahuac, nativos de gran vinculación con los caribes y que por tanto usaban flechas envenenadas. La crónica no menciona a los caribes, pero explica que detrás de Caripuna, hacia el Septentrión, había un rey *"muy gran guerrero"*<sup>141</sup>, cuyos vasallos *"comen carne humana"*<sup>142</sup>.

Orellana soslayó la orilla izquierda del río, tratando de evitar a los indios, pero éstos —a quienes nada se oculta en la selva— descubrieron los bergantines y salieron a su encuentro. Los barcos lograron burlarlos dejando atrás a las piraguas con guerreros, pero habiéndose recorrido un largo trecho sin mayor peligro, siempre por causa del hambre, se tuvo que desembarcar. Lo hicieron en un pueblo pequeño, casi una aldea, pero sus habitantes se defendieron tan reciamente que hirieron a más de uno y mataron al burgalés Antonio de Carranza. En las búsquedas que se siguieron no hallaron mucha comida, pero, para pánico de todos, se encontró flechas empapadas en veneno<sup>143</sup>.

El descubrimiento fue terrible para aquellos españoles que hasta entonces se habían cuidado de las flechas. Ahora tenían que pensar que la más simple herida produciría su muerte; muerte desdichada y atroz, porque el herido se hinchaba y amorataba de tal modo que no lo reconocían ni sus mismos compañeros, amén de sentir dolores insufribles que hacían morir rabiando.

Orellana comprendió la gravedad de todo esto y mandó construir nuevas barandas a los bergantines. De este modo pretendía defender a los suyos lo mejor posible, de las mortíferas saetas. Las barandas empezaron a fabricarse en un lugar despoblado, pero pronto fueron los cristianos asustados por los indios. Mientras se terminaban de cerrar los balaustres, al tiempo de dar los martillazos, todos miraban nerviosos al río temiendo una incursión nativa. Por la noche atisbaban el rumbo de las canoas indias que disimulando su espionaje salían a pescar. El terror a las flechas venenosas se convirtió en obsesión maligna y *"estando en esto —refiere fray Gaspar— nos acaeció una cosa no poco de maravillar, y es que se puso una ave sobre un roble, la cual nunca vimos y comenzó a decir a muy gran prisa 'huid', y esto dijo muchas veces, y decíalo tan claro y distintamente como uno de nosotros lo podía decir"*<sup>144</sup>.

Impresionados por el grito del funesto pájaro se aprestaron a partir. Lo hicieron en buena hora, porque pronto sospecharon que se acercaban al mar al advertir que *"llegaba la repunta de la marea"*<sup>145</sup>. Esto levantó los ánimos a todos, dando en la cubierta saltos de alegría; pero al poco tiempo tuvieron que interrumpirlos porque los indios volvieron a aparecer y lo hicieron tan belicosamente que durante cuatro horas siguieron a los bergantines, combatiéndolos *"como perros encarnizados"*<sup>146</sup>, y disparando sus flechas empozoñadas. Una de estas alcanzó al logroñés García de Soria *"y en verdad que no le entró la flecha medio dedo, pero como traía ponzoña, a cabo de veinte y cuatro horas dió el ánima a Nuestro Señor"*<sup>147</sup>.

Esa mañana se combatió tanto que el río se veía cuajado de piraguas y las costas repletas de gente, pero los certeros escopetazos del Alférez Robles y del vizcaíno Perucho de Acaray derribaron a los caudillos indios, logrando con esto detener a las piraguas, que acudieron presurosas en socorro de sus jefes<sup>148</sup>.

Escapados milagrosamente de morir, penetraron a través de muchas islas a la desembocadura del gran río. Aquí se detuvieron dieciocho días para reparar los navíos, pero el tiempo no bastó, volviendo a detenerse otros catorce para ponerles velas hechas con mantas, mástiles sacados de troncos y también jarcias y cordeles. El miércoles 8 de agosto de ese año 42 estuvieron listos los navíos, zarpándose para *"donde la ventura nos quisiese echar, porque nosotros no teníamos piloto, ni aguja, ni ninguna cosa para poder entender la navegación, ni sabíamos por qué parte habíamos de echar; pero —añade el fervoroso fraile— todas estas cosas suplió nuestro Maestro y Redentor Jesucristo, al cual traíamos por verdadero piloto y guía, confiando... que él nos sacaría y llevaría a tierra de cristianos"*<sup>149</sup>.

EL PUERTO DE SALVACION

Confiando en Dios pero desconfiando de los elementos

*"Iba la gente desto temerosa  
Prosiguiendo con duda su viaje,  
Y apartada la noche tenebrosa  
Haciendo ya remansos el aguaje,  
Vieron la blanca Tetis espumosa,  
Y en ella levantarse gran oleaje,  
Y con calor de presurosos modos  
¡La mar, la mar del norte! dicen todos"<sup>150</sup>.*

Efectivamente, el 26 de agosto, día de San Luis, los bergantines salieron al mar. Lo hicieron por el Perogoso, entre las islas Caviana y Mexiana. Era tanto y tan fuerte el caudal del gran río por el que habían salido, que adentrados varias leguas en el océano comprobaron que todavía el agua estaba dulce. Parece que hubo dudas sobre si seguir a la derecha o a la izquierda, pero definiéndose por este último lado, iniciaron su marino navegar.

*"Y ansi les pareció mejor viaje  
Nunca desarrimarse de la costa;  
Pues si por ella fuesen en las manos,  
Dios les daría pueblos de cristianos"<sup>151</sup>.*

Sirvieron de mucho a estas alturas los soldados Alonso Esteban, Juan Bueno y Alonso Márquez

*"Por haber estos tres, tiempo pasado,  
Por aquellos parajes navegado"<sup>152</sup>.*

Pero por mucho que recordaran de estas costas, ninguno de los tres era marino y por más cuidados que tuvo Francisco de Orellana, la noche de la Degollación del Bautista se apartaron los bergantines<sup>153</sup>.

El más viejo y pequeño, ese en que no iba el capitán, se vio arrastrado mar afuera. Perdidos anduvieron sus tripulantes muchos días, pero el domingo 9 de setiembre aportaron a una isla que, por el momento, fue imposible de identificar. Aquí saltaron en tierra, tratando de explorarla y de encontrar alimento, pero no habían caminado mucho por la costa cuando en un lodazal vieron huellas de grandes animales. El Alférez Robles, fray Gonzalo y otros las hallaron conocidas, mas era demasiado arriesgar concluir que tales huellas procedían de cascos de caballos.

*"Más Celis Montañés sin más espera  
Sopló dos o tres veces las señales*

*Y vido claramente señalados  
Los clavos de cabezas como dados*"<sup>154</sup>.

Todos dieron gritos de alegría y hubo algunos que postrándose de hinojos besaron los herrajes impresos en el barro. Pero estando en estos desbordes de entusiasmo, otros hombres blancos salieron a la playa con las armas preparadas e inquiriendo en español que quiénes eran. Contestáronles a una que cristianos, españoles y vasallos del Emperador... Entonces aquellos hombres blancos envainaron las espadas y corriendo hacia ellos los abrazaron efusivamente preguntándoles si eran los sobrevivientes del capitán Diego de Ordás. Los recién desembarcados contestaron que no, porque ellos eran soldados de Francisco de Orellana, descubridor del Río Grande de las Amazonas...<sup>155</sup>.

Horas después, mientras de esa Isla de Cubagua salía un par de vecinos a indagar en el mar por Orellana, los tripulantes del "San Pedro" entraban a Nueva Cádiz en fila, descalzos y descubiertos. Así atravesaron el pueblo y la plaza, subieron unas cuantas gradas y se postraron de rodillas en la iglesia mayor. Las gentes preguntaban quiénes eran. Por única respuesta se les contestó, que eran los descubridores de un río muy grande que llamaban de las Amazonas<sup>156</sup>.

Juan de Castellanos, el poeta del que hemos tomado las estrofas, presencié dos días después el ingreso de Francisco de Orellana al puerto. El descubridor del Río Grande venía en compañía de fray Gaspar de Carvajal, formando un curioso binomio de tuertos. El bergantín de Orellana había estado perdido en el Golfo de Paria, pero topado en el mar con los vecinos de la isla que salieron en su búsqueda, enfiló la proa a Nueva Cádiz.

Orellana desembarcó con aires de vencedor. El poeta Juan de Castellanos lo vio altanero y algo fanfarrón, seguido de sus hombres. Por ello nos dirá con tono admirado y no carente de censura:

*"Tomó tierra con todos sus soldados,  
Y puesto que con nombre de perdidos,  
Todos salieron bien aderezados  
Con grande bizarría de vestidos:  
Fueron unos y otros hospedados  
Y magníficamente proveidos;  
Trató luego de sus descubrimientos  
Con muestras de sus vanos pensamientos*"<sup>157</sup>.

### LA VERDAD SOBRE EL DESCUBRIMIENTO

Es interesante comprobar a través de los testimonios de esa época, que Orellana no era hombre que gozaba de mayores



## EL DESCUBRIMIENTO DEL AMAZONAS

simpatías. Aparte del poeta Castellanos —que lo apreció fanfarrón en la isla de Cubagua —la genialidad de los cronistas lo ven mal. Oviedo, que lo conoció en Santo Domingo en 1542, resulta ser el que más lo favorece al tratarlo sin ninguna deferencia<sup>158</sup>; López de Gómara y Cieza de León lo llaman fantasioso<sup>159</sup>; Zárate lo pinta “*casi amotinado*”<sup>160</sup>, y el Inca Garcilaso, sin ningún reparo, lo acusa de traidor<sup>161</sup>. Todos estos cargos están íntimamente relacionados con el descubrimiento del Río Grande de las Amazonas. Veamos el por qué.

Facultado por Gonzalo Pizarro para ir en busca de comida a la junta del Coca con otro río que era, sin duda, el Curaray (por entenderse entonces que el Coca y el Napo eran el mismo caudal) Orellana partió a cumplir su cometido con las mejores intenciones. Su afán por retornar al campamento de Gonzalo fue constante, a pesar de que ya se lo impedía la crecida corriente del Napo. Hasta este punto, su conducta fue intachable. Nadie tiene nada que decir. Pero con el descubrimiento del Río Grande de las Amazonas, ese día de Santa Olaya de 1542, la ambición del lugarteniente de Gonzalo se despertó y (apropiándose del único recurso de su jefe para remediar el fracaso de la expedición al País de la Canela) recurrió a la poco elegante maniobra de romper con él. La maniobra, en todo similar a la utilizada por Cortés en Veracruz para romper con el Gobernador Velásquez, hizo que Francisco de Orellana renunciara el mando que tenía en nombre de Gonzalo, para luego convertirse en Capitán independiente por elección de su propia hueste. Ambicioso, aprovechador y, sobre todo, desleal, Orellana empezó aquí a labrar su antipatía.

La maniobra fue tan burda que los dos frailes de la expedición se negaron a secundarla, absteniéndose de estampar sus firmas y figurando sólo en calidad de testigos. No hubo mayor oposición a estas alturas porque ya todos los soldados estaban confabulados con el capitán y éste, por su parte, había tenido la precaución de sacudirse de todos sus opositores. De estos últimos, algunos murieron por causa de natural enfermedad, pero los restantes parece haber sido abandonados en la selva con unos pocos negros, indios y canoas so color de que fueran a juntarse con Gonzalo. Los abandonados, gonzalistas empedernidos, no debieron ser soldados principales. En todo caso, habría sido uno de ellos ese Hernán Sánchez de Vargas que menciona Garcilaso y del cual nunca dijo nada el propio Gonzalo Pizarro. Orellana sospechó que nunca llegarían a juntarse con éste, pues la selva y la corriente del río terminarían por vencerlos; pero previniendo su llegada al campamento gonzalista se cuidó que no le ocasionaran mucho mal y para ello puso sus papeles en orden.

Allí estaría el motivo de haberse hecho elegir capitán en Aparia la Mayor.

Pero para los que no eran sus soldados, el gesto tuvo ribetes de felonía. Orellana, según varios testimonios, era un alzado, un desertor, el capitán insubordinado que usurpó la gloria a su caudillo. Y esto era cierto, porque —como lo hicimos ver más atrás— se apropió de esa idea de Gonzalo sobre “no parar hasta salir a la Mar del Norte”<sup>162</sup>, a través de un Río Grande que el jefe de los “caneleros” pensaba descubrir. Tenemos como prueba irrefutable la carta de Gonzalo al Emperador, fechada en Tumbamba el 3 de setiembre de 1542. En ella habla Gonzalo del proyecto cuando todavía no se conocía el descubrimiento de Orellana. En tal papel Gonzalo no duda de la traición y la recrimina a su lugarteniente, dejando constancia de que Francisco de Orellana se alzó y fue con el bergantín “San Pedro” con miras a “salir a la Mar del Norte”<sup>163</sup>. El proyecto de descubrir el Río Grande pertenecía a Gonzalo y era su último recurso ante el fracaso de la Canela, pero Orellana se apropió de él y lo hizo realidad. Es verdad que primero descubrió el gran Río en nombre de Gonzalo, pero a partir de las juntas de Santa Olaya —cuando vio que el caudaloso torrente lo podía arrastrar hasta la gloria— renunció a representar a nadie y se hizo elegir Capitán independiente.

Pero el descubrimiento de la Amazonía —a pesar de la traición de Orellana— pertenece íntegramente al Perú. No decimos esto porque la entrada al País de la Canela se comenzó en el Cusco, sino porque Gonzalo Pizarro —aunque se le recibió por tal— nunca fue Gobernador de Quito. La historia de todo esto podría resumirse así. Estando el Marqués Francisco Pizarro en el Cusco, en 1539, en un acto de arbitrariedad destinado a beneficiar a su hermano Gonzalo y a frenar los avances de los conquistadores de Nueva Granada, lo nombró Gobernador de Quito. De paso lo facultó para efectuar una entrada al País de la Canela. Por eso es que en el Cusco se alistó la expedición con soldados peruleros, quechuas auxiliares y auquénidos de carga, costeándose todo esto con el oro que había sido de los Incas. Lo de dar a Gonzalo la entrada a la Canela lo podía hacer sin ninguna restricción, porque para ello el Marqués tenía poderes para enviar expediciones de descubrimiento, conquista y castigo; pero en lo tocante a la gobernación de Quito, no. Como bien explica Cieza, el Marqués podía dejar por sucesor de su gobernación perulera a cualquiera de sus hermanos, pero no crear otra gobernación —ni siquiera dentro de la suya— para beneficiar a uno de ellos. Gonzalo, pues, fue un Gobernador desconocido, vale decir, no reconocido por el Rey<sup>164</sup>. Ello pudo servir, a sus ojos ambiciosos, de atenuante para el rompimiento. Pero si su



Atardecer en el Río Grande de las Amazonas  
(Foto: Pedro Rojas Ponce).





El Gobernador Cristóbal Vaca de Castro, óleo  
que se conserva en el Museo Nacional  
de Historia. (Foto: Manuel Romero).





descubrimiento, según esto, no tenía nada que ver con la todavía inexistente gobernación de Quito, el hallazgo del Río Grande de las Amazonas pertenecía directamente al Perú. En nombre de Francisco Pizarro, pues, se descubrió la Amazonía. Orellana, sin querer, la había descubierto en nombre del Marqués, porque aunque en realidad dependía de Gonzalo, en el orden de la legalidad —jurídicamente hablando— sus servicios los estaba prestando al Marqués don Francisco, hasta entonces único y legítimo gobernante del Perú en nombre del Rey de España.

Para terminar, también hay que añadir que el descubrimiento de la Amazonía fue obra de los peruleros. Esto no quiere decir que los vecinos de San Francisco de Quito y de Santiago de Guayaquil eran unos advenedizos; por el contrario, su experiencia de los Quijos y Canelos sirvió de guía a Gonzalo. Sus servicios, pues, en este aspecto, son importantísimos; pero de allí a afirmarse que la gloria de la jornada les corresponde íntegramente a ellos, hay un abismo. Basta recordar que Gonzalo sacó tantos soldados del Cusco que, según una vieja tradición, fundó con varios de ellos la villa de Sihuas, en los Conchucos, estando en plena marcha a Quito. Hombre que hace esto es porque tiene los soldados suficientes, al extremo que puede dejarlos de vecinos en una villa que se da el lujo de erigir. De Quito salió con quinientos españoles según Zárate, trescientos cuarenta según Garcilaso, más de doscientos según Gonzalo Pizarro y doscientos treinta, a decir de Francisco de Orellana, quien así lo confesó al cronista Fernández de Oviedo<sup>165</sup>. La verdad es que todos estos soldados eran vagabundos, hombres sin capitán que discurrían por la tierra en procura de oportunidades. Por eso, para dedicarlos a algo útil, se les llevó a la Canela. La mayor parte de estos "caneleros" habían venido con Gonzalo desde el Sur; los que se sumaron a la hueste en Quito —"*mucha gente, todos mancebos y soldados viejos*"<sup>166</sup>, según Cieza— no eran de mejor condición y tampoco llegaban a superar la cuarta parte de la tropa. Lo que sí es cierto es que Quito y Guayaquil fueron las ciudades que más hombres aportaron a la hueste, pero sólo como ciudades, pues los demás, aunque venidos todos del Sur, acusaban la más variada procedencia. Estos últimos son los que llamamos peruleros porque, aunque de distintos lugares, procedían todos del Perú. Que muchos de ellos, luego del fracaso de la expedición a la Canela, se quedaron de vecinos en Quito, es letra de otro cantar. Lo único que se quiere decir es que la tropa en sus tres cuartas partes era perulera, pues venía de San Miguel al austro, vale decir, del cogollo del Perú.

*EL ADELANTADO*

Remontando el hilo de nuestra historia, los días que pasó Orellana en la isla de Cubagua fueron de franca recuperación. Pero al tiempo que sus hombres se reponían y los vecinos de Nueva Cádiz les hacían contar las peripecias del viaje, surgió de su cabeza una idea luminosa: pedir al Emperador la conquista de las Amazonas.

Sin perder tiempo Orellana pasó entonces a la Isla Española, en cuya capital, Santo Domingo, desembarcó acompañado del Comendador Enríquez, caballero cacereño, de Fernán Gutiérrez de Celis, natural de Celis de la Montaña, y de otros dos soldados que parecen haber sido Juan Gutiérrez y Cristóbal de Segovia. Allí lo conoció, el 20 de diciembre de 1542, el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, quien obtuvo en préstamo, para copiarla, esa Relación de fray Gaspar que Orellana llevaba al Emperador como reseña de su descubrimiento. En esos días, cuenta Oviedo, Orellana y sus acompañantes eran la sensación de Santo Domingo y a todos contaban su aventura, pregonando que marchaban en romería al santuario extremeño de Guadalupe, para agradecer a la Virgen los cuidados que había tenido con ellos<sup>167</sup>.

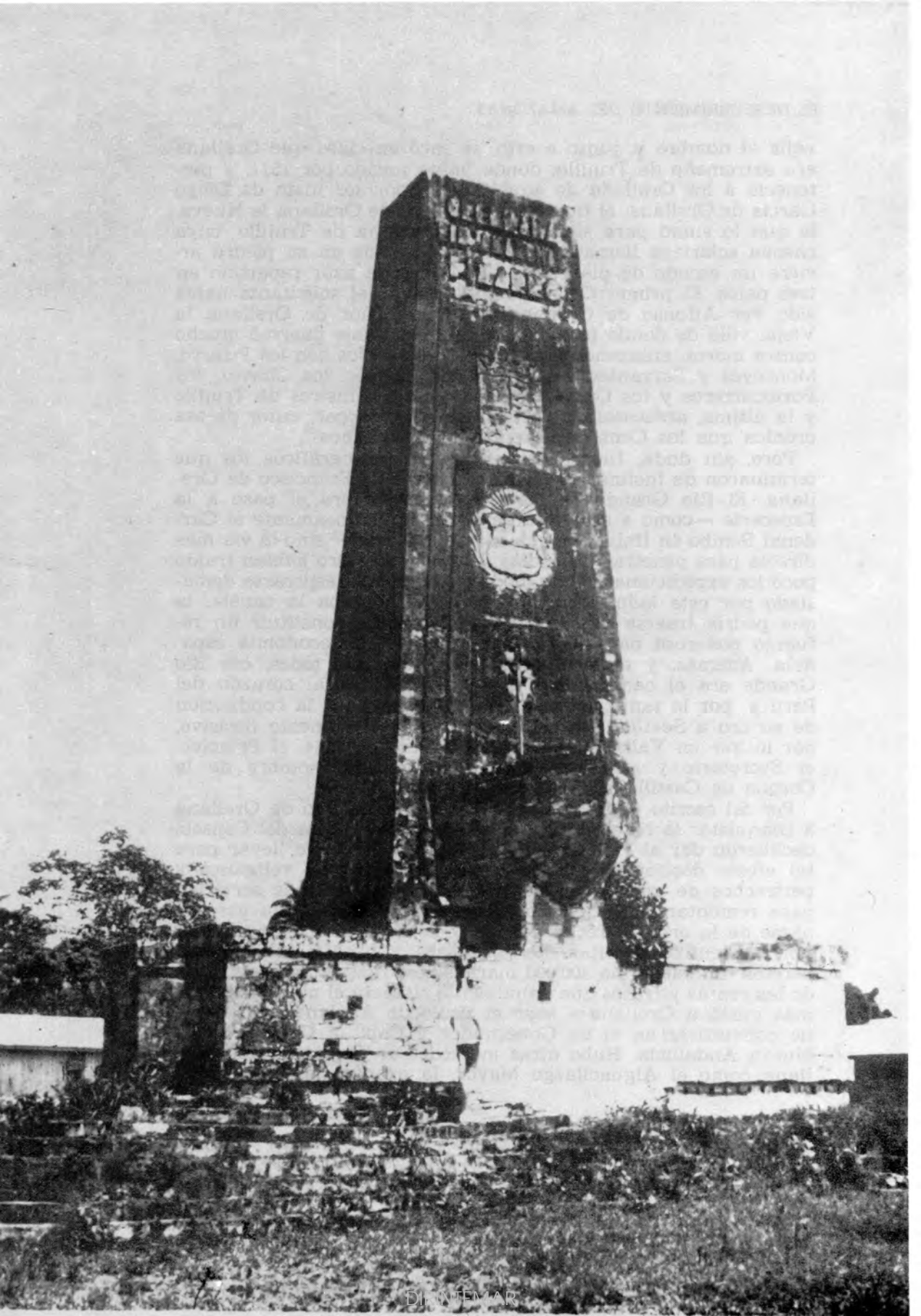
Seguidamente, Francisco de Orellana regresó al Viejo Mundo —aportando en el trayecto a Lisboa, donde rechazó proposiciones del Rey de Portugal— dirigiéndose a Castilla con miras a informar personalmente al Emperador. Parece que no llegó a entrevistarse con el César, por lo que tuvo que gestionar su Capitulación con el hijo de éste, el Príncipe Don Felipe. A continuación casó ventajosamente con Doña Ana de Ayala, dama con sangre ilustre a más de rica, lo que sirvió a los maliciosos para decir que la boda estaba encaminada a financiar la empresa que preparaba a la Amazonía<sup>168</sup>.

Pero la realización de tal empresa exigía una pronta Capitulación, es decir, un contrato con la Corona, y el contrato no tenía cuando extenderlo el Príncipe Don Felipe, el Secretario Sámano y los Consejeros del Real y Supremo de las Indias. En realidad, los personajes citados andaban buscando antecedentes que pudieran recomendar al solicitante, posiblemente por haberse recibido ya en Valladolid esa carta de Gonzalo Pizarro —fechada en Tumibamba el 3 de setiembre de 1542— en la que acusaba a Orellana de haberlo abandonado fugándose con el navío y todos los arcabuces, ballestas, herrajes y municiones; dejando a todos los del campamento en manos del hambre, de la enfermedad y de la muerte, por lo cual Gonzalo se había visto forzado a regresar a Quito, donde se halló con la novedad de que Vaca de Castro lo había despojado de su cargo de Gobernador<sup>169</sup>. Pero eran tiempos en que más que el hombre

valía el nombre y, junto a esto, se sacó en claro que Orellana era extremeño de Trujillo, donde había nacido por 1511, y pertenecía a los Orellana de aquella villa por ser nieto de Diego García de Orellana, el Bueno, tercer Señor de Orellana la Nueva, lo que lo sumó para siempre a los Orellana de Trujillo, cuya casona solariega llamada El Alcazarejo, lucía en su piedra armera un escudo de plata con diez roeles de azur repartido en tres palos. El primer Orellana antepasado del solicitante había sido Per Alfonso de Orellana, segundo Señor de Orellana la Vieja, villa de donde tomó el apellido. Su linaje guerreó mucho contra moros, enlazando a lo largo de los siglos con los Pizarro, Monroyes y Barrantes, los García de Paredes, los Chávez, los Portocarreros y los Carvajales, todas Casas ilustres de Trujillo y la última, antecesora del dominico fray Gaspar, autor de esa crónica que los Consejeros tenían en las manos<sup>170</sup>.

Pero, sin duda, fueron los argumentos geográficos los que terminaron de inclinar la balanza a favor de Francisco de Orellana. El Río Grande de las Amazonas no era el paso a la Especería —como a esas alturas entendía erróneamente el Cardenal Bembo en Italia por una carta de Oviedo— sino la vía más directa para penetrar las Indias del Mediodía. Oro habían traído poco los expedicionarios, de modo que no podía esperarse demasiado por este lado, pero, en cambio, abundaba la canela, la que podría traerse directamente a Europa y constituir un refuerzo poderoso para la siempre tambaleante economía española. Además, y en esto estarían de acuerdo todos, ese Río Grande era el camino más corto que llevaba al corazón del Perú y, por lo tanto, la ruta más indicada para la conducción de su oro a Sevilla. Esto último debió ser argumento decisivo, por lo que en Valladolid, el 13 de febrero de 1544, el Príncipe, el Secretario y los Consejeros otorgaron, en nombre de la Corona de Castilla, la ansiada Capitulación<sup>171</sup>.

Por tal escrito se facultaba el Capitán Francisco de Orellana a conquistar la Nueva Andalucía —nombre que los del Consejo decidieron dar al País de las Amazonas— pudiendo llevar para tal efecto doscientos rodeleros, cien jinetes, ocho religiosos y pertrechos de guerra, en dos carabelas que además servirían para remontar el Río Grande. También se le permitía posesionarse de la orilla derecha del Río y penetrar doscientas leguas tierra adentro, levantar dos fortalezas y fundar dos pueblos, percibir un sueldo de 300,000 maravedises más la doceava parte de las rentas y frutos que anualmente rindiera el país y —lo que más gustó a Orellana— usar el título de Adelantado, factible de convertirse en el de Gobernador y Capitán General de la Nueva Andalucía. Hubo otras mercedes al ya beneficiado Orellana como el Alguacilazgo Mayor, la exoneración de almoja-



Monumento a Francisco de Orellana a orillas del Amazonas. (Foto: cortesía del señor Neal A. Wiegman).

rifazgo por tiempo de diez años —privilegio extensivo a todos sus soldados— y algunos favores más, pero todo esto resultó secundario para el nuevo Adelantado que doraba sus pensamientos planeando el éxito rotundo que lo ascendería a Gobernador<sup>172</sup>.

Decidido, como siempre, Orellana aceptó la Capitulación el 18 de febrero y partiendo hacia Sevilla no paró hasta Sanlúcar de Barrameda, donde cuatro navíos recientemente comprados lo esperaban. La tropa no era problema, porque la noticia del fabuloso Reino de las Amazonas había hecho tanto ruido que sobraban los soldados<sup>173</sup>.

Orellana apresuró las cosas de tal modo que en mayo de 1544 pregonó estar listo para zarpar. Entonces fue que, cumpliendo con la ordenanza del Puerto, los Visitadores de la Casa de Contratación subieron a revisar las naves para constatar que reunían las seguridades del caso y que no llevaran más gente de la estipulada en la Capitulación. Pero Orellana, que era el encargado de recibir a los Visitadores, escabulló el bulto y cuando éstos —el sábado 9 de mayo— subieron a la Capitana, al "*San Pedro*", "*El Bretón*" y a la carabela "*Guadalupe*", no hallaron las cosas en regla. Ninguna de ellas estaba en condiciones de partir. Así lo notificaron a los maestros los Visitadores para que lo hicieran ver a Francisco de Orellana y le advirtiesen la prohibición de zarpar; pero tratando de asegurarse más, los Visitadores bajaron a tierra, donde en las tabernas y casas notificaron por medio de escribanos a los pilotos prácticos en sacar las naves del puerto, que no lo osasen hacer, que se abstuviesen de guiar las naos fuera de la barra so pena de terminar en las cárceles de la Contratación<sup>174</sup>.

Los pilotos se dieron por notificados a lo largo del domingo 10 de mayo, pero en la mañana del siguiente día —cuando los Visitadores se fueron a dormir satisfechos de una mala noche vigilando que las naves no salieran del puerto— la pequeña armada se puso en movimiento. Con unas pocas velas desplegadas pasó la barra de Sanlúcar, pero por no hacer buenos vientos se estuvo el paio hasta el anochecer. Entonces, cuando los faroles del puerto comenzaron a encenderse, las naves se alejaron camino de las Indias del Mar Océano. Orellana, desleal y amigo de las jugarretas, se iría riendo en la borda de su navío. La verdad es que ignoraba el descubridor del Río Grande de las Amazonas que apenas pisara su adelantamiento de la Nueva Andalucía, moriría por causa de una cruel enfermedad. Por eso, riendo más y más, hacía mofa y befa de los Visitadores de la Contratación<sup>175</sup>.

## NOTAS AL CAPITULO

1. ASPIAZU, Miguel... *Las Fundaciones de Santiago de Guayaquil*.— Guayaquil, Imprenta de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1955.— Cap. XI, pp. 179 a 188.
2. *Ibidem*, cap. XII, pp. 189 a 203.
3. *Loc. cit.*
4. *Loc. cit.*
5. *Loc. cit.*  
LIZARRAGA O. P., fray Reginaldo de... *Descripción de las Indias*.— Lima, Imprenta Miranda, 1946.— Lib. I, cap. V, p. 30.
6. VELASCO S. J., Juan de... en ASPIAZU, Miguel... *Op. cit.*, cap. XII, p. 193.
7. SALAZAR DE VILLASANTE, Juan... en: ASPIAZU, Miguel... *Op. cit.*, cap. XII, p. 193.
8. ASPIAZU, Miguel... *Op. cit.*, cap. XII, pp. 196 y 197.
9. *Ibidem*, cap. XIII, pp. 207 a 216.  
Cuando Francisco de Orellana se decidió a partir en demanda de Gonzalo Pizarro y participar en el descubrimiento del exótico País de la Canela, vivía con él en Guayaquil un hijo tenido en una india y que a la sazón contaba unos tres años de edad. Ignoramos cómo se llamaba, pero consta, en cambio, que tenía en 1548 el pueblo de Borba con ciento cincuenta indios encomendados, todo en tierras guayaquileñas. (LOREDO Y MENDIVIL, Rafael... *Los Repartos*.— Lima, Imprenta Miranda, 1958.— p. 282).
10. ZARATE, Agustín de... *Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú*.— Lima, Imprenta Miranda, 1944.— Lib. IV, cap. I, p. 106.
11. GARCILASO INCA DE LA VEGA... *Los Comentarios Reales de los Incas*.— Lima, Imprenta Gil, 1944.— Parte II, Lib. III, cap. II, p. 212 del T. IV.
12. CIEZA DE LEON, Pedro... *Guerra de Chupas*.— Madrid, Librería de la Viuda de Rico, sin año.— Cap. XVIII, pp. 61 y 62.
13. Desde sus orígenes históricos el Amazonas y la Amazonía fueron considerados como sinónimos de oro, por considerarse que encerraban grandes minas del preciado metal. Primero fueron Gonzalo Pizarro y Francisco de Orellana los que más creyeron en esta leyenda dorada, luego Gómez Arias Dávila —el descubridor del Ucayali—, Juan de Salinas —el descubridor del Marañón— y finalmente Pedro de Ursúa, como lo veremos al historiador su desdichada expedición en un capítulo siguiente. Acaso el predecesor de todos estos buscadores de oro en la selva peruana lo fuera el Mariscal Alonso de Alvarado —el descubridor del río Huallaga— quien obedeciendo a la leyenda salió de Trujillo, del Perú, avanzó hacia el Oriente, fundando allí San Juan de la Frontera de los Chachapoyas y propiciando la erección de Santiago de los Valles de Moyobamba.
14. CARVAJAL O. P., fray Gaspar de... *Relación del Nuevo Descubrimiento del famoso Río Grande de las Amazonas*.— México, Imprenta del Fondo de Cultura Económica, 1955.— p. 41.
15. *Ibidem*, pp. 41 y 42.
16. *Ibidem*, Introducción, p. 21.
17. *Loc. cit.*
18. *Ibidem*, p. 42.
19. *Loc. cit.*
20. *Loc. cit.*
21. *Loc. cit.*
22. *Ibidem*, pp. 42 y 43.
23. *Ibidem*, p. 43.

## HISTORIA MARITIMA DEL PERU

24. CIEZA DE LEON, Pedro... *Op. cit.*, cap. XVIII, p. 62.  
CARVAJAL O. P., fray Gaspar de... *Op. cit.*, p. 43.
25. ZARATE, Agustín de... *Op. cit.*, Lib. IV, cap. II, p. 107.
26. *Loc. cit.*
27. *Ibidem*. Lib. IV, cap. II, p. 108.
28. *Loc. cit.*
29. *Loc. cit.*
30. CARVAJAL O. P., fray Gaspar de... *Op. cit.*, p. 43.
31. ZARATE, Agustín de... *Op. cit.*, Lib. IV, cap. III, p. 109.
32. *Loc. cit.*
33. CARVAJAL O. P., fray Gaspar de... *Op. cit.*, p. 44.
34. ZARATE, Agustín de... *Op. cit.*, Lib. IV, cap. IV, p. 110.
35. Se llegó a esto luego de comerse casi todos los caballos y perros de guerra, todos los auquénidos de carga y ganado de cerda. El hambre de los expedicionarios fue posteriormente recogido, sin excepción, por los cronistas de Indias.
36. CARVAJAL O. P., fray Gaspar de... *Op. cit.*, p. 44.
37. *Ibidem*, pp. 44 y 45.
38. *Ibidem*, p. 45.
39. *Loc. cit.*
40. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Las Amazonautas del Siglo XVI*, en: Revista Histórica, Lima, 1966, T. XXIX, pp. 207 a 240.  
En este estudio el autor ha logrado historiar uno a uno todos los días de la expedición del capitán Francisco de Orellana, por lo cual remitimos a él para todas las fechas pormenorizadas de los episodios del descubrimiento.
41. CARVAJAL O. P., fray Gaspar de... *Op. cit.*, p. 46.
42. *Ibidem*, p. 47.
43. *Loc. cit.*
44. *Loc. cit.*
45. *Ibidem*, p. 48.
46. *Loc. cit.*
47. *Loc. cit.*
48. *Ibidem*, p. 49.
49. *Loc. cit.*
50. *Ibidem*, pp. 49 y 50.
51. *Ibidem*, pp. 50 y 51.
52. *Loc. cit.*
53. *Ibidem*, Apéndice I, documento 1, p. 124.
54. *Loc. cit.*
55. *Ibidem*, Apéndice I, documento 3, p. 125.
56. *Ibidem*, Apéndice I, documentos 3, p. 125; y 4, p. 126.
57. GARCILASO INCA DE LA VEGA... *Op. cit.*, Parte II, Lib. III, cap. IV, pp. 219 a 223.— El Inca historiador empieza a estas alturas la historia del inconforme hidalgo Hernán Sánchez de Vargas, personaje de actuación no muy verídica que según él, terminó abandonado por Orellana para que se muriera de hambre, salvando milagrosamente la vida y juntándose finalmente a Gonzalo Pizarro, a quien dio larga cuenta de la traición de su lugarteniente. Lo misterioso del caso estriba en que —aunque se sabe por otros documentos que Sánchez de Vargas pudo participar en la expedición al País de la Canela— nunca Gonzalo Pizarro utilizó su testimonio en documento alguno, lo que hace muy dudoso el "abandono".
58. CARVAJAL O. P., fray Gaspar de... *Op. cit.*, Apéndice I, documento 4, p. 128.
59. *Ibidem*, p. 53.
60. *Loc. cit.*
61. *Ibidem*, Apéndice I, documento 5, pp. 128 y 129.
62. *Ibidem*, p. 54.
63. *Loc. cit.*



## NOTAS AL CAPITULO

64. *Loc. cit.*
65. *Loc. cit.*
66. *Ibidem*, p. 55
67. *Ibidem*, pp. 55 y 56.
68. *Ibidem*, p. 56.
69. *Loc. cit.*
70. *Loc. cit.*
71. *Loc. cit.*
72. *Loc. cit.*
73. *Ibidem*, p. 57.
74. *Ibidem*, pp. 57 y 58.
75. *Ibidem*, p. 58.
76. FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... *Historia General y Natural de las Indias*.— Asunción del Paraguay, Imprenta de la Editorial Guaranía, 1945.— Parte III, Lib. XII, cap. XXIV, p. 116 del T. XIV.
77. CASTELLANOS, Juan de... *Elegías de Varones Ilustres de Indias*.— Madrid, Imprenta Orbe, 1944.— Elegía XIV, Canto II, p. 157.
78. CARVAJAL O. P., fray Gaspar de... *Op. cit.*, p. 59.
79. *Loc. cit.*
80. *Loc. cit.*
81. *Ibidem*, p. 60.
82. *Loc. cit.*
83. *Loc. cit.*
84. *Loc. cit.*
85. *Loc. cit.*
86. *Loc. cit.*
87. *Ibidem*, p. 61.
88. CASTELLANOS, Juan de... *Op. cit.*, *loc. cit.*
89. CARVAJAL O. P., fray Gaspar de... *Op. cit.*, Apéndice I, documento 7, pp. 130 y 131.
90. *Ibidem*, Apéndice I, documento 8, p. 132.
91. *Ibidem*, pp. 61 a 65.
92. *Ibidem*, p. 68.
93. *Ibidem*, pp. 68 y 69.
94. *Ibidem*, p. 69.
95. *Ibidem*, pp. 69 y 70.
96. *Ibidem*, p. 71.
97. *Ibidem*, pp. 71 a 74.
98. *Ibidem*, p. 75.
99. *Ibidem*, p. 76.
100. *Loc. cit.*
101. *Ibidem*, p. 77.
102. *Ibidem*, p. 77 y 78.
103. ACUÑA S. J., Cristóbal de... *Nuevo Descubrimiento del Gran Río de las Amazonas*.— Buenos Aires, Imprenta de Alfonso Ruiz, 1946.— Cap. XXXI, p. 45.
104. CASTELLANOS, Juan de... *Op. cit.*, *loc. cit.*
105. CARVAJAL O. P., fray Gaspar de... *Op. cit.*, pp. 79 y 80.
106. *Ibidem*, p. 81.
107. *Loc. cit.*
108. *Loc. cit.*
109. *Loc. cit.*
110. *Ibidem*, p. 82.
111. *Ibidem*, pp. 82 y 83.
112. ACUÑA S. J., Cristóbal de... *Op. cit.*, cap. LXI, p. 79.
113. CARVAJAL O. P., fray Gaspar de... *Op. cit.*, p. 83.
114. *Ibidem*, p. 84.
115. *Loc. cit.*
116. *Ibidem*, pp. 84 y 85.
117. *Ibidem*, p. 85.

## HISTORIA MARITIMA DEL PERU

118. *Ibidem*, pp. 86 y 87.
119. *Ibidem*, p. 87.
120. *Ibidem*, p. 90, nota I.
121. *Ibidem*, pp. 90 y 91.
122. *Ibidem*, p. 92.
123. *Ibidem*, p. 93.
124. *Ibidem*, pp. 93 a 95.
125. *Ibidem*, pp. 95 y 96.
126. *Ibidem*, p. 96.
127. *Ibidem*, pp. 97 y 98.
128. CASTELLANOS, Juan de... *Op. cit.*, *loc. cit.*
129. LOPEZ DE GOMARA, Francisco... *Historia de las Indias*.— Barcelona, Imprenta de Agustín Núñez, 1954.— Parte I, cap. LXXXVII, p. 151 del T. I.
130. CONDAMINE, Carlos María de la... *Viaje a la América Meridional*.— México, Imprenta Edimex, 1954.— p. 61.
131. *Loc. cit.*
132. CARVAJAL O. P., fray Gaspar de... *Op. cit.*, p. 98.
133. CASTELLANOS, Juan de... *Op. cit.*, *loc. cit.*
134. CARVAJAL O. P., fray Gaspar de... *Op. cit.*, p. 98.
135. *Ibidem*, p. 99.
136. *Ibidem*, p. 99.
137. *Ibidem*, p. 101.
138. *Ibidem*, p. 103.
139. *Ibidem*, pp. 104 a 107.
140. *Loc. cit.*
141. *Ibidem*, p. 108, nota I.
142. *Loc. cit.*
143. *Ibidem*, p. 108.
144. *Ibidem*, p. 109.
145. *Ibidem*, p. 110.
146. *Loc. cit.*
147. *Ibidem*, p. 111.
148. *Loc. cit.*
149. *Ibidem*, p. 117.
150. CASTELLANOS, Juan de... *Op. cit.*, Elegía XIV, Canto II, p. 158.
151. *Loc. cit.*
152. *Loc. cit.*
153. *Ibidem*, p. 118.
154. CASTELLANOS, Juan de... *Op. cit.*, *loc. cit.*
155. CARVAJAL O. P., fray Gaspar de... *Op. cit.*, p. 119.
156. *Loc. cit.*
157. CASTELLANOS, Juan de... *Op. cit.*, *loc. cit.*
158. FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... *Op. cit.*, Parte III, Lib. XI, p. 109 del T. XIII.
159. LOPEZ DE GOMARA, Francisco... *Op. cit.*, *loc. cit.*  
CIEZA DE LEON, Pedro... *Op. cit.*, cap. XXI, p. 73.
160. ZARATE, Agustín de... *Op. cit.*, Lib. IV, cap. IV, p. 110.
161. GARCILASO INCA DE LA VEGA... *Op. cit.*, Parte II, Lib. III, cap. IV, pp. 219 a 223 del T. IV.
162. PORRAS BARRENECHEA, Raúl... *Cartas del Perú*.— Lima, Empresa Editora Peruana, 1959.— Carta 302, p. 462.
163. *Loc. cit.*
164. CIEZA DE LEON, Pedro... *Op. cit.*, cap. XVIII, p. 61.
165. ZARATE, Agustín de... *Op. cit.*, Lib. IV, cap. II, p. 107.  
GARCILASO INCA DE LA VEGA... *Op. cit.*, Parte II, Lib. III, cap. II, p. 212 del T. IV.  
PORRAS BARRENECHEA, Raúl... *Op. cit.*, Carta cit., p. 460.  
FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... *Op. cit.*, Parte III, Lib. XI, cap. II, p. 108 del T. XIII.
166. CIEZA DE LEON, Pedro... *Op. cit.*, cap. XVIII, p. 62.

## NOTAS AL CAPITULO

167. FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... *Op. cit.*, Parte III, Lib. XII, cap. XXIV, p. 160 del T. XIV.
168. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Francisco de Orellana, descubridor del Río de las Amazonas*, en: *Cultura y Pueblo*, Lima, diciembre de 1966, números 9 y 10, p. 13.
169. PORRAS BARRENECHEA, Raúl... *Op. cit.*, Carta cit., p. 464.
170. Según investigaciones del Conde de Canilleros, Miguel Muñoz de San Pedro, los padres del Descubridor del Amazonas lo fueron el hidalgo Francisco de Orellana y Francisca de Torres Orellana, sobrina de su marido, vecinos de Trujillo de Extremadura.
171. CARVAJAL O. P., fray Gaspar de... *Op. cit.*, Apéndice II, Documento I, pp. 135 a 141.
172. *Loc. cit.*
173. *Ibidem*, Apéndice II, documento 2, p. 142.
174. *Ibidem*, Apéndice II, documento 3, pp. 143 a 151.
175. *Loc. cit.*  
FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo... *Op. cit.*, Parte III, Lib. XI, cap. V, pp. 119 y 120.



## Capítulo VIII

### LA GUERRA DE ALMAGRO EL MOZO

#### LA NAO DEL OBISPO DE PLASENCIA

Suceso de importancia marítima que distrajo la historia aquellos días, fue la llegada al puerto de Quilca —desde España y por el Estrecho de Magallanes— de una nao del Obispo don Gutierre, mitrado que tenía la silla de Plasencia. Era éste madrileño, aunque oriundo de Extremadura, y por los Carvajales su genealogía lo llevaba a contar por tataradeudo a Bermudo II de León. Su nombre completo era Gutierre Vargas de Carvajal, habiéndosele elevado a la sede de Plasencia en 1524, cuando apenas contaba dieciocho años de edad. Fue, por último, nombrado por el Emperador para acompañar el cuerpo de su padre Felipe el Hermoso, a su definitiva tumba en la Capilla Real de Granada. Joven, activo, poderoso y ambicioso, el Obispo se convirtió en patrocinador de empresas descubridoras<sup>1</sup>.

Efectivamente, entre 1538 y 1539 solicitó, aunque en nombre de su hermano el trujillano Francisco de Camargo, Gentilhombre de boca del Emperador, una tierra, la más meridional del Nuevo Mundo, "*lo que ha sobrado del continente*"<sup>2</sup>, es decir, el Estrecho magallánico y también la Patagonia, lugares vagamente conocidos por Hernando de Magallanes, su descubridor, Jofré de Loaiza y Simón de Alcazaba. Se animó a esto el Obispo, porque "*procurábase en este tiempo, de abrir la navegación para el Perú, por el Estrecho de Magallanes; porque presupuesto que se hallaba más larga, parecía más cómoda, por escusar los trabajos, i gastos del Mar de el Norte al del Sur, pasando*

*aquella trabajosa angostura de la tierra, o Ismo, desde Nombre de Dios a Panamá*"<sup>3</sup>.

*"El emperador accedió a la demanda y el caballero Camargo, a costa de su hermano el Obispo de Plasencia, empezó a aderezar los navios y reclutar gente en Vizcaya. Las naos vizcainas fueron a completar su avío a Sevilla. Por ciertos impedimentos Camargo se desentendió del negocio e hizose cargo de la Armada del Obispo un comendador de Burgos, frey Francisco de la Rivera, tan pobre, que antes de darse a la mar, pidió real permiso para dejar en un convento de damas nobles a una hermana y dos sobrinas para que las sustentaran mientras durase su ausencia"*<sup>4</sup>. Dicho esto, como si hubiera mermado el interés de la historia, un autor añadirá: *"El viaje de la armada del obispo de Plasencia, no menos que sus resultados, constituye uno de los episodios más novelescos de los anales de Indias"*<sup>5</sup>.

Efectivamente, zarpó la Armada para su destino por agosto de 1539<sup>6</sup>. La nao capitana iba con el General y Gobernador electo frey Francisco de la Rivera; las otras tres guiaban: Alonso de Camargo, deudo del Obispo, el que arribó con su nave al Perú; el capitán Gonzalo de Alvarado, conquistador que había sido del Río de la Plata con el Adelantado Pedro de Mendoza y con Juan de Ayolas la vez que este último pretendió pasar del Paraguay al Perú; y el portugués Miguel de Arogoces, piloto y maestre de derrota que cuatro años antes había llevado al estuario platense al citado Adelantado Mendoza<sup>7</sup>.

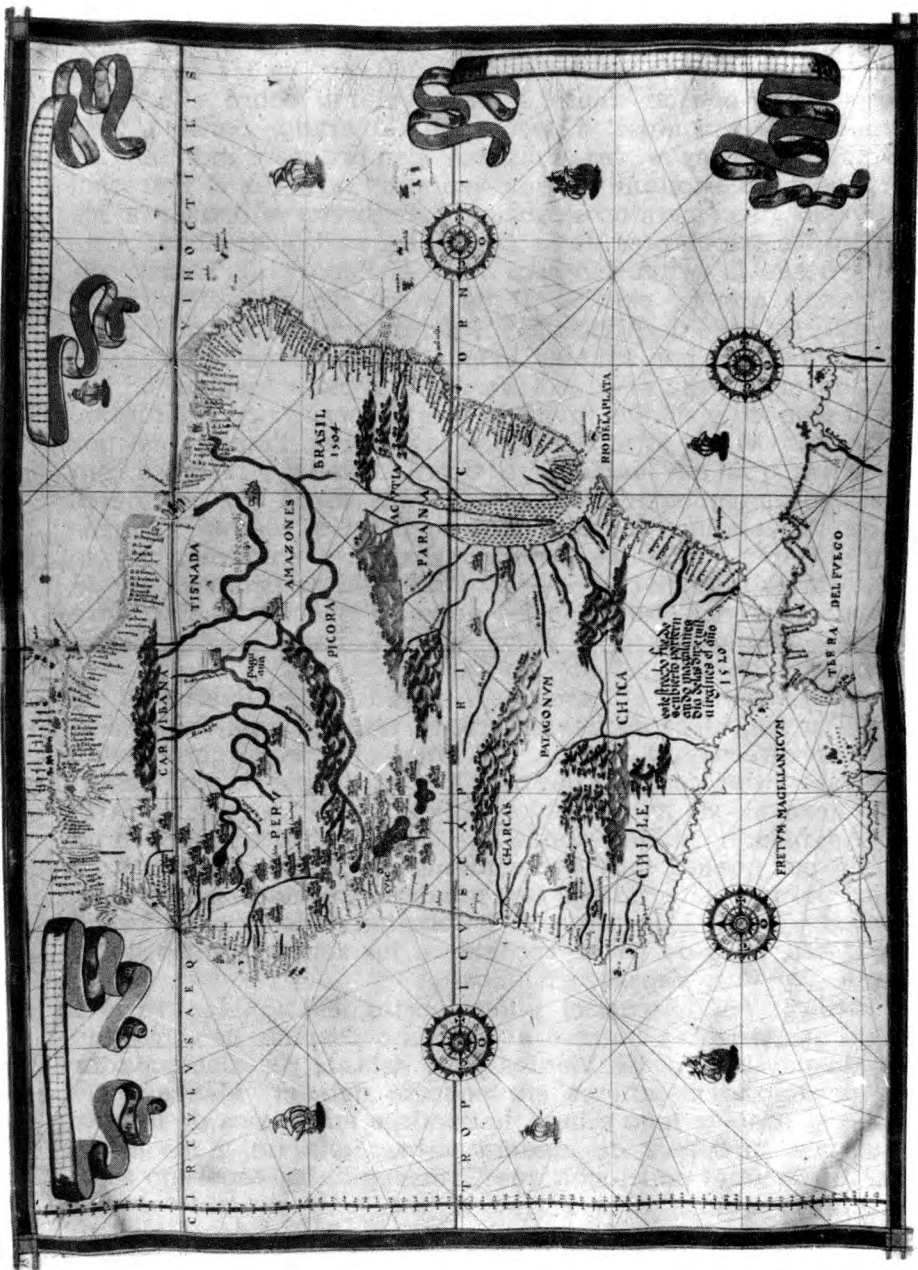
En noviembre de 1539 los barcos estaban ya cerca del extremo meridional del Nuevo Mundo. Hallaron mucha pesquería, también gaviotas y alcatraces, pero ninguna tierra a la vista. El 3 de enero de 1540 se quebró la monotonía del mar y apareció una costa larga por la banda de estribor, descubriendo días después muchos humos en ella. Al Cabo de las Vírgenes llegaron el 12 de enero y el día 20, puestos los barcos en orden, embocaron el Estrecho de Magallanes. Una cruz de palo muy grande los saludó en la orilla del Norte a poco de haber entrado, inclinándose la mayoría en creer que allí había sido dejada por los descubridores del famoso paso dos décadas atrás. Lo cierto fue que las profundidades se tornaron cada vez menores y de 89 brazas que se contaron al principio, se terminó sondando 20 y 25, lo que sembró alguna desconfianza que luego se hizo general<sup>8</sup>.

El 22 de enero, una hora antes de amanecer, estando frente a la Punta de la Arena, dieciseis leguas dentro del Estrecho, un temporal estrelló a la capitana contra la costa rocosa y negra, salvándose los tripulantes milagrosamente. Los tres barquichuelos restantes fueron tomados por el mismo temporal y expulsados del Estrecho, regresando al Mar del Norte en medio de feroces vientos. El día 27 volvieron con intención de rescatar

a los náufragos, pero al entrar al Estrecho la nao de Alonso de Camargo fue tomada por otro temporal y obligada a internarse hacia el Suroeste, con dirección al Mar del Sur. Las otras dos naos, maltratadas por el vendaval, volvieron a buscar refugio al Cabo de las Vírgenes, pero aquí tampoco les fue ajena la desventura porque, tanto sopló el viento sobre ellos, que terminaron separándose. Gonzalo de Alvarado, perdido todo contacto con la nave de Arogoces, siempre pensando en los náufragos de la capitana, intentó embocar otra vez el Estrecho. El 29 logró su cometido, alcanzando en breve a divisar a los desesperados tripulantes de la capitana que le clamaban misericordia desde la orilla. No está claro si llegó a abrazarse con ellos, parece que sí, pero el 31 de enero resurgió el dormido vendaval y la nave de Alvarado fue arrancada de su fondeadero, siendo arrastrada por canales helados hasta extraviarse malamente, de modo que sólo el 4 de febrero pudo fondear en un lugar desconocido donde tuvieron que empezar por orientarse. De aquí pasó el navío al Puerto de las Zorras, llamado así por las muchas que allí había. Era tierra nevada y ventosa, sin árboles, con muchos lobos marinos. Más tarde los marineros descubrieron algunos pinos y cazaron patos silvestres. El lugarejo, inubicable según los testimonios de ese entonces, hoy se le sitúa en las inmediaciones de la Península de Brunswick y de la Isla de Clarence, cerca de los actuales puertos de San José y de San Miguel, pero, a decir verdad, nada lo demuestra fidedignamente<sup>9</sup>.

Seis meses invernaó el barco de Alvarado en el Puerto de las Zorras. Por fin, el 24 de noviembre de 1540, su capitán lo sacó de allí con dirección a España. Su tripulación sólo quería navegar al Este y dar con el Atlántico. Los náufragos, según pensamiento general, ya habían sido recogidos por Camargo o Arogoces. Además, no sabían dónde ir a buscarlos ni tenían tiempo para ello por quedar muy pocos alimentos. No fue malo el tornaviaje, porque Alvarado y sus hombres aportaron a España con salud y vida. Más tarde se enterarían todos que el barco de Arogoces, lejos de haber recogido a los sobrevivientes de la capitana, volvía a España sin ellos<sup>10</sup>.

La historia del barco del piloto portugués también resultó interesante. Arogoces ingresó al Estrecho después de Alvarado y llevado por los fuertes vientos pasó delante del Comendador y sus perdidos compañeros sin poderse detener. Más aún, el Estrecho lo pasó de lado a lado, hallándose en la boca de la Mar del Sur con una cruz de madera y bajo ella un mensaje de Camargo. Decía el papelucho que Camargo había esperado a los otros barcos quince días y que al no venir ninguno, había seguido al Perú. Pensando que el navío de Alvarado estaba en





**La América Austral de los cartógrafos  
quinientistas.**

el Río de la Plata, Arogoces ordenó invernar en el Canal de San Sebastián, a sesenticinco leguas de la boca oriental del Estrecho. Allí permaneció diez meses —de enero a octubre de 1540— dándose tiempo para varar su nao y calafatearla. Un paisaje helado, casi antártico, rompió su albura para mostrar *"indios de paz y grandes ovejas y lobos marinos"*<sup>11</sup>. También se cortó alguna madera para hacer hogueras y calentarse, pero la sorpresa fue enorme cuando encontraron por los alrededores *"remos y cables y jarcia, que había quedado allí de otras naos"*<sup>12</sup>. Alistado el barco, Arogoces lo sacó al Atlántico pensando que Alvarado había recogido a los naufragos del Comendador. Una vez en el Mar del Norte largó velas sin compasión, pero erró su derrota *"y vino a parar nada menos que al Cabo de Buena Esperanza. Aquí lo sobrecogió una tempestad tan de repente, que dejando en tierra cinco hombres que había puesto en tierra para saber que costa era, voló la nave hasta la Isla de Santo Tomé, en la Guinea, y de aquí a Lisboa"*<sup>13</sup>.

Al margen de estas peripecias, incluso antes de que sucedieran, el barco de Alonso de Camargo navegaba frente a las costas de Chile, intrigando a Valdivia y a sus compañeros con sus andares a toda vela. Los marineros de Camargo habían pasado tanto hambre que a no haberles vendido los indios un carnero de la tierra —motivo por el que nombraron Punta del Carnero al lugar en que compraron el auquénido— no habrían podido seguir viaje. Largando trapo y aprovechando la corriente pasaron los navegantes frente al Morro de Arica y después frente al Morro de los Diablos, pero por no confiar demasiado en los indios de tales parajes continuaron al Norte, fondeando, finalmente, en Quilca, entonces uno de los dos puertos de Arequipa<sup>14</sup>.

Al respecto escribió el cronista Agustín de Zárate: *"de ser toda la costa [de Chile] bien poblada hasta más de cuarenta grados de costa dió noticia un navío del armada que envió don Gutiérrez de Carvajal, obispo de Plasencia, que embocó por el estrecho de Magallanes, y desde allí vino costeano la tierra hacia el norte hasta llegar al puerto de la Ciudad de los Reyes"*<sup>15</sup>. Y añade el cronista, a guisa de anécdota verídica: *"En este navío fueron los primeros ratones que en el Perú hubo, porque antes no los había, y después acá han acudido en gran número por todas las ciudades del Perú; créese que yendo las crías entre cajas o fardes de mercaderías que van de unas partes a otras; y así, los llaman los indios ococha, que quiere decir cosa salida de la mar"*<sup>16</sup>.

Pues bien, como se ha dejado entrever, el navío surgió en Quilca y siguió al Callao, donde llegó tan desvencijado que de sus maderas mejores se hicieron puertas para la casa o palacio del Marqués Gobernador, también para las Cajas Reales. De

uno de los mástiles se sacó un asta de bandera que por muchos años estuvo en la Plaza de Armas de Lima. Lo cierto fue que muy poco después —el domingo 26 de junio de 1541— el Marqués Gobernador fue asesinado y los revoltosos, acaso ese mismo día o el siguiente, irrumpieron al barco del Obispo, a la sazón bastante destartado, y se apropiaron de un barril de pólvora y de ciertos falconetes que a bordo aún quedaban. Triste epílogo el de este barco famoso —el primero en unir España y el Perú por el Estrecho— y que presagió algo el de su capitán Alonso de Camargo, ajusticiado por el *Demonio de los Andes* durante la rebelión del *Gran Gonzalo*. Pero eso lo veremos después; primero detengámonos a conocer al último requisador de la famosa nave del Obispo de Plasencia<sup>17</sup>.

### EL HIJO DEL ADELANTADO

El postrer requisador de la nao famosa —confiscador de su pólvora y cañones— era Diego de Almagro, el Mozo, hijo del difunto Adelantado Almagro el Viejo. El muchacho había nacido en Panamá en 1522, como bastardo de su padre en la india panameña Ana Martínez. Pasó la mayor parte de su infancia y juventud en su ciudad natal, aprendiendo allí a leer y escribir. Posteriormente, Juan de Espinosa, secretario de su padre, le compró un juro de 393,750 maravedís en Jerez de la Frontera por orden del Viejo Almagro, gestionando al mismo tiempo el matrimonio del mancebo con una hija de Lope Hernández Treviño y de Juana de Loaiza, su mujer, vecinos de Ciudad Real. Las gestiones debieron fracasar, porque luego se reiniciaron con el licenciado Juan Suárez de Carvajal, del Consejo Real y más tarde Obispo de Lugo, para casar al Mozo con una hija de éste llamada Natalia de Carvajal<sup>18</sup>.

Tampoco siguió adelante esta boda, encontrándose a Diego de Almagro, el Mozo, en Lima a comienzos de 1535, por lo que se presume que llegó al Perú con su padre dos años antes o muy poco después. Lo cierto es que marchó al descubrimiento de Chile, haciéndolo por la vía marítima a bordo del *San Pedrillo*, reuniéndose a su progenitor en el socorro que le llevó en el barquichuelo el capitán Ruy Díaz. El encuentro se efectuó en la costa de Aconcagua, no separándose en lo sucesivo el padre del hijo, hallándoseles juntos por el Norte de Chile hasta Arica, para luego continuar a Tacna y Arequipa, Ayaviri y Urcos. De este modo asistió el Mozo a la toma del Cusco la noche del 8 de abril de 1537, fecha en la que también se apresó a Hernando y Gonzalo Pizarro. El mancebo estuvo a continuación en Chíncha durante las conversaciones de Mala, quedándose en el Cusco al

tiempo que se dio la rota de Salinas. Dada la batalla, Hernando Pizarro lo envió a Lima en calidad de vigilado con Alonso de Alvarado, pero habiéndose topado en Jauja con el Marqués Francisco Pizarro, Alvarado lo entregó a éste, quien lo recibió con muchos halagos y muestras de aprecio, prometiéndole que su padre no moriría<sup>19</sup>.

Sin embargo, Hernando Pizarro degolló al Adelantado y el joven huérfano quedó en Lima en espera de justicia y también de su gobernación de Nueva Toledo, que le correspondía por herencia paterna. Por haber viajado a España Diego de Alvarado quedó entonces bajo la tutoría de Juan de Rada, hombre que comenzó a juntar en torno de su protegido a los derrotados almagristas para asesinar a Francisco Pizarro y vengar, de este modo, la muerte del Adelantado. El propósito halló acogida en el joven Almagro, reuniéndose en torno suyo muchos hombres bajados de las Charcas, del Cusco y Arequipa. Pronto fueron tantos que el hambre se posesionó del numeroso grupo, viéndose en la necesidad de apartarse los unos de los otros para poder subsistir. De esta manera quedó sólo una docena de almagristas en la compañía del Mozo, los cuales, para salir a la calle, se turnaban la única capa que poseían. El escribano Domingo de la Presa quiso socorrerlos y dio al Mozo una chacra de maíz, en Collique, cerca de Lima, de la que sacaban leña y algún otro producto; pero murió Presa y el Gobernador Pizarro dio Collique a su medio hermano Francisco Martín de Alcántara. La ira se apoderó entonces de los almagristas, poniéndose todos insolentes. El Marqués pensó frenar al Mozo y a Juan de Rada, mas no lo hizo por la proximidad del Juez Visitador don Cristóbal Vaca de Castro, quien en nombre del Rey venía a hacer justicia. Con la misma intención los almagristas esperaban al ansiado personaje, pero un día corrió la voz por la Ciudad de los Reyes de que los Pizarro lo habían sobornado y esto exasperó a los de Chile<sup>20</sup>.

Lo cierto era que el licenciado Vaca de Castro había zarpado de Panamá, el 18 de marzo de 1541, en un galeón del doctor Hernando de Sepúlveda. Salió con algunos barquichuelos de mercaderes que, como el galeón, traían el rumbo del Perú. Los navíos pasaron por la Isla del Mal Pelo y la Gorgona, lugar éste donde las muchas olas y grandes vientos, amén de los aguaceros, obligaron a las naves a surgir frente a la Isla del Gallo. Aquí se rompió un cable y se perdió un ancla, viéndose los del galeón en apuros para recoger a ciertos caballeros que habían bajado a tierra. Se les rescató y hecho esto, prosiguieron todos los barcos con pésimo tiempo al Ancón de las Sardinias. Aquí los sorprendió un temporal, apartándose unos navichuelos de los otros y teniendo que regresar los del galeón a la Isla del Gallo, donde hallaron un buque recién venido de Nicaragua con víveres en

abundancia. Con su ayuda y compañía regresaron a la costa, tocando la Isla de Palmas y arribando malamente al puerto de la Buenaventura, donde bajó Vaca de Castro a tierra muy enfermo e inició —no sin antes mediar en las disputas de los ya Adelantados Pascual de Andagoya y Sebastián de Belalcázar por cuestión de límites— su esperado viaje al Perú<sup>21</sup>.

Así estaban las cosas y los almagristas exaltados, cuando el Marqués Pizarro mandó llamar a Juan de Rada para pedirle explicaciones. En la entrevista, que fue en el huerto de la casa del Marqués, Rada se desmandó y llegó a decir a don Francisco: *“Ea, pues, acabemos ya, y vuestra Señoría haga de nosotros lo que fuere servido, pues que habiendo empezado por la cabeza, no se yo por qué se tiene respeto a los piés; y asimesmo dicen que vuestra Señoría ha mandado matar al Juez y si piensa matar a los de Chile no lo haga; destierre en un navío a D. Diego Iel Mozol, pues es inocente y no tiene culpa, que yo me iré con él adonde la ventura nos quisiere echar. El Marqués, con rostro airado, dijo: ¿Quien os ha hecho entender tan gran maldad o traición como es ésa? porque nunca yo lo pensé; y el Juez más deseo yo de verlo acá que no vos, y Diego de Mora me ha escrito cómo arribó al río de San Juan, e así me lo han dicho los maestros que han venido e por no querer él embarcarse en mi galeón, no está aquí; é en lo de las armas que decís que aderezo, el otro día salí a caza e no vide en cuantos íbamos una lanza, e mandé a mis criados que mercasen una y ellos mercaron cuatro. Plega a Dios, Juan de Herrada, que venga el Juez, e Dios ayude a la verdad y estas cosas hayan fin”*<sup>22</sup>.

Pero todo no dependía de Francisco Pizarro, también estaban de por medio los pizarristas. Y esto, porque en la festividad del Corpus Christi, los de Chile temieron que Vaca de Castro hubiera muerto en la navegación porque unos truhanes pizarristas se pusieron a cantar por las calles de Lima: *“mueran, mueran los enemigos del gouernador piçarro y viba él y sus amigos que enbarrancada es la baca”*<sup>23</sup>. Parece que los bufones se referían solamente al mal arribo del licenciado a las costas de la Buenaventura, pero los almagristas lo apreciaron alegría excesiva de sus adversarios y se temieron lo peor. Con esta interpretación pesimista, la desesperación llegó a su punto para los de Chile.

Entonces la esperanza se trocó en venganza y decidieron asesinar al Marqués Gobernador, cuidándose de que Almagro el Mozo no participara en el hecho para evitarle peligro. Como lo pensaron lo hicieron y el domingo 26 de junio de 1541 mataron cobardamente al Conquistador. Muerto el bravo viejo se dijo que los almagristas lo habían matado porque él quería hacer lo mismo con el joven don Diego. Este, de cuya casa habían salido

los asesinos, pasó entonces a aposentarse a la morada del gobernante difunto. Poco después se recibió por Gobernador del Perú, aunque todos sabían que quien verdaderamente mandaba era Juan de Rada. Entonces fue que confiscó el barril de pólvora y los falconetes a la nao del Obispo de Plasencia; nombró a Gabriel de Rojas su Teniente de Gobernador en el Cusco; y llamó a García de Alvarado para darle el mando del *San Cristóbal*, el galeón de los Gobernadores, y enviarlo con tropas a Trujillo y San Miguel<sup>24</sup>.

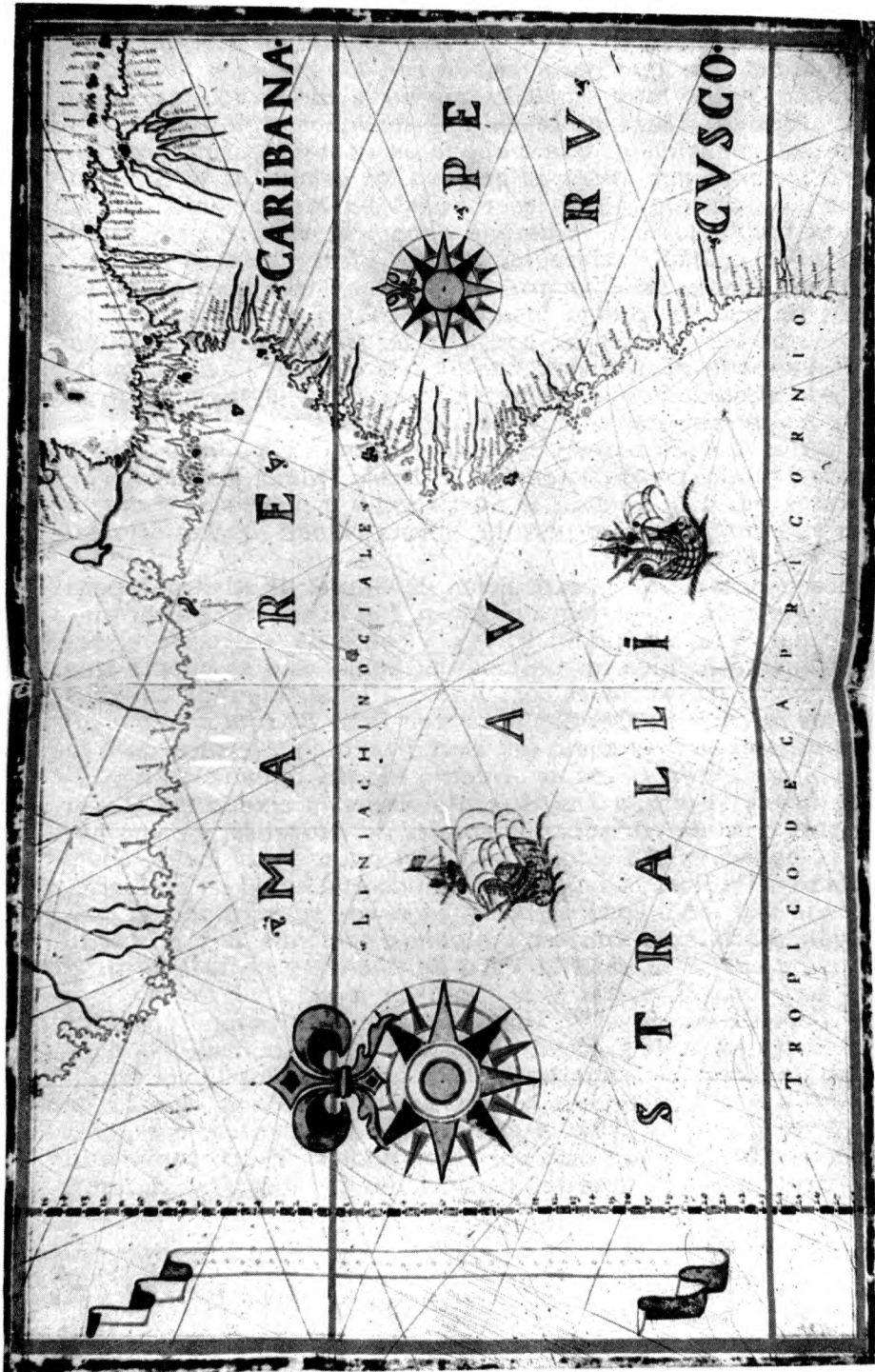
### LA EXPEDICION DE GARCIA DE ALVARADO

La única expedición naval realizada durante la efímera rebelión de Almagro, el Mozo, fue la comandada por García de Alvarado, el Malo, mancebo bullicioso hermano de Diego de Alvarado, el Bueno. Era de los derrotados en las Salinas y la víspera del asesinato del Marqués andaba con grupos de soldados por las calles de Lima, haciendo recorridos sospechosos y visitas comprometedoras. El día del crimen salió al mismo tiempo que los asesinos y a caballo los escoltó por la Plaza de Armas hasta que entraron al Palacio; entonces quedó afuera, dispuesto a intervenir en ayuda de los conjurados al menor pedido de socorro. Muerto el Marqués Gobernador por Juan de Rada y sus amigos, integró con éste y Francisco de Chávez, una junta en la que se decidió prender a los principales vecinos para quitarles las armas y tomarles sus bienes. Acto seguido apostrofó feamente a Gómez de Alvarado que estaba refugiado en la iglesia mayor, saliendo García de Alvarado después para Trujillo a proclamar allá a Almagro el Mozo. En el camino encontró a Luis García de San Mamés, quien le dijo que ya Trujillo estaba por la rebelión y que volviera a Lima para no alborotar la tierra. Vuelto a la Ciudad de los Reyes y presentado a su mestizo caudillo para recibir nuevas órdenes, fue que se le dio el mando del *San Cristóbal* para ir con tropas a la costa norteña y confiscar armas, municiones y caballos al tiempo que hacía jurar al Mozo Almagro por Gobernador del Perú<sup>25</sup>.

La historia de esta expedición, más que heroica y larga, fue corta y delictiva. Efectivamente, *“aderezado García de Alvarado de lo que había de llevar, y embarcada la gente y caballos en el galeón, se partió luego e fue a desembarcar al valle de Santa, adonde tuvo nueva de como [Alonso del Cabrera con otros [pizarristas] venía a aquel valle; y los indios, teniéndolo por cosa cierta, habían aparejado mucha comida e yerba para los caballos. Y era verdad que Cabrera e [Pedro] Barroso e otros siete u ocho que se habían juntado, venían de la sierra a se juntar a*

los llanos con pensamiento de ir a buscar al licenciado Vaca de Castro, mas García de Alvarado se dio tal maña, que prendió a Cabrera e a Barroso y a Cáceres y a otros tres, y de ellos supo como no venían más que ellos; e viendo García de Alvarado que allí no había más que hacer se fue con los presos a la ciudad da Trujillo, yendo muy recatado que no le sucediese algún desmán"<sup>26</sup>. Prosigue Cieza, autor del que tomamos estas líneas: "Yo me informé de soldados que anduvieron en aquel tiempo con él, y me afirmaron que jamás se quitaba las armas, ni se cansaba con nengún trabajo, antes los compadecía alegremente, dando de sí ejemplo a los que militaban debajo de su bandera; y, estando en la ciudad de Trujillo, aunque Diego de Mora se mostraba muy amigo de Almagro, sospechando que podría ser los vecinos de aquella ciudad levantarse contra él e matarle, por quitar estos inçonvenientes, con toda la gente que con él había venido, se metió [García de Alvarado] en las casas del Marqués, y allí con el cuidado que decimos estaba, no consintiendo que se hiciese nengún mal en la ciudad, aunque él tomó los dineros de los difuntos que estaban en depósito e algunos caballos e armas. Y desde Trujillo, en el galeón que él había traído, mandó llevar los presos hasta la ciudad de San Miguel e puerto de Paita, y él con su gente se partió para la mesma ciudad de San Miguel; donde le dejaremos..."<sup>27</sup>.

Consecuencia no de la expedición de García de Alvarado pero sí de la rebelión de Almagro el Mozo, fue la muerte del primer Obispo del Perú, el dominico fray Vicente de Valverde, el del requerimiento al Inca en Cajamarca. Sobre esto se cuenta que "en la ciudad de los Reyes comenzaba a haber algunas envidias entre los mesmos de Chile, y al doctor Juan Blázquez, que estaba retraído en [el] convento del Santo Domingo, le sacaron e le tenían preso en las casas de Antonio Picado, adonde estuvo algunos días; y el obispo Fray Vicente vino a la ciudad del Cuzco [sic] muy pesante por saber la muerte del Marqués, y como halló a su hermano, el Doctor, preso, recelándose que los de Chile le habían de matar, en un pequeño navio que había en el puerto, fingiendo que iba a caza, se metió en él con su hermano, el doctor Juan Blázquez, e con otras algunas personas, con propósito de ir a buscar al presidente Vaca de Castro, y en la Isla de la Puná salieron los indios y le mataron a él, e al Doctor, e a otros dieciseis españoles"<sup>28</sup>. Una cédula real de tiempo posterior añadirá, tratando de explicar el triste final del mitrado del Cusco: "se embarcó en el puerto de esta Ciudad de los Reyes en un navio, y con él dos primos hermanos suyos y otros vecinos de este Reino que con él iban a Panamá a hacer gente y a esperar a Vaca de Castro que venía por Gobernador... Y aportaron a la isla de la Puná, donde se rebelaron todos los indios, y mataron





**El Mar del Sur o Mar Austral, según los mapas  
españoles de América. (Siglos XV-XVII).**

*a todos cuantos iban con el dicho Obispo, y a él lo asaron vivo sobre una barbacoa, sacándole los ojos de la cara y vaciándole otros de oro derretido, hasta que con este martirio murió; y se lo comieron...*"<sup>29</sup>. Y concluye fray Reginaldo de Lizárraga, su hermano de sotana blanquinegra: "*Fue [el] obispo de más tierra que ha habido en el mundo, porque desde Panamá hasta Chile se prolongaba por mar y por tierra su obispado... los indios [de la Punál] eran recién conquistados, los cuales recibiendo a nuestro obispo y a los que con él iban de paz, y sabiendo a lo que venían, los descuidaron y descuidados, dan en ellos, mátanlos y cómenselos: por esto son afrentados de los indios comarcanos, llamándoles: "perros lampuna, come obispo"*"<sup>30</sup>.

Mientras tanto, Vaca de Castro avanzaba por tierra hacia el Perú, luego de fallar contra el Adelantado Andagoya en favor del Adelantado Belalcázar. El licenciado carecía aún de noticias sobre la muerte del Marqués Gobernador y confiaba en que llegando a Lima todo se arreglaría sin derramamiento de sangre. Pero en Lima no se pensaba igual y tras muchas muertes y tormentos, proseguía la persecución de los leales a la Corona. Uno de los perseguidos terminó siéndolo el segoviano Diego de Peralta Cabeza de Vaca, hidalgo conquistador de estos reinos, quien la tarde que mataron al marqués tuvo la guapeza de encastillarse con Jerónimo de Aliaga en la morada de este último, donde con otros amigos sostuvieron la causa real hasta la noche. Allí resistieron todo el día a los ensoberbecidos almagristas pero caído el sol y sin esperanzas de alcanzar victoria, Aliaga determinó entregarse con la condición de que se respetaran sus vidas. Almagro el Mozo aceptó y entonces, a la luz de los hachones resinosos, abandonaron todos la maltrecha mansión. El dueño iba por delante abriendo paso a su familia, seguían luego los criados españoles y los esclavos de color, finalmente, cubriendo las espaldas a todo aquel grupo de leales, salió Diego de Peralta empuñando en una mano la espada y embrazando con la otra la rodela<sup>31</sup>.

Pero si Almagro respetó la persona de Jerónimo de Aliaga no pasó lo mismo con la de Diego de Peralta que resultaba demasiado peligroso por lo fiel. "*Y por hazer lo que deuió y no seguir la opinión de don Diego de Almagro el Mozo que mató al Marqués... fue preso y le metieron a un navio para enbriallo a España*"<sup>32</sup>. Mas lo que ignoraba Almagro era que el prisionero portaba un mensaje oral de Jerónimo de Aliaga, por el que debía enterar a Vaca de Castro de todos los pormenores de la muerte del Marqués. Peralta fue apresado poco antes de salir de Lima en busca del nuevo Gobernador, pero su suerte quiso que fuera llevado al mismo barco en que viajaba doña Inés de Muñoz, la viuda de Francisco Martín de Alcántara, con los hijos de Fran-

cisco Pizarro. Doña Inés tuvo oportunidad entonces de entrevistarse secretamente con el prisionero y hasta le proporcionó detalles que resultaron utilísimos. Esto no cambió en mucho el rumbo de los acontecimientos, pero habiendo aportado el navío a Paita, según unos, a Tumbes, según otros, se dispuso que hiciera aguada y dar un descanso a la tripulación. Peralta logró limar entonces sus cadenas y deslizándose por la del ancla se echó a nadar dispuesto a ganar la costa. Los guardas no se percataron de ello y como el segoviano nadaba bien, no tardó en pisar la playa y esconderse en ella. Luego, aprovechando siempre la oscuridad de las noches, pasó a la sierra y habiéndose juntado con otros españoles viajó hasta Quito, donde besó la mano del licenciado Vaca de Castro "y le dió rrelación de la muerte del Marques"<sup>33</sup>. Esta relación sirvió tanto al licenciado que lo hizo dar pie atrás. Baste decir que Vaca de Castro había hecho varios nombramientos para oponerse a los almagristas —de cuyo alzamiento ya sabía— y que el principal de ellos era para Juan de Rada, el asesino de Pizarro, al que había nombrado su Teniente de Gobernador. Informado a tiempo por Diego de Peralta de la verdad sobre la muerte de Francisco Pizarro, no sólo revocó sus nombramientos sino que corrigió totalmente su política<sup>34</sup>.

A estas alturas, las noticias que de García de Alvarado llegaron a la Ciudad de los Reyes desde el Norte no lograron contrarrestar las venidas de Chachapoyas. Allí Alonso de Alvarado, el fundador de San Juan de la Frontera, lejos de plegarse a los de Chile había alzado bandera por el Rey y los Pizarro. Esto convulsiónó la capital "*e fue muy grande la turbación que recibieron los de Chile, porque, como fuese la autoridad de Alvarado mucha, pesábales de que se hobiese declarado por su enemigo; y sabido como García de Alvarado había prendido a Alonso de Cabrera, e a Villegas, e a Vozmediano, e a los otros, e como habian andado alborotando con cartas por todas partes, y porque temiesen los otros o por otra causa que ellos quisieron buscar, Juan de Herrada escribió al capitán García de Alvarado que los matase luego; y como García de Alvarado vido la carta, envió luego al puerto de Paita por ellos y les cortó las cabezas en la ciudad de San Miguel; decia el pregón: "por amotinadores"*"<sup>35</sup>.

Hecho esto salió García de Alvarado en viaje de regreso a Lima. En Saña fue informado por Melchor Verdugo de que Alonso de Alvarado, su pariente, había alzado bandera por la Corona, confirmando la noticia en Trujillo donde se halló con la novedad de que Iñigo López Carrillo, criado de Alonso de Alvarado, se había llevado lo mejor de la gente con sus armas y cabalgaduras. Iracundo pasó entonces a Huaylas, donde dio tormento a los curacas para que le dieran oro y pagar con él a sus

tropas. Lo ayudó en todos estos menesteres Juan Rodríguez Barragán, almagrista que en Piura se había consagrado cruel. Ingresó García de Alvarado a Lima con un cuantioso botín: oro, plata, armas y caballos. Entre abrazos y felicitaciones hizo entrega de todo al joven Almagro que lo salió a recibir. Apagado el eco de los aplausos, el ejército almagrista dejó la Ciudad de los Reyes y marchó a Huarochirí, iniciando así el camino de su derrota. Los vecinos de Lima vieron llegada la oportunidad de reconciliarse con el Monarca y uno de ellos, el capitán Jerónimo de Aliaga ya citado, salió con varios hombres al Callao y, apostándose secretamente en la playa, esperó que cayera el sol, capturando esa misma noche el no por viejo menos mentado *galeón de los Gobernadores*<sup>36</sup>.

## NOTAS AL CAPITULO

1. BAYO, Ciro... *Los Césares de la Patagonia*.— Madrid, Imprenta Pueyo, 1913.— Cap. I, pp. 15 y 16.  
BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *El Conde de Nieva, Virrey del Perú*— Lima, Imprenta Lumen, 1963.— Cap. II. pp. 90 y 91, nota 37.
2. BAYO, Ciro... *Op. cit.*, cap. I, p. 16.
3. HERRERA, Antonio de... *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierrafirme del Mar Océano*.— Buenos Aires, Imprenta Continental, 1946.— Década VII, Lib. I, cap. VIII, p. 248 del T. VIII.
4. BAYO, Ciro... *Op. cit.*, *loc. cit.*
5. *Loc. cit.*
6. HERRERA, Antonio de... *Op. cit.*, *loc. cit.*
7. BAYO, Ciro... *Op. cit.*, cap. I, pp. 17 a 19.
8. *Colección de Diarios y Relaciones para la Historia de los Viajes y Descubrimientos*.— Madrid, Imprenta Ecelicer, 1943.— T. I, pp. 17 a 23.
9. *Loc. cit.*
10. *Loc. cit.*
11. *Ibidem*, p. 26.
12. *Loc. cit.*
13. BAYO, Ciro... *Op. cit.*, cap. I, p. 18.  
*Colección de Diarios... cit.* T. I, p. 15.
14. BAYO, Ciro... *Op. cit.*, cap. I, pp. 19 y 20.  
HERRERA, Antonio de... *Op. cit.*, *loc. cit.*
15. ZARATE, Agustín de... *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*.— Lima, Imprenta Miranda, 1944.— Lib. III, cap. II, p. 85.
16. *Loc. cit.*
17. BAYO, Ciro... *Loc. cit.*— Cieza pretende que el navío llegó al Perú después de la muerte de Francisco Pizarro y que Perálvarez quiso atraer para su causa a los tripulantes pero esto supone que la nao tardó cinco o seis meses en viajar desde el Estrecho a nuestras costas, lo que resulta inverosímil contando con el favor de los vientos y corrientes australes.
18. RAMON FOLCH, José Armando de... *Descubrimiento de Chile y compañeros de Almagro*.— Santiago de Chile, Talleres de la Editora El Pacifico, 1953.— p. 119.
19. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Diccionario Histórico Biográfico de los Conquistadores del Perú*.— (Inédito), T. I.
20. *Ibidem*.
21. CIEZA DE LEON, Pedro... *Guerra de Chupas*.— Madrid, Librería de la viuda de Rico, S. A.— Caps. XXIV a XXVI, pp. 86 a 95.
22. *Ibidem*, cap. XXVIII, p. 101.
23. BORREGAN, Alonso... *Crónica de la Conquista del Perú*.— Sevilla, Imprenta de la Escuela de Estudios Hispano Americanos, 1948.— p. 55.
24. CIEZA DE LEON, Pedro... *Op. cit.*, caps. XXXI a XXXIV, pp. 110 a 123.
25. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Op. cit.*, T. I.
26. CIEZA DE LEON, Pedro... *Op. cit.*, cap. XXXV, p. 123.
27. *Ibidem*, pp. 123 y 124.
28. *Ibidem*, cap. XXXVI, p. 129.
29. LIZARRAGA O. P., fray Reginaldo de... *Descripción de las Indias*.— Lima, Imprenta Miranda, 1946.— Lib. I, cap. VI, p. 32, nota a.
30. *Ibidem*, Lib. I, cap. VI, p. 32.
31. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *La Casa de Peralta en el Perú*, en: *Revista del Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas*, Lima, 1966, núm. XIV, p. 185.

## HISTORIA MARITIMA DEL PERU

32. *Loc. cit.*

33. *Ibidem* p. 186.

34. *Loc. cit.*

35. CIEZA DE LEON, Pedro... *Op. cit.*, cap. XXXVI, pp. 129 y 130.

36. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *El conquistador Jerónimo de Aliaga* (inédito). Esta obra está actualmente en poder de los señores Jerónimo de Aliaga Derteano y Agustín de Aliaga y de la Puente. Tomando el galeón a los almagristas, Aliaga lo dio al piloto Juan Fernández para que lo tuviera en nombre del Rey. Más tarde, al correr el rumor de que los almagristas regresaban sobre Lima, el barco sirvió para que se refugiaran en él las mujeres de la capital con sus hijos y también las marcas reales que guardaba Bernardino de San Pedro.

## Capítulo IX

### LA GUERRA

### DEL GRAN GONZALO

#### EL VIRREY BLASCO NUÑEZ VELA

Derrotado Almagro el Mozo por Vaca de Castro en la sangrienta batalla de Chupas —el 16 de setiembre de 1542— la Corona, en virtud a las muchas peticiones de fray Bartolomé de las Casas, dictó las famosas *Leyes Nuevas* y convirtió al Perú en Virreinato, suprimiendo de plano las dos gobernaciones de Nueva Castilla y Nueva Toledo en que su territorio estaba dividido. Fray Bartolomé era a la sazón 'el constante protector de los indios y, habiendo presenciado su casi total extinción en las Antillas, seguía clamando por un régimen mejor que velara por la conversión y conservación de las natules del Nuevo Mundo<sup>1</sup>. No desatendió sus clamores la Corona y por ello convirtió al Perú en un virreino, asignándole también una Real Audiencia con sede en la ciudad de Lima. El Virrey nombrado lo fue el abulense Blasco Núñez Vela, milite de profesión y Veedor General de las Guardas de Castilla, de quien se afirmaba que "*era caballero recto y que hacía justicia sin ningún respecto, y que ejecutaba los mandamientos reales con todo rigor*"<sup>2</sup>. Con él irían los oidores de la nascente Audiencia: Juan Alvarez, Pedro Ortiz de Zárate, Diego Vásquez de Cepeda y Pablo Lisón de Tejada, nacidos en Valladolid, Orduña, Tordesillas y Logroño, respectivamente. Todos, con el Virrey, se embarcaron en Sanlúcar de Barrameda el 1 de noviembre de 1543, zarpando con cincuentidós navíos a la Gran Canaria, donde llegaron doce días después. De aquí partieron el 29 de noviembre —apártandose luego los barcos que iban a la Nueva España— por lo

que tras una feliz navegación arribaron los viajeros al Nombre de Dios, donde fueron recibidos con fiestas que traslucieron respeto, el 10 de enero del siguiente año. Esto porque Núñez Vela anteriormente había traído la flota de Indias varias veces y “según fama mandaba estropear a los soldados y marineros”<sup>3</sup>, con los rigurosos castigos que daba.

A Panamá llegó reñido con los Oidores y trató mal a ciertos peruleros que pasaban a España, determinándose a hacer cumplir las Ordenanzas que traía y a devolver a todos los indios forasteros a sus tierras. Para esto último obligó a sus amos, que los tenían por esclavos, a pagarles pasaje en los navíos, zarpando unos a Nicaragua y guardándose a los del Perú para llevarlos consigo. A todos los hizo ir al puerto custodiados con soldados “y los marineros los rescebían y los embarcaban en los navíos, así indios como indias”<sup>4</sup>. Esto les granjeó la antipatía general, pero algo se disimuló con la llegada de los Oidores, a quienes recibió el Virrey cortésmente, salvo al Oidor Alvarez, por haberse enterado que traía consigo a su manceba. Por fin, luego de tanta oposición, zarpó al Perú sin los Oidores el 24 de enero de 1544<sup>5</sup>.

Cuenta Gutiérrez de Santa Clara que “embarcado que se hubo el visorrey... llevaba muy gran deseo de llegar presto... y como le corriesen y fuesen favorables los vientos, mandó al piloto mayor meter bonetas a las velas infladas, pues tan buen viento les corría. El piloto y marineros, por le complacer, lo hicieron luego, y así navegaron con próspero viento sin les acaecer cosa alguna. A cabo de cuarenta días llegó al puerto de Tumbes, que fue a dar de hito en hito en él, que fue cosa estraña por ser la navegación de aquella costa muy mala... y llegó aquí a cuatro días del mes de marzo del dicho año”<sup>6</sup>.

Aquí descansó algunos días “porque estaba de la mar muy fatigado”<sup>7</sup>; pero ello no fue óbice para que siguiera ordenando, amenazando y castigando, según era en él característico. A Paita llegó por la costa, aunque no sabemos si por mar, pasando luego a San Miguel y de allí a Trujillo. En todos estos sitios quitó repartimientos y devolvió indios esclavos a sus tierras, suscitando el clamor de los vecinos despojados y aun de sus mujeres, las que a su partida le gritaron más de un improperio desde sus ventanas. Cuando se acercó a Lima había crecido tanto su impopularidad, que el Cabildo contempló muy seriamente la posibilidad de no recibirlo por Virrey si se negaba a jurar respeto a todos los privilegios concedidos por la Corona a los conquistadores. El Virrey no tuvo más remedio que acceder y así ingresó a la Ciudad de los Reyes el 15 de mayo de 1544<sup>8</sup>.

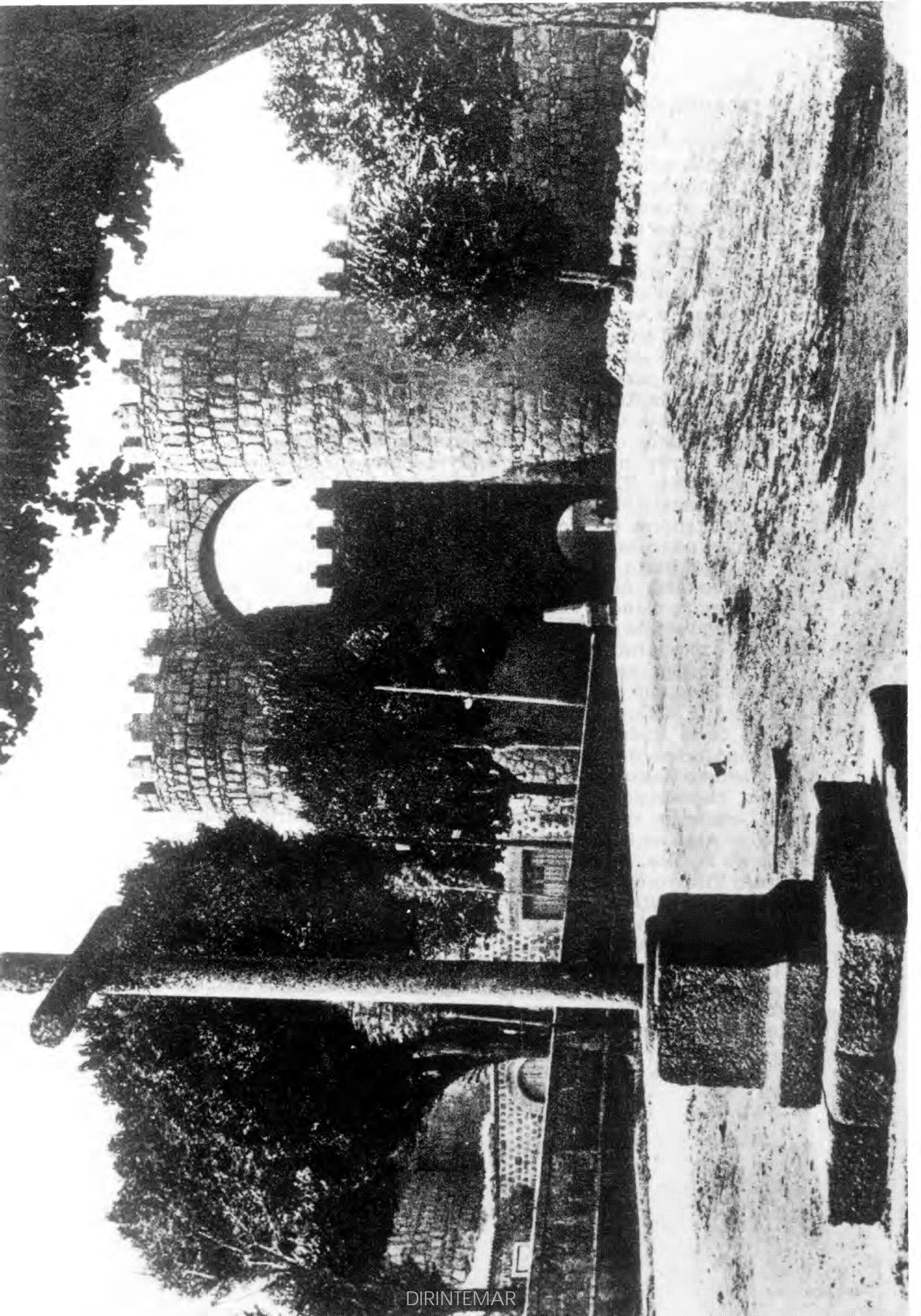
Sin embargo, al siguiente día no pudo con su genio y mandó pregonar en la Plaza de Armas las Ordenanzas que traía. Luego



hizo tomar juicio de residencia al licenciado Vaca de Castro que lo había salido a recibir y mandó prenderlo y echarlo en la cárcel pública, de donde lo hizo pasar a casa de doña María de Escobar y después meter en un navío, al que quitaron los mástiles y velas para que no pudiera navegar<sup>9</sup>.

Así las cosas llegaron a Lima los Oidores, haciéndoles la población un apoteósico recibimiento que exasperó al gobernante por notar lo superior al suyo. A partir de entonces miró mal a todos los vecinos de la ciudad y pensó que los Oidores poco tardarían en confabularse con ellos en contra de su gobierno. No fue ilusión equívoca su pensamiento, porque en breve salieron jinetes para el Cusco con miras a ubicar a Gonzalo Pizarro, el último de los Pizarro que quedaba en el Perú, y pedirle que acaudillara a todos los peruleros descontentos. Cuando los distintos Cabildos del Perú recibieron las Ordenanzas que les remitió el Virrey, no hubo uno que aceptara de su voluntad la nueva situación. Esto irritó sobremanera al Virrey y agradó mucho a Gonzalo Pizarro, quien haciendo eco a lo que le pedían los conquistadores aceptó representarlos, no sin antes hacerles jurar *"que todos los que estaban presentes le seguirían con mucha fidelidad hasta donde él fuese, y que ninguno le dexaría, ni menos le faltaría, hasta ser acabada y concluida la empresa que tomaban entre manos"*<sup>10</sup>. El juramento siguió al pedido y Gonzalo Pizarro, convertido en Procurador y defensor de toda la tierra, comenzó a prepararse para viajar a la Ciudad de los Reyes.

Blasco Núñez, entre tanto, empezaba a darse cuenta de la realidad. Entendió cómo Gonzalo Pizarro hacía gentè contra él, también que el Cusco era la cabeza de la futura revuelta y que la villa de la Plata tampoco pecaba de tranquila. Sin pérdida de tiempo nombró entonces sus capitanes y les asignó envidiables sueldos, luego los hizo reunir a los soldados y levantó un ejército, haciéndolo desfilar en su presencia y mostrándose bastante satisfecho de él, aunque no dejó de apuntarle algunos defectos. Algo no le salió bien aquellos días y fue que su capitán Pedro de Puelles, al que envió a Huánuco por gente, se pasó a Gonzalo Pizarro en la forma más escandalosa. En el colmo de la ira pretendió matar a Antonio Solar, por ciertas palabras desacatadas que dijo, achacándole de paso el ser sospechoso de un papel anónimo que recibió poco antes de ingresar a Lima, pero los Oidores se opusieron a su muerte y el acusado salió en libertad. A modo de paliativo recibió la adhesión de algunos conquistadores, aunque pocos, pero luego sufrió un susto mayúsculo cuando le anunciaron que en el puerto del Callao estaba Gonzalo Pizarro con un navío y una chalupa, el cual había venido con sus adeptos a capturar la armadilla virreinal compuesta



Avila de los Caballeros. patria del Virrey  
Blasco Núñez Vela.

por seis barcos y a liberar a Vaca de Castro que seguía preso en uno de ellos. El episodio merece párrafo aparte<sup>11</sup>.

Sucedió que habiendo dejado a Gonzalo Pizarro, el capitán Jerónimo de la Serna llegó a Arequipa y convenció a Alonso de Cáceres para acudir al puerto de Quilca y tomar un navío de mercaderes que allí estaba y llevarlo por fuerza hasta el Callao. Los nombrados capturaron el navío y además una chalupa, largando velas de tal modo que en ocho días avistaron el puerto de la Ciudad de los Reyes. *“Pues un día, jueves, casi a las diez de la mañana, asomaron los dos, bergantín y chalupa, por alta mar con las velas tendidas, los cuales luego fueron vistos desde la ciudad y de los corredores de palacio, de que se causó grande alboroto y escándalo, que comenzaron muchos a dar grandes voces apellidando a las armas, creyendo todos que era el tirano. Por otra parte, viérades a los vecinos atravesar y azotar las calles de una parte a otra, corriendo sin saber lo que era; pues, qué diremos de los mercaderes y tratantes, sino que a tontas y a locas atrancaban las puertas, creyendo que Gonzalo Pizarro venía con gran poder, y que darían saco mano a sus casas y les robarían lo que tenían. Las campanas de la iglesia mayor se hacían pedazos tocando al arma; las trompetas y atambores resonaban por toda la ciudad, de manera que no se oía otra cosa en esta hora sino voces muy grandes, apellidando a las armas y al nombre de Su Majestad”*<sup>12</sup>.

*“El visorrey, desde que vió los navíos que venían por altamar, de hacia la ciudad de arriba, y el gran movimiento que se hacía en la ciudad por los vecinos y gente popular, se armó prestamente y salió a caballo a las puertas de palacio, en donde halló a los capitanes de a caballo y de la infantería aguardando con toda la gente lo que les mandarian. En el entretanto que se ajuntaban la demás gente comenzaron muchos a decir porfiadamente que los navíos que parecían eran de Gonzalo Pizarro, y que en ellos enviaba mucha gente con el capitán Hernando Bachicao, con toda la artillería que los días atrás había llevado al Cuzco desde Guamanga, y que por falta de indios no se podían traer por tierra por ser los tiros muy grandes. Otros dixeron que no era así, sino que el mismo Pizarro y sus gentes venían en aquellos navíos para tomar los que estaban en el puerto y apoderarse dellos y de toda la mar, y que después se podría apoderar de toda la tierra y ser señor de toda ella, y así dixeron otras cosas adivinando lo que podía ser”*<sup>13</sup>.

*“Vino a oídos del visorrey todo esto, y creyendo que el tirano venía en aquellos navíos a tomarle la flota, que estaba desapercibida de gente y artillería, salió de la ciudad con gran presteza con doscientos de a caballo y arcabuceros, para meterse en los navíos antes que los enemigos llegasen. Dexó mandado al gene-*

*ral y maestro de campo y a los demás capitanes, saliesen luego en su seguimiento, y así se fué a medio galope de los caballos, que en pocas horas se pusieron en el puerto, que son dos leguas pequeñas, y al tiempo que llegaron estaban ya amainando las velas el bergantín y la chalupa. Estando así el visorrey parado con todos los suyos, vieron que no combatían los navíos, ni hablaban con los de la flota, más de hacer su salva como es uso y costumbre entre navegantes, y al cabo sacaron un batel chico en el cual saltaron hasta seis hombres y se vinieron a tierra. Como los del barco vieron tanto caballero puesto a la orilla del agua, luego entendieron lo que podía ser, porque los vieron a todos armados y los arcabuces a punto, y así llegados saltaron en tierra sin ningún recelo que tuviesen. Así como saltaron, luego el visorrey se adelantó a les preguntar quiénes eran y de dónde venían, y luego respondió Jerónimo de la Serna y dixo con palabras de comedimiento: Alonso de Cáceres y yo venimos de la ciudad de Arequipa con algunos hombres de bien a servir a Su Majestad... El visorrey se holgó mucho con la venida destes hombres... [y] les dixo: Yo soy el visorrey por quien venís demandado. Y entonces se allegaron a él a besarle las manos y él los recibió muy graciosamente y los abrazó, dándoles la buena pro de sus llegadas. Vueltos los marineros que salieron del bergantín, sacaron en tres barcadas a los veinte arcabuceros y fueron a besar las manos de su señoría, y él los recibió muy bien, dándole el pláceme de sus venidas, agradesciéndoles a todos la buena voluntad que traían para el servicio de Su Majestad"<sup>14</sup>. Con tan feliz desenlace el Virrey retornó con todos muy alegre a la Ciudad de los Reyes, pero tomó a experiencia lo ocurrido y "puso algunos arcabuceros de los que había llevado de la ciudad en los navíos, dando los caballos en que habían ido a los recién venidos, en que fuesen, y a los demás truxeron a las ancas de los caballos"<sup>15</sup>.*

En los días sucesivos, nuevos desertores de Gonzalo Pizarro llegados desde el Cusco lo convencieron que la rebelión de los encomenderos estaba destinada a fracasar. Pero luego frunció el ceño cuando muchos de sus propios soldados se pasaron al bando rebelde. Iracundo con el Factor Illán Suárez de Carvajal porque unos sobrinos suyos estaban entre los huidos, lo hizo llamar al palacio y apostrofándolo malamente, culpándolo de la fuga de sus deudos, terminó indignándose de tal modo que sacando un puñal del cinto se lo hundió al viejo Factor por la clavícula izquierda, causándole la muerte. Pronto se enteraron los vecinos del desdichado arrebató, arremolinándose todos contra el gobernante en torno a los Oidores de la Audiencia. Núñez Vela apreció la gravedad de su crimen y, maliciando que Lima se daría a los rebeldes pizarristas, ordenó sin más trasladar

la capital a la Isla de la Puná, llevándose la Audiencia consigo y con ella a todos los vecinos. *“El iría por la mar con todas las mujeres y haciendas de todos los vecinos y moradores, y más la Real Audiencia y Contaduría de Su Majestad; y el general Vela Núñez [su hermano] había de ir con todos los capitanes y soldados, con los ciudadanos por tierra”*<sup>16</sup>. A la compañía del capitán Pablo de Meneses pretendió embarcar la primera, para que sirviera de guarda a su persona en la navegación, pero aunque se les dijo a los soldados que el Virrey pensaba enviarlos a Arequipa para que de allí marcharan sobre el Cusco, a la hora de comunicárseles la orden, un soldado respondió al capitán Meneses en nombre de sus compañeros: *“todos estamos prestos y aparejados de ir de buena voluntad adonde nos mandaren, con tal que no sea por la mar, sino contra el traidor de Gonzalo Pizarro, que viene con mano armada contra su señoría. Esto, es, señor [capitán Meneses], lo que prometimos hacer, y lo cumpliremos cuanto en nosotros fuere posible, o morir como buenos en la demanda, y no huir sin ver al enemigo, porque sería gran mengua a la honra y reputación de su señoría [el Virrey] y a la de vuestra merced, y aún a la nuestra, que la tenemos en mucho... También sabe vuestra merced que en esta compañía hay pocos hombres que sean marineros, porque todos son muy buenos y antiguos soldados... Muchos dellos, señor, se hallaron a los principios de la conquista desta tierra en las batallas que a los indios se dieron... Estos tales caballeros más querrán quedar con su señoría que ir a otra parte donde él mismo no esté presente, sino que tienen por bien de seguille para dar la batalla, para que en su presencia y a par dél y como testigo de vista, los vea morir o vencer al enemigo... Y si alguno de los otros capitanes y soldados de su señoría se quisiesen embarcar, bien lo pueden cumplir, mas nosotros no lo podemos hacer, por las razones que tengo dicho”*<sup>17</sup>. Y el soldado concluyó en forma terminante y en alta voz: *“Señor capitán, mis compañeros no se quieren embarcar, y torno a decir que no se quieren embarcar, ni menos quieren ir a la ciudad de Arequipa, porque ya saben todos que nos quieren llevar a la ínsula de Taboga o a la de la Apuná a comer cangrejos y a matarnos de hambre, como se publica reciamente, y vuestra merced nos perdone, por reverencia de Dios, porque no hacemos y cumplimos lo que al presente nos manda”*<sup>18</sup>. Tras esto el capitán Meneses no tuvo que decir y, so color de ir a informar al Virrey, mandó romper filas. Entonces fue que los soldados se desbandaron por grupos *“hablando y desplegando las velas de sus maldicientes y venenosas lenguas”*<sup>19</sup>. Lo peor de todo era que los Oidores Alvarez, Cepeda y Lisón de Tejada les daban la razón públicamente y trataban de soliviantar a los vecinos para que no consintieran

el traslado a la Puná. Los soldados, mientras tanto, no callaban y daban en decir *"que más querían morir en tierra batallando con honra, que ir por la mar a morir como gallinas"*<sup>20</sup>. Añadiendo otros: *"Guárdese del diablo el que me quisiere embarcar o el que me hablare en ello, porque quizá le quitaré la vida antes que me embarque"*<sup>21</sup>. El Virrey se apesadumbró mucho con todo esto y, como primera precaución, ordenó a su cuñado Diego Alvarez Cueto, que era Capitán General de la flota surta en el Callao, que guardase bien los navíos pues manos interesadas los querían incendiar.

Efectivamente, *"otro día por la mañana mandó el visorrey al capitán Jerónimo de la Serna que luego le diese veinte y cinco arcabuceros de su compañía, de los mejores que tuviese, para que fuesen a guardar los navíos que estaban en el puerto, los cuales venidos los envió al alguacil mayor Diego Alvarez Cueto, su cuñado, que era capitán general de la flota. Asimismo envió para este propósito ochenta piqueros que se sacaron de las compañías de Pablo de Meneses y de Martín de Robles, con algunos vecinos de los más honrados y hacendados que había en la ciudad, a los cuales dió a entender que los enviaba a los navíos para que los guardasen de los peligros que ocurriesen. Y más les dijo que tenía noticia muy cierta que Gonzalo Pizarro intentaba por vías exquisitas de los haber en su poder, como estaba ya dello informado, para después señorearse con ellos de toda la mar y de toda la tierra, por le hacer todo el mal y daño que pudiese"*<sup>22</sup>. A la sazón ya no hablaba de despoblar la Ciudad de los Reyes y fingía terminar una doble cerca que a modo de muralluela defendería la capital en caso de un ataque por tierra.

Los días que siguieron fueron el principio de su fin. Los Oidores, hartos de sufrir al gobernante, determinaron frenarlo en su todavía no renunciado propósito de llevarlos a la Puná, humillación que no toleraba su alta investidura, y para ello otorgaron dos provisiones en nombre del Rey. Por la una le mandaban que no saliera él de la ciudad ni se llevara a los vecinos a parte ninguna del reino, antes bien, los dejara en sus casas con sus mujeres e hijos; por la otra, se ordenaba a los miembros del Cabildo *"so graves y gravísimas penas, que no dexasen desiertas ni desamparada la ciudad... ni menos se dejasen embarcar de persona alguna, porque haciéndolo al contrario se deservía en ello mucho a Dios Nuestro Señor y a Su Majestad"*<sup>23</sup>. A las pocas horas de firmadas, todo Lima conocía el contenido de las dichas provisiones.

*"Mientras los Oidores entendían en estas cosas y en liberar la ciudad y a los vecinos della, el visorrey andaba muy solícito y cuidadoso en enviar a los navíos muchos bastimentos y vitualla, y en mandar meter mucha leña seca, y en hinchar*

*las pipas de nuevo de buena agua, y así de otras cosas necesarias y muy pertenescientes para la jornada. Por otra parte, mandó buscar muchos caballos y mulas de carga, que las había de sobra, y proveer a los que no tenían cabalgaduras en qué ir, porque todos ciudadanos y moradores y los capitanes y soldados habían de ir por tierra hasta la ciudad de Trujillo con el general Juan Velásquez Vela Núñez. Y todas las mujeres chicas y grandes que había en la ciudad habían de ir por la mar con el visorrey, juntamente con los cuatro oidores, que los quería llevar por delante para hacer audiencia en donde quiera que estuviese...''<sup>24</sup>.*

Esto último fue la gota que rebalsó el recipiente. Enterados los Oidores que su provisión había caído en saco roto y que ahora el Virrey los llevaría a Trujillo, se acogieron a un viejo proyecto del Oidor Alvarez y —por lo menos Cepeda y Lisón— decidieron tomarlo prisionero en nombre de la Corona. Se comportarían como era usual en los barcos: si el que mandaba no llevaba bien la nave, el segundo lo apresaría y tomaría el mando de la embarcación. Y aferrándose a esta costumbre marinera, portándose en tierra como si estuvieran en la mar, los Oidores decidieron la prisión de Núñez Vela. Para dar ribetes de legalidad a su plan llamaron al capitán Martín de Robles —que lo era del gobernante— y éste, mediante otra provisión que reclamó a los letrados para demostrar en cualquier momento que actuaba en nombre de la Corona, aceptó tomar preso a Blasco Núñez. Al día siguiente, alrededor de las seis de la mañana, los Oidores enviaron a llamar al Secretario de la Audiencia Jerónimo de Aliaga<sup>25</sup>. Este ya estaba levantado y al oír los golpes en su puerta se asomó por la ventana. El escribano lo notificó entonces para que se apersonara a la casa de doña María de Escobar, donde lo estaban esperando los Oidores. Aliaga vislumbró algo turbio en todo esto, mas no pudiéndose negar, contestó al emisario "*que dixese a los dichos Oidores que luego iba*"<sup>26</sup>.

Efectivamente, poco después se les reunió Aliaga y entonces, con desagrado de su parte, recibió la orden de notificar al Virrey que se embarcara en los navíos para no ser linchado por el pueblo. A todo esto, los Oidores salieron de casa de doña María de Escobar y se situaron en el atrio de la iglesia mayor. Aliaga fue con ellos, pero cuando lo instaron a entrar al palacio a cumplir lo que le habían ordenado, pidió un testimonio que aclarara como la orden era de los Oidores y que él sólo hacía obedecer. No está muy claro si se llegó a extender tal documento, pero sí que Aliaga aprovechó la presencia de los Oidores para sorprenderlos con la pública pregunta: "*¿Mándanlo vuestras mercedes todos juntos?*"<sup>27</sup>. Pero los mañosos letrados, repo-



niéndose al instante, *"ellos todos dixeron que sí"*<sup>26</sup>. Entonces Aliaga acató la orden y marchó al palacio del Virrey.

Serían las siete de la mañana cuando el Secretario Aliaga entró al palacio. Afuera, con la ya franca luz de la mañana, el pueblo esperaba con avidez. El Virrey estaba en sus habitaciones con doce amigos suyos cuando entró el Secretario de la Audiencia. Puesto en su presencia, Aliaga lo saludó y le dijo: *"que los Oidores estaban juntos en la iglesia mayor desta dicha ciudad, y que le enviaban a que le dixese a Su Señoría que fuese allí donde estaban, que le querían besar los pies y las manos, y que se fuese a embarcar porque no le matasen"*<sup>29</sup>. Asomóse Blasco Núñez una vez más a la ventana y miró al grupo de revoltosos encabezado por las negras figuras de los Oidores. Cada vez acudían más vecinos; el grupo se iba convirtiendo en multitud. Aún así, porque era fiero, el asediado dijo que no se rendiría. Acaso confiaba en sus soldados que, formados en el patio interior, ninguno pensaba en defenderlo. Con esta respuesta salió Aliaga a la Plaza de Armas y encaminándose al atrio donde lo esperaban los Oidores, les dio la contestación del Virrey. Los letrados se miraron entre ellos y luego miraron a Martín de Robles. Este, premunido con el papelote de garantía, partió con gran número de vecinos y moradores al asalto del palacio. Pero avanzando todos hacia el edificio, un amigo del Virrey abrió una ventana y gritó desde ella tratando de frenar a los revoltosos: *"Señores y caballeros de Su Majestad, el Visorrey dice que no suba nadie acá arriba, porque él se quiere ir a embarcar en los navios para irse a España, pues todos lo deseáis, y los señores oidores mucho más, y dexaros ha toda la tierra en paz y en quietud"*<sup>30</sup>. Pero la multitud no se calmó y lanzándose al asalto atravesó la puerta principal, irrumpió por los patios inmovilizando a los soldados, subió las escaleras y llegó hasta las habitaciones cerradas de Blasco Núñez. Allí Martín de Robles le intimó la rendición. El Virrey le respondió que no se rendía a traidores. Hubo frases y denuestos, pero no mejoró la situación. Entonces Blasco Núñez decidió entregarse, haciéndolo como hijodalgo a Nicolás de Ribera, a Pedro de Vergara y a Jerónimo de Aliaga, protegido por los cuales llegó hasta el atrio de la iglesia mayor, tomándolo a su cargo los Oidores. Era el 17 de setiembre de 1544, día de Santa Coloma<sup>31</sup>.

#### LA RENDICION DE LA ARMADA VIRREINAL

Mientras el populacho y los mismos soldados de Núñez Vela saqueaban el palacio virreinal, el preso fue llevado a la casa del Oidor Cepeda. Aquí hubo para con él muchas pláticas ocio-

sas y hasta censurables faltamientos. No murió un solo hombre en todo esto, pero todos las habitantes de la ciudad vivieron muy de cerca el episodio. Aprovechando la situación, un mercader vizcaíno llamado Pedro de Aranguren, tomó un caballo y voló al Callao para informar de lo acontecido a su paisano el capitán Jerónimo Zurbano, el capitán que había tenido a su cargo la flota, y al cuñado del Virrey, Diego Alvarez Cueto, que a la sazón era el General de la armada. Los noticiados, tratando de salvar las naves, *“mandaron a los pilotos y marineros que aprestasen y aderezasen los mejores navíos que había, y luego alzaron las velas arriba para que estuviesen todos a pique”*<sup>32</sup>. Zurbano, por su parte, *“mandó a los soldados que allí estaban que tuviesen a punto las armas y a los marineros mandó que subiesen muchos guijarros y arcabuces a las gavias, para defenderse y ofender a los enemigos que contra ellas viniesen a les hacer mal y daño. Y así tuvieron creído los caballeros de la mar que los ciudadanos, o los oidores y sus soldados, les vernían a tomar los navíos en algunas balsas o en unos barcos de pescadores que dos leguas de allí estaban. Y porque los oidores y tumultuarios no se aprovechasen de ningún navío, hizo el general aprestar los cinco navíos dellos muy bien, en donde metió todo lo que pudo meter, así de bastimentos como de otras cosas muy necesarias para ellos. Mandó barrenar el un navío para que fuese a fondo, y por abreviar con el otro navío lo mandó quemar, porque era muy viejo y hacía mucha agua y estaba comido de broma, que no valían entrambos cosa alguna para navegar, quitándoles primero todas las xarcias y aparejos que tenían, todo lo cual se vido desde la plaza de la ciudad I de Limal y de los corredores de palacio; y así se alzó esta flota de cinco navíos en nombre de Su Majestad y en favor del visorrey”*<sup>33</sup>. Los barcos en cuestión eran de por sí temidos, porque contaban con diez o doce versos de hierro, cuatro tiros de bronce, cuarenta quintales de pólvora, cuatrocientos de bizcocho y quinientos de maíz, amén de carne salada y agua dulce. Pero tenían en su contra el albergar en calidad de preso al licenciado Vaca de Castro y de custodiar a los hijos del marqués Francisco Pizarro, los cuales estaban allí con doña Inés de Muñoz —la viuda de Francisco Martín de Alcántara— y su nuevo esposo el soriano Antonio de Ribera, gran amigo de Gonzalo Pizarro. Ya los Oidores habían advertido al Virrey en sus últimos días de gobierno que sacase a doña Francisca Pizarro, la hija del Marqués Gobernador, *“por ser ya doncella crecida y hermosa y rica, y que no era cosa decente traerla entre los marineros y soldados”*<sup>34</sup>. Pero el terco Blasco Núñez no consintió en ello y el asunto luego de la prisión del gobernante, estaba peor que en los días de la advertencia.

Pero si Diego Alvarez Cueto y su subordinado Zurbano querían deshacerse del preso y los custodiados, no menos interés tenían los Oidores en deshacerse del Virrey cautivo, temiendo, entre otras cosas, que los deudos del difunto Factor Illán Suárez de Carvajal lo asesinasen por venganza o que el pueblo, enardecido como estaba, lo linchase a la ocasión. Por todo esto los Oidores (a los que contra su voluntad había tenido que juntarse su colega Zárate) hablaron de embarcarlo pronto y para no perder tiempo lo remitieron al Callao con el Alcalde Nicolás de Ribera, Ventura Beltrán y Diego de Agüero y otros vecinos, para meterlo en un navío y forzarlo a ir a España. En el fondo, lo que temían los Oidores era que el Virrey se les soltara o fuera liberado por los seguidores de la auténtica causa real, pero, astutos como eran esta reflexión se la callaron. *“Llegados, pues, a la playa de la mar enviaron los dos oidores [Alvarez y Cepedal en una balsa de cañas, qué barca ninguna quiso acudir, a Juan Velásquez Vela Núñez Ihermano del cautivo gobernantel, con unos indios nadadores, para que en nombre de Su Majestad y del visorrey hablase al general [Alvarez Cueto] y a Zurbano... para que les diesen y entregasen los navíos, porque en ello harían servicio al rey y a él le quitarían de peligro. Vela Núñez fue en la balsa... y llegado a la nao capitana dió su embajada a Diego Alvarez Cueto y a Jerónimo Zurbano... los cuales lo rescibieron tristemente y les pesó grandemente de la embajada, habiéndoles dado razón de todo lo que pasaba en la ciudad. Oyendo estas cosas el general y Zurbano... habiendo consultado sobre el caso, determinaron de no dar ni entregar los navíos a los oidores, aunque Vela Núñez lo importunó grandemente para que los diesen, porque dixo que ciertamente lo mandaba el visorrey. El general y los demás entendieron por indicios y conjeturas que no era por voluntad y consentimiento del visorrey el decir que entregasen los navíos a los oidores, pues sabían que venía preso y en poder de sus enemigos. Dado caso que él lo mandase, había de ser que él estuviese en su propia libertad y dentro de los navíos para que lo pudiese mandar con más libertad, y por estas causas y razones no los quisieron dar, y con esto se tornó Vela Núñez a los oidores y les dió la respuesta que traía. Tornaron los dichos a enviar a Vela Núñez con el mismo mensaje, con protestación que si no daban los navíos que matarían al visorrey y a cuantos amigos y servidores tenía en la ciudad... Tampoco hubo efecto en esto, porque los capitanes no los quisieron dar ni entregar, y a esta causa Núñez Vela no quiso volver con la respuesta, antes se quedó en el navío... muy triste y pensativo, por no ver la muerte de su hermano, creyendo que los oidores le harían dar la muerte luego. Desque vieron que Vela Núñez no volvía, dieron grandes voces*



Gonzalo Pizarro, caudillo de la Gran Rebelión,  
según Germán Suárez Vértiz.

*a los caballeros de la flota para que la diesen y entregasen, pues su señoría lo mandaba, y que si no querían, que luego quitarían la vida al visorrey, a los cuales voces acudió el capitán Jerónimo Zurbano por mandado del general. El cual vino en una gran barca y bien esquivada, con dos tirillos y mucha arcabuceria y grandes remeros, y estando un poco apartado de tierra preguntó desde donde podía ser bien oído, qué era lo que demandaban y querían?; respondieron los oidores que les entregasen libremente la flota si querían librar de la muerte al visorrey. Jerónimo Zurbano respondió diciendo cómo el general Diego Alvarez Cueto no quería dar los navíos, por cuanto los tenía en fiel y leal guarda por el visorrey y en nombre de Su Majestad... Allende desto, que si tanta gana tenían de echar fuera de la tierra al señor visorrey y a todos sus servidores y valedores, que él se obligaba de los rescebir en los navíos, sanos y libres de todo mal y daño, porque él se ofrecía de los llevar a los reinos de Castilla”<sup>35</sup>.*

A los Oidores les cayó muy mal esta respuesta y a gritos dieron en amenazar a Zurbano que lo condenarían a muerte como a capitán rebelde, pero el vizcaíno les contestó que él tenía un barco y era como el castellano de una fortaleza obligado por pleito homenaje; que soltaran al Virrey o lo dejaran hablarle libremente porque de otro modo él no entregaría la nave que le tenía en guarda al depuesto gobernante. Dicho esto disparó por alto los dos tirillos y también los arcabuces, de manera que todos los de la playa se asustaron y corrieron a buscar refugio —Blasco Núñez con ellos— tras lo cual se volvió Zurbano a la flota sin dar lugar a más conversaciones. “Pues como los oidores vieron que no había remedio de haber los navíos, enviaron allá a fray Gaspar de Carvajal —el cronista del Río Grande de las Amazonas— pariente del Factor Idifunto Illán Suárez de Carvajal, en otra balsa grande de madera seca y de cañas que para ello se hizo, con voluntad del visorrey que le dió un anillo suyo muy conocido. Mandó al fraile que hablase de su parte a Vela Núñez, al general, a Zurbano... a los pilotos y maestros, que les mandaba diesen y entregasen los navíos a los oidores, que él lo mandaba en nombre de Su Majestad, por señas de aquel anillo... Allende desto les envió a mandar que luego sin dilación alguna echasen en tierra sanos y libres a los hijos del Marqués don Francisco Pizarro, con don Antonio de Ribera y doña Inés, su mujer, y la dueña de doña Francisca Pizarro. Y con este mandado fue llevada fray Gaspar de Carvajal, en la balsa, que fue llevada de unos indios nadadores”<sup>36</sup>. Pero el viaje se hizo en vano, porque Alvarez Cueto se negó de plano a rendirse, si bien por aliviar tensiones, devolvió al fraile con los hijos del marqués Pizarro y sus guardadores, todos los cua-

les —por representar el nombre de los Pizarros ganadores del Perú— fueron recibidos en la playa con estruendosas ovaciones. Así las cosas, entendiendo los Oidores que la flota no se rendiría, ordenaron regresar a la capital a Blasco Núñez Vela, escoltándolo ellos para respeto de su persona, porque muchos se burlaban del Virrey y hasta se reían en su cara al tiempo que le decían que ni el mar ni la tierra le querían dar acogida<sup>37</sup>.

Poco después, habiéndose mostrado Jerónimo Zurbano insoportable a ciertas propuestas del Oidor Cepeda, fue enviado por Diego Alvarez Cueto a informar al Rey a España. Zurbano iría en su nao, pero Cueto quedaría con el resto de la flota recogiendo leales que se le quisieran juntar. Así lo hizo saber a los Oidores y también a ciertos vecinos amigos del Virrey. Hecho esto ordenó a los marineros —que eran en su mayoría vizcaínos adeptos a Zurbano— que se aprestasen a zarpar porque pretendía salir del puerto y navegar rondando la costa. Tenía cañones y arcabuces así como varios quintales de pólvora, esa pólvora *“que en estas partes se hace mejor que en Alemania”*<sup>38</sup>. Bizcocho, maíz, cecina y tocinos le sobraban; pero sobre todo abundaba en ánimo de guerra. A la mar se haría él con sus cinco barcos artillados y el que quisiera quitárselos que se aproximara en son de pelea. Los marineros se inflamaron con la orden y levando anclas y largando velas pusieron a las naos en movimiento. *“Cuando los oidores vieron desde los corredores de palacio ir los navíos, les pesó en gran manera”*<sup>39</sup>. No era para menos, habían oído muchas veces exclamar y además era cierto, *“que el que es señor de la mar en toda aquella costa tiene la tierra por suya y puede hacer en ella todo el daño que quisiere, desembarcando en todos los lugares que hallare desapercibidos y proveyéndose de armas y caballos de los navíos que las llevan al Perú, y no dejando llegar a la tierra ningunos bastimentos y ropa de los que de Castilla se llevan”*<sup>40</sup>.

Lo que se había olvidado Alvarez Cueto era de conservar el agua para beber y la leña para cocinar, por eso, una vez mar afuera, apró al puerto de Huaura. Los Oidores sospecharon esta falta y pronto mandaron reparar dos barcos que estaban en tierra carenándose, confiándolos a Diego García de Alfaro *“que era práctico en las cosas de la mar”*<sup>41</sup>, y además, piloto. Este trabajó con tal premura que en breve botó los barquichuelos, artillándoles previamente, tras lo cual tomó el mando de ambas naves dotándolas con treinta arcabuceros. Con la licencia del caso zarpó con rumbo al Norte, mientras por tierra subían esa costa Juan de Mendoza y Ventura Beltrán con muchos hombres de armas. *“Habiendo reconocido los unos y otros que los navíos [de Alvarez Cueto] estaban surtos en Guaura, Diego García se metió de noche, con sus barcas, tras un farallón que*

*estaba en el puerto muy cerca de los navios, aunque no le podían ver, y los de tierra comenzaron a disparar; y creyendo cierto que eran algunos criados del visorrey o gente que se quería embarcar, proveyó [Cueto] que Vela Núñez fuese en tierra con un batel a informarse de lo que pasaba; y llegando a la costa, sin saltar en tierra, dió sobre él de través Diego García con su gente y le comenzó a tirar, apretándole tanto, que se hubo de rendir y entregar el batel. Y desde allí enviaron a hacer saber a Cueto lo que pasaba, diciéndole que si no entregaba la armada matarían al Visorrey y a Vela Núñez”<sup>42</sup>.*

Cueto se sintió tremendamente desmoralizado y haciendo consulta con sus capitanes, no encontró quien le levantara los ánimos. Jerónimo Zurbano, el único que lo podía instar a perseverar en su anterior postura, estaba ausente. Seguramente que ahora matarían al Virrey y a Vela Núñez; acaso la Corona no reconociese su comportamiento y lo tomase a personal terquedad. Imbuido por estos y otros pensamientos, el Capitán General de la Armada virreinal dio señales de indecisión. Pero el tiempo no estaba para perderse dudando y, con la idea de que podía aún dar la vida a sus parientes, determinó rendirse. Era un gesto débil, pero se entendería prudente. De no hacerlo moriría mucha gente y también sus caros deudos. Las crónicas no añaden muchos pormenores al momento, pero todas concuerdan en decir que Alvarez Cueto hizo señas de entregarse y que así capituló su armada.<sup>43</sup>

### LA LIBERACION DE BLASCO NUÑEZ

Luego de muchos pormenores, el mayor de los cuales consistió en un fallido intento de soltar al Virrey, los Oidores decidieron deportarlo a España sin dilaciones, confiándose su persona al Oidor Alvarez. Su ojeriza con el gobernante era la garantía de que sería su mejor custodio. Pero no todo salió a pedir de boca y, por el momento, tuvieron que conformarse con volverlo a llevar al Callao con diez vecinos y cincuenta arcabuceros al mando de Rodrigo Niño, licenciado que estaba muy hecho a las cosas de guerra. El 24 de setiembre de 1544 estaban ya todos en el Callao, mas por no hallarse ningún navío listo, los Oidores ordenaron trasladar a su preso a la Isla de los Lobos, hoy llamada de San Lorenzo. Se encargarían de hacerlo Nicolás de Ribera, Francisco de Ampuero y Rodrigo Niño, para que *“le tuviesen en buena y fiel guarda y le defendiesen de todo peligro y mal que sus enemigos le quisieren hacer”<sup>44</sup>*. Pero *“al tiempo que el visorrey se embarcaba en una balsa, se receló de engaño y tuvo sospecha que lo querían ahogar dentro en la mar, y que el indio que lo llevase trastornaría la balsa para que se ahogase,*



*ca no sabía nadar, y el indio sí, y volviéndose a Simón de Alzati [que era el escribano de la Audiencia] le dijo: Simón de Alzati, dadme por testimonio en manera que haga fe, de cómo los oidores y oficiales de Su Majestad y mis capitanes y los ciudadanos de Lima me echan por fuerza de la tierra del rey y me envían a una isla despoblada, embarcándome en esta balsilla de juncos y cañas, como veis, para que me ahogue en esta mar*<sup>45</sup>.

Cepeda reaccionó al instante y conminó al escribano: *"Poned, Alzati, más abaxo de lo que su señoría pide, de cómo él mismo me ha demandado muchas veces que lo envíe a España, porque tiene recelo que lo han de matar los parientes del factor [Illán Suárez de Carvajal] que vienen en el ejército de Gonzalo Pizarro. Y a lo que dice de la balsa, es barca que se usa en esta tierra entre los españoles y entre los indios, cuanto más que van con su señoría en otras balsas como ella Juan de Salas, hermano de don Hernando Valdés, arzobispo de Sevilla, y Diego Bravo, Francisco de Ampuero, Rodrigo de Paz, Nicolás de Ribera, el Mozo y el Viejo; Bernadino de Balda, Juan de Cáceres, Francisco de Talavera, Hernán Bravo de Lagunas, Hernán González Ramusgo y el licenciado Rodrigo Niño, con otros caballeros que van en su compañía; por donde verá que no lo llevan para lo matar ni para lo ahogar, sino para lo apartar que no lo maten*<sup>46</sup>.

Hecho esto subió el Virrey a su balsa y los demás a las otras, empezando los indios a remar y apartándose las balsillas de la pedregosa playa. Parece que estando ya algunas yardas navegadas, Hernán González no tuvo mejor idea que gritar a sus compañeros de vigilancia: *"¡Ah señores!, mirad bien por él, que nada como un pez; no se nos vaya, que será peor después para nosotros*<sup>47</sup>. Cuentan que el Virrey se volvió a él y también le dijo a voces: *"Decid villano: ¿dónde me conocistes o vistes nadar?"*<sup>48</sup>. A lo que Hernán González, que era villano de Guadalcanal, no respondió cosa alguna.

En estos y otros decires arribaron a la isla, desembarcando en ella el Virrey, *"en donde se halló el más triste y apasionado hombre de todo el mundo, cercado de sus enemigos y de la mar, y no hubo allí ninguno que lo consolase*<sup>49</sup>. En la ínsula pasó los siguientes días, viendo partir a los barcos de Diego García de Alfaro, para luego apreciarlos regresar con la flota virreinal ya rendida. En uno de ellos, liberado de la prisión, retornó Cristóbal Vaca de Castro, el vencedor de Almagro el Mozo. Los Oidores aprovecharon la coyuntura para embarcar al Virrey en un navío grande, de Pero Diez, al que se le ordenó zarpar con dirección a Huaura<sup>50</sup>.

Mientras el Virrey navegaba se decidió en Lima que saliera para Huaura el Oidor Juan Alvarez con la misión de subir allí

al navío de Pero Diez y hacerse cargo del preso. Debía ser su alguacil y carcelero hasta entregarlo en España. Al tiempo de galopar, puesto ya en camino, las brisas de Chancay enfriaron la cabeza al iracundo letrado y le suscitaron fuertes dudas sobre la legitimidad de su cometido. ¿Y si llegando a Panamá los vecinos le quitaban al Virrey y lo soltaban? —¿No sería entonces él, Oidor amotinado, condenado a muerte?—. Entre estas y otras reflexiones llegó Juan Alvarez al puerto de Huaura, dándose allí con la sorpresa de que no sólo estaba la nao de Pero Diez con el Virrey, sino también la nave nombrada *La Sacristana*, donde a su vez estaban presos Juan Velásquez Vela Núñez y Diego Alvarez Cueto. El miedo llevó al Oidor a negocios insospechados, motivo por el cual pronto entró a tratar de liberar a los cautivos de *La Sacristana*. No teniendo, sin embargo, autoridad suficiente para ello, se contentó con remitirlos con la nave a Lima, amañando de tal modo las cosas que todo quedó listo para que en la mar los presos se alzasen con el navío y luego se juntasen con Blasco Núñez Vela<sup>51</sup>.

Efectivamente, maquinando ya lo que luego hizo, despachó a *La Sacristana* y subiendo al navío de Pero Diez —sin decir una palabra a Blasco Núñez— lo sacó de la bahía con rumbo a Panamá. Estarían aún a pocas leguas de Huaura cuando ingresó el Oidor a la cámara del Virrey. Llevaba un papel en la mano. Puesto delante del preso lo saludó cortésmente y luego empezó a leer el documento. Por él "*requería al virrey, que, por cuanto Su Majestad le había enviado a gobernar aquellos reinos y por las revueltas pasadas había sido preso, y por causa de la venida de Gonzalo Pizarro, los Oidores sus compañeros se le habían entregado para llevarle a España, lo cual por los Oidores y él se había hecho —subrayaba Juan Alvarez— para sacarle de peligro; que, por tanto, le requería una y dos y tres y más veces usase de su libertad y arribase con el navío a la parte que mejor le pareciese, porque él y el maestre y la gente le obedecerían como a su visorrey y señor, y que así él lo mandaba a todos por el poder que de la Audiencia tenía*"<sup>52</sup>.

El Virrey se sintió sorprendidísimo y hasta dudó si Alvarez hablaba con verdad, pero a la postre, convencido de lo que había oído, dio rienda suelta a su mal genio y en medio de regaños aceptó el ofrecimiento —no sin recordarle al Oidor la culpa que le cabía en su prisión— añadiendo furioso que tenía poder para ejercer de Presidente de la Audiencia y que con un solo Oidor se sentía apto para ejecutar justicia. El Oidor Alvarez acató plenamente el deseo del Virrey y hasta dicen que se arrodilló a pedirle perdón. Lo cierto es que el navío fue puesto por él bando del Rey y, enmendando su ruta panameña, viró en redondo para retornar a Huaura<sup>53</sup>.

En Huaura encontraron otro barco recién llegado, que no era *La Sacristana*, por lo que todos se intrigaron con su presencia. Pero el Oidor, que en astucia se dejaba aventajar de pocos, sacó inmediatamente la cabeza por la borda y con una capa hizo señales al capitán de la fondeada nave, invitándolo a que viniese a su navío. Así lo hizo el incauto patrón del barquichuelo, por lo que subiendo al navío de Pero Diez fue desarmado él y los que con él venían, llevándose a todos prisioneros debajo de cubierta. Con tales rehenes el Oidor logró que se entregara la nave hallada, rindiéndose en breve sin que costara una vida. El Virrey, gratamente impresionado, ordenó que ambos barcos zarparan para Paita, lo que efectivamente se hizo<sup>54</sup>.

A Paita llegó el Virrey —según el Palentino— el 18 de octubre de 1544, “y una noche antes se vieron del navío dos cometas muy grandes que corrieron de Levante al Poniente”<sup>55</sup>. Por más que trataron de buscarle significado, los cometas se perdieron sin que se les hallara ninguno. En Paita encontró el Virrey a Juan Ruiz con un navío suyo y a Pedro de Aller con otro, los cuales sumó a su causa, creando de este modo una nueva armada virreinal. Pero, aunque no lo dicen las crónicas, en breve aportaron en *La Sacristiana* Juan Velásquez Vela Núñez y Diego Alvarez Cueto, quienes habían conseguido alzarse con la nave, tal y como había sido el plan urdido por Juan Alvarez. Cueto se abrazó con su cuñado y contó el poco ánimo que ahora tenían los Oidores, lo que no alegró poco a Núñez Vela, quien decidió que Diego Alvarez marchara a España a informar de todo al Rey. Juan Velásquez, mientras tanto fue nombrado lugarteniente por su hermano, cabiéndole la responsabilidad de formar un grueso ejército<sup>56</sup>.

Con sus cuatro barcos el Virrey pasó a Tumbes, siguiendo de allí Alvarez Cueto para España y bajando él a tierra en vez de continuar a Panamá. En Tumbes comenzó a hacer Audiencia con Juan Alvarez, determinando posesionarse de la provincia de Quito y oponer desde allí un frente a los rebeldes. También por este tiempo envió al capitán Juan Ruiz a recorrer la costa y a recoger los navíos que encontrase. Mientras Juan Ruiz salía a cumplir la orden, nuevos barcos procedentes de Nueva España, Nicaragua y Tierrafirme aportaron con soldados sin bandera que pronto se plegaron a su causa. Otro navío de Nueva España llegó después con ochenta leales pidiendo los dejase seguir a su estandarte; Juan de Illanes vino también con un galeón, aunque sólo trajo veinticinco soldados. En fin, todo parecía sonreír a Blasco Núñez. El Virrey lo tomó a parabién de la fortuna y deseoso de aprovechar su buena ventura, habiéndosele juntado más gente todavía, hizo alzar el pendón

real y formando el ejército a su sombra, salió con él a defender la tierra<sup>57</sup>.

### LA ARMADA DE HERNANDO DE BACHICAO

La verdad de todo resultaba algo compleja. El Virrey partía a defender el Perú de los tiranos, pero también lo hacía por defenderse de los buques del gonzalista Hernando de Bachicao que se acercaba a Tumbes con intención de apresarlos. El capitán Bachicao era uno de los hombres más adictos a Gonzalo Pizarro. Por eso, cuando se fugó en el único barco que quedaba en el Callao el licenciado Cristóbal Vaca de Castro poniendo proa a Panamá, Gonzalo no tuvo más remedio que aderezar una nave que se estaba carenando y echarla al agua juntamente con un pequeño bergantín. En las dos embarcaciones pretendió hacer viajar a España, para que lo defendieran ante el Rey, al Oidor Lisón de Tejada y a Francisco Maldonado. Con los dos barquichuelos y cincuenta arcabuceros zarpó Bachicao del puerto de Lima llevando consigo al par de Procuradores; tenía orden de tocar en Tumbes (donde se sabía ya que estaba Núñez Vela) y, de ser posible, apresar al Virrey; en el peor de los casos debía repelerlo tierra adentro. En Huanchaco prendió un navío grande de Baltasar Díaz, vecino de Panamá, el cual artilló muy bravamente y fue el tercero de su armadilla; llegado a Tumbes abordó el de Bartolomé Pérez, vecino de Puerto Viejo. Visto por el Virrey lo cerca que tenía a los gonzalistas y voceada la noticia de los muchos que venían en los cuatro barcos, no quiso Blasco Núñez pecar por dilación y, poniéndose al frente de sus hombres, partió a San Francisco de Quito<sup>58</sup>.

Bachicao se quedó en sus naves y se contentó con asustar a los realistas, pero cuando ya se estaba conformando con ello entró al puerto un buen navío de Juan de Illanes procedente de la costa de Motupe a donde había ido por mandato del Virrey. Illanes era fidelista de verdad y al ver tanto barco en el puerto, entró para indagar por Núñez Vela. Los navíos gonzalistas empezaron a moverse amenazadoramente, pero Illanes no se dejó ganar la delantera e ingresó al fondeadero muy seguro de su nave. *“Y viniendo a él el bergantín con cierta gente disparando tiros, comenzaron a dar voces que amainase de parte de Pizarro. A lo cual Juan de Yllanes respondió (poniendo una bandera al cuartel del navío a uso de guerra) que llegasen a bordo los bellacos tiranos y que verían como se amainaba. Y como creyesen que debía estar en el navío golpe de gente, y no pareciendo otra persona sino Juan de Yllanes, no osaron llegar a él, y menos Bachicao, que luego acudió en otro barco ha-*

*ciendo fieros y desgarras de cobarde (como lo era) y así se sostuvo Juan de Yllanes hasta que los demás navíos dieron velas contra él y le necesitaron a no esperar más. Y así se retiró la vuelta de Panamá a dar mandado a la ciudad y al capitán Juan de Guzmán, que allí estaba haciendo gente por mandado del virrey (que para ello le había enviado desde el puerto de Tumbes) pareciéndole que ya no podía hacer otra cosa que más aprovechase”<sup>59</sup>.*

Repuesto Bachicao de su mal rato, zarpó días después a Puerto Viejo, donde se desquitó capturando un galeón que estaba surto y otro navichuelo que lo acompañaba. La armadilla, con esto, se trocó en armada de media docena de naos, lo que ensoberbeció tremendamente a Bachicao, quien ordenó a los suyos bajar al pueblo, saquearlo, y capturar al Corregidor de Santillana, prisión a la que siguió la de muchos vecinos principales. *“Robado el pueblo de Puerto Viejo y preso el capitán Santillana, partió el corsario Bachicao con sus navíos y con el no pensado favor, la vuelta de Panamá y reino de Tierra Firme, y en muy pocos días se puso cerca del pueblo entre unas islas cercanas, de donde fueron vistos los navíos y se dió luego mandado a la ciudad; y por estar [ella] con poca fuerza de gente, armas y artillería, con que se poder defender, recibió gran sobresalto y se pusieron en armas [los vecinos], y para mejor acordarse lo que se debía hacer sobre la defensa y resistencia de los navíos, que ya entendían no ser de buena parte por las nuevas que de la prisión del virrey se habían ya tenido, Pedro de Casaos, que a la sazón estaba por corregidor y alcalde mayor del Reino, mandó juntar a Cabildo los alcaldes y regidores, y personas principales de la ciudad, donde se trató sobre la venida de estos navíos y de lo que se podría hacer en su defensa. Y fue la opinión y parecer de algunos... que el pueblo se procurase defender, y que no dejasen entrar a capitán ni a gente de Gonzalo Pizarro... y que sería bien que se armase un navío, de los que estaban en el puerto, y se metiese en él mucha gente y armas y sacasen plata de la Casa Real para contentar los soldados que había porque con este navío (siendo bien aderezado) se les podía hacer resistencia y defenderles la entrada del puerto”<sup>60</sup>.*

Otros, en especial los mercaderes, se mostraron pacifistas y votaron por no luchar. Los comerciantes temían perder sus mercaderías que estaban en el Perú y querían mostrarse amigos del *Gran Gonzalo*. Finalmente no se optó por lo uno ni lo otro, terminándose por escribir una carta al Capitán General de los navíos (que nadie sabía quién era) para enviarla con el doctor Villalobos, Oidor que había sido de la caducada Audiencia panameña, y el tratante Andrés de Ariza, o Areiza, rico mercader amigo de los Pizarro; pero éste no se mostró muy conforme con

la elección y pretendió echarla a la suerte entre doce vecinos principales. Entró a la disputa Luis Sánchez, otro mercante, y todos terminaron eligiéndolo a él, con lo cual se concluyó el litigio y partió el portador de la carta a los navios. En la playa quedaron todos esperando el resultado de la misiva<sup>61</sup>.

Dos días después tornó Luis Sánchez con noticias. Dijo que las naos eran de Hernando de Bachicao y que traían dos Procuradores de Gonzalo Pizarro que iban de camino para España. A todos pareció mucha escolta para sólo dos Procuradores y Juan de Illanes —que era de los vecinos prominentes— marchó a su barco y delante de la armada de Bachicao zarpó con dirección a la costa de Quito, voceando que a juntarse a Núñez Vela. Otros no tuvieron reacción tan brava y corrieron a esconderse a los cañaverales y arcabucos, varios a las casas de sus amigos y los más a estancias alejadas a Natá de los Caballeros. Nadie creía en la palabra de Bachicao, a pesar de que éste por escrito había dicho que no causarían daño a ninguno; también escribió el Oidor Lisón, pero su carta se tomó a papel de viejo títere y nadie lo tomó en cuenta. Pero cuando se indagó algo más sobre el propósito del Capitán General de aquella armada, se halló muy cuerdo el proceder de los que habían puesto pies en polvorosa: quería comprar mercaderías por hasta 100,000 castellanos y luego volverse al Perú. Los soldados no compraban, hurtaban, y si alguien salía a defender lo suyo, asesinaban. Esto fue lo menos que pensaron los vecinos que quedaban en la soleada Panamá. Los dudosos se convencieron cuando un barco de mercaderes surto en el puerto pretendió salir de él, acaso a la Nueva España. Salió el bergantín tras él y, no queriendo amainar, a tiros le quebró los mastiles y le bajó las velas, obligándolo a rendirse delante de todos los curiosos de la playa. Cuando el barquichuelo volvió al puerto, lo hizo llevando ahorcados de una antena al maestro y al contra-maestro, lo que suscitó miedo general<sup>62</sup>.

Aprovechando el pánico desembarcó Bachicao con ciento sesenta hombres —incluyendo maestros, marineros y grumetes— y con las mechas de los arcabuces encendidas entró a la ciudad, aposentándose en las casas del mercader Andrés de Ariza. Dos o tres días estuvo pacíficamente en el pueblo. Los empleó en hacer visitas y en averiguar quiénes eran los mercaderes ricos, los vecinos poseedores de mejores caballos y, finalmente, quiénes estaban contra Gonzalo Pizarro. Luego de apropiarse de la artillería del puerto (reunida para enviarse a Núñez Vela), pidió dineros prestados y mercaderías fiadas, *“y comenzó a visitar tiendas de mercaderes bien acompañado de arcabuceros, que, con mechas encendidas, parecía que estaban amenazando mientras él pedía alguna cosa, para que no le fuese negada.*

*Y así de unos sacaba dinero y de otros mercaderías y caballos y otras cosas que cohechaba, porque el pedir era en su mano y el negar en la de ninguno. De esta suerte, tenía atemorizado el pueblo, que ni había otra justicia ni otro ejecutor ni a quien temer, porque la justicia que estaba puesta por Su Majestad no servía para más, en esta coyuntura, de tener el nombre*"<sup>63</sup>.

Hartos los vecinos del proceder de Bachicao decidieron asesinarlo. Conjuraron para ello a varios enemigos del *Gran Gonzalo*, pero a la larga llegó la liga a oídos de Bachicao y éste, ni corto ni perezoso, mató a tres de los comprometidos y les hizo poner unos letrerillos en los pechos que decían en cada caso: "*Por traidor*". Los cadáveres, así adornados, fueron puestos en la picota de la Plaza Mayor. A la sazón estaba Bachicao muy contento, porque todos los soldados que en Panamá se habían hecho para el Virrey estaban ahora de su bando; sólo se lamentaba de no haber podido echar el guante a Vaca de Castro, Alvarez Cueto y Jerónimo Zurbano, personajes que entendiendo su venida salieron de Panamá al Nombre de Dios para embarcarse y —como a esa hora lo estarían ya haciendo— navegar con rumbo a España"<sup>64</sup>.

Por fin en marzo de 1545, Hernando de Bachicao decidió regresar al Perú. Decía que por haberlo llamado Gonzalo Pizarro. Partió con los navíos cargados de mercadería robada, de cabalgaduras, y de artillería. Quinientos soldados lo acompañaban felices con la santa ilusión de hacerse ricos a la vera del *Gran Gonzalo*. Bachicao, como ninguno, daba pábulo a su imaginación y aseguraba "*que en llegando se había de intitular conde, duque o marqués*"<sup>65</sup>; también "*que había de ordenar clérigos y dar canongías y otras dignidades y también títulos de ello*"<sup>66</sup>. Y Bachicao arreciaba en sus pretensiones, porque añadía que llegando a Manta o Tumbes informaría al *Gran Gonzalo* la gente que le traía, de las armas y cañones, de las ricas mercaderías... Y a Gonzalo —que no podría negarle nada, tan poderoso lo vería rodeado de soldados y navíos— le pediría entonces el cargo de Almirante de la Mar y un cómodo repartimiento de indios en el Cusco. Y Gonzalo accedería al verlo tan poderoso, porque si Gonzalo no cedía... Y era aquí que el capitán Bachicao fruncía el ceño, blasfemaba y maldecía, jurando a Dios darle su ánima al diablo si no lograba lo que pedía.

### LA HAZAÑA DE MELCHOR VERDUGO

Mientras Bachicao navega y va lanzando bravatas al cielo, pasemos a la tranquila ciudad de Trujillo del Perú y detengámonos en casa del conquistador Melchor Verdugo, uno de los

captore del Inca en Cajamarca. Verdugo era paisano, amigo y capitán de Blasco Núñez desde los días en que el testarudo abulense entró a Lima a gobernar aunque, a decir verdad, lo de la capitania era más reciente. Se la dio el Virrey dos días antes de ser preso, despachándolo para Trujillo con cargo de hacerle gente y, si necesario fuera, armar un navío y salir a luchar por el Rey. Pero Blasco Núñez fue preso por los Oidores dos días después del nombramiento y Verdugo se quedó con los papeles en la mano, salvándose de morir por la protección que le prestó Diego de Agüero. Cuando entró Gonzalo Pizarro a Lima también quiso matarlo Francisco de Carvajal, pero nuevamente se dio maña para librarse de la muerte y, tras fingirse enfermo de unas llagas en las piernas, se quedó en Trujillo desligándose así del ejército gonzalista que marchaba a Quito a combatir a Núñez Vela. Fingiéndose enfermo y gran amigo de Gonzalo Pizarro, Verdugo tenía el porvenir asegurado<sup>67</sup>.

En Trujillo estuvo una larga temporada. Todo el tiempo no cesó de hablar de su enfermedad y de solicitar medicinas para curar sus llagas. Pero estando así las cosas un viajero trajo la noticia de que el Virrey había huido a Popayán y que las tropas rebeldes lo perseguían victoriosas. Verdugo entonces dejó de salir a la calle y comenzó a guardar cama fingiendo un crudecimiento en sus dolencias. Así lo halló Francisco de Carvajal cuando llegó a Trujillo, pero esta vez no creyó en los achaques del soldado y fue a prenderlo con miras de cortarle la cabeza. Mas Carvajal tenía una debilidad, quizás la única, y esta debilidad era su afición al oro. Y como Verdugo era hombre rico, pronto ambos se pudieron entender y Carvajal lo dejó ir libremente. Todo era cuestión de esperar —pensaba el Demonio de los Andes—, ya vendrían tiempos mejores no sólo para quitarle la vida sino la totalidad de sus bienes<sup>68</sup>.

Verdugo, luego que se vio en libertad no lo pensó dos veces y olvidándose de sus llagadas piernas saltó sobre un caballo y emprendió el galope a Cajamarca. Allí permaneció hasta que de Trujillo se fue Francisco de Carvajal. Entonces decidió jugarse el todo por el todo y bajó nuevamente a esa ciudad en litera y portado por sus indios cajamarcas. Pero mientras guardaba cama o desde un balcón saludaba a los vecinos que pasaban por la calle, *“mandó a un herrero llamado Juan Martín Degollado, que tenía siempre dentro de su casa, que pues tenía mucho hierro hiziese muchos arcabuzes, grillos, colleras y cadenas allá en vn corral que tenía muy grande dentro de su casa”*<sup>69</sup>. Al mismo tiempo formó una liga o junta de soldados y los juramentó para que guardasen un secreto. Después les



pidió paciencia hasta que madurara el plan o llegara el tiempo de ejecutarlo.

Por esos días había arribado al puerto de Trujillo un navío llamado el *Santiago*, el cual hacía la derrota a Tierrafirme al servicio de los mercaderes. Su maestre y piloto al mismo tiempo lo era Pedro Ortiz de Susunaga, vizcaíno conocedor del Mar del Sur como que lo había navegado con Pizarro y con Almagro. A la sazón el barco estaba sin carga por haberle fracasado un flete y, por esta razón, las mañanas lo sorprendían quieto y con las velas recogidas frente a la playa de Huanchaco. Pero una de ellas, la del 30 de octubre de 1545, un mensajero despertó al maestre, contramaestre y tripulantes. Traía un billete de Melchor Verdugo, amigo de Ortiz de Susunaga, invitándolos a su casa para discutir un envío que pensaba hacer a Panamá de cierta harina, maíz y ropa de la tierra. *“El maestre y marineros creyendo ser así, fueron todos cinco a la cibdad y Melchior Verdugo los rescibió muy bien y les habló amorosamente y los apossentó en su casa, y como era noche les dio bien de cenar y buenas camas en que dormiessen, y otro día por la madrugada les dixo lo arriba contenido y ellos respondieron que si llevarían muy de buena voluntad (lo que se les encargaba). Estando concertando con ellos el flete los metió poco a poco dentro de vn apossento para les enseñar lo que auían de llevar, y entrando ellos los hizo assentar dixiéndoles que primero les quería dar de almorzar, y con esto se salió fuera como que yua [al hazer otra cosa y con gran presteza les cerró las puertas por de fuera amenaçándolos con la muerte si se meneauan, y que en el entretanto prestassen paciencia, que presto bolueria”*<sup>70</sup>. Esto sucedió la mañana del 31 de octubre, día de san Quintín.

Prosigue Pedro Gutiérrez de Santa Clara, que *“de aquí se subió arriba con diez arcabuzeros de sus amigos que secretamente tenía escondidos, y como traya siempre las piernas vendadas de ciertas llagas que tenía, fingió que estaua muy enfermo más de lo que antes auía mostrado, y por esto andaua coqueando con dos muletas. Hechas estas cosas se puso en vna ventana que cae a la puerta de la calle en vna esquina en la que hordinariamente se ajuntaban los alcaldes hordinarios y vezinos del pueblo, a pedir ante ellos justicia, en donde concurrían muchos negociantes a pedir lo que les conuenia. Assí como los alcaldes llegaron a la esquina ya Melchior Verdugo estaua en su ventana con muestra de gran enfermedad y se estaba quexando que no había podido dormir en toda la noche y les suplicó muy encarescidamente subiessen arriba, porque quería pedir ciertas cosas y que le perdonassen por amor de Dios, pues él no podía abaxar allá, por su mala yndisposición, y en el*



Escudo de Melchor Verdugo, concedido por el Emperador Carlos I el 7 de diciembre de 1537.

*entretanto llegarían las gentes a pedir justicia. Como era hombre valeroso y rico, de buena criança, subieron a lo alto con vn escribano del Rey, que no fueron más, y platicando en cosas de poca quenta los metió su poco yendo coxeando, hasta vna cámara, y allí les quitó las varas y las espadas y les hechó sendos grillos con ayuda de los diez arcabuzeros que salieron de repente de otra cámara mostrándose muy feroces. Los alcaldes y el escribano le dixeron con grande enojo que por qué los prendía así tan aleuosamente sin tener para ello facultad, pues en nada le auian offendido ni enojado y eran sus verdaderos amigos y compadres... Melchior Verdugo les dixo que no era aun tiempo de les dezir cosa alguna, mas que aguardassen un poco, que él les daría la causa y el por qué... y assi cerró las puertas y se quedaron presos”<sup>71</sup>.*

Verdugo se entusiasmó con la celada y “*tornándose a la ventana embió a vn criado que tenía muy fiel, que sabía el secreto, para que fuesse a llamar a los principales vezinos que entonces auia, los cuales fueron de vno en vno y él los rescibia muy bien y como estaua amaestrado y el vecino que no sabía nada, lo metía con muy lindas palabras en la cámara y le echaua unos grillos y vna collera con la cadena. Con esta horden y en pocas horas tuuo en su poder hasta doze hombres de los principales que auia en la ciudad, porque los demás los auia llevado el tirano [Gonzalo Pizarro] a Quito para dar la batalla al Visorrey”<sup>72</sup>. La verdad es que, con algo de paciencia, se ha podido reconstruir la lista de los doce prisioneros, todos municipales y vecinos principales. Fueron ellos: Blas de Atienza, Tesorero de las Cajas de Trujillo; Diego de Vega, Contador de la Hacienda; y Francisco de Morales, Veedor de la Corona, Oficiales Reales guardadores de las tres llaves del arca del tesoro. Seguían Rodrigo Lozano y Cristóbal de Angulo, personajes notorios de la ciudad; el cacereño García Holguín, ex teniente del Gobernador Francisco Pizarro; Alonso González, encomendero de Santa; Francisco Flores, soldado valeroso; Andrés Hernández de Badajoz, el más viejo de todos los cautivos; Antón Cuadrado, que estaba casi ciego; Andrés Chacón, encomendero de los casmas; y Nicolao de Albenino, soldado florentino y escritor de crónicas de guerra, quien se valió de una de ellas para decir que aunque preso fue muy bien tratado por Verdugo<sup>73</sup>.*

Una vez que tuvo a todos bien asegurados, “*salió Verdugo de su casa con vn buen cauallo leí llamado Matamoros, que era el mejor de su cuadrál sano y bueno, con doze arcabuzeros por la ciudad, apellidando el nombre de Su Magestad, y algunos que no quisieron acudir a la voz del Rey los prendió y los hechó en cadenas”<sup>74</sup>. Luego mandó pregonar a los moradores, estantes y mercaderes que se juntasen en la puerta de su casa y una vez*

allí les hizo una larguísima arenga sobre el servicio de Su Magestad y la necesidad de acudir a Núñez Vela, gobernante que seguía en Popayán, donde el Virrey de México lo había socorrido con hombres, caballos y artillería. Díjoles también que tenía facultad de Blasco Núñez para hacer gente y armar un navío. Que el navío lo tenía anclado en la rada de Huanchaco, pero que la gente aún no estaba inscrita. Por eso era que los reunía, para preguntarles si querían ir con él. El objetivo era unirse a Núñez Vela y a su lado asistir a la batalla en la que sería derrotado el Gran Gonzalo.

El éxito que tuvieron sus palabras fue apoteósico y vivándolo aún la multitud, Verdugo entró a su casa para hablar con los cautivos. Mas como en ellos no podía encontrar entusiasmo sino indignación, lejos de usar un tono persuasivo los conminó a servir al Rey, pero esta vez sin hacer uso de las armas. Soldados había muchos y además jóvenes, ellos —en cambio— estaban atardecidos para la guerra y su fidelidad tenían que probarla no con proezas sino con dinero. Dinero, pues, era lo que faltaba, *“por tanto que cada vno de ellos le ayudasse con lo que pudiesse, pues era justo que le diessen algo para servir a Su Magestad con ello, pues tantas vezes auian socorrido con dineros al tirano [Gonzalo Pizarro], y que confiando en ellos que lo harian no les dezía más sino que cada vno escriuiesse lo que buenamente le podrian dar... y no queriendo dar cosa alguna, que les mandaria cortar las cabezas por traydores, y lo que agora no dauan de grado que él lo tomaria por fuerça... o si no que los llevaria sin réplica alguna adonde el Visorrey”*<sup>75</sup>.

Con estas últimas palabras todos se volvieron generosos y tomando la pluma enviaron mensajes a sus casas ordenando a sus mujeres que enviasen a Verdugo lo que allí especificaban. De este modo se reunieron muchos objetos de plata y gran cantidad de dinero, también armas, vinos, víveres en general y otras cosas de importancia. Mención aparte merecen algunas de estas donaciones exigidas expresamente por Verdugo. Por ejemplo a Pedro González lo obligó a dar una vajilla de plata que antes le había empeñado; a Blas de Atienza, dos fuentes de lo mismo; a Antón Cuadrado, muchos objetos valiosos; y, por último, al Tesorero, Veedor y Contador los obligó a entregarle las tres llaves para abrir el arca de donde sustrajó exactamente 3,712 pesos de buen oro sin contar otros 1,800 tomados de los bienes de Diego Verdejo, ya difunto y que obraban en poder de los tenedores. Siempre en el terreno de la extorsión Verdugo recibió de Francisco Flores 250 pesos para no ser llevado ante el Virrey, y a Francisco de Fuentes obligó por otra parte a proporcionar dos carretas para conducir al navío lo ya expuesto más el bastimento necesario para una larga travesía<sup>76</sup>.

Tampoco dejó de ser arbitraria la incautación que hizo Verdugo de "ocho cofres llenos de sedas, olandas e Ruanes e una caja que tenía dentro cantidad de oro e plata marcada e ziertas joyas, piedras y esmeraldas"<sup>77</sup>, primeros frutos del botín de Panamá. Los cofres encerraban mercadería por valor de 12,000 pesos y estaban en casa de Francisco Luis de Alcántara y de Luisa Hernández, su mujer, habiéndolos allí dejado Pedro de la Huerta, mayordomo y administrador de Bachicao, ante la imposibilidad de llevarlos a Lima por falta de navío. Sabido esto por Verdugo fue personalmente a la casa de Francisco Luis y una vez en ella ordenó la extracción de los arcones. Luisa Hernández se puso de mal talante y se negó a cumplir la orden, pero ante la resolución del abulense se contentó con salvar un manto de terciopelo, un paño tejido de oro, dos almohadas de oro, algunas medallas de lo mismo "y una esmeralda gorda como una avellana muy buena"<sup>78</sup>. Alguien enteró a Verdugo de esto porque al instante mandó llamar a la mujer y una vez en su presencia le exigió la entrega de lo sustraído. La Hernández devolvió todo temerosa y añadió algo que todos ignoraban: una riquísima espada con empuñadura de oro y hoja de Toledo que extasió a Melchor Verdugo. Este la tomó entonces codicioso, palpó la empuñadura y examinó el regatón, pero forcejeando por sacarla de su vaina "se cortó con ella"<sup>79</sup>. Esto debió poner contenta a Luisa Hernández, porque contenida la hemorragia y vendada la herida, Verdugo en castigo la obligó a contribuir con un quintal de rosquillas de azúcar para la gente del navío. A manera de gracioso epílogo a esta confiscación, el criado Pedro de la Huerta fugó a Lima donde se metió a fraile "de myedo de machicao no le matase porque le avian tomado la dicha Ropa"<sup>80</sup>.

Luego se iniciaron los aprestos definitivos para el viaje del *Santiago*. Las carretas de Francisco de Fuentes consiguieron llevar hasta el navío cincuenta quintales de bizcocho, cincuenta hanegas de maíz, diez arrobas de pescado, cincuenta tocinos, veinte puercos y diez ovejas, más de cien gallinas, seis botijas de aceite y cuatro de vinagre, un quintal de diacitrón, treinta de hierro y las rosquillas de azúcar hechas por Luisa Hernández. Verdugo pagó mal a Fuentes el servicio de sus carretas, porque llevado todo esto al navío "se las quebró"<sup>81</sup>. Gestos como éste mostraban la maldad del capitán Verdugo.

A continuación se inició en mulas el traslado de los presos, no sin antes haber soltado al vizcaíno Susunaga y sus cinco marineros para que aparejasen la nave hasta ponerla a punto de navegar. Marineros y cautivos llegaron a Huanchaco escoltados por los arcabuceros. Allí la improvisada soldadesca ebria y maldiciente se repartía los despojos que le había cabido en la vuelta. Uno de los más escandalosos lo era el herrero Hernán

Martín, quien apenas divisó a los prisioneros se acercó a ellos grotescamente vestido y les dijo, insolente, en medio de su borrachera: "*este sayo que traigo me a cabido de las Ropas del traydor de bachicao*"<sup>82</sup>. Detrás de éste, el capitán Andrés Chacón, uno de los presos, "*vido ziertos soldados de Verdugo vestidos nuevamente con ropas de sedas e que dezian que heran de los bienes de bachicao*"<sup>83</sup>. El cuadro que presentarían los soldados beodos con trajes de seda contrastaría enormemente con la pelada playa de Huanchaco. En medio de esta gran algarabía, el único que no perdía su lucidez era Melchor Verdugo, el autor de la revuelta.

Verdugo llegó a la playa montado en su caballo "*Matamoros*". Una vez en ella dispuso que los presos fueran descabalgados y puestos en hilera. No se sabe lo que les dijo entonces, pero después de dirigirse a todos apartó a un lado a Andrés Hernández de Badajoz y le entregó a "*Matamoros*". Se supo entonces que Verdugo acababa de vendérselo en 350 pesos a pesar de que el buen viejo ya no estaba en edad de cabalgar. Seguidamente ordenó soltar a todos y sólo conservó con grillos a García Holguín y a Cristóbal de Angulo, a los que hizo subir al navío para llevarlos consigo. Parece que Holguín no quiso pagar su rescate y Angulo no tuvo con qué. Francisco Flores, uno de los liberados, se compadeció mucho de Angulo "*porque le vido yr llorando*"<sup>84</sup>.

A estas alturas se llevó a cabo una escena extraña y fue que llegó a la playa Catalina Pérez, la viuda de Miguel Pérez de Villafranca, implorando a Verdugo no le llevase a su hijo el mozo Francisco Pérez de Lezcano por ser el único que tenía, amén de que todavía era un niño. Verdugo conocía el dolor de estas separaciones y sentimentalizándose con el llanto de la madre, abrazó al muchacho y llevándose a un lado le recordó que ya había cumplido con el Rey y que ahora Dios quería que cumpliera con su sangre. El mancebo se dejó ganar por sus palabras y obedeció. Verdugo subió entonces a un batel y se dirigió al *Santiago*. Dicen que era la hora de vísperas, pero más probable es que estuviera cayendo el sol. En la playa, mostrando sus quillas verticales, descansaban los "*caballitos de totora*" de los pescadores indios. A bordo del *Santiago* la campana llamaba a maniobrar. En breve se izaron las velas para luego ser infladas por el viento. Luego se levó las anclas, se cantó la salve y todos zarparon con rumbo desconocido<sup>85</sup>.

Desde el día de San Quintín de 1545, en que se llevó a cabo la revuelta, el *Santiago* navegó impulsado por el viento austral. Otros testimonios dicen que zarpó en los primeros días de noviembre, pero esto no se ha podido comprobar. Lo cierto es que Verdugo no quería abandonar la costa para asilarse en ella en

caso de hacer su aparición las naves gonzalistas. El jefe de estas naves, precisamente, era Hernando de Bachicao, el dueño de los cofres confiscados. De este modo pasaron frente a Malabrigo y la Punta de la Aguja, el puerto de Paita y también el río Tumbes, en cuya vecindad aún lucía muy galana la antigua fortaleza incaica. Después cambió el panorama bruscamente y los amarillos arenales fueron reemplazados por la vegetación tropical. Se dijo entonces que irían a recalar en Guayaquil, pero lo cierto es que fondearon en Puerto Viejo. Aquí mandó Verdugo desembarcar a Sancho de Encio con algunos arcabuceros y entrar de noche a la ciudad. Encio saltó a tierra y permaneció oculto en los manglares unas horas, pero luego se introdujo en la población y se dio tan buena maña que se apropió de los libros de ella, vale decir, los del tesoro y el Cabildo. Para completar su hazaña, Encio tomó presos muchos indios y atados los llevó al *Santiago*, para uncirlos al servicio de la nave y luego repartirlos. Después de permanecer ocultos en los manglares otra noche, con el alba abordaron el navío y volvieron a zarpar<sup>86</sup>.

Así navegaron muchos días, al parecer con rumbo desconocido. Se sabía que marchaban hacia el Norte por salir el sol por estribor y navegar a sotavento, pero sobre esto de la ruta Verdugo no decía una palabra. Al pasar la equinoccial quedaron atrás las guardas del Sur y comenzaron a brillar las primeras estrellas boreales. Mas el timón no cedió un ápice en su secreto derrotero y así un día se enteraron que estaban navegando frente a Panamá. Por lo menos ya sabían que el Virrey quedaba en Popayán y que no estaba destinada aquella empresa a finar en la Buenaventura, como se había dicho<sup>87</sup>.

Mientras tanto, Verdugo proseguía silencioso y malamente acompañado por dos curiosos personajes: el clérigo Henao y el alguacil Aguirre. Algunos datos sobre sus vidas podrían resultar interesantes. Alonso de Henao pertenecía a ese tipo de eclesiástico que ya no se veía desde el tiempo de los Reyes Católicos. Socarrón y aventurero, calculador y movido, estaba más dispuesto a vestir la cota que a llevar la sotana. La verdad es que tan pronto lanzaba una arenga como decía una misa y esa extraña mezcla de clérigo y guerrero gustaba mucho a los soldados. Había nacido en Miranda del Ebro por 1520 y estaba en el Perú desde 1538 o muy poco antes. En 1540 fue ayudante del cronista Cristóbal de Molina, cura del Sagrario de la Catedral limeña. Allí estuvo bautizando niños hasta julio de 1543, pero harto de vivir tan quietamente marchó a Trujillo a servir al capitán Verdugo, con quien tenía un remoto parentesco. De éste se hizo en breve contador, confidente y consejero. Cuando después de la revuelta salieron a la mar en busca de aventuras,

Verdugo lo llevó consigo para que asentara el famoso libro de gastos y confiscaciones<sup>88</sup>.

El alguacil Aguirre lucía, en cambio, distinto natural. Era *"muy pequeño de cuerpo y poca persona, mal agestado, la cara pequeña y chupada; los ojos que si miraba de hito, le estaban bullendo en el casco, especialmente cuando estaba enojado"*<sup>89</sup>. Por lo demás, venía a ser arca de defectos y relicario de vicios. Cruel, perverso, traidor y fementido, burlón, lujurioso y mal hablado, tuvo por hábito de cada día *"encomendar al demonio su alma y cuerpo"*<sup>90</sup>. Amigo de maldecir y blasfemar, usaba repetir cuando intervenía en una empresa arriesgada: *"Dios, si algún bien me has de hacer, ahora lo quiero, y la gloria guarda-la para tus santos"*<sup>91</sup>. Lope de Aguirre fue de Oñate y, aunque su oficio era domar potros, presumía de hijodalgo. Despreciado pero temido por todos, su persona era la disciplina de a bordo y el terror de los murmuradores. Aún no había madurado plenamente, pero ya se podía vislumbrar en él al genio del mal errante por la Amazonía<sup>92</sup>.

Verdugo, por el contrario, era el menos extravagante de esta trilogía y el que más méritos juntaba a los ojos de la soldadesca. Sus hombres lo tenían por muy fiel por pesar en ellos el saber que era enormemente rico y que todo lo había abandonado por seguir la causa real. Pizarrista hasta la médula de los huesos, se había desterrado voluntariamente del Perú cuando un Pizarro trató de alzarse contra el Rey. Pero, sobre todo, su gesto de enjaular a los vecinos de Trujillo el día de San Quintín, le había abierto para siempre las puertas de la popularidad. Esto sería celebrado hasta en Castilla, porque el *"achaque"* —como llamaban los soldados a su ardid— era de los mejores que se habían conocido. Sólo un defecto tenía para ellos el joven capitán Verdugo: hablaba demasiado poco. Pero su obligación no era hablar sino pensar para luego dirigir, por algo lo llamaban capitán, palabra derivada de cabeza. Verdugo no era un torpe ni un ingenio. El sabía lo que hacía y lo demás no importaba. Por lo menos así lo proclamaban a los cuatro vientos durante toda la navegación su paisano Alonso de Vivero Altamirano, vecino de Ontiveros de Avila, Pedro de San Román, natural de San Román de Alava, y Garcí-Bravo de Illescas, vecino de Gibraleón, hombre que por plegarse a Verdugo había galopado desde Saña. Y los demás también creían en Verdugo, lo admiraban y respetaban a más no poder, pero en la calma chicha de las noches del Mar del Sur, cuando crujían los maderos y brillaba la luna, todos se preguntaban a dónde iban y en qué pararía todo aquello...<sup>93</sup>

Por fin, una semana antes de Pascua de Navidad, el vigía anunció tierra. Sólo entonces Verdugo dijo a todos la verdad.





El Virrey Blasco Núñez Vela, óleo del Museo  
Nacional de Historia. (Foto: Manuel Romero).





Escudo del Conquistador Almirante Jerónimo de  
Aliaga y Ramirez. (Foto: Manuel Romero).



Estaban en el puerto de Realejo, también llamado de la Posesión, en la provincia de Nicaragua. Era el 16 de diciembre de 1545 y habían navegado desde el 31 de octubre. Cuarentiseis días de viaje monótono en medio de un mar dormido y un sol abrasador. Había llegado el momento de pisar tierra y ensuciarse los zapatos para luego proseguir al servicio del Monarca y acudir al socorro del Virrey. Entusiasmo ya no había tanto pero tenían que cumplir lo prometido. Blasco Núñez los necesitaba y para reforzarlo había venido desde Trujillo del Perú. A decir verdad, nadie sospechaba que el infeliz de Núñez Vela estaba viviendo los últimos cuarenta días de su vida<sup>94</sup>.

Verdugo pasó a tierra en el primer batel. Dicen que iba elegante y fanfarrón, alardeando de esforzado y buscando aplausos. Las crónicas añaden que fue bien recibido por los vecinos, pero por no haber allí otras autoridades que las del Cabildo, marchó con algunos arcabuceros a León, Granada y Gracias a Dios. Su gente, mientras tanto, quedó viviendo en el Realejo a la espera de noticias buenas y decisiones rápidas. Pero los Ayuntamientos y Alcaldes Mayores de todas las ciudades, luego de oír el relato de Verdugo, se negaron a ayudar, alegando que la única facultada para hacerlo era la Audiencia de los Confines del Reino de Guatemala. Visto por el abulense que por aquel camino le negaban todo, con sus diez arcabuceros siguió viaje dispuesto a presentarse a los Oidores, darles cuenta de lo hecho y entonces solicitarles socorro para la causa del Virrey. Cada uno de los Oidores lo escuchó con interés, mas ninguno al contestarle le habló de soldados ni dinero. Parecía que desconfiaban del buen fin de aquella empresa o de la capacidad militar del capitán. Pero Verdugo no se desanimó y después de muchas pláticas e intercesiones sólo consiguió que el oidor Ramírez de Quiñónez lo acompañase por todas las ciudades y garantizase a los vecinos que la tropa y oro que pedía eran para el Virrey del Perú. De este modo partieron con banderas desplegadas y entraron a los pueblos entre toques de pífanos y redobles de atambor pero la gente no mostró mayor entusiasmo y se limitó a mirar al capitán y al letrado que venían a mendigar soldados por amor del Rey<sup>95</sup>.

Mas el nombre del Perú era demasiado famoso para no despertar a la ambición y pronto los mozuelos y vagabundos acudieron en tropel, animados con la idea de romper con la pobreza. Esta fue la salvación de Verdugo, porque *“desta manera comenzaron de acudir de muchas y diuersas partes muchos soldados de muchas y de varios nasciones y condisciones, que estaban en las ciudades y en pueblos de los yndios y por las estancias de los encomenderos, a los quales proueyeron luego de*

*dineros, y de armas a los que no las tenían, y a ponerse en la nómina de la soldadesca debaxo de banderas*"<sup>96</sup>.

Pero aunque todos sabían que habría guerra en el Perú, nunca imaginaron que su bautizo de fuego iba a ser en Nicaragua. En realidad, ni el mismo Verdugo había maliciado cosa igual. Sólo que Pedro Alonso de Hinojosa, que como veremos luego sucedió a Hernando de Bachicao en la jefatura de la armada gonzalista, se enteró de la hazaña de Verdugo y su actual ocupación, motivo por el cual decidió atacar el puerto del Realejo, señalado como cuartel general del abulense. Con esta intención aprestó dos navíos, los artilló con seis "tirillos" de bronce y embarcó en ellos ciento cincuenta arcabuceros, poniendo todo a las órdenes del capitán Juan Alonso Palomino. Este no se hizo esperar y añadiendo seis cañones de cámara a las naos, desde Panamá se hizo a la vela con dirección al Realejo. En marzo de 1546 Palomino avistó el puerto y apresó a cuatro barcos que estaban surtos en él, uno de los cuales era el de Ortiz de Susunaga. De los marineros supo entonces que Verdugo estaba en León haciendo gente para llevarla al Perú y que por tal causa la Audiencia no había dejado cargar esos navíos a los mercaderes. Sabido esto, Palomino decidió actuar con rapidez y la misma noche de su arribo atacó el puerto por el estero Grande, mientras otra facción de pizarristas lo hacía por el de Santa Clara. Los vecinos, hombres pacíficos sin veleidades de guerra, huyeron al monte desamparando sus casas, pero algunos llegaron hasta la ciudad de León, diez leguas tierra adentro, pidiendo ayuda a Verdugo y a Ramírez de Quiñónez<sup>97</sup>.

Verdugo se mostró entusiasta y con doscientos cincuenta de los hombres reclutados salió al Realejo con gran orden y disciplina. El Oidor Ramírez de Quiñónez también marchaba con la tropa. Otro de estos animosos era el Padre Henao. Todos creían que en alguna parte del camino estarían los pizarristas aguardándolos con una celada, pero ante la sorpresa general nada de esto sucedió y así llegaron al Realejo a toda furia y sin perder un hombre. Entonces fue que rodearon el pueblo y algunos de a caballo incursionaron por él, mas al no disparárseles un solo tiro, los de Verdugo entendieron que el enemigo había vuelto a los navíos. En efecto, refiere el Palentino que temeroso el invasor del poderío de Verdugo y atendiendo sobre todo, a que no tenía caballos, consideró prudente retirarse a guardar los seis barcos de su armadilla. Desde la playa le llegaron entonces las burlas de los leoneses y granadinos que lo desafiaban a luchar. Pero Palomino no se dejó ganar por la pasión. Sin caballería y en terreno desconocido poco se podía hacer. Los realistas eran numerosos y contaban con una ciudad cercana que oficiaba de centro de abastecimientos. Esta prudencia de los



## LA GUERRA DEL GRAN GONZALO

pizarristas la notaron los de tierra y pronto reanudaron sus insultos "*llamándolos de vellacos, traydores y ladrones*"<sup>98</sup> para terminar gritándoles "*que más valían diez hombres leoneses o de la Nueva España, para pelear en las guerras y batallas, que treynta de los del Perú*"<sup>99</sup>. Palomino comprobó gustoso que lo de Nueva España era sólo un decir y que no traslucía ayuda alguna prestada por el Virrey de México. Pero después de asegurarse del alcance de las armas enemigas ordenó a sus naves colocarse fuera de tiro y luego se fue a descansar<sup>100</sup>.

Las restantes noches transcurrieron en forma parecida, porque Palomino rehuía la batalla y no se dejaba atrapar. Habiendo tomado todas las barcas del puerto, aun las más pequeñas, vivía confiado en la imposibilidad de un abordaje. Mas Verdugo, que no creía en estas calmas sospechosas, el 7 de marzo lo dedicó a comprar armas para sus soldados, recibiendo para ello a ciertos mercaderes que cargados de las mismas vinieron desde León. El abulense estaba convencido que el desembarco de los pizarristas era cuestión de pocos días, quien sabe sólo de horas, y no quería estar desprevenido. Pero a pesar de su entusiasmo, mayor conocimiento de la guerra mostraba Palomino y muchos de los soldados fidelistas comenzaron a pasarse a los navíos. Cuando el número de desertores fue considerable, Palomino decidió volver a Panamá. Y así, un buen día, sin que nadie lo esperara, la armadilla largó velas y se alejó del Realejo rumbo a Tierrafirme. Desde las bordas atestadas los burlones pizarristas hacían adiós. En la proa de su nao, Palomino también miraba satisfecho. No era para menos. Había llegado con dos naves y regresaba con seis<sup>101</sup>.

## LA ARMADA DE PEDRO ALONSO DE HINOJOSA

Como ya lo hicimos ver atrás, Pedro Alonso de Hinojosa había sucedido a Bachicao en el mando de la armada gonzalista. Bachicao había arribado al Perú con ínfulas desorbitadas. Incluso porque en Zalango la nao almiranta embistió casualmente a la capitana hizo ahorcar al maestre y al piloto, así como a un sargento que no dio voces a tiempo para evitar el accidente. Un fulano Cola, extranjero, Juan Cano y Pero López, fueron en esta ocasión las víctimas de Bachicao, salvándose la capitana de ser hundida a cañonazos por los muchos ruegos de los circunstantes. En Tumbes se enteró que el Virrey estaba en Piura y, trató de cortarle la retirada a Quito, por lo que pasando a la Puná hizo que en balsas viajaran sus soldados a tierra y se aprestaran a la lucha. Núñez Vela no quiso hacerle frente y, conociendo ya que Gonzalo Pizarro marchaba contra él, se re-

tiró a Popayán. Todo esto puso sobre aviso al *Gran Gonzalo*, quien por cortar la soberbia de su capitán lo tomó preso inesperadamente y dio el mando de la armada a Pedro Alonso de Hinojosa, trujillano con quien tenía lazos de amistad y sangre. Este juró el cargo de inmediato, saliendo luego hacia Guayaquil para hacerse reconocer Capitán General de los navíos. Cuando subió a ellos en la Punta de Santa Elena, constató que eran diez en buenas condiciones, y que todos tenían artillería de bronce. Satisfecho con los barcos que encontraba obedeciendo órdenes de su caudillo, ordenó zarpar a Panamá, entre otras cosas, para remediar los robos de Bachicao, pero principalmente, para que ninguna fuerza venida de España pasase al Perú a combatir al *Gran Gonzalo*<sup>102</sup>.

Para anunciar sus buenos propósitos envió por delante a Panamá en un navío a Rodrigo de Carvajal, viajando con más calma la armada al mismo puerto y deteniéndose algunos días en la Buenaventura. Aquí por medio de ardides capturó a Juan Velásquez Vela Núñez, el hermano del Virrey, que estaba haciendo gente, y rescató a un hijo bastardo y mestizo de Gonzalo Pizarro, que los realistas tenían de rehén. Contento a más no poder decidió seguir su viaje, continuando hacia la Isla de las Perlas, donde tenía concertado encontrarse con Rodrigo de Carvajal, su emisario. Todo sucedió como estaba planeado, pero Carvajal no le trajo buenas nuevas: Panamá estaba en armas y no quería saber nada con otra armada de Gonzalo Pizarro. Aún así guió sus naves al puerto y *“saltó tierra al Ancón, dos leguas de la ciudad, y con él Juan Alonso Palomino y Pablo de Meneses, y dejando en los navios cincuenta soldados para guarda de la armada y con orden que si hubiese batalla, a la hora ahorcasen a Vela Núñez y a los demás presos, fue marchando a la ciudad con los doscientos restantes con las banderas tendidas, llevando en los barcos [o bateles] de los navios, junto a tierra, toda el artillería”*<sup>103</sup>.

Hinojosa halló este día —8 de octubre de 1545— a todos los vecinos y mercaderes formados, listos para la pelea. Tratando de evitarla envió nuevamente a Rodrigo de Carvajal para que, en calidad de embajador, convenciera al Gobernador y al Cabildo que sólo venía a pagar los muchos daños que había hecho Bachicao. Naturalmente, nadie le creyó, retornando Carvajal con la noticia de que todos pedían se reembarcara en sus navíos y se marchara al Perú. Tratando de ablandar a las autoridades Hinojosa envió a un fraile con la misma comisión que Carvajal, pero el resultado fue igual. Entonces fue que los vecinos se arremolinaron y saliendo en escuadrón apellidaron la tierra con ánimo de defenderla. Estaban los dos bandos frente a frente y a punto de romper, cuando Baltasar de Castilla por los gonzalo-



Pedro Alonso de Hinojosa según las  
*Décadas de Herrera.*

listas y Andrés de Areiza o Ariza por los lugareños prorrumpieron en voces llamando a la cordura a todos para evitar un derramamiento de sangre. Los clérigos y frailes de la población también acudieron con sus cruces y ornamentos, solicitando lo mismo, hecho que terminó de convencer a todos, concertándose las paces, firmándose una tregua, y permitiéndose a Hinojosa permanecer treinta días en Panamá, tiempo suficiente para pagar los estropicios causados por Bachicao. Sus naos y soldados pasarían a las Islas de las Perlas, comprometiéndose Hinojosa a no hacer propaganda gonzalista, a cambio de lo cual el Gobernador de Tierrafirme y el Cabildo velarían por su vida y le venderían provisiones para que pudiera alimentar a sus hombres, amén de ofrecerle calafates y carpinteros para lo que la armada hubiera menester. Acordado esto, los soldados tornaron a sus naves e Hinojosa, escoltado por los vecinos, ingresó a Panamá, alojándose en casa del mercader Areiza.<sup>104</sup>

Tal fue la maña que se dio Hinojosa mientras pagaba los daños hechos por Bachicao, que en los diez días que siguieron a su arribo se le pasaron todos los soldados que estaban en la ciudad. Parece que la táctica empleada fue no hablar, pero sí darles de comer gratuitamente cada día. Cuando se consideró dueño absoluto de la situación, Hinojosa notificó al Gobernador y al Cabildo que toda la población estaba por Gonzalo Pizarro y que la ciudad le pedía protección contra sus enemigos, por lo cual se veía precisado a desembarcar tres compañías de soldados para evitar desórdenes y poder cumplir lo que se le pedía. Las autoridades no tuvieron más remedio que aceptar, entregando Panamá a Pedro Alonso de Hinojosa, quien sin perder tiempo despachó al Nombre de Dios a su capitán Pedro Luis de Cabrera y al yerno de éste el también capitán Hernán Mejía de Guzmán, a tomar posesión de ese puerto. Por este tiempo apresó Hinojosa a Juan de Illanes que estaba en Tierrafirme haciendo gente para el Virrey Blasco Núñez, descolocando a otros muchos que preparaban movimientos de oposición. También a estas alturas entendió que Melchor Verdugo se había alzado en Trujillo y que en un barco era llegado a Nicaragua para preparar a esa provincia contra Gonzalo Pizarro; entonces fue que envió al Realejo con dos navíos artillados al capitán Juan Alonso Palomino, con los resultados que vimos más atrás.<sup>105</sup>

Verdugo no se amilanó con lo ocurrido y, ambicioso como era, construyó unas embarcaciones en las que metió a sus soldados, llevándolos en ellas a través del lago de Nicaragua y río de San Juan, navegando por primera vez en la historia su corriente. Así salió al Mar del Norte, donde capturó algunas naves, y atacando el Nombre de Dios la noche del 19 de junio de 1546, tomó la población en favor de la Corona. Hinojosa montó en

cólera y juntándose al Gobernador salieron ambos con tropas a recuperar el puerto perdido. La lucha fue muy dura y en medio de ella se quemó parte de la población, pero la batalla terminó con una ruidosa victoria de los gonzalistas, huyendo los verduguistas a refugiarse en Cartagena de Indias. Luego de esto, Hinojosa dejó en Nombre de Dios a sus capitanes Cabrera y Mejía de Guzmán y tornó a Panamá, siempre en compañía del Gobernador que entonces lo era Luis de Ribera<sup>106</sup>.

A este punto de la *Gran Rebelión*, Pedro Alonso de Hinojosa podía considerarse feliz. El Virrey había sido derrotado por Gonzalo en Iñaquito el 18 de enero de 1546, muriendo degollado por un hermano del Factor Illán Suárez de Carvajal en el mismo campo de batalla. Gonzalo, sin disputa, era dueño de todo el Perú y él estaba en Tierrafirme guardándole las espaldas. Verdugo había salido tan maltrecho de su última incursión al Nombre de Dios, que ya no tenía ganas de guerra. En fin, el *Gran Gonzalo*, su pariente, era dueño del mar y la tierra peruleros, nadie, ni siquiera el Rey de Castilla, le podía discutir su autoridad. Pero todos estos pensamientos resultaron fútiles, porque el 27 de julio de 1546 arribó al Nombre de Dios el comisionado real, licenciado Pedro de la Gasca, episodio que marcó el final del recorrido a la buena estrella que iluminaba el camino de Gonzalo. ¿Quién era ese licenciado Gasca, clérigo de misa enviado por el Emperador en vez de un veterano soldado? La pregunta se la hicieron todos y el capitán Palomino dicen que llegó a decir: "*Si otro no envía el Rey más bravo no habrá por qué le debemos temer*"<sup>107</sup>. Efectivamente, el nuevo Presidente de la Audiencia del Perú, se mostraba muy distinto a lo que debía ser el guerrero Duque de Alba.

Bajo, grueso, de verbo parco y mirada buena, el clérigo no podía ser más inofensivo. Su vida, sin embargo, predicaba que era hombre de cuidado. Había nacido en tierras del Barco de Avila y estudiado en la Universidad de Alcalá de Henares, lugar donde impidió con las armas en la mano la entrada de los sediciosos, allá en la guerra de las Comunidades. Posteriormente, habiendo cursado leyes y cánones en Salamanca, llegó a Rector de esa Universidad. Ingresado a la vida eclesiástica pronto fue Administrador de los Vicariatos de Alcalá y Toledo, y promovido al Consejo de la Inquisición atendiendo entonces el célebre proceso de los judaizantes de Valencia. Nombrado Visitador de esta última ciudad, sacó a relucir un coraje y energía tenacísimos en los trabajos de fortificar aquella costa contra las incursiones del pirata sarraceno Barbarroja. Su obra fue coronada por el aplauso general y la Corona le mostró su gratitud reconociendo sus grandes dotes de político y gobernante, y comprometiéndolo para futuras situaciones. La rebelión de Gonzalo Piza-

rro fue la siguiente necesidad y el Emperador, conociendo la personalidad de Pedro Gasca, lo conminó prácticamente a aceptar la jefatura en la debelación del movimiento. Desde Colonia de Alemania le escribió Carlos V el 16 de agosto de 1545 que fuera a Valladolid y se encargara del negocio, lo que en efecto hizo, recibiendo grandes poderes del Príncipe don Felipe y los Consejeros de Indias. Nombrado Presidente de la Audiencia peruana se embarcó en Sanlúcar el 26 de mayo de 1546 con gran séquito de gente —entre ella el Adelantado Pascual de Andagoya y el Mariscal Alonso de Alvarado—, arribando a la Gomera el 4 de junio, a la antillana Guadalupe el 3 de julio, y algunos días después a Santa Marta, donde se enteró de la muerte del Virrey Núñez Vela y del fallido intento de Melchor Verdugo de capturar Tierrafirme. Finalmente, el 27 de julio de 1546, sus naves fondearon en el Nombre de Dios, ocasionando un revuelo general entre los mercaderes por creer que era Melchor Verdugo que regresaba con intención de desquite. Esta era la pequeña historia de ese clérigo de misa, bajo, grueso, de verbo parco y mirada sencilla que se había dado el lujo de desembarcar en el Nombre de Dios diciendo que venía a sostener conversaciones, porque él, personalmente, no era enemigo de Gonzalo Pizarro. Como a poco de desembarcado reprendió a Melchor Verdugo que vino desde Cartagena a besarle la mano, ordenándole que dejara el puerto inmediatamente, la figura del clérigo ganó una popularidad insospechada y todos los vecinos lo salieron a saludar. Los soldados gonzalistas (y mas tarde su capitán Hernán Mejía de Guzmán, pues Pedro Luis de Cabrera estaba ausente en Panamá), fueron los primeros en acudir a recibirlo viviendo al Rey y al *Gran Gonzalo*. Gasca, como obispo que entra por primera vez en su diócesis, sonreía y repartía bendiciones a los que le abrían calle<sup>108</sup>.

Cuando Hinojosa se enteró que Hernán Mejía había recibido, prácticamente, con todos los honores al Presidente Pedro Gasca, montó en ira, y como primera reacción, pasó a vivir a su nao capitana. Allí escribió una larga carta al *Gran Gonzalo*, pidiéndole instrucciones y directivas; Gonzalo le contestó que asesinase al licenciado o, mejor aún, lo envenenase en caso de que no quisiera regresar a España. La respuesta constituyó una prueba de rapidez para el barquichuelo de aviso, porque en menos de tres meses Hinojosa ya tenía la misiva en su poder. Mientras tanto, tuvo que contemplar lleno de furia el ingreso del Presidente a Panamá, el 13 de agosto de ese año, tornando a noticiar a Gonzalo de que sospechaba del clérigo no traerle el título de *Gobernador del Perú*, última esperanza del rebelde ante el viaje del licenciado. Pero despachado el barco con la epístola al Presidente demostró interés por hablar con Hinojosa,

## LA GUERRA DEL GRAN GONZALO

negándose éste de plano a semejante pretensión. Ignoraba el Capitán General de la armada gonzalista que el astuto clérigo, en el barco que llevaba su mensaje, había enviado multitud de cartas a los vecinos del Perú con fray Francisco de San Miguel, un dominico destinado al convento de Lima. Estas cartas eran perdones y ofrecimientos; algunas otras, redactadas en términos generales, estaban dirigidas a los distintos Cabildos peruleros. Del Perú también, ya por setiembre, arribaron algunos pasajeros quienes pasaron de inmediato a visitar al Presidente. Le confiaron, entre otras cosas, que Gonzalo pensaba coronarse rey del Perú y que tenía un poderoso ejército para alcanzar su propósito. El clérigo debió tomar en serio las confidencias, porque luego escribió al Virrey de Nueva España que tuviese a buen recaudo sus navíos de la Mar del Sur, porque podía ser que algunos gonzalistas marcharan a tomarlos; también le decía que pusiera a punto los galeones y gente de guerra por si era necesario utilizarlos<sup>109</sup>.

Lo cierto de todo era que Gasca quería pasar al Perú y enfrentarse a Gonzalo Pizarro, pero la armada de Hinojosa dificultaba totalmente su proyecto. Alguna vez concertó con un maestre viajar en su nao, pero a la postre intervino Hinojosa, amenazó al maestre y este terminó diciendo al Presidente que no tenía sitio para él. Puestas las cosas en este orden, no tuvo óbice Hinojosa para notificar a Gasca que podría pasar al Perú sólo cuando Gonzalo Pizarro le escribiese autorizándolo a ello; mientras tanto, él se lo impediría. El Presidente, aprovechándose de que todas estas negociaciones se hacían en secreto, repartió la voz de que retrasaba su partida *"por aguardar las brisas de Navidad que con menos trabajos y dilación se navega aquella mar, y a que los de su compañía convaleciesen si estaban enfermos... Pero todo esto hacía y fingía el Presidente a fin de entender cómo Gonzalo Pizarro y los del Perú tomaban la nueva de su venida"*<sup>110</sup>. Para mejor entenderlo escribió entonces una larga carta a Gonzalo, invitándolo al servicio de la Corona y diciéndole muchas cosas más, la cual carta envió con Pero Hernández Paniagua, un hidalgo de Plasencia. Esta carta la fechó en Panamá el 26 de setiembre de 1546<sup>111</sup>.

### LA RENDICION DE LA ARMADA GONZALISTA

Pronto se supo en Panamá el resultado de las gestiones del Presidente, pues el 13 de noviembre de 1546 arribó procedente del Perú el cacereño Lorenzo de Aldana. Venía por Procurador del *Gran Gonzalo* y estaba de paso para España donde en el Consejo de Indias solicitaría la gobernación del Perú para su

señor, la revocación de las *Ordenanzas* y la destitución de Pedro Gasca. También contó el recién llegado que Francisco de Carvajal, el Demonio de los Andes, sugería a Gonzalo Pizarro desposar a una hija del Inca para obtener el favor de las naturales. Pero lo que calló el Procurador fue que Gonzalo acariciaba coronarse Rey del Perú y que para ello lo enviaba también a Roma a pedir al Papa la investidura. Con Aldana debía haber viajado Gómez de Solís, el otro Procurador, pero por razones ajenas a su voluntad se había visto obligado a retrasar el viaje, motivo por el cual llegaría en breve; lo mismo que el dominico fray Tomás de San Martín, predicador de rica frase encargado de ir directamente a Roma y preparar lo de la investidura. Luego se supo que Aldana traía orden de sobornar algún criado del Presidente y echarle ponzoña en la comida, lo que acabaría con su voluntad de pasar al Perú; pero si todavía continuaba en este propósito, *“que entonces Pedro Alonso de Hinojosa, general de la armada, le diese un navio, y que el maestro y piloto y marineros fuesen tan sus amigos que pudiese de ellos confiarse, y metiese en él al capitán Juan Alonso Palomino o a Hernán Mejía con doce soldados, y llegados a la costa del Perú, le deshondasen secretamente y le dejasen ir al fondo con Gasca, y ellos se salvarsen en el batel, y de aquella manera se creería que se había hundido en la mar por tempestad con el navio”*<sup>112</sup>.

A la sazón el clérigo había ganado mucho terreno, porque ya contaba con la amistad de Pedro de Cabrera, Hernán Mejía de Guzmán, Pablo de Meneses y Juan Alonso Palomino, los cuatro capitanes de Hinojosa. Por medio del Mariscal Alonso de Alvarado y también de Pascual de Andagoya les ganó las simpatías, no siendo otro su plan que terminar de hacerse con la armada, de preferencia sin derramar una gota de sangre. Sin embargo, el que no estaba dispuesto a ceder era el Capitán General de la misma, Pedro Alonso de Hinojosa. Pero éste ya sospechaba de sus cuatro capitanes, razón por la que temía por su vida. Así estaban los corazones cuando arribó a Panamá el Procurador Lorenzo de Aldana<sup>113</sup>.

Aldana llegó al puerto y sin pisar tierra pasó a aposentarse a la nao capitana de su primo Pedro Alonso de Hinojosa. Luego de los abrazos y saludos pasaron a conversar muy seriamente. En la plática, de modo muy confidencial, Hinojosa le confió la dualidad de sus cuatro capitanes y el peligro de que un día decidieran alzarse con la armada y dar al Presidente los navíos. Aldana, a su vez, le confió que la causa de Gonzalo peligraba y que traía escrita una instrucción secreta con directivas encaminadas a matar a Pedro Gasca. Hinojosa le aseveró entonces que tuviera gran cuidado, porque de saberlo el Presidente le cortarían la cabeza. Entonces Aldana, sorprendiendo a su pariente



con la rapidez del gesto, echó la instrucción al fuego y la redujo a cenizas. Esa misma tarde todo maduró muy rápido, porque al siguiente día *“Aldana e Hinojosa vinieron a verse con Gasca, y todos tres, sin otro alguno, hablaron y altercaron en los negocios”*<sup>114</sup>. Allí parece que Aldana arreció contra Hinojosa, tratando de convencerlo para que diese la armada al Presidente, pero el General *“no supo qué responder sino lo que solía, que él no había de ser traidor a Gonzalo Pizarro; pero que deseaba, como amigo que le era, que él se redujese... Y aunque él se entretenía con estas palabras, todavía se conocía la inclinación y deseo que tenía de servir a su rey”*<sup>115</sup>.

Al siguiente día, según unos, con anterioridad, según otros, estando Hinojosa durmiendo en su nao capitana, fue brusca-mente despertado por Cabrera, Mejía, Meneses y Palomino, sus cuatro capitanes, y hablando por todos Hernán Mejía le dijo que estuviese con ellos en entregar la armada o se resignase a morir. Hinojosa se puso bravo en un comienzo, pero entendiendo que perdería la vida si seguía sosteniendo tercamente la causa de Gonzalo Pizarro, tuvo que cambiar de postura, terminando por prometerles pasarse al Presidente en la primera ocasión. De este modo, el 19 de noviembre de 1546, Pedro Alonso de Hinojosa rindió en secreto su armada al astuto clérigo, quien le supo conservar su cargo de Capitán General. Aún así, previendo Gasca que algunos pizarristas de la armada sospechasen el acuerdo y fugaran al Perú con un navío, hizo que el capitán Palomino tomase las velas a todas las naos, aduciendo que era orden de Gonzalo Pizarro traída por Lorenzo de Aldana, con lo cual ninguna de allí en adelante estuvo en situación de navegar<sup>116</sup>.

La secreta reducción de la armada, pues, fue la pérdida del Mar del Sur para Gonzalo Pizarro. Por ello el público acto de entrega de los barcos gonzalistas tuvo gran espectacularidad. Una cosa era el sí de los jefes, otra la adhesión de los soldados y marineros a todos los cuales se imponía un perdón comprometedor que asegurara sus futuros pasos a la causa del Rey. Por eso el Presidente *“ordenó el acto del perdón así en lo criminal de oficio como en lo criminal a instancia de parte, conforme al poder que del Emperador tenía para perdonar a todos aquellos que luego que tuviesen noticia de él se redujesen”*<sup>117</sup>. Y añade el cronista Juan Cristóbal Calvete de la Estrella: *“Hizose aquel acto con gran solemnidad en un cadalso y se pregonó aquel perdón. Aceptáronle Pedro Alonso de Hinojosa y todos los otros capitanes y gente que ya para ello llevaban hablada, y pidieron todos por testimonio cómo ellos se ponían debajo de la mano y poder de Gasca, como de presidente y capitán general del Emperador don Carlos V, rey de España, y que estaban prestos y*

*aparejados de le servir en su real nombre todo lo que les mandase, como sus fieles y leales vasallos, de la manera y forma que él lo ordenase y en su nombre les mandase; y en ejecución de ello salieron todos muy en orden con sus banderas y gente y las entregaron a Gasca, y las recibió y tuvo en su poder y se las volvió a dar con conductas de capitanes del Emperador*<sup>118</sup>. De este modo, como ya lo hicimos ver, Hinojosa conservó su cargo de Capitán General de la armada, enarbolando en ella la bandera real y haciéndose las salvas de estilo por el Rey; por su parte, readquirieron sus capitanías Cabrera, Mejía, Meneses y Palomino, encargando Gasca a los dos últimos que con dos navíos artillados pasaran a las Islas de las Perlas y apresaran a toda nao procedente del Perú. La medida estaba encaminada a que si arribaba a ese archipiélago un barco gonzalista y se enterara por los negros o indios pescadores de margaritas la defección de la armada, no volviese con la nueva al *Gran Gonzalo*<sup>119</sup>.

El siguiente paso del licenciado Pedro Gasca fue planear su viaje al Perú. Para ello hizo una reunión de sus capitanes y en ella *"trataron si era bien que se pasase al Perú con las brisas de aquel año que son vientos nortes, las cuales empiezan por enero y acaban en marzo y algunas veces suelen extenderse hasta el mes de abril, y pasadas aquéllas, pareciales cosa muy dificultosa y casi imposible, por causa de la larga navegación y falta de los mantenimientos que eran necesarios, ir con gente. Y como no tenían los navios que eran menester, porque los que vinieron del Perú, con la navegación, y por haberlos detenido tanto tiempo venían tan perdidos en todo que era menester tiempo para los reparar y aderezar, porque los más de ellos venían tales que tenían necesidad de renovarlos del todo y echarles planos y mástiles, velas y jarcias, y para aquello ni había oficiales ni materiales para los aderezar, sino madera, ni tampoco se podía hacer la gente que era menester para pasar al Perú y animar los que quisiesen reducirse y seguir la voz de su rey; y considerando todo esto, les parecía a los más que con Gasca aquello trataban que debía dejarse la partida al Perú para las brisas del otro año, y podrían en aquel tiempo ponerse los navios, gente, mantenimientos, armas, caballos y las otras cosas de guerra a punto*<sup>120</sup>. Otros decían que no, que se debía partir con las brisas, porque en breve se enteraría de la rendición de la armada Gonzalo Pizarro y eso lo movería a actuar con venganza y rapidez.

Atendiendo Gasca la dualidad de opiniones, comenzó por juntar hombres, armas y animales en Panamá, escribiendo luego a diversas partes solicitando refuerzos. De Cartagena de Indias hizo traer la artillería que dejó a su paso, ordenando rescatar

un tiro de bronce abandonado en el Cabo de la Vela; a Santo Domingo pidió tropas y municiones; a Cuba, Jamaica y Puerto Rico demandó maíz y puercos, terneros y cecinas; a Guatemala y Nicaragua solicitó *“le enviasen toda la gente y vituallas que en aquella provincia se pudiesen haber, y copia de algodón para velas a los navios, que de algodón en aquella provincia se hacen muy buenas, y pez, sebo, cables y otras sogas para jarcias, que del cerro de una planta que llaman maguey se hacen, que duran poco menos que el cáñamo... Y que los que tuviesen mantenimientos y cosas de aderezos de naos las trajesen a vender a Panamá, y le enviasen los calafates y carpinteros de ribera y los otros oficiales de navios que por aquella provincia se hallasen”*<sup>121</sup>. Sin embargo, la primera noticia que llegó a Panamá de Nicaragua no versó sobre lo pedido, si bien tampoco entristeció al Presidente; Alonso de Montemayor y Rodrigo Núñez de Bonilla, yendo a Chile deportados por Gonzalo Pizarro por haber luchado contra él en Iñaquito, se habían alzado con el barco que los conducía prisioneros y habían aportado a Nicaragua. Gasca se halagó con la nueva y mandó saludar a los fugados del Perú, invitándolos a que se le juntaran. No fue mal augurio la desertión, porque sucesivamente fueron llegando a Panamá otros barcos del Perú, los cuales —ignorantes aún de lo que había sucedido con la armada— terminaban reducidos por Pablo de Meneses y Juan Alonso Palomino, quienes los conducían al puerto. El 9 de febrero de 1547 ambos capitanes capturaron un navío más: era el que traía a fray Jerónimo de Loaiza, Arzobispo de Lima. Poco después tomaron otros que conducían a Gómez de Solís, fray Tomás de San Martín y al Obispo de Santa Marta, todos —con excepción del Arzobispo Loaiza— grandes partidarios de Gonzalo Pizarro, y aun sus Procuradores. Gasca, lejos de recriminarles su fervor a estos últimos, los obligó a quedarse en su compañía exponiéndoles que su servicio y consejo le serían muy valiosos. Boquiabiertos, sorprendidos y asustados, los gonzalistas se pasaron a las filas del clérigo<sup>122</sup>.

Visto por el Presidente los muchos hombres y barcos que tenía, decidió pasar al Perú con las brisas de aquel año. *“Y porque le pareció que en la mar del Sur podrían aprovecharse de algún navío de remos, aunque se engolfasen, envió con dos fragatas al capitán Juan Vendrel, catalán, que tenía gran experiencia de galeras, como lo suelen tener los de aquella nación de Cataluña en España, con oficiales y los aparejos de hierro y otros metales necesarios, a las islas de las Perlas [para que hiciesen de la madera que allí hay muy buena una galeota de veintidós remos con toda brevedad”*<sup>123</sup>. Acto seguido, siempre de acuerdo con sus capitanes, comisionó a Lorenzo de Aldana para que en el galeón grande fuera al Perú con título de Capitán

# CONQUISTA LOS EMPERADOR DÓ-CAR EN BIA-SVCR TA I PERDŌ AGŌZA

*Kopizaxro jalos remas conquistadores y lolluualacar taclator p'relacas*



en castilla

en ta

El Emperador Carlos envía a Pedro Gasca a  
debelar la Gran Rebelión, según  
el cronista Huamán Poma.

General, con los barcos de los capitanes Mejía y Palomino, y la fragata de Juan de Illanes. Debía recorrer la costa perulera y embarcar a todos los leales que quisieran huir del *Gran Gonzalo*, también dejar perdones en blanco para que los recogieran los de tierra y de ser necesario, trabar combate con los gonzalistas. Esto último, no obstante, mejor sería evitarlo. Aldana recibió su comisión con entusiasmo y pasó a tomar el mando de sus naves. El galeón grande, había sido confiscado a Gonzalo Pizarro; los navíos menores, igual; la fragata era de propiedad particular pero ahora estaba al servicio del Rey y podía superar las calmas chichas valiéndose de los remos. Trescientos soldados estaban ya embarcados en los cuatro barcos, dispuestos a ir al Perú, Aldana no se hizo esperar demasiado en dar la orden y así, el 18 de febrero de 1547, zarpó de Panamá con rumbo a las costas peruleras<sup>124</sup>.

Con todo preparado y confiando en recibir más refuerzos, Gasca zarpó, a su vez, de Panamá el 10 de abril de 1547 a reunirse con el grueso de la armada en las Islas de las Perlas. Veintidós navíos le dieron la bienvenida con salvas de artillería y gallardetes desplegados ese mismo día, que era el primero de Pascua de Resurrección. La islilla de la Taboga, donde estaba surta la armada, vivió un día de fiesta. Pero al atardecer, los regocijos cesaron y trepando los marineros las arboladuras largaron las velas al viento no sin gran estupor de los españoles de la isla. Era que el Presidente estaba ansioso por llegar al Perú y, lejos de detenerse con los agasajos, había dado la orden de partir al Perú. ¡El clérigo era hombre de nervio!<sup>125</sup>.

Efectivamente, a eso de la hora de vísperas, las veintitrés naves se pusieron en movimiento. En la capitana iba Gasca con Pedro Alonso de Hinojosa y Diego García de Paredes; luego las demás embarcaciones; al último, avanzando al compás de los remos, seguía la galeota de Juan Vendrel. Todos iban muy alegres: los soldados cantaban y tocaban chirimías, varios grumetes bailaban la danza de las espadas, los viejos marinos reían con alborozo y vigor. Sólo Gasca no participaba del general regocijo. Puesto en la proa del barco, todo vestido de negro, rezaba su libro de horas mientras el viento jugaba con sus ropas clericales.

### EL VIAJE DE GASCA AL PERU

A partir del 10 de abril de 1547, la armada real se enfrentó con decisión al Mar del Sur. Temían los marineros tanto a las corrientes como a las calmas que conducían a los remolinos de la Buenaventura, y para evitar estos inconvenientes los pilotos llevaron a los barcos hasta las islas llamadas Guicarides, pero

resultó imposible tocarlas, viéndose casi todos los navíos obligados a caer entre el Rio San Juan y el temido puerto de la Buenaventura. Aquí no llegaron los barcos juntos, porque las corrientes los habían dispersado, pero muchos de los que arribaron llevaban hombres tan desanimados que pedían volver a Panamá, *"lo cual daba tanta pena a Gasca cuanto él nunca tuvo, porque veía claramente que si arribaba a Tierra Firme, dejaría de seguir los navíos que iban delante, y con su ausencia pasaba gran peligro de perderse todo, porque sería desanimar a las personas que tuviesen voluntad de servir a su rey, y echar a perder las que se hubiesen declarado y acudido a su voz real, y se animarían los enemigos y confirmarían más en su dañada opinión en ver el mal suceso de aquella jornada y navegación"*<sup>126</sup>. Estas reflexiones forzaron al Presidente a tomar una decisión, el cual pronto se manifestó enemigo de la idea de tornar a Panamá; su objetivo era el Perú y si no se podía por mar, por tierra sería posible. *"Y cuando esto decía, deseaba en gran manera hallarse dentro de la galeota, porque le parecía que con ella a remo podría tomar la costa del Perú y juntarse con los capitanes Lorenzo de Aldana, Hernán Mejía, Palomino e Illanes, y recoger los otros navíos de la armada que hubiesen tomado aquella costa. Y porque las cinco naos que iban de conserva en la capitana eran más veleras y orceaban más que ella, mandóles Gasca que procurasen de tomar la isla de la Taboga sin tener cuenta con la capitana y la que primero llegase dijese al capitán de la galeota que con ella fuese en su seguimiento y busca. Y luego, con lo que Gasca les dijo, se apartaron los navíos de la capitana la vía de Taboga dando muchos bordes y con gran trabajo, y como dicen, a pulgaradas, lo que no podía hacer la capitana, que era muy zorcera y pesada, por ser gran navío, ancho y corto, y que no podía poner contra el tiempo a menos de a tres vientos"*<sup>127</sup>.

*"Navegando, pues, Gasca con tanto trabajo y congoja, y ya que anocheecía, sobrevino un Norte muy deshecho, cual nunca en aquel mar y tiempo se suele ver, con muchos relámpagos y truenos; y queriendo aprovecharse de él, porque le pareció que sólo aquel lo podía llevar hasta la [Isla de la] Gorgona, hizo que se levantasen las velas cuanto fuese posible; y aunque todos resistían que no era aquel tiempo sino para asegurar las velas, mandó que se levantase todo lo que el alto del árbol sufría, y así comenzaron a navegar contra las corrientes a la Gorgona. El viento era recio y la mar tan brava, que muchas veces estuvieron en peligro de zozobrar y transtornarse el navío, y eran las olas tan furiosas y continuas sobre la puente de la nao, que no había marinero que allí parase, y del agua que de la mar entraba y de la que del cielo caía, porque suelen ser allí los agua-*

*ceros muy grandes, se henchía toda la nao y crecían tanto los truenos y relámpagos, que parecía que ardían en vivas llamas y que caían sobre ellos muchos rayos como suele hacerlo en semejantes aguaceros por toda aquella costa. Y vista tan gran tempestad del cielo, viento y mar por los marineros y por los otros, insistían mucho con Gasca, mayormente Diego Garcia de Paredes y don Antonio de Garay, hijo del adelantado Garay, que dejase amainar las velas y quedase sola la del trinquete bajo para gobernar, porque decían que si otra cosa se hacía, era género de desesperación y querer tomar de su propia voluntad la muerte; y como Gasca estimase aquella hora poco la vida y desease tanto hacer aquella jornada, se puso con gran valor y constancia a resistirlos: les dijo que cualquiera que se atreviese a le tocar a las velas para las abajar, no le costaría menos que la vida. Y con lo que el general Hinojosa y otros, que deseaban dar todo contentamiento a Gasca, favorecían aquella determinación, ninguno hubo que se atreviese a hacerlo. Y así iban navegando aquella noche con aquel trabajo y tempestad'<sup>126</sup>.*

Prosigue Calvete de la Estrella, autor que seguimos a este punto: *"A las tres de la mañana, viendo García de Paredes y don Antonio de Garay y otros de su opinión que Gasca había entrado en su cámara a ver y reconocer sus escrituras y provisiones que llevaba cómo les iba con el agua, dijeron a los marineros que Gasca mandaba que amainasen la vela grande y asegurasen el trinquete, con las voces que daban no lo osando hacer, oyéndolo Gasca, puso recaudo en las escrituras, y por presto que salió, halló muchos que aflojaban las escotas y otros que estaban encima de la antena procurando de bajar la vela mayor, que, como la tempestad era tan brava y la agua tan furiosa, estaban las velas tan duras y tiasas que no las podían coger ni hacer correr. Era el alboroto tan grande y las voces tantas y la voluntad tan grande a amainar las velas, que aunque Gasca les mandaba tirasen las escotas y no las aflojasen, no le oían ni querían oír. Y estando en esta confusión, parecieron gran muchedumbre de lumbres por todo el navio, antenas y gavia, que dieron gran consolación a todos, e hincándose de rodillas, comenzaron a cantar las oraciones que suelen los marineros a San Telmo. Fue causa aquello para que se sosegasen y oyesen a Gasca y le obedeciesen, y los marineros tirasen las escotas. Y con lo que Pedro de Hinojosa y otros ayudaron y lo que Gasca les dijo que aquella muchedumbre de lumbres era señal de durar poco la tempestad, porque graves escritores lo afirmaban, y que cuando eran muchas luces, las llamaban los Lacones, que eran Cástor y Pólux, que por ser hermanos traían quietud, paz y concordia, y que cuando aparecía una luz en el navio era señal de durar mucho la tempestad, y que por esto la llamaban Helena, porque aquella había*





El Presidente Pedro Gasca, según las  
*Décadas de Herrera.*

*sido causa de la discordia y guerra entre los griegos y troyanos y destrucción de ellos, y tuviesen por cierto que aquella tempestad tan furiosa cesaría presto, y que si acabase antes de echar fondo en la Gorgona, los volverían las corrientes a donde habían salido; persuadiéronse todos con lo que les dijo de seguir con buen ánimo su voluntad. Comenzó a amansar la tempestad, y a cesar el agua con los truenos y relámpagos y aflojar el Norte; pero todavía les duró hasta una hora después que fue de día. Y con gran trabajo y pena y con el abrigo que la Gorgona les hizo del Sur y de las corrientes que con él venían, pudieron los marineros echar fondo y surgir a media legua de aquella isla cincuenta brazas. Las otras naos que seguían a la capitana, aunque eran más veleras y orceaban más, por asegurar las velas, no llegaron a surgir a aquella isla aquel día hasta la noche'<sup>129</sup>.*

En la Gorgona el Presidente halló doce naos de su armada, surtas aunque maltrechas, y a la galeota de Juan Vendrel, que estaba al otro lado de la isla. Desde lo alto de un peñón se hizo señas a esta última y así se reunió a sus compañeras. Llegada la galeota Gasca se pasó a ella con Hinojosa y el Arzobispo Loaiza, también con García de Paredes y cincuenta arcabuceros. Tenía en mente seguir al Perú, a la vela o al remo, por lo que el 30 de abril partió hacia la Isla del Gallo, quince leguas al Sur, la que avistaron el 8 de mayo. Aquí halló Gasca a un barquichuelo con su mensajero Pedro Hernández Paniagua, quien —habiéndose juntado a la armadilla de Aldana y apartándose luego de ella en medio de mal tiempo— le traía ahora noticias frescas del Perú y una carta de respuesta de Gonzalo Pizarro. Tras abrazar a su emisario, el Presidente tomó el papel y lo leyó con verdadera curiosidad. Era largo y farragoso, no decía nada nuevo ni daba muestras de sumisión. Considerando que sus líneas no cambiaban la ruta de sus barcos, la armada de Gasca tornó a partir el día 10 de mayo. En la navegación topó a la nao de Pablo de Meneses y a otras varias dispersadas por la tempestad, todas las cuales venían casi sin agua que beber. Se les dijo que siguieran a la Bahía de San Mateo, que allí tendrían agua y comida por ser el punto de reunión más próximo. La despensa de la galeota a estas alturas tampoco estaba para despertar envidias: agua había en regular cantidad, pero se había acabado el bizcocho y la cecina, quedando sólo algún maíz, poco queso y menor cantidad de alcaparras. Efectivamente, en San Mateo se recuperaron todos. Gasca, siguiendo su costumbre, continuó escribiendo cartas. Despachadas a diversos personajes de la región, invitándolos a plegársele, los navíos se pusieron en conserva y partieron a Manta. El Presidente, siempre en su galeota, iba al frente de todos<sup>130</sup>.

## LA GUERRA DEL GRAN GONZALO

En Manta acudió a recibirlo Martín de Aguirre, quien le trajo la noticia de que Rodrigo de Salazar, el Corcovado, había muerto en Quito a Pedro de Puelles, lugarteniente de Gonzalo. Luego en Tumbes. Mientras tanto bajaron los enfermos a tierra y se les pasó a Puerto Viejo encargándose su cuidado al Cabildo de esa ciudad. La armada cargó comida, arregló sus daños y volvió a largar velas el 23 de junio, llegando al puerto de Tumbes escribió a Quito, invitando a sus vecinos a que se le reunieran el último día del mes<sup>131</sup>.

En Tumbes, donde arribó muy de noche, halló el Presidente al capitán Pablo de Meneses con varios navíos; también una fragata procedente del puerto de Arequipa con Garcí Manuel de Carvajal y Diego García, los cuales le trajeron la noticia de que Arequipa estaba por el Rey y sus vecinos andaban con Diego Centeno, capitán que había enarbolado el pendón real. Gasca se alegró con la albricia y abrazando a los portadores de tales nuevas, les agradeció el servicio que habían hecho con traerlas<sup>132</sup>.

Al día siguiente, 1 de julio de 1547, el Presidente desembarcó definitivamente en tierra del Perú. En efecto, *“dejando en guarda de la galeota y navíos la gente que era necesaria, se desembarcó Gasca y el Arzobispo de Lima y el general Hinojosa y los demás en balsas que tienen allí los indios. Es tan grande el tumbo y furor de aquel mar, que no pueden desembarcarse sino por la mañana, que está más manso. Usan para se desembarcar de aquellas balsas, que por ser muy anchas no se zozobran ni trastornan como bateles. Pero era tanto el deseo que tenían todos de salir en tierra, que con la prisa que se daban, se mojaron mucho, y algunos corrieron peligro de ahogarse en aquel puerto de Túmbez, al cual con tanto trabajo y peligro, pasando tanta hambre y fortuna, habían arribado”*<sup>133</sup>.

## LA ARMADILLA DE LORENZO DE ALDANA

Mientras el Presidente desembarca a sus hombres y caballos, organiza cuerpos de tropa y sube la cordillera en procura del Gran Gonzalo, detengámonos a evocar los episodios que siguieron a la partida de Lorenzo de Aldana ese 18 de febrero de 1547.

Aldana y su armadilla de tres naos y una fragata navegaron sin mayor obstáculo hacia el Sur, pero habiendo llegado a Guayaquil, los del puerto —tratando de inquirir la bandera de las naves— enviaron a su encuentro una balsa con ciertos indios y españoles. Aldana los recibió con grandes muestras de amistad, pero a la hora de la despedida no los dejó regresar a tierra, reteniéndolos en calidad de presos impidiendo así que noticiaran

de la verdad a Gonzalo Pizarro. No pasó lo mismo en Tumbes, donde era Teniente del rebelde, Villalobos, quien maliciando la bandera de los cuatro barcos escribió su sospecha al Gran Gonzalo. El correo que despachó pasó por Trujillo, donde a su vez era Teniente Diego de Mora —secreto servidor del Rey— quien enterándose de la noticia recogió toda su hacienda, también a su mujer preñada, y con cuarenta compañeros zarpó de Huanchaco en un galeón de mercaderes que allí estaba. Navegó Diego de Mora con gran trabajo y no menos peligro, porque el galeón comenzó a hacer mucha agua y la bomba no se daba a basto para expelerla. Con la proa al Norte y temeroso de caer en manos de los gonzalistas, Mora avanzó lo más que pudo, hasta que una noche divisando un farol en lontananza aumentaron sus cuitas y temores. Confiando en su ventura se acercaron a él sabiendo que se jugaban el todo por el todo, pero quiso su buena estrella que resultara ser el galeón de Lorenzo de Aldana, quien los reconoció a Mora y a su mujer, abrazándose con ellos y con todos los que los seguían. Este episodio volvió a encender los ánimos a los de la armadilla, porque al ser Diego de Mora el primero en alzarse contra Gonzalo en el Perú, su ejemplo sería imitado por otros, amén de que los hombres de Aldana creían que toda la costa estaba por los rebeldes, cosa que no resultaba así. Acordó entonces Aldana con todos sus capitanes *“de ir a tomar al puerto de Trujillo, y que allí, con el favor y ayuda de Diego de Mora, bastecerian sus navios y enviarian despachos a partes para los que quisiesen reducir y servir a su rey viniesen a juntarse con Diego de Mora y con los que le siguiesen al sitio fuerte de Cochabamba, que estaba entre dos rios, y que alli aguardasen a Gasca para se juntar con él; y así vinieron a surgir al puerto de Trujillo, y salió Diego de Mora con sus soldados y otros de los navios, y entrando en Trujillo, alzaron bandera por el Emperador, que fue la primera que, estando Gonzalo Pizarro en aquel gran fausto y pompa de coronarse por rey, se alzó contra él en el Perú”*<sup>134</sup>.

Desde Trujillo envió mensajes Lorenzo de Aldana a Gómez de Alvarado a Chachapoyas —donde era Teniente de Gonzalo Pizarro—, a Juan de Saavedra a Huánuco y a Juan Porcel a Jaén de Bracamoros, también a Alonso Mercadillo que estaba en la Zarza, que después se llamó Loja, invitando a todos a juntarse a Diego de Mora en Cochabamba y Cajamarca, y a esperar al Presidente Gasca que venía con el estandarte del Rey. Luego de esto Aldana, por medio de sus capitanes y naos, apresó un barco que traía a Trujillo al licenciado García de León, Teniente recientemente nombrado por Gonzalo Pizarro para esa ciudad, hecho que terminó con la franca alegría del licenciado León que en secreto era servidor de la Corona. Tras esto con-

La batalla de Jaquijahuana según las  
*Décadas* herrerianas.

377





sideró Aldana que convendría seguir al Callao y, ordenando lo que era menester, partió con su armadilla al puerto de la Ciudad de los Reyes<sup>135</sup>.

Entendiendo, sin embargo, que el capitán gonzalista Juan de Acosta andaba por el litoral con muchos hombres de armas, Aldana quiso darle una *encamisada*. Para ello navegó hasta el río Santa y, una vez en su desembocadura, preparó sus arcabuceros y los apostó en un cañaveral. Otros marineros bajaron también a hacer aguada y a lavar su ropa, pero una de éstos se separó del grupo y encaminándose donde estaba Juan de Acosta le salió al encuentro y notificó el ardid. Acosta —que era uno de los mejores capitanes de Gonzalo— avanzó hacia el Sur sin ser sentido y en un momento dado, lejos del alcance de los arcabuces reales, cayó sobre los marineros y apresó a cincuenta. Los arcabuceros se sintieron descubiertos y corrieron a sus bateles, los de a bordo se asustaron y soltaron la artillería; Juan de Acosta, a todo esto, se reía con los brazos en jarras<sup>136</sup>.

Sin desanimarse Aldana recogió a todos los que pudo y zarpo hacia el Sur. En Huarmey, tanta era la escasez de alimentos, puso en tierra al intérprete Martinillo de Poechos —no obstante que había sido apresado en compañía del licenciado León— para que comprase maíz, tocino y gallinas. El tallán, gonzalista hasta la médula de los huesos, alzó con los 600 pesos castellanos que le dieron para las compras y dejando de fingirse servidor del Rey, corrió a Lima a informar a Gonzalo Pizarro de la proximidad de Aldana, y también de su propósito de fondear en el Callao<sup>137</sup>.

Cuando llegó al puerto de la Ciudad de los Reyes, la armadilla causó un revuelo general. Los ejércitos rebeldes, ante su inusitada presencia, fueron sacados de Lima y acampados en el lugar que después ocupó la ermita de la Virgen de la Legua en el camino al Callao. Desde allí se esmeraron los caudillos en mantener alejados sus soldados de la playa para evitar desertiones. Al efecto destacaron varios jinetes para que corrieran la pedregosa costa y evitasen cualquier fuga. En el campamento gonzalista todo era agitarse banderas y redoblar atambores, trompetas que daban órdenes y clarines que mandaban formación. Así las cosas, Juan Fernández, Alcalde de Lima, fue comisionado por los gonzalistas para acudir a la armadilla en una balsa de indios y preguntar a Lorenzo de Aldana la razón que lo traía. Fernández llegó a la playa pero no hubo balsa disponible que lo pudiese llevar, por lo que tuvo que hacer señas al galeón con una capa y pedir que le enviasen un batel. En breve se aproximó el del capitán Juan Alonso Palomino, que era el mejor de la armadilla por tener un par de tirillos, y lo recogió. Una vez en el galeón Fernández saludó a Aldana y le pidió que enviase un embajador



a Gonzalo Pizarro, que él quedaría por rehén. Aldana accedió al pedido de los de tierra y les envió al capitán Alonso de Peña con un perdón especial para el *Gran Gonzalo*. Regresó al día siguiente con una proposición. Gonzalo le enviaba decir que le otorgaría 50,000 ducados y todos los indios de Jauja a cambio de la armadilla... Aldana, antes de pensar demasiado la propuesta, se apresuró en responderle que no<sup>138</sup>.

A todo esto los gonzalistas no creían que La Gasca pasara ese año al Perú y pensaban que Aldana sólo venía a repartir perdones en blanco. Pero no tardó mucho en saberse la verdad y, por tanto, en comenzar las fugas. Vasco de Guevara, Diego Tinoco, Francisco de Ampuero, Nicolás de Ribera, Alonso de Barrionuevo, y los capitanes Martín de Robles y Lope Martín fueron los primeros en culminar con éxito su éxodo. Alonso de Cáceres y Hernán Bravo de Lagunas llegaron poco después. Diego Maldonado, el Rico, vecino del Cusco, arribó medio ahogado en una balsilla guiada por un indio pescador. Y no fueron los únicos, tampoco los últimos, simplemente los principales. Dicen que al conocer estas deserciones el Maestre de Campo Francisco de Carvajal dio en cantar a todo tono:

*"Estos mis cabellicos, mairé,  
dos a dos me los lleva el aire".*

Otro que se pasó a los leales fue Benito Suárez de Carvajal, el hermano del Factor asesinado por Blasco Núñez Vela y que en los campos de Ñaquito había dado rienda suelta a su venganza haciendo degollar al derrotado Virrey. Esta fuga puso a todos muy temerosos, pues el huido era altamente representativo en las huestes rebeldes. En síntesis, a las cuarentiocho horas de surgir Aldana en el Callao, el desconcierto de los gonzalistas era espeluznante. El *Gran Gonzalo* tomó entonces los hombres que le quedaban y, antes de que se le pasaran todos a la armadilla real, los llevó consigo al valle de Nazca. Al tiempo que se alejaban los rebeldes por el lado del Sur, los pizarristas pudieron apreciar con sus propios ojos la fuga de Francisco Guillada y Juan López, los cuales partieron galopando y dando voces que auguraban el final de la *Gran Rebelión*: *"¡Viva el Rey y muera el traidor de Pizarro!"*<sup>139</sup>.

Luego de esto Aldana supo que Lima estaba convulsionada y que algunos vecinos encabezados por su Alcalde Martín Pizarro, y por Antonio de Ribera, habían alzado bandera por el Rey y pregonado las provisions reales que él mismo les había enviado. *"Alzada, pues, la bandera por el Rey y la ciudad reducida a su servicio —refiere el Palentino—, algunos que en la ciudad se habían quedado, y otros que se habían huido, acudieron a la*

*mar y dieron dello noticia a Lorenzo de Aldana. El cual estaba con mucho recato, recogiendo los que a la mar se acogian, y para este efecto estaba en la costa el capitán Palomino con cincuenta hombres y los bateles a punto para recogerse siendo necesario. Porque se temía que Gonzalo Pizarro había de revolver sobre la ciudad, sabiendo cómo se le habían rebelado, y para efecto de saber prestamente el aviso proveyó que doce de a caballo, de los que se habían huído de Pizarro, estuviesen por los caminos para venir a toda furia a dar aviso de cualquier novedad que hubiese. Proveyó también polvoristas que fuesen a hacer gran cantidad de pólvora y otros que fuesen a hacer picas, y ocupó herreros en hacer hierro para ellas y en hacer y aderezar arcabuces. Así mismo proveyó que el capitán Alonso de Cáceres estuviere en Lima recogiendo la gente, y que Juan de Illanes subiese con la fragata la costa arriba a echar en el puerto de Arequipa un religioso, y a Pantaleón, clérigo portugués, para que allí diesen los recados y de allí fuesen al Cuzco, y diesen aviso a Diego Centeno y a Alonso Alvarez de Hinojosa... Y esta fragata se partió de noche porque no la viesan ir y diesen dello noticia a Gonzalo Pizarro”<sup>140</sup>.*

*“Entretanto que estas cosas pasaban no salió de la mar el capitán Lorenzo de Aldana, y de allí proveía todo lo necesario; y teniendo relación que a Pizarro le llevaban aviso de lo que se hacía, enviaba cada día corredores para lo estorbar y tener lengua de Gonzalo Pizarro. Diéronle en este tiempo relación que revolvía con todo su campo, lo cual fue forjado por el tirano, y escribióse por causa que no le fuesen a dar arma y los soldados se le hueyesen. Sabido, pues, esto en la ciudad de los Reyes, puso grande alboroto y turbación, así por no ser bastante para resistirlo si revolviesen, como por la gente no estar puesta en orden ni debajo de capitanes y oficiales de guerra como era necesario. Visto esto se acordó de no le esperar en la ciudad, y así, los que no tenían caballo acudieron a la mar, y otros salieron del pueblo por el camino real de Trujillo; otros se dividieron por estancias y lugares secretos y arcabucos, cada uno do mejor le parecía; y desta suerte anduvieron alborotados aquella noche y el día siguiente hasta que se tuvo nueva cierta que Gonzalo Pizarro iba prosiguiendo su camino a mucha furia. Luego se recogieron todos a la ciudad, y cada día venía gente de los que se huían, los cuales daban relación de lo que en el real de Pizarro pasaba; y la última nueva fue que Gonzalo Pizarro iba con gran temor de su misma gente, que llevaba gran recato y guardas para que no se le huyesen...”<sup>141</sup>.*

Como las noticias no podían ser mejores, Aldana decidió saltar a tierra. Lo hizo el 9 de setiembre de 1547, luego de entregar la armadilla con todas las ceremonias del caso al Alcalde Juan

## LA GUERRA DEL GRAN GONZALO

Fernández. Acto seguido hubo salvas de cañón, formaron los soldados y el cacereño marchó a la Ciudad de los Reyes. Desde allí pensaba secundar al Presidente Gasca, que a esas horas avanzando por la sierra estaría en el valle de Jauja; le enviaría hombres y caballos, armas y municiones, para, por último, asistir a la victoria final y echar por tierra para siempre el poder del *Gran Gonzalo*, a quien se podría llamar el *Gran Ausente* de todas las campañas que durante su *Gran Rebelión* se habían desarrollado en el mar<sup>142</sup>.

### EPILOGO

Tras derrotar al capitán Diego Centeno en la batalla de Huarina, el 20 de octubre de 1547, Gonzalo Pizarro fue derrotado por el Presidente Gasca, en los llanos de Jaquijahuana, el 9 de abril de 1548. Al día siguiente el caudillo vencido, junto con su famoso Maese de Campo y sus fieles capitanes, fue condenado a muerte de traidor. Dicen que *"era hombre de hasta cuarenta años, alto de cuerpo y de bien proporcionados miembros; era moreno de rostro, y la barba negra y muy larga. Era inclinado a las cosas de la guerra y gran sufridor de los trabajos della; era muy buen hombre de caballo de ambas sillas y gran arcabucero; y con ser hombre de bajo entendimiento, declaraba bien sus conceptos, aunque por muy groseras palabras; sabía guardar mal secreto, de que se siguieron muchos inconvenientes en sus guerras. Era enemigo de dar, que también le hizo mucho daño. Dábase demasiado a mujeres, así a indias como de Castilla"*<sup>143</sup>. En síntesis, el bizarro personaje murió ajusticiado en el mismo campo de batalla. Lo decapitó el verdugo y su cabeza fue llevada a Lima para que sirviera de ejemplo en el interior de una jaula de hierro colgada en la picota de la Plaza de Armas. En otra jaula, también en el rollo, se colgó la cabeza de su famoso Maestre Francisco de Carvajal. El tiempo haría que una tercera cabeza de ajusticiado viniera a sumarse, dentro de su respectiva jaula, a las dos de la fatídica picota. Esta nueva cabeza fue la de Francisco Hernández Girón, autor de una nueva guerra civil que mostraremos, siempre desde el ángulo marítimo, en el capítulo que continúa.

## NOTAS AL CAPITULO

1. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, Pedro... *Quiquenarios o Historia de las Guerras Civiles del Perú (1544-1548) y otros sucesos de las Indias*.— Lib. I, cap. II, pp. 148 a 153; y cap. III, pp. 153 a 155, en: Biblioteca de Autores Españoles.— Madrid, Gráficas Yagües, 1963.— T. CLXV.
2. ZARATE, Agustín de... *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*.— Lima, Imprenta Miranda, 1944.— Lib. V, cap. II, p. 148.
3. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, Pedro... *Op. cit.*, Lib. I, cap. IV, p. 156.
4. *Ibidem*, Lib. I, cap. IV, p. 157.
5. *Ibidem*, Lib. I, cap. V, pp. 158 a 161.
6. *Ibidem*, Lib. I, cap. VI, p. 161.
7. *Ibidem*, Lib. I, cap. VI, p. 162.
8. *Ibidem*, Lib. I, cap. IX, pp. 170 a 173.
9. *Ibidem*, Lib. I, cap. X, pp. 173 a 175.
10. *Ibidem*, Lib. I, cap. XIII, p. 182.
11. *Ibidem*, Lib. I, cap. XXII, pp. 202 a 205.
12. *Ibidem*, Lib. I, cap. XXIV, p. 208.
13. *Loc. cit.*
14. *Ibidem*, Lib. I, cap. XXIV, pp. 208 y 209.
15. *Loc. cit.*
16. *Ibidem*, Lib. I, cap. XXXIV, p. 235.
17. *Ibidem*, Lib. I, cap. XXXV, pp. 238 y 239.
18. *Loc. cit.*
19. *Ibidem*, Lib. I, cap. XXXVI, p. 240.
20. *Ibidem*, Lib. I, cap. XXXVI, p. 241.
21. *Loc. cit.*
22. *Loc. cit.*
23. *Ibidem*, Lib. I, cap. XXXVII, p. 243.
24. *Ibidem*, Lib. I, cap. XXXVII, pp. 243 y 244.
25. A Jerónimo de Aliaga, uno de los captores del Inca en Cajamarca, correspondería posteriormente ser *Almirante* de la flota que llevó a Pedro de la Gasca del Nombre de Dios a España, siendo, por tanto, el único conquistador que alcanzó tan alto cargo marineró. Nació en Segovia por 1508 y murió en Villapalacios en 1569.
26. LOREDO Y MENDIVIL, Rafael... *Documentos sobre el conquistador Jerónimo de Aliaga*, en: Revista Histórica, Lima, 1939, T. XII, p. 185.
27. Archivo General de Indias de Sevilla, Patronato 128-NI-R2.
28. *Loc. cit.*
29. *Loc. cit.*
30. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, Pedro... *Op. cit.*, Lib. I, cap. XLI, p. 253.
31. *Ibidem*, Lib. I, cap. XLI, pp. 252 a 256.
32. *Ibidem*, Lib. I, cap. XLII, p. 256.
33. *Ibidem*, Lib. I, cap. XLII, pp. 256 y 257.
34. ZARATE, Agustín de... *Op. cit.*, Lib. V, cap. XI, p. 171.
35. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, Pedro... *Op. cit.*, Lib. I, cap. XLIII, pp. 259 y 260.
36. *Ibidem*, Lib. I, cap. XLIII, p. 260.
37. *Ibidem*, Lib. I, cap. XLIII, p. 261.
38. *Ibidem*, Lib. I, cap. XLIII, p. 262.
39. *Loc. cit.*
40. Esta frase, en realidad, pertenece a Gonzalo Pizarro, pero era convicción general en todos los vecinos del Perú.
41. FERNANDEZ, Diego... *Historia del Perú*.— Parte I, Lib. I, cap. XX, p. 36, en: Biblioteca de Autores Españoles.— Madrid, Gráficas Yagües, 1963.— T. CLXIV.

## NOTAS AL CAPITULO

42. ZARATE, Agustin de... *Op. cit.*, Lib. V, cap. XI, p. 176.
43. *Loc. cit.*
44. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, Pedro... *Op. cit.*, Lib. I, cap. XLVI, p. 271.
45. *Loc. cit.*
46. *Loc. cit.*
47. *Loc. cit.*
48. *Loc. cit.*
49. *Ibidem*, Lib. I, cap. XLVI, p. 272.
50. *Ibidem*, Lib. I, cap. XLVII, pp. 274 y 275.
51. FERNANDEZ, Diego... *Op. cit.*, Parte I, Lib. I, cap. XXIII, p. 40.
52. *Loc. cit.*
53. *Ibidem*, Parte I, Lib. I, cap. XXIII, p. 41.
54. *Loc. cit.*
55. *Loc. cit.*
56. *Loc. cit.*
57. *Ibidem*, Parte I, Lib. I, cap. XXIII, pp. 41 y 42.
58. *Ibidem*, Parte I, Lib. I, cap. XXIX, pp. 50 y 51.
59. *Ibidem*, Parte I, Lib. I, cap. XXX, p. 52.
60. *Ibidem*, Parte I, Lib. I, cap. XXXI, p. 53.
61. *Ibidem*, Parte I, Lib. I, cap. XXXI, pp. 53 a 56.
62. *Loc. cit.*
63. *Ibidem*, Parte I, Lib. I, cap. XXXI, p. 55.
64. *Ibidem*, Parte I, Lib. I, cap. XXXI, p. 56.
65. *Ibidem*, Parte I, Lib. I, cap. XXXVIII, p. 65.
66. *Loc. cit.*
67. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *El capitán Melchor Verdugo, encomendero de Cajamarca*, en: *Revista Histórica*, Lima, 1959, T. XXIV, pp. 318 a 387.
68. *Ibidem*, p. 333.
69. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, Pedro... *Historia de las Guerras Civiles del Perú*.— Madrid, Imprenta de Idamor Moreno, 1904.— Lib. II, cap. XLVII, p. 413 del T. II.
70. *Ibidem*, Lib. II, cap. XLVII, pp. 413 y 414 del T. II.
71. *Ibidem*, Lib. II, cap. XLVII, pp. 414 y 415 del T. II.
72. *Loc. cit.*
- GARCILASO INCA DE LA VEGA... *Comentarios Reales de los Incas*.— Lima, Imprenta Gil, 1945.— Parte II, Lib. IV, cap. XXXII, p. 160 del T. V.
73. ALBENINO, Nicolao... *Verdadera relación de lo sucedido en los Reynos e prouincias del Perú desde la yda a ellos del Virey Blasco Núñez Vela hasta el desbarato y muerte de Gonçalo Piçarro*.— Paris, edición del Instituto de Etnología, 1930.— p. 49.
74. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, Pedro... *Op. cit.*, Lib. II, cap. XLVII, pp. 415 y 416 del T. II.
75. *Ibidem*, Lib. II, cap. XLVII, pp. 417 y 418 del T. II.
76. Archivo General de Indias de Sevilla. Justicia 425.
77. *Loc. cit.*
78. *Loc. cit.*
79. *Loc. cit.*
80. *Loc. cit.*
81. *Loc. cit.*, y Patronato 97-NI-RI.
82. Archivo General de Indias de Sevilla. Justicia 425.
83. *Loc. cit.*
84. *Loc. cit.*
85. Archivo General de Indias de Sevilla. Patronato 97-NI-RI.
86. *Loc. cit.*, y Justicia 439.
87. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, Pedro... *Op. cit.*, Lib. II, cap. XLVI, p. 421 del T. II.
88. Archivo General de Indias de Sevilla, Justicia 439.
89. VASQUEZ, Francisco... *Jornada de Omagua y Dorado*.— Buenos Aires, Imprenta de la Compañía General Fabril Financiera, 1945.— p. 166.

## HISTORIA MARITIMA DEL PERU

90. *Ibidem*, p. 167.
91. *Ibidem*, pp. 120 y 168.
92. Al respecto véase el capítulo XI de este tomo, titulado *La Segunda navegación del Amazonas*.
93. Archivo General de Indias de Sevilla. Justicia 439.
94. *Loc. cit.*
95. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Op. cit.*, p. 341.
96. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, Pedro... *Op. cit.*, Lib. II, cap. XLVI, p. 424 del T. II.
97. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Op. cit.*, pp. 341 y 342.
98. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, Pedro... *Op. cit.*, Lib. II, cap. XLVII, p. 431 del T. II.
99. *Ibidem*, Lib. II, cap. XLVII, p. 430 del T. II.
100. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Op. cit.*, p. 343.
101. Archivo General de Indias de Sevilla. Justicia 425 y Patronato 97-NI-RI.
102. FERNANDEZ, Diego... *Op. cit.*, Parte I, Lib. I, cap. XXXIX, pp. 66 y 67; cap. XLIII, pp. 72 a 74; cap. XLV, pp. 74 y 75; cap. XLVII, pp. 76 y 77; y cap. XLVIII, pp. 77 y 78.
103. *Ibidem*, Parte I, Lib. I, cap. XLVIII, p. 78.
104. *Loc. cit.*
105. *Ibidem*, Parte I, Lib. I, cap. XLIX, pp. 78 y 79.
106. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Op. cit.*, pp. cit. y siguientes.
107. FERNANDEZ, Diego... *Op. cit.*, Parte I, Lib. II, cap. XXIII, p. 131.
108. CALVETE DE LA ESTRELLA, Juan Cristóbal... *Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de don Pedro Gasca*.— Lib. I, caps. I a V, pp. 229 a 270; y Lib. II, caps. I a IV, pp. 271 a 303, en: Biblioteca de Autores Españoles.— Madrid, Gráficas Yagües, 1963.— T. CLXVII.
109. *Loc. cit.*
110. FERNANDEZ, Diego... *Op. cit.*, Parte I, Lib. II, cap. XXIX, p. 141.
111. CALVETE DE LA ESTRELLA, Juan Cristóbal... *Op. cit.*, Lib. III, cap. I, pp. 321 y 322.
112. *Ibidem*, Lib. III, cap. III, p. 334.
113. FERNANDEZ, Diego... *Op. cit.*, Parte I, Lib. II, cap. XXXVIII, pp. 160 a 162; y cap. XXXIX, pp. 162 y 163.
114. CALVETE DE LA ESTRELLA, Juan Cristóbal... *Op. cit.*, Lib. III, cap. IV, pp. 340 y 341.
115. *Loc. cit.*
116. *Loc. cit.*
117. FERNANDEZ, Diego... *Op. cit.*, Parte I, Lib. II, cap. XXXIX, p. 163.
118. CALVETE DE LA ESTRELLA, Juan Cristóbal... *Op. cit.*, Lib. III, cap. IV, p. 347.
119. *Loc. cit.*
120. Hubo unos días (los precedentes al perdón) que Juan Alonso Palomino fue el Capitán General de la Armada, por lo menos así consta en los documentos, pero en verdad Pedro Alonso de Hinojosa nunca dejó serlo por seguir actuando como tal.
121. CALVETE DE LA ESTRELLA, Juan Cristóbal... *Op. cit.*, Lib. III, cap. V, p. 348.
122. *Ibidem*, Lib. III, cap. V, p. 349.
123. *Ibidem*, Lib. III, cap. V, pp. 351 a 354.
124. *Ibidem*, Lib. III, cap. VI, p. 358.
125. *Ibidem*, Lib. III, cap. VI, pp. 358 a 363.
126. *Ibidem*, Lib. III, cap. VII, pp. 364 y 365.
127. *Ibidem*, Lib. III, cap. VII, p. 366.
128. *Loc. cit.*
129. *Ibidem*, Lib. III, cap. VII, pp. 366 y 367.
130. *Loc. cit.*
131. *Ibidem*, Lib. III, cap. VII, pp. 367 a 370.
132. *Ibidem*, Lib. III, cap. VIII, pp. 374 y 375; cap. IX, pp. 383 y 384.
133. *Loc. cit.*

## NOTAS AL CAPITULO

133. *Loc. cit.*
134. *Ibidem*, Lib. III, cap. VIII, p. 372.
135. *Ibidem*, Lib. III, cap. VIII, pp. 372 y 373.
136. *Ibidem*, Lib. III, cap. IX, p. 381.
137. *Loc. cit.*
138. FERNANDEZ, Diego... *Op. cit.*, Parte I, Lib. II, cap. LXIII, pp. 194 y 195.
139. *Ibidem*, Parte I, Lib. II, cap. LXIV, pp. 195 y 196; y cap. LXV, p. 196.
140. *Ibidem*, Parte I, Lib. II, cap. LXVI, p. 197.
141. *Ibidem*, Parte I, Lib. II, cap. LXVII, p. 198.
142. *Loc. cit.*
143. ZARATE, Agustín de... *Op. cit.*, Lib. V, cap. XIV, pp. 183 y 184.





*Capítulo X*  
LA GUERRA  
DE FRANCISCO HERNANDEZ

*EL CAPITAN DESCONTENTO*

Francisco Hernández Girón, el caudillo de la última guerra perulera, nació en la extremeña ciudad de Cáceres por el año de 1511. Fueron sus padres el sanjuanista Pedro Girón y doña Francisca de Estrada, pero las malas lenguas dieron en decir que no era así y que el niño era hijo de una hornera llamada Francisca, natural de Holguera, y que el progenitor venía a serlo Diego Girón, cura Racionero de la iglesia mayor de Plasencia, quien de verdad recogió, crió y educó al muchacho. Realidad sacrilega o calumnia de enemigos, lo cierto fue que Francisco Hernández Girón abandonó Plasencia por estas habladurías y pasó a servir en la casona cacereña de su pariente Garcí Holguín, el Viejo, y de María Enríquez, su mujer. Poco duraron los plácemes entre ambos, pues por motivos que ignoramos salió huyendo a Sevilla, de donde —el 22 de febrero de 1535— zarpó a Indias en la armada que llevaba a la Española y Veragua el madrileño Felipe Gutiérrez<sup>1</sup>.

La jornada de Veragua resultó un sonadísimo fracaso y Francisco Hernández, en un gesto nada honroso, se confabuló con su caudillo y juntos abandonaron a la tropa hambrienta, pasando a Panamá donde —enterados de la rebelión de Manco Inca— sentaron plaza de soldados del Marqués Francisco Pizarro y viajaron al Perú. Aquí se ocupó Girón en salir con diversos capitanes a pacificar la costa y con Hernando de Montenegro al castigo de la provincia de los Atavillos. Con el Gobernador

Pizarro militó seguidamente contra Almagro, pero estando en Huaytará el Marqués lo envió a Quito y Popayán en el séquito de Lorenzo de Aldana —que dicen era deudo de Girón por la rama de los Holguines— quien iba por Teniente de Gobernador en menoscabo de Sebastián Moyano de Belalcázar. Como hombre de confianza de Aldana fue su emisario al Cabildo de Popayán y su compañero en el ingreso que hizo a la ciudad de Cali. Volvió al Perú poco después con cartas de Aldana al marqués Pizarro, alcanzando a este Gobernador en el Cusco y entregándole los papeles. Pizarro lo conservó a su lado un tiempo, pero deseando enviar noticias a Aldana de cosas tocantes a su política a seguir con Belalcázar, envió a Girón con nuevas cartas donde Lorenzo de Aldana. En premio a estos servicios, se le hizo encomendero en el valle de Cauca<sup>2</sup>.

Estando así las cosas lo sorprendió la Gran Rebelión. Plegóse desde el primer instante al Virrey Blasco Núñez Vela, convirtiéndose de paso en su consejero en Quito. Como tal se opuso a que el gobernante desplegara todos sus esfuerzos en capturar la armada gonzalista que tenía Hernando de Bachicao en el litoral de Puerto Viejo pero no reparó en seguirlo al Sur, concurriendo entonces a la victoria de Chinchicharra, no sin antes rechazar los ofrecimientos de Gonzalo Pizarro para que se pasara a su bando. En la retirada a Popayán tuvo a su cargo la retaguardia, mereciendo que el Virrey le prometiera los indios de Gaspar Rodríguez de Camporredondo en Charcas, ofrecimiento que Girón rechazó por el momento para que no se creyera que su futura actuación estaba regida por el interés. Vueltos los leales contra los gonzalistas, concurrió Girón como capitán de arcabuceros a la batalla de Iñaquito. Cuentan que entró a ella con una partesana en la mano y dando pasos de animoso, pero herido en un brazo por los enemigos, fue pronto hecho prisionero, salvando de morir por intervención de su paisano Gómez de Solís. Se le permitió volver a Popayán con Belalcázar, Gobernador que lo hizo su Teniente General, previo compromiso de no volver jamás sus armas contra el Gran Gonzalo. Se ocupó entonces en pacificar indios alzados para actuar después con Belalcázar en la captura del Mariscal Jorge de Robledo. Luego de votar para que se degollara al preso, pasó a Arma, Cartago y Ancerma a castigar a los seguidores del muerto<sup>3</sup>.

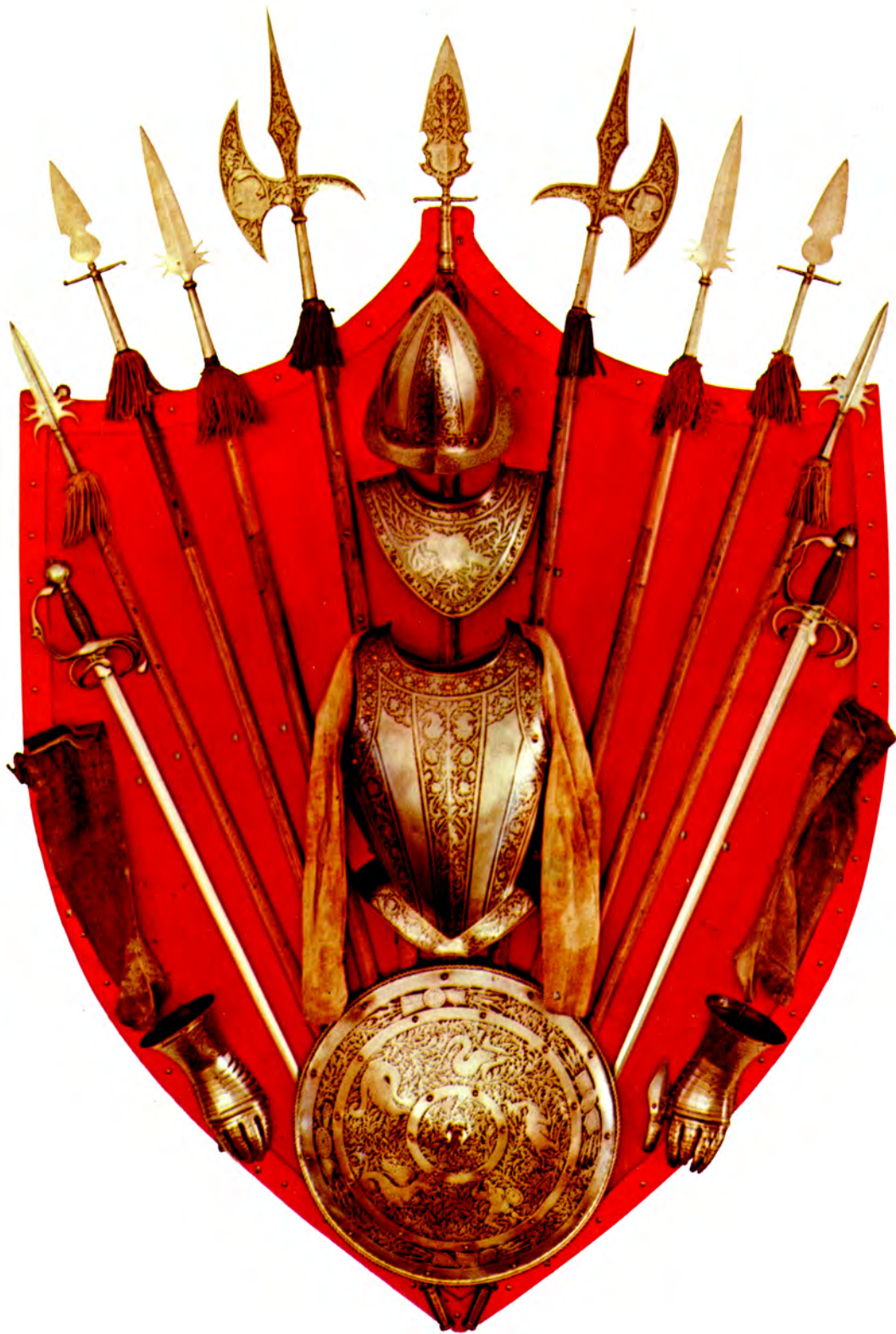
Siempre con Belalcázar se juntó al Presidente Pedro Gasca en el valle de Jauja, obteniendo de éste una conducta de capitán de jinetes y concurriendo con ellos a la batalla de Jaquijahuana. Lograda la victoria, Gasca le dio los indios de Jaquijahuana, precisamente, que habían sido de Gonzalo Pizarro; pero Girón se mostró insatisfecho con la recompensa y pidió la entrada del Paraguay, prometiendo invertir en ella la suma de 100,000 pesos.



El Inca Garcilaso de la Vega, historiador de las  
Guerras Civiles de los Conquistadores. (Oleo  
de *Francisco González Gamarra*,  
existente en la Biblioteca Nacional del Perú.  
*Foto: Manuel Romero*).

INCA  
GARCILASO DE LA VEGA  
M.DXXXIX-MDCXVI





Las armas de las Guerras Civiles de los  
Conquistadores. (Oploteca del Sr. Miguel Mujica  
Gallo. Foto: Manuel Romero).





No aceptó Gasca la propuesta y le contestó que se conformara con los 10,000 que rentaba anualmente su encomienda. El rechazado frunció el ceño y dio comentario que el Presidente no había sabido aquilatar sus servicios. Muchos descontentos se acogieron a su amistad y, como era afable y bienquisto, pronto contó con una legión de seguidores. Temeroso de la fuerza adquirida, tratando de eludirla salió del Cusco sin licencia con dirección a Lima. El Justicia Mayor del Cusco, que lo era el licenciado Cianca lo hizo prender en Abancay, evitando así que fuera con sus quejas donde el Presidente. En el Cusco prometió con juramento, estando preso, ir a Lima y presentarse a la autoridad para que decidiera su suerte, partiendo así a la Ciudad de los Reyes en medio de las aclamaciones de sus partidarios que voceaban que marchaba a casarse con doña Francisca Pizarro, la hija mestiza del difunto Marqués. Pero Gasca no lo quiso recibir y antes de que entrara a la capital le ordenó que se detuviera en Chilca. En vano procuró que el Presidente revocara su orden, por lo que anduvo vagando tres meses por los valles aledaños a Lima, dando muestras de caballero enamorado. Cuando Gasca se dignó recibirlo, no lo hizo con grandes muestras de afecto, pero le dio la entrada de los Chunchos. La merced la extendió el 20 de enero de 1550, encargándole en ella la fundación de tres ciudades. Soltero y sin mucho ánimo, regresó Girón al Cusco a encargarse de su entrada<sup>4</sup>.

El Jueves Santo de 1550 llegó Girón al Cusco y el Domingo de Cuasimodo pregonó su entrada con tambores y trompetas, acudiendo como moscas los soldados descontentos. Esto despertó la desconfianza del Corregidor Juan de Sáavedra, quien veía el barrio de Hatun Cancha repleto de hombres de armas. El Corregidor comenzó a rondar de noche la ciudad con los vecinos. Girón fue a pedirle explicaciones a la iglesia mayor y, cuando ya se vislumbraba un arreglo, estalló un motín de los soldados el 17 de abril de 1550 por causa de la prisión de uno de ellos por la justicia<sup>5</sup>. El Corregidor ordenó juntarse a los vecinos y, naturalmente, Girón no concurrió; cuando se le fue a buscar adujo que sus soldados no lo dejaban ir porque temían que lo matara el Corregidor. El caudillo hizo el simulacro de cabalgar para reunírsele, mas sus hombres lo encañonaron con los arcabuces y hubo de desmontar. Sin embargo, convencido por el Alcalde Juan de Berrio se escapó al alba y entregóse al Corregidor. Algunos soldados se parapetaron en la torre del templo de Santo Domingo y dispararon sus arcabuces repetidas veces. Por toda respuesta, obtenida su rendición, los vecinos desmocharon el campanario. El Corregidor abrió proceso al caudillo el 21 de abril y el 26 lo condenó a muerte por sedicioso pero como ningún letrado quiso firmar la sentencia, el reo fue remitido a la Audien-

cia de Lima. A la Ciudad de los Reyes entró a fines de mayo y, tras los esclarecimientos de estilo, los Oidores lo declararon inocente. El absuelto concertó entonces su matrimonio con doña Mencía de Sosa, hija del Tesorero Alonso de Almaraz y de Leonor de Portocarrero, su mujer. La contrayente pasaría a la historia como "*la bella mal maridada*"<sup>6</sup>.

Lo que sigue es la historia de la Rebelión misma. Francisco Hernández volvió al Cusco y, tomando en nombre de los descontentos la defensa del servicio personal de los indios, se declaró público enemigo de la Audiencia. Esto aconteció al mismo tiempo que el Mariscal Alonso de Alvarado sofocaba a sangre y fuego la revuelta de Sebastián de Castilla en las Charcas, por lo que los vecinos y soldados del Cusco se mostraron temerosos. Girón había sido muy amigo del caudillo castigado y ello puso a éste en guardia frente a las precauciones que tomaba el Corregidor Gil Ramírez Dávalos, quien no perdía ocasión de vigilarlo muy de cerca incluso poniéndole espías en la calle de su casa. El 7 de noviembre se pregonó en el Cusco una provisión de los Oidores que anulaba todo trato hecho entre los encomenderos y sus indios sobre lo del servicio personal, lo que terminó de exasperar los ánimos de todos, todavía más cuando se enteraron que un reclamo de los vecinos lo había roto el Corregidor sin molestarse en leerlo. Girón vio la ocasión de hacerse célebre y conjurándose con Juan de Piedrahita, Tomás Vásquez, Juan Cobo, Antonio Carrillo de Albornoz, el licenciado Diego de Alvarado, Nuño de Mendiola, Rodrigo de Pineda y los Gavilanes de Huamanga —Diego y Juan— decidió con ellos matar al Corregidor y alzarse con la tierra. Efectivamente, se aprovechó la boda del conquistador Alonso de Loayza con María de Castilla (la sobrina de Sebastián de Castilla, el rebelde ajusticiado) y en lo mejor de la cena —el domingo 12 de noviembre de 1553 por la noche— entró Girón a la casa de los desposados y apresó al Corregidor en medio del alboroto causado por algunas muertes. De este modo se encendió el fuego de una nueva guerra<sup>7</sup>.

Los días que siguieron los gastó Francisco Hernández en escribir cartas y armar a su gente. Diego de Alvarado fue hecho maestre de campo, Vásquez y Pineda capitanes de jinetes, Piedrahita y Diego Gavilán capitanes de infantes, junto con Nuño Mendiola y Alberto de Orduña, Alférez General. El Cabildo otorgó a Girón el 17 de noviembre el título de Procurador y Justicia Mayor del Perú. Sin perder tiempo el ungido mandó a Tomás Vásquez a tomar Arequipa y a Juan Gavilán con la misma misión a Huamanga. Con la primera medida pensaba Girón distraer al Mariscal Alonso de Alvarado, con la segunda allanarse el camino a la Ciudad de los Reyes<sup>8</sup>.

Francisco Hernández Girón, en pluma de  
Felipe Huamán Poma.

# CO CONQUISTA FRANHERVADES <sup>giran</sup>

seaf / so cõtra la corona real y mato al capitãa l. palomino.

Ya morales en leuzo



Los Oidores se enteraron recién del alzamiento el 21 de noviembre, atemorizándose tanto con la nueva que el 5 de diciembre revocaron la provisión que impedía a los encomendados el servicio personal de los naturales. Después de muchas dilaciones y porfías, la Audiencia nombró dos Generales: el Oidor Santillán y el Arzobispo fray Jerónimo de Loaiza. Maestre de campo se hizo a Pablo de Meneses y Alférez a Lope de Zuazo; capitanes de caballos a Diego de Mora, Antonio de Ribera y Pedro de Zárate; y capitanes de hombres de a pie a Lope Martín (a quien en principio se confiaron los barcos del Callao), Diego López de Zúñiga, Rodrigo Niño, Luis Dávalos, Antonio Luján y Baltasar Velásquez. Con vecinos venidos del Cusco, Huamanga y Arequipa, amén de los de Lima, se formó un ejército de 1,300 soldados, poca cosa si se atendía a los 500 convencidos que arrastraba detrás de su persona el rebelde Francisco Hernández. Este no quiso ir contra Alonso de Alvarado que estaba en Potosí con el ejército castigador del difunto Sebastián de Castilla y, convencido por sus sueños y consultas astrológicas (pues era muy dado a creer en las estrellas), partió del Cusco camino de Huamanga para luego caer sobre Lima. Los Oidores, al enterarse de esto, sintieron que el cielo se les caía encima<sup>9</sup>.

### DOS MAREANTES HAZAÑOSOS

El licenciado Hernando de Santillán y el Arzobispo, como primera medida, sacaron sus tropas al valle de Pachacamac, pensando que Girón saldría por la Cieneguilla y Manchay (sospecha que posteriormente se hizo realidad), pero recelándose de que el rebelde se arrepintiera y bajara por Cocachara y Puruchuco, retrocedieron sus tropas a una chacra que tenían los dominicos en Limatambo. Más seguros, dentro de su inestabilidad, los Oidores se sintieron aliviados<sup>10</sup>.

Mientras tanto, como se recordará, Tomás Vásquez —lejos de enfrentarse al Mariscal Alvarado, como había fingido en un principio— cayó sobre Arequipa y la puso por la causa gironista. No todos los vecinos se mostraron complacientes con el hecho y "*en anocheciendo este día Pedro Pizarro y Diego de Peralta, Juan de Hinojosa, Miguel Cornejo con algunos amigos suyos se salieron huyendo y fueron al puerto de Arequipa*"<sup>11</sup>. Una vez en el puerto de Chule, el grupo de leales capturó un barco y varios navichuelos para que la gente de Tomás Vásquez no los tomase; seguidamente los despacharon al Callao con los marineros a su cargo, pero los capturadores lejos de acudir por mar a los Oidores, marcharon por tierra a la Ciudad de los Reyes, juntándose al ejército real en el nuevo campamento de Ate<sup>12</sup>.

No fue esta la única hazaña que presencié en favor de la Corona la costa de Arequipa, porque en el puerto de Quilca se iba a vivir un hecho más espectacular. Efectivamente, refiere el Palentino que después de la toma de Arequipa, envió Tomás Vásquez a posesionarse del puerto de Quilca a Nuño Mendiola con treinticuatro arcabuceros. Mendiola llegó al puerto y apresó una fragata que allí estaba y con ella un pequeño navío que tenía por maestro al portugués Lorenzo Riberos. El navichuelo en cuestión pertenecía al antiguo Veedor García de Salcedo, pero por estar en tierra su maestro fue cargado de cadenas y sometido a tormento, aunque otros dicen que no se le llegó a dar. El motivo del maltrato o amenaza fue creer Mendiola que el lusitano estaba enterado del paradero de Pedro Pizarro, Diego de Peralta y los demás captores de los barcos de Chule, pero estando en esto *"el navío que estaba surto se hizo a la vela y entendiéndolo [los gironistas] que se iba por alguna contraseña de Riberos, le quisieron ahorcar. El se ofreció que si le daban dos balsas [de los indios del lugar], que él tomaría el navío, porque los marineros le recibirían luego que llegase. Y hechas las balsas [pues eran de bejucos o totoras desatadas para secarse al soll, en la una entró un Sant Juan de Vigonia y otro soldado con sus arcabuces, y en la otra, Riberos con un soldado]"*<sup>13</sup>.

La angustia de los gironistas era tanta que en tal trance prometieron al portugués que si tomaba el navío lo nombrarían capitán para la captura de la armada realista que se planeaba efectuar en el Callao, a lo que se debió mostrar el maestro muy contento porque luego partió con su balsilla a lograr su cometido. *"Enderezaron pues las balsas al navío, y la balsa en que iba Sant Juan de Vigonia (estando ya una dentro de la mar) volvióse con harto trabajo, temiendo zozobrar. La otra balsa (en que iban Riberos y el soldado) arribó al navío y entendiéndolo los marineros que Riberos iba con intención de tomar el navío, echaron la barca al agua y metiéronse en ella, quedando un [Alonso del Armenta (marinero) en el navío. Pedro Gómez (que así se llamaba el soldado) y Riberos entraron dentro, y Pedro Gómez asestó su arcabuz para tirar al marinero, y el Riberos le asió del arcabuz y dióle un mochazo con él que le derribó tendido en el navío, y cortándole la cabeza echó el cuerpo al agua, diciendo: ¡Viva el Rey!, y vino en el navío con aquella cabeza a la Ciudad de los Reyes"*<sup>14</sup>.

Algunos testimonios aseguran que Alonso de Armenta no era marinero sino mercader y que había llegado a Quilca en calidad de espía añadiendo que tenía mercaderías embodegadas en el barquichuelo. También se dice que el gironista asesinado era Sargento y se llamaba Peño Ruiz. Pero la verdadera proeza consistió no en matar a este último y salvar a la nave de caer

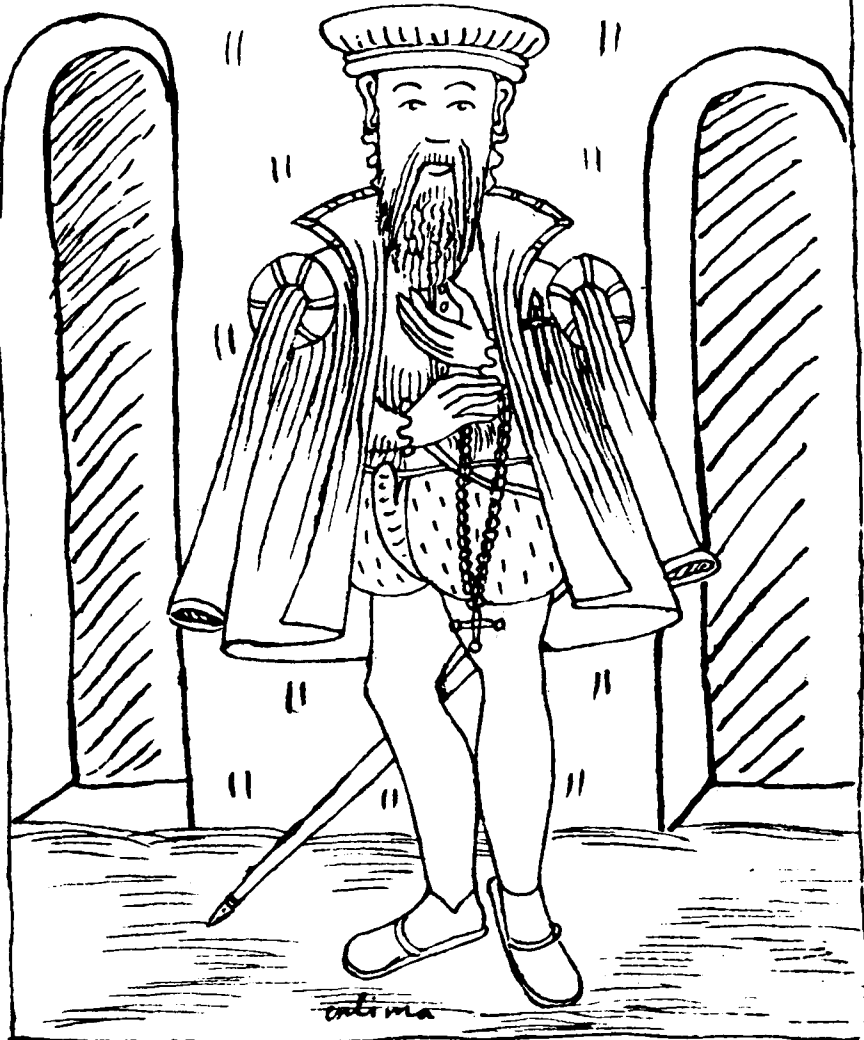
en poder del enemigo, sino en la maña que se dieron Riberos y Armenta para zarpar inmediatamente de Quilca con una sola vela (pues las demás parecen haber sido tomadas por los marineros fugitivos), valiéndose de la cual hicieron en nueve días la derrota del Callao. Una vez en este puerto entregaron el barco a los Oidores, así como la cabeza del degollado gironista para que se pusiera en el rollo de la capital. Esto último adquirió contornos de fiesta y Riberos y Armenta, montados a caballo y llevando en una lanza el cráneo cercenado, ingresaron a Lima en medio de vítores y aplausos para dejar su trofeo en la picota de la Plaza Mayor<sup>15</sup>.

### EL MOTIN DE TORIBIO GALINDEZ

Entando así la situación (vale decir, mientras los descontentos bajaban a la costa, y Francisco Hernández venía al mando de ellos como su caudillo indiscutible), la Audiencia de la Ciudad de los Reyes, al mismo tiempo que centraba sus esfuerzos en la formación del ejército de tierra, tomó a su cargo los pocos barcos surtos en el puerto del Callao con ánimo de levantar una armada. El paso tuvo que darse rápido, pues se sospechaba que ya muchos maestros estaban contagiados por la fiebre gironista, nombrándose General de la escuadra a Jerónimo de Silva, el futuro fundador de Huancayo. El nombramiento no fue recibido con el calor que se esperaba por ser muchos los que aspiraban al cargo (especialmente Rodrigo de Contreras, que había sido Gobernador de Nicaragua y asistía a las consultas y acuerdos de la guerra) mas lo cierto fue que Silva hizo poco caso de la oposición y subió al galeón que oficiaba de nao capitana, enarbolando en el mástil su enseña<sup>16</sup>.

Un día de los tantos —uno de esos en que el desconcierto nacido de la improvisación logró su fruto— *“enviaron los generales a llamar a Jerónimo de Silva, el cual salió del galeón y vino al campo, y persuadieron a que dexase la mar y sirviese en el campo, pues era mozo y dispuesto para todo trabajo y sabía mejor que otro los pasos de la tierra comarcanas a Lima, Jerónimo de Silva dió por respuesta que le agraviaban en ello, queriendo dar su gloria a otros, pues también y con tanto trabajo había hecho lo que hasta allí le había sido mandado, no habiendo sucedido cosa alguna, de que se le pudiese imputar culpa, sino hacerle toda merced. Sabido esto por los oidores, enviaron a llamar a Jerónimo de Silva en su Acuerdo, y mandáronle volver a la mar, increpándole por haber salido del galeón sin su licencia, diciendo que en el armada no tenían que mandar los generales, sino el Audiencia. Empero, a los nueve de*

EL PRIMER BUEN GOBIERNO IVSTI<sup>CIA.</sup>  
 DON ANTONIO DE  
 MENDOZA DE LA ENCOMIEN  
 da del s.<sup>o</sup> santiago cavallero vi rey el segundo del Reyno.



6130 rey 2  
 por el mes de enero de mill y quinientos y sesenta y uno en pes  
 uer nas el con de delanica don antonio de men doza gouern  
 tiempo del emperador carlos



**El Virrey Antonio de Mendoza, según  
Huamán Poma de Ayala.**

*febrero [de 1554], los oidores enviaron una carta a Jerónimo de Silva, en que le mandaron sacar del galeón dos tiros gruesos de artillería y un artillero, y que, dexando treinta hombres en el galeón, traxese consigo la demás gente que en él hubiese. Y así salió Jerónimo de Silva, dexando el cargo del galeón a un Martín de Aguirre, que era soldado suyo*"<sup>17</sup>.

Mientras Silva marchaba a Asia y Lunahuaná a indagar con sus espías por dónde había de venir Francisco Hernández, el Oidor Diego González Altamirano fue proveído General de la armada. Llevó consigo al galeón a las mujeres de los demás Oidores, también oro y plata del Rey<sup>18</sup>.

A estas alturas, tras una breve estadía en Huamanga que no sobrepasó el mes, salió el rebelde con dirección a la costa ingresando a Jauja el 28 de febrero y capturando el estratégico paso de Huarochirí. *"La proximidad del rebelde hizo que el ejército de los Oidores se pusiese en plan de guerra y que el Maestre de Campo, Pablo de Meneses saliese con 300 hombres a sostener sus avanzadas. Domingo de Ramos, a la tarde, se vino a saber que el ejército contrario había tomado otra ruta. En efecto, por el portachuelo de Manchay, descendió Hernández Girón al valle de Pachacamac y parapetándose tras los paredones del antiguo templo incaico, decidió, después de consultarlo con sus capitanes, atacar el campo del Rey, valiéndose de una estratagema usada ya en las guerras de la antigüedad. Consistía esta en echar por delante manadas de toros con mechas encendidas en los cuernos, seguidos de indios que también las llevaban y entre los cuales irían algunos arcabuceros disparando sus armas, mientras tanto Girón y los suyos acometerían el [campamento] real por otra parte y, aprovechando la confusión, tomarían el camino de la ciudad [de Limal]"*<sup>19</sup>.

Pero el ardid fracasó por los muchos gironistas desertores lo que hizo a Francisco Hernández dilatar su acometida y, finalmente, retirarse al Sur. De ofensor pasó a la defensiva y cruzando por todos los pueblos de la costa peligró de ser alcanzado por Pablo de Meneses, que con cien jinetes y muchos desertores gironistas estaba en las hoyas de Villacurí. Saber esto y caer sobre él fue todo uno. Meneses pretendió resistir pero, prácticamente aniquilado, tuvo que retirarse con sus soldados sobrevivientes a Chíncha. Pero esto fue posterior. Desde antes un escribano del número de Lima vivía convencido del triunfo de los rebeldes. Se nombraba Toribio Galíndez de la Riba y —no lo callaba a sus amigos— creía que el Perú, lo que entonces era el Perú vasto y riquísimo, estaba a punto de tornarse gironista<sup>20</sup>.

Lo cierto fue que desde que se alzó Francisco Hernández en el Cusco, *"se mostró este Toribio Galíndez muy aficionado suyo,*

y publicaba que había sido grande su amigo"<sup>21</sup>. Por eso cuando el tirano bajó por Huarochirí, sintiéndose en el compromiso de juntársele, le escribió al Oidor Mercado de Peñalosa la siguiente carta al campamento de Ate: "*De más de un mes a esta parte me ha venido muchas veces a la imaginación que no hay en este reino de quien Francisco Hernández Girón se confíe como de mí, ni hay quien le pueda engañar como yo. A lo menos, poner este negocio en estado que ni venga a rompimiento ni él quede poderoso para hacer daño. Esto, por la confianza que él hará de mí, por parte de estar saneado que yo le tengo de conservar el amistad pasada, según que de razón él me tiene, pues que me la debe más que ningún hombre del mundo. Y no me he atrevido a tratar esto con esos señores [Oidores] por lo poco acepto que les soy, por les parecer que soy hombre tan sin ser ni honra como me veen; ni con vuestra merced, porque con el descontento de verme despojado desto, no tengo ánimo para emprender cosa buena, por la experiencia que se tiene de cuán poco gusto dan [ni tienen] los pobres en estos tiempos. Y agora, acosado desta omaginación, entendiendo que de aquí se seguiría servicio a Dios (mediante su ayuda) y a Su Majestad, aunque yo me ponga en ventura de perder el cuerpo, determiné escribir ésta a vuestra merced, y en ella decir la forma deste hecho. Porque tratarlo con vuestra merced (que es la parte) es tratarlo con todos. Porque si platicándolo vuestra merced con esos señores, les pareciere que yo podré hacer fructo, por ventura de perderme yo, no se me dexen de mandar. Porque haciendo el fructo que yo en Nuestro Señor confío, mi pérdida ternía por ganancia. Y la vía por donde digo que podría haber este suceso (mediante la misericordia de Dios) es ésta"<sup>22</sup>. Y a continuación hablaba de ir donde Francisco Hernández y persuadirlo a regresar al leal camino, fingiéndose, primero, emisario de la Audiencia y luego, amigo interesado en salvarlo de acabar como traidor. No finaba aquí el fingido celo del actuario sino que se apresuraba a explicar que, mientras tardara en convencer al tirano, emplearía el tiempo en convidar a sus seguidores a pasarse a la Audiencia. De este modo pensaba obtener la paz y acabar con la guerra, aunque a decir verdad, lo que pensaba Galíndez era pasarse a los gironistas sin riesgo de que le dispararan por la espalda<sup>23</sup>.*

El Oidor Mercado le respondió el 16 de marzo desde el campamento de Ate, siendo su corta carta del tenor siguiente: "*La de vuestra merced recibí, y della y de lo que después que a vuestra merced conozco, he conocido al buen celo que vuestra merced tiene al servicio de Su Majestad. En lo demás que vuestra merced toca, no hay para qué tratarlo ahora, porque éste (mediante Dios) se ha de destruir, y ponerle en breve a él y a sus*

*secuaces las cabezas en el rollo y los cuartos por los caminos. Pero de cuatro días a esta parte le faltan más de sesenta hombres, y a los que le quedan, o han de huir o matarle, según tenemos nueva de los que se le han huido. Dios lo haga como él sea más servido, y esta tierra tenga la paz y quietud que ha menester y todos deseamos*"<sup>24</sup>.

Entendiendo Toribio Galíndez que la carta del Oidor le cerraba la puerta de la escapatoria, juntó a sus amigos y expresándoles que era necesario actuar con presteza, los invitó a un motín. Se trataba de aprovechar la retirada de Francisco Hernández Girón desde Pachacamac, pues a causa de ella la armada había sido abandonada por el Oidor González Altamirano y toda ella, preferentemente el galeón, estaba esperando a quien lo quisiera ganar. El mismo, como escribano que era, iría a la nave con cualquier pretexto, fingiendo de preferencia que iba a efectuar una diligencia de los Oidores, y los que quisieran seguirlo lo harían tras su persona. Que así subirían todos al galeón, rendirían a su gente y se podrían hacer a la vela en busca de Francisco Hernández. El ideal era capturar toda la armada, pero, como esto era difícil, se conformarían con llevarle a Girón la magnífica nave y juntársele con la espada desenvainada para triunfar a su lado o morir en su compañía<sup>25</sup>.

La conjura se hizo en secreto, pero no en tanto que escapara a los Oidores, por lo que una noche —la del jueves 28 de junio de 1554, víspera de San Pedro y San Pablo— salieron el licenciado Santillán y el licenciado Mercado con algunos soldados y protegidos por la oscuridad se allegaron a la huerta de Ana Suárez, donde estaban los de la liga. Con la ayuda del Secretario Pedro de Avendaño, que también acudió con gente por otro lado, los Oidores cayeron entonces sobre los revoltosos, apresando sin resistencia al hablistán de Toribio Galíndez y a cuatro sus amigos llamados Pedro Tirado, Gaspar de Villafranca, Juan Sánchez Guerrero y Alonso de Salazar. La sentencia se hizo esperar poco. Al día siguiente, según otros antes de cumplirse la semana, Toribio Galíndez de la Riba fue arrastrado primero y descuartizado después. Sus compañeros tuvieron fin menos espectacular: murieron en la horca<sup>26</sup>.

Los Oidores se alarmaron con la cantidad de papeles escritos por Galíndez, destinados a enviarse sin firma a muchas personas de Lima. También se hallaron en su escribanía pasquines escritos a mano para distribuirse en la calle. Recelosos de que en el movimiento hubiera más gente de la ajusticiada y descubriendo que la armada realista había sido el bocado tentador, pronto buscaron quien se hiciera cargo de ella y, necesitándose al Oidor Altamirano para el gobierno de Lima, invistieron nuevamente

con el cargo de General de las naos al reprendido Jerónimo de Silva<sup>27</sup>.

LA NAVE AUSENTE

Lo que siguió fue el principio del fin. De Ica pasó Francisco Hernández a Nazca y tomando el camino de Andahuaylas, en el llano de Chuquinga, derrotó al ejército del Mariscal Alonso de Alvarado venido desde Potosí. Con esta victoria —ganada el 21 de mayo de 1554, Domingo de la Trinidad— se alegró mucho Francisco Hernández, pero su costumbre de consultar estrelleros lo volvieron a la seriedad. Los pronósticos y vaticinios no le eran favorables: algo malo se cernía sobre su persona. Bastante disipó su melancolía la llegada de su esposa, la bella doña Mencía, quien vino acompañada de sus padres; pero los augurios se cumplieron cuando llegaron cartas anunciando que La Paz y Arequipa habían dejado de ser gironistas para tomar la causa del Rey. Doblegado por sus pensamientos el caudillo pasó por Abancay y cruzó el Apurímac, acampando en Sacsahuamán y no en el Cusco por cierto agüero de los indios que decía que el capitán que fuera postrero en salir de tal ciudad, perdería la guerra. Esto último podía ser posible, porque cada noche se le huían más soldados<sup>28</sup>.

La beneficiada con estas deserciones fue la Audiencia. Los Oidores —que salidos de Lima con su ejército siguieron por Jauja y Huamanga, vadeando finalmente el Apurímac— supieron que Francisco Hernández había dejado Sacsahuamán y estaba con sus hombres en Pucará. Los leales prosiguieron a Limatambo y Vilcaconga, penetrando al Cusco para hacer ver al rebelde que no creían en supersticiones. Girón, acaso esperanzado en los agüeros, estuvo sin moverse en Pucará, parapetándose en una fortaleza del tiempo de los Incas. En eso salieron las tropas de la Audiencia del Cusco con ánimo de combatir; Girón, como lo había pensado, los esperaba a pie firme. La batalla de Pucará se dio en la noche del 8 de octubre de 1554. El romance sintetiza lo que sucedió entonces:

*“De noche dió la batalla  
Con gran mal se retiró  
Los suyos le desamparan;  
su perdición conoció”*<sup>29</sup>.

Entendiendo que su derrota era evidente y que no le quedaba más remedio que huir, Francisco Hernández se despidió de su esposa —la que confió a Ruy Barba Cabeza de Vaca, un amigo de sus suegros— y, acto seguido, partió. Detrás de él salieron



Escudo de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de los Caballeros de León de Huánuco.

muchos leales a perseguirlo, pero perdieron tiempo en el camino capturando y desarmando prisioneros. Esto favoreció al fugitivo que, acompañado por unos pocos seguidores, galopaba con dirección a la costa alimentando un secreto designio: encontrar un navío y fugar del Perú. Los informes le decían que en el puerto de Acarí estaba fondeado uno, por eso seguía aguijando su caballo y casi no descansaba en su cruzar la terrible cordillera con sus nieves. Así debió pasar por las tierras de Cota-huasi y Coracora, obsesionado con la visión del mar que ahora le representaba la salvación definitiva. Por fin, un día que no registra la historia, debió avistar el océano cerca de Nazca. Siguiendo la playa continuó hasta Acarí, según unos; decidió detenerse, según otros. La causa de su decepción fue ver o entender que el puerto de Acarí estaba limpio de naves y que por aquella vía marítima era imposible escapar. Llorando su desventura, el derrotado caudillo retomó el camino de la sierra<sup>30</sup>.

Por Huancavelica, en carrera desesperada, Francisco Hernández prosiguió su fuga con dirección al Norte: se decía que quería irse a Quito a continuar su rebelión. Los capitanes leales Juan Tello de Sotomayor y Miguel de la Serna, salidos del Cusco a perseguirlo, ya le seguían los pasos por haber hallado su huella. En Zapallanga ambos capitanes fueron informados que el fugitivo estaba a ocho leguas de allí. Redoblaron su persecución y acortaron las distancias. Mientras los realistas dormían en Hatun-Jauja, los gironistas lo hacían en Sisicaya; unos tenían setentisiete soldados, los otros ciento ochenta. El 24 de noviembre de 1554, imposibilitado de vadear el río Mantaro, Francisco Hernández se decidió a morir luchando, refugiándose en unas ruinas indias. Lejos de crecerse con ello, sus hombres empezaron a pasarse a los realistas con sus armas y caballos. Girón, abandonado de los suyos, con cota, celada y una espada desnuda en la mano salió a combatir. Dos gironistas salieron tras él y por la fuerza lo regresaron a los muros de piedra, impidiendo así que fuera muerto por un tiro de arcabuz de sus enemigos. Girón comprendió su intención, los abrazó y les dijo: "*Dexadme, ydos y salvaros vosotros que yo no quiero syno morir peleando pues que ansy me han dexado*"<sup>31</sup>. Sin dejarse impresionar por la frase, siete gironistas soltaron sus armas y partieron a correr para unirse al bando contrario que ya se perfilaba nítidamente e iba creciendo cada hora. A esto los capitanes Tello y la Serna ordenaron el ataque, por lo que Girón hubo de volver a pensar en defenderse. Mientras sus arcabuceros, pocos ya, acaso tantos como los dedos de sus manos, disparaban sus armas, Francisco Hernández salió otra vez fuera de los muros a defender su persona y resistirles la entrada. Con la espada amenazó a los que más se le acercaron, logrando mantenerlos a raya, pero Gómez

Arias Dávila y Hernán Pantoja estaban demasiado cerca. El jinete Juan de Argama le dio un gran bote de lanza pero por no poder contener el caballo se siguió de largo. Esto lo aprovechó Gómez Arias, quien lanzándose contra Girón lo abrazó por la cintura con miras a inmovilizarlo, acudiendo luego Argama quien se aferró del hombro derecho de Francisco Hernández. Entonces Esteban Silvestre le gritó al rebelde que se rindiera y entregara su espada a Gómez Arias. En eso se acercó Hernán Pantoja, quien le quitó la celada. Girón, sin poderse defender, entregó su espada a Gómez Arias. En las ancas del caballo de éste se subió al preso y, con las manos engrilladas, se le condujo a la Ciudad de los Reyes, ingresando a ella el 4 de diciembre, fiesta de Santa Bárbara. Ese mismo día lo interrogaron los Oidores en la casa del Fiscal Juan Fernández, cuyo sótano se le había dado por prisión. Al siguiente se le condenó a la pena máxima y el 7 fue sacado de la celda para ser degollado en la Plaza de Armas de Lima. Y mientras la voz del pregonero iba diciendo: *"Esta es la justicia que manda hazer Su Majestad... a este hombre por traydor a la Corona Real, e alborotador destos reynos: mándanle cortar la cabeza por ello: y fijarla en el Rollo desta ciudad: y que sus casas sean derribadas y sembradas de sal, y puesto en ellas un mármol con rótulo que declare su delito. Quien tal hace que tal pague y que Dios se apiade de su ánima"*<sup>32</sup>, algunos secretos seguidores de su causa confundidos entre el público se lamentarían de que un barco ausente del puerto de Acarí fuera causa suficiente para que Francisco Hernández, el de los agüeros, y augurios, terminara en el patíbulo.



## NOTAS AL CAPITULO

1. LOPEZ MARTINEZ, Héctor... *Francisco Hernández, el último de los caudillos*.— Lima, 1962; 160 pp.; texto mecanografiado; tesis (Bachiller); Pontificia Universidad Católica del Perú; Facultad de Letras; 1962; cap. I; pp. 5 a 7.
2. FERNANDEZ, el Palentino, Diego... *Historia del Perú*.— Madrid, Gráficas Yagües, 1963.— Parte II, Lib. II, cap. LIX, pp. 62 y 63.
3. *Loc. cit.*
4. LOPEZ MARTINEZ, Héctor... *Op. cit.*, cap. III, pp. 40 a 50.
5. El soldado preso lo fue Sebastián de Santisteban, hombre revoltoso que posteriormente desterrado a Panamá, fue allí el brazo derecho de Rodrigo Méndez, escribano que se alzó en la capital de Tierrafirme en 1563.
6. LOPEZ MARTINEZ, Héctor... *Op. cit.*, cap. III, p. 61.
7. *Ibidem*, cap. IV, pp. 66 a 81.
8. *Loc. cit.*
9. VARGAS UGARTE S. J., Rubén... *Historia del Perú*.— Buenos Aires, Imprenta A. Baiocco, 1949.— Cap. II, pp. 41 a 50.
10. El camino de la Cieneguilla, olvidado casi el día de hoy, era el más recomendable para viajar a la sierra a mediados del siglo XVI. Posteriormente cobró muy mala fama a raíz de los negros cimarrones y por eso se le abandonó. Los Oidores pensaron que siendo un sendero acostumbrado lo desearía Girón para caer por sorpresa sobre la capital, trasladándose entonces el campamento real primero a Limatambo y luego a Ate, lugares más propicios para enfrentar al rebelde si bajaba por las orillas del Rímac. Aún así, eran también lugares estratégicos para el caso de que empleara en su bajada el sendero de la Cieneguilla.
11. PIZARRO, Pedro... *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*.— Buenos Aires, Imprenta La Mundial, 1944.— p. 196.
12. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *La Casa de Peralta en el Perú*, en: Revista del Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas, Lima, 1966, T. XIV, p. 190.
13. FERNANDEZ, el Palentino, Diego... *Op. cit.*, Parte II, Lib. II, cap. XXXI, pp. 354 y 355.
14. *Loc. cit.*
15. *Loc. cit.*
16. *Ibidem*, Parte II, Lib. II, cap. XXXIV, p. 361.
17. *Loc. cit.*
18. *Loc. cit.*
19. VARGAS UGARTE S. J., Rubén... *Op. cit.*, cap. II, p. 47.
20. FERNANDEZ, el Palentino, Diego... *Op. cit.*, Parte II, Lib. II, cap. XLVIII, p. 25.
21. *Loc. cit.*
22. *Ibidem*, pp. 24 y 25.
23. *Loc. cit.*
24. *Ibidem*, p. 26.
25. *Loc. cit.*
26. *Loc. cit.*
27. *Ibidem*, p. 27.
28. VARGAS UGARTE, S. J., Rubén... *Op. cit.*, cap. II, pp. 51 y 57.
29. LOPEZ MARTINEZ, Héctor... *Op. cit.*, cap. VI, p. 131.
30. FERNANDEZ, el Palentino, Diego... *Op. cit.*, Parte II, Lib. II, cap. LVIII, p. 60.
31. LOPEZ MARTINEZ, Héctor... *Op. cit.*, cap. VI, p. 137.
32. *Ibidem*, cap. VI, p. 139.
- FERNANDEZ, el Palentino, Diego... *Op. cit.*, Parte II, Lib. II, cap. LVIII, p. 62.



## Capítulo XI

### LA SEGUNDA NAVEGACION DEL AMAZONAS

#### EL SOLDADO VIZCAINO

Pequeño de cuerpo, mezquino de rostro, los ojos muy vivos y cojo a causa de un tiro de arcabuz que se ganó en Chuquinga, Lope de Aguirre fue el peor hombre nacido de madre entre todos los conquistadores de Indias.

Vizcaíno de nación, como entonces se decía, su cuna se mecía en Oñate, cerca de Vergara, allá en Guipúzcoa, donde vino al mundo alrededor de 1511. Presumía de hijodalgo —acaso por haber muchos Aguirres bien nacidos en Oñate— pero esta pregonada hidalguía nunca se pudo probar. Lo cierto es que prestó algunos servicios a la Corona, la que agradecida, el 6 de abril de 1536, le extendió un título de Regidor en la ciudad donde residiera el Gobernador del Perú. Poco después, por considerarse excesivo el privilegio, se le situó el regimiento en Nueva Toledo, vale decir, en Chile, el 1º de diciembre de ese año 36<sup>1</sup>.

Sin embargo, parece que Lope no pasó a Indias hasta marzo de 1539, fecha en que figura en un registro de la Casa de Contratación como pasajero que marcha acompañado de un esclavo de Guinea. Debíó vender al negro en el camino, porque luego lo encontramos solo en el Perú. Allí el vizcaíno no pudo escudarse en la hidalguía —real o fingida— de su sangre y, por evitar la pobreza, desempeñó un oficio vil. Efectivamente, una crónica nos cuenta que se dedicó a "*domar potros ajenos y quitarles los rezabios*"<sup>2</sup>. Así debíó subsistir algún tiempo, pero hartó de ejercer al arte de los volteadores, sentó plaza de sol-

dado en la hueste del capitán Diego de Rojas que partía a la conquista de los Chunchos... Mejor se hubiera quedado humillando potros y curando yeguas, porque de esa entrada no sacó sino hambres y fatigas, saliendo todos perdidos y huyendo de las flechas envenenadas. Esto, que aconteció por 1540, fue el primer contacto de Lope con la selva.

A su salida de los Chunchos fue soldado de Perálvarez Holguín, caudillo con quien se juntó al Gobernador Vaca de Castro para aplastar a Almagro el Mozo, el asesino del Marqués Pizarro. De este modo siguió al Gobernador hasta los campos de Chupas, pero la víspera de la batalla cuentan que se escondió en Huamanga, negándose a combatir. Un gesto parecido tuvo entonces el abulense Melchor Verdugo, el rico vecino de Trujillo y encomendero de Cajamarca, con quien Lope hizo excelentes migas y al que consideró, a partir de entonces, su maestro<sup>3</sup>.

Con éste, precisamente, se halló luego en el servicio de Blasco Núñez Vela, el primer Virrey del Perú, también nacido en Avila. Parece que Verdugo lo recomendó como hombre de confianza, y el gobernante haciendo caso a su paisano, nombró a Lope Sargento de su guardia. Con este cuerpo estuvo el vizcaíno hasta que los Oidores apresaron al Virrey, momento en el que la guardia se deshizo y al Sargento se le dio de baja<sup>4</sup>.

Lope pasó entonces a Trujillo, siempre en compañía de su protector Verdugo, al que secundó en su revuelta contra los gonzalistas el día de San Quintín de 1545. Entonces Verdugo lo hizo su Alguacil, adjuntándolo al clérigo Alonso de Henao, su Contador, y embarcándose con ellos y otros más en un navío a Nicaragua. Durante la navegación, Lope fue la disciplina de abordó y el terror de los murmuradores. Aún no había madurado plenamente, pero ya podía vislumbrarse en él al futuro genio del mal errante por la Amazonía<sup>5</sup>.

Mas aunque desembarcaron vivando al Rey, en Nicaragua los miraron con desconfianza y se negaron a ayudarlos. Verdugo, tratando de cobrar renombre, planeó entonces capturar el puerto del Nombre de Dios. Su primer paso fue nombrar a Lope su Sargento Mayor y seguir confiando sus fondos al clérigo. Luego hizo una tropa y le impuso capitanes, uno de los cuales fue el sevillano Don Martín de Guzmán. Cuando todo estuvo listo partió en barcas por el lago de Nicaragua y descendiendo por el río Desaguadero salió al Atlántico o Mar del Norte, como entonces le decían. Navegó muchos días y el último se avistó Nombre de Dios. Verdugo y su Sargento hicieron entonces un desembarco nocturno y terminaron por incendiar la población. Los mercaderes, temerosos de perder sus bienes, capitularon al amanecer. Pero poco después irrumpieron las tropas gonzalistas en el puerto, procedentes de Panamá, y los "verduguistas" tu-

vieron que reembarcarse en precipitada fuga. Lope de Aguirre se batió como una fiera, pero a la postre también huyó. Sentado en la cubierta del barco, con la cabeza entre las manos, blasfemando y maldiciendo, rumiaría su derrota al tiempo que retaría al cielo con su conminante frase: "*Dios, si algún bien me has de hacer, ahora lo quiero, y la gloria guárdala para tus santos*"<sup>6</sup>.

Amargo, destilando el acíbar de la derrota, su decepción debió ser atroz cuando pronto se vio abandonado por Melchor Verdugo. Lope lo había seguido hasta el fin convencido de que pronto sería recompensado con largueza, pero una noche Verdugo se esfumó y con él las esperanzas del vizcaíno. Verdugo se fue a España a reclamar su premio al Rey, un premio que no tuviera que compartir con nadie...<sup>7</sup>.

Abandonado por su jefe, Lope corrió a presentarse a Don Pedro de la Gasca. Pero éste, que demasiadas noticias tenía de los "*verdugistas*", se negó a llevarlo al Perú. Por ello permaneció en Panamá hasta que llegó la nueva de la derrota de Gonzalo Pizarro en Jaquijahuana. Entonces, astuto como pocos, se embarcó para el Perú, pensando hacerse el que llegaba tarde. Amparándose en sus muchos servicios con Verdugo esperaba obtener una encomienda. Pero no contó con la oposición del Presidente Gasca que a esas alturas daba cuenta al Rey y a su Consejo de los estropicios causados por Verdugo y sus secuaces. En mala hora, pues, cayó Lope en presencia del Presidente. Más aún, a lo que se entiende, este nunca lo quiso recibir<sup>8</sup>.

Quejoso de la ingratitud de Pedro Gasca y dolidísimo por el desaire inferido a su persona, Lope llenó su corazón de odio. Sentía que al mundo se le había acabado la justicia y que a él se le estaba acabando la paciencia. Pensaba que de nada le había servido ser un leal seguidor del Rey, que el éxito sería siempre de los pícaros, truhanes y bellacos; que nada se sacaba siendo bueno, que ser malo era lo mejor. Y con estos y otros pensamientos, maldiciendo su falta de ventura, se juntó a otros soldados resentidos y "*se halló en muchos bandos y motines que no tuvieron efecto*"<sup>9</sup>. Estuvo primero en el Cusco y luego en Charcas, donde fue uno de los que alborotaron La Plata mientras otros asesinaban al Corregidor Pedro de Hinojosa. Unido por más de un lazo a los rebeldes, alzó con ellos a Don Sebastián de Castilla por caudillo del movimiento, jurándole eterno vasallaje y prometiéndole seguirlo hasta morir. Pero esta vez, contrariamente a lo que había sucedido con Verdugo, fueron los soldados los que abandonaron al capitán. Para deshacerse de él cuatro de ellos se abrazaron a su persona y, so color de felicitarlo por el triunfo, hundieron los puñales en su cuerpo. El herido logró librarse de sus atacantes y corriendo a refugiarse



El Virrey Andrés Hurtado de Mendoza, óleo que se encuentra en el Museo Nacional de Historia.

en una habitación oscura, pretendió librarse de morir. Entonces los cuatro desalmados penetraron al aposento y, por sus turnos, jugando las armas en la oscuridad creyeron haberlo ultimado. Cuando alguien trajo una antorcha para iluminar la pieza, se hallaron con un cuadro macabro difícil de narrar: Don Sebastián estaba degollado y con la cabeza colgando sólo de un cartílago, se arrastraba sobre sus manos y rodillas, tanteando las paredes y buscando una ventana por donde escapar...<sup>10</sup>.

Luego todos se desbandaron y Lope de Aguirre "*anduvo muchos días huido y escondido, y llamado a pregones y sentenciado a muerte*"<sup>11</sup>. Huyendo de noche y robándole a los indios, el vizcaíno subsistió algún tiempo. Pero para bien de sus hambres se rebeló por esos días Francisco Hernández Girón y el miedo hizo dar a los Oidores de Lima una amnistía general a todos los perseguidos por lo de Don Sebastián, a condición de que se juntaran con el Mariscal Alonso de Alvarado y salieran a combatir al rebelde. Lope de Aguirre, "*por gozar de este perdón hubo de ir por fuerza con el dicho mariscal*"<sup>12</sup>, concurriendo con él a la batalla de Chuquina. Pero allí la buena estrella dejó de brillar para los leales y los gironistas alcanzaron una aplastante victoria. Para colmo de desgracias, antes del desbarate final, Lope de Aguirre fue alcanzado por un tiro de arcabuz, si no dos, en una pierna. Revolcándose de dolor lo debieron encontrar los vencedores; también maldiciendo y blasfemando. No lo ultimaron, acaso por la intercesión de un vizcaíno, pero cuando después de curada su herida y entablillados sus huesos, Lope se quitó las vendas... no podía caminar bien: estaba cojo de la pierna derecha<sup>13</sup>.

Renegando de su fortuna, llamando ingrato al Rey por no pagarle sus servicios y desconfiando de todos los hombres, su frustración lo llevó a la delincuencia. Reinició su amistad con la peor gente, esos soldados resentidos y quejosos que no hacían sino acaparar odio y destilar venganza. Con ellos cuando era necesario, y sólo cuando podía prescindir de los demás, Lope de Aguirre cometió sus fechorías a diestra y siniestra. Pronto se hizo tan conocido que "*no cabía en ningún pueblo del Perú y de todos los más estaba desterrado*"<sup>14</sup>. Los propios soldados, conociéndolo capaz de una barbaridad, "*no le sabían otro nombre sino Aguirre el loco*"<sup>15</sup>. Esto acrecentó su pesimismo de los hombres. Conocía a todos, pero no confiaba en ninguno. El y sólo él, ese era el nuevo lema de su vida; los demás eran encubiertos enemigos a quienes tenía que adelantarse para evitar el daño... Y pensando en estas conclusiones nacidas de su frustrada existencia, Lope de Aguirre empezó a bajar los caminos de la cordillera. Ahora, con cincuenta años encima, iba a la costa haciendo un último esfuerzo por conseguir que el Virrey le diera de co-



mer. Llevaba la espada envainada y la rodela a la espalda. Tenía hambre, pero sobre todo ambición. Oro, esto era lo que más quería. Hasta aquí había sido un fulano más, un don nadie, pero juraba a Dios que no iba a morir así.

Y mientras el sol se hundía en el mar, los nevados vieron alejarse a ese soldado que rengueaba grotescamente, juraba levantando un puño al cielo y llevaba de la mano a una hija, mesticilla silenciosa de hasta doce años de edad.

### LOS APRESTOS DE UNA JORNADA

Mientras tanto, Lima vivía días por demás desfavorables. El Virrey Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, encaraba a la sazón el problema de los soldados vagabundos o "*guzmanes*" (nombre que les daba el vulgo porque cada uno de ellos creía merecer tanta importancia como hijo de la noble Casa de Guzmán), y negándose a tratar con ellos, los tenía esperando en calidad de perpetuos pretensores. Hacía esto para castigarlos —por ser la mayoría culpados en las Guerras Civiles— pero también, valgan verdades, porque no tenía qué darles<sup>16</sup>.

Sin embargo, la guerra de Chile librada contra los araucanos fue la solución para el Marqués. Como primera providencia necesitó gente; como segunda, enviarla con rapidez. Se pregonó entonces el enrolamiento y cuatrocientos soldados sin oficio se inscribieron conminados por la necesidad. El Marqués puso al frente de ellos a su hijo Don García y, entre enero y febrero de 1557, la expedición partió al austro aliviando al Perú de vagabundos<sup>17</sup>.

Mas no fue suficiente este éxodo para terminar con los soldados ociosos, esos que a decir de la gente honrada, "*andaban a la flor del berro*". Efectivamente, ya no por veintenas pero sí por decenas, los soldados descontentos seguían merodeando como moros sin señor, parasitando en las casas de los vecinos y fomentando escándalos en las tabernas. Cuando salían al campo eran los indios los que pagaban sus antojos pues, aparte de tomarles mujeres e hijas, les robaban sus ganados y aves de corral, organizando festines en las orillas de los ríos en que tocando la vihuela los más terminaban borrachos y coreando canciones deshonestas. Eran algo así como piratas de tierra que, no obstante ser súbditos del Rey, saqueaban sus dominios peruleros so color de no haber sido bien pagados; era la flor y nata de esa soldadesca ociosa, resentida y pícara llegada a última hora y que, sin jamás haber hecho nada bueno, pretendía las mejores encomiendas del Perú<sup>18</sup>.

Dispuesto a terminar con tales desafueros, el Virrey buscó la solución y, cuando creyó tenerla, mandó llamar al capitán Pedro de Ursúa. Era éste un apuesto mancebo nacido en Navarra donde era Señor de la Casa de Ursúa por ser hijo del bastanés Don Tristán de Ursúa y de la tudelana Doña Leonor Díez de Aux y Armendáriz. Con un deudo materno, el Oidor Miguel Díez de Armendáriz pasó a la Nueva Granada, distinguiéndose allí en la conquista de los Muzos y la jornada de Tairona, fundando, además, la ciudad de Pamplona del Nuevo Reino. El Marqués de Cañete le conoció en su viaje al Perú e impresionado por su gentil presencia, le confió el castigo de los negros cimarrones que infestaban Tierrafirme. Ursúa no sólo se adentró en la selva panameña y anduvo mucho tiempo entre manglares sino que venció a los africanos y tornó con un caudillo prisionero. Satisfecho el Marqués con el comportamiento del mozo lo llevó al Perú llegando a considerarlo, después de ido su hijo Don García a Chile, poco menos que su brazo derecho<sup>19</sup>.

Una vez delante suyo Don Andrés le anticipó sus planes: así como Don García estaba por Gobernador en Chile, él iría por Gobernador a la provincia de Omagua, en pleno Río de Orellana, y, de paso, buscaría El Dorado, región fabulosamente rica a decir de unos indios brasiles arribados al Perú. Según éstos, allí los naturales lucían coronas de oro tan anchas como dos dedos, tenían camellos y dromedarios enjalmados con gran riqueza y, probablemente, con mayor profusión sus elefantes, porque según fray Gaspar de Carvajal —ese dominico tuerto que fue con Orellana al descubrimiento del Río Grande de las Amazonas y que aún vivía en su convento de Lima— habrían "*otros animales que son muy grandes y que tienen una trompa*"<sup>20</sup>. En síntesis, lo que faltaba era un capitán decidido que fuera a confirmar todo lo dicho.

Y el Virrey puso entonces su mano sobre el hombro del navarro, pidiéndole que no se excusara, que lo ayudara a limpiar el Perú de aventureros.

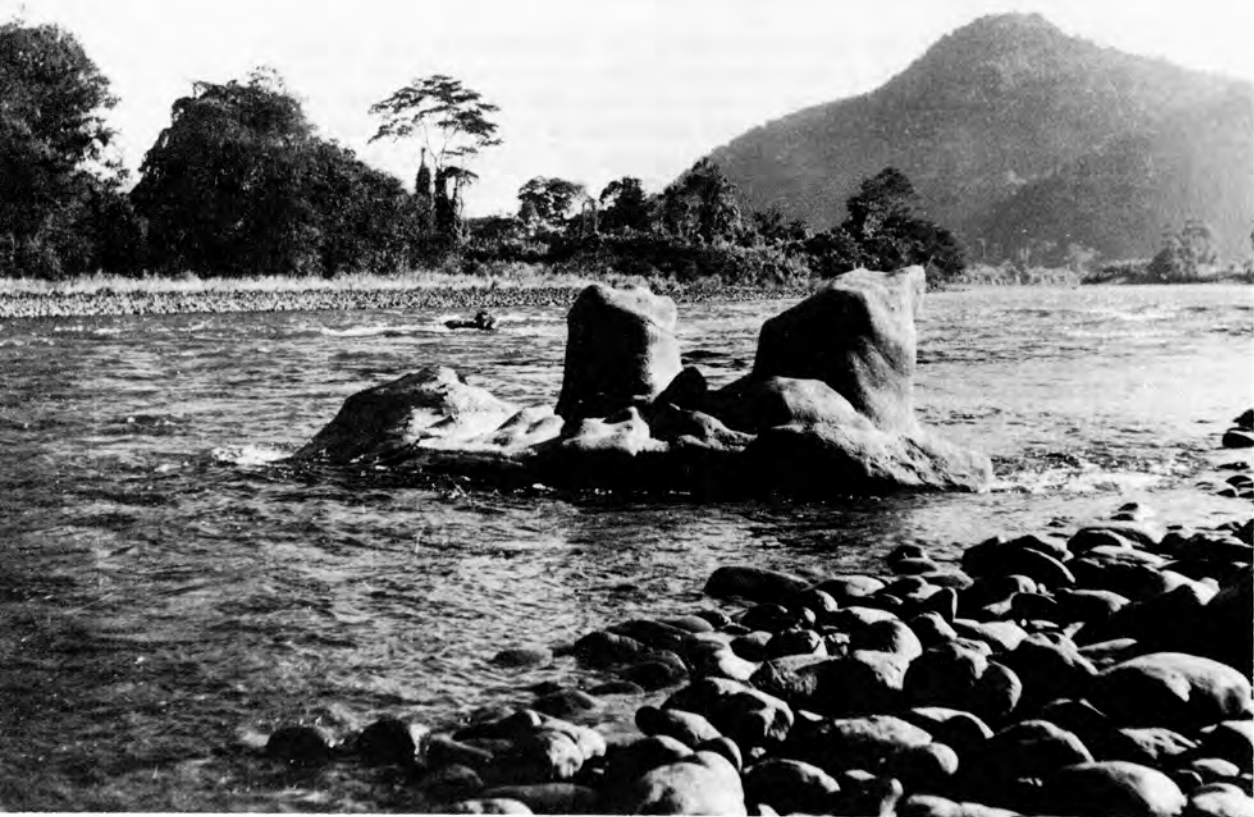
Ursúa aceptó sin pensarlo demasiado y al día siguiente se pregonó en la Plaza Mayor de Lima la jornada de Omagua y Dorado, encargándose de hacerlo un escribano y un tambor, amén de dos testigos. Los soldados acudieron como moscas y luego de escuchar al escribano se entretuvieron, como siempre, en hacer sus conjeturas. De ellas se desprendió un Dorado enorme, insospechado: su ambiente era tropical, los techos de los templos estaban forrados con plumas de guacamayos, frondosas selvas verdes oficialiarían de murallas; en fin, ocultos reinos, mujeres cautivantes, oníricas lagunas y oro, mucho oro, como correspondía a un país Dorado...<sup>21</sup>.

Ursúa recibió su nombramiento de Gobernador de Omagua en febrero de 1559 y días después, bien pertrechado de dineros salió de Lima seguido de soldados, carpinteros, calafates y aserradores. El nuevo Gobernador marcharía a la cabeza de todos tan ufano como si fuera a la conquista de Jerusalem. A caballo, pues era consumado jinete de ambas sillas, haciendo corvetas y caracoleos, debió impresionar a las mujeres de la capital. El viento jugaría con su barba rubia, todo él, con sus treinta años garridos, luciría muy galán y cortesano<sup>22</sup>.

Así pasó por Trujillo, donde se le plegaron más soldados, y siguió para San Juan de la Frontera de los Chachapoyas, ciudad en que salieron a recibirlo Pedro de Añazco y Juan Pérez de Guevara, vecinos principales. Aquí pactó con un mercader la entrega de ciertas ropas para los soldados que viniesen luego. Hecho esto siguió viaje a Santiago de los Valles de Moyobamba, donde compró muchos puercos, continuando su feliz recorrido a Santa Cruz de Saposoa, a media legua del río Huallaga, llamado entonces de los Motilonos, por los indios lugareños que mostraban totalmente rapada la cabeza. Por el Huallaga descendió veinte leguas en compañía del capitán Pedro Ramiro, fundador y justicia mayor de Saposoa, arribando finalmente al asiento de Topesana, lugarejo destinado a servir de astillero para la construcción de unos bergantines<sup>23</sup>.

La obra de estos navíos se empezó inmediatamente y a ella se dedicaron los carpinteros, calafates y aserradores. Los soldados, mientras tanto, reían y descansaban. El Gobernador Ursúa consideró prudente la adquisición de más dineros y, dejando por su Teniente a Pedro Ramiro, se alejó en procura de los mismos. Se dijo que había viajado a Lima, pero luego regresó con una mujer al campamento. Era una bellísima mestiza de Trujillo a la que llamaban Doña Inés. Estaba viuda, condición que la hacía más apetitosa, y se rumoreaba que era hija de Blas de Atienza, uno de los descubridores del Mar del Sur... Pero si esto se rumoreaba, nadie ponía en duda que Doña Inés venía al campamento por amante de Pedro de Ursúa. Malo era eso de llevar mujer a la jornada. Una bella entre tantos lujuriosos era no poner remedio sino estimular la enfermedad<sup>24</sup>.

Sin embargo, ya se ha dicho, el Gobernador irradiaba simpatía. Esto lo pintaba a los ojos de sus hombres como un capitán algo pícaro, que escapaba en mucho a lo rígido de la milicia. Por ejemplo, a todos gustó su forma de conseguir dinero. Festejaban esto, porque para lograr los ahorros del herrador don Juan Velásquez, en Chachapoyas, se brindó a ser padrino de su hijo. Pero lo que más celebraban era su actuación en Moyobamba, donde secuestró al cura del lugar para quitarle 4,500 pesos, consolándolo con la remotísima promesa de hacerlo Obispo



El Río de los Motilones, hoy Huallaga.

de Omagua. Y los soldados soltarían estruendosas carcajadas, festejando éstos y otros hechos de mal gusto<sup>25</sup>.

Pero un día, cuando aún los soldados seguían festejando las proezas de su bermejo caudillo, apareció un ser extraño en el campamento. Era casi un enano y cojo por añadidura. También traía una niña consigo. El recién llegado pareció mirar a todos mientras sus ojos le bullían en las órbitas. Luego, como quien ha reconocido la clase de gente entre la que está, dejó de mirarla y se alejó hacia la tienda del escribano. La noticia corrió como un reguero de pólvora: ¡Lope de Aguirre estaba allí, lo habían visto inscribirse por soldado!.

### EL TENEDOR DE BIENES DE DIFUNTOS

Partió el Gobernador Pedro de Ursúa del lugar de Topesana, el 27 de setiembre de 1560. Lo hizo en circunstancias harto peligrosas, porque antes hubo de ajusticiar a cuatro soldados que mataron a su Teniente Pedro Ramiro, el fundador de Saposoa. Esto hizo pronosticar a algunos que la jornada no acabaría bien, pues empezaba con sangre. No obstante, se botaron los barcos al agua y los hombres se dispusieron a partir. Pero en la botadura, de once barcos construidos, sólo cinco no se quebraron, lo que limitó tremendamente el sitio para la tropa y, sobre todo, el de los caballos, pues sólo veintisiete equinos se pudieron embarcar, quedando los demás, que eran muchos, perdidos y abandonados. Mas los trescientos españoles se acomodaron como pudieron, lo mismo hicieron los cargueros indios y los esclavos negros; finalmente subió a su bergantín el Gobernador Pedro de Ursúa, dio unas órdenes, los marineros soltaron las amarras y la armadilla empezó su navegar. Por el centro del *Huallaga*, aprovechando su corriente, los cinco barquichuelos se adentraron en busca de la selva<sup>26</sup>.

Ursúa navegó confiado todo el día 27, dejando atrás los últimos contrafuertes andinos y empezando a ver los principales de una tierra calenturienta y verde cubierta de tropical vegetación. Primero los cerros se trocaron por árboles, después los árboles por verdaderos bosques. Era la selva, esa selva en cuyo corazón latía la aventura y el peligro; esa selva que guardaba y protegía al rico reino de Omagua<sup>27</sup>.

Dos días después, vale decir el 28, uno de los bergantines encalló aparatosamente y perdió una parte de su quilla al dar en un bajo de arena. La armadilla se alarmó y hubo señales de auxilio. Pero el Gobernador, aunque percibió el accidente, no quiso detenerse a ayudar a los naufragos, limitándose a decirles que río abajo los esperaba, que reparasen mientras tanto

la avería, que luego todos juntos volverían a partir... No gustó mucho a su gente la indiferencia del Gobernador, pero por el momento no hubo quien protestara y la cosa siguió así. Por ello Ursúa continuó hasta la tierra de los Caperuzos (llamada así porque sus indios usaban unos bonetes a modo de capuchas), donde se detuvo a esperar a los retrasados. Tuvo suerte de que no pasara nada malo, porque a los dos días éstos se le reunieron gracias a un parche en la quilla de su nave que hicieron con madera y mantas<sup>28</sup>.

El 7 de octubre, después de algún descanso, la armadilla prosiguió su marcha. En breve llegó a la confluencia con el río de los Bracamoros —hoy nombrado *Marañón*— que caía a mano izquierda, pasándose a continuación a la junta del Cocama —hoy *Ucayali*— en la orilla diestra<sup>29</sup>.

Aquí Ursúa, sin atender al descontento de su gente, mucha de la cual hablaba de regresar al Perú, ordenó seguir a su armadilla. En el *Río Grande de las Amazonas* se conformó algo la tropa porque se halló qué comer. Huevos de caimanes, tortugas, peces y variedad de pajaracos desconocidos alegraron la olla de la hambrienta soldadesca. Pero, a cambio de la comida encontrada, naufragó el bergantín del capitán Juan de Vargas. Los demás integrantes de la hueste vieron el espectáculo sin mayor emoción. De antemano sabían que Pedro de Ursúa no haría demasiado para ayudar a los que se hundían. Y allí quedó el bergantín hecho pedazos, anegado y deshecho, como una prueba anticipada de lo que sería la expedición<sup>30</sup>.

Todos los días la armadilla se detenía al anochecer, a hora de vísperas, y la gente saltaba a tierra a estirar las piernas un rato, a pescar y mariscar, a guisar de comer y a dormir. Con el alba se reiniciaba la marcha y durante todo el día navegaban bajo un sol abrasador. Así llegaron a las juntas de Santa Olaya, avistando el torrentoso río Napo que todos identificaron con el Río de la Canela. Se evocó entonces la hazaña de Orellana y sus hombres, pero no hubo mucho tiempo que perder en estas añoranzas, por lo que se siguió adelante hasta dar con una isla, donde la expedición descansó una semana<sup>31</sup>.

Luego de nombrar por su Teniente al madrileño Juan de Vargas, y por su Alférez al sevillano don Fernando de Guzmán —uno de los buenos Guzmanes de Andalucía— el Gobernador embarcó a todos sus hombres. Se partió como siempre, río abajo, hallando algunos pueblos abandonados y ciertas aves que a todos parecieron gallinas de Castilla. Pero este horizonte misérrimo terminó de matar las expectativas y varios grupos de soldados se dieron a conspirar. El Gobernador entonces prendió a un Alonso de Montoya, natural de Plasencia y Alcalde de Santa Cruz de Saposoa. Se dijo que pensaba robarse las canoas y vol-

verse al Perú, para lo cual estaba confabulando soldados. Lo cierto es que no se hicieron más averiguaciones y Montoya fue cargado de cadenas, lo mismo que sus compañeros de evasión. El Gobernador no se conformó con ponerlos engrillados, sino que subiéndolos al bergantín en que iba doña Inés, los hizo atar a los remos como si fueran galeotes, forzándolos a que remasen de sol a sol. El gesto fue demasiado humillante para los castigados y despertó en la hueste un creciente murmurar<sup>32</sup>.

Pasando por pequeños pueblos de indios tan abundosos en fruta como generosos en mosquitos, los expedicionarios navegaron frente a las dos bocas del Yavarí. A estas alturas se perdió otro bergantín, con lo cual la armadilla se vio reducida a tres embarcaciones. Con las que quedaban, Ursúa prosiguió venciendo el río. Nueve días navegó sin hallar indio alguno. Amanecido el décimo descubrieron un gran poblado. Alonso Esteban, hombre que había sido soldado de Francisco de Orellana y por tanto descubridor del Amazonas, dijo que era Machaparo. Los hombres se miraron con desgano. Estaban en plena tierra de Omagua y ni siquiera lo habían podido advertir<sup>33</sup>.

Machaparo o Machifaro, como escriben las crónicas quinientistas, había cambiado poco desde que lo visitó Francisco de Orellana. El cronista Francisco Vásquez —el mejor de la jornada de Omagua— describe así el ingreso al pintoresco lugar: *"Es pueblo grande, el mayor que hasta allí habíamos visto; estaba sentado sobre una barranca del río. Los indios de este pueblo son de mediana disposición; andan desnudos del todo; sus armas son tiraderas de estófica. Las casas son redondas y grandes y de varas en tierra, cubiertas de hojas de palmas hasta el suelo, con dos puertas... Había en este pueblo, según a todos pareció, más de seis mil tortugas grandes, que los indios tenían para comer, encerradas en unas lagunetas que tenían hechas de mano y cercadas a la redonda con un cerco de varas gruesas, para que no se pudiesen salir, y a la puerta de cada bohío había una y dos y tres lagunetas de éstas, llenas de las dichas tortugas..."*<sup>34</sup>. Una descripción así pertenece íntegramente a la selva.

Los españoles, se acercaron al pueblo sin ser sentidos, pero descubiertos por los aborígenes, éstos pusieron a sus mujeres e hijos en lugar seguro y luego se aprestaron a defender su población. Felizmente no hubo lucha porque se logró la amistad del cacique, quien disolvió a sus guerreros y hasta obsequió comida a los hombres blancos<sup>35</sup>.

Treintitrés días pasaron en Machifaro el Gobernador Ursúa y sus soldados. Al principio éstos se portaron bien; pero luego su conducta degeneró en violencias y rapiñas, abusos y vejaciones a los indios, quienes a modo de represalia cortaron su

abastecimiento de comida y terminaron alejándose del pueblo. Ursúa se enteró demasiado tarde de todo esto, y aunque prendió a ciertos españoles culpables de los estropicios, no corrigió a la derrochadora hueste, la que consumió la poca comida que le quedaba en hacer pasteles y buñuelos, de modo que *"más era lo que se desperdiciaba que lo que comían"*<sup>36</sup>.

A estos engreimientos nada castrenses se sumó la fabricación de un maldito vino de maíz, lo que convirtió en borrachos a todos los sedientos. Así sorprendió el hambre a los soldados, y el Gobernador fue el primero en sufrir la carestía. Cuentan que por dar de comer a su bella doña Inés, anduvo mendigando alimentos entre sus hombres<sup>37</sup>.

A estas alturas la mestiza estaba convertida en la reina del campamento. Ursúa no sólo la amaba con delirio sino que de todos la hacía respetar. La viuda era hermosa, no cabía duda, y sus aires de señora dolían a los descontentos. Otros, por el contrario, no hacían sino suspirar por ella. En el fondo todos la apetecían, pero los que más callaban su secreto eran Juan Alonso de la Bandera y Lorenzo de Zalduendo. Ella lo sabía y hasta los despreciaba. Una amante de Gobernador no podía rebajarse a mirar a los soldados. Bonita era ella para fijarse en la tropa.

Mas el descontento creció y no, precisamente, por causa de doña Inés. Los soldados se hartaron de seguir en Machifaro y resucitaron la idea de regresar al Perú. Hablaban que los indios brasiles que llevaron la noticia de Omagua y Dorado, eran unos bellacos; que Alonso Esteban, el compañero de Orellana, no hacía sino desatinar el rumbo; que a ese paso todos terminarían perdidos: Ursúa se enteró de las murmuraciones y por toda respuesta, hizo público su desprecio de los quejosos. Por último, negándose a formar una guardia que lo defendiese, muy seguro de sí mismo, se dio a los placeres del amor con la mayor irresponsabilidad del mundo<sup>38</sup>.

Entonces la caterva de aventureros comprendió que su jefe no era caudillo verdadero y que desconocía a la milicia perulera; que lejos de vivir dando el ejemplo, era un absurdo su vivir; finalmente, lo peor de todo, que estaba perdidamente enamorado *"porque de muy afable y conversador que solía ser con todos se había vuelto algo grave y desabrido, y enemigo de toda conversación, y comía solo, cosa que nunca había hecho, y no convidada a nadie; habiase hecho amigo de la soledad, y aún alojábase siempre solo y apartado lo más que podía de la conversación del campo, y [teniendo] junto a sí la dicha doña Inés... a fin, según parecía, de que nadie le estorbase sus amores; y embebecido en ellos, parecía que las cosas de guerra y*



*descubrimiento las tenía olvidadas; cosa, cierto, muy contraria de lo que siempre había hecho y usado*<sup>39</sup>.

Los revoltosos se aferraron entonces a los forzados galeotes que remaban la balsa de doña Inés. Por encender la indignación "*murmuraban diciendo que mejor era ahorcarlos que no hacerles remar las canoas y balsas*"<sup>40</sup>. Esta aparente defensa de la dignidad de los condenados cobró algunos seguidores, cuidándolos de que se agruparan nada menos que Lope de Aguirre, que era Tenedor de los Bienes de Difuntos. El vizcaíno, con la calma que suelen tener los perversos, había vivido hasta entonces defraudando a los soldados. Parecía ya no ser rebelde, nada había tenido que ver con los que mataron a Pedro Ramiro, tampoco con los que urdieron volver al Perú... Tan decente se mostró en sus actos de esos días, que Pedro de Ursúa lo nombró Tenedor de Bienes de Difuntos, vale decir, guardador de la riqueza de los muertos. Cargos así sólo se daban a la gente honrada. Por eso la tropa se sintió defraudada. Pero un día despertó Lope mordido por el áspid de la perfidia y, volviendo por sus fueros, tejió un motín contra el Gobernador. Otros que lo secundaron en tal gesto fueron Juan Alonso de la Bandera, natural de Torrijos en Toledo, y Lorenzo de Zalduendo, ambos muy enamorados de doña Inés; también Alonso de Montoya, el que se quiso fugar al Perú, el mulato Pedro Miranda, natural de Talavera de la Reina, el rodadero Miguel Serrano y el donostiarra Martín Pérez de Sarrondo, todos hombres con el corazón alacranado. Estos juraron tomarse las cosas por sus manos y prender al Gobernador; pero Lope de Aguirre, el Tenedor de Bienes de Difuntos, fue más adelante que sus compañeros y dijo que apresarle y volverse al Perú era cosa de civiles, que digno gesto de soldados sería matar al Gobernador y alzarse con su hueste, que entonces sí se justificaba la marcha sobre el Perú, pues esa guerra del Perú, además de hacerlos ricos, los llevaría a figurar en la Historia... Comulgaron con este sentimiento el navarro Diego de Torres, Alonso de Villena, el trujillano Cristóbal Hernández de Chávez, el canario Vargas y un Pero Hernández, oriundo de Sanlúcar. Mas por ser todos "*gente baja y de poca suerte, y los más oficiales de oficios bajos, no teniéndose ninguno de ellos por suficiente para ser capitán y cabeza a quien la gente obedeciese de buena gana, se concertaron con don Fernando de Guzmán, que era Alférez General del campo, que además de ser caballero era tenido por virtuoso y bien quisto entre ellos, porque era vicioso y amigo de su opinión, y pusieronle por delante la prisión de un criado suyo, mestizo, que el Gobernador había mandado prender... cosa cierta bien liviana, aunque ellos la estimaron mucho, diciendo que había sido gran afrenta que el Gobernador le había hecho, siendo él*

*caballero y Alférez General del campo y que no eran hombres los que no sentían esas cosas; y lo que más le movió fue la ambición y codicia de mandar, porque le prometieron que sería General y cabeza de todos...*"<sup>41</sup>. Don Fernando, como le llamaban, olvidó entonces su vieja amistad con Ursúa y pasando por alto el hecho que todas las noches cenaban juntos, aceptó traicionarlo con la alevosía del caso.

En efecto, pasada la Pascua de Navidad, cuando Ursúa salió de Machifaro y fue con su gente al pueblo de Mozomoco, aprovecharon los revoltosos para ejecutar su plan. Este se llevó a cabo la noche del Año Nuevo. A esa hora se deslizaron los alterados hasta la cabaña de Ursúa, la rodearon por completo e irrumpiendo en su interior, hallaron al Gobernador echado en su hamaca y departiendo con Pedrarias de Almesto. Cuando vio entrar hombres armados, luego de reconocerlos, les gritó: "*Qué es esto, caballeros, a tal hora por acá*"<sup>42</sup>. El único que se molestó en contestarle fue Juan Alonso de la Bandera quien le dijo cínicamente: "*Ahora lo veréis*"<sup>43</sup>, y dicho esto le hundió su espada en el pecho utilizando sus dos manos para ello. Todos los conjurados se vieron en la triste obligación de ensangrentar sus armas, por lo que al poco tiempo del traidor ataque, quedó el Gobernador en el suelo con más de cuarenta estocadas.

Seguidamente se precipitaron los asesinos afuera gritando la cantinela usual en tales casos: "*¡Viva el Rey que muerto es el tirano!*"<sup>44</sup>. Con esto se despertaron todos y Juan de Vargas, el Teniente del difunto, entre ellos. Acudió entonces armado a la defensiva con un escaupil y la vara de justicia en la mano. Los revoltosos lo tomaron preso sin que se diera casi cuenta de lo que pasaba y habiéndose entregado por salvar la vida, estándose quitando el escaupil, le dieron tal estocada en las espaldas que pasó el pecho y aun fue a herir a uno de los amotinados que estaba frente al herido, el cual se desplomó junto a éste<sup>45</sup>.

A estas alturas, narra el cronista Gonzalo de Zúñiga, era cosa diabólica "*ver aquella noche cual andaba toda la gente del campo, unos heridos al monte, otros no osaban salir de sus casas, otros no entendían lo que pasaba y estaban en el escuadrón*"<sup>46</sup>. La verdad es que el alboroto desconcertó a los pocos hombres de buena voluntad que había en el campamento, porque apenas cometido su crimen los tiranos —que era el nombre que se daba en el Perú a los rebeldes— recorrieron el pueblo gritando: "*Libertad*" muchas veces, como si la que ya habían tomado hubiera sido poca. Tanto grito hizo creer a todos que los asesinos eran mayoría y, deseando salvar el pellejo, los soldados se plegaron a los facciosos, engrosando de este modo su opinión<sup>47</sup>.



Armas de la Casa de Ursúa.

Aquella endemoniada noche, caliente aún el cadáver del Gobernador, los revoltosos hicieron General a don Fernando y por su Maestre de Campo al vizcaíno Lope de Aguirre, el Tenedor de Bienes de Difuntos. Este, que era el asesino intelectual de Ursúa, acaparó entonces la aclamación de todos los soldados. El deforme vizcaíno debió sentirse feliz. Era la primera vez que cosechaba tanto aplauso<sup>48</sup>.

Entonces fue que sacaron cierto vino del Gobernador difunto, el cual se guardaba para misas y medicinas, y se lo bebieron todo en una cabaña que resultó ser de don Fernando. Allí se dieron escenas muy grotescas y en el delirio de la embriaguez no faltó el que poniéndose de rodillas ante el nuevo General le pidió en voz alta la encomienda que en Cajamarca tenía el Comendador Melchor Verdugo y también a doña Jordana Mejía, la esposa del Comendador... A esto respondió el nuevo caudillo, entusiasmado por aquella muestra de confianza: "*Señor, matad vos al Comendador que yo os hago la merced y aún es poco*"<sup>49</sup>. Esto animó a otro, quien le pidió una rica prenda de vestir que poseyó Pedro de Ursúa, a lo que don Fernando contestó pródigamente: "*Aunque fueran veinte mil pesos se los diera a vuestra merced, cuanto más eso poco, tráigase luego y désele, y beba vuesa merced por amor de mí. Muchachos: dad vino aquí al señor*"<sup>50</sup>.

Mientras tanto, el grueso de la gente estaba en la plaza, puesta en escuadrón. Los tiranos habían hecho formar a todos los soldados para tenerlos seguros. Había la estricta orden de que nadie hablara en voz baja y que se matara a todo el que quisiera huir. Quietos y callados por el miedo, aquellos soldados parecían esperar la muerte.

Con el alba, cuando los borrachos dormían y los miedosos seguían de pie, doña Inés hizo llevar el cadáver de su amante a las afueras del pueblo. Allí, unos negros hicieron una fosa. En su interior la mestiza enterró a su hombre y también a la felicidad. Luego, los negros se fueron y doña Inés quedó sola llorando su desventura...<sup>51</sup>.

### EL PRINCIPE DEL PERU

A la mañana siguiente, que se contó 2 de enero de 1561, los revoltosos terminaron de repartirse los cargos. Lope de Aguirre quedó definitivamente vestido como Maestre de Campo, y Juan Alonso de la Bandera por lugarteniente de don Fernando. Lope no vio con buenos ojos este nombramiento que le hacía sombra, pero, por el momento, disimuló. A Alonso de Villena se le hizo Alférez; a Alonso de Montoya, capitán de caballos; capi-

tanés de a pie a Lorenzo de Zaldúendo, Miguel Serrano y Cristóbal Hernández; y a Pero Hernández, pagador mayor. Otros que no habían participado en el asesinato de Ursúa, pero que desde el primer momento se plegaron a los rebeldes, también recibieron su premio. Así se hizo al piloto portugués Sebastián Gomes, *capitán de la mar*; a Miguel Bovedo nada menos que *Almirante*; capitanes de infantería al Comendador Juan de Guevara y a Peralonso Galeas; y a Alonso Enríquez de Orellana, capitán de munición. Finalmente nombraron Justicia mayor a Diego de Valcázar, el cual tuvo el poco tino de decir al tiempo que recibía la vara, *“que la tomaba en nombre del rey don Felipe, nuestro señor”*<sup>52</sup>, lo cual puso de mal humor a los tiranos.

Acto seguido se trató de justificar la muerte de Ursúa por medio de un documento que, sabe Dios por qué secretas intenciones, pensaron enviar al Rey. Se adujo que los soldados habían muerto al Gobernador porque no daba muestras de conquistar y menos de poblar la tierra; que vivía entregado a sus amores con doña Inés; que por ello la tropa estuvo a punto de perderse; que el crimen no debía, pues, interpretarse como delito, antes bien, había sido un servicio a la Corona. A continuación se redactó el documento con estos descargos, y el primero en rubricarlo fue don Fernando de Guzmán. El segundo lo fue Lope de Aguirre, pero apenas estampó su firma un grito de sorpresa escapó de quienes la vieron. Allí decía: *“Lope de Aguirre, TRAIADOR”*<sup>53</sup>. Algunos le recriminaron esto, lo que motivó al vizcaíno, que otra cosa no quería, dirigirse a todos y decirles que: *“qué locura y necedad era aquella de todos que, habiendo matado a un Gobernador del Rey, y que llevaba sus poderes y representaba su persona, pensaban por aquella vía quitarse de culpa? Agrego que todos habían sido traidores, y que, dado caso que hallasen la tierra, y que fuese mejor que el Perú, el primer bachiller que allá viniese les cortaría la cabeza a todos; que no pensasen tal, sino que todos vendiesen sus vidas antes que se las quitasen; que buena tierra era el Perú, y buena jornada, y que allá tenían muchos amigos que les ayudarían, y que esto era lo que a todos convenía”*<sup>54</sup>.

Alonso de Villena se sumó a lo dicho por Aguirre y aplaudió sus frases, pero Juan Alonso de la Bandera se opuso a tal proclama y la contradujo aclarando *“que matar al general Pedro de Ursúa no había sido traición, sino servicio al rey, porque no quería ni pretendía buscar la tierra, trayendo tanta y tan buena gente, y habiendo gastado Su Majestad tantos dineros de su Caja; y que quien a él le dijese traidor, que mentía, y que él se lo haría bueno y se mataría con él”*<sup>55</sup>.

Los partidarios de Lope quisieron responder a esto, pero viendo que las cosas se ponían color de hormiga, don Fernando se

interpuso y los apaciguó. Juan Alonso de la Bandera añadió entonces: *"que hiciesen lo que quisiesen, que no pensasen que decía de miedo, que tan buen pescuezo tenía como todos"*<sup>56</sup>. Con esto cesó la discusión, pero a partir de entonces no hubo nadie que quisiese firmar el documento. Así la cosas, los expedicionarios dejaron Mozomoco y pasaron a otro pueblo<sup>57</sup>.

Pronto se desencadenó el odio entre los sublevados. Lope de Aguirre, velando por la seguridad de todos como cumplía a su maestrazgo, ordenó la primera muerte en frío haciendo agarrotar a García de Arce *"porque había sido amigo del Gobernador"*<sup>58</sup>, y, según otros, su pariente. No es que lo hubieran descubierto en nada malo, pero mejor era prevenir que curar. Lope quiso también matar a Diego de Valcázar, el Justicia mayor, por haber dicho *"que tomaba la vara en nombre del rey"*<sup>59</sup>, pero habiéndolo sacado una noche de su hamaca, el preso se escapó de las manos del verdugo y corrió a refugiarse en la oscuridad de la selva. Su fortuna, sin embargo, le jugó una mala pasada, pues cuando seguro de haber burlado a sus perseguidores volvió la cabeza hacia atrás, cayó a un regular precipicio, de esos que casi no existen en la selva, quedando con muchos huesos rotos e imposibilitado de moverse. Don Fernando se interesó por su vida y con la primera alborada lo mandó buscar. Lo hallaron más muerto que vivo, pero, por el momento, se evitó la sepultura<sup>60</sup>.

No se salvaron, en cambio, Pedro Hernández, el de Sanlúcar, ni Pedro de Miranda, el mulato de Talavera, que a la sazón desempeñaban los cargos de Pagador y Alguacil de los rebeldes. Pero esta vez, Lope no fue el asesino. Los hizo morir Juan Alonso de la Bandera so color de que querían matar a don Fernando. La verdad era muy otra. Todo tuvo su origen en que cortejaban demasiado a la bella doña Inés, mujer que, por otro lado, gustaba mucho a La Bandera. Por sus dos compinches, *"muy ufano se prestó a darle garrote"*<sup>61</sup>. Con la muerte de los dichos, empezó a disminuir la lista de los matadores de Ursúa.

A estas alturas, por rivalizar sobre quién lograba más muertes, se hizo enojosísima la situación entre Lope de Aguirre y Juan Alonso de la Bandera. En torno de estos dos se formaron entonces gruesos bandos, pero prevaleció y pudo más por entonces el del último y don Fernando, para halagar en público a su lugarteniente, quitó a Lope el oficio de Maestre de Campo. Este, que era astuto como el diablo, lo renunció sin muestras de resentimiento. Antes bien, como relata Pedrarias de Almesto en su croniquilla de la jornada, la dejación la hizo en público y en los siguientes términos: *"Señor General y Señores Capitanes: bien sabéis que yo he sido uno de los que más metieron prenda en ordenar la muerte a Pedro de Ursúa como habéis entendido*

*y está claro que yo no puedo faltar en esto que entre manos tenemos. A mí se me hace gran merced en quitarme el cargo de maese de campo porque ya soy viejo y querria tener algún sosiego, y siendo maese de campo tengo mil negocios que me dan gran trabajo, y precio más estar un rato con mi hija que todo lo del mundo, porque aunque mestiza la quiero mucho. El señor Juan Alonso de la Bandera será maestre de campo, que bien sé yo que lo que yo le suplicare que lo hará, demás de que a mí se me da cargo muy honroso. Lo que aquí digo es que procuremos de no ser unos contra otros sino que haya gran hermandad y con esto yo me voy a dormir un poco'*<sup>62</sup>.

Pero muchos fueron entonces a reprochar a don Fernando su falta de tino y éste —que sabía el atractivo que la sangre noble tiene en los humildes— llamó entonces a Lope, a la sazón convertido en capitán de caballería, y le prometió que no entraría él al Perú si antes no le devolvía el maestrazgo, y que llegados a Lima casaría a Elvirica de Aguirre, la mesticilla de Lope, con su hermano don Martín de Guzmán, ese que fue capitán de Melchor Verdugo cuando lo de Nicaragua y el Nombre de Dios... El vizcaíno debió de mostrarse muy agradecido, por lo que don Fernando se animó a obsequiar a Elvirica ciertas sedas que tenía Ursúa para doña Inés, brindándole de paso mil halagos y cumplidos... Lope no mordió el anzuelo, porque de antemano conocía la verdad. Don Martín de Guzmán, hidalgo de los buenos de Andalucía, jamás emparentaría con él, simple domador de potros y soldado de baja estofa... Esto, porque don Martín había sido el Primer Maestre de la expedición a Omagua, teniendo la que abandonar antes de que partiera de los Motilones porque no cesaba de aconsejar a Ursúa que no llevase a tales y cuales soldados, entre los que uno era él, tenido por levantisco y traidor... Don Fernando no hacía sino cumplir una farsa, una farsa que le alcanzaba seguridad. Pero todo esto lo calló el astuto vizcaíno, plegándose al engaño y haciéndose el que mordía el anzuelo. Don Fernando se alegró con la docilidad de Lope y, dispuesto a halagarlo más todavía, comenzó a darle a su hija el tratamiento de cuñada<sup>63</sup>.

Mas esto acentuó la situación de tirantez entre Lope de Aguirre y La Bandera. El segundo creyó del caso mostrarse prepotente y el primero, aunque decía hacerle poco caso, andaba con una cota de malla bajo los vestidos. Tan soberbio se puso Juan Alonso que Lope descubrió en ello su debilidad y, haciendo valer su aparente futuro parentesco con don Fernando, comunicó a éste, se entiende que en secreto, que La Bandera pensaba asesinarlo y nombrarse General para quedarse con la hueste. Don Fernando se puso asustadísimo y se acogió a la protección de Lorenzo de Zaldueño. Pero Lope, concedor de

que éste andaba bebiendo los vientos por la bella doña Inés, le confió otro día que La Bandera había ganado mucho camino en el corazón de la dama. Zalduendo se encendió en celos y sincerándose con don Fernando se concertaron los dos para terminar con el común enemigo. El General se valió para esta muerte de una partida de naipes a la que invitó a La Bandera y a su amigo Cristóbal Hernández. La tenida se inició normalmente pero en lo mejor de ella, estando los invitados con la baraja en la mano, entraron a la habitación Lope de Aguirre, Zalduendo y otros más, todos los cuales mataron a La Bandera a puñaladas. La lista de los matadores de Ursúa seguía disminuyendo, y aumentando la de los matados por Lope<sup>64</sup>.

Luego de esto el miedo recrudeció entre los soldados, pues ninguno pudo decir que tenía la cabeza segura sobre los hombros. Colaboró también a ello la muerte de seis españoles a manos de los indios. Se rumoreó entonces que muchos hablaban de regresar al Perú y renunciar a la jornada de la selva, lo que entendido por el malicioso Lope, pensando que todo se acababa si recurrían a tal paso *“él mismo, de noche encubiertamente, desataba las canoas y las echaba río abajo y publicaba que los indios las hurtaban”*<sup>65</sup>. Lo hizo con tal arte, que en pocas noches soltó ciento treinta canoas, quedando veinte que eran poco menos que inservibles y, además, pequeñas.

Seguidamente, Lope —que a fuer de buen marrullero había convencido a Don Fernando de que él y no otro era el llamado a ser caudillo del Perú— instó a éste para que fingiese una renuncia y resultase elegido por aclamación de la tropa, único modo de probar que no lo habían encumbrado los tiranos. Don Fernando se prestó a ello y entonces Lope movilizó a todos sus secuaces, los situó en puntos estratégicos; finalmente, mandó reunir a toda la hueste en una plaza. Juntada la gente apareció Don Fernando y, dirigiéndose a todos los allí reunidos, les endilgó el siguiente razonamiento: *“Señores: hace muchos días que he deseado tratar con vuestras mercedes lo que ahora quiero hacer y es que yo tengo este cargo de General, como vuestras mercedes saben, y no sé si contra la voluntad de algunos, para lo cual, y para que entre nosotros haya más conformidad, yo desde ahora, dejo el cargo y desisto de él, y lo mismo harán estos señores oficiales para que vuestras mercedes libremente lo den a quien mejor les pareciere, que sea en provecho y conformidad de todos”*<sup>66</sup>. Y dicho esto, hincó en el suelo una partecana que tenía en la mano, en señal de que desistía del cargo, y lo mismo hicieron sus oficiales. *“Luego, sus amigos, primero, y tras ellos la mayor parte del campo, dijeron que querían por su General a don Fernando de Guzmán, y Fernando lo aceptó y dio por ello las gracias, y les dijo que cada uno dijese su pare-*



cer y sin ningún temor: que el que quisiese seguir la guerra del Perú, en que él y sus compañeros estaban determinados, había de firmar y jurar seguirla y obedecer a su General y capitanes en lo que se les mandase; y que si fuesen tantos que pudiesen y quisiesen buscar la tierra y poblarla, que él los dejaría con un caudillo que ellos escogiesen; y que se fuesen pocos, que él los sacaría a la primera tierra de paz, donde se podrían quedar, que él les aseguraba a todos, bajo su fe y palabra, que no recibirían daño por lo que dijeren. Todos los del campo, y algunos, a más no poder, por temor que tenían de que los matasen, firmaron y juraron la guerra del Perú<sup>67</sup>.

Al otro día, tratando de que todos se entendieran y terminaran los miedos y crímenes, el clérigo Alonso de Henao —ese que fue Contador de Melchor Verdugo en la expedición a Nicaragua y Nombre de Dios— dijo una misa y acabada, tomó juramento a la totalidad de la hueste de *“que entre ellos no habría revueltas y rencores, y que no irían unos contra otros, a pena que el que esto no hiciese y lo quebrantase, no pudiese ser absuelto sin ir a Roma”*<sup>68</sup>. Dicen que esto lo hizo el clérigo *“por las revueltas pasadas entre Juan Alonso de la Bandera y otros de su banda con Lope de Aguirre y sus amigos”*<sup>69</sup>.

Pero no por esto se inmutó el vizcaíno y otro día, sin que Don Fernando supiera nada, convocó a toda la gente delante de la cabaña del General, apabullándola con la siguiente proposición jamás pensada por nadie: *“Señores: ya vuestras mercedes saben y vieron cómo el otro día, por general consentimiento, hicimos a don Fernando de Guzmán General, y lo firmamos de nuestros nombres, y que a algunos que no quisieron firmar ni ser de este parecer, les hemos hecho y hacemos el tratamiento que a nuestros hermanos, y partimos con ellos las capas; y si alguno de vuestras mercedes, de los que el otro día firmaron, se ha arrepentido, díganlo sin temor ninguno, que lo mismo haremos con ellos”*<sup>70</sup>. Y todos lo que allí estaban dijeron que querían seguir lo comenzado, que les era forzoso por muchas causas no decir otra cosa; y tras esto dijo Lope: *“que para que la guerra llevase mejor fundamento y más autoridad, convenia que hiciesen y tuviesen por su Príncipe a don Fernando de Guzmán desde entonces, para coronarle por rey en llegando al Perú, y que para hacer esto era menester que se desligasen de los reinos de España, y negasen el vasallaje que debían al rey don Felipe y que él desde allí decía que no lo conocía ni le había visto, ni quería ni le tenía por rey, y que elegía y tenía por su Príncipe y rey natural a don Fernando de Guzmán, y como a tal le iba a besar la mano, y que todos le siguiesen e hiciesen lo mismo”*<sup>71</sup>. *“Y luego se fue hacia una casa, en que estaba don Fernando, y todos tras él, y primero Lope de Aguirre y luego*

*todos los demás le pidieron la mano y le llamaron excelencia, y él abrazaba a todos y no daba a nadie la mano. Mostró placer y holgóse con el nuevo nombre y dictado. Luego puso Casa de Príncipe, con muchos oficiales y gentiles hombres; comió desde entonces solo, y servíase con ceremonias. Cobró alguna gravedad con el nuevo nombre; dio nuevas conductas a sus capitanes, señalando salarios de diez y de veinte mil pesos en su Caja y haciendas, y sus cartas comenzaban de esta manera: "Don Fernando de Guzmán, por la gracia de Dios, Príncipe de Tierrafirme y Perú, y Gobernador de Chile". Y cuando decían esto, su secretario el primero, y los más del campo, en nombrando don Fernando de Guzmán, con todo acatamiento se quitaban la gorra, como si nombraran al rey don Felipe, nuestro señor, y tocaban trompetas y atabales cada vez que se comenzaba a leer alguna conducta de las que daba"*<sup>72</sup>.

### LA ORGIA DE SANGRE

Cabe advertir que en este pueblo, llamado después de Los Bergantines en razón de dos que allí se construyeron, los españoles estuvieron tres meses. Los navíos en cuestión se llamaron el "Santiago" y el "Victoria" y su torpe acabado, por el momento, arrojó unas naves planas y sin cubiertas, que no calaban más de cinco palmos y que, por tanto, dejaban mucho que desear. Sin embargo, en ambas embarcaciones y en algunas canoas partieron los expedicionarios en procura de la mar. Su objetivo era tomar Nombre de Dios y caer sobre el Perú, donde pensaban adueñarse de la tierra, matar a los vecinos, quedarse con sus mujeres y vengarse del Virrey Hurtado de Mendoza, quien "nos desterró de los dichos rreynos con engaños y falsedad, diziéndonos que veníamos a la mejor tierra y más poblada del mundo, siendo como es la más mala e ynabitable e de menos gente que ay..."<sup>73</sup>.

Quando se partió del pueblo de los Bergantines, el final de la Cuaresma, todos hablaban de arrasar Nombre de Dios, apropiarse de su artillería y capturar Panamá. Allí impedirían la salida de cualquier navío que pudiese alertar al Perú; luego se les juntarían los descontentos de Veragua y Nicaragua; también un millar de negros cimarrones a quienes se prometería libertad; y, finalmente, construyendo una galera de guerra, así como con los demás navíos tomados, caer sobre el Perú y entronizar a su Príncipe. Sólo entonces reinaría la justicia, pues el Príncipe se cuidaría de pagar debidamente los servicios prestados a todos y "los marañones" —como entre ellos se nombra-

ban— harían un reino independiente donde pudieran morir en paz...<sup>74</sup>.

La armadilla se apartó en esto de la orilla derecha, por la que hasta entonces había ido, pasando a la margen siniestra. Aportaron entonces a otro pueblo abandonado por los indios, donde pasaron la Semana Santa y celebraron la Pascua de Resurrección. Sin embargo, las sagradas fechas no calmaron en Lope su vocación de asesino. En efecto, por haber sabido que Peralonso Gasco recitaba versos latinos en los que se decía que el éxito era de los osados y el infortunio de los temerosos, lo agarró. También quiso matar el mismo día a un Villatoro, a quien el recitador deleitaba con sus versos, pero don Fernando se opuso y el pobre diablo salvó la vida<sup>75</sup>.

Después pasaron todos a otro pueblo de cabañas cuadradas, donde se halló un riquísimo licor que a muchos recordó el vino. No embargante las enormes reservas que del licor tenían los nativos, los soldados y negros de la expedición lo secaron en pocos días<sup>76</sup>.

*“Después que nos aposentamos en este pueblo —dice el cronista Vásquez— nos vinieron los indios de paz y se nos mostraron muy familiares; permutaban con nosotros gran cantidad de pescado, tortugas y puercos de monte, y algunos manatíes y otras cosas. y aún se alquilaban para moler maíz y otras obras y andaban sin ningún miedo entre nosotros y se metían en nuestros ranchos y, por mejor decir, en sus casas, a donde estábamos aposentados. Eran sutilísimos ladrones, que de noche nos hurtaban debajo de la cabeza la ropa y armas y otras muchas cosas”<sup>77</sup>.*

Aprovechando la abundancia de maderas, los tiranos decidieron fabricar aquí las cubiertas de los bergantines. Lope de Aguirre tomó a su cargo la vigilancia de la obra y se aposentó en una cabaña cercana al fondeadero<sup>78</sup>. El Príncipe y sus capitanes se alojaron no muy lejos de él. Un mes se tardó en encubertar los navíos, un mes en el cual el Príncipe quiso renunciar su principado y regresar a la senda del bien. Para ello hizo junta de sus capitanes, cuidándose de no invitar a Lope de Aguirre. Todos coincidieron en que el asesinato de Ursúa había sido el peor paso dado en la jornada de Omagua y que si se aspiraba al perdón del Rey debería comenzarse por descubrir y conquistar la tierra. Después de levantado el primer pueblo, el perdón vendría solo. Alguien mencionó entonces a Lope de Aguirre, vizcaíno marrullero y enemigo de toda noble empresa, por lo que todos acordaron librarse de él. Sin embargo, apartándose de esta unánime opinión, Alonso de Montoya argumentó que aún no era el momento, que faltaba poco para terminar los bergantines y que hecho esto se le mataría en la primera oca-

Lope de Aguirre, Fuerte Caudillo de los  
Marañones, según Germán Suárez Vértiz.



sión en que dejase su nave y pasase a la del Príncipe. Acabarían con él sin daño ni peligro para nadie, porque, a decir verdad, entonces estaría Lope sin su gente.

Esto le gustó mucho al Príncipe, que aborrecía el peligro, saliendo todos de la consulta prometiéndose guardar secreto. Todos salieron convencidos de que el próximo en morir sería el vizcaíno, *“pero el tirano Lope de Aguirre se dio más prisa en acabarlos a ellos, como luego se dirá”*<sup>79</sup>.

*“En este comedio, el tirano Lope de Aguirre, maese de campo, entendía en allegar amigos, e hizo una compañía de cuarenta hombres de sus amigos mayores, y los más bien aderezados y armados del campo; y toda la demás gente se repartió así mismo igualmente entre los demás capitanes de su Príncipe, sin que unos tuviesen más soldados que otros. Con estos cuarenta soldados y amigos de su compañía, y con otros muchos que cada día se le allegaban de las demás compañías al tirano Lope de Aguirre, a quien él daba las mejores armas del campo de ellos, las espadas, arcabuces; y a los que él no tenía por tan amigos les quitaba las armas, que fingía que eran descuidados, o que habían hecho delitos, y las daba a sus amigos; y éstos eran los herederos universales y forzosos de todos los que en el campo morían y él mataba. Y con esto comenzó este tirano a ensoberbecerse de manera que no quería que su Príncipe le fuese en cosa a la mano, ya que él lo quería hacer y ordenar todo a voluntad. Quiso aquí matar a Gonzalo Duarte, mayordomo mayor de su Príncipe, por ciertos enojos, y porque había pedido a su Príncipe una provisión para que Lope de Aguirre, maese de campo, ni otros oficiales no tuviesen cuenta con él ninguna, ni él fuese sujeto a ellos para cosa ninguna, sino solamente a su Príncipe; y él se la dio, y Lope de Aguirre, enojado con él por muchas cosas y más por esta exención que procuró, le prendió para matarle, y su Príncipe se lo quitó; y el tirano, muy enojado y bravo, se tendió en el suelo, y decía a su Príncipe que le diese su preso, que le quería castigar y hacer justicia, y que no se levantaría de allí si no se la daba. Y sacó de la vaina la espada y dijo que con ella le cortase la cabeza antes que estorbarle aquello que convenía a su servicio; y él le dijo que se fuese, que él se informaría de aquello y haría justicia. Y luego los capitanes del campo se metieron de por medio y los hicieron amigos a Lope de Aguirre y Gonzalo Duarte. Y en estas amistades se descubrió una cosa que hasta allí no se había sabido: que el Gonzalo Duarte, deseando el amistad de Lope de Aguirre, para atraerle a ella, le echaba cargo y le dijo publicamente que bien sabía Lope de Aguirre que en los motines había tratado con él que matasen a Pedro de Ursúa, e hiciesen General a don Fernando de Guzmán, y que Lope de Aguirre había de ser*

*su maese de campo, y a Gonzalo Duarte le prometió hacer capitán, y que aunque no se había efectuado, él lo había tenido tan secreto que nadie hasta allí lo había sabido. A lo cual Lope de Aguirre respondió que decía verdad, y así se abrazaron y fueron amigos*<sup>80</sup>.

Casi al mismo tiempo que aconteció lo arriba visto, surgió la gran desavenencia entre Lope de Aguirre y el capitán de la guardia del Príncipe, el navarro Lorenzo de Zalduendo. Este, después de tantas muertes y traiciones se había quedado con doña Inés, convirtiéndola de hecho en su manceba. No olvidó por ello a otra mestiza que andaba por el campamento, a la cual trataba de comadre y era una María de Sotomayor. El altercado surgió cuando los bergantines estuvieron listos, pues entonces pugnó Zalduendo por conseguir en ellos lugar para sus amantes, precipitándose en subir a bordo unos colchones, a lo que se opuso Lope de Aguirre quien destinaba aquellos sitios a otro fin. Se enojó mucho con ello Zalduendo y, estando ya con las mujeres a bordo, gritó indignado como para que lo oyeran todos: *“¡Mercedes me ha de hacer a mi Lope de Aguirre! —¡Vivamos sin él, pese a tal!”*<sup>81</sup>. No faltó quien corriera con la frase a Lope y éste, armado y seguido por algunos soldados, salió en busca de Zalduendo. El navarro acudió entonces a su Príncipe en busca de protección, hincándose de rodillas y pidiéndole que llamase a los soldados fieles... Pero estando en estas rogativas entró Lope en la habitación *“muy bravo y enojado”*<sup>82</sup>. El vizcaino buscó entonces a su víctima sin reparar en el Príncipe y cuando ubicó a Zalduendo a los pies de éste, lo cosió a estocadas crueles, salpicando, con sangre, de paso, las regias vestiduras del pulcro don Fernando, que horrorizado se cubría la cara con las manos.

Seguidamente Lope hizo venir a dos soldados, lo peor de su hueste, y les ordenó matar a doña Inés. Antón Llamoso y Francisco Carrión la sacaron entonces del pueblo y ya en el despojado, *“el uno le dió de agujazos y el otro la tomó por los cabellos y le dió sobre veinte puñaladas”*<sup>83</sup>. Doña Inés quedó en el suelo ensangrentada *“y así acabó la pobre señora que era la mayor lástima del mundo”*<sup>84</sup>. Según la croniquilla de Hernández, *“era la más linda dama que en el Perú quedaba a dichos de cuantos la conocieron”*<sup>85</sup>.

*“Muerto Lorenzo de Zalduendo, el tirano dijo a su Príncipe muchas desvergüenzas, en que le dijo que no se había de fiar de ningún sevillano; que mirase por sí, que le haría lo mismo, y que de ahí en adelante, si lo llamase a consulta de guerra, que había de llevar consigo cincuenta amigos bien armados, y que a él le valdria más gustar de los guijarros de Pariarca, que comer los buñuelos que le daba Gonzalo Duarte, su mayordomo,*

y otras cosas. Pasado este enojo el tirano Lope de Aguirre quiso y procuró aplacar a su Príncipe, y le dio algunas causas y disculpas porque había muerto a Lorenzo de Zalduendo delante de él, diciendo que pues él había querido matar a un tan buen y leal servidor de su excelencia, que no le debía pesar, pues él estaba vivo para guardarle y servirle más fielmente que ninguno. Pero su Príncipe, a más no poder, mostró quedar satisfecho, sin estarlo; por el contrario, desde aquel día anduvo siempre espantado y demudado el rostro”<sup>86</sup>.

A estas alturas, viendo a Lope tan poderoso, Gonzalo Guiral de Fuentes y Alonso de Villena —que estaban por capitán y maestresala del Príncipe, respectivamente— contaron al vizcaíno lo de la junta en que se planeó su muerte. Lo hicieron para congraciarse con él y de puro innobles que eran. Lope, que antes de esto ya tenía decidido acabar con don Fernando, esperó un tiempo y cierta noche, luego de tomar todas las canoas para evitar fugas mató malamente al capitán Alonso de Montoya y al *Almirante* Bovedo. Estas muertes fueron tan rápidamente hechas que casi nadie se percató de ellas. Luego mandó que otros sus soldados capturasen los bergantines y matasen a cualquier hombre sospechoso de fidelidad al Príncipe; puso centinelas a la salida del poblado y dispuso otras prevenciones de esta índole. Finalmente, con el alba fue a la cabaña de don Fernando, seguido de muchos y con la intención de victimarlo. En el camino Lope hizo un alto, desviándose a la choza del clérigo Hernao que dormía tranquilamente en una improvisada cama. Verlo Aguirre y lanzarse contra él fue todo uno, de modo que “*le dio una estocada que le pasó todo el cuerpo y la cama hasta hincar la espada en la barbacoa*”<sup>87</sup>. Seguidamente volvieron todos al camino y continuaron a la cabaña del Príncipe como si nada hubiese sucedido.

Este, que también dormía en improvisada cama, saltó asustado al ver la gente, pero divisando en la penumbra la contrahecha figura de Lope, atinó a decirle con voz temblorosa por el miedo: “*Padre mio, ¿qué es esto?*”<sup>88</sup>. Lope no le contestó, pero habiéndose encontrado en una habitación vecina a Gonzalo Duarte, Baltasar Toscano y Miguel Serrano, el tirano hizo traerlos a la presencia del Príncipe y allí matarlos a puñaladas. Mientras éstos se debatían moribundos ante la aterrorizada cara del Príncipe, se acercaron a éste Martín Pérez y Juan de Aguirre con las espadas desenvainadas. Primero hundieron sus aceros en el Príncipe, luego dispararon sus arcabuces en el moribundo cuerpo. Era el 22 de mayo de 1561, jueves de mañana.<sup>89</sup>

Cuentan los escritos que era este don Fernando de Guzmán, natural de Sevilla e hijo del Veinticuatro Alvar Pérez de Esquivel



y de doña Aldonza Portocarrero. *“Era hombre de buena estatura, bien hecho y formado de miembros, y sería de veinticinco o veintiseis años, o poco más o menos. Era de alguna manera gentilhombre, de ánimo reposado, y aun descuidado. Era virtuoso y enemigo de crueldades; no consentía que sus capitanes matasen a nadie; estorbó muchas muertes y daños en su campo. Fuera de esto era vicioso y glotón, amigo de comer y beber; especialmente frutas y buñuelos y pasteles, y en buscar estas cosas se desvelaba; y cualquiera que lo quisiese tener por amigo, con cualquiera de estas cosas fácilmente lo podría alcanzar y traerle a su voluntad. Fue demasiado ingrato a su Gobernador Pedro de Ursúa, que siempre lo había honrado y tenido en mucha reputación, y héchole su Alférez General, que era el mejor cargo de su campo, y él lo mató por sola ambición. Duróle el mando en la tiranía con nombres de General, y después, de Príncipe, casi cinco meses que en ellos no tuvo tiempo de hartarse de buñuelos y otras cosas en que ponía su felicidad”*<sup>90</sup>. Triste sino el de este Príncipe andaluz, porque después de probar tantos manjares, quedó en la selva masticando barro.

Muerto el Príncipe, Lope convocó a los soldados a la plaza de este pueblo —que después se llamó el pueblo de la Matanza— y formándolos en escuadrón, *“les dijo a todos que nadie se alborotase por lo que había visto, que aquellas eran cosas que la guerra causaba, y que porque su Príncipe y los demás no se habían sabido gobernar habían muerto, y que no quería de ello tratar más, sino que les rogaba que lo tuviesen por amigo y compañero, y que entendiesen que de allí en adelante iría la guerra derecha, y acabó llamándose general”*<sup>91</sup>. Para terminar repartió los cargos que habían quedado vacantes, prometió recompensas, felicitó a todos y los disolvió.

Luego de dos días de la muerte de don Fernando —tiempo en el que finó de enfermedad natural ese clérigo Portillo, al que tomó Ursúa sus dineros prometiéndole el obispado de Omagua— los expedicionarios partieron. Navegaron por el Amazonas ocho días y siete noches, avistando muchas poblaciones indias. En una de ellas hallaron pedazos de una guarnición de espada y ciertos clavos de cuando estuvo por allí Orellana. En otra toparon con indios que usaban flechas envenenadas, con quienes lograron las paces luego de recibir dos mensajeros, *“el uno cojo de un pie y el otro contrahecho de un lado, y traían sendos papagayos”*<sup>92</sup>.

Pero todo esto, que servía de distracción a la hueste, no apartó a Lope sus pensamientos impregnados de una morbosa desconfianza. Comenzó por desarmar a los sospechosos, poniéndoles en su bergantín muy vigilados; luego prohibió a todos que hablasen en voz baja; finalmente vedó a los soldados despla-

zarse de noche en los navíos so pena de perder la vida. El vizcaíno padecía ya de esa incómoda manía persecutoria que lo haría ver en todos los que le rodeaban a sus enemigos. Dormía poco, pues protegido por una gruesa cota de malla, pasaba las noches en pie, sin mostrar cansancio, ni sueño, cuando más, apoyado en la borda de su bergantín o en el mástil, dormitaba por instantes. Pero al menor ruido volvía en sí y echando mano de la espada —seguro dentro de su inseguridad— se quedaba quieto, esperando a su asesino... Cuando comprobaba haberse equivocado, tornaba a su primitiva postura. Siempre de pie y mirando las estrellas o las oscuras orillas del río, esperaba el alba. Con tal resistencia sus "*marañones*" comentaban que no parecía hombre sino diablo. Los más supersticiosos concordaban en que era una figura maligna, una encarnación infernal...

A estas alturas, en la tierra de los Arauquinas, los marineros advirtieron la cercanía del mar por cierto flujo y reflujo que se notaba en el río. También aquí, en un pueblo que nombraron de La Jarcia, se huyeron los indios brasiles que desde el Perú venían con los españoles y eran los causantes del mito de Omagua<sup>93</sup>.

Quince días permanecieron en La Jarcia los soldados terminando de pertrechar los bergantines para su próxima salida al mar. Pero también esta quincena resultó trágica para más de uno. Abrió la lista el flamenco Sebastián de Monteverde, al que mató Lope de Aguirre "*porque le pareció que andaba tibio en la guerra*"<sup>94</sup>. Después adujo que lo mató por luterano. Lo cierto fue que —sin duda influido por Francisco de Carvajal, el Demonio de los Andes— colgó del cadáver un letrado que decía: "*Por amotinadorcillo*"<sup>95</sup>. El siguiente lo fue Juan de Cabañas, deudo y paisano de Ursúa; luego Diego de Trujillo, capitán de la jornada y sevillano de Triana; por último, Juan González, Sargento Mayor, que era de Ayamonte<sup>96</sup>.

Partidos del pueblo de La Jarcia y estando en plena navegación, por mandato de Lope, el soldado Antón Llamoso atacó al Comendador de Rodas Juan de Guevara y "*le dio con una daga tres o cuatro puñaladas, estando descuidado a bordo del navío, y lo tomó por la horcajadura y lo echó al río y murió ahogado, pidiendo a voces confesión y el tirano [Lope de Aguirre] lo miraba con mucho placer...*"<sup>97</sup>.

En el siguiente pueblo Lope dejó un centenar de indios del Perú que habían venido por auxiliares. Todos sintieron lástima por los abandonados, pues maliciaron que pronto serían pasto de los caribes antropófagos. Aquí mató Lope de Aguirre a Pedro Gutiérrez y a Diego Palomo, por la simple sospecha que de ellos tuvo. Dicen que Diego de Palomo perdió los ánimos e hincándose ante Lope le pidió: "*por amor de Dios, que no lo matase y lo*

*dejase vivo con las piezas [o indios auxiliares] del Perú que allí quedaban, que se haria ermitaño y las recogeria y doctrinaria; pero el perverso tirano, que no curaba de cristiandad no lo quiso hacer, y lo mató*<sup>98</sup>.

Luego de esto, sin mayor anuncio de los marineros, el 4 de julio de 1561, los bergantines salieron al mar. La brisa y las aves marinas saludaron a los "*marañones*". El horizonte verde de la selva se alejó y en su lugar apareció uno azul y coronado de espuma. Los bergantines acusaron el cambio y empezaron a navegar con nuevos movimientos. Pero Lope no se inmutó y parándose en cubierta, ordenó poner la proa a la Margarita<sup>99</sup>.

### LA MARGARITA

Después de diecisiete días de vagar por el océano, los bergantines avistaron la isla el lunes 21 de julio, víspera de la Magdalena. El tirano tomó el puerto de Paragua o Paraguachi, punto que a partir de entonces figuraría en los mapas como *Puerto del Traidor*. Antes de desembarcar asesinó a Gonzalo Guiral de Fuentes, a Diego de Valcázar y a Sancho Pizarro, por sospechosos<sup>100</sup>.

Mientras tanto, el Gobernador de la Isla don Juan de Villandrando, habiendo tenido noticias de los bergantines que mero-deaban por la costa temió que fueran corsarios franceses y, haciéndose acompañar por unos pocos, montó a caballo y fue a la playa para observar mejor. En la orilla encontró desembarcados ya a los "*marañones*" y a Lope de Aguirre a su cabeza. Enterado Lope de que había salido a recibirlo el Gobernador, se echó por tierra y quiso besar el pie de tan alto personaje, pero luego de darle confianza, valiéndose de un ardid, lo capturó. Con él fueron apresados varios vecinos importantes, incluso un Alguacil y un Alcalde de la Isla, cautivos todos que envalentonaron a los "*marañones*" y los decidieron a capturar la capital de los isleños, como lo hicieron al mediodía del martes 22<sup>101</sup>.

Dueños de la población y gritando: "*¡Viva Lope de Aguirre!*"<sup>102</sup>, los "*marañones*" hicieron de las suyas. Comenzaron por derribar la picota, símbolo de la autoridad del Rey, luego desarmaron a todos los vecinos, robaron las Cajas Reales y terminaron posesionándose de un fortín que asomaba por encima del pueblo. Allí subieron de casa de un mercader una pipa llena de vino, la que los "*marañones*", "*en menos de dos horas se la bebiéron*"<sup>103</sup>. Luego Lope, que tenía sus motivos para desprenderse de su capitán Enríquez de Orellana, lo mandó ahorcar sin confesión acusándolo de haberse emborrachado<sup>104</sup>.

Pero estando exigiendo a los vecinos seiscientos carneros, amén de ciertos novillos y maíz necesarios para el sustento de

la tropa, supo Lope que allí cerca estaba el barco de fray Francisco Montesinos, Provincial de los dominicos. Dispuesto a posesionarse de tal nave, porque era de primerísima necesidad para la prosecución de toda aquella empresa, destacó a su capitán Pedro de Munguía para que con veinte "*marañones*" lo tomara. Esta fue la causa de su primer fracaso, porque habiendo marchado Munguía a la Punta de las Piedras a capturar el navío se pasó con sus hombres al bando del Rey, juntándose al fraile Montesinos y volviendo a la Margarita contra Lope de Aguirre<sup>105</sup>.

A estas alturas el tirano se ocupaba en perseguir al bachiller Francisco Vásquez, a Gonzalo de Zúñiga, a Pedrarias de Almesto, a Juan de Villatoro y a un fulano Castillo, desertores "*marañones*" que habían huido al monte por no seguir con Lope y verse obligados a luchar contra el Rey. Ei tirano logró prender a Castillo y Villatoro, a los que colgó sin permitirles confesarse, mas no pudo capturar a los otros, los cuales serían con el tiempo cronistas de la jornada<sup>106</sup>.

Otros muertos de esos días fueron Juanes de Iturriaga, paisano y capitán de Lope del que se dijo "*que juntaba amigos y que a su mesa comían algunos soldados*"<sup>107</sup>. Nada más que por esto le dieron varios arcabuzazos estando en la mesa con sus amigos, "*y otro día, de mañana le enterraron con gran pompa y banderas arrastrando y tocando tambores ronc*"<sup>108</sup>.

Pero el día verdaderamente trágico fue el viernes 1° de agosto, fecha en que recién se enteró de la desertión de Munguía. Entonces Lope se deshizo en maldiciones y echando espumarajos ordenó poner más cadenas al Gobernador y a los demás cautivos, subiendo a todos los vecinos con sus mujeres al fortín y, diciendo a grandes voces, "*que había de hacer correr arroyos de sangre por la plaza de la Margarita*"<sup>109</sup>.

Al día siguiente, que fue sábado, a eso del mediodía se enteró que el Provincial y Munguía habían tomado puerto en la Punta de las Piedras y traían muchos hombres contra él. Entonces Lope se puso "*muy enojado y bravo, y blasfemando de Dios y de sus santos, andaba muy orgulloso con sus soldados, aperciéndolos para pelear contra el fraile*"<sup>110</sup>. Dispuesto a evitar futuras desertiones se puso inflexible y diciendo: "*de los enemigos los menos*"<sup>111</sup>, mató esa misma noche al Gobernador Juan de Villandrando y a cuatro que estaban con él prisioneros, no obstante haberlos visitado esa mañana para prometerles "*que ninguno de ellos había de morir*"<sup>112</sup>.

Luego de esto ordenó cubrir los cadáveres con una estera y reuniendo a todos sus "*marañones*", descubrió los cuerpos de aquellos difuntos para decirles: "*Mirad, marañones, qué habeis hecho, que allende de los males y daños pasados que en el río Marañón hicisteis matando a vuestro Gobernador Pedro de*

*Ursúa, y a su Teniente don Juan de Vargas y a otros muchos, jurando y alzando por Príncipe a don Fernando Guzmán y firmándolo de vuestros nombres, habeis también muerto en esta Isla al Gobernador de ella y a los Alcaldes y Justicias que, vedlos, aquí están; por tanto, cada uno de vosotros mire por sí y pelee por vida, que en ninguna parte del mundo podeis vivir seguros si no en mi compañía, habiendo cometido tantos delitos”*<sup>113</sup>.

Los ignorantes soldados se sintieron comprometidos y ochenta de ellos con Lope a la cabeza salieron a la Punta de las Piedras a enfrentarse al barco del Provincial. Mas habiendo comprobado que el navío navegaba hacia el pueblo, presuroso, volvió el tirano a él. Apenas entrado mató a su Maestre de Campo Martín Pérez, porque alguien lo acusó de querer tomar los navios y huir a Francia. Esta muerte alborotó a muchos vecinos, los que para escapar de un peligro que creían general, se arrojaron de lo alto de la fortaleza para ir a esconderse en los montes. Como era de esperar, los contusos fueron varios<sup>114</sup>.

Luego de esto, Lope de Aguirre escribió una carta al Provincial. En verdad que se sentía bastante atado, porque confiando en Munguía había encallado los bergantines para que a ninguno se le ocurriera fugar. Por eso, la carta al Provincial fue dirigida a lograr con él un entendimiento. Pero el fraile le contestó sin rodeos que no trataba con traidores y que él se iba a Maracapaná y de allí a Santo Domingo a dar cuenta de lo que pasaba. Cuenta la croniquilla de Zúñiga que antes de que se fuera, medio en broma y medio en serio, Lope le envió a decir que si le ayudaba a conquistar el Perú, “*le hacía Papa*”<sup>115</sup>. Pero el Provincial no tenía sueños pontificios y se fue sin contestarle.

Resultado de todo fue que Lope mató a un fraile dominico que nada tenía que ver con los planes del Provincial. Un segundo fraile, igualmente dominico, también sufrió muerte atroz. Su pecado fue confesar a Lope —lo que prueba que el vasco era creyente— y haberle recriminado en el confesionario. “*Cuando le querían matar, el fraile les rogó le dejasen primero encomendarse un poco a Dios, y tendiéndose en el suelo boca abajo rezó el Salmo de Miserere mei... y levantándose del suelo, se encomendó a Dios y les dijo que aquella muerte él la tomaba por Dios, que se la diesen la más cruel que pudiesen; y así le dieron garrote, el cordel por la boca, hasta que se la hicieron pedazos, y como no se ahogase presto, le pasaron el cordel al pescuezo. Créese que el fraile murió mártir...*”<sup>116</sup>. Por ayudar a ciertos conspiradores mató luego a Ana de Rojas, la que ahorcada en el rollo sirvió de blanco a los arcabuceros “*marañones*” que quisieron practicar; también murió agarrotado el marido de la Rojas y una mujer apellidada Chávez, esta última por

encubrir desertores. El castigo más tenue que dio Lope en la isla fue a un mancebo que no lo visitó. A éste mandó lavarle la barba con orines, obligándole a que pagase, por raparla, cuatro gallinas al barbero<sup>117</sup>.

A esto, el tirano quería seguir su jornada del Perú, mas por falta de navíos pensó que lo mejor sería ir (en dos pequeños que allí había) a Venezuela y Nueva Granada. Apresuró su salida de la isla la presencia de Francisco Fajardo, vecino de Caracas, venido con ciertos indios y flechas envenenadas en defensa de los españoles de la Margarita<sup>118</sup>.

Por esto y por estar la isla perdida, zarpó de ella Lope de Aguirre y sus "marañones" el domingo 31 de agosto de ese año 61. Dejó en la Margarita enterrados a catorce de sus soldados, siete vecinos, dos frailes y dos mujeres, amén de dos indios ladinos. Antes de partir "*mandó ahorcar el tirano a un fulano Somorrostro, vecino de la Isla, que era un hombre viejo, porque cuando llegó el tirano a la Isla se había ofrecido a ir con él, y al tiempo de la partida le pidió licencia para quedarse, y él se la dió, pero quedó colgado del rollo*"<sup>119</sup>.

Gonzalo de Zúñiga, uno de los desertores, escribió unas coplas sobre el tirano a raíz de su partida de la Margarita:

*"No queda hombre ni mujer  
que mal no fuese tratado  
deste cruel matador  
que de Aguirre era nombrado.*

*La muerte de muchos buenos  
el gran traidor A causado  
usando de muchas mañas  
cautelas como maluado.*

*Y como perro rabioso  
queda tan encarnizado  
que de sus propios amigos  
A mas de veinte A matado.*

*y también mató a mujeres  
y a frailes no a perdonado.*

*A nadie da confesión  
porque no lo A acostumbrado  
y así se tiene por cierto  
ser el tal Endemoniado"<sup>120</sup>.*

Doce días después, el tirano aportó a la costa de la Burburata. Durante la navegación se consagró de blasfemo, pues entre otras cosas dijo "*que no creía en Dios si Dios no era bandolero;*

que hasta allí había sido de su bando, y que entonces se había pasado a sus contrarios. Amenazaba de muerte a los pilotos y hombres de la mar que llevaba en los navíos; pensaba que le llevaban engañado, que en ellos estaba la falta de tiempo, y enojado con ellos, decía que si Dios había hecho el cielo para tan ruin gente, que no quería él ir allá. Y otras veces, alzando los ojos hacia el cielo decía: Dios, si algún bien me has de hacer, ahora lo quiero, y la gloria guárdala para tus Santos"<sup>121</sup>.

En la Burburata incendió un navío de mercaderes que allí halló, posesionándose también del pueblo abandonado por sus vecinos. Lope intencionalmente se quedó al último y en un gesto que le pertenece íntegramente (y no a Hernán Cortés, como hasta hoy se ha creído) pegó fuego a los cuatro navichuelos en que zarpó de la Margarita, forzando así a sus hombres a defenderse hasta la muerte y no pensar en huir"<sup>122</sup>.

Como los vecinos de la Burburata le hirieran a ciertos "marañones", mandó pregonar guerra a sangre y fuego contra el Rey de Castilla y sus vasallos. Los vecinos, al enterarse de esto, motejaron a Lope de luterano. Entonces el vizcaíno amenazó a los vecinos de Nueva Valencia con hacerles una visita si no le enviaban caballos, pero los notificados no se dignaron responderle. Iracundo mató por ello a un mercader; también mató a un "marañón" que enfermó, o como él decía, se fingió enfermo para no seguirlo. A este le colgó, después de muerto, un letre-rillo que decía: "Por inútil y desaprovechado"<sup>123</sup>.

Después de prender al Alcalde de la Burburata junto con su familia y de saquear el pueblo hasta dejarlo en la miseria, los "marañones" salieron a Nueva Valencia. Iban todos en pie de guerra, llevando arcabuces y cañones, caballos y munición. Los ciento sesenta "marañones" tenían ya su fama bien ganada. De ellos contaban, y era cierto, que rompían las pipas de vino para bañarse en ellas o que, abriéndoles un agujero, se servían del chorrillo para lavarse los pies. Los "marañones" eran los soldados más despilfarradores del mundo. En el fondo sabían que les quedaba poca vida, pues el Rey acabaría con todos ellos, y hacían lo posible para divertirse"<sup>124</sup>.

Enterados los vecinos de Nueva Valencia que marchaban contra ellos los tiranos, huyeron al monte con sus mujeres e hijos, pero los de Tocuyo, con su Gobernador Pedro Pablo Collado, decidieron defenderse y si, necesario fuere, morir. Collado nombró entonces a Gutiérrez de la Peña, General de los leales y éste, al frente de cuarentidós jinetes, partió para Barquisimeto a cimentar la resistencia. Allí se le juntaron otros cuarenta soldados con sus caballos al mando de Pedro Bravo, pero lo que verdaderamente alegró a los realistas fue la venida de Diego García de Paredes, el hijo del *Hércules Extremeño* famoso en las gue-

rras del Gran Capitán, el cual vino de Coycas con tres o cuatro arcabuces, "que era la mayor fuerza de la gente de Venezuela"<sup>125</sup>.

Después de matar a otros dos soldados que daban muestras de tibieza por la causa de los "marañones", Lope entró a Nueva Valencia, población que encontró deshabitada. El vizcaíno estaba muy enfermo, pues se extremó en cargar la munición por ayudar a las cabalgaduras del transporte, por lo que llegado a la plaza mayor se desplomó en tierra rendido. Sus hombres, al verlo en el suelo, acudieron y lo levantaron. Algunos, con cierta bandera que llevaban, le dieron sombra y de este modo entró "a manera de palio"<sup>126</sup>. Esa noche, deliró mucho por causa de la fiebre, exclamando con frecuencia: "¡Matarme, matarme!"<sup>127</sup>.

Pero pasados unos días el tirano se recuperó y otra vez habló de seguir al Perú por la Nueva Granada, porque ya se sabría de su alzamiento en Nombre de Dios y los de aquel puerto estarían a la defensiva. Pasados diez días quiso partir para Barquisimeto, "y como viese el tirano que toda la gente de los pueblos por donde hasta allí había venido huían, y ninguno venía a él, como pensaba, blasfemaba, y renegando decía muchas veces que no creía en tal... y que ¿cómo era posible que nadie hasta allí se les hubiese pasado?, y que... la guerra... desde el principio del mundo los hombres la habían amado y seguido"<sup>128</sup>. Y a continuación hacía extensivo su juicio al cielo, diciendo que hasta allí habían habido rebeldes, razón por la cual los ángeles habían echado a Lucifer.

### LA CARTA AL REY FELIPE

Fue aquí, en Nueva Valencia, donde Lope se dio el lujo de escribir su famosa carta a Felipe II, Rey de España por abdicación de su padre el Emperador don Carlos. El documento, por lo insólito y desvergonzado, ha merecido pasar a la posteridad. La verdad es que hasta entonces nadie se había dirigido en ese tono al monarca español; pero Lope, con su habitual cinismo y desfachatez, se tomó esa libertad y la carta resultó un insulto, un desacato y una burla. Mas aún, con su pluma resentida y desdeñosa, Lope se permitió tutear al Rey español para luego aconsejarlo sobre cómo debería gobernar su reino. Felipe II no debió de sonreír cuando la carta llegó a sus manos. Sus Consejeros se cuidarían de advertirle que era de un loco que por haber andado mucho se llamaba *El Peregrino*. Pero el Austria debió acariciarse la barba mientras iniciaba la lectura del documento, prosiguiendo en este gesto hasta el final. Luego, intrigado, clavaría la mirada en el vacío. El sucio papelucho había cumplido su intento. Veamos lo que decía:



A facsimile of the signature of Lope de Aguirre, written in a highly stylized, cursive script. The signature is composed of several large, overlapping loops and flourishes. The name 'Lope de Aguirre' is written in a smaller, more legible cursive font within the larger, more decorative strokes. A long, horizontal flourish extends from the bottom of the signature across the width of the page.

Facsímil de la firma de Lope de Aguirre.

“Rey Felipe, natural español, hijo de Carlos invencible:

“Lope de Aguirre, tu mínimo vasallo, cristiano viejo, de medianos padres, hijodalgo, natural vascongado, en el reino de España, en la villa de Oñate vecino, en mi mocedad pasé el mar Océano a las partes del Perú, por valer más con la lanza en la mano y por cumplir con la deuda que debe todo hombre de bien; y así, en veinticuatro años te he hecho muchos servicios en el Perú en conquistas de indios y en poblar pueblos en tu servicio, especialmente en batallas y reencuentros que ha habido en tu nombre, siempre conforme a mis fuerzas y posibilidad, sin importunar a tus oficiales por paga, como parecerá por tus reales libros.

“Bien creo, excelentísimo rey y señor, aunque para mí y mis compañeros no has sido tal, sino cruel e ingrato a tan buenos servicios como has recibido de nosotros; aunque también creo que te deben de engañar los que te escriben de esta tierra, como están lejos. Avísote, rey español, adonde cumple haya toda justicia y rectitud para tan buenos vasallos como en esta tierra tienes, aunque yo, por no poder sufrir más las crueldades que usan tus Oidores, Virrey y Gobernador, he salido de hecho con mis compañeros, cuyos nombres después diré, de tu obediencia, y desligándonos de nuestras tierras, que es España, y hacerte en estas partes la más cruda guerra que nuestras fuerzas pudieran sustentar y sufrir; y esto, cree, rey y señor, nos ha hecho hacer el no poder sufrir los grandes pechos, premios y castigos injustos que nos dan tus ministros que, por remediar a sus hijos y criados, nos han usurpado y robado nuestra fama, vida y honra, que es lástima, ¡oh rey!, y el mal tratamiento que se nos ha hecho. Y así, yo, manco de mi pierna derecha, de dos arcabuzazos que me dieron en el valle de Chuquinga, con el mariscal Alonso de Alvarado, siguiendo tu voz y apellidándola contra Francisco Hernández Girón, rebelde a tu servicio, como yo y mis compañeros al presente somos y seremos hasta la muerte, porque ya de hecho hemos alcanzado en este reino cuán cruel eres y quebrantador de fe y palabra; y así tenemos en esta tierra tus perdones por de menos crédito que los libros de Martín Lutero. Pues tu Virrey, Marqués de Cañete, malo, lujurioso, ambicioso tirano, ahorcó a Martín de Robles, hombre señalado en tu servicio, y al bravo Tomás Vásques, conquistador del Perú, y al triste de Alonso Díaz, que trabajó más en el descubrimiento de este reino que los exploradores de Moisés en el desierto; y a Piedrahita, que rompió muchas batallas en tu servicio, y aun en Pucará, ellos te dieron la victoria, porque si no se pasaran, hoy fuera Francisco Hernández rey del Perú. Y no tengas en mucho el servicio que tus Oidores te escriben haberte hecho, porque es muy gran fábula si llaman servicio

haberte gastado ochocientos mil pesos de tu Real Caja para sus vicios y maldades. Castígalos como a malos, que de cierto lo son.

“Mira, mira, rey español, que no seas cruel a tus vasallos, ni ingrato, pues estando tu padre y tú en los reinos de Castilla sin ninguna zozobra, te han dado tus vasallos, a costa de su sangre y hacienda, tantos reinos y señoríos como en estas partes tienes. Y mira, rey y señor, que no puedes llevar con título de rey justo ningún interés de estas partes donde no aventuraste nada, sin que primero los que en ello han trabajado sean gratificados.

“Por cierto lo tengo que van pocos reyes al infierno, porque sois pocos; que si muchos fuédeses, ninguno podría ir al cielo, porque creo allá seríades peores que Lucifer, según tenéis sed y hambre y ambición de hartaros de sangre humana; mas no me maravillo ni hago caso de vosotros, pues os llamáis siempre menores de edad, y todo hombre inocente es loco, y vuestro gobierno es aire. Y, cierto, a Dios hago solemnemente voto, yo y mis docientos arcabuceros marañones, conquistadores, hijosdalgo, de no dejarte ministro tuyo a vida, porque yo sé hasta donde alcanza tu clemencia; y el día de hoy nos hallamos los más bienaventurados de los nacidos, por estar como estamos en estas partes de Indias teniendo la fe y mandamientos de Dios enteros y sin corrupción, como cristianos; manteniendo todo lo que manda la Santa Madre Iglesia de Roma; y pretendemos, aunque pecadores en la vida, recibir martirio por los mandamientos de Dios.

“A la salida que hicimos del río de las Amazonas, que se llama el Marañón, vi en una isla poblada de cristianos, que tiene por nombre la Margarita, unas relaciones que venían de España, de la gran cisma de luteranos que hay en ella, que nos pusieron temor y espanto, pues aquí en nuestra compañía hubo un alemán, por su nombre Monteverde, y lo hice hacer pedazos. Los hados darán la paga a los cuerpos, pero donde nosotros estuviéremos, cree, excelente Príncipe, que cumple que todos vivan muy perfectamente en la fe de Cristo.

“Especialmente es tan grande la disolución de los frailes en estas partes, que, cierto, conviene que venga sobre ellos tu ira y castigo, porque ya no hay ninguno que presuma de menos que de gobernador. Mira, mira, rey, no les creas lo que te dijeren, pues las lágrimas que allá echan ante tu Real persona, es para venir acá a mandar. Si quieres saber la vida que por acá tienen, es entender en mercaderías, procurar y adquirir bienes temporales, vender los Sacramentos de Iglesia por precio; enemigos de pobres, incaritativos, ambiciosos, glotones y soberbios; de manera que por mínimo que sea un fraile, pretende mandar

y gobernar todas estas tierras. Pon remedio, rey y señor, porque de estas cosas y malos ejemplos no está imprimida ni fijada la fe en los naturales; y, más te digo, que si esta disolución de estos frailes no se quita de aquí, no faltarán escándalos.

“Aunque yo y mis compañeros, por la gran razón que tenemos, nos hayamos determinado de morir, de esto y otras cosas pasadas, singular rey, tú has sido causa, por no dolerte del trabajo de estos vasallos y no mirar lo mucho que les debes; que si tú no miras por ellos y te descuidas con estos tus oidores, nunca se acertará en el gobierno. Por cierto, no hay para qué presentar testigos, más de avisarte cómo estos tus Oidores tienen cada un año cuatro mil pesos de salario y ocho mil de costa, y al cabo de tres años tienen cada uno sesenta mil pesos ahorrados y heredamientos y posesiones; y con todo esto, si se contentasen con servirlos como a hombres, medio mal y trabajo sería el nuestro; más, por nuestros pecados, quieren que doquiera que los topemos, nos hinquemos de rodillas y los adoremos como a Nabucodonosor; cosa, cierto, insufrible. Y yo, como hombre que estoy lastimado y manco de mis miembros en tu servicio, y mis compañeros viejos y cansados en lo mismo, nunca te he de dejar de avisar que no fíes en estos letrados tu Real conciencia, que no cumple a tu Real servicio descuidarte con éstos, que se les va todo el tiempo en casar hijos é hijas, y no entienden en otra cosa, y su refrán entre ellos, y muy común, es: (A tuerto y a derecho, nuestra casa hasta el techo).

“Pues los frailes a ningún indio pobre quieren absolver ni predicar; y están aposentados en los mejores repartimientos del Perú, y la vida que tienen es áspera y peligrosa, porque cada uno de ellos tiene por penitencia en sus cocinas una docena de mozas, y no muy viejas, y otros tantos muchachos que les vayan a pescar; pues a matar perdices y a traer fruta, todo el repartimiento tiene que hacer con ellos; que, en fe de cristianos, te juro, rey y señor, que si no pones remedio en las maldades de esta tierra, que te ha de venir azote del cielo; y esto dígo por avisarte de la verdad, aunque yo y mis compañeros no queremos ni esperamos de tí misericordia.

“¡Ay, ay, qué lástima tan grande que César y Emperador, tu padre, conquistase con la fuerza de España la superbia Germania, y gastase tanta moneda llevada de estas Indias descubiertas por nosotros, que no te duelas de nuestra vejez y cansancio, siquiera para matarnos de hambre un día! Sabes que vemos en estas partes, excelente rey y señor, que conquistaste a Alemania con armas, y Alemania ha conquistado a España con vicios, de que, cierto, nos hallamos acá más contentos con maíz y agua, sólo por estar apartados de tan mala ironía, que los que en ella han caído pueden estar con sus regalos. Anden

las guerras por donde anduvieren, pues para los hombres se hicieron; mas en ningún tiempo, ni por adversidad que nos venga, no dejaremos de ser sujetos y obedientes a los preceptos de la Santa Madre Iglesia Romana.

“No podemos creer, excelente rey y señor, que tú seas cruel para tan buenos vasallos como en estas partes tienes, sino que estos tus malos Oidores y ministros lo deben de hacer sin tu consentimiento. Dígolo, excelente rey y señor, porque en la ciudad de los Reyes, dos leguas de ella, junto a la mar, se descubrió una laguna donde se cría algún pescado, que Dios lo permitió que fuese así; y estos tus malos Oidores y oficiales de tu Real patrimonio, por aprovecharse del pescado, como lo hacen, para sus regalos y vicios, la arriendan en tu nombre, dándonos a entender, como si fuésemos inhábiles, que es por tu voluntad. Si ello es así, déjenos, Señor pescar algún pescado siquiera, pues que trabajamos en descubrirlo; porque el rey de Castilla no tiene necesidad de cuatrocientos pesos, que es la cantidad porque se arrienda. Y pues, esclarecido rey, no pedimos mercedes en Córdoba, ni en Valladolid, ni en toda España, que es tu patrimonio, duélete, Señor, de alimentar los pobres cansados en los frutos y réditos de esta tierra, y mira, rey y señor, que hay Dios para todos, igual justicia, premio, paraíso e infierno.

“En el año cincuenta y nueve dió el Marqués de Cañete la jornada del río de las Amazonas a Pedro de Orsúa, navarro, y por decir verdad, francés, y tardó en hacer navios hasta el año sesenta, en la provincia de los Motilones, que es término del Perú; y porque los indios andan rapados a navaja, se llaman Motilones; aunque estos navios, por ser la tierra donde se hicieron lluviosa, al tiempo de echarlos al agua se nos quebraron los más de ellos, e hicimos balsas, y dejamos los caballos y haciendas, y nos echamos el río abajo, con harto riesgo de nuestras personas; y luego topamos los más poderosísimos ríos del Perú, de manera que nos vimos en Golfo-Dulce; caminamos de prima faz trescientas leguas, desde el embarcadero donde nos embarcamos la primera vez.

“Fue este Gobernador tan perverso, ambicioso y miserable, que no lo pudimos sufrir; y así, por ser imposible relatar sus maldades, y por tenerme por parte en mi caso como me tendrás, excelente rey y señor, no diré cosa más de que le matamos; muerte, cierto, bien breve. Y luego a un mancebo, caballero de Sevilla, que se llamaba don Fernando de Guzmán, lo alzamos por nuestro rey y lo juramos por tal, como tu Real persona verá por las firmas de todos los que en ello nos hallamos, que quedan en la isla Margarita en estas Indias, y a mi me nombraron por su maese de campo; y porque no consentí en sus insultos y maldades, me quisieron matar, y yo maté al nuevo rey y

al capitán de su guardia, y teniente general, y a cuatro capitanes y a su mayordomo, y a un capellán, clérigo de misa, y a una mujer, de la liga contra mi, y a un comendador de Rodas, y a un almirante y dos alféreces, y otros cinco o seis aliados suyos, y con intención de llevar la guerra adelante y morir en ella, por las muchas crueldades que tus ministros usan con nosotros; y nombré de nuevo capitanes y sargento mayor, y me quisieron matar, y yo los ahorqué a todos. Y caminando nuestra derrota, pasando todas estas muertes y malas aventuras en este río Marañón, tardamos hasta la boca de él y hasta la mar más de diez meses y medio: caminamos cien jornadas justas, anduvimos mil quinientas leguas. Es río grande y temeroso: tiene de boca ochenta leguas de agua dulce, y no como dicen, por muchos brazos, tiene grandes bajos, y ochocientas leguas de desierto, sin género de poblado, como tu Majestad lo verá por una relación que hemos hecho, bien verdadera. En la derrota que corrimos tiene seis mil islas. ¡Sabe Dios cómo nos escapamos de este lago tan temeroso! Avísote, rey y señor no proveas ni consientas que se haga alguna armada para este río tan mal afortunado, porque en fe de cristiano te juro, rey y señor que si vinieren cien mil hombres, ninguno escape, porque la relación es falsa y no hay en el río otra cosa que desesperar, especialmente para los chapetones de España.

“Los capitanes y oficiales que al presente llevo, y prometen morir en esta demanda, como hombres lastimados, son: Juan Jerónimo de Espinola, genovés, capitán de infantería; los dos andaluces; capitán de a caballo, Diego Tirado, andaluz, que tus Oidores, rey y señor, le quitaron con grande agravio indios que había ganado con su lanza; capitán de mi guardia, Roberto de Coca, y a su alférez Nuflo Hernández, valenciano; Juan López de Ayala, de Cuenca, nuestro pagador; alférez general, Blas Gutiérrez, conquistador, de veintisiete años, alférez, natural de Sevilla; Custodio Hernández, alférez, portugués; Diego de Torres, alférez, navarro; sargento, Pedro Rodríguez Viso; Diego de Figueroa; Cristóbal de Rivas, conquistador; Pedro de Rojas, andaluz; Juan de Salcedo, alférez de a caballo; Bartolomé Sánchez Paniagua, nuestro barrachel; Diego Sánchez Bilbao, nuestro pagador.

“Y otros muchos hijosdalgo de esta liga ruegan a Dios, Nuestro Señor, te aumente siempre en bien y ensalce en prosperidad contra el turco y franceses, y todos los demás que en estas partes te quisieran hacer guerra; y en éstas nos dé Dios gracia que podamos alcanzar con nuestras armas el precio que se nos debe, pues nos han negado lo que de derechos se nos debía. Hijo de fieles vasallos en tierra vascongada, y rebelde hasta la muerte por tu ingratitud, Lope de Aguirre, el Peregrino”<sup>129</sup>.

## LA MUERTE DEL VIZCAINO

Después de escribir la famosa carta al Rey Felipe, Lope salió de Valencia el 15 de octubre, llegando a Nueva Segovia de Barquisimeto el miércoles 22. En el camino llovió mucho, lo que hizo prorrumpir al caudillo de los "marañones" en blasfemias que a todos puso pavor. Se sabe que una de ellas fue: "*¿Piensas Dios que por que llueva no tenga de ir al Perú y destruir al mundo? ¡Pues engañado está conmigo!*"<sup>130</sup>. Otro día gritará: "*No quiero creer en Dios ni en la ley judaica, ni morisca, sino nacer y morir*"<sup>131</sup>. Sin embargo creía en Dios, porque aceptaba el infierno: "*yo bien se que me tengo que condenar, pero en el infierno no tengo yo que entrar con la gente bahuna, sino con Alejandro Magno, con Julio César, con Pompeyo y otros príncipes del mundo...*"<sup>132</sup>. Esta frase traduce un pecado mayor. Era el pecado de Judas, nacido de la desesperación por haber perdido la esperanza en todo perdón del cielo. En síntesis, Lope hacía a Dios tan ofendido, que veía inoperante su infinita misericordia.

Pensando y diciendo estas cosas, el Fuerte Caudillo de los Maraños llegó a Nueva Segovia de Barquisimeto. Barquisimeto estaba desierto y en sus vacías casas sólo hallaron unas cédulas de perdón dirigidas a los "marañones" instándolos a abandonar a Lope. Este, tuvo algún momento de satisfacción cuando la mayoría de sus soldados rompió tales cédulas delante de él. Pero unos pocos desertaron y perdiendo por esta causa su buen ánimo, Lope vociferó públicamente: "*Señores soldados, el que se quiera huir hágame merced se huya esta noche y que me deje mis arcabuces y váyase con Dios*"<sup>133</sup>. El tirano empezaba a sentirse inseguro.

Mientras tanto, los realistas fueron descubiertos cerca del pueblo y Lope los maldijo a más no poder. Al frente de ellos estaba el Gobernador Collado, quien superando un fingido mal de hemorroides, fue instado por los suyos a montar a caballo. También estaba, y muy armado, Pedro Bravo de Molina, que tenía con él a dos desertores "marañones" de los cuales se informaba de cuanto necesitaba; Gutiérrez de la Peña, con las mejores armas de su tierra toledana, esperaba sobre otro corcel; finalmente, García de Paredes, el valiente Maestre de Campo hijo del Sansón de Extremadura. Tras ellos y en orden de batalla, estaban cerca de doscientos fidelistas. Estos eran los enemigos que maldecía Lope de Aguirre desde su puesto de observación en el campanario del pueblo<sup>134</sup>.

Luego de mirar y remirar a sus adversarios, el vizcaíno descendió dudando más que nunca de sus hombres; una vez en tierra, sacando una daga, les pidió: "*con ésta me saquen el*

corazón... por vida de tal... nos perderemos o ganaremos... Si hasta aquí hubo algunas muertes entiendan que las hice por la salud de todos... Por amor de Dios les suplico no permitan seamos vencidos desta gente de cazabi y de arepas... y si piensan pasarse al Rey sea en el Perú, que yo, ya que muera, moriré en aquella gloriosa tierra donde gozarán y descansarán mis huesos lo que el cuerpo tanto ha trabajado y padecido"<sup>135</sup>. Esto hizo ver a los soldados que el Loco Aguirre también tenía corazón. A través de sus hechos y palabras sólo dos cosas valían para él: su hija Elvirica y el Perú. Este último, había sido su Dorado.

A continuación hubo algunas escaramuzas con las tropas de García de Paredes y hasta un incendio casual de la iglesia de Barquisimeto. Lope, en un gesto que lo acercó algo al Dios que había maldecido, mandó sacar los ornamentos y las imágenes, logrando salvar todo y ponerlo en lugar seguro<sup>136</sup>.

Pasada la noche en las afueras del pueblo por razones de seguridad, a pesar de las pláticas de Lope, comenzó el desbande de los "marañones". García de Paredes estimuló estas fugas con pequeños ataques y movimientos que desconcertaban a los tiranos. En un encuentro el capitán "marañón" Diego Tirado espolé demasiado a su cabalgadura y, cobrando galope, se pasó al campo del Rey. Su desertión admiró a los "marañones", pero Lope, tratando de restarle efecto a la huida, comenzó a gritar: "Ah, caballeros, reportaos! que a Diego Tirado yo lo envió para cierto negocio que nos conviene a todos, y tened creído que no se fue sin mi licencia"<sup>137</sup>.

Pero después reapareció Tirado con los leales y acercándose a caballo hasta ponerse a distancia de poder ser oído, gritó a sus antiguos compañeros de aventura: "¡Ea, caballeros! —¡A la bandera real!— ¡Al Rey que hace mercedes!"<sup>138</sup>. Los "marañones" se miraron descubriendo la verdad, pero Lope, aguijando una yegua que montaba, le salió al encuentro con ánimo de matarlo. No logró su intento porque una pelota de arcabuz derribó a su cabalgadura y Diego Tirado pudo escapar. Lope se levantó rápidamente y empuñando una lanza atinó a recoger a los suyos. Estaba turbado y vislumbraba su fin; sus ojos bullían más que nunca. Cuando estuvo con sus hombres en el fuerte, explotó como una carga de pólvora. Los llamó cobardes por no haber disparado contra el enemigo y se determinó a matar a los sospechosos y enfermos, algo así como cincuenta hombres. Lo desanimaron a tiempo, pero no pudieron hacerlo renunciar a su idea de retirarse hacia el mar, tomar un navío en la Burburata y marchar ¡Dios sabía dónde! para salvar el pellejo. El momento tuvo sus arrebatos de euforia, porque por primera vez en toda la jornada los "marañones" se negaron a obedecer.



Le dijeron que no lo seguirían de día, que de noche posiblemente. Un soldado de apellido Espínola se atrevió a enrostrarle que a eso había llegado por matar tanta gente en el camino. Lope quiso asesinar allí mismo al insolente, al que pocos días antes había hecho su capitán, pero no halló quien lo ayudase a victimarlo. Le perdonó la vida a regañadientes y, comprendiendo el estado de la gente, optó por devolver las armas a todos, leales y sospechosos. Aun así hubo algunos que no las quisieron tomar. Entonces el vizcaíno, aferrándose al clavo ardiente, recurrió a sus dotes de oratoria, y buscando el corazón de sus soldados, *"les pidió perdón diciendo que un solo yerro bien se podía perdonar..."*<sup>139</sup>. Los "marañones" se ablandaron con esto y recogiendo las armas las empuñaron a la espera de órdenes. Lope seguía siendo el caudillo. Su arenga, comenzada como súplica y explicatoria en su final, logró convencer por última vez a sus soldados.

Pero una nueva arremetida de García de Paredes sacó a todos de estas cavilaciones. Lope entonces se aprestó a luchar y saliendo del fuerte a la cabeza de sus "marañones", se lanzó contra García de Paredes. Mas a mitad de su carrera se detuvo. El capitán Espínola, so color de estar reñido con su caudillo, corría hacia el enemigo con cara de pasarse al Rey. Detrás de él corrían otros "marañones" deseosos de perdón. Lope, *"con harto dolor y tristeza los miraba cómo se iban"*<sup>140</sup>. Dolido por la traición de los suyos tornó al fuerte. Allí sólo encontró a siete hombres. Los únicos que le quedaban. Algo vio en la mirada de Antón Llamoso, uno de los siete, porque dirigiéndose a él le dijo: *"Hijo, Llamoso: ¿qué os parece esto?"*<sup>141</sup>. A lo que Llamoso le contestó tratando de levantarle el ánimo: *"que yo moriré con vuestra merced y estaré hasta que nos hagan pedazos"*<sup>142</sup>. Entonces Lope paseó su mirada sobre los otros seis hombres y viendo entre ellos a Pedrarias de Almesto —el cronista desertor que luego fue apresado y perdonado— le dijo: *"Señor Pedrarias, estaos quedo y no salgais de aquí, que yo diré antes que muera quién y cuántos han sido leales al Rey de Castilla"*<sup>143</sup>. Pero Pedrarias no creyó en tal bondad y poco después, aprovechando un descuido, tomó una lanza y fugó del fuerte gritando: *"¡Al Rey, al Rey!"*<sup>144</sup>. Tres o cuatro de los que con él estaban salieron a perseguirlo, pero, mañosamente, ninguno regresó.

Entonces fue que Lope entendió llegado el final de su aventura y desenvainando una daga se dirigió a la habitación contigua, donde estaba su hija Elvira, e ingresó. La muchacha conoció sus intenciones y extendiéndole los brazos le pidió: *"No me mates padre mio que el diablo os engañó"*<sup>145</sup>. Pero Lope no osó contestarle, temió llegar al diálogo, y exclamando: *"Hija*

*mía*<sup>146</sup> le hundió tres veces la daga en el pecho. La joven cayó al suelo balbuceando: "*Basta ya padre mío...*"<sup>147</sup>.

Eufórico, tembloroso, con los ojos inyectados en sangre y el puñal en la mano, lo hallaron sus enemigos. El tirano, tal estaba de turbado, no los vio. Pero éstos pudieron contemplarlo en toda la extensión de su delito. Todavía a sus piés, debatiéndose en la agonía, estaba su hija y él la miraba con sus ojos bulliciosos, revelando una extraña mezcla de ferocidad y ternura. El crimen estaba consumado. Más tarde se supo que mató a esta hija, "*que mostraba quererla más que a sí*"<sup>148</sup>, para que no fuese la ramera de los vencedores.

Sólo entonces reparó en sus adversarios. García de Paredes estaba junto a él con la espada desnuda. Otros soldados realistas querían asustarlo simulando que lo atravesarían con las suyas. Lope recuperó algo la calma y al descubrir entre sus enemigos a Pedrarias de Alместo, le preguntó: "*Ah, señor Pedrarias ¿qué malas obras os he hecho?*"<sup>149</sup>. Le dijo esto porque dos veces le había perdonado la vida. Mas Pedrarias se desentendió de la pregunta y acercándosele comenzó a quererlo desarmar quitándole un capote pardo que tenía sobre las armas. Lo ayudó en su intento García de Paredes, quien le quitó el corselete. Algunos "*marañones*" se aproximaron pretextando secundar al maestre, pero Lope entendió que lo querían matar por temor a que contara algo. El vizcaíno pidió entonces a García de Paredes que si lo iban a matar que en ningún caso permitiera que fuera su verdugo un "*marañón*", pues ninguno merecía esa gloria. Entonces dos "*marañones*" que allí estaban le apuntaron con sus arcabuces y antes de que Paredes les pudiera decir algo disparó uno de ellos, luego el otro. Al primer disparo Lope dijo estoicamente: "*mal tiro*"<sup>150</sup>; al segundo: "*este sí que es bueno*"<sup>151</sup>. Efectivamente, el último le había atravesado el pecho. El *Fuerte Caudillo de los Maraños* cayó al suelo mal herido, brotándole la sangre a borbotones. Un tal Ledesma que lo vio así, comentó burlescamente: "*¿Este es el que todos habían miedo dél?*"<sup>152</sup>. Lope tuvo tiempo de volver a él su agónica mirada y mordazmente le respondió: "*a diez soldados y a veinte como vos diera yo veinte zapatazos. Andad de ay, ombrecillo...*"<sup>153</sup>. Luego "*habló entre dientes, no se supo qué*"<sup>154</sup> —acaso una invocación al Dios que tanto había negado— y quedó quieto, para siempre. Sus terribles ojos habían dejado de bullir. Era el 27 de octubre de 1561, víspera de San Simón y San Judas<sup>155</sup>.

### EPILOGO

Cuatrocientos años después de muerto Lope, muchos son los que se han dado el trabajo de enjuiciar al *Fuerte Caudillo de*

*los Marañoses*. Tarea difícil, sin lugar a dudas, porque comprender al vizcaíno equivale a conocer su mundo absurdo y su personalidad anormal.

Lope de Aguirre, tiempo es de decirlo, fue un enfermo, un anormal. No un loco, como algunos han creído; tampoco un sádico que gozaba matando, haciendo el mal por el mal. Nada de eso, la personalidad del vizcaíno se debió a una realidad compleja riquísima de frustraciones. Eso, su repelente figura y una lenta deformación espiritual determinaron el resto. Veámoslo con más detalle.

Venido al Perú por Regidor de la mejor ciudad del reino, acabó convertido en domador de potros. Luego fue soldado. Huyendo de lo malo vino a dar en lo peor, pues la soldadesca de esos días se hacía con los que llegaban tarde; los soldados viejos, los que apresaron al Inca, habían barrido con la gloria y el oro, habían ascendido socialmente y miraban con desdén a los soldados nuevos. Para subsistir, Lope tuvo que juntarse a uno de estos ricos peruleros, Melchor Verdugo, pero después de servirlo con mil riesgos y sacrificios, el protector lo abandonó. Su venganza consistió entonces en robarle su proyecto de la guerra del Perú, proyecto que luego sembró en sus "*marañoses*".

Dolidísimo por la ingratitud del capitán, Lope se acogió a la gente de baja estofa. Eran soldados resentidos y bellacos, hombres de lo peor. A su lado el vizcaíno trocó su despecho en odio y el odio en rebeldía.

De motín en motín, vale decir, de fracaso en fracaso, la última vez que se decidió a ser bueno, a portarse como debía, a defender la causa del Rey, sufrió otra frustración terrible. A su fea figura se sumó el quedar cojo de la pierna derecha y, a su despechado corazón, la ingratitud del Monarca. Como venganza a esto último, Lope, para sus adentros, dejó de ser súbdito del Católico Rey de las Españas.

Algo similar pasó con Dios. Se ha dicho, y mucho, que Lope fue un ateo. Poco ganaría el cielo con que no lo fuese, pero, en honor a la verdad, hay que decir lo contrario. Creía en Dios, la prueba es que lo insultaba. Lo que había pasado era que "*Dios lo había defraudado*". Dios era el llamado a premiarlo en vista de que no lo había hecho el Rey; pero Dios estaba muy lejos y tampoco hizo un milagro. El vizcaíno quería el remedio aquí y pronto; la gloria no era para él, grandísimo pecador, esa gloria la guardaba Dios para sus santos... Esa es la verdad en este asunto. No era un ateo, aunque quería serlo, pero sabía que su sitio era el infierno junto a César, Alejandro y Pompeyo.

Como se aprecia claramente esto es fruto de una mentalidad enfermiza. Era que por medio de una lógica equivocada, Lope había llegado a un ideal absurdo de justicia y a un pésimo con-

El Virrey Diego López de Zúñiga y Velasco, Conde  
de Nieva, bajo cuyo gobierno concluyó la  
persecución a los marañones.



cepto de los hombres. A los cincuenta años de vida reconocía una tabla de valores, pero no se veía en la obligación de practicarla. Esa tabla estaba hecha para los demás. El no había sido premiado como merecía, los hombres le negaban ese premio, también Dios... debía de entenderse que no había justicia en este mundo. Era necesario, pues, procurársela uno mismo. Todos eran malos, cuando mucho él era tan malo como los demás. Pero los demás no querían pensar serenamente y lo acusaban de infame, rebelde, vengativo y traidor. Ellos también lo eran y él no los acusaba. La conclusión enfermiza de Lope fue declarar la guerra a los buenos y aliarse con los peores. Lope se había vuelto malo de verdad.

Su error fue creer que sólo él sufría, ya que únicamente tenía ojos para ver la felicidad en los otros. Dentro de él sólo sentía la desgracia. Resentido con los hombres, volcó su vida afectiva en el único ser humano que, según su atormentado razonar, valía la pena: su hija. La quiso como lo más preciado del mundo y a pesar de ser mestiza, como si esto último tuviera algo que ver con el cariño sincero de un padre. Con ella debió sentirse bueno y leal, de ella no temía nada, sólo esperaba buen pago. Su preocupación sería buscarle buen marido, el mejor marido del mundo, pues ése y no otro merecía la muchacha.

Pero cuando salía de este terreno afectivo y tornaba al de los hombres, otra vez le afloraba el desconfiar, ese desconfiar que luego se le convirtió en idea obsesiva y, por último, en manía persecutoria, es decir, no gozaba matando, pero tampoco sufría y, por tanto, no era susceptible de arrepentimiento. Mataba, según él, por necesidad, y, según los demás, con indiferencia. En síntesis, afirman nuestros compatriotas Lastres y Seguí, era un psicópata anafectivo, un esquizoide anestésico, una personalidad anormal que gustaba tener a todos frenados mediante castigos ejemplarizadores<sup>156</sup>. Así mató a sesenta personas; sin contar a su hija, el único crimen que sintió en su vida.

Esta naturalidad para causar la muerte también tenía otro por qué, pues en Lope no todo era anormalidad, había mucho de cultivado. Hablamos de la influencia externa. Lope tuvo un maestro y éste fue Melchor Verdugo. Efectivamente, Verdugo, haciendo honor a su apellido, fue uno de esos conquistadores sin escrúpulos para quienes el oro era el último fin y la crueldad el mejor medio de obtenerlo. Verdugo fue hombre tan malo que hizo que un gran perro suyo llamado "El Bobo", matara al hijo del curaca de Bambamarca y se lo comiera en su presencia. Esto sucedió entre 1554 y 1556, es decir, cuando Lope vagaba por el Perú... Mas todo no había empezado allí, porque también Verdugo había tenido su maestro. Lo fue el licenciado Gaspar de Espinosa, uno de los primeros descubridores de Castilla del

Oro, provincia donde "aperreó" muchos indios e inventó la famosa pena llamada del "tiro de pólvora". Consistió ésta en disparar una pelota de plomo a un indio atado a un cañón, la que al salir abría en sus espaldas un boquete del diámetro de una botija de media arroba... Espinoza había sido el maestro de Verdugo y Verdugo el maestro de Lope. Menos mal que Lope no dejó discípulos, porque de haberlos tenido, habría mucho mal que lamentar.

Admirando y odiando a Verdugo —sentimientos contradictorios que sólo se dan en los anormales— Lope quiso superar a su maestro. Si Verdugo había hecho honor a su apellido, él lo haría a su propio nombre. Lope venía de lupus y lupus significaba lobo. Eso sería él, un lobo de Vizcaya, pasante y linguado de gules, como esos lobos negros de los escudos vizcaínos.

Sin embargo, hubo otro hombre que también influyó en la personalidad de *El Peregrino*. Lo fue Francisco de Carvajal, el Demonio de los Andes. Lope lo debió conocer cuando obeso y pícaro marchaba a la batalla de Chupas. Entonces era de su bando; pero cuando la rebelión gonzalista, en el momento de su mayor gloria de coplero y humorista, cuando colgaba graciosos cartelillos de los ahorcados, entonces Lope le debió temer. Le temió y le admiró, por eso lo imitó posteriormente. Y, valgan verdades, lo imitó en todo, especialmente haciendo gala de buen humor ante sus víctimas, a las que llegó también a colgar cartelitos con diminutivos andaluzados y risueños. Lope quiso ser como el Demonio de los Andes y terminó siendo el Demonio de la Selva.

Así afloró en él la psicología del caudillo endemoniado, extraña mezcla de ser apocalíptico y genio del mal errante por la Amazonía. Alguien ha dicho que marchó a la selva como una hiena sedienta al mando de una manada de jaguares. La comparación es bastante feliz. Los soldados eran dignos de su caudillo.

Como caudillo, Lope dejaba mucho que desear. Era mal estratega, aunque presumía de muy bueno; no sobresalía en el manejo de ninguna arma; difícilmente exponía el cuerpo al frente de sus hombres. Esto último lo hacía de astuto, porque no era cobarde. Tuvo, sí, dotes de orador castrense y sus arengas en mas de una ocasión convencieron a la gente. Prometía y no cumplía, pero a pesar de su "buen pico" sus discursos traslucían bastedad. Por imitar a los grandes capitanes renacentistas, recurrió a citar heroicos ejemplos del tiempo de los romanos. Los "marañones" lo aplaudían a rabiar y todos celebraban su erudición, pero nunca nadie recordó en qué parte de la Historia constaban esos hechos. Mentiroso incorregible, Lope los inventaba para impresionar a su tropa.

Su paso por el Perú dejó un nombre en el mapa. Es el Pongo de Aguirre: en pleno río Huallaga. Pero si él dejó esta huella en el Perú, mayor huella dejó el Perú en él. El Perú fue su Dorado, fue su meta, por eso lo llamó "*gloriosa tierra*" y soñó con reposar allí sus huesos. Pretendió fundar en él un reino independiente y confiarlo a una dinastía marañona. Muchos dicen que él mismo quiso hacerse Rey del Perú. ¡Valiente hubiera sido el reinado de Don Lope I! Pero de haberse realizado su sueño, entonces sí habría gustado de vincularse al Dios que le había hecho justicia, y gozaría escuchando a sus "*marañones*" vocear en la Plaza de Armas de Lima: ¡*Dios guarde al Rey!* Mas esta idea del reinado perulero tampoco le pertenecía. Fue otro plagio a Francisco de Carvajal.

Por todo lo dicho puede apreciarse que Lope de Aguirre tuvo muchos ideales pero jamás perdió el sentido de la realidad. Fue un psicópata, un enfermo, pero nunca un loco. Si hubiera sido un loco sería un loco genial, también producido por España, para servir de antítesis al Ingenioso Manchego. Entonces se habría hablado del Sanguinario Hidalgo Don Lope de Vizcaya, que prometía a sus escuderos hacerlos gobernadores de una tierra llamada Perú... Pero no fue loco, repetimos, y por eso sobran comparaciones con Don Quijote. Cuando mucho, fue un desdichado cuya historia empezó en un lugar de Vizcaya, de cuyo nombre no queremos acordarnos.



## NOTAS AL CAPITULO

1. JOS, Emiliano... *La expedición de Ursúa al Dorado, la rebelión de Lope de Aguirre y el itinerario de los marañones*.— Huesca, Imprenta Campo, 1927.— Cap. II, pp. 42 y 43.
2. VAZQUEZ, Francisco... *Jornada de Omagua y Dorado*.— Buenos Aires, Imprenta de la Compañía General Fabril Financiera, 1945.— pp. 167 y 168.
3. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *El capitán Melchor Verdugo, encomendero de Cajamarca*, en: *Revista Histórica*, Lima, 1959, T. XXIV.
4. *Loc. cit.*
5. *Loc. cit.*
6. *Loc. cit.*  
VAZQUEZ, Francisco... *Op. cit.*, p. 120.
7. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Op. cit.*, *loc. cit.*
8. *Loc. cit.*
9. VASQUEZ, Francisco... *Op. cit.*, p. 168.
10. La rebelión de Don Sebastián de Castilla contó con lo peor de los soldados que hasta entonces infestaban el Perú. Puede entenderse sin mayor esfuerzo que para muchos de los futuros "marañones" fuera la primera escuela de armas y espejo de alteraciones. Psicológicamente está más de acuerdo con la jornada de Omagua esta rebelión de Sebastián de Castilla que no con la de Francisco Hernández.
11. VAZQUEZ, Francisco... *Op. cit.*, *loc. cit.*
12. *Loc. cit.*
13. *Loc. cit.*
14. *Loc. cit.*
15. *Ibidem*, pp. 168 y 169.
16. VARGAS UGARTE S. J., Rubén... *Historia del Perú (1551 - 1600)*.— Buenos Aires, Imprenta Baiocco, 1949.— Cap. III, p. 77.
17. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *El Conde de Nieva, Virrey del Perú*.— Lima, Imprenta Lumen, 1963.— Cap. IV, pp. 172 y 173.
18. Las depredaciones de los "guzmanes" fueron tan grandes como frecuentes, sólo que los documentos oficiales no les daban mayor importancia por no atraer la reprensión de la Corona a los gobernantes que no osaban castigar. En verdad que los virreyes vivían algo temerosos de que los desórdenes adquirieran más cuerpo y por eso toleraron calladamente don Antonio de Mendoza y el Conde de Nieva. Don Andrés Hurtado, por el contrario, fue el único que —aunque de manera indirecta y disimulada— trató de enfrentarse al problema.
19. VAZQUEZ, Francisco... *Op. cit.*, p. 27. El apellido Ursúa —y no Orsúa como escriben algunos cronistas— procede del vasco *ursuak*, que significa paloma. Todavía existe la Torre de Ursúa —llamada *Urtsuan* o *Urtsura*— donde están las armas parlantes del linaje de Ursúa: un campo de oro con dentellones de azul y tres palomas de sable, con pintas de plata, puestas en triángulo mayor. El filólogo y lingüista éuskaro Julio Caro Baroja, en conversación particular, solía mofarse mucho del capitán Pedro de Ursúa (*paloma*) que a la larga terminó devorado por el terrible Lope (del latín *lupus*, equivalente a lobo).
20. CARVÁJAL O. P., fray Gaspar de... *Relación del Nuevo Descubrimiento del famoso Río Grande de las Amazonas*.— México, Imprenta del Fondo de Cultura Económica, 1955.— p. 106.
21. La leyenda de *El Dorado*, de típica raigambre chibcha, llegó al Perú tarde pero en forma arrolladora. Nueva Granada y Quito, Charcas, Chile y el Río de la Plata estaban ya casi totalmente explorados. En realidad, nada nuevo podría encontrarse en estas regiones, menos aún en la zona maga-

## HISTORIA MARITIMA DEL PERU

- llánica. Por eso correspondió esta vez a la selva verde y tropical hacerse eco del mito, respaldándolo a lo lejos la *Relación* del dominico fray Gaspar de Carvajal, el cronista de Francisco de Orellana, quien seguía creyendo en la existencia de riquísimos reinos amazónicos. El fraile no fue un embaucador, pero sí un instigador indirecto de la jornada de Omagua y Dorado que el Virrey pensaba encomendar a Ursúa.
22. VAZQUEZ, Francisco... *Op. cit.*, pp. 28 y 29.
  23. JOS, Emiliano... *Op. cit.*, cap. IV, pp. 63 y 64.
  24. *Ibidem*, cap. cit., pp. 64 a 66.
  25. *Ibidem*, cap. cit., p. 65.
  26. BUSTO DÚTHURBURU, José Antonio del... *Los Amazonautas del Siglo XV*, en: Revista Histórica, Lima, 1966, T. XXIX, pp. 241 a 280.— En este trabajo el autor sigue día a día la expedición de Pedro Ursúa hasta el final de Lope de Aguirre, pormenorizando los episodios de la jornada de Omagua y Dorado y ciñéndolos a sus respectivos límites cronológicos y geográficos.
  27. VAZQUEZ, Francisco... *Op. cit.*, pp. 37 y 38.
  28. *Loc. cit.*
  29. *Ibidem*, pp. 38 y 39.
  30. *Ibidem*, p. 40.
  31. *Ibidem*, p. 41.
  32. *Ibidem*, pp. 43 a 50.
  33. *Ibidem*, p. 46.
  34. *Ibidem*, pp. 46 y 47.
  35. *Loc. cit.*
  36. *Ibidem*, p. 48.
  37. *Loc. cit.*
  38. *Ibidem*, p. 51.
  39. *Ibidem*, p. 50.
  40. *Loc. cit.*
  41. *Ibidem*, p. 51.
  42. *Ibidem*, p. 53.
  43. *Loc. cit.*
  44. *Loc. cit.*
  45. *Ibidem*, pp. 53 y 54.
  46. ZUNIGA, Gonzalo de... en: JOS, Emiliano... *Op. cit.*, cap. IV, p. 69.
  47. VAZQUEZ, Francisco... *Op. cit.*, p. 54.
  48. *Ibidem*, p. 60.
  49. JOS Emiliano... *Op. cit.*, cap. IV, p. 69.
  50. *Loc. cit.*
  51. *Ibidem*, cap. IV, pp. 69 y 70.
  52. VAZQUEZ, Francisco... *Op. cit.*, pp. 60 y 61.
  53. *Ibidem*, p. 62.
  54. *Loc. cit.*
  55. *Ibidem*, pp. 62 y 63.
  56. *Loc. cit.*
  57. La partida de Mozomoco se efectuó el martes 7 de enero de 1561.
  58. VAZQUEZ, Francisco... *Op. cit.*, p. 64.
  59. *Loc. cit.*
  60. *Ibidem*, p. 64.
  61. *Loc. cit.*
  62. ARIAS DE ALMESTO, Pedro... en: JOS, Emiliano... *Op. cit.*, cap. IV, p. 72.
  63. VAZQUEZ, Francisco... *Op. cit.*, p. 65.
  - ANONIMO... *Relación de todo lo sucedido en la gobernación de omagua que por otro nombre se llama el dorado*, en: JOS, Emiliano... *Op. cit.*, p. 245.
  64. ORTIGUEIRA, Toribio de... *Jornada del Río Marañón*, en: *Historiadores de Indias*, recopilación de M. Serrano y Sanz.— Madrid, Imprenta Bailly Baillere e hijos, 1909.— Cap. XXV, p. 348.
  65. VAZQUEZ, Francisco... *Op. cit.*, p. 67.

## NOTAS AL CAPITULO

66. *Ibidem*, pp. 67 y 68.  
ANONIMO... *Op. cit.*, p. 246.
67. VAZQUEZ, Francisco... *Op. cit.*, p. 68.
68. *Ibidem*, pp. 68 y 69.  
ANONIMO... *Op. cit.*, p. 246.
69. VAZQUEZ, Francisco... *Op. cit.*, p. 69.
70. *Loc. cit.*
71. *Ibidem*, pp. 69 y 70.
72. *Ibidem*, p. 70.
73. JOS, Emiliano... *Op. cit.*, cap. V, p. 77.
74. *Loc. cit.*  
VAZQUEZ, Francisco... *Op. cit.*, pp. 71 y 72.
75. ACUÑA, Alvaro de... *Declaración ante la Real Audiencia de Santo Domingo*, en: JOS, Emiliano... *Op. cit.*, p. 185.  
VAZQUEZ, Francisco... *Op. cit.*, pp. 73 y 74.
76. VAZQUEZ, Francisco... *Op. cit.*, p. 75.
77. *Loc. cit.*
78. *Ibidem*, p. 76.
79. *Ibidem*, p. 77.
80. *Ibidem*, pp. 77 y 78.
81. *Ibidem*, pp. 78 y 79.
82. *Ibidem*, p. 79.
83. HERNANDEZ, Custodio... *Relación muy verdadera que trata de todo lo que acació en la entrada de pedro de Orsúa en el descubrimiento del dorado y omagoa*, en: JOS, Emiliano... *Op. cit.*, pp. 237 y 238.
84. *Loc. cit.*
85. *Loc. cit.*
86. VAZQUEZ, Francisco... *Op. cit.*, pp. 79 y 80.
87. *Ibidem*, p. 82.
88. *Loc. cit.*
89. *Ibidem*, pp. 82 y 83.
90. *Loc. cit.*
91. *Ibidem*, p. 83.
92. *Ibidem*, p. 86.
93. *Ibidem*, pp. 88 y 89.
94. *Ibidem*, p. 86.
95. *Loc. cit.*
96. *Ibidem*, p. 87.
97. *Ibidem*, p. 88.
98. *Ibidem*, pp. 89 y 90.
99. *Ibidem*, p. 90.
100. *Ibidem*, p. 93.
101. *Ibidem*, p. 98.
102. *Loc. cit.*
103. *Loc. cit.*
104. Anónimo *Op. cit.*, p. 247.  
HERNANDEZ, Custodio... *Op. cit.*, p. 239.
105. HERNANDEZ, Custodio... *Loc. cit.*
106. VAZQUEZ, Francisco... *Op. cit.*, pp. 100 y 101.
107. *Ibidem*, p. 103.
108. *Loc. cit.*
109. *Ibidem*, p. 104.
110. *Loc. cit.*
111. *Loc. cit.*
112. *Ibidem*, p. 105.
113. *Ibidem*, p. 106.
114. HERNANDEZ, Custodio... *Op. cit.*, p. 239.  
VAZQUEZ, Francisco... *Op. cit.*, p. 107.

## HISTORIA MARITIMA DEL PERU

115. Según otros testimonios, Lope de Aguirre ofreció al Provincial hacerlo sólo *Patriarca*, siempre y cuando se plegara a la hueste marañona y la siguiera al Perú.
116. VAZQUEZ, Francisco... *Op. cit.*, p. 116.
117. *Ibidem*, pp. 116 y 117.
118. *Loc. cit.*
119. *Ibidem*, p. 116.
120. JOS, Emiliano... *Op. cit.*, cap. I, p. 23.
121. VAZQUEZ, Francisco... *Op. cit.*, p. 120.
122. *Ibidem*, p. 121.
123. *Ibidem*, p. 123.
124. *Ibidem*, pp. 123 y 124.
125. *Ibidem*, p. 126.
126. *Ibidem*, p. 128.
127. *Loc. cit.*
128. *Ibidem*, p. 129.
129. *Ibidem*, pp. 136 a 143.
130. *Ibidem*, p. 146.
131. LASTRES, Juan B. ... y Carlos Alberto SEGUIN... *Lope de Aguirre, el Rebelde*.— Buenos Aires, Imprenta Mercatali, 1942.— Cap. IV, p. 67.
132. *Loc. cit.*
133. HERNANDEZ, Custodio... *Op. cit.*, p. 240.
134. VAZQUEZ, Francisco... *Op. cit.*, pp. 150 a 160.
135. ANONIMO... *Op. cit.*, p. 249.
136. *Loc. cit.*
137. VAZQUEZ, Francisco... *Op. cit.*, pp. 155 y 156.
138. *Loc. cit.*
139. *Ibidem*, p. 161.
140. *Ibidem*, p. 162.
141. *Loc. cit.*
142. *Loc. cit.*
143. *Loc. cit.*
144. *Loc. cit.*
145. ANONIMO... *Op. cit.*, p. 250.
146. *Loc. cit.*
147. HERNANDEZ, Custodio... *Op. cit.*, p. 241.
148. VAZQUEZ, Francisco... *Op. cit.*, p. 163.
149. *Loc. cit.*
150. JOS, Emiliano... *Op. cit.*, cap. VIII, p. 116.
151. *Loc. cit.*
152. HERNANDEZ, Custodio... *Op. cit.*, p. 241.
153. *Loc. cit.* Hernández y el Anónimo dan a entender que estas frases las dijo Lope antes de recibir los arcabuzazos.
154. VAZQUEZ, Francisco... *Op. cit.*, p. 164.
155. *Ibidem*, pp. 163 a 166.  
ANONIMO... *Op. cit.*, pp. 249 y 250.  
SIMON O. F. M., fray Pedro... *Historial de la expedición de Pedro de Ursúa al Marañón y de las aventuras de Lope de Aguirre*.— Lima, Imprenta Sanmartí, 1942.— Cap. L, p. 175.  
ORTIGUERA, Toribio de... *Op. cit.*, cap. LIV, pp. 400 a 402.
156. LASTRES, Juan B. ... y Carlos Alberto SEGUIN... *Op. cit.*, cap. VIII, p. 109.

## *Capítulo XII*

### EL DESCUBRIMIENTO DE LAS ISLAS DEL REY SALOMON

#### LOS ANTECEDENTES

La conquista de las Islas Filipinas realizada desde Nueva España por Miguel López de Legazpi, despertó en ese virreinato y también en el Perú, una corriente descubridora encaminada a ganar para Castilla las desconocidas ínsulas del Mar del Sur. Ruy López de Villalobos, pretendiendo acercar más las Filipinas al Nuevo Mundo tornó a salir de México con propósito descubridor y colonizador, pero topó con los portugueses que se le habían adelantado por el Océano Indico y tuvo que contemporizar para eludir mayores pérdidas. La Especería era lusitana; desde Goa y Calicut a las Molucas mandaba el Rey de Portugal<sup>1</sup>. Entonces fue que, acaso para dulcificar su fracaso con la esperanza de nuevos descubrimientos geográficos, salió de Filipinas un capitán de Ruy López llamado Iñigo Ortiz de Retes, quien no navegó con malos vientos porque en junio de 1545 descubrió Nueva Guinea. La nombró así por los papúas, isleños negroides parecidos a los africanos de Guinea. Tratando de seguir su descubrimiento aportó a unas islas que llamó de Salomón. Eran las del Almirantazgo, Nueva Irlanda y Nueva Bretaña o archipiélago de las Bismarck, mas no halló ninguna maravilla y Retes regresó<sup>2</sup>. Así quedaron los descubrimientos castellanos desde México en aquellas regiones, por lo que ahora pasamos al Perú.

Aquí también existió una fiebre por los descubrimientos marítimos, sólo que las frecuentes Guerras Civiles retardaron su

El Licenciado Lope García de Castro, bajo  
cuyo gobierno se descubrió el  
Archipiélago Salomónico. (Oleo que se  
conserva en el Museo Nacional de Historia).



marcha. La inició el marqués Francisco Pizarro quien vivió sus últimos años obsesionado por el hallazgo de las misteriosas Islas del Paraíso. Gómez de Solís, otro capitán de las guerras peruleras, obtuvo en 1550 permiso de la Audiencia limeña para descubrir "*unas islas grandes y ricas*"<sup>3</sup> que estaban frente a Acari, "*bien adentro en la mar*"<sup>4</sup>. Lorenzo de Estupiñán y Figueroa, natural de Jerez de la Frontera y Corregidor que fue de La Paz, también hizo lo indecible por partir hacia el Poniente en demanda de nuevas tierras<sup>5</sup>. Pero superior a su entusiasmo fue el de Pedro de Ahedo y Diego Maldonado, el Rico, hombres que llegaron a endeudarse para alcanzar el mando de otra expedición. Corrían ya los tiempos del licenciado Lope García de Castro, letrado que gobernaba el Perú por muerte del Virrey Conde de Nieva, cuando se alistaron en el Callao dos navíos para efectuar la jornada: uno era el nombrado *Los Reyes*, el otro el *Todos los Santos*. Ahedo y Maldonado se disputaban el pomposo título de General de aquella empresa. Ninguno tenía experiencia marinera, pero, en cambio, iba por capitán del primer navío el pontevedrés Pedro Sarmiento de Gamboa, hombre que sabía el arte de marear, acompañándolo por Piloto Mayor el veterano Hernán Gallegos; capitán del *Todos los Santos* lo era Pedro de Ortega Valencia, que llevaba también el cargo de Maestre de Campo de los soldados viajantes, y piloto el popular Pedro Rodríguez, marino que hacía muchos años vivía aferrado al gobernalle. La pequeña armada constaba de ciento veinte hombres entre marineros, soldados y servidores, sin contar dos o tres franciscanos que llevaban por Vicario a fray Francisco Gálvez, varón de rara virtud<sup>6</sup>. Todo estaba listo para enero de 1567, pero he aquí que surgió lo inesperado: el famoso *Motín de los Mestizos*. Delatados los de la liga, al someterse los primeros presos a la confesión por tormento, surgieron los nombres de los cabecillas: uno era Pedro de Ahedo, el otro Juan Arias Maldonado, hijo de Diego Maldonado, el Rico<sup>7</sup>.

Con las tripulaciones pagadas y los soldados listos, los dos barcos quedaron al ancla en el Callao. Se había gastado tanto en pertrechar aquella armada que ya no se podía disolver. El Gobernador Lope García de Castro desconfiaba de todos y buscaba un hombre, sólo uno, que le inspirara confianza para darle el mando de la expedición. Pero todos tenían un pasado turbio por razón de las Guerras Civiles. No había en quien confiar.

Por fin un día, luego de varios meses, se decidió el Gobernador. Su sobrino Alvaro de Mendaña y Neyra, hidalgo de Galicia que estaba en Lima entregado al tráfico de mercaderías, resultó el hombre ideal. No tenía pasado traidor, gustoso rompería con el presente mercante tan reñido con su sangre hidalga; no faltaba, pues, sino proponerle un futuro promisor. Y el mancebo



fue llamado a la casa de su tío el Señor Gobernador, acudiendo con la prontitud que le brindaban sus veintiseis años cumplidos. Hecha la propuesta, deslumbrado el mozo, allí mismo se firmó el despacho de Capitán General. De inmediato salieron los correos de a caballo hacia el Callao y los soldados dejaron las tabernas de la Ciudad de los Reyes para recogerse al puerto. El zarpe iba a ser muy pronto: el 19 de noviembre, día de Santa Isabel. Y recibiendo su detallada *Instrucción*, despedido como General, Alvaro de Mendaña salió para hacerse cargo de la armada<sup>8</sup>.

La plebe debió preguntarse mucho sobre el nuevo General. La común conjetura fue que su nombramiento se debía a ser sobrino del Gobernador, lo que no dejaba de ser cierto. En todo caso era gallego y, por tanto, sabía de mar... La verdad es que no interesaba si sabía o no de navegación; eran tiempos en los que importaba más el nombre que el hombre, y Alvaro de Mendaña y Neyra más hidalgo no podía ser. Por Mendaña lucía "*en campo de oro, seis roeles de gules, puestos en dos palos*"<sup>9</sup>; por Neyra traía en otro blasón dorado "*dos fajas ondeadas de azul*"<sup>10</sup>, rodeando el todo una bordura de sinople con cinco veneras de plata. Escudos con tales piezas, dirían, los heraldistas, determinan un marino. Y casi era verdad. Por un lado las armas de los Mendaña semejaban un barco de seis velas cargadas en dos mástiles; por el otro, las ondas y las almejas de Neyra también hablaban de mar. Era la complicada imaginación de los reyes de armas la que hacía decir estas cosas, forzando la realidad. Pero convengamos, siempre ello resultaba más fácil que profetizar meses antes que el hidalgo mercader Alvaro de Mendaña y Neyra, hijo del Viejo Mundo, partiría del Mundo Nuevo a redescubrir el Novísimo.

### LA BUSQUEDA

Zarpados del Callao y doblada la Isla de Lobos —nombre que entonces tenía el peñón de San Lorenzo— los dos navíos se lanzaron mar afuera, lo que tuvieron muchos por temeridad, pues lo común en estos casos era aproar a otro puerto pequeño so color de reparar averías de última hora o de cargar más leña y bastimento. No ocurrió así esta vez, por lo que todos se despidieron de la idea de bajar en Pisco por vino o de probar los dulces de Chérrepe. Lo cierto fue que se salió "*al golpho*"<sup>11</sup>, nombre que daban los marinos a la mar abierta, topándose allí con poco viento, tan poco que amenazaba derivar en calma chicha. El primer día, pues, fue de calmerías y mar boba, viendo todos caer el sol al tiempo que estaban las velas desfallecidas y los

gallardetes muertos. Pero amanecido el segundo repicó el viento y las velas que lucían flácidas se dieron a él con más ganas, poniéndose barrigonas o preñadas y haciendo crujir los masteleros y curvarse los palos mayores. Los expedicionarios se animaron con el hecho y, recordando las islas misteriosas que salían a buscar, dieron en hablar de mil dorados proyectos.

El rumbo tomado desde el zarpe fue el Oeste-Sudeste, por prescripción de Pedro Sarmiento de Gamboa, aprovechándose así los vientos Nor-Este y Sur-Este que, aunque débiles y apacibles, servían para navegar. Se perseveró en este rumbo, salvo ligeras variantes, hasta el viernes 28 de noviembre, pero "*Este dicho día mudó Hernán Gallego la derrota y empeçó la Via del Oeste quarta al sudueste que es una quarta más baja del camino que haviamos traído*"<sup>12</sup>. El cambio lo hizo sin aprobación de Sarmiento —que era el teórico de la expedición—, sin el parecer de ningún piloto y, lo que era peor, contrariando la *Instrucción*. No gustó al primero la maniobra y disgustado con ella fue a decirle al General Mendaña que no la consistiese y ordenara se enmendase el timón. Aducía Sarmiento que la desobediencia de Gallego los llevaría a no encontrar isla alguna, que el cambio era un error, que tenían que recuperar el rumbo. Mendaña no le dió la razón; Sarmiento se sintió frenado y lo tomó a desaire, conjeturando entonces que el cambio de rumbo no sólo era conocido por Mendaña sino que se había efectuado con su licencia. Además, Hernán Gallego era el Piloto Mayor. Por estar el viaje en sus inicios Sarmiento consideró prudente callar. Esa misma tarde, ahogando sus amarguras en las aguas del océano, nos lo imaginamos observando esa extraña corriente que iba al Sur-Oeste y que ya días antes había atraído su atención. ¡Dichosa aquella corriente que no cambiaba su rumbo!<sup>13</sup>.

Pero un amanecer no quiso Dios que lo tuvieran tan bueno y un violento encontronazo sacó a tódos del camastro en que se hallaban durmiendo. Fue el domingo 30 de noviembre, día de San Andrés. Temerosos de haber encallado subieron los despertados a cubierta maldiciendo al arrecife o mala peña causante del estropicio; pero ya en la borda miraron hacia abajo no descubriendo ningún bajío sino sólo una deforme ballena atontada por el golpe que se alejaba con pesadez por la cuadra de estribor. Se temió entonces que el animal hubiera hecho una vía de agua y bajaron los grumetes a indagar, mas no se descubrió forado alguno, por lo que alguien piadosamente escribió: "*fue Dios seruido que no Receuimos daño*"<sup>14</sup>. Ni Mendaña, ni Sarmiento ni Gallego dijeron nada, pero la presencia del cetáceo debió recordarles la Leyenda de San Brandán, narración de origen celta que los tres escucharon cuando niños.

La navegación se retomó sin mayores contratiempos; sin embargo, entre el 1 y el 2 de diciembre el mar se empezó a picar, maliciando algunos la proximidad de tierra. La presencia de unas aves el día 3, que resultaron ser grajos y piqueros, acentuó la sospecha, llegándose casi a la evidencia cuando por la noche se escucharon truenos. Así amaneció el jueves 4 de diciembre, día de Santa Bárbara, patrona de los artilleros. Este día no tronó ni se vieron aves, pero a la hora de vísperas, alrededor de las seis de la tarde, el soldado Alonso Rodríguez Franco gritó: “¡Tierra!”. El marinero Manuel Alvarez lo secundó en su vocear, y ambos a una prosiguieron sus aspavientos y gritos. Efectivamente, sobre un horizonte morado y bajo un sol que todo lo teñía de fuego, asomaba una tierra alta y bermeja con apariencia de isla. Su silueta, bañada por la luz del crepúsculo, mostraba “*gran cuerpo della*”<sup>15</sup> y su mole “*ynchia la vista*”<sup>16</sup>. A Sarmiento le dio un vuelco el corazón: estaba ante la primera insula. Mendaña se mostró bastante escéptico, ayudándolo Hernán Gallego a dudar del descubrimiento. Pero el pontevedrés no se percató de nada y fijando sus ojos en la brújula, comenzó a perseguir el anaranjado peñón con la aguja. Por eso escribió luego: “*La ybamos mudando de rumbo y ella no se mudava de figura, que hera señal de estar cerca*”<sup>17</sup>. Mas el sol ya se hundía en el mar y no daba tiempo a precisar más detalles. Era necesario amainar y esperar hasta el día siguiente para reconocerla como merecía. Sarmiento estaba en el colmo de su arrebató, los soldados afeerrados a la borda miraban y comentaban, los marineros encaramados en los palos también miraban con avidez. Solamente el Capitán General Alvaro de Mendaña se atrevió a romper aquel momento casi sagrado para opinar siempre escéptico que aquello no era una isla sino un celaje de los muchos que suelen darse en la mar. Hernán Gallego opinó lo mismo. Sarmiento se escandalizó con la incredulidad de ambos y marchó hacia Mendaña para asegurarle con la última luz crepuscular —“*que es cuando suelen certificarse Las señales de Vista de tierra*”<sup>18</sup>— que aquella no era una ilusión sino una percepción “*más clara y biua que en todo el dia*”<sup>19</sup>. Pero el General se encogió de hombros y no le dio la razón. Desesperado Sarmiento “*Rogó al General pues que Venían a descubrir y Dios les hazía merced tan breuemente, que marcasen la tierra y amainasen hasta la mañana y así se certificarian de lo que hera*”<sup>20</sup>, pero Mendaña se mostró amigo de no perder tiempo y obstinado como era, ordenó proseguir. Y “*así contra la voluntad casi de todos pasó de largo quedando grandissima lástima en los coraçones de todos los soldados porque si no hera como en Realidad de Verdad el capitán Pedro Sarmiento se afirmó y afirma que lo hera, hisiere grandissima hazienda aunque no quiera otra Riqueza más de ser*

*poblada y hauer agua y Leña y alguna comida*"<sup>21</sup>. Entonces fue que Sarmiento pensó que Mendaña y Gallego —¡Dios sabía por qué!— no deseaban descubrimientos sino llegar a las Filipinas. Verdad o no, lo cierto era que "*prosiguiendo y perseberando en la mala derrota yban decayendo de altura*"<sup>22</sup> los navíos de Mendaña.

El episodio no puede ser más desconcertante. Por un lado está la afirmación de Sarmiento, marino ansioso de hallazgos; por otro Mendaña, hombre que mira con desgano los presuntos descubrimientos de su paisano. Sarmiento es cosmógrafo, astrónomo y experimentado en horizontes; Mendaña un improvisado que se apoya en el fallo celoso de Gallego. Uno afirma convencido, el otro niega con terquedad. ¿Cuál de ellos tuvo entonces la razón?. Hoy, después de cuatrocientos años, tenemos casi nada que añadir. Lo evidente es que donde Sarmiento señalaba hoy no vemos isla en el mapa. Vista desde otro ángulo, la derrota de Mendaña es riquísima en celajes. Aparecen, preferentemente por la tarde, islas inexistentes dibujadas en el horizonte con sorprendente realismo. A veces surgen archipiélagos enteros con sus picachos agudos y morros gigantescos que se adentran en el mar. El fenómeno casi siempre se da entre el observador y el sol agonizante; lo verdaderamente extraño en este caso es que la isla quedara al Nor-Noreste y luciera iluminada. Esto es lo que nos hace pensar en favor de Sarmiento, porque en el primer caso las islas lucen oscuras. Evidentemente ya Sarmiento conocía la célebre navegación de Túpac Yupanqui en el siglo XV, por lo que escribiría luego: "*Navegó Topa Inga y fue y descubrió las islas Auachumbi y Niñanchumbi, y volvió de allá, de donde trajo gente negra y mucho oro y una silla de latón y un pellejo y quijadas de caballo; los cuales trofeos se guardaron en la fortaleza del Cuzco hasta el tiempo de los españoles. Este pellejo y quijada de caballo guardaba un inga principal que hoy vive y dió esta relación, y al ratificarse los demás —incas informantes miembros de las panacas reales— se halló presente, y llámase Urco Guaranga. Hago instancia en esto, porque a los que supieran algo de Indias les parecerá un caso extraño y dificultoso de creer... Estas son las islas que yo, el año de sesenta y siete [sic], a treinta de noviembre [sic], descubrí en el Mar del Sur, ducientas y tantas leguas de Lima, al poniente de Lima, yendo al gran descubrimiento de que yo di noticia al gobernador o licenciado Castro. Y no las quiso tomar Alvaro de Mendaña, general de la armada*"<sup>23</sup>.

Cinco años después de estar frente a su isla, Sarmiento seguía creyendo en ella como cabeza de archipiélago, aunque equivocando el día, mes y año en que recordaba haberla visto. Todo esto es lo que hace pensar en una isla desaparecida. Pudo

destruirse ella misma si aceptamos su naturaleza volcánica, algo nada difícil de acontecer a esa altura del océano. La hipótesis cobra mayor fuerza si atendemos que el nombre de *Ninachumbi* lleva implícito la raíz *nina*, que en quechua se traduce fuego. Cuando se dice que el Inca regresó con *gente negra*, pensamos, sin querer, en los melanodermos que luego vio Sarmiento en las Islas Salomón. Conocemos lo que al respecto se ha dicho y se dice: los micetos equinocciales, los cueros y quijadas de vacas marinas, los troncos metálicos de la costa ecuatorial. Pero es que ahora queremos pensar, por lo menos un instante, en la posibilidad de que la avistada el día de Santa Bárbara hubiera sido isla, acaso la misma de Túpac Inca. No soñamos con Atlántidas en el Pacífico, pero tenemos derecho a referirnos —calculando las leguas recorridas hasta entonces por Mendaña— a uno de esos múltiples caprichos geológicos aledaños al nombre submarino Elena, cerca de las colinas abisales que los mapas del fondo del mar muestran en las inmediaciones del meridiano 115 y el décimo paralelo austral. La zona está luego de la gran Elevación del Pacífico Oriental y la rodean islas que como las Galápagos, las Marquesas, las Sociedad, las Tuamotú, Pitcaira y Pascua predicen su estirpe volcánica. Los *guyots*, volcanes que perdieron su cabeza que asomaba sobre el mar y que hoy son inadvertidos accidentes submarinos, suman más de quinientos en el Pacífico. Se cree que sus cimas desaparecieron debido a explosiones no muy viejas; en ocasiones el proceso es mucho más simple: el volcán arroja sólo gas y pumita, quedando en su interior una cavidad vacía en la cual se desploma el pico una vez terminada la presión. Otros sostienen que —sin necesidad de explosión ni de hundimiento— la acción erosiva del oleaje decapitó estos picos de fuego. En este último caso las *corcovas* del océano serían *volcanes naufragos*. La presencia en ellos de cantos rodados y de porciones graníticas así lo han llegado a probar. Hoy, cuatrocientos años después del episodio, repetimos, poco es lo que tenemos que decir sobre esa presunta isla que pudo llamarse de *Santa Bárbara* pero que murió sin nombre, por lo cual las cartas náuticas podrían anotar su dudosa existencia y bautizarla *Isla Innominada*, aunque, a decir verdad, mejor haría en llamarse: la *Discutida*.

Si algo hubo que no pasó inadvertido en el tiempo que siguió fueron las protestas de Sarmiento al General Mendaña. El quejoso pontevedrés pensaba —aunque no lo decía— que con un General tan mozo como Mendaña antes se desparramaba que se recogía. En varias ocasiones lo fue a ver para decirle que no podían seguir apartándose de las islas que habían salido a buscar; que mirase cómo de continuar así perderían el verano para hacer los descubrimientos pues los vientos se tornarían contra-



El Adelantado Alvaro de Mendaña y Neyra.

rios; que cumplierse con lo que ordenaba la *Instrucción* y se alejase de la equinoccial. Pero Mendaña desoía a Sarmiento y opinaba que las tierras no quedaban a babor. Sarmiento insistía apoyándose en la presencia de rabihorcados, piqueros y gaviotas que volaban de aquella dirección en las mañanas para retornar al mismo punto por las tardes; "y lo que hera más cierta señal, truenos y Relampagos del Sur y sudueste, porque según Regla Natural la gruesa Materia que causa semejantes efectos naturales es causa de los pesados vapores de la Tierra y no de las leues oscilaciones de la Mar, y así es prouadissima experiencia que quando Vamos de alto golpho y oymos truenos y Relampagos damos luego en tierra breuemente, así a la parte que se oyen porque Las tales nubes y meteuros Rompen sobre la propia tierra"<sup>24</sup>. Con estas y otras reflexiones pretendía Sarmiento vencer la terquedad de Mendaña. En el colmo de la desesperación llegó Sarmiento a pedir que lo escuchara y que si accediendo a lo que decía no descubrieran tierra, "que le echasen a la Mar como a hombre que auia engañado a su Rey"<sup>25</sup>.

Hombre que secundó mucho a Sarmiento en sus pedidos lo fue el Maestre de Campo Pedro de Ortega, quien, aunque viajaba en la almiranta, se daba tiempo para acudir a la capitana y hablar con el General, mas como tampoco éste le hacía mayor caso, terminaba por retirarse ronco de tanto gritar, marchándose frenético a su barco. Uno de los tantos días de discusión, estando juntos Mendaña, Sarmiento y Ortega, los últimos dijeron al primero que ya no podían hacer más y que toda la responsabilidad de la expedición era del Capitán General, quien algún día se vería en la obligación de rendir cuenta de ella. Parece que recién Mendaña entendió su postura de capricho, "porque calló como quien se sentía culpado"<sup>26</sup>.

Desde el 4 de diciembre en adelante —salvo las porfías dichas— casi no hubo novedad en lo que restó del mes. Pero en la noche de Año Nuevo, al tiempo de la primera guardia, cayó un hombre al agua salvándose de morir gracias a que fue sentido, a que se amainaron las velas, a que no hubo tiburones y, sobre todo, a que dos marineros se arrojaron al mar con un escotillón atado a una cuerda. En suma, se recobró al accidentado, pero por darle socorro estuvieron a punto de embestirse los navíos, lo que hubiera traído consigo el trabarse las antenas y enredarse los cables, amén del peligro de zozobrar. Los ocho días siguientes no sirvieron sino para que se repitiera el grito de *¡Hombre al agua!*. Menos mal que ya se había adoptado la precaución de arrastrar de continuo un cabo por la popa, por lo que el caído se aferraba a él con todas sus fuerzas y, dando voces, podía ser rescatado.



Otro día un nuevo percance puso en peligro la vida de todos: el agua de las pipas se puso tan dañada "*que no se podía beber de amarga y hedionda*"<sup>27</sup>. En vano la quisieron mezclar con vino para "*mejorarla*". Cuando el agua se ponía con los primeros síntomas de corrupción los pajes se daban maña para servirla de noche, siempre en vasos de madera que impidieran apreciar lo viscosa que ya estaba; pero a la larga el sabor ponía en guardia a todos los bebedores, siendo entonces que se la "*beneficiaba*" con vino para poderla pasar. No cabía la menor duda de que la fermentación había alcanzado su punto máximo. Si se hubieran tomado el trabajo de quebrar las pipas con hachas, habrían podido apreciar cómo cada una de ellas era un cubil de cucarachas. En estas condiciones no había más remedio que colar el agua en un cedazo de lona, luego servirla en vasos de madera y, por último, beberla.

Algo similar ocurrió con la comida. Todo el pescado en salmuera y gran parte de la carne salada se pudrieron dentro de los barriles que les servía de envase, amenazando con intoxicar a cuantos los comieran. Esto hizo que las raciones se acortaran y —de suculentas que habían sido en un principio— terminaran reducidas a hilachas de la poca carne buena, algunos mendrugos de pan o acaso un vaso de agua en las condiciones que conocemos. El pan de la navegación —tiempo es de decirlo— era el migoso *bizcocho* que cuando pasaban los días se tornaba más que recio, adquiriendo entonces el apropiado nombre de *galleta*. Esta galleta de a bordo de puro dura no se podía morder —también porque en esa época lo común era perder los dientes temprano— y aquel "*pan de palo*" que cuando caía al suelo "*tableteaba*" tenía que mojarse entonces en agua, naciendo de este matrimonio las famosas "*sopas de pan*" que causaban vómitos a los que navegaban por vez primera. La jornada de Mendaña no fue, pues, ajena a estos sufrimientos, siendo sí de sorprender que con una alimentación tan pobre no surgiera el escorbuto para hacerlos perder los últimos dientes a los que les quedaban.

A comienzos del año 68 el rumbo había variado de tal modo que las naves estaban a cinco grados del ecuador. Habían pasado —hoy lo sabemos— al Norte de las Marquesas y de las Islas de la Sociedad, cerca del archipiélgo de la Unión y al Sur de las Gilbert y las Ellice; en otras palabras, los expedicionarios habían cruzado el mundo polinesio sin haberse percatado en absoluto de ello. Resulta difícil creer cómo en un mar de tantas islas, los navegantes no hubieran dado con ninguna. La gente tenía recelo de la aparente soledad y, no viendo sino mar, se entristecía y angustiaba. A su vez Alvaro de Mendaña no las tenía todas consigo y advirtiendo que el piloto Hernán Gallego desatinaba en la carta de marear, llamó un día a Sarmiento y, casi pre-

sentándole sus excusas por todo lo pasado y pidiéndole que por amor de Dios lo olvidase, le rogó que encaminase las naos. Sarmiento confesó a Mendaña que el rumbo "*estaua tan perdido que seria muy dificultoso cobrallo porque la tierra quedaba atrás y con el tiempo que hazia no se podía yr a ella, mas que al Oeste quarta al sudueste hauia tierra muy poblada que yendo a ella se podían Reformar y esperar tiempo y hazer el bergantín que yba determinado de hazerse y así boluerian a enmendar lo herrado*"<sup>28</sup>. Y dicho esto, Sarmiento desplegó a los ojos del General un mapa o padrón de aquellas partes, mostrándole la mala derrota que hasta allí habían traído y enterándolo de la que deberían llevar. Mendaña no tuvo más salida que acceder y entonces el pontevedrés mandó gobernar al Oeste, cuarta al Sud-Oeste.

Una semana después —el 15 de enero de 1568— un grumete de la capitana llamado Juan Trejo gritó: "*¡Tierra!*", desde lo alto de una gavia. Ahora sí que nadie podía dudar del hallazgo. Eran las nueve de la mañana y no había posibilidad de celaje alguno. Además, la tierra estaba tan cerca que un hombre de buena vista podía ver las palmas y cocoteros. Era una isla, una isla de verdad... Al momento cayeron todos de rodillas y entonaron el *Secundum Laudamus*, dando gracias a Dios por lo bien que empezaba lo que ya vislumbraban ser una cadena de islas por descubrir. Pero pasado el momento de fervor el piloto Gallego —acaso dolido por sentirse desplazado— no quiso acercarse a la isleta alegando que era despoblada y pobre. Sarmiento se aferró a la contraria opinión, arguyendo que era tierra habitada y que, por tanto, allí se podrían tomar nativos que sirvieran de guías e intérpretes. Mendaña se sintió en la obligación de terciar y, sin darle abiertamente la razón a Sarmiento, como decisión suya, mandó acercarse a la isla. Lo hizo algo a destiempo porque el viento y la corriente llevaban a las naos al Oeste, por lo que a eso de las dos de la tarde la isla quedaba por popa. Aún así se logró virar y acercarse a tierra, saliendo de ella —ante la sorpresa y alegría de los soldados— siete piraguas o canaluchos "*de ysleños yndios*"<sup>29</sup> que remaron hasta colocarse a un tiro de arcabuz de la capitana. Allí se detuvieron y alzando los remos hicieron señas con ellos a manera de saludo. Los marineros les contestaron con paños blancos en señal de paz, pero estas muestras de amistad no convencieron demasiado a los nativos, quienes tornando a bogar enfilaron a la boscosa playa, reiniciando allí sus señales, esta vez con banderas de palma blanca. Esa noche los isleños prendieron fogatas, respondiendo los de la capitana con faroles, pero apagado el gran fanal de popa a la hora del *cubrefuego*, mataron ellos sus hogueras no quedando más luminarias que las estrellas del cielo.

El mar se puso bravo y las olas empezaron a estrellarse ruidosamente contra los farrallones de la costa. La almiranta, con su pesadez característica, maniobraba con dificultad; la capitana tampoco presumía de ligera pero tenía mejores movimientos. Mendaña consideró arriesgado tomar una isla que en principio ofrecía sólo palmas cocoteras y temiendo dar en los arrecifes y desfondar sus barcos, decidió abandonar esas aguas que hervían de pescado y espuma. Posteriormente Mendaña explico este alejamiento diciendo que lo hizo por no arriesgar las naos, especialmente la almiranta, nave lenta, pesada y difícil de gobernar. Cuando a su tiempo los del *Todos los Santos* le preguntaron que por qué no había tomado la isla, escribió el General: "*Yo les respondí que, por no ponerlos a ellos en peligro de perderse, no se había tomado, aunque pude, Ellos me respondieron que si yo la tomara, que aunque fuera quebrando los mástiles y muriendo, que ellos la tomaran; dixeles que aquellos [males] quise yo excusar*"<sup>30</sup>. La respuesta es segura, aunque su escritura tardía. La verdad es que no deseaba que luego se reconociese el hallazgo de la isla como algo principal y quedase como obra de Sarmiento. Mendaña quería islas descubiertas por él, sin el consejo de nadie, y ahora sería factible hallar muchas adelante. Muchas, sí: un archipiélago entero... Y los soldados entristecidos vieron desde la borda alejarse a la *Nombre de Jesús*, isla cuyas palmas se agitaban con el viento como dándoles un adiós definitivo a los viajeros.

La verdad etnográfica sobre aquel lugar no constituye un cerrado misterio. Los indígenas pasaban de cuarenta, pues habían sido seis o siete los que tripulaban cada piragua, y parecían demasiados para una isleta que no llegaba a las siete leguas de perímetro. Ningún testigo dijo haber visto mujeres, por lo que cundió la voz de que aquellos "yndios" estaban allí de paso, pues su patria era otra isla. Hoy estamos por creer que eran recolectores de cocos llegados para su cosecha anual. El hecho de que el piloto Hernán Gallego identificara al grupo como "*gente amulatada*"<sup>31</sup>, nos lleva a la evidencia de que no eran polinesios sino melanesios.

La verdad geográfica es más compleja. La isla en cuestión pertenecía al archipiélago de la Santa Cruz, pudiendo ser la Anuda, Tikopia o Mitre la avistada, por ser ellas las más orientales. Esto no quita la posibilidad de que hubiera sido otra del conjunto —Osino Utupua, Ndeni, las Duff, Tinakula, Vanikoro, Tevai, Nupani o las Swallos— situadas más al Occidente.

Y así, unas veces acercándose a la equinoccial, otras apartándose de ella, el navío *Los Reyes* seguido del *Todos los Santos* continuó la derrota de Poniente. Desde el 16 de enero hasta el día 31 no se vio tierra alguna, turnándose las miradas de babor a la proa, según creyeran en Sarmiento o en Mendaña. Ganó

el segundo, porque amaneciendo el domingo 1 de febrero se avistó una isla. Esta vez el mar estuvo calmo, permitiendo apreciar una tierra que bajaba del Nor-Este al Sur-Oeste haciendo hacia esta última parte "*Unos Mogotes altos a trechos y a la otra parte Un lomo de tierra como Restinga Vaja y a la punta del Nordeste tiene dos Mogotes altos, La Restinga es angosta, en algunas partes La Varía la Reuentasón de pleamar*"<sup>32</sup>. Intrigados los descubridores estuvieron rondando su hallazgo hasta el martes 3 de febrero, imponiéndole por nombre los *Bajos de la Candelaria* por haberlo visto la víspera de esa festividad mariana. Pero por mucho que marinos y soldados observaron la isla no vieron señales de que fuera poblada. Esto decidió a Mendaña a no perder tiempo en bajar a ella, largando velas ese mismo martes por la mañana. En los días que siguieron, siempre avanzando al Oeste, los marineros atraparon palos, palmas y cocos que flotaban en el mar arrastrados por las aguas de los ríos. A Mendaña debió iluminársele el rostro. Había llegado el momento de demostrarles a todos que tenía la razón. Y doblando los vigías, satisfecho debió de irse a acostar<sup>33</sup>.

### EL HALLAZGO

El sábado 7 de febrero de 1568, día de San Romualdo, apareció la primera isla salomónica. Efectivamente, al amanecer se avistó "*Una gran Tierra avnque entonces parescia poca parte della por cima de Unas cellajes*"<sup>34</sup>. El piloto Hernán Gallego, como siempre, porfió que aquello no era un accidente real sino fantasía de los ojos. Sarmiento reafirmó que era isla y aseguró "*que lo hera porque en la Viendo La Marcó y nunca hazia diferencia*"<sup>35</sup>. En la discusión se estuvieron hasta que aclaró el día, perfilándose a la luz del sol "*Una grandissima cordillera de Tierra*"<sup>36</sup>. Dispuestos a comunicar lo visto a la almiranta trataron de ubicarla por la amura de babor, pero menuda sorpresa se llevaron todos cuando, lejos de estar allí, la vieron por el Nor-Oeste. Durante la noche a pesar de su lentitud y pesadez, se había adelantado como para hacer peligrar el viaje en conserva, pues de haber proseguido la oscuridad se hubiera distanciado tanto que horas después habría sido imposible ubicarla.

Acercáronse entonces ambas naves y aproando hacia la isla, estando ya a cuatro leguas de ella, salieron a su encuentro cantidad de piraguas con guerreros atezados que bogaban prestamente. Los nativos evidenciaban entusiasmo y sus embarcaciones eran de madera negra con incrustaciones de nácar. Al frente de cada una venía un caudillo, orgulloso guerrero tan oscuro como su piragua. Las embarcaciones se detuvieron a una distancia prudente, no osándose acercar a los navíos, pero colo-

cadadas a medio tiro de ballesta, sus ocupantes preguntaron mediante señas por el jefe de los blancos. Luego de muchas repeticiones los españoles les entendieron, mostrándoles entonces a Alvaro de Mendaña, entre todos singularmente engalanado, quien recibió de sus hombres las mayores reverencias de acatamiento, para que por ello entendiesen los isleños lo que por palabras no les podían decir. Con esto y otros gestos amistosos que los marineros hicieron, los nativos se fueron acercando en sus piraguas, lo que aprovechó Mendaña para arrojarles desde la borda bonetes colorados, sombreros, trozos de telas de colores, cascabeles y sartas de cuentas, objetos todos que fueron recibidos muy bien. No obstante, siguieron aferrados a sus remos, mostrando desconfianza y preparándose para cualquier sorpresa. Un marinero entendió lo que pasaba y, para hacerles perder el recelo, se arrojó al mar y estuvo nadando entre las piraguas ofreciéndoles bizcocho a los nativos, también descorchó una botella y sacando un pequeño vaso de plata dio a beber vino a uno de ellos. El guerrero recibió el vaso y bebió todo el licor, pero a la hora de devolver el recipiente no lo hizo apropiándose en la forma más descarada. El gesto del marinero animó a varios isleños a encaramarse por la *escala de gato* y entrar en la nao, recibidos allí con grandes muestras de amistad e intercambiándose algunos abrazos. Eran los isleños casi todos muy oscuros y semejantes a guineos o africanos de San Jorge de la Mina; aunque su tez no era estrictamente negra—como en el caso de los congos, angolas y mozambiques—sino inclinada a la coloración del cacao; era, por así decirlo, achocolatada. Se diferenciaban de los africanos en tener más suelto el pelo, con el que hacían complicadísimos peinados que adornaban con guedejas de colores. El peinado parecía ser lo más exótico, estando *“unos con coronas, como frailes, otros se cortan el cabello... otros se trasquilan casi media cabeza de hacia el colodrillo, otros dejan un pedazo de cabello que parece una gorra puesta de lado, otros dejan unas guedejas que les crecen tanto que, de encima de la oreja, llega hasta abajo de los pechos, y tráenla hecha una trenza; otros no se trasquilan y hacen unos rizos a manera de tocado, que enrizan el cabello por las puntas por un lado y por otro, hasta llegar sobre las orejas, y después hacen otro rizo muy menudo por medio de la cabeza, que toma del colodrillo a la frente”*<sup>37</sup>. Prosigue la descripción: *“Traen la lengua y labios muy colorados y se los colorean con una hierba que comen, que tiene la hoja ancha y quema como pimienta, y con cal que hacen de lucayos blancos, que es una piedra que se cria en la mar como el coral; mascando esta hierba y teniendo desta cal en la boca, echa un zumo colorado que es el que les hace tener siempre muy colorada la lengua y labios, y también se pinta con este zumo la cara, por gallardía.*

*Aunque masquen esta hierba, no se tiene el zumo colorado si no le mezclan con la cal dicha*<sup>38</sup>. Viéndoseles ya con más detenimiento no parecían guineos africanos, porque bastantes tenían el cabello rubio o mechones de este color y lucían unas narices muy toscas que les afeaba las caras. Tampoco eran mulatos —porque en éstos predominaban las facciones europeas— pareciendo con más exactitud zambos o zambahigos, como los que en el Perú eran fruto de las uniones de los negros con las indias. Su atuendo personal se circunscribía a un taparrabo de tela de fibra listada, pero los adornos eran múltiples: una pluma larga y vertical en la cabeza, orejeras de cañutos con motivos geométricos, collares de dientes humanos y muñequeras de caracoles, brazaletes de lo mismo y, colgando sobre el pecho, una media luna de madera incrustada de nácar, ornamento que les daba una prestancia especial. Estos isleños, luego de recorrer la capitana sin mayores muestras de admiración, saltaron a sus *molos* o embarcaciones y, al parecer sin despedirse, retornaron a la playa aunque haciendo señas a los cristianos para que los siguieran a sus pueblos<sup>39</sup>.

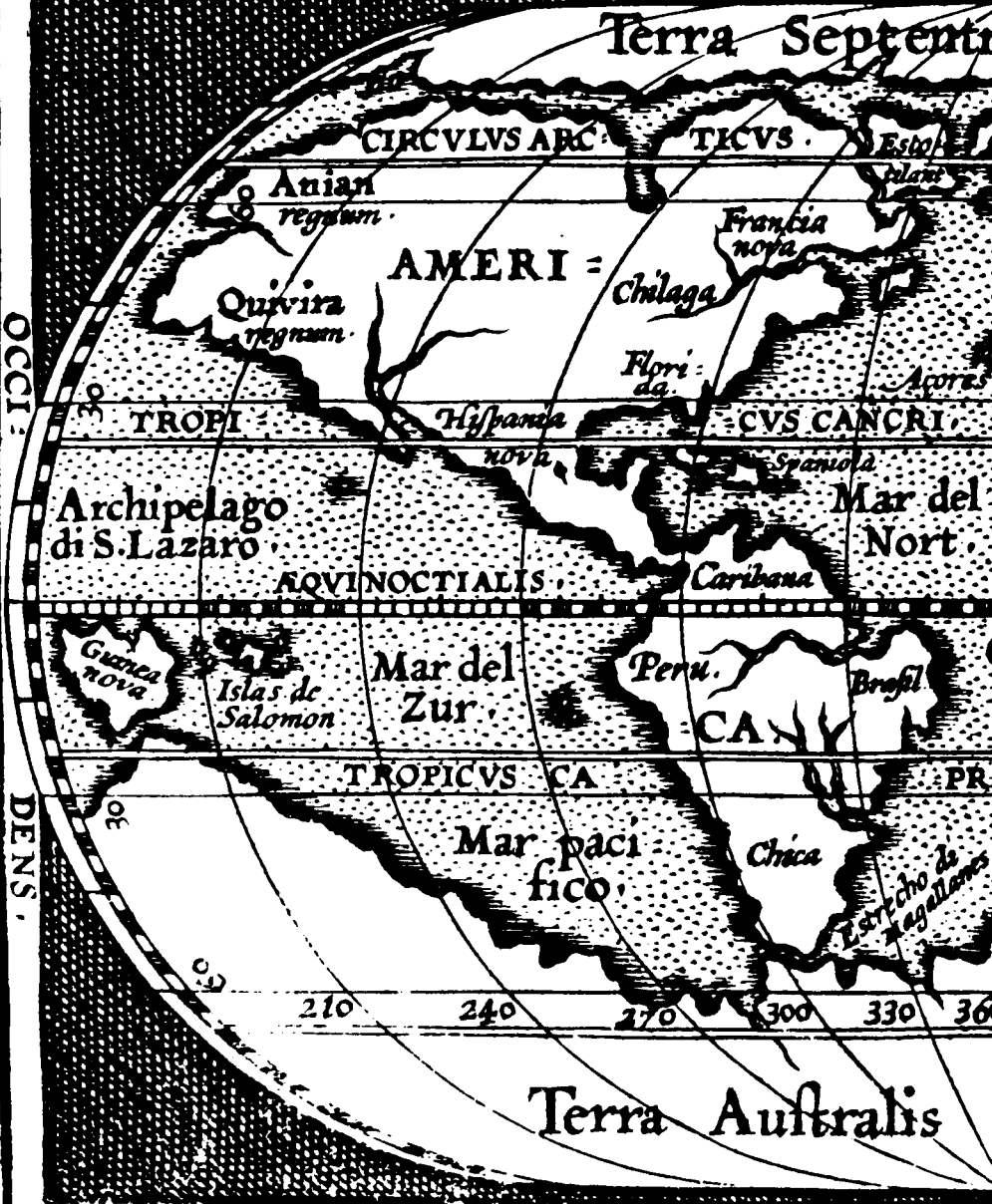
Como no se había echado el ancla, Mendaña comisionó entonces a Andrés Núñez, caudillo de soldados, para que saliese con el batel a reconocer y sondar un buen puerto que parecía verse desde allí y que los nativos habían nombrado Beulu. Pero los peruleros se sintieron demasiado solos en la inmensidad de aquella costa, se admiraron con las muchas aldeas y sospecharon que las múltiples piraguas que salían a su encuentro estuvieran tripuladas por nativos antropófagos. Esto último desanimó a Andrés Núñez y a sus hombres, quienes temieron arribar a la playa y ser hechos prisioneros, reflexión que se unió al hecho de que se estaba haciendo tarde. Sin pensarlo dos veces cambiaron entonces de rumbo y, bogando hacia la nao capitana, llegaron a ella al tiempo que se ponía el sol<sup>40</sup>.

Consecuencia de no haberse hallado puerto fue el que las dos naves se quedaron sin fondear y pasaron la noche barloventeando. Las corrientes empero arrastraron a los barcos seis leguas al Poniente, por lo que al cuarto del alba éstos estuvieron a riesgo de encallar en unos bajos de coral que se descubrieron a tiempo por romper en ellos las olas. Presurosos los marineros sacaron los navíos, pretendiendo los pilotos ganar un puerto que cerca de los arrecifes se veía. La maniobra se hizo con rapidez y los mascarones se pusieron para tierra. Se avanzó en esta dirección sin mayores prevenciones, mas cuando se trató de hacer virar a la capitana, no lo hizo tan bien como la almiranta, descubriéndose que el timón se había trabado. En estas condiciones el navío *Los Reyes* se iba a estrellar contra las peñas. Sus ocupantes quedaron paralizados de terror y con más espanto

Las Insulas Salomónicas en el  
*Typus Orbis Terrarum.*

491

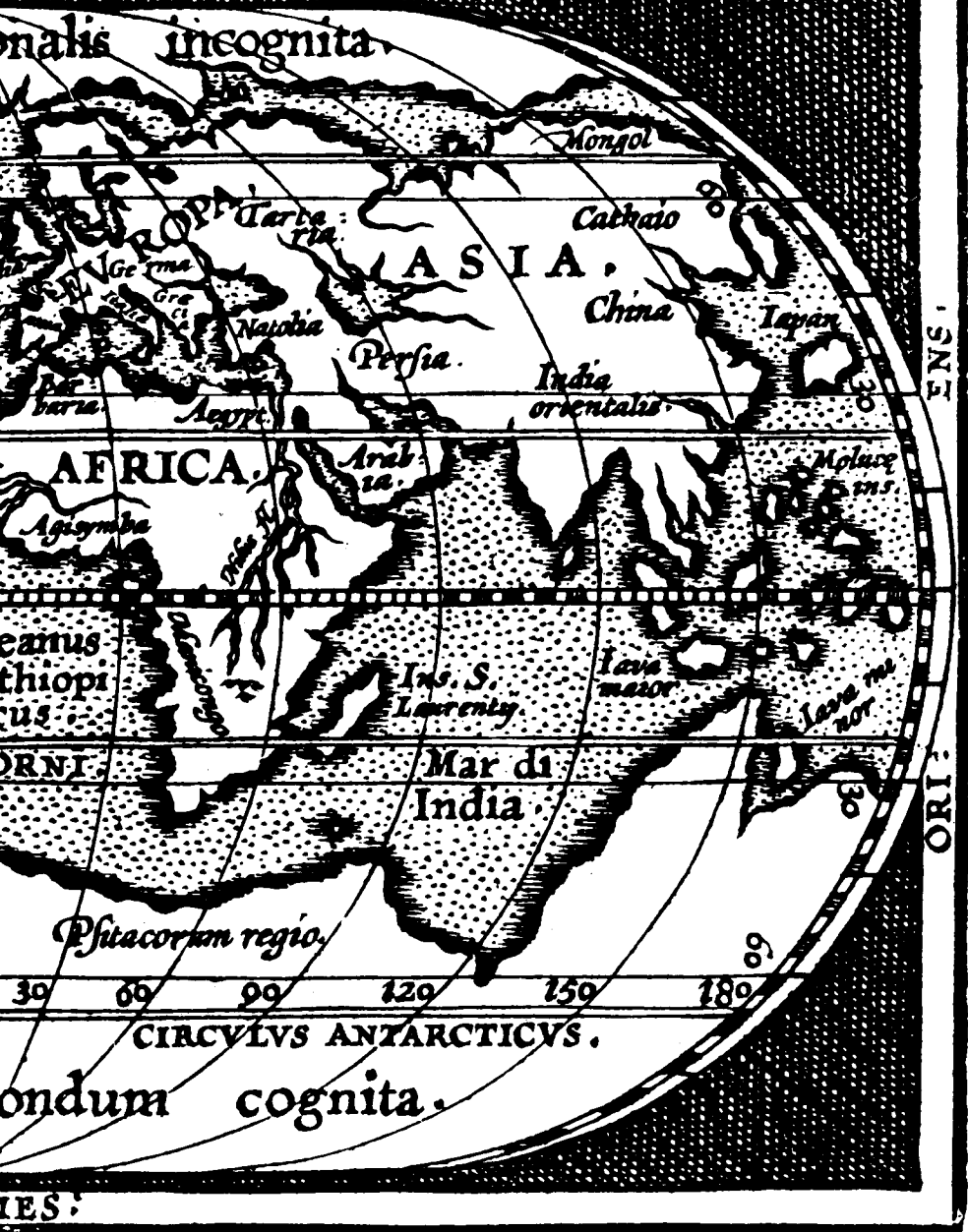
# TYPVS ORBIS





TRIO.

# TERRARVM.



todavía vieron cómo crecía la isla en sus narices. Todos se apresuraron a saltar por la borda y lanzarse al agua para librarse así del golpe del encallamiento. Pero cuando decían oraciones y votaban penitencias devorados por la angustia, crujieron los goznes del gobernalle ante los muchos esfuerzos de Gallego y el timón se soltó, ladeándose la nave en medio de un suspiro de alivio y cambiando el horizonte de roca por otro de mar azul carente de toda peña. De este modo se salió otra vez al océano, tomándose el abatimiento del timón como un milagro de Nuestra Señora<sup>41</sup>.

Nuevamente en mar afuera Mendaña decidió barloventear toda la mañana, mientras los bateles salían en demanda de un puerto seguro. Los buscadores de éste tardaron demasiado y los navíos, sin que lo quisieran sus pilotos, se encontraron flotando sobre un banco de rocas coralíferas. *"Y andauamos en quatro o cinco braças de fondo, todo peña viua, sin sauer a qué parte yr que vuisse más fondo, porque en tocando las naos se desfondarian por causa de ser todo peñas"*<sup>42</sup>. Y prosigue Alvaro de Mendaña, autor de estas líneas: *"y para salir la buelta de la mar era el viento por la proa; boluimos a hacer nuestras plegarias y oraciones, como es costumbre de nauegantes cuando se ven en peligro, como nosotros a esta ora estauamos, y fue Dios seruido que alargando vn poco el viento y con las bolinas haladas, metiendo el bordo casi en el agua, salimos a la mar. Y para que más claramente entendiésemos que era Dios el que nos sacaua destos peligros, por intercesión de su bendita madre, a quien siempre la poniamos por intercessora, quiso mostrarnos señal en el cielo y en la tierra, y fue desta suerte: que despues de auer salido a la mar, pareciéndole al piloto mayor [Hernán Gallego] que no era bien, por ser ya cerca del mediodía, aguardar con las naos a que los bateles que auian ydo a buscar puerto bolviessen, porque vernian muy tarde y pudiera ser que con la viraçon cargara el tiempo y fuera trauesia en la costa de la isla, y que lo más acertado era meternos en tierra con las naos y buscar puerto, determinamos de dar la buelta, llevando dos anclas prestas y las escotas hiça en la mano para si fuesse menester dar fondo sobre el baxo; o yendo de la manera dicha la buelta de tierra vimos una estrella muy clara y resplandeciente, que parecía por derecho de la gabia mayor de la nao, y siguiendo por el derecho della entramos en vn puerto sin peligro ninguno, y a la entrada dél vimos que de vna montaña que estaua sobre la mar, toda la peña viua, cayó un pedaco della con mucha arboleda en el agua, haciendo gran terremoto y ruido: y aunque en España se ha visto algunas vezes estrellas a mediodía, el verla nosotros en tiempo de tanta necesidad y sucedernos tan bien la entrada del puerto, es causa que lo tengamos por obra*

de Dios y que de su mano nos vino aquella guía para acertar a entrar en el puerto"<sup>43</sup>. El piloto Gallego ve todo con más frialdad y sólo escribe: "y al entrar por el arrecife se nos apareció (a hora del mediodía) una estrella, que la tuvimos por guía y buena señal... y al entrar en el puerto cayó un gran pedazo de tierra mayor que la nao"<sup>44</sup>. En resumidas cuentas, el día que entraron a puerto hubo una estrella en el cielo y un terremoto en la tierra.

La tarde de este día se dedicó al descanso, pero en la mañana del siguiente Mendaña y sus hombres bajaron a tierra. Los soldados construyeron una cruz y fray Francisco de Gálvez, vicario de la armada, la cargó y llevó a costas un buen trecho de la playa, deteniéndose al fin en el sitio destinado a ella. Allí se le clavó en el suelo, cantando los frailes el *Vexilla regis prodeunt*. A continuación Alvaro de Mendaña, luciendo sus galas de Capitán General, tomó posesión de esa isla en nombre del Católico Rey de las Españas, llamándola de Santa Isabel por haber salido tal día del Perú. Luego de la ceremonia llegaron algunos nativos en piraguas y saltando en tierra se acercaron a los españoles con muestras de amistad, abrazándose con ellos muy alegremente e invitándolos a que fuesen a sus pueblos. Todo hace pensar que fue en este momento que los nativos mostraron curiosidad hacia los ritos cristianos, entablándose con ellos una plática sobre temas de religión que hizo escribir luego a Mendaña: "Tienen estos indios buena lengua porque pronuncian nuestros vocablos tan claro como nosotros y a uno le fueron diciendo el Credo en romance y lo pronunció todo tan claro como si fuera español"<sup>45</sup>. Pero a estas alturas la situación se complicó, porque entonces ladraron unos perros que los peruleros bajaron a tierra para que husmearan posibles emboscadas y asustados con la presencia de los fieros animales —sin duda alanos, hijos de dogo y mastina— partieron a correr, subiendo a sus piraguas y apartándose de la orilla remando a toda prisa. Los españoles rieron algún rato y luego se dedicaron a buscar un sitio para hacer un astillero donde construirían el bergantín que les permitiera explorar las islas vecinas, de las que ya tenían noticia.

Esa misma tarde —que fue el lunes 9 de febrero, aunque Sarmiento se empeñe en decir que fue martes 10— estando Alvaro de Mendaña en su nave, recibió la visita del taurique Bile-Ban-Harra, uno de los reyezuelos más poderosos de la isla. Era monarca de una provincia llamada Samba; tendría treinta años, lucía mediana estatura y menos feo que sus vasallos. Venía muy fachoso con un turbante alto de plumas blancas, muchos brazaletes de hueso y en el pecho una patena grande labrada de forma redonda y toda de nácar. A la espalda traía una rodela, arma defensiva que añadía a su persona un aire de ferocidad. Desde

su embarcación se mostró algo desconfiado, más todavía desde que algunos marineros lo reconocieron por haberlo visto en las piraguas del recibimiento el día anterior. Pero astuto y sin ganas de perder el tiempo, a modo de tanteo, hizo la señal de la cruz con sus manos, entendiendo que con ello agradaba a los cristianos. Sin embargo, por más saludos e invitaciones que le hicieron desde la borda, no hubo nada que le hiciera dejar su desconfianza. Mas he aquí que un esclavo africano golpeó un tamboril y esto animó tanto a los oscuros romeros de la piragua que subieron presurosos por la escala y descubriendo al negro que tañía el atambor, se pusieron a bailar en torno a él con gran soltura como si estuvieran en sus casas. Sólo entonces accedió a subir Bile y, encaramándose por la escala de cuerda, se encontró en cubierta. Una vez allí, sin dejarse ganar por el asombro, saludó a Mendaña con grandes muestras de amistad, ofreciéndole a modo de regalo cocos y raíces. Retribuyó el General con generosidad una ropa de grana con pasamanos de oro, una camisa, un sombrero y muchas cuentas de vidrio. El taurique se mostró muy agradecido y propuso a Mendaña el trueque de sus nombres en señal de paz, ofreciéndose a ser su aliado todo el tiempo que estuviera con sus barcos en la isla. El General le aceptó la permuta y agradeció el ofrecimiento de alianza militar, con lo cual se despidió Bile-Ban-Harra y sus guerreros, volviendo todos a tierra<sup>46</sup>.

Otro día, pretendiendo no ser menos, se presentó a bordo Meta, el reyezuelo rival de Bile. Vino con muchos de sus vasallos, trayendo curiosos instrumentos musicales. Mendaña al respecto escribió: *"La música que ellos tienen son muchos canutillos de cañas juntos, puestos por su orden, unos mayores que otros, a manera de órgano, los cuales tocaban con la boca, como quien toca pífano, y unos caracoles grandes a que ellos llaman colflis. Luego mandé que tocasen alguna trompeta y pífano, y después cantaron algunos soldados, tocando una vihuela; admiráronse de ver nuestros instrumentos, y más de oír cantar. Danzaron luego, que son muy amigos de danzas, y como yo les daba algunos regalos y les hacía buen tratamiento y les mostraba mucha amistad, me venían a ver cada día, aunque con poca comida; y cada vez que venían al navío traían sus armas"*<sup>47</sup>.

La visita de Meta despertó susceptibilidades en Bile-Ban-Harra, por lo que al día siguiente, cuando venían dos piraguas de Meta con comida para los barcos, salió en sus embarcaciones a atacarlas, *"bogando con furia contra ellos, puesto él en pie entre los bogadores dándole muchas Vozes, amenazándoles con la Mano"*<sup>48</sup>. Tan bravo lo vieron los de Meta que se le rindieron sin combatir. El los perdonó aunque parece conservó a unos pocos, entre ellos un hijo de su enemigo, gritándoles a los demás: *"afuera, afuera,*

como *Nos hauia oydo dezir el día antes*"<sup>49</sup>. Indignado se dirigió entonces a la nave capitana y rabiando subió a ella, mostrándole al General sus prisioneros y diciéndole "*que no fiasemos de aquellos, que heran espías, y que el Taurique Meta hera traidor y malo y que tenía hecha liga contra Nosotros con otros tauriques muchos de los cuales nombró... y que a él Le ahuián combidado para ello y que no hauia consentido diciendo que éramos sus amigos y estauamos en su Tierra y nos hauia de defender*"<sup>50</sup>. Entendiendo Mendaña los celos del reyezuelo, le agradeció sus palabras y despidió con nuevos regalos.

Así las cosas, un tercer taurique pretendió entrar en tratos con el General y comenzó por enviar al jefe de los hombres blancos un obsequio de calidad. Mendaña estaba en tierra y terminaba de oír misa, cuando, dirigiéndose al astillero a ver la obra del bergantín, fue detenido por un grupo de nativos portadores del regalo. Era éste un brazo de muchacho con su mano. Entendió el General definitivamente que aquellos isleños eran antropófagos y para demostrarles que los cristianos no comían carne humana, mandó enterrar el obsequio en la playa, delante de todos y en especial de los súbditos de Bene, que así se llamaba el reyezuelo. Estos se corrieron mucho y bajando sus cabezas, regresaron donde su taurique<sup>51</sup>.

Desde su indignada y última visita a la capitana, nadie volvió a ver a Bile-Ban-Harra, por lo que muchos peruleros apreciaron en esto una mala señal. Mendaña ordenó a Pedro de Ortega y a Sarmiento de Gamboa que bajaran a tierra a buscarlo, porque sospechaba que estaba tramando una traición. Los dichos —seguidos por veinte soldados— lo hallaron en un lugar llamado Comba, mostrándose Bile muy tibio en su recibimiento, lo que acentuó la desconfianza de sus buscadores. No obstante, consintió en ir a ver al General, aceptando así la invitación que éste le hacía. En eso vinieron a ver a los soldados las esposas e hijas de Bile, quien las ofreció a sus visitantes para que durmieran con ellas. Por diversas razones no aceptaron la merced, lo que intrigó tremendamente al reyezuelo y a los nativos que lo acompañaban, todos los cuales empezaron a mirar sorprendidos "*como quien imaginaba que no deuiamos de ser hombres y esto entendimos porque vimos algunos dellos que andauan muy solicitos por ver si teníamos sexo...*"<sup>52</sup>. La voz corrió por todo el poblado, poniéndose curiosísimas las mujeres, por lo que escribió alguien: "*y como algunos de los nuestros se apartasen a orinar, ellas se iban tras ellos para ver con qué, y hubo una que se llegó a tomar de la falda del sayo a un soldado por verlo. Como los nuestros se escusasen, se subió un indio escondidamente encima de un árbol donde algunos se apartaban a orinar, para verlos sus vergüenzas, porque no sabían qué juzgar de nosotros*"<sup>53</sup>.

Vueltos a los navíos comunicaron a Mendaña la próxima visita de Bile; como ésta no se realizó, tornó a bajar Sarmiento el 15 de febrero con algo más de doce hombres, adentrándose en una tierra de palmas y cañas, lluviosa a fuer de tropical y poblada de salvajes. Encontró a Bile confabulado con los otros reyezuelos y hubo de luchar en forma encarnizada, retornando todos muy fatigados con algún prisionero y también con la noticia de que aquella tierra de Santa Isabel era una isla y no continente como algunos habían afirmado. Además, no era la única. Muchísimas islas anunciaban los indígenas con dirección al Sur. Dos hijos de Meta, que capturó Pedro de Ortega, aseguraban lo mismo<sup>54</sup>.

Los tanteos por el archipiélago se hicieron más fáciles gracias al bergantín que animosamente construyeron los descubridores. El 7 de abril zarpó en él Pedro de Ortega con treinta hombres y el piloto Hernán Gallego. Más de un mes emplearon en visitar las muchas islas, nombrando a las primeras que avistaron con los apelativos de *Ramos*, *La Galera*, *Buenavista*, *San Dimas*, *Flores* y *Guadalcanal*, bautizando así a esta última por la villa de Guadalcanal, en Cazalla de la Sierra, patria de Pedro de Ortega. Aquí acudieron muchos melanesios exóticamente adornados y Gallego observó que las mujeres tenían en las orejas y aun en collares que les rodeaban el cuello, grandes pepitas de oro. El piloto preguntó entonces al caudillo de esa gente por la procedencia del metal dorado y el reyezuelo le contestó, también por signos, trazando un largo surco en el suelo y llenándolo de agua. No cabía duda de que en aquella isla había un río de arenas auríferas. Dispuesto a conocerlo partió Gallego con el bergantín, descubriendo su desembocadura por donde —según la imaginación de todos— las pepitas rodaban al mar. Los tripulantes del barquichuelo felicitaron al piloto por su hallazgo, bautizando Río Gallego al que llevaba tan dorado caudal. Vueltos a zarpar tocaron entonces en las islas de *Borue* (San Jorge), donde encontraron "*dos ollas de barro muy delgado, que en toda la tierra que anduvimos no se halló otra vasija de barro sino ésta*"<sup>55</sup>, las de *San Marcos*, *San Jerónimo* y *Recifes*. Durante estos recorridos sostuvieron frecuentes choques con los melanesios, tanto en la tierra como en el mar, aunque sin pérdida de vidas por parte de los peruleros.

Mientras esto sucedía, Bile-Ban-Harra visitaba a Mendaña en su navío. El propio General nos describió el acontecimiento, relatándonos el acercamiento de la piragua real con el taurique a bordo; dice así: "*venía con tanta gravedad y tono que, para ser bárbaro, nos admiró; porque llegó en su canalucho sentado, después de haber llegado todos sus naclonis, que quiere decir vasallos, y, subidos al navío, se estuvo un rato mirando y puesta la mano en la mexilla sin hablar palabra, y aunque yo le llamaba, no me respondía, y como nos riésemos todos de ver su gra-*

vedad, queriendo él reirse, se tapaba la boca con la mano con mucha disimulación; y poco a poco se vino llegando al navio, y como no subía a él, le llamé, y entonces me dijo si le quería matar, y que se temía mucho. Yo le dije que no se temiese, que yo era su amigo y hermano, y que subiese luego. Mandó entonces a un hermano suyo, que venía detrás dél en el canalucho, que le sacase todas las manillas que traía en el un brazo y la patena que traía al cuello, y se las hizo lavar muy bien; y acabándolas de lavar, me mandó a decir que mandase desviar toda mi gente y me senté; subió con tanta gravedad y se puso en el borde y se estuvo un rato mirando el navio; y como vió que debaxo del toldo había mucha gente, se pasó por el borde a donde yo estaba y, sin hablarme, se sentó junto a mí. Luego hizo la cruz con las manos y miró al cielo, alzando las manos arriba, y me puso la patena al cuello y las manillas en el brazo, que en hacer esto tardó otro rato sin hablar, y entendió que me hacía gran presente, y yo entendí que ellos lo tienen en mucho, porque no lo traen más que los señores. Cuando a él le pareció que era hora de hablar, me dixo que él tenía mucho miedo que le había de matar y que a esta causa no había venido a verme, que de aquí adelante lo haría y me traería comida y quería ser mi amigo, y que sus indios serían mis naclonis, y que él y yo seríamos señores desta tierra. Algunos momentos antes le había yo preguntado quien era el tabriqui desta tierra y él me respondió que Ago, que quiere decir vos, y después Arra, que quiere decir yo, y que él y yo seríamos itapalus, que quiere decir hermanos, y que todos los naturales serían mis naclonis, que quiere decir vasallos, y me servirían todos. Y como le hubiésemos dicho antes cómo Nuestro Señor Dios era Rey del Cielo y de la Tierra, y Mar, y de todo lo criado, y también que el Rey de Castilla era gran señor y de toda la tierra, me pidió que le diese a entender esto: yo le dije que Dios, que era caiboco, que entre ellos quiere decir gran señor, y bocrú, que quiere decir muchas cosas, y que era Rey del Cielo y de la Tierra y de la Mar, sol, luna, estrellas y de todo el mundo; y que el Rey de Castilla lo era de toda la Tierra y que yo y todos nosotros éramos sus vasallos. Entonces él hizo una señal que no fue de bárbaro, porque puso la mano tendida en el aire, la palma hacia el suelo, y con un dedo de la otra señaló sobrepujándole arriba, diciendo si Dios estaba arriba en lo alto, y como yo le diese a entender que sí, se quedó admirado y, mostrando en alguna manera holgarse, dixo que quería ir a verlo. Pasamos otras cosas en conversación y le regocijó su venida y le mandé dar colación, y se estuvo un rato en el navio muy contento y regocijado viendo la buena amistad que yo le hacía; y aunque los indios que trujeron presos de Meta estaban presos en el cepo y los tenía cerca de sí, no quiso mirarlos más de una vez, mostrando tener autori-

*dad en esto. Al tiempo que se quiso ir, me pidió que se los diese, que los quería llevar; yo le dije por buenas palabras que no lo podía hacer y le rogué que de aquí adelante no tuviese guerra con Meta, sino que fuesen amigos, y me dijo que no quería ser su amigo; y aunque de antes había preguntado al hijo de Meta si quería ser su padre amigo Bile, me había dicho que no. Entonces dí a entender a Bile que no comiese carne humana ni él ni sus indios, significándole el daño que dello les venia, y me respondió que no la comería más, antes la enterrarían, haciendo señas cómo cavarian la tierra y la echarían y cubrirían con ella; y se fueron todos muy contentos y trujéronme dos canaluchos de coco y vinahu<sup>56</sup>.*

Así las cosas, pocos días después, retornaron Pedro de Ortega y Hernán Gallego con los del bergantín. La relación que trajeron de sus descubrimientos animó mucho al General. Tanto que, deseando nuevos hallazgos, ordenó zarpar con *Los Reyes* y el *Todos los Santos* hacia la isla de Guadalcanal. La ilusión del "río de oro" era el acicate de Mendaña. Efectivamente, el General no estuvo tranquilo hasta que fondeó sus naos frente a su desembocadura. Parece que entonces hubo algo de decepción, porque el río no traía tantas pepitas como quisiera, enterándose que lo mejor de la cosecha aurífera se hacía aguas arriba, en un punto donde la agresividad de los nativos no permitía llegar. El único que no mostró entusiasmarse con la noticia fue Hernán Gallego, quien marcando en su carta particular la posición exacta del río dio posteriormente a Mendaña y a los demás pilotos una situación errada del lugar. Esta fue la razón por la que veintiocho años después el General Mendaña no pudo regresar al archipiélago salomónico. Dicen que Gallego lo hizo para no compartir su río con nadie<sup>57</sup>.

Desde Guadalcanal salió nuevamente el bergantín al mando del Alférez Hernando Enríquez, retornando a los dieciocho días con noticia de nuevas ínsulas: *Malaita*, la *Atreguada*, las *Tres Marias*, la *Santiago* y la *San Juan*. Como al preguntársele a los indígenas por otras tierras éstos siempre les señalaron al Sur y Sur-Oeste, no hubo opción a que se exploraran las islas del sector nor-occidental, creyendo todos, sencillamente, que no existían. Tras esta conclusión Mendaña se sintió feliz. El exótico archipiélago había sido explorado por completo<sup>58</sup>.

Pero mientras el bergantín descubría, los nativos le mataron nueve hombres a Mendaña. Al desembarcar cayeron fulminados por las flechas que por su dureza más que de madera, de hierro parecían. Las rodela protectoras de poco o nada sirvieron. A vengarlos bajó entonces a tierra el capitán Pedro Sarmiento, quien mató veinte nativos y les quemó varios pueblos. "Y porque por desprecio habían puesto los indios en unos palos altos unos pedazos de cocos, entendiendo el General ser cabezas de los



nuestros"<sup>59</sup>, envió por segunda vez a Sarmiento de Gamboa, quien les incendió "todos los pueblos donde halló pedazos de los jubones y camisas de los españoles muertos"<sup>60</sup>.

Hecho el castigo y recogida una cantidad pequeña de pepitas de oro, Mendaña consideró prudente carenar sus naos. No andaba Sarmiento en muy buenas relaciones con el General, por lo que antes de salir —por desligarse de él— le dio el mando de la almiranta. Entonces el Capitán General Alvaro de Mendaña y Neyra, muy seguro de sí mismo, ordenó partir. Y sacando sus barcos de Guadalcanal el 13 de junio de 1568, aprobó a la Isla de *San Cristóbal*, llegando a ella el 2 de julio, fiesta de la Visitación de Nuestra Señora<sup>61</sup>.

Aquí levantó un poblado, llamado, precisamente, de la Visitación. Los navíos, por su turno, fueron varados a la playa y rodando sobre troncos se les adentró en la arena dándoseles de lado. Acostados sobre los costillares o cuadernas, los marineros empezaron a limpiar sus cascos, librándolos de mariscos, también de algas, y poniéndoles parches de tabla. Al terminar la carena comenzó el breado, tornándose los carenadores en forzados calafates y destapándose para ellos los toneles de alquitrán. Aprovechando este lapso, los del bergantín volvieron a salir en una última misión exploratoria, retornando poco después con dos islillas en su haber: la de *Santa Ana*, descubierta el 26 de julio, y la de *Santa Catalina*, hallada en fecha posterior. Con estas dos postreras y pequeñas islas se terminó el descubrimiento salomónico de aquel archipiélago que sus buscadores bautizaron del Poniente, por saberlo al Oeste del Perú, y la posteridad, Islas del Rey Salomón o *Insulas Salomonis*, por creerlas el Ofir bíblico<sup>62</sup>.

La importancia de las islas descubiertas no podía ser mayor. El propio Mendaña, con visión de caballero mercader, aquilatava su acierto: las Islas del Poniente eran el puente entre el Nuevo Mundo y el Viejo. A cambio de lana, azúcar, algodón, cueros y maderas, el Perú recibiría oro, plata, marfil, sándalo y piedras preciosas. El mundo era redondo y a través de sus Islas del Poniente, las Indias de Colón y las Indias de Vasco de Gama iban a darse el abrazo definitivo. Ya no había que competir con los lusitanos; en materia de comercio sólo España y Portugal; las Coronas de Francia e Inglaterra palidecerían de envidia... Y Alvaro de Mendaña, el hidalgo mercader, navegante afortunado, soñaría con navíos a la vela que salidos del Callao pasaban a sus Islas del Poniente a esperar las armadas portuguesas de Goa y Calicut.

Aderezados los barcos y entendiendo siempre de los nativos que las tierras por descubrir quedaban al Sur y no al Norte, juntó Mendaña a sus soldados y marineros para pedirles su parecer sobre fundar un pueblo y dejar en él españoles de guar-

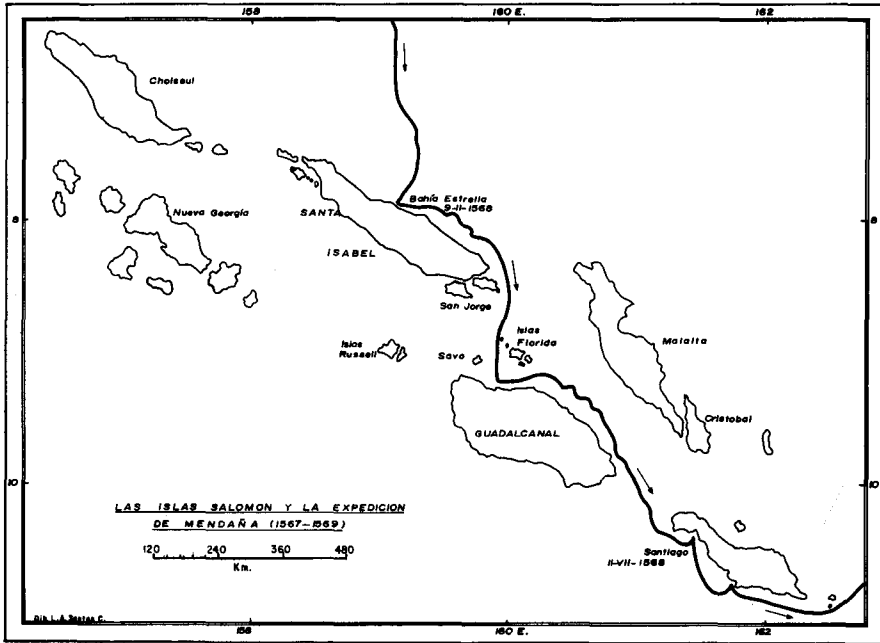
nición. La mayoría de los consultados se inclinó por regresar al Perú a dar cuenta del descubrimiento al Gobernador Lope García de Castro, porque para levantar poblaciones tenían poca gente y mucha de ella enferma; por otro lado, escaseaba la munición, vale decir, las pelotas de plomo, y también las mechas de los arcabuces, amén de que estas armas estaban con las llaves dañadas por la humedad y algunas habían reventado. Esto era importante porque los nativos no tenían otro oficio que la guerra, entendiéndola muy eficientemente, al punto de matar a sus prisioneros para devorarlos en festines y guardar sus cráneos como trofeos... Además, si se fundaban fortines españoles los soldados quedarían en un mundo perdido y salvaje, librados a un abandono casi total. Pero, en resumidas cuentas, era la lejanía del Perú lo que los abrumaba<sup>63</sup>.

Cuando le llegó su turno a Sarmiento de Gamboa, por darle la contra a todos o porque en verdad era un convencido, opinó que la búsqueda no había terminado. La *Instrucción*, según él, era muy clara al determinar que poblaran y descubrieran todo lo que pudieran; todavía podían poblar y buscar más tierras, sobre todo al Sur-Oeste, y al decir esto pensaba Sarmiento en el perdido continente austral de Ptolomeo, la Tierra Incógnita de los antiguos, la Catígara de los cosmógrafos medievales, morada de las Diez Tribus perdidas que —huyendo del cautiverio de Salmanasar, rey de los caldeos— pasaron allí en busca de una región jamás hollada por los hombres... Mas no se prestó oídos al derrotero de Sarmiento por la opinión mayoritaria y la del piloto Gallego —aunque confesó que había tierras al Oeste y Sur-Oeste— añadió *“que no había tiempo para buscar más islas, porque cada día se comían los bastimentos y las jarcias de los navíos se gastaban más, y que para poblar había muy poca gente y que estaba la más enferma y aquellos indios estaban todos de guerra y que entre ellos no podían vivir, y que si más se tardaban, no podrían, volver la causa de los vientos contrarios a dar noticia a Su Majestad de lo que habían visto”*<sup>64</sup>.

El parecer de Hernán Gallego dirimió la disyuntiva y Alvaro de Mendaña decidió el regreso al Perú por la vía de Chile, esto es, la derrota del Sur-Este. Así perdió Sarmiento de Gamboa, la histórica oportunidad de convertirse en el *“Coloncillo de Australia”*.

### EL RETORNO

El miércoles 11 de agosto de 1568, día de Santa Susana, zarpó la armada del puerto de la Visitación con rumbo al Sur-Este. Lo hizo en medio de recios vientos y mar gruesa, enfilando, sin sospecharlo, al archipiélago de las Nuevas Hébridas. En su na-



Las Islas Salomón y la expedición de Alvaro de Mendaña, 1567-1569. (Basado en *Calendar of Documents*, por Celsus Kelly O. F. M. Madrid, 1965).

vegar por las estribaciones del Mar de Coral toparon leños quemados y algunas palmas atadas que el piloto Gallego creyó procedían de Nueva Guinea. Es verdad que podían venir de las Luisiadas, pero —entendiendo que las naos también llevaron rumbo Este Sur-Este— podían proceder de Utupua, Ndeni, Tinakula o Vanikoro si no de la isla de Torres; aunque en esto las corrientes tienen la última palabra<sup>65</sup>.

A pesar de que se había navegado demasiado poco, todos desconfiaban de la ruta de Chile escogida por el General. Hernán Gallego y Pedro Rodríguez habían hablado del derrotero de la Nueva España pintándolo más seguro y tentador, por lo que la decisión de Mendaña gozaba de poca popularidad; en otras palabras, marinos y soldados cumplían con desagrado. Mendaña se defendió alegando que en tal época reinaban malos vientos al Norte de la equinoccial, pero su opinión se perdió en el mar de los incrédulos. Todavía más: los malos vientos se presentaron a desmentir al General y curvándole los mástiles terminaron por romperle la antena mayor a su nao capitana, deshaciéndole la vela que sostenía. Los soldados asustados miraron a los marineros; los marineros se miraron entre sí. A punto de verse *pasmados* —término de mareantes que equivalía a abandonarse a la muerte— unos y otros se confabularon con el escribano y la liga cobró visos de motín. Lo que ocurría era por demás explicable. No hay nada tan desalentador para los que han surcado aquellos mares como palpar la soledad de esa latitud, sobre todo cuando consta que al Sur no hay tierra ninguna y que, por tanto, de ese punto no se puede esperar socorro en situación de peligro. Resulta entonces terrible mirar al Austro y convencerse de que allí no hay nada. Un movimiento interno de repulsa obliga a volver los ojos al Septentrión donde sí hay tierras aunque lejanas, las que sirven de consuelo por representar una esperanza. No era exactamente el caso de los hombres de Mendaña, pues tierras en cantidad había al Sur —las Chesterfield, las Hébridas, Nueva Caledonia, las Howe, las Norfolk y Nueva Zelandia— pero como tales lugares no existían en el pensamiento de los expedicionarios, la ruta era de desolación si no de muerte<sup>66</sup>.

Sintiendo todo esto los soldados y mareantes de la capitana, valiéndose del escribano para dar legalidad a su desobediencia, requirieron al General. El propio Mendaña nos refiere así la protesta masiva de su gente estampada en un papel y refrendada por el actuario: *“Y viendo los soldados que yo no quería seguir el parecer de los pilotos, vinieron a mí y me dixeron que por amor de Dios no mandasse navegar por parte donde ellos y yo pereciésemos y nos ahogássemos; que los pilotos decían que era imposible salir con las vidas si yuamos por la parte del Sur, y que les pagamos tan mal el auer trauajado conmigo en servicio*

*de V. Mgd. que quisiese pagarles con llevarlos a la muerte. Los marineros también clamauan y estaban tan desmayados que apenas podían marear las velas, y viendo yo que toda la gente tenía por hierro que yo dexase de seguir el parecer de los pilotos, les dixé que mi intento no era sino que acertásemos la nauegación, pero que pues a todos les parecía que lo más acertado era haçer lo que los pilotos decían, que fuese muy a buena ora, mas que se acordassen, y que el tiempo me sería testigo de los trauajos que habían de pasar". Y concluye Mendaña: "Fue tanta el alegría que la gente tuuo de ver que ya estaua determinado de yr por la Nueva España, que parecía auian resuscitado"<sup>87</sup>.*

A raíz de este suceso las proas viraron al Nor-Este y el 4 de setiembre cruzaron el ecuador. Poco después avistaron unas islillas que llamaron los *Bajos de San Mateo*. Aquí hallaron un escoplo hecho de un clavo, un gallo de los de Castilla, y muchos pedazos de cuerda, amén de palmas agujereadas, todo lo cual llevó a pensar que allí habían fondeado naos españolas o portuguesas. Es difícil pensar que se tratara de las Carolinas, inclinándonos más por las Gilbert, Ralik o Ratak porque pensar en las Marshall parece ya demasiado, aunque tampoco imposible a juzgar por la isla que a continuación tocó la expedición. En todo caso, la armada había dejado Melanesia y estaba en la Micronesia. Desdichadamente no se halló agua dulce en los Bajos de San Mateo y esto desalentó a todos, porque la que traían estaba muy mala, lo mismo que el pan. Demás está decir que por estas deficiencias fallecieron varios hombres<sup>88</sup>.

Algunos días después descubrieron otra isla que llamaron de *San Francisco*. Todo lleva a suponer que estaban en la isla de Wake, sólo que un error de cálculo hizo a los pilotos situarla en los 21 grados de latitud Norte cuando en realidad estaba dos grados menos. La isla era baja y mostraba estar habitada solamente por pájaros marinos, por lo que nadie pidió desembarcar, entendiéndolo no podía ser más pobre<sup>89</sup>.

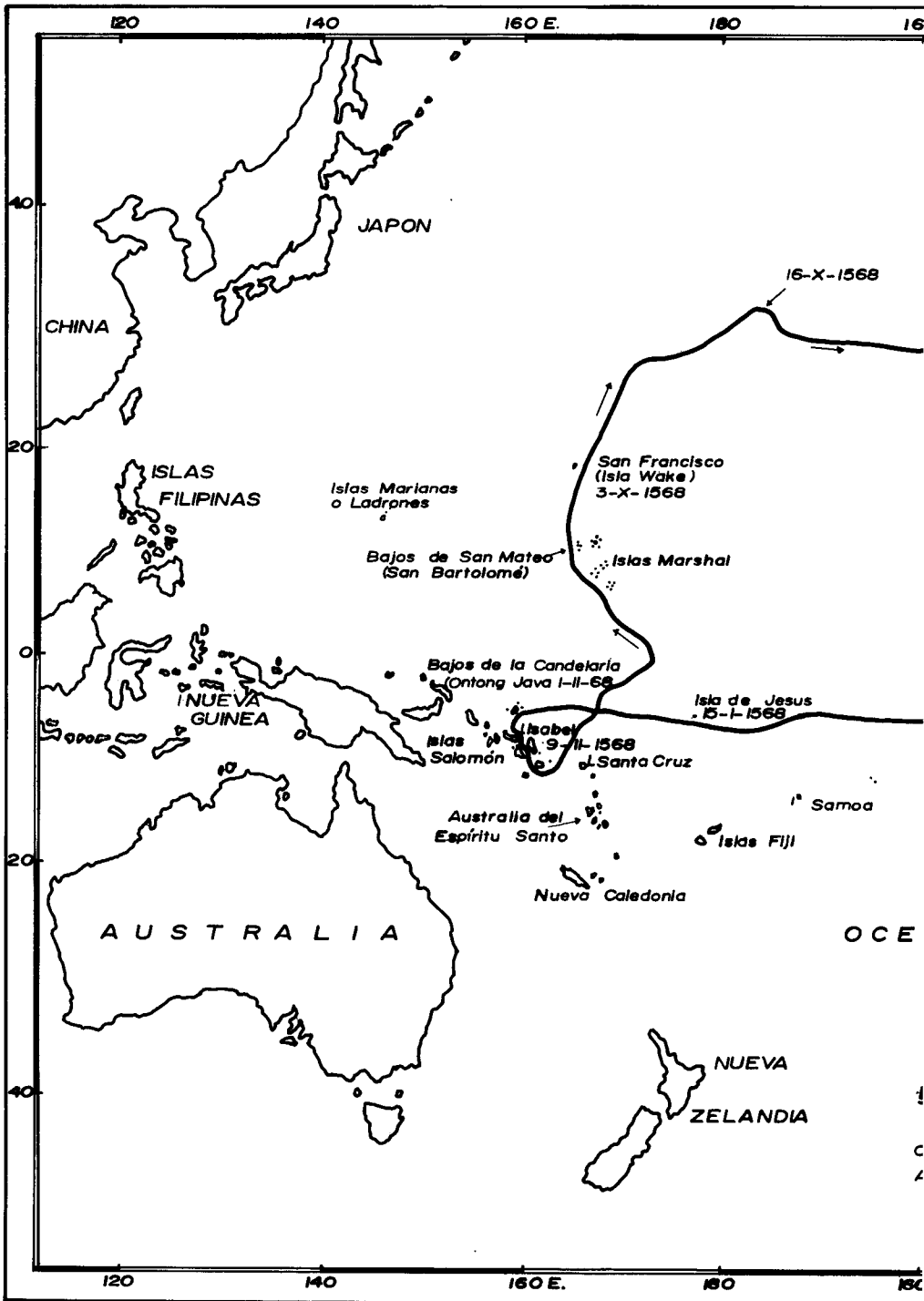
De haber virado a Levante Mendaña habría dado con el archipiélago de Hawaii, pues estaban a la altura de sus islas nombradas Maui, Molokai, Lanai y Kahoolawe así como de la de Oahu —sede ésta de la actual Honolulu— pero el General no reparó en esta ruta, perdiéndose así la última posibilidad de un hallazgo polinesio. En síntesis, los barcos pasaron de largo aproando al Septentrión hasta situarse —sin saberlo— en el paralelo de la isla de Santa Bárbara, en los Angeles de California.

A punto de perder la Nueva España viraron entonces al Oriente, pasando por el Norte del ignorado archipiélago hawaiano, paraje marino donde una noche se perdió de vista a la almiranta, desatándose al siguiente día un viento horrible y aterrador. El piloto Hernán Gallego confesaría después que en

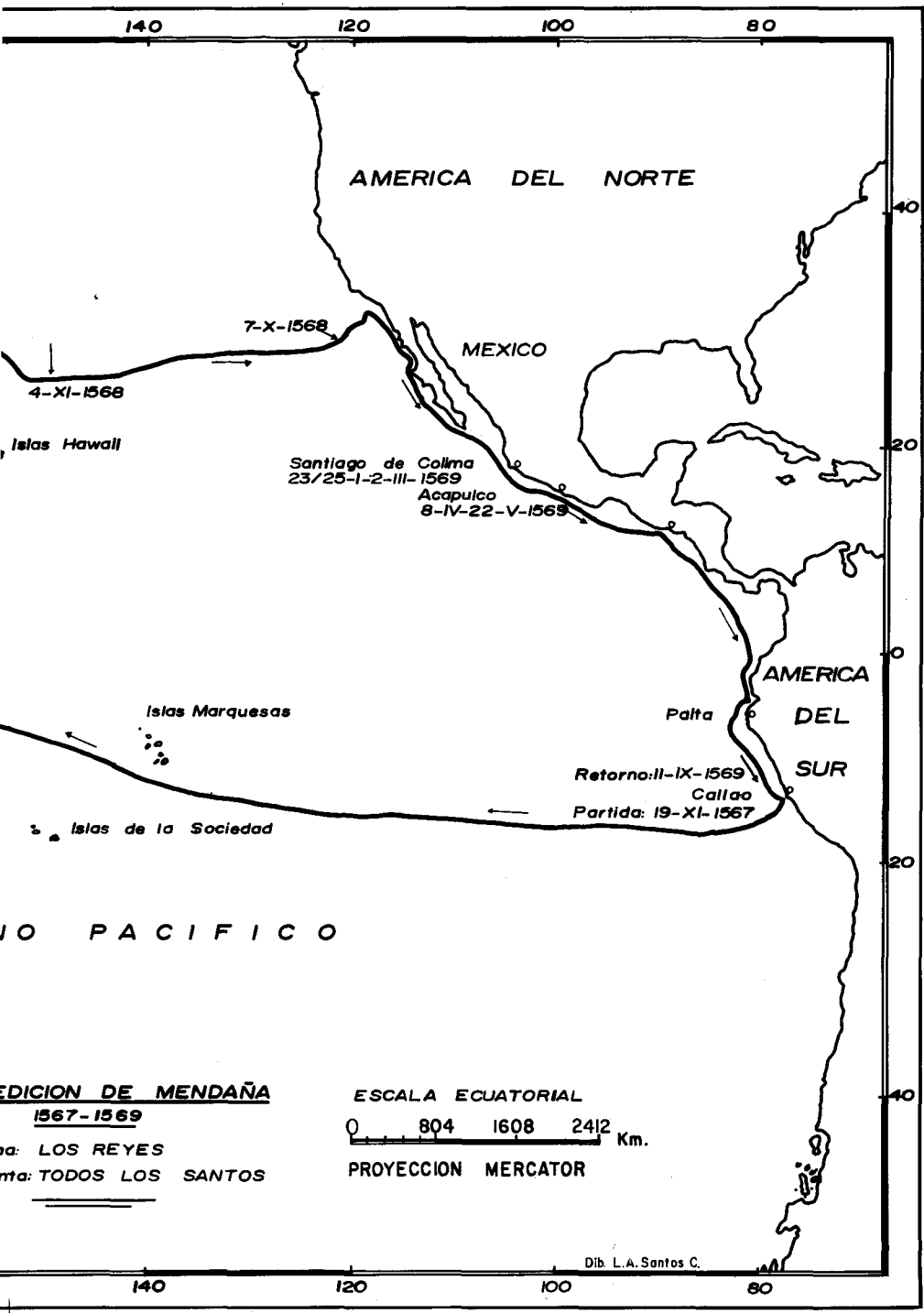
sus cuarenticinco años de marino nunca vio cosa igual; y Mendaña, todavía con la pluma temblorosa, recordará el miedo de todos y hará constar el día apocalíptico: fue el 17 de octubre, víspera de San Lucas<sup>70</sup>.

Este día, luego de anunciarse por ciertos nubarrones que ofi-  
 ciaron de héraldos negros, bramó el huracán. El viento sopló  
 tan fuerte que el General hizo amainar las velas, clavar y brear  
 la escotilla. Pero los vientos —siempre los vientos— no por ello  
 dejaron de hacer mal y embistiendo a la capitana debieron  
 torcerle su rumbo y atacarla de través. El barco acusó el castigo  
 y empezó a soportar los bandazos que hicieron oscilar la arbo-  
 ladura. Los mástiles se movieron como péndulos al revés. Los  
 vientos entonces arreciaron y acometiendo a la nave nuevamen-  
 te le provocaron un balance al punto de hacerla escorar más de  
 cuarenticinco grados, irrumpiendo el agua estrepitosamente por  
 la borda e inundando la cubierta con un ruido que ponía espanto.  
 Las relaciones están de acuerdo en que el viento hizo a la  
 nao "*meter todo el costado de la banda de la borda debaxo del  
 agua hasta la escotilla*"<sup>71</sup> permaneciendo en esta posición el  
 tiempo suficiente como para hacer temer a todos lo peor: la  
 volcadura. Fueron instantes larguísimos en los que se sintió que-  
 brarse las botijas, entrechocar los bancos y rodar las mesas,  
 también dar los muebles con sus contenidos en el suelo. Los  
 hombres se conformaron con caer unos sobre otros profiriendo  
 juramentos y frases incoherentes salpicadas de terror. Todo esto  
 bajo la cubierta, donde casi no entró el agua por estar clavada  
 y breaada la escotilla; pero sobre ella, al aire libre, el espectáculo  
 no podía ser peor. Era tanta el agua encerrada entre las bordas,  
 que "*nadaban los marineros y soldados dentro de la nao*"<sup>72</sup>. El  
 ruido del mar era horrendo y en los instantes que cesaba —como  
 si cobrara aliento para luego atacar con más furia— se escu-  
 chaba el llorar desesperado de los hombres que se arrepentían  
 de sus pecados y clamaban misericordia al cielo. Mendaña  
 contará después: "*era tanto el llanto de la gente, que quebraua  
 el corazón oyr las lástimas que se deçian*"<sup>73</sup>. Pero el pánico no  
 inhibió al General quien mostrando rara serenidad en tales mo-  
 mentos, ordenó echar el batel al mar y descargar de este modo  
 el navío. El batel cayó pesadamente al agua, pero el barco no  
 se alivió mayormente con su ausencia. Entonces Mendaña orde-  
 nó cortar el mástil para aligerarlo más. Se opuso a esta orden  
 el piloto Hernán Gallego, advirtiendo a Mendaña que si esto se  
 hacía no podrían luego navegar. Pero primero estaba salvar la  
 vida que avanzar con ella, y el árbol cayó al mar con sus velas  
 y antenas. A modo de explicación dijo el General que para  
 sesenta leguas que faltaban para la costa mexicana podían  
 valerse de otro palo. Desarbolada la nao comenzó a enderezarse,  
 pretendiendo Mendaña gobernar con el trinquete, mas el viento

La ruta de Mendaña en el viaje y tornaviaje de  
las Islas Salomón, 1567-1569. (Basado en  
*Calendar of Documents*, por Celsus Kelly  
O. F. M. Madrid, 1965).







**EXPEDICION DE MENDEÑA**  
**1567-1569**  
 Comandante: LOS REYES  
 Nombre de la Flota: TODOS LOS SANTOS

era tan fuerte que una vela que se puso voló convertida en harapos. En su afán de alcanzar pronto la costa, los marineros reemplazaron la vela con unas frazadas. Con éstas, la nave se pudo gobernar algo, equilibrándose lo suficiente para que el agua se vaciara por los imbornales. Cuando los marineros dejaron sus puestos de maniobra para bajar a las bodegas y achicar el agua de alguna vía con la bomba, hallaron un cuadro sobre-cogedor bajo cubierta: los soldados agrupados rezaban el Credo y un fraile *"los animaua mucho a que muriesen como chrisptianos, exortándolos a que tuuiessen verdadera contrición y arrepentimiento de sus pecados"*<sup>74</sup>.

Tres días después de todo esto —calmado el mar y despejado el cielo— Mendaña hizo mirar la comida y el agua de las pipas, hallando de ambas muy poco. Desde la isla de *San Francisco* la ración se había acortado a un cuartillo de agua y a doce onzas de pan, pero aquí se vio el General precisado a tasar medio cuartillo por persona y ocho onzas de bizcocho. El hambre fue muy sentido, pero mucho más la sed. El piloto Hernán Gallego narrará que *"iba la gente de sed y hambre muy fatigada"*<sup>75</sup>, añadiendo que era espectáculo diario *"ver los soldados estar jugando la ración del agua, y el perdidoso estar bramando hasta recibir la otra"*<sup>76</sup>.

Consecuencia de la pobreza alimenticia fueron las enfermedades. Estas parecen haberse centrado en el escorbuto, pues hablando de los expedicionarios anotó Mendaña: *"hinchábanse a muchos dellos las encias y creciales la carne dellas sobre los dientes"*<sup>77</sup>. A otros les flaqueó la vista de debilidad; los más sufrían de calenturas. *"Y con el poco remedio que habian y poco regalo que tenían —escribió el General Mendaña— echábamos cada día a la mar vn hombre, y el principal regalo que ellos hallauan era llamarme para que los viesse morir"*<sup>78</sup>. Concluyendo el General: *"No sólo entonces me daua pena y compasión grande lo que veía pero aora, y todas las veses que me acuerdo de cómo los veía morir, me llaga al alma y me estremezco"*<sup>79</sup>.

Tres meses navegaron en estas condiciones, unas veces subiendo y otras bajando, pero siempre con dirección a California. Las setenta leguas de mar que pensara el General Mendaña y los pilotos que lo separaban de tierra americana el día del huracán, se convirtieron en más de seiscientas. Este error equivalió a que la capitana tuviera que sortear nuevos temporales, quedando a causa de ellos muy desvencijada y siempre a merced de los malos vientos, pues carecía de palo mayor. Llegó un momento en que todos se sintieron perdidos, reconociendo los puntos cardinales sólo por la salida del sol. La brújula se consideró viciada y cayó en el desprestigio. La ballestilla y el astrolabio cobraron fama de servir sólo para complicar la situación. Con el espíritu decaído y los cuerpos extenuados se recibió la

fiesta de la Natividad, y luego la del Año Nuevo. Eran las segundas Pascuas que pasaban en el mar y el segundo año que recibían a bordo. No verían las terceras Navidades —pensaban— porque pronto dejarían de contar los años para hundirse en la eternidad con un sudario de espuma.

Pero he aquí que un día de la primera semana de enero de 1569 se vieron unos maderos flotando. Los ánimos se incorporaron y los enfermos creyeron mejorar. Poco después aparecieron las aves, aisladas primero, en bandadas después. Todas eran señales inequívocas de tierra. Cañas, nuevos troncos y nubes de pájaros marinos terminaron por evidenciar el continente que, en efecto, estaba allí. Era una faja larguísima que corría de Norte a Sur en línea recta. Estaban de vuelta al Nuevo Mundo, aquello era la costa de la Nueva España. Y las figuras esqueléticas de los soldados dieron saltos de alegría, abrazándose y bailando, dándole un adiós al padecer. Los enfermos preguntaron desde sus literas, mostrando con la mortecina luz de sus hundidos ojos un crecido interés; se les contestó que estaban en la Nueva España y entonces, después de largos meses, sus macilentos rostros se iluminaron y sus desdentadas bocas, golpeadas por el escorbuto, sonrieron. Arriba en la cubierta los hombres daban gracias a Dios, unos de rodillas, otros corriendo de un lado para otro, pero todos mirando a tierra. Entonces fue que el piloto Hernán Gallego escribió con visos de humor marinero: *"Fue Dios servido de mostrar la deseada tierra, que algunos desconfiados decían no ser posible, y, certificados della, se alegraron de ver la madre de todos; que la mar es buena para los peces"*<sup>780</sup>.

El navío *Los Reyes* ingresó al puerto mexicano de Colima el 23 de enero de 1569. Un día después, a lo mucho dos, cuando se lo creía perdido, entró el *Todos los Santos* guiado por Sarmiento de Gamboa. También entró sin mástil ni batel con poquísima comida y un solo botijo de agua. Al verse los hombres de ambos barcos lloraron de placer. Nueva España los recibió a todos como descubridores de las Islas de Poniente, pero no hubo mayor algazara sin duda por ser un hallazgo que pertenecía al Virreinato del Perú. La hazaña había costado treintiuna o treintidós vidas, no se había fundado ningún pueblo, pero se sabía ciertamente que en las islas descubiertas abundaba el oro, y esta era voz general. Las naves permanecieron en Colima cuarenta días, tiempo a lo largo del cual murieron algunos de sus tripulantes. De allí pasaron a Nicaragua para repararse, y el 11 de setiembre arribaron al Callao. El Alférez Mayor Hernando Enriquez llevó la noticia a Lima, ciudad que por entonces esperaba al nuevo Virrey don Francisco de Toledo. Este gobernante resultó más apegado a la tierra que al mar, enfriándose a su vera el entusiasmo peruero por los descubrimientos de las Islas del Poniente. Pero a

pesar de tal desgano mostrado por el sucesor de Lope García de Castro, las insulas aquellas decían mucho de sí y sus descubridores seguían contando maravillas de ellas. Y así escribe el cronista Antonio de Herrera: "*Dicen que podrían ser continente con la Costa de la Nueva Guinea, i Tierras por descubrir a la parte Occidental del Estrecho [de Magallanes]: toda la de estas Islas parece de buen temple, i habitable, fértil de Mantenimientos. i Ganados: halláronse en ellas algunas Frutas, como las de Castilla, Puercos, i Gallinas, gran multitud de Naturales, de color baço, como Indios; otros blancos, i rubios, i negros atezados, que es argumento de continuarse con Tierras de la Nueva Guinea, por donde pueden haverse mezclado tantas diferenciaz de Gentes, de las que acuden a las Islas de la Especeria*"<sup>81</sup>.

La nueva tierra, a no dudarlo, era excelente y atesoraba un *Río de Oro* mejor que el que conocían los portugueses en el Africa. También había minas de plata y podían establecerse pesquerías de perlas mayores que las de Cubagua y Tierrafirme. Por estar cerca de la India, las Islas del Poniente tendrían también piedras preciosas, marfil, nácar y oloroso sándalo amarillo, graciosos monos con cara de gato, y pavos reales de florida cola factible de transformarse en abanicos de la China. Otra riqueza que no podía pasar inadvertida era el futuro tráfico de esclavos, no en vano casi todos los isleños eran tan negros como los etíopes de la Biblia... En fin, aquella tierra no podía ser más rica, sólo que se tardaba tres años en ir y regresar de ella. Tres años, sí: el mismo tiempo que empleaba el fenicio Huam cuando navegaba a las órdenes del Rey Sabio. Por su riqueza y largo viaje las Islas del Poniente evocaban el periplo salomónico. ¡Aquello era el Ofir! ¡Era Tarsis! ¡Sí, eran las *Islas del Rey Salomón* y estaban a ochocientas leguas de Lima!

## NOTAS AL CAPITULO

1. VARGAS UGARTE S. J., Rubén... *Historia del Perú*.— Buenos Aires, Imprenta A. Baiocco, 1949.— T. I, cap. VIII, p. 173.
2. *Loc. cit.*
3. CIEZA DE LEON, Pedro... *La Crónica del Perú*.— Buenos Aires, Imprenta de la Compañía General Fabril Financiera, 1945.— Cap. LXXVI, p. 212.
4. *Loc. cit.*
5. RIVA AGÜERO Y OSMA, José de la... *El primer Alcalde de Lima Nicolás de Ribera, el Viejo, y su posteridad*.— Lima, Imprenta Gil, 1935.— p. 47.
6. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Maldonado el Rico, señor de los Andahuaylas*, en: *Revista Histórica*, Lima, 1962-1963.— T. XXVI, p. 130.
7. VARGAS UGARTE S. J., Rubén... *Op. cit.*, cap. VIII, p. 174.
8. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Op. cit.*, p. 131.
9. LOPEZ MARTINEZ, Héctor... *Un motin de mestizos en 1567*, en: *Mercurio Peruano*, Lima, marzo de 1962, número 419, pp. 114 a 119.
10. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Relación hecha por el Capitán Pedro Sarmiento de lo sucedido en el viaje que verificó con Alvaro de Mendaña en descubrimiento de las Islas de Salomón*, en: LANDIN CARRASCO, Amancio... *Vida y Viajes de Pedro Sarmiento de Gamboa*.— Madrid, Imprenta Aldecoa (Burgos), 1945.— p. 216.  
Aunque algún autor moderno señale el 10 de noviembre como fecha de zarpe, todos los documentos y también el P. *Celsus Kelly O. F. M.*, a quien consultamos personalmente sobre muchos puntos de la expedición durante su estadia en Lima (abril de 1968), concuerdan en que fue el 19 de noviembre. La opinión del historiador franciscano la valoramos de manera muy especial, por ser el mayor erudito hasta el día de hoy sobre los viajes peruleros descubridores de diversos archipiélagos de Oceanía. Como si esto fuera poco, el nombre de la Isla de Santa Isabel, confirma lo que decimos.
11. ATIENZA, Julio de... *Nobiliario Español*.— Madrid, Industrias Gráficas España, 1948.— p. 929.
12. *Ibidem*, p. 1001.
13. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Loc. cit.*
14. *Loc. cit.*
15. *Ibidem*, pp. 216 y 217.
16. *Ibidem*, p. 217.
17. *Loc. cit.*
18. *Loc. cit.*
19. *Loc. cit.*
20. *Loc. cit.*
21. *Loc. cit.*
22. *Loc. cit.*
23. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Historia de los Incas*.— Buenos Aires, Compañía Impresora Argentina, 1947.— pp. 216 y 217.
24. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Relación... cit.*, p. 218.
25. *Loc. cit.*
26. *Ibidem*, p. 219.
27. *Ibidem*, p. 220.
28. *Loc. cit.*
29. *Ibidem*, p. 221.
30. LANDIN CARRASCO, Amancio... *Op. cit.*, cap. IV, pp. 32 y 33.

## HISTORIA MARITIMA DEL PERU

31. GALLEGO, Hernán... *Relación del piloto Hernán Gallego*, en: ZARAGOZA, Justo... *Historia del descubrimiento de las regiones australes*.— Madrid, Imprenta de Manuel G. Hernández, 1876.— T. I, cap. I, p. 2.  
Según el P. Celsus Kelly O. F. M., la isla del Nombre de Jesús es la hoy conocida como Niú, en el archipiélago de las Ellice.  
Véase también: BUSE DE LA GUERRA, Hermann... *Los peruanos en Oceanía*. Lima, Imprenta P. L. Villanueva, 1967.— p. 254.
32. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Op. cit.*, p. 222.
33. Los Bajos de la Candelaria, según el P. Celsus Kelly O. F. M., serían las Islas Onton. El nombre de la Candelaria se debería a esa devoción mariana celebrada el 2 de febrero, pero, también, porque los descubridores habían dividido el Mar del Sur en dos grandes golfos o partes: el *Golfo de la Concepción*, que abarcaba del Callao a la isla del Nombre de Jesús, y el *Golfo de la Candelaria*, desde esta última isla hacia Occidente.
34. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Op. cit.*, p. 223.
35. *Loc. cit.*
36. *Loc. cit.*
37. LANDIN CARRASCO, Amancio... *Op. cit.*, cap. V, p. 41.  
Las apreciaciones de Mendaña son interesantes en lo que respecta a los isleños: "*Hay en esta isla diferentes colores de indios; unos son de la color de los del Pirú y otros negros y algunos blancos, son los que salen poco de sus casas, y muchachos. Enrizanse todos y enrúbianse muchos. y algunos son rubios de su natural. Las mujeres son de mejor gesto y aún más blancas que las indias del Pirú, pero afeanse mucho por tener los dientes negros, que de industria los tienen, así hombres como mujeres; los niños y las niñas son de buen gesto, y no parecen tan mal por tener los dientes blancos. Traen las mujeres corto el cabello, que no les llega a los hombros, y muy rubio. Los indios se trasquilan de muchas maneras...*".
38. *Loc. cit.*
39. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Op. cit.*, p. 224.
40. *Loc. cit.*
41. *Loc. cit.*
42. MENDAÑA, Alvaro de... *Relación del primer viaje de Alvaro de Mendaña escrita por él mismo al Rey*, en: ZARAGOZA, Justo... *Op. cit.*, T. II, p. 19.
43. *Ibidem.*, pp. 19 y 20.
44. LANDIN CARRASCO, Amancio... *Op. cit.*, cap. IV, p. 35, nota 7.
45. MENDAÑA, Alvaro de... *Op. cit.*, T. II, p. 21.
46. *Loc. cit.*
47. LANDIN CARRASCO, Amancio... *Op. cit.*, cap. V, p. 37.
48. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Op. cit.*, p. 225.
49. *Loc. cit.*
50. *Loc. cit.*
51. MENDAÑA, Alvaro de... *Op. cit.*, T. II, pp. 25 y 26.
52. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Op. cit.*, p. 226.
53. LANDIN CARRASCO, Amancio... *Op. cit.*, cap. V, p. 37.
54. *Ibidem.*, pp. 37 y 38
55. MENDAÑA, Alvaro de... *Op. cit.*, T. II, pp. 27 a 29.
56. LANDIN CARRASCO, Amancio... *Op. cit.*, cap. V, pp. 39 a 41.
57. MENDAÑA, Alvaro de... *Op. cit.*, T. II, loc. cit.
58. *Ibidem.*, p. 33.
59. LANDIN CARRASCO, Amancio... *Op. cit.*, cap. VI, p. 47.
60. *Loc. cit.*
61. *Ibidem.*, cap. VII, p. 48.
62. MENDAÑA, Alvaro de... *Op. cit.*, pp. 34 y 35.
63. LANDIN CARRASCO, Amancio... *Op. cit.*, cap. VII, pp. 49 y 50.  
MENDAÑA, Alvaro de... *Op. cit.*, pp. 35 y 36.
64. *Loc. cit.*
65. GALLEGO, Hernán... *Op. cit.*, T. I, cap. III, p. 17.
66. *Loc. cit.*
67. MENDAÑA, Alvaro de... *Op. cit.*, T. II, p. 41.

## NOTAS AL CAPITULO

68. *Loc. cit.* Los Bajos de San Mateo o Bajos de San Bartolomé se han identificado con la Isla de Namu, en el archipiélago de las Marshall.
69. GALLEGO, Hernán... *Op. cit.*, T. I, p. 18.
70. MENDANA, Alvaro de... *Op. cit.*, T. II, p. 70
71. *Loc. cit.*
72. GALLEGO, Hernán... *Op. cit.*, T. I, p. 19.
73. MENDANA Alvaro de... *Op. cit.*, T. I, p. 43
74. *Loc. cit.*
75. GALLEGO, Hernán... *Op. cit.*, T. I, p. 20.
76. *Loc. cit.*
77. MENDANA, Alvaro de... *Op. cit.*, T. II, p. 45
78. *Loc. cit.*
79. *Loc. cit.*
80. GALLEGO, Hernán... *Op. cit.*, T. I, p. 22.
81. HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de... *Descripción de las Indias.*— Buenos Aires, Imprenta Continental, 1944.— Cap. XXVII, p. 152 del T. I.





## Capítulo XIII

### LA INCURSION DE FRANCIS DRAKE

#### EL ENEMIGO DE ESPAÑA

La historia de Francis Drake, el famoso corsario de Isabel de Inglaterra, podría empezar como aquel antiguo relato inglés y marinero: "Y dijo la vieja: *había una vez un barco...*". Efectivamente, nació el marino en Tavistock, en la bodega de un navío encallado que la familia Drake, en razón de su pobreza, se había visto forzada a tomar por morada. El nacimiento ocurrió entre 1540 y 1545, siendo Francis uno de los doce hijos del labrador Edmund Drake, que en su juventud había sido marinero y terminó de predicador y vicario de Gilligham, en el condado de Kent'. El niño, en vista de la precaria situación paterna, fue poco después confiado al patrón de una barca, el mismo que se la dejó al morir, a bordo de la cual hizo sus primeras prácticas sobre las aguas. No obstante, emparentado con los Hawkins, de Plymouth, consiguió la protección de John Hawkins, el poderoso de esa familia, quien aficionado al muchacho le enseñó los conocimientos teóricos que más tarde se completaron con la gran experiencia marinera<sup>2</sup>. Por 1558 entró a servir de marinero en un barco de Hawkins que marchaba por esclavos negros a la costa de Guinea; la siguiente vez lo encontramos en un viaje similar con grado de oficial. En 1565 invirtió todas sus economías en un negocio que había de efectuarse en las colonias españolas del Nuevo Mundo, pero los españoles le confiscaron todo el cargamento y Francis Drake se juramentó enemigo de España<sup>3</sup>.

Dispuesto a la venganza y a resarcirse del revés, se alistó en la expedición de John Hawkins contra México, llamado entonces Nueva España. Hawkins, Capitán General de seis buques, le dio el mando del *Judith*, nave de 50 toneladas. La armadilla se presentó frente a Villa Rica, haciendo prisioneros a unos capitanes españoles, y posesionándose de la isla de San Juan de Ulúa, a la entrada de Veracruz. Pero estando así la hazaña apareció la escuadra española del Capitán General Luján, trabándose un desesperado combate en el que los ingleses hicieron volar la almiranta española. *“Los españoles que se habían apoderado de los cañones de la isla —dice Hawkins en su relación del combate— nos abrasaban con ellos; los palos, vergas y jarcias del Jesús estaban acribillados de modo que desesperamos de salvarlo. Además echaron al fondo nuestros buques menores. Llegada la noche, mientras discurremos cómo abrigarnos de su artillería, dieron fuego a dos grandes bajeles lanzándoles sobre los nuestros”... El temor se apoderó de los ingleses “sólo la Mignon, con una embarcación de 50 toneladas y la Judit escaparon, y todavía esta última (la de Drake) nos abandonó durante la noche”. Drake, sin embargo, dió grandes pruebas de valor en esta malograda expedición...”<sup>4</sup>.*

Derrotado y empobrecido regresó a Inglaterra jurando más que nunca vengarse de los españoles. Dos viajes que hizo luego a América por cuenta de armadores particulares le terminaron de ofrecer el conocimiento de aquellas costas. Empapado en sus ideas de venganza armó dos barcos en Plymouth: el *Swan*, de 250 toneladas, cuyo mando tomó él mismo, y el *Pasea*, de 70, del que nombró capitán a su hermano John Drake. Embarcó en ellos víveres y municiones para un año, así como tres pinazas en piezas. Hechos estos aprestos zarpó de Plymouth el 24 de mayo de 1572. Tocó en la isla de Guadalupe, en las Antillas Menores, y en Puerto Faisán armó las pinazas, marchando con ellas detrás de sus buques al Nombre de Dios. A estas alturas se le habían juntado varios piratas franceses y algunos negros sin bandera. Avistada Tierrafirme desembarcó en Río Francisco ciento cincuenta hombres, atacando Nombre de Dios, destruyendo el fuerte que defendía el puerto, y saqueando la población con furor ingobernable. Luego de apresar una nave de 70 toneladas, de curarse una herida en una pierna, y de dar el descanso requerido a sus hombres, hizo una corta incursión a Cartagena de Indias, apoderándose allí de otros dos buques españoles. Cuando todos lo creían rumbo a Europa regresó a Tierrafirme, se adentró en la selva del Chagres y haciéndose amigo de los negros cimarrones planeó la famosa *“celada de las recuas”* que traían el oro del Perú para embarcarlo a España. Todo fracasó por culpa de un borracho, teniendo Drake que emboscarse y continuar oculto; pero unido al francés La Testu acechó otra



Efigie de Francis Drake, según un grabado  
seiscentista.

caravana de mulas, logrando esta vez quince toneladas de plata potosina. Cuentan que luego de este asalto, desde lo alto de un árbol gigantesco, divisó el Mar del Sur, concibiendo la idea de operar sobre sus aguas<sup>5</sup>.

Habiéndose enterado los españoles por otro borracho, esta vez un francés, del paradero de Drake, éste —ante la imposibilidad de llevar consigo todo el tesoro— enterró parte del botín en quince toneles en el cenagoso fondo de un arroyo. Después incendió los almacenes de la venta de Las Cruces, hurtó lo que pudo, y emprendiendo presuroso regreso a la costa del Atlántico se embarcó para Inglaterra, ingresando a Plymouth el domingo 9 de agosto de 1573, con sólo 150,000 pesos en barras de plata<sup>6</sup>.

Así pasaron tres años, distrayéndose Drake en atacar Irlanda con las fuerzas del Conde de Essex, a las que acrecentó con tres fragatas armadas de su peculio<sup>7</sup>. Pero al cabo de este tiempo un día lo llamó la Reina Isabel I, quien luego de recibirlo le dijo: "*Drake, es mi deseo vengarme del Rey de España por diversas ofensas que de él he recibido*"<sup>8</sup>. El corsario no pudo oír mejor propósito y, dispuesto a contentar a su soberana, le confió sus planes de llegar al Estrecho de Magallanes y alcanzar el Mar del Sur para saquear las costas del Perú y México. La Reina, demás está decirlo, encantóse con el proyecto y, felicitando a su forjador, le ofreció toda clase de facilidades, imponiéndole, como única condición, que los preparativos se hicieran fingiendo que la expedición estuviera dirigida a Egipto. No hubo inconveniente por parte de Drake y la soberana —feliz de ocasionar un daño a Felipe II— entregó mil coronas al marino. El Padre Lizárraga, español y dominico, nos dirá pragmatista sobre la Lima de este tiempo: "*El año de 1577, así como en España y toda Europa pareció en la misma región del aire el más famoso cometa que se ha visto, también se vió en estos reinos [del Perú] a los 7 de octubre con una cola muy larga que señalaba el estrecho de Magallanes, que duró cuasi dos meses; el qual pareció ser anuncio que por el estrecho había de entrar algún castigo enviado por la mano de Dios por nuestros pecados*"<sup>9</sup>.

### EN LAS COSTAS DEL PERU

El 13 de diciembre de 1577 zarpó Drake de Plymouth al mando de cinco buques artillados. Ellos eran: el *Pelican*, que oficiaba de capitana y tenía un centenar de toneladas; el *Elizabeth*, que se sumó a última hora con sus ochenta toneladas; el *Swan*, de cincuenta; el *Marygold* de treinta; y el *Christopher*, de quince. Maniobraban estas naves 163 tripulantes<sup>10</sup>.

La pequeña escuadra dobló el Finisterre y tomando la ruta del Mediodía pasó frente a Portugal, pero lejos de enrumbar a

Egipto tocó en Marruecos y echó el ancla en Mogador, donde los ingleses se entregaron a la construcción de una pinaza. Continuando la navegación hizo algunas presas, entre ellas una nao lusitana cuyo piloto Nuño Da Silva había estado en el Pacífico; se quedó con este último, aunque soltó a sus compañeros en la isla de Mayo, llegándose a afirmar que les dio el *Christopher* para que pudieran retornar a Lisboa<sup>11</sup>.

Sin afán ya de seguir fingiendo se lanzó Drake al Atlántico, tocando las costas del Brasil y, poco después (el 12 de mayo de 1578), la desembocadura del Río de la Plata. De aquí siguió a la Patagonia, a la Bahía de las Focas y Puerto de San Julián, lugar éste que avistaron el 20 de junio para encontrar todavía el patíbulo levantado por Magallanes y los esqueletos de los amotinados. Aprovechando el ejemplo, Drake hizo ejecutar allí a su segundo Dowgthy, acusándolo de hurto. Una semana más tarde, prescindiendo del *Swan* y del barco capturado, partió con el *Pelican*, el *Elizabeth* y el *Marygold* a buscar el Estrecho. Hallado éste lo cruzaron en dieciseis días, descubriendo sin querer el llamado Estrecho de Drake y llegando a la Isla Henderson, tierra de la que tomó posesión en nombre de Isabel de Inglaterra. Alegre con todo esto rebautizó al *Pelican* con el nombre de *Golden Hind* (Cierva Dorada), pero el mal tiempo hizo naufragar al *Marygold* y desertar al *Elizabeth*, quedando Drake solo en la inmensidad del Pacífico que se le mostraba como un *Mar Furioso*, según su propia expresión<sup>12</sup>.

Sin desanimarse inició Drake su incursión por el Mar del Sur, descubriendo que la Tierra del Fuego era isla y no el continente austral de Ptolomeo, que el frío era muy grande y que los vientos soplaban sin amainar. Luchando contra los elementos, al cabo de dos meses logró alcanzar la Isla de la Mocha, donde los indios le dieron ovejas (no está claro si de Castilla o auquénidos del país), mazorcas de maíz y alguna yuca; pero cuando el marino regresó con algunos hombres al siguiente día, los indios la emprendieron a flechas y lanzadas contra ellos, matando a dos ingleses e hiriendo a Drake en la cabeza con dos saetas<sup>13</sup>.

Subiendo la costa pasó entonces a la rada de Valparaíso, donde capturaron un buque con 1,770 botijas de vino. Revisando más la nueva presa, hallaron en sus bodegas arcones con oro por valor de 25,000 pesos y una cruz de esmeraldas, la mayor de las cuales —que Drake separó para la Reina— tenía medio dedo de largo. Bajados a tierra los ingleses incendiaron la iglesia del pequeño puerto, saqueándola de vasos sagrados y ornamentos. Lo último que se tomó fueron varios costales de harina, que se destinaron a mejorar la mala galleta de a bordo<sup>14</sup>.

Entusiasmado con su suerte pasó Drake a Coquimbo, pero salieron a cortarle el paso los vecinos del lugar en número de

El Virrey Francisco de Toledo, según el  
cronista Huamán Poma.

# BVENGOBIERNO D<sup>o</sup>FRAYDETOLEDO

mayor como de sumo

6130 rey de p<sup>o</sup>quito de este Reyno



don fea<sup>co</sup> de toledo gouerno des 4 seel año de mill y quinientos  
tenta hasta el mes de julio del año de mill y quinientos y oc  
ta y uno ~ entiendo ser Rey FELIX el segundo

quinientos, la mitad con sus caballos, por lo que se hubo de seguir de largo<sup>15</sup>.

Pensando que el *Golden Hind* necesitaba carena lo llevó a Bahía Salada, donde no solamente compuso el buque sino que construyó una pinaza que había venido desarmada en su interior. Trece días duró esta doble empresa, siguiendo a ellos dos sucesos que estimularon mucho a los corsarios. El primero fue el hallazgo de un español dormido con trece barras de plata a su lado; el segundo, el encuentro con otro español que llevaba ocho llamas, cargada cada una con cien libras del mismo rico metal. Los ingleses se rieron mucho aquellos días comentando que caridad y no codicia era la que habían empleado con los españoles y las llamas, aliviándolos de tan pesado cargamento<sup>16</sup>.

El 7 de febrero de 1579 entró Drake al puerto de Arica, apresando allí dos buques con 37 barras de plata de 800 libras, y 200 botijas de vino; un barquichuelo más que cayó en su poder le brindó las últimas novedades en mercadería de Castilla. Quemó uno de los barcos y se posesionó del otro, inutilizando de paso el barquichuelo para que no sirviera de correo de alarma. No obstante, el Corregidor de Arica notificó por tierra a Arequipa, salvando así 800 barras de plata que estaban por embarcarse en el puerto de Chule<sup>17</sup>.

Seguro de que en Lima se ignoraba su presencia, tomó el rumbo del Callao, apresando de paso un barco en el puerto de Chule, el mismo que destruyó en alta mar. Finalmente la noche del viernes 13 de febrero de 1579 se presentó en el Callao. El ingreso a la bahía lo hizo en la oscuridad, aunque ésta no lo defendió bastante por ser noche de luna. Lo cierto fue que entró a eso de las once, doblando el extremo Norte de la Isla San Lorenzo, y fondeando en medio de trece barcos anclados; seguidamente abordó el de Alonso Rodríguez Bautista, pertrechándose en él de fruta y vinos. A continuación anduvo indagando si el navío del maestre vizcaíno San Juan de Antón estaba en el puerto, porque sabía que portaba gran cantidad de plata, pero sólo halló barcos de mercaderes —los trece arriba citados— con casi nadie a bordo; los corsarios empezaron a registrarlos y pronto encontraron en dos de ellos 1.500 barras de plata y 200,000 pesos en monedas. En eso entró en el puerto un barco con mercadería procedente de Tierrafirme. Drake creyó que era el de San Juan de Antón y se apresuró en asaltarlo, pero si bien en la lucha murió un inglés y fue tomado preso el piloto Alonso Rodríguez, escapó el comerciante Baltasar de Melo, quien a nado llegó a tierra gritando: ¡*Al arma!*!, con lo cual despertó a la población<sup>18</sup>.

Acto seguido se lanzaron al vuelo las campanas de las iglesias llamando a los vecinos a defender el puerto, mientras un correo de a caballo era despachado a Lima a poner en autos al Virrey don Francisco de Toledo. Parece que primero se enteró la capi-



tal que el gobernante, pues el jinete entró gritando: *¡Al arma!, ¡Al arma!*, despertando a todos y sembrando el desconcierto general. El Virrey saltó de la cama y vistiéndose a prisa salió a la Plaza, mandando allí que se le juntaran los Oidores de la Real Audiencia y los Oficiales Reales. Mientras tanto, las campanas se encargaban de llamar a los encomenderos —que con sus armas y caballos tenían la obligación de acudir en servicio del Rey— así como a los Alabarderos y Gentiles Hombres Lanzas del Reino que dormían fuera del palacio virreinal. El desconcierto era tal que Lima presentaba el aspecto de un carnaval militar, porque casi todos los vecinos estaban aún con prendas de dormir —camisas y barretinas— y espadas y rodelas, alabardas y partesanas. Nadie sabía qué hacer ni de quién defenderse, porque tampoco se sentían atacados, pero era evidente que el enemigo tardaría poco en llegar allí<sup>19</sup>.

El Virrey, para averiguar mejor los hechos, envió al Callao a Diego de Frías Trejo con cargo de no volver hasta saber a ciencia cierta quién era el enemigo, aunque, a decir verdad, todos sospechaban ser inglés. Pero el gobernante no esperó la vuelta del comisionado, y cuando creyó prudente hacerlo, partió con los que habían acudido puntuales por el camino del Callao. La gente se quedó buscando armas y los templos se llenaron de mujeres. Por todas partes corrían hombres con antorchas, los negros esclavos ensillaban los caballos; todos se aprestaban a seguir a don Francisco de Toledo que a esas horas estaría ya luchando con los súbditos "*de la pérfida Isabela*"<sup>20</sup>.

Cuando los morosos llegaron al Callao, lejos de encontrar al puerto sumido en el desorden, lo hallaron en calma y dispuesto a la defensa. El corsario había cortado las anclas a todos los buques, pero al mismo tiempo había tenido que alejarse del puerto porque el Virrey, el astuto don Francisco de Toledo, aprovechando la oscuridad había hecho encender candelillas en las ventanas de las casas para asustar al inglés. En un principio no se percataron del alcance de la medida, pero andando las horas la pudieron comprender: convencido de que todos los moradores del Callao lo esperaban con las mechas de sus arcabuces encendidas, tuvo recelo y se alejó sin combatir. Los "*lutheranos ingleses*" se habían batido en retirada<sup>21</sup>.

El cronista Lizárraga sostiene que la decisión de irse fue anterior a la llegada del Virrey, pero que no pudo hacerlo por faltarle el viento, razón por la cual el mandatario lo llegó a ver con "*las velas pegadas a los mástiles*"<sup>22</sup>; pero era demasiado divisar en una noche que —aunque de luna— también lo fue de miedo. Lo que sí resultó evidente es que faltó artillería en la playa, también arcabuces, porque de otro modo en las barcas de los pescadores los vecinos se hubieran lanzado contra los tres buques del corsario. Pero aunque hubiera habido cañones y arca-

buces nada se hubiera conseguido, pues en todo el Callao y Lima no había *"un grano de pólvora"*<sup>23</sup> para hacer un disparo y quebrarles el timón a los barcos enemigos. De este modo Francis Drake estuvo al paio en la rada varias horas y sus adversarios inmóviles otras tantas en la oscuridad de la playa, mirándose ambos bandos con silencio y desconfianza. Pero sopló el viento, repuntó la marea, y *Francisco el Inglés* (como llamaban al corsario los españoles) pudo escapar. Y así se fue ese *Capitán Francisco* que nadie sabía bien si se apellidaba *Drac, Drak, Draque, Draques* o *Draquez*, conociéndose de él únicamente que era corsario al servicio de la Reina Isabel de Inglaterra *"una de las malas hembras que ha habido en el mundo"*<sup>24</sup>.

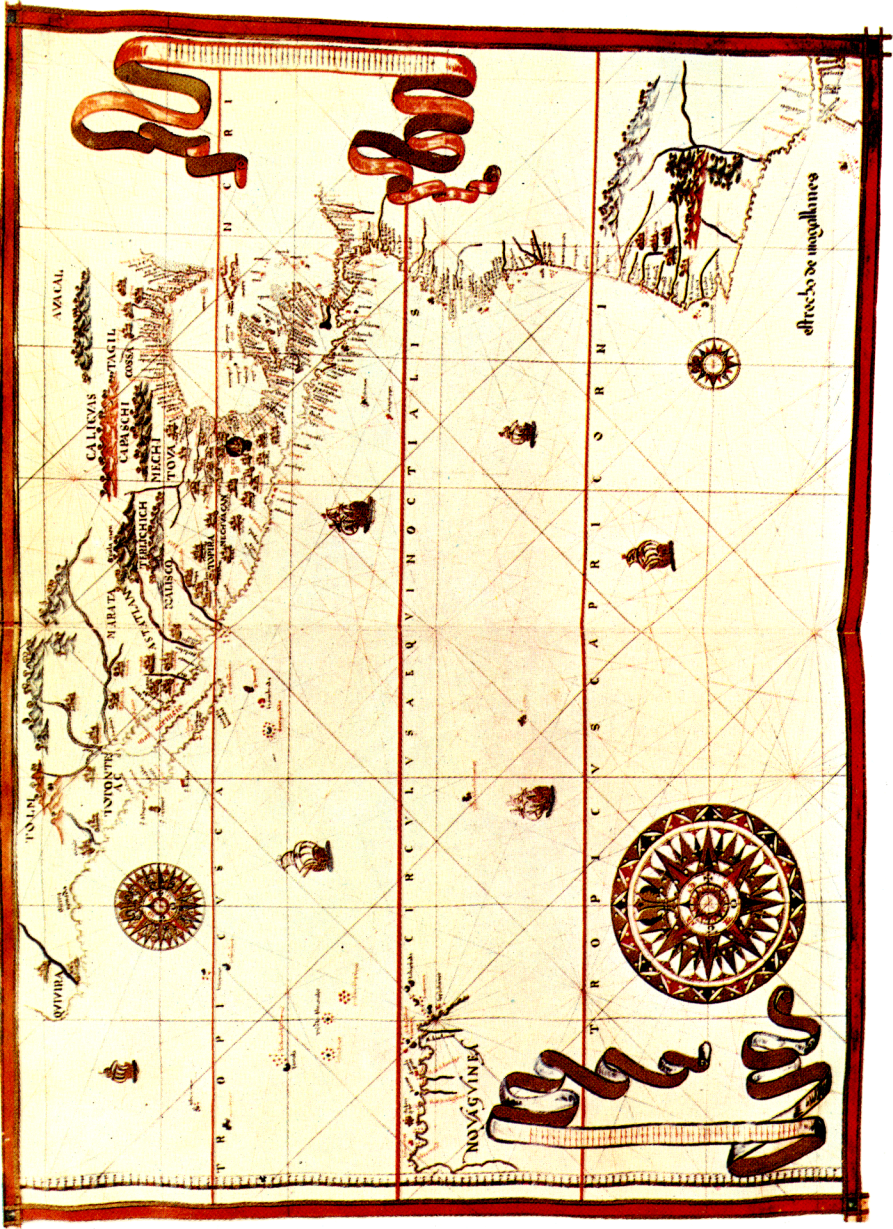
### EL FINAL DE UNA AVENTURA

En las horas que siguieron se aprestaron los navíos españoles y zarparon en persecución del corsario. Sólo hallaron un barco viejo abandonado y sin velas que el marino inglés dejó al garete con dos marineros a bordo; el barco era español (lo mismo el par de tripulantes enfermos) pero estaba tan desvalijado que bien podía decirse que sólo conservaba su madera. Los perseguidores volvieron al puerto entendiendo que les llevaba mucha ventaja el corsario y que era imposible alcanzarlo en el mar, pero el Virrey Toledo enfureció al saberlo y puso por nuevo General de los navíos a su sobrino Luis de Toledo Pimentel. *"Derroche de energía hubo de hacer [el Virrey] para vencer la flojedad de los vecinos 'gente ni hecha a guerra ni a los trabajos y peligros della sino a los regalos de vida tan segura y descansada', dicen los Oidores, y en donde, como añade el Virrey 'los viejos que avía son muertos o están inhabilitados' Pero su diligencia no se detuvo aquí. Reunió una Junta de Guerra y en ella se trató de cortar la retirada al corsario. Se deliberó sobre la ruta que podía seguir y aunque se habló de que podía dirigirse a la China o bien salir al Labrador y Nueva Francia, la mayoría se inclinó porque volvería a buscar la salida del Estrecho. En este supuesto se resolvió aprestar una armada de dos navíos, los cuales habían de dirigirse a aquel punto y cruzarlo y, caso de no encontrar al pirata, se dirigirían el uno a España a dar noticia de todo al Rey y volvería el otro al Perú por distinta boca"*<sup>25</sup>. Los navíos eran, como lo podremos apreciar después, el *Nuestra Señora de la Esperanza* y el *San Francisco*; el Capitán General de esa armadilla sería nuestro conocido Pedro Sarmiento de Gamboa.

Mientras tanto, Francis Drake navegaba rumbo al Norte. Buena estrella guió sus naves al partir a Paita (donde sólo tomó un patache), porque quiso su ventura que encontrase desprevenido



El Mar del Sur previo a los viajes de Alvaro de  
Mendaña. (Typus Orbis Terrarum, 1542.  
*Foto: Manuel Romero).*







El Virrey Francisco de Toledo, óleo existente en  
el Museo Nacional de Historia.  
(Foto: *Manuel Romero*).





en pleno océano nada menos que al *Nuestra Señora*, el barco de San Juan de Antón, frente al Cabo de San Francisco. Los ingleses se le acercaron amenazadores y el *Golden Hind* disparó una pieza de artillería para invitarlo a detenerse, haciéndose con tanta suerte o puntería que dio en el palo mayor del *Nuestra Señora*, derrocándolo por completo. De inmediato fue tomado al abordaje, sin hallar la menor resistencia por parte de sus tripulantes, comprobándose desde un principio que portaba un inmenso tesoro. Efectivamente, encontróse en su interior esmeraldas, perlas y cantidad de joyas, catorce arcas repletas de monedas por valor de 9,000 libras esterlinas; 1,300 barras de plata potosina, y tejos por valor de 80 libras de oro. Más tarde se comentó que Drake tomó para sí 300,000 pesos y 105,000 para su Reina. La expedición inglesa al Mar del Sur no sólo cubría sus gastos con el botín tomado al *Nuestra Señora*, sino que aun daba ganancia a todos los que habían invertido capital en ella<sup>26</sup>.

En abril de 1579 estaba ya el corsario frente a Nueva España, luego de haber capturado más navíos y perdonado la vida a los pasajeros y tripulantes, especialmente a dos frailes, lo que causó gran admiración en el Perú. Por su pericia náutica y bélica el Virrey Toledo llegó a escribir al Rey: "*Es el más práctico y mejor corsario que los ingleses agora tienen...*"<sup>27</sup>. El Virrey temía que la vuelta del corso se fundara en una ciudad fortificada que los ingleses hubieran podido establecer en el Estrecho magallánico, y pensaba seriamente en armar expediciones y artillar navíos, defender los principales puertos de la costa peruana —Atacama, Arica, Arequipa, Callao, Trujillo, Paita, Guayaquil y Puerto Viejo— y edificar una gran fortaleza en el Callao, anticipo de lo que después sería el Real Felipe<sup>28</sup>. Pero pronto cambió de parecer sobre su sospecha de que Drake estaría regresando por el Estrecho al enterarse que él y no otro era el causante del saqueo e incendio de Aguatulco, en el virreinato mexicano<sup>29</sup>. Enriquecido y victorioso, Francis Drake seguía navegando el Mar del Sur.

Tal como lo imaginaban ahora sus adversarios españoles, Drake recorrió toda la costa del virreinato mexicano, y aun de California, buscando un estrecho septentrional que le permitiera volver al Atlántico. Consideraba imprudente regresar por Magallanes y no le faltaba razón. Navegó con esta mira hasta los 43 grados de latitud Norte y, no hallando el referido paso, retornó a los 38 y fondeó en una bahía que es la actual de San Francisco de California tomando posesión del país y dándole el nombre de Nueva Albión. Aquí, mientras se encontraban algunos vestigios que anunciaban la futura riqueza aurífera de la zona, preparó al *Golden Hind* para una larga travesía, renunciando para siempre a la búsqueda del estrecho boreal. De este modo desechó la ruta de Levante y escogió la del Poniente, acer-

tando, de paso, con la gloria. Esto, porque lanzándose esta vez al Pacífico lo atravesó en un acto de osadía.

Primero avistó el archipiélago de Pelew, luego el Oriente de las Filipinas, después Ternate y Tidore... ¡Estaba en las fabulosas Islas de las Especias! El Sultán Babú lo recibió con grandes muestras de alegría, entre otros motivos porque se acababa de pelear con los portugueses. Por eso hubo músicas y danzas, desfiles de canoas ceremoniales y banquetes de viandas exóticas. Drake aprovechó el clima para firmar con él un Tratado de Comercio —el primero que firmara un inglés en el Océano Indico— logrando con ello embarcar seis toneladas de clavo de olor. Luego de reparar su nave y despedirse del Sultán, partió el 12 de diciembre de 1579. No lo acompañó esta vez la buena estrella, pues pasadas las Célebes encalló en un arrecife de coral el 9 de enero del siguiente año. Para salvar su barco tuvo que arrojar por la borda dieciseis cañones y tres toneladas de clavo de olor, así como la mitad de las pipas de agua; pero todo esto aligeró el navío y se logró liberarlo con el subir de la marea. Entonces, maltrecho pero salvado, pudo Drake continuar su navegación por el Cabo de Buena Esperanza y costa occidental de Africa, hasta ingresar a Plymouth, el 26 de setiembre de 1580, en medio del aplauso general de los ingleses que lo reconocieron el primer compatriota que había dado la vuelta al mundo<sup>30</sup>.

Se cuenta que también hubo colegas y cortesanos que lo atacaron de palabra acusándolo de pirata, ya que había realizado sus depredaciones estando Inglaterra de paz con España, pero la Reina Isabel que conocía los orígenes de la aventura, logró disimular la culpa haciendo que la atención se desviara al éxito conseguido por el navegante. El embajador de España, Bernardino de Mendoza, protestó entonces ante la soberana por los daños hechos a la Corona de Castilla, pero ella le respondió que la culpa era de Felipe II por cerrar sus colonias de América a los marinos y comerciantes extranjeros; en el fondo, se sentía dolida por la secreta protección del Rey español a los rebeldes irlandeses<sup>31</sup>.

*"Muchos aconsejaban a la reina que desaprobase la conducta de Drake y le hiciese devolver su botín, pero ella, admirándole, y también codiciosa de su parte, en los ocho millones que traía el Golden Hind, no sólo no le desautorizó sino que lo nombró caballero, dándole un escudo de armas con la divisa que en este caso encierra una falsedad, "tu primus circumdediste me" y esta otra: "Divino auxilio"... Isabel aceptó asistir a un banquete que Drake le dió en su célebre buque fondeado en Deptford, en el Támesis. No obstante, para dar alguna satisfacción a Felipe II, ordenó se pagase parte del valor del botín al agente, en Inglaterra, de los comerciantes españoles damnificados. La expedición había proporcionado a los que la habían financiado un interés de*

47 libras por cada una invertida. La reina dispuso así mismo que el *Golden Hind* fuese amarrado en lugar de honor y más adelante, cuando ya no pudo mantenerse a flote, se construyó, con parte de sus maderas, un sillón, que se conserva en la universidad de Oxford<sup>32</sup>. Así culminó esta aventura del segundo nauta que circunvaló el globo, ese Sir Francis que para los ingleses era su mejor corsario y para los españoles el peor pirata<sup>33</sup>.

Las descripciones de su persona hablan de un hombre excepcional. Un hidalgo español, su prisionero, lo retrató del siguiente modo: *"Es un hombre de mediana estatura, rubio, más bien grueso que enjuto, alegre, prudente. Manda y ordena imperiosamente, siendo temido y obedecido por sus hombres. Castiga con resolución. Agudo, inquieto, correcto en la palabra, inclinado a la generosidad y a la ambición, vanidoso, jactancioso y no demasiado cruel"*<sup>34</sup>. Otro español hidalgo, también su prisionero, nos ha legado este nuevo cariz: *"Llámase Francisco Drake, hombre de 35 años, pequeño de cuerpo, barbirrubio, uno de los mayores marineros que hay en mar, así de altura, como de saber mandar su Navío: trae un Galeón de cerca de 400 toneladas extremado a la vela, y 100 hombres en él todos de provecho, y edad para la guerra, y todos tan ejercitados en ella, como lo pueden estar soldados viejos de Italia: cada uno en particular tiene mucha cuenta de tener limpio su arcabuz; trátalos con amor, y ellos a él con respeto: trae consigo 9 ó 10 Caballeros, hijos segundos de hombres principales de Inglaterra: éstos son algunos de su Consejo, y para cualquier cosa los llama por fácil que sea aunque no le toma de nadie, mas de holgar de oírlos, y sobre aquello ordena él; no tiene ningún privado; a estos que digo sienta a su mesa, y a un Piloto Portugués que trae desde Inglaterra (Nuño da Silva), el cual no habló palabra ninguna en todo el tiempo que yo allí estuve. Sirvese con mucha plata, los bordos y coronas doradas, y en ellas sus armas: trae todos los regalos y aguas de olores posibles: muchos dellos decía que se los había dado la Reina: ninguno éstos Caballeros se sentaba, ni cubría delante dél, sino era mandándose primero y muchas veces: traía este Galeón suyo como 30 piezas gruesas de artillería y gran cantidad de artificio de fuego y mucha munición y otros peltrechos necesarios: su comer y cenar es con música de vigolones: trae todos los oficios de carpintero, y calafates para poder dar lado en cualquier tiempo. Tiene el Navío, fuera de ser nuevo, costado y contracostado: entiendo que toda la gente que trae viene a sueldo, porque en el saco del nuestro Navío nadie osó tomar nada sin mandarlo él: haciales mucha merced, y castigábales la menor culpa, también traía pintores que le pintaban toda la costa con las mismas colores dellas: esto fue lo que a mí más me pesó de ver, porque va tan natural cada cosa, que el que segundase en*

*ninguna manera se podría perder. Entendi dél, que había sacado de su tierra cinco Navíos y 4 chalupas de las largas, y que la mitad desta armada era de la Reina''<sup>35</sup>.*

Sólo restaría decir, así fue Francis Drake, el marino que nació en un buque, allá en la Inglaterra de Enrique VIII, y murió en otro, el 28 de enero de 1596, al tiempo que marchaba nuevamente contra las colonias americanas de ese Rey español al que su Reina llamaba: *El Demonio del Mediodía*.

## NOTAS AL CAPITULO

1. LLOYD, Christopher... *Drake, Corsario y Almirante*.— Madrid, Gráficas Tejarío, 1958.— Cap. I, pp. 6 y 7.  
*Enciclopedia General del Mar*.— Barcelona, Imprenta de Agustín Núñez, 1957.— T. II, p. 880.  
El primer autor refiere que Drake nació en Crowndale, cerca de Tavistock, y que siendo muy niño pasó a residir con su padre en el viejo barco encallado en Gilligham; la segunda fuente, haciendo eco a una versión muy antigua, asegura que el futuro corsario nació en Tavistock, Condado de Devon, "en la bodega de un navío, pues sus padres eran muy pobres". Nos acogemos a esto último no sólo por estar de acuerdo con la tradición documentos oficiales de la marina inglesa, testimonio que entonces carecían de la exactitud de los actuales de su tipo. No obstante, dejamos abierta la posibilidad de ser las cosas como escribe Christopher Lloyd, recordando solamente que su versión es la única frente a todos los testimonios antiguos.
2. *Enciclopedia... cit., loc. cit.*
3. *Loc. cit.*
4. *Loc. cit.*  
LLOYD, Christopher... *Op. cit.*, cap. II, p. 33
5. *Ibidem*, cap. III, pp. 44 a 53.  
*Enciclopedia... cit.*, T. II, p. 881.
6. *Loc. cit.*  
LLOYD, Christopher... *Op. cit., loc. cit.*
7. *Enciclopedia... cit.*, T. II, p. 881.
8. LLOYD, Christopher... *Op. cit.*, cap. IV, p. 57.
9. LIZARRAGA O. P., fray Reginaldo de... *Descripción de las Indias*.— Lima, Imprenta Miranda, 1946.— Lib. II, cap. XXXVIII, p. 202.
10. LLOYD, Christopher... *Op. cit.*, cap. IV, pp. 59 y 60.
11. *Ibidem*, cap. IV, p. 62.  
*Enciclopedia... cit.*, T. II, p. 881.
12. *Loc. cit.*  
LLOYD, Christopher... *Op. cit.*, cap. IV, pp. 63 a 70; y cap. V, pp. 71 a 74.
13. SILVA, Nuño da... *Relación*, en: *Voyages, Navigation, Traffiques and Discoveries of the English Nation*.— Londres, George Bishop, Ralfe Newberie and Robert Barker, 1600.— p. 744. Edición de Richard Hakluyt.— Sirva esta nota para agradecer al Hno. Robert Wood S. M. los distintos datos que sobre los corsarios isabelinos nos proporcionó desinteresadamente. A su gentil colaboración debemos múltiples detalles que por nuestros propios medios hubiera sido imposible alcanzar.
14. *Loc. cit.*
15. *Ibidem*, p. 745.
16. *Loc. cit.*
17. *Loc. cit.*  
LEVILLIER, Roberto... *Gobernantes del Perú, Cartas y papeles*.— Madrid, Imprenta de Juan Pueyo, 1924.— T. VI, p. 121. Del puerto de Chule dice Germán Stglic en su *Diccionario Geográfico del Perú*: "Caletilla a 5 millas y al N. W. de punta Mejía. Era puerto de pescadores a la llegada de los españoles". Estos lo emplearon como puerto durante los primeros años de la segunda mitad del siglo XVI, pero luego languideció de manera sorprendente, sospechando que alguna fuerza mayor —acaso el embravecimiento del mar— hizo a los habitantes de Arequipa dejar de frecuentarlo. Quedaba en la provincia de Islay, en el distrito de Mollendo.

18. *Ibidem*, T. VII, p. 434.

BARROW, John... *The Life, Voyages and Exploits of Admiral Sir Francis Drake, Knight*.— Londres. Imprenta de John Murray, 1843.— pp. 135 a 138.

SILVA, Nuño da... *Op. cit.*, p. 746.

LIZARRAGA, O. P., fray Reginaldo de... *Op. cit.*, Lib. II, cap. XXXVIII, pp. 202 a 204.

VARGAS UGARTE S. J., Rubén... *Historia del Perú (1551 - 1600)*.— Buenos Aires, Imprenta Baiocco, 1949.— Cap. XIII, pp. 278 a 284.

Casi al mismo tiempo que Melo nadaba hacia tierra, por otro lado el alguacillo del Alcalde del Mar salió a recibir el barco que entraba, pero al verlo artillado preguntó por el nombre de la nave, respondiéndole bajo amenaza de los ingleses el piloto Alonso Rodríguez que era el *Miguel Angel*. Como este barco estaba surto en el puerto los de la ronda sospecharon algo malo, retornando a tierra presurosos donde se encontraron con Baltasar de Melo que congregando a los noctámbulos trataba de alentar a los vecinos. La respuesta del piloto Rodríguez se tomó entonces como un deseo de poner sobre aviso a los del puerto, por lo que se le consideró —junto con el comerciante Melo— uno de los que había salvado al Callao de caer en poder de los ingleses.

19. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Francisco Toledo*.— Lima, Biblioteca Hombres del Perú, 1964.— p. 55.

BARCO CENTENERA, Martín del... *La Argentina y Conquista del Río de la Plata*.— Buenos Aires, edición facsimilar, 1912.— Canto XXII, en: VARGAS UGARTE S. J., Rubén... *Op. cit.*, pp. 279 y 280.

Barco Centenera, refiriéndose al sobresalto y sorpresa de Lima anota:

*"La turbación y prisa yo decilla,  
aunque quiera hazer un largo canto  
no podré, cabalgava uno sin silla,  
el otro aunque con silla con espanto  
el otro iba sin freno en su haquilla,  
el pecador temía y mas el sancto.  
al fin todos estaban temerosos  
y de futuros males recelosos"*.

Pero luego de pintarnos este cuadro que no vio, aunque mucho de verdad encierra por ser la primera vez que se daba en Lima algo semejante, añade que los negros esclavos —inspirándose en los cimarrones de Panamá que ayudaron a John Oxenham en 1575— escondieron los frenos de los caballos de sus amos, a fin de impedir que éstos llegaran con presteza al Callao:

*"Los negros la ocasión consideraron  
y acuerdan entre si un ardid famoso,  
los frenos a sus amos les hurtaron,  
ardid subtil de guerra y peligroso.  
Entre ellos el concierto fabricaron  
con ánimo maldito y alevoso,  
pensando que Francisco allí viniera  
y en libertad a todos les pusiera"*.

La afirmación suena antojadiza y pecadora de alarmismo, pues la sorpresa —que también fue para los negros de la capital peruana— no les dio tiempo para pensar nada semejante, si bien después debió rumorearse falsamente como acción frustrada o posibilidad digna de contemplarse en el futuro. (Véase también: MELO, Rosendo... *El Callao: monografía histórico-geográfica*.— Lima, Imprenta Gil, 1899 — p. 55).

20. PERALTA, Pedro de... *Lima Fundada*, en: VARGAS UGARTE S. J., Rubén... *Op. cit.*, cap. XIII, p. 279.

21. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Op. cit.*, pp. 55 y 56.

LIZARRAGA O. P., fray Reginaldo de... *Op. cit.*, Lib. II, cap. XXXVIII, pp. 202 y 203.

22. *Loc. cit.*

23. *Loc. cit.*

## NOTAS AL CAPITULO

24. *Loc. cit.*
25. LEVILLIER, Roberto... *Op. cit.*, T. VI, p. 95 y T. VII, p. 438.  
VARGAS UGARTE S. J., Rubén... *Op. cit.*, cap. XIII, p. 281.
26. LIZARRAGA O. P., fray Reginaldo de... *Op. cit.*, *loc. cit.*  
LLOYD, Christopher... *Op. cit.*, cap. V, pp. 77 a 80.  
LEVILLIER, Roberto... *Op. cit.*, T. VI, p. 123.
27. LEVILLIER, Roberto... *Op. cit.*, T. VI, p. 124.
28. *Ibidem*, T. VII, pp. 443 a 446.  
ODRIOZOLA, Manuel de... *Colección de Documentos Literarios del Perú.*—  
Lima, Imprenta Alfaro, 1863 a 1877.— T. II, p. 4.
29. *Enciclopedia... cit.*, T. II, p. 881.
30. LLOYD, Christopher... *Op. cit.*, cap. V, pp. 71 a 94.
31. *Enciclopedia... cit.*, T. II, pp. 881 y 882.
32. *Ibidem*, p. 882.
33. *Loc. cit.*
34. LLOYD, Christopher... *Op. cit.*, cap. I, pp. 5 y 6.  
Añade otra descripción que, Drake fue de "*baja estatura, fuertes miembros, ancho pecho, cabeza redonda, pelo oscuro, barba cerrada, ojos redondos, grandes y claros y rostro jovial, despejado y agradable*"; también era "*ambicioso de honores y muy aficionado a la popularidad*".
35. VARGAS UGARTE S. J., Rubén... *Op. cit.*, cap. XIII, p. 282.





*Capítulo XIV*  
LA FORTIFICACION  
DEL ESTRECHO

LA BUSQUEDA INFRUCTUOSA

Ya insinuamos más atrás cómo, partido Francis Drake del Callao, el Virrey Francisco de Toledo hizo una pequeña armada para perseguirlo. Diego de Frías Trejo fue nombrado Capitán General, embarcándose en el navío de Miguel Angel Philipón; y Pedro de Arana, Almirante, haciéndolo en un segundo buque. Trescientos soldados bisoños —entre engreídos hijos de encomenderos y comerciantes forzados— lo hicieron en ambas naves, marchando en su compañía como hombre práctico en la mar nuestro conocido Pedro Sarmiento de Gamboa. Abreviando pormenores, la expedición resultó un sonado fracaso, porque retornó al Callao sin haber visto al corsario. Los soldados se habían mareado en el viaje y se entendió que en estas condiciones, de dar con el inglés, habrían salido derrotados. Todos comprendieron la realidad y perdonaron a los improvisados, pero no el Virrey Toledo quien —sabedor del arribo de ambos buques— apresó, sin que sepamos la causa, al Almirante Pedro de Arana y a Alvaro de Mendaña que iba en su compañía<sup>1</sup>.

Convencido de que no debía cesar la persecución, el gobernante dispuso la partida de una nueva armada. Su sobrino Luis de Toledo fue nombrado Capitán General y Diego de Frías su Almirante y Maestre de Campo; Juan de Arrieta pasó a empuñar el estandarte como Alférez; Miguel Angel Philipón ocupó el cargo de Piloto Mayor; Gaspar López y Carlos de Maluenda actuaron de Proveedores; cerrándose la lista de investiduras con

el título de Sargento Mayor, que se confirió a Sarmiento de Gamboa. Con ciento veinte soldados, sin contar los tripulantes, zarpó esta segunda armada del Callao el viernes 27 de febrero de 1579 y, minutos antes de partir, el Virrey dio el título de Maestre de Campo al castigado Pedro de Arana. *"Partió la gente toda con gran voluntad de pelear con el enemigo, aunque con poca esperanza de poderle topar, porque ya llevaba quince días de ventaja"*<sup>2</sup>. Los dos barcos tocaron en Santa, Huanchaco, Paita, Santa Elena y Manta, pero el corsario no apareció, encontrándose sólo algunas naos robadas por él. En Manta el Capitán General se mostró desconcertado y entonces Sarmiento de Gamboa, incorregible en sugerir rutas a sus superiores, señaló a Luis de Toledo que se debía seguir a Nicaragua y Nueva España si se quería dar caza al inglés. El Almirante Frías lo secundó en su demanda —insistiendo los dos sobre la conveniencia de esta orden— pero el Capitán General se negó a darla y mostrándose contrario a la idea mandó aproar a Panamá recalando en la Gorgona. De este modo llegó la armada a las Islas de las Perlas el 30 de marzo y al día siguiente fondeó en el Perico, que era el puerto de Tierrafirme<sup>3</sup>.

Aquí acudió a recibirlos el maestre San Juan de Antón, quien informó al Capitán General cómo su barco había sido robado por el inglés entre el Cabo de San Francisco y la Punta de la Galera, el domingo 1 de marzo al mediodía. Entrando en detalles dijo que cuando su nao fue abordada, Drake estaba en su navío protegido por una cota y un casco y que al verlo prisionero se adelantó el inglés a abrazarlo al tiempo que le decía: *"Ten paciencia, que usanza es de guerra"*<sup>4</sup>. Le robó 362,000 pesos en barras de plata y en oro, de los cuales 6,000 eran del Rey, lo retuvo, junto con sus marineros y pasajeros, que todos juntos no llegaban a doce, hasta el sábado siguiente, en que le entregó su nao vacía y lo dejó en libertad. *"Antes que el inglés largase el navío de San Juan, dió algunas cosas a los que había robado, y en moneda dió a treinta y cuarenta pesos a cada uno; y a otros piezas de lienzo de Portugal y herramientas de azadones y podaderas, y dos capotes guarnecidos de su persona; y a un soldado llamado Vitoria dió unas armas blancas; y a San Juan de Antón dió una escopeta, diciendo que se la habían enviado de Alemania, y por eso la estimaba en mucho; y al escribano dió una rodela de acero y una espada, diciéndoles que se las daba porque parecían hombres de armas; y a San Juan dió dos pipas de brea y seis quintales de hierro de Alemania y un barril de pólvora; y a un mercader llamado Cuevas dió unos abanicos con espejos, diciendo que eran para su dama; y a San Juan de Antón dió un tazón de plata dorado, con su nombre escrito en medio, que decía Francisqus Draques; y al tiempo que largó a San Juan de Antón le dió una cédula de salvaguardia firmada de su nom-*

**El Estrecho de Magallanes, según las *Décadas* de  
Antonio de Herrera y Tordesillas**

**543**





*bre, Francisqus Draques, en inglés, diciendo que se la daba porque si los otros dos navíos de ingleses, que había publicado quedar atrás, le topasen, no le hiciesen mal ni le volviesen a robar... Y encarescióle mucho la merced que le hacía en darle aquel pasaporte, diciéndole que el capitán de uno de los otros dos navíos era muy cruel, y que si le topaba no dejaría hombre a vida, y con aquella patente suya iba seguro dellos"<sup>5</sup>.*

Preguntado San Juan de Antón por la ruta que pensaba tomar el corsario, contestó que alguna vez le mostró "*una carta de marear de más de dos varas de largo, que decía se la habían hecho en Lisboa y le había costado ochocientos ducados o cruzados. Y decía que para salir desta mar tenía cuatro salidas para Inglaterra: la una por el Cabo de Buena Esperanza y por la India; otra por la Noruega: otra por el Estrecho de Magallanes, y la cuarta no quería nombrar... Y así decía que muy presto pensaba volver a Inglaterra, en menos de seis meses"*<sup>6</sup>. Como dato ampliatorio el maestre añadió que los ingleses del navío serían ochenta, sus piezas grandes de artillería unas quince, y que tenían mucha munición. Por lo demás, Drake había suplicado al vizcaíno que dijera al Virrey del Perú de su parte "*que no matase los ingleses presos, y, si los mataba, que costarían más de dos mill cabezas, no de las de España, sino de las destas partes"*<sup>7</sup>.

Terminada la declaración, el Capitán General Luis de Toledo pidió a los Oidores de Panamá que socorriesen la armada pues estaba falta de muchas cosas para proseguir su misión; pero los magistrados no le dieron absolutamente nada, excusándose con decir que la Audiencia está aprestando un navío para sumarlo a la armada y que por capitán del mismo iría Diego de Tebes Brito, un hidalgo portugués de muy probada lealtad al Rey de España, por lo que todos los gastos se habían encaminado a este fin y estaban sumamente pobres. En eso llegó la nueva de que dos navíos ingleses estaban saqueando las costas del Perú, alborotándose todos con ella y decidiéndose los Oidores a apresurar el apertrechamiento de su buque, cambiando, de paso, al Capitán Tebes, por un hidalgo apellidado Canales, sobrino del Oidor Cerda. Como todas las noticias eran malas y había que pensar en la posibilidad de que el corsario regresara por el Estrecho, la armada zarpó del puerto de Perico el 13 de abril de ese año 79 con dirección al Perú. Lo hizo trayendo por Capitán General a Diego de Frías Trejo, porque Luis de Toledo tenía orden del Virrey de continuar viaje a España<sup>8</sup>.

El trayecto fue por demás muy desbandado, porque a los cinco días de zarpar de Panamá los dos navíos se separaron y cada uno navegó por su parte. La capitana llegó a la Punta de Santa Elena el 3 de mayo, donde supieron de tres navíos ingleses que venían arrasando las costas del Perú. Estando por zarpar de Santa Elena se vieron dos velas al Sur y el Sargento

Mayor Pedro Sarmiento salió en un batel a reconocerlas. A todos volvió el alma a los cuerpos cuando conocieron ser una la almiranta y la otra de los Oidores de Panamá. En conserva prosiguieron a Tumbes y pasado el río de este nombre, en Máncora, toparon un barquichuelo cuyo maestre les dijo que la noticia de los barcos ingleses era falsa. La armada pasó entonces a Paita y de allí a Santa, donde se recibió una carta de la Audiencia de Panamá refiriendo cómo Drake había arribado o Nicaragua el 20 de marzo, donde tomó agua en la Isla del Caño con el propósito de viajar hacia la China. La carta dio la razón a Sarmiento de Gamboa, volcándose todos en críticas al ex Capitán General Luis de Toledo, pues de haberse seguido en Manta el consejo del primero, a esas horas Francis Drake sería cautivo de los españoles. Otra carta del Virrey del Perú los devolvió a la realidad. Mandaba el gobernante que el barco de San Juan de Antón, en el que venía Canales, retornara a Panamá, y que los otros dos siguieran al Callao. De este modo se salió de Santa el 1º de julio, y el 12 del mismo mes entraron, la capitana y almiranta, al puerto de Lima. A los expedicionarios se les recibió como esforzados más que como fracasados, pero el que cosechó el aplauso general fue el Sargento Mayor Pedro Sarmiento de Gamboa<sup>9</sup>.

La incursión de Francis Drake a las costas del virreinato peruano dio por resultado la idea, luminosa entonces, de fortificar el Estrecho de Magallanes. Se pretendía con ello no tanto que el corsario se viera imposibilitado de regresar a Inglaterra por esa vía (como aún temían muchos) cuanto que no volviera a entrar por ella otro corsario al Mar del Sur. La verdad es que las costas del Perú —comprendidas en ellas las de Chile y Quito— vivían en constante zozobra y por cualquier vela en el horizonte los puertos se alarmaban, corriendo los hombres a armarse y a buscar refugio en los templos las mujeres y los niños. Por otro lado, notóse también un franco descenso en el tráfico marítimo, cesando las contrataciones *"por estar los mercaderes temerosos en aventurar sus haciendas y los navegantes de navegar"*<sup>10</sup>, acaso porque era insistente el rumor de *"que Francisco había de volver por el Estrecho"*<sup>11</sup> a recoger las dos naves que, con sus tripulaciones frescas, había dejado allí apostadas.

Atendiendo a estas circunstancias, el Virrey Francisco de Toledo —que no era hombre de pararse en contemplaciones— decidió enviar una expedición exploradora al Estrecho magallánico para apreciar sus posibilidades de fortificación y, de ser posible, asentar allí poblaciones españolas con murallas y artillería que cerraran el paso a los intrusos. Con tal fin pensó comprar dos buques y, a pesar de estar enfermo, marchó al Callao a revisar los varios recién venidos de Panamá. Le parecieron todos, de primera impresión, bastante buenos, y de se-

gunda mejor, porque "entro en los navios, y con candela y oficiales los anduvo mirando hasta la quilla, y de todos escogió los dos más fuertes, más nuevos y veleros... y mandó al capitán Pedro Sarmiento aceptase el trabajo deste viaje y descubrimiento con titulo de Capitán Superior de ambos navios"<sup>12</sup>. ¡Por fin, después de tantas esperas y dilaciones, el apasionado marino iba a mandar una armada sin que nadie le contradijera el rumbo!

### LA EXPEDICION AL SUR

Era el capitán Pedro Sarmiento de Gamboa natural de Pontevedra, en Galicia, donde vino al mundo —y no en Alcalá de Henares, como alguna vez dolosamente confesó— en el hogar del pontevedrés Bartolomé Sarmiento y María de Gamboa, su mujer. Por el padre gallego le venía el mar en línea recta; por la madre, que era vizcaína de Bilbao, debió crecer familiarizado con los barcos. En otras palabras, el muchacho no pudo eludir la profesión de mareante y obedeciendo los impulsos de la mocedad, escriben que navegó por mares cuyos nombres no han llegado hasta nosotros. Lo veraz es que pasó a Nueva España y que en Puebla de los Angeles fue azotado por la Inquisición, "por que habia hecho y ordenado una estatua con un sambenito y una sentencia en forma contra un Diego Rodriguez de la Puebla, vecino y encomendero de aquel pueblo, a intercesión de unos sobrinos del Obispo de Tlaxcala, questaban mal con el dicho vecino, é que por la dicha sentencia condenaba por el Santo Oficio de la Inquisición a ser quemado el dicho vecino"<sup>13</sup>. Ocurrió esto por 1556, contando el azotado con sólo veinticuatro años de edad.

Evitando se le reconociera infame pasó a Guatemala; pero el exilio resultó demasiado cercano al lugar de los latigazos, por lo que en 1557 viajó al Perú, donde trató de borrar su pasado con una existencia oscura y anodina, leyendo —poco después— la cátedra de gramática, según parece, en la Universidad limeña. Muerto el Virrey Marqués de Cañete viejo, su protector, entró a gobernar el Conde de Nieva, vinculándose Sarmiento al nuevo gobernante por razones de astrología judiciaria. En efecto, el de Nieva gustaba de averiguar el futuro y Sarmiento conocía las estrellas. Entablóse, pues, una amistad interesada y Sarmiento predijo al Conde su mal fin. El Virrey, deseoso de evitarlo, le ordenó la confección de tres anillos —dos de oro y uno de plata, fabricados los tres bajo fórmulas secretas de los antiguos sacerdotes de Caldea, destinados a lograr como fines principales: el éxito con los príncipes, la victoria en las batallas, y la rendición de las mujeres. A Juan de Velasco, el hijo del Virrey, le fabricó Sarmiento un talismán de la suerte; a Gaspar de Losada, un Espejo de Salomón; y a una criada del Conde, le





Paisaje magallánico.  
( Foto: cortesía de la Srta. Herta Fried).

llegó a hablar de cierta tinta mágica que "*si escribían con ella a alguna mujer, querría mucho a la persona o personas que escribiese la carta*"<sup>14</sup>.

No vamos a historiar aquí los pormenores misteriosos en torno a los anillos, sólo adelantaremos que el de Nieva nunca tuvo los tres juntos en su poder y que, acaso por faltarle el último, murió a manos de un marido ultrajado la noche del 19 de febrero de 1564. En las averiguaciones salieron a relucir los manejos del astrólogo y Sarmiento volvió a caer en manos del Santo Oficio. El tribunal de la Fe estaba representado en Lima por su Arzobispo, fray Jerónimo de Loaiza, quien —tras las indagaciones del caso— sentenció al acusado el 8 de mayo de 1565 a oír misa en la Catedral "*en cuerpo con una vela, en forma de penitente*"<sup>15</sup>, a abjurar *de levi*, y a destierro del Perú e Indias. Se le recluyó primero en una celda del convento de Santo Domingo, haciéndose esto por mediación de su confesor el dominico fray Francisco de la Cruz (posteriormente ajusticiado por la Inquisición limeña), pero después se le permitió viajar al Cusco y pasar allá una corta temporada. Vuelto de la Sierra fue señalado —dados sus méritos de astrónomo y matemático si no los de marino— a participar con Alvaro de Mendaña en el descubrimiento de las Islas Salomón, donde conocemos su actuación largamente. En el viaje se enemistó con Mendaña, lo que le valió a su regreso al Perú que el nuevo Virrey don Francisco de Toledo lo considerara su amigo. No quedó aquí la cosa, sino que el gobernante lo llevó consigo a su famosa Visita por la Sierra, haciéndolo su Alférez General para la guerra contra los últimos Incas de Vilcabamba y su consejero en la expedición que llevó al país de los chiriguanas. En la Sierra y en el Cusco, luego de las acciones bélicas de Vilcabamba, Sarmiento escribió su invaluable *Historia Indica*, crónica epopéyica de los Reyes Incas del Perú, documento único en su género. Acabada la Visita del Virrey, Sarmiento regresó con él a Lima para escuchar poco después los bronces de las iglesias que anunciaban alarmados la presencia del primer corsario inglés, la noche aquella del viernes 13 de febrero de 1579. Sarmiento, hombre práctico en las cosas de la mar, concurrió a las dos expediciones navales que salieron a perseguirlo; a la vuelta de la postrera, ya lo vimos, fue investido Capitán General de una tercera destinada a explorar y fortificar el Estrecho de Magallanes. No anduvo, pues, desencaminado el Virrey Toledo cuando nombró al pontevedrés Capitán Superior de la nueva armada; ahora le entregaba dos navíos casi nuevos para la delicada misión: airoso saldría de ella, porque —pensaba el Virrey— Sarmiento era de aquellos hombres que donde ponen la mano ponen el corazón. Y el Virrey se imaginaba el éxito de la empresa intuyendo una

sonrisa de beneplácito en el rostro de Felipe II y el ceño fruncido de Isabel de Inglaterra<sup>16</sup>.

Como anunciamos más arriba, los barcos eran dos: el *Nuestra Señora de la Esperanza*, que iría de capitana, y el *San Francisco*, que era menor y oficiaría de almiranta. El Factor del Rey en el Perú, don Francisco Manrique de Lara y López de Zúñiga —nieto del Conde de Paredes de Nava y deudo del Duque de Nájera— se encargó de que ambos buques estuvieran bien aparejados, “y luego que se compraron estos dos navíos, se puso mano a la obra dellos, así a la carpintería y herrería, jarcias, velas, mantenimientos, como a las demás cosas necesarias”<sup>17</sup>. Sarmiento, en el entre tanto, hizo muchos viajes del Callao a Lima para reclutar soldados y marineros, y en juntar tal gente “hubo mucha dificultad y trabajo, porque, como era jornada de tanto trabajo y tan peligrosa y de tan poco interés, nadie se quería determinar a ella, y así muchos se huyeron y escondieron. En fin, se juntaron los que fueron menester entonces, que por todos fueron ciento y doce, la mitad marineros y la mitad soldados”<sup>18</sup>.

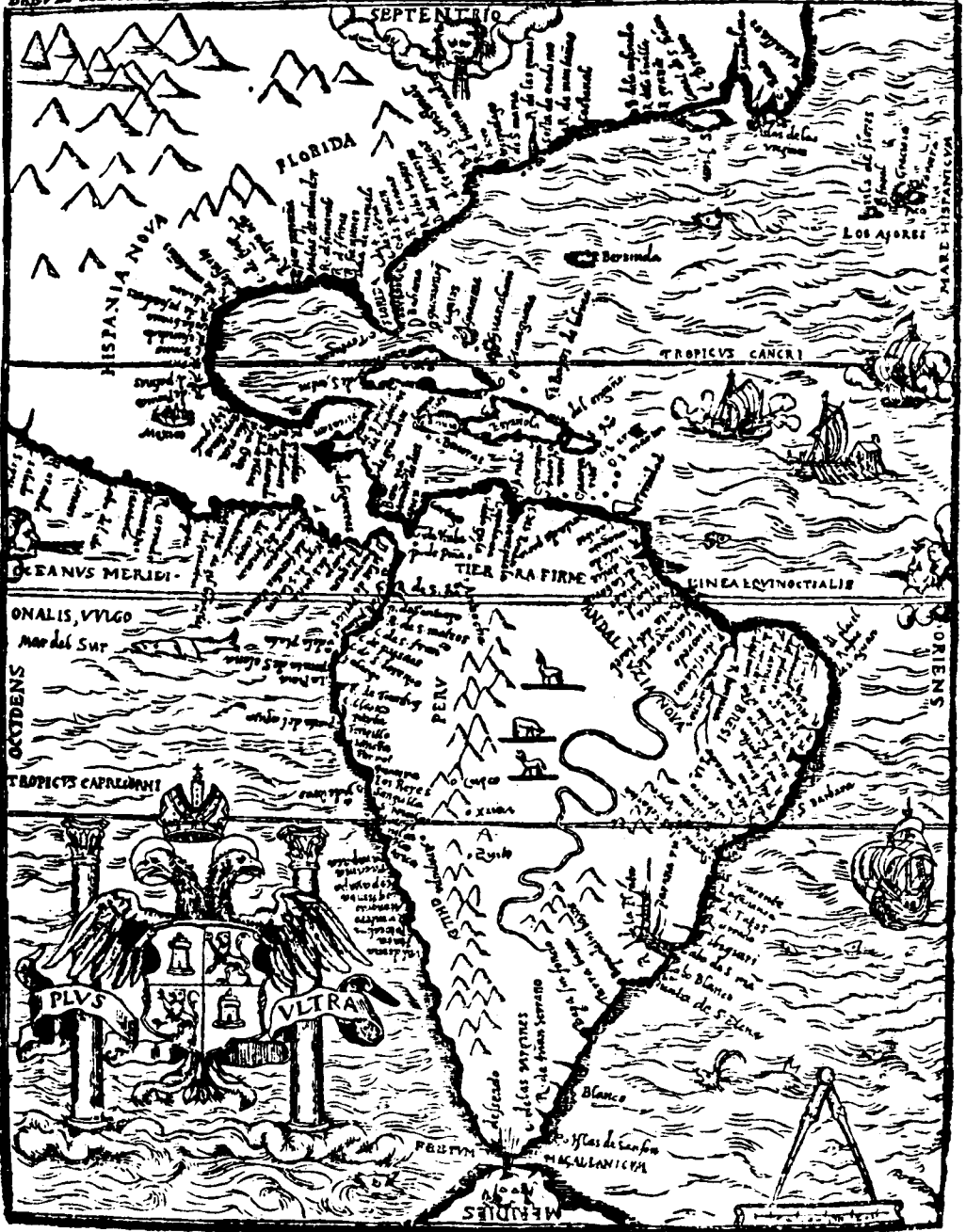
Como se pasaba el verano y la armada no partía, el Virrey tornó a visitar el Callao, asistiendo personalmente a las mejoras. Recién entonces, a decir verdad, fue que impuso los nombres a los barcos. Aprovechó también aquellos días para nombrar Almirante de la armada a Juan de Villalobos y Figueroa y, el viernes 9 de octubre de ese año 79, hizo entrega de la bandera al Capitán General Pedro Sarmiento, quien la transfirió al Alférez Mayor Juan Gutiérrez de Guevara. Luego todos besaron la mano a Su Excelencia y éste les echó su bendición, no sin antes recalcarles la importancia del viaje y el bien que sacarían de él tanto Dios como la Corona de España<sup>19</sup>.

Al día siguiente el Secretario del Virrey Alvaro Ruiz de Navamuel leyó al Capitán General, al Almirante y pilotos, la *Instrucción*, encargándoles la guardasen lo más celosamente posible para al final rendir cabal cuenta de ella al Real y Supremo Consejo de las Indias. Las recomendaciones fueron minuciosas en extremo y su lectura se hizo en el puerto del Callao. Terminada ésta, el Factor Manrique de Lara tomó al Capitán General Sarmiento, al Almirante Villalobos, al Piloto Mayor Hernando Lamero, y a los pilotos menores Hernando Alonso y Antón Pablos, el juramento de estilo. Entonces fue que se comprometieron todos a guardar la *Instrucción* so pena de incurrir en pecado y delito de perjurio<sup>20</sup>.

El domingo 11 de octubre, tras confesarse y comulgar los marineros y soldados, Sarmiento y Vilalobos hicieron el pleito homenaje a la Corona ante el Factor Manrique de Lara, asistiendo al juramento el Secretario Ruiz de Navamuel. “Y tras esto, luego el capitán mayor [Pedro Sarmiento] tomó la bandera y se embarcó con ella a las dos de la tarde deste dicho día, y

P E R V.

BRVVIS EXACTAE TOTVS NOVI ORBIS EBVSQVE INSULARVM DESCRIPTIO RECENS A IOAN BELIERO EDITA



América y el Estrecho, en la *Crónica del Perú* de  
Pedro Cieza de León, publicado en  
Amberes en 1554.

tras él se embarcó toda la demás gente que había de ir en su compañía”<sup>21</sup>.

“Con este aviamento y despacho —escribirá Sarmiento— este dicho día 11 de octubre de 1579, a las cuatro de la tarde, en el nombre de la Santísima Trinidad, Padre y Hijo y Espíritu Sancto, tres personas y un solo Dios verdadero, nos hicimos a la vela y partimos del puerto del Callao... y esta misma noche fuimos a surgir a la isla del puerto, que está dos leguas al oeste del Callao. Surgimos aquí por necesidad de acabar de poner segura y en andana la capitana, que iba celosa, porque hubo descuido en lastralla y no sustentaba velas. Esta noche no durmió la gente porque todos anduvieron trabajando, unos trayendo lastre de la isla, otros acabando de aparejar y enjarciar la nao, que no se había podido acabar en el puerto. Y lunes por la mañana, doce del mes, nos levamos desta isla con un vahaje de norte bonancible, con que comenzamos a navegar la vuelta del sur, y desembocamos por entre la isla y el puntal del puerto a popa, que muy pocas veces se ha visto; y empezando a salir a la mar, vino la virazón y amuramos la vuelta de tierra, y fuimos desta vuelta tras un morro que llaman de Solar, en el valle de Surco, dos leguas de la isla y tres del Callao”<sup>22</sup>.

En los días que siguieron el mar se puso picado y dio en golpear la capitana al extremo de comprobarse que el barco hacía agua por no haberse calafateado como debía. Los soldados —hombres acostumbrados a las aventuras terrestres pero ajenos a las marinas— se asustaron algo, aumentando su temor cuando las olas barrieron la cubierta llegando al pie del palo mayor y se vieron con el agua a la rodilla. Los marineros dieron a la bomba con todas sus fuerzas, consiguiendo que no siguiera subiendo, pero a pedido general Sarmiento hubo de recalar en Pisco el 17 de octubre, donde los carpinteros y calafates del puerto fortalecieron la proa. Los marineros, mientras tanto, compraron más jarcia y remendaron las velas; a los soldados tampoco se les dejó pisar tierra, no habiendo por ello desertores. Doscientas botijas de vino, repartidas entre la capitana y la almiranta, devolvieron la alegría a todos, por lo que, otra vez con el ánimo en el pecho, se zarpó el día 21<sup>23</sup>.

A partir de entonces el *San Francisco* comenzó a aventajar al *Nuestra Señora de la Esperanza*, por lo que Sarmiento notificó a Villalobos que no pasase delante de su buque y se conformase con seguir el farol de noche y la bandera de día. Los barcos continuaron navegando y se humedecieron sus velas con los primeros “aguaceritos”; refrescó el ambiente y todos se sintieron mejor. Esos días se vio poco pescado y algunos pájaros bobos, reinando tan buen tiempo que las tripulaciones hicieron cierta limosna de acción de gracias a la Virgen de la Rábida. Pero si el mar se conservó en calma no pasó lo mismo con las

brújulas, cuyas agujas se colocaron de tal modo que Sarmiento comenzó a desconfiar de tales aparatos, fueran construidos en España, Francia o Flandes. Pero mientras el Capitán General estudiaba el desconcierto de las brújulas, el Almirante Villalobos se esmeraba en desobedecer lo pactado adelantándose a la capitana. Sarmiento hizo acopio de paciencia y por el momento disimuló, pero Villalobos y el Piloto Mayor Hernando Lamero se crecieron con su disimulo, tornando a adelantarse cada vez que podían, porque apetecían descubrir nuevas tierras e islas y con ellas una recompensa del Rey. Sarmiento lo tomó a desobediencia —como efectivamente lo era— y amenazó a Lamero con quitarle el oficio y a Villalobos con quitarle la vida. El Almirante se mostró tan herido con la advertencia que, nada dispuesto a secundar al Capitán General, empezó a madurar un proyecto de desertión que le permitiera retornar al Callao. Por eso mostró su descontento escandalosamente, haciendo gala de marchar delante de la capitana, dándole una higa la opinión de Sarmiento<sup>24</sup>.

Por fin, el 17 de noviembre de 1579, los vigías avistaron una tierra alta con tres puntas y un golfo a sus pies, bautizándose el lugar como Golfo de la Trinidad. Pero entrando a él se puso el tiempo muy malo, embraveciéndose el mar de tal modo que sus olas rompieron los cables de las anclas que se lanzaron. Buscando un lugar seguro Sarmiento guió a su armada por un boquerón angosto. Los barcos, en un principio, se movieron grotescamente, pero luego penetraron a un brazuelo marino que estaba al final del boquerón, donde hallaron la tranquilidad deseada. A este puerto llamaron de Nuestra Señora del Rosario y al anterior —donde casi naufragan— Puerto Peligroso, "*aunque los marineros le llamaron Cache Diablo*"<sup>25</sup>.

El domingo 22 de noviembre Sarmiento tomó posesión de esa tierra en nombre del Rey español; a eso del mediodía, subió al monte con algunos hombres a saber si estaba en un continente o en isla. Apreció que la tierra era un vastísimo archipiélago, llegando a contar hasta ochenticinco ínsulas; no debían estar deshabitadas, porque ya se habían hallado huellas humanas en la arena, dardos, remos y pequeñas redes de indios<sup>26</sup>.

Mientras se reparaban las naves, Sarmiento, con los pilotos Antón Pablos y Lamero salió en el batel *Nuestra Señora de Guía* a una primera exploración destinada a buscar la boca occidental del Estrecho. Llevó también diez hombres con arcabuces, espadas y rodela, gente joven, apta para remar y luchar. Avistaron entonces —siempre por estribor— la Punta de la Candelaria y el Puerto del Morro, el monte Pan de Azúcar y el lugar que bautizaron la Dormida de Antón Pablos, hallando allí una choza y restos de comida de los indios. Saliendo del Canal de la Trinidad, por donde hasta entonces habían venido, los del batel

se internaron por el Brazo de la Concepción, que doblaba a la derecha y bajaba al suroeste. Tocaron en las puntas que llamaron del Brazo Ancho, de la Galeotilla y Hocico de Caimán, llegando a Puerto Bermejo. Los exploradores vieron árboles conocidos en España, aunque pocos, muchos cuervos y gaviotas, así como unos pájaros sin plumas que no volaban sino corrían, los cuales nadaban muy bien con sus alones utilizándolos como remos. Estamos tentados de afirmar que habían descubierto los pingüinos. Luego de haber estado ausentes cinco días y de vencer más de sesenta leguas, Sarmiento y sus hombres regresaron al Puerto del Rosario el 1° de diciembre, martes, al atardecer<sup>27</sup>.

Después de imponer a las muchas islas descubiertas el nombre de Archipiélago del Virrey don Francisco de Toledo, Sarmiento se dedicó a inspeccionar el estado de sus naves. Pero al tiempo de entender en sus mejoras, el mar se volvió a poner malo, mostrándose las olas amenazadoras. Conforme los mástiles perdían su horizontalidad y cujían las cuadernas, los soldados volvieron a su idea de tornar al Perú y el Almirante Villalobos —por cobarde o por contradecir a Sarmiento— dijo que los barcos peligraban naufragar y se fue a dormir a tierra. En los días sucesivos Sarmiento pretendió partir, pero siempre por el mal tiempo, no pudo hacerlo hasta el 7 de diciembre. La armada venció entonces el Canal de la Trinidad, dobló la Punta del Brazo Ancho y ancló en Puerto Bermejo. Aquí tuvieron que quedarse surtos, por ignorarse aún la boca del Estrecho<sup>28</sup>.

Para buscarla organizó el Capitán General una segunda exploración, esta vez en el batel *Santiago*, llevando consigo a Antón Pablos, Lamero y catorce remadores armados. Partió el 11 de diciembre del mismo año 79, descubriendo hacia el Sur la Punta de Nuestra Señora de la Peña de Francisca, el Cabo de Santiago, las islas de San Buenaventura y de Lobos, y la ensenada de San Francisco en la ínsula que hasta hoy conserva el nombre de este santo. Aquí, un tiro de arcabuz que hizo un soldado contra un pájaro, delató a un pequeño grupo de indios, los que empezaron a dar muchas voces. Se acercaron a ellos los españoles, apreciando que estaban todos desnudos y pintados de rojo, dirigiéndolos un viejo que se mostraba cubierto con una piel de lobo marino. Con excepción de este último, serían en conjunto unos quince mancebos, y su desnudez contrastaba tanto con el clima que parecían vivir ajenos al paisaje frío. Se les obsequió a todos algunas cosillas de poco valor y se tomó un muchacho para lengua, prosiguiendo Sarmiento su viaje para avistar seguidamente la Sierra de la Silla, la Isla de los Pájaros y la Roca Partida, la Isla de Santa Lucía y el Canal de San Blas que navegaron hasta algo más bajo del Monte de la Veracruz. Como estaban en un brazo sin salida (en el interior septentrional de la actual isla de Cambridge), Sarmiento decidió regresar. En



una isla del camino se le escapó el indio lengua. Sin desanimarse por ello pasó al Sur de la Roca Partida y se internó en los múltiples isotes del suroeste de la Isla hoy nombrada de Hanover saliendo junto a la Isla de San Martín del Pasaje y descubriendo el Canal de Santa Clara. La mañana del 24 de diciembre, víspera de la Natividad, el batel *Santiago* y sus diecisiete tripulantes arribaron a Puerto Bermejo<sup>29</sup>.

La tercera salida para buscar el Estrecho la realizó Sarmiento el día 29, que fue el que siguió al de los Santos Inocentes, nombre que impuso a la primera isla que encontró en su nueva ruta del sureste. Esta expedición que fue la más tenaz y osada la condujo el portevedrés entre las islas Chatham y Hanover siguiendo al Oriente de la Isla Esperanza y penetrando hasta las actuales islas Piazzzi y Carrington, en medio de las cuales pasó, para seguir entre las de Newton y Hunter hasta el Canal Unión, para darse con la ingratísima sorpresa de que los Bajos del Herbazar eran otro callejón sin salida. Desde la Punta de San Benito —al Oeste de la Isla Newton— en este viaje de ida, los expedicionarios vieron mejor que nunca la Gran Cordillera Nevada, toda ella muy alta y con muchos picos “y uno dellos parece corona que tiene seis puntas, y otra al sur que parece mano de Judas abierta y vista por las espaldas”<sup>30</sup>. Era la versión terrestre y patagónica de la *Mano de Satanás*, terror de los marinos medievales buscadores de San Brandán y la Antilla. El viaje de retorno se hizo casi por el mismo camino hasta la Punta del Oeste (al Norte de la Isla Piazzzi), donde viró el batel al Poniente descubriendo el Canal de Nuestra Señora de la Victoria que los llevó al Sur de la Isla de Cambridge. Los exploradores regresaron al Este para hallar el Canal de San Esteban, entre la Isla Esperanza y la Hanover, retornando de allí a Puerto Bermejo, donde llegaron fracasados por tercera vez, el 12 de enero de 1580. El Estrecho de Magallanes, a lo que podía apreciarse, no quedaba por allí<sup>31</sup>.

El 21 de enero, en vista de que los canales y el tiempo no ofrecían nada bueno, Sarmiento sacó sus dos navíos a la mar abierta. También salió el bergantín al mando del piloto Hernando Alonso, con una tripulación de seis marineros y un soldado; la embarcación iba remolcada por la capitana. Pero he aquí que en mar afuera surgió otra tormenta terrible, para colmo de noche, y los barcos empezaron a danzar. El que más peligro corrió a estas alturas fue el bergantín, que aunque el más nuevo de todos era el peor hecho de los tres. Sus pocos tripulantes se asustaron tanto que a voces pedían que los salvaran. De la capitana se les arrojó tablas y cuerdas, muriendo un marinero que se lanzó al agua con intención de socorrerlos, pero en esto se terminó de deshacer el barquichuelo y sus hombres quedaron a merced del mar. El momento fue tremendo, pues los naufragos

aparecían y desaparecían de la superficie, abandonándose a la muerte ante el gran frío del agua; pero oportunas cuerdas que se lanzaron en el desesperado momento consiguieron sacudir el entumecimiento de los accidentados, izándoseles finalmente de los cuellos y cinturas, de modo que parecían reos de la justicia. Los marineros de la capitana no cesaban de darle a la bomba, pero el agua que barría la cubierta los mojaba tan malamente que luego se tullían de frío. Así anduvieron, rumbo al Sur, hasta el 31 de enero, fecha en que la capitana sola ancló en un puerto que por unanimidad se llamó de la Misericordia. En la soledad del mundo austral, ante negras rocas habitadas por aves y lobos marinos, la terca voz de Sarmiento de Gamboa se dejó oír en la toma de posesión del lugar en nombre de la Corona. El caudillo estaba triste porque la nao *San Francisco* y su Almirante Villalobos no se dejaban ver. Esa noche hubo eclipse de luna y todos se entretuvieron en contemplarlo. La luna se mostró primero roja y luego se puso negra. Los cansados marineros, astrólogos improvisados, llegaron a la pesimista conclusión de que la nao almiranta había desertado para volver al Perú<sup>32</sup>.

Al siguiente día, la voz era general. *"Y es que siempre el almirante Juan de Villalobos tractó de volverse a Chile y Lima... y decía que si Pedro Sarmiento se quería ahogar, que él no se quería ahogar y quería vivir y volverse a Chile, y que saliendo a la mar, cada uno iría por donde quisiese"*<sup>33</sup>. Otros mareantes anclados en el Puerto de la Misericordia recordaron que Hernando Lamero y el Sargento Mayor Pascual Juárez, ambos de la dotación del *San Francisco*, eran también fervientes cultores de la idea de regresar. La situación no podía ser peor. Solos en la pelada inmensidad de la tierra magallánica, y sin atisbos del Estrecho, era demasiado pedir a los hombres de la nao capitana continuar adelante. Pero por otro lado estaba la pasión del Capitán General, quien no se resignaba a no dar con el Estrecho. Obsesionado por su idea, el marino, sin consultar el parecer de nadie, mandó largar velas a su nave para navegar aquella costa y descubrir un canal. No quería nada con bateles. El *Nuestra Señora de la Esperanza* era el llamado a triunfar<sup>34</sup>.

Y así, desde ese 2 de febrero que partió la nave del Puerto de la Misericordia, se navegó con la tierra a estribor hasta el Puerto de la Candelaria. En el camino los sacudió otra tormenta, salvando la nao por un calabrote que libró al ancla de perderse; esto hizo que los marineros guardasen luego el grueso cable para llevarlo en ofrenda al santuario de Guadalupe, en España. Rompiendo con la aridez del paisaje, el 3 de febrero se vieron unos indios que desde tierra saludaban a los españoles con unas banderillas de tela. Los exploradores se acercaron a ellos y supieron ganar su confianza, logrando ver los

banderines que resultaron ser de ruan y holandeta. Indagando más sobre el particular, descubrieron la triste nueva: eran obsequio de Francis Drake. La tierra en cuestión, era una isla que bautizaron de Santa Inés —nombre que conserva todavía— deduciendo Sarmiento que ya estaban próximos al paso al Mar del Norte, como lo indicaban los regalos del inglés. Tres indios que se capturaron en los días que siguieron, confirmaron la sospecha, refiriendo que por allí había pasado un barco grande con hombres blancos y barbudos... Pero los marineros no compartían la opinión y, por medio de Antón Pablos y Hernando Alonso, suplicaron regresar alegando que faltaba jarcia, velas, comida; lo que sobraba era miedo<sup>36</sup>.

Haciendo caso omiso a este pedido Sarmiento mandó continuar el 6 de febrero, tocándose en el Puerto de Santa Mónica y en la Ensenada de San Idefonso para entrar después a Puerto Angosto, otro lugar donde hallaron vestigios de los ingleses. Aquí la sonda marcó veintidós brazas de fondo. Esa misma tarde —7 de febrero de 1580— siempre obsesionado con su idea de encontrar el paso que lo llevara al Estrecho, Sarmiento subió a una alta cordillera con el piloto Antón Pablos y dos hombres de la mar, uno de ellos Francisco Hernández. Ya en lo alto descubrieron muchos canales y caletas, el panorama debió ser inmejorable porque había “*sol caluroso y vientos bonancibles*”<sup>36</sup>; las caletas siguieron avistándose toda la tarde, unas quedaban a barvolento, las otras a sotavento. “*En lo alto de la cordillera hizo mucho calor*”<sup>37</sup>. A pesar de la fatiga, Sarmiento tomó posesión del monte en nombre de la Corona y clavó una cruz de palo que se pudiera ver desde el mar. Dispuesto a poner otra cruz en un pico vecino, Francisco Hernández partió a obedecer la orden. Todos estaban cansados. El navio se veía abajo, anclado, sin velas y quieto; esa misma tarde era imposible regresar a él. Se tenía que pernoctar en el monte. Y los cansados mareantes —a lo que da entender el documento— se echaron en el suelo con intención de dormir. Sin duda lo hicieron todos, pero no Pedro Sarmiento. Por eso fue testigo del extraño suceso que anunciamos, despertando para que lo viera al piloto Antón Pablos, quien lo admiró con él. Los dos quedaron boquiabiertos: nunca habían visto nada igual. Ambos conocían de cuerpos celestes y cometas, Sarmiento, además, era estrellero, vale decir, astrólogo, mas tampoco pudo hallar explicación. Aquello que vieron en la soledad de la noche antártica no lo habían visto jamás<sup>38</sup>.

Y al día siguiente, cuando cansados por el poco dormir llegaron los cuatro hombres a su nave, el capitán Sarmiento entró al castillo de popa y sentándose en su mesa de trabajo, donde estaba su valiosa *Relación*, abrió el grueso cuaderno y en la parte del diario que correspondía al domingo de febrero, escri-

bió: *"Esta noche, a una hora de noche, a la banda del sueste cuarta al sur, vimos salir a una cosa redonda, bermeja como fuego, como una adarga, que iba subiendo por el cielo o viento. Sobre un monte alto se prolongó; y estando como una lanza alta sobre el monte, se hizo como media luna entre bermeja y blanca..."*<sup>39</sup>. Y a continuación dibujó un círculo, luego un cuerpo ovoide y, por último, una media naranja que flotaba en el espacio estrellado.

### EL ESTRECHO VISTO AL REVES

Indudablemente que a partir de Puerto Angosto comenzaba el gran Estrecho de Magallanes. Por eso la navegación del lunes 8 se hizo ya entre dos orillas, avistándose Playa Parda *"en la otra costa de mano izquierda"*<sup>40</sup>. La proa se apuntó al Sur-Este y se pasó la Ensenada de la Mucha Nieve, divisándose por estribor algunas humadas de los naturales, *"y los indios que llevábamos comenzaron a llorar; y lo que pudimos entender —escribe Sarmiento— fue que lloraban porque temían que aquellas gentes de los humos los matarian, que significaban que eran grandes hombres y tenían flechas y peleaban mucho; y consoláronse con decirles por señas que nosotros los defenderíamos y mataríamos a los otros; y aconsejábamos que fuésemos allá de noche y los prendiésemos y matásemos. En surgiendo salimos a la isla [que posteriormente bautizaron de la Cruz] Pedro Sarmiento y Anón Pablos, piloto mayor y algunos soldados, y marcamos la canal grande, que va la vuelta del sueste cuarta al leste, muy ancha, y volvimos a ver el humo de la gente grande, cuya tierra llaman en su lengua Tinguichisgua"*<sup>41</sup>. Desde la Isla de la Cruz, luego de la toma de posesión, los expedicionarios vieron completarse el paisaje casi polar, pues *"se vieron ballenas y muchos lobos marinos y bufeos, y vimos grandes pedazos de nieve andar sobreaguados"*<sup>42</sup>.

Pasando por el canal hoy llamado de Agua Dulce, avistaron luego la montaña que ya Hernando de Magallanes había nombrado Campana de Roldán; Sarmiento, convencido más que nunca de haber acertado con el paso, decidió rebautizar el Estrecho de Magallanes o de Todos los Santos, imponiéndole por gratitud el nuevo nombre de estrecho de la Madre de Dios. Vencida la Punta de San Fernando la nao viró a babor y comenzó a navegar al Nor-Este, pasando delante de una punta que desde allí se nombró de Santa Agueda. Se apartó así de los canales de la Magdalena y de San Gabriel para seguir a los cabos de Santa Brígida y Santa Ana, por la banda de babor. *"Aquí tomamos agua y leña; y estando nuestra gente en tierra, vinieron a ellos los naturales que nos habían dado voces... y abrazaron a*

## LA FORTIFICACION DEL ESTRECHO

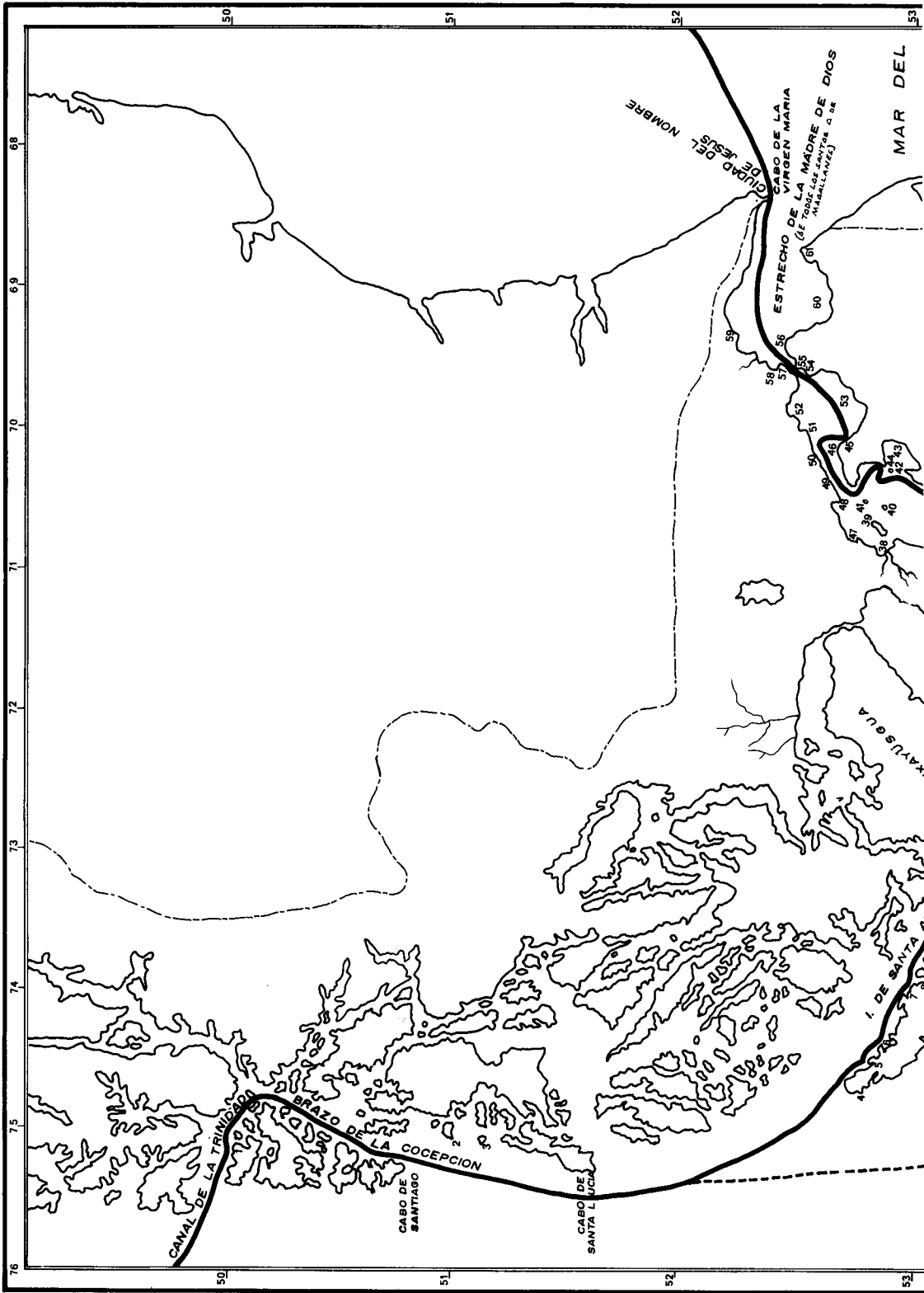
los nuestros, y comenzaron a tratarse familiarmente unos con otros; y como Pedro Sarmiento lo vido desde la nao, les envió sartas de chaquiras, peines y cascabeles, bizcocho y carne; y estuvieron sentados con el alférez y Hernando Alonso y con los demás cristianos, que eran diez, en buena comunicación por señas, y dieron a entender estar contentos con nuestra amistad, con lo que se les había dado, y dijeron que se querían ir a dormir, y que mañana volverían; y quedando, a lo que pareció, muy nuestros amigos, se fueron a sus chozas. A esta bahía se llamó Bahía de la Gente y al río que había allí Río de San Juan<sup>143</sup>.

El jueves 12 de febrero, de mañana y junto al Río de San Juan, el Capitán General Pedro Sarmiento tomó la posesión de toda aquella tierra magallánica y de su famoso Estrecho. El histórico documento nos ha conservado no sólo la vieja fórmula posesoria sino, también, los nombres de los peruleros que navegaron en esta ocasión el Estrecho de Levante a Poniente. El escrito empezaría así:

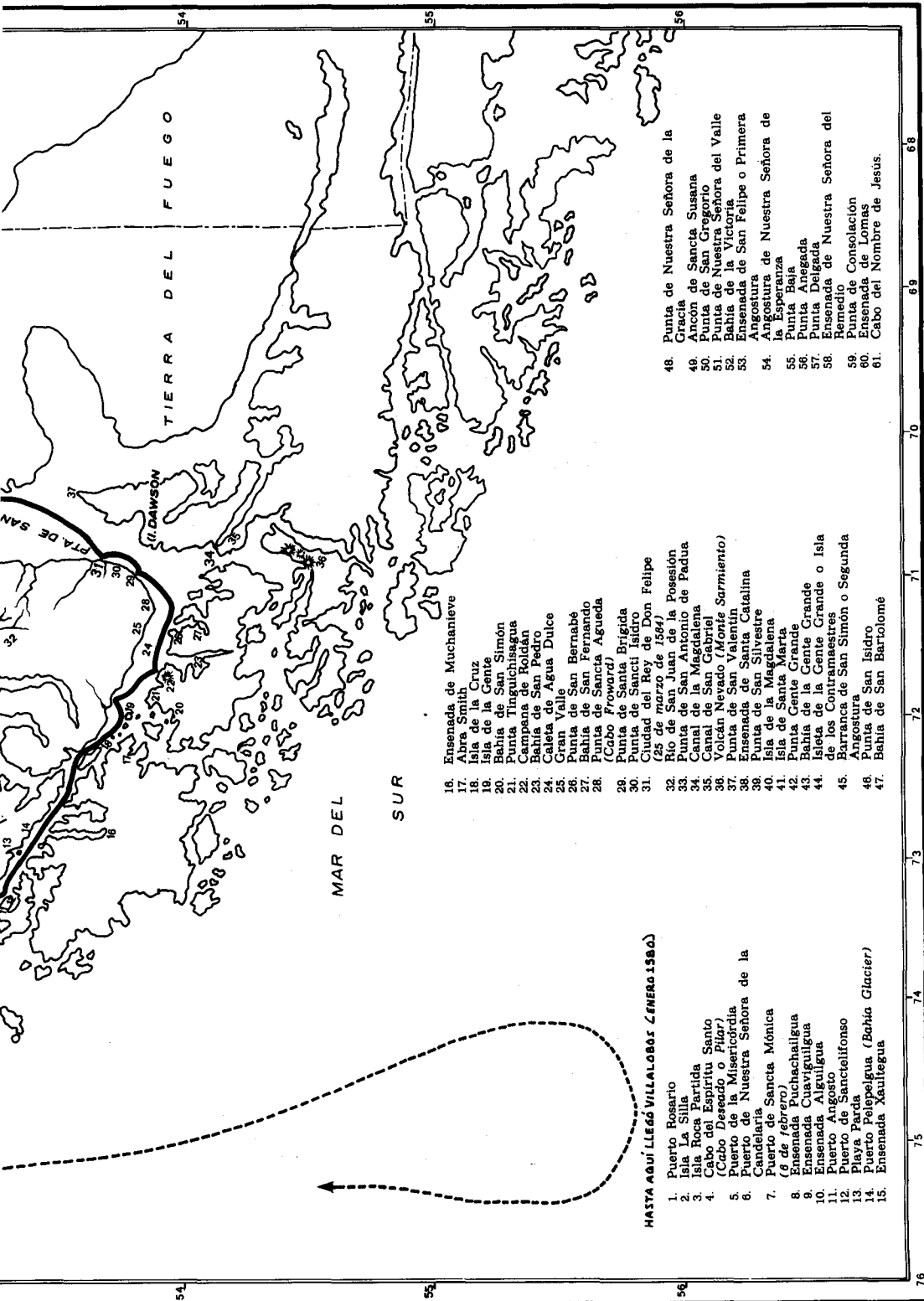
*“En el nombre de la Sanctísima Trinidad, Padre, Hijo y Espiritu Sancto, tres personas y un solo Dios verdadero todopoderoso, que de nada crió el cielo y la tierra y todas las demás cosas en el cual yo creo, y de la sacratísima siempre Virgen María, Madre de Dios, abogada nuestra y particularmente de esta armada... sea notorio a todas las vivientes gentes y naciones de todo el mundo, así fieles como infieles, cómo hoy, jueves, doce días del mes de febrero de mil y quinientos y ochenta años, habiendo llegado a esta Bahía y Ensenada agora de nuevo llamada de la Gente, estando surta en esta aguada y río de San Juan de la Posesión la nao nombrada Nuestra Señora de Esperanza, que es capitana de la armada que el muy excelente señor Don Francisco de Toledo, Virrey, Gobernador y Capitán General de los Reinos y Provincias del Pirú, despachó desde la Ciudad de los Reyes del Pirú al descubrimiento del Estrecho a once de octubre de 1579 años. Y habiéndose apartado la nao almirante, nombrada, San Francisco, de la capitana, antes de la boca del Estrecho, esta dicha capitana, con el favor de Dios, sola entró por él y lo descubrió, en la cual nao capitana vino por capitán superior y general de la armada por el cristianísimo señor Rey Don Felipe, nuestro señor y Rey natural, a quien Dios guarde por muchos años con acrecentamiento de mayores estados y reinos, para amparo y defensa de la Santa Iglesia Católica Romana, nuestra madre, Pedro Sarmiento, el cual, habiendo tomado la posesión en muchas y diferentes partes del Archipiélago y deste Estrecho, la tomó en este río llamado San Juan de la Posesión, questá en cincuenta y dos grados y dos tercios,*

hoy sábado trece de hebrero. Y ayer doce del dicho, tomó la posesión en la Punta de Sanctana arriba nombrada, que está en cincuenta y tres grados y medio; lo cual avisa en este escrito e instrumento, para que sea notorio a todos, y ninguna persona, de ninguna nación bárbara ni política, católico o no católico, fiel o infiel, pueda pretender ni pretenda tener excusa por ignorancia, ahora ni algún tiempo, ni se atreva temerariamente, sin particular y espresa licencia del muy poderoso señor Rey de Castilla y León y sus herederos y subcesores, a entrar, asentar ni poblar en estas regiones y tierras deste Estrecho vulgarmente llamado de Magallanes, por causa de comercio ni por otra causa, creyendo que son tierras vacas, que no tienen señor ni Rey propio a quien pertenecer, porque, como es dicho, son del muy poderoso y muy católico señor Don Felipe Segundo, Rey meritisimo de las Españas con sus anexos y de las Indias, y de la navegación y descubrimiento de la mitad del mundo, que son ciento y ochenta grados de longitud, conforme a la donación y concesión del beatísimo Sumo Pontífice Romano Alejandro Sexto, conforme a la cual concesión, donación y bula propio motu despachada, estas dichas tierras caen y se incluyen dentro de la demarcación y límites contenidos en la dicha bula, en la cual Su Santidad prohíbe a todos generalmente que ninguno se entremeta por ninguna vía a venir por ninguna ocasión a estas partes sin expresa licencia de los señores Reyes de Castilla, por estas palabras formales: 'Y del todo inhibimos a cualquier persona de cualquier dignidad, aunque sea real o imperial, estado, grado, orden, condición, so pena de excomunión latae sententiae, en la cual eo ipso incurran si lo contrario hicieren, que no presuman ir por haber mercaderías o por otra cualquier causa, sin especial licencia vuestra y de los dichos vuestros herederos y subcesores, a las islas y tierras firmes halladas y que se hallaren, descubiertas y que se descubrieren, hacia el occidente y mediodía, fabricando y componiendo una línea desde el Polo Artico al Polo Antártico, ora las tierras firmes e islas sean halladas y se hayan de hallar hacia la India o hacia otra cualquier parte, la cual línea diste de cualquiera de las islas que vulgarmente llaman de los Azores y Cabo Verde cien leguas hacia el occidente y mediodía, como queda dicho, no obstante constituciones y ordenaciones apostólicas y otras cualesquiera'. Y dice al cabo de la bula plomada así: 'Que a ningún hombre sea lícito quebrantar o con atrevimiento temerario ir contra esta carta de nuestra encomienda, amonestación y requerimiento, donación, asiñación, constitución, deputación, de-

La navegación de Pedro Sarmiento de Gamboa  
del Pacífico al Atlántico. (Basado en  
*Viajes al Estrecho de Magallanes*, por  
Pedro Sarmiento de Gamboa. Buenos Aires,  
Emecé Editorial, 1950. T. II).







**HASTA AQUÍ LLEGÓ VILLALOBOS (ENERO 1580.)**

1. Puerto Rosario
2. La Sra. Santa
3. Isla Roca Escriba
4. (Cabo Desierto o Pilar)
5. Puerto de la Misericordia
6. Puerto de Nuestra Señora de la Candelaria
7. Puerto de Santa Mónica (8 de febrero)
8. Ensenada Puchachaligua
9. Ensenada Cuaviligua
10. Ensenada Alguiligua
11. Puerto de San Felipe
12. Puerto de Sanctiifonso
13. Playa Perda
14. Puerto Pelepeligua (Bahía Glacier)
15. Ensenada Xaultigua

16. Ensenada de Muchanieve
17. Abra Smith
18. Isla de la Cruz
19. Bahía de la Gente
20. Bahía de San Simón
21. Punta Tinguchisagua
22. Campana de Roldán
23. Bahía de San Pedro
24. Caleta de Agua Dulce
25. Gran Valle
26. Bahía de San Bernabé
27. Bahía de San Fernando
28. Punta de Sanctia Agueda (Cabo Froward)
29. Punta de Sancta Brigida
30. Punta de Sancti Isidro
31. Ciudad del Rey de Don Felipe (23 de marzo de 1584)
32. Río de San Juan de la Posesión
33. Punta de San Antonio de Padua
34. Canal de San Gabriela
35. Canal de San Gabriela
36. Volcán Nevado (Monte Sarmiento)
37. Punta de San Valentín
38. Ensenada de Sancta Catalina
39. Punta de Sancti Vestre
40. Isla de la Magdalena
41. Isla de Sancta Marta
42. Punta Gente Grande
43. Bahía de la Gente Grande
44. Isla de los Contramarcos
45. Barranca de San Simón o Segunda
46. Angostura
47. Punta de Sancti Isidro
48. Bahía de Sancti Bartolomé

48. Punta de Nuestra Señora de la Gracia
49. Ancón de Sancta Susana
50. Punta de Sancti Gregorio
51. Punta de Nuestra Señora del Valle
52. Bahía de la Victoria
53. Ensenada de Sancti Felipe o Primera
54. Angostura de Nuestra Señora de la Esperanza
55. Punta de Sancta Ana
56. Punta de Sancta Catalina
57. Punta Delgada
58. Ensenada de Nuestra Señora del Remedio
59. Punta de Consolación
60. Ensenada de Lomas
61. Cabo del Nombre de Jesus.

creto, mandado e inhibición y voluntad; y si alguno presumiere intentarlo, sepa que incurrirá en la indignación del Omnipotente Dios y de los bienaventurados San Pedro y San Pablo. Dada en Roma, en San Pedro, a cuatro de mayo de la Encarnación de mil e cuatrocientos y noventa y tres años, en el primer año de nuestro pontificado'. La posesión tomada es tomada aquí y en todo el Estrecho y Arcipiélago, por ambos mares, de Sur y Norte, por el dicho Rey, mi señor, de Castilla y León, y descubierto a su costa y por su mandado y orden. Yo, el dicho Pedro Sarmiento, capitán superior desta dicha armada, de parte de la Majestad del Rey mi señor, mando al almirante Juan de Villalobos y Hernando Lamero, piloto mayor, y a Pascual Juárez, Sargento Mayor, y a todos los oficiales, soldados y marineros de la dicha nao almiranta, llamada San Francisco, que si por aquí aportaren o llegaren y vieren esta cruz y carta, luego incontinentemente se apresten y se vuelvan al Pirú, a la Ciudad de los Reyes, llevando esta carta juntamente con las relaciones de las cosas subcedidas hasta este lugar y río de San Juan de la Posesión; y dirán como esta nao capitana, Nuestra Señora de Esperanza, llegó a este dicho río con el favor de Dios, y, habiendo descubierto la canal adelante, desembocó el Estrecho y pasó a la Mar del Norte, y va la vuelta de España a dar cuenta a Su Majestad, como Su Excelencia manda por su instrucción; y que toda la gente que salió de Lima en este navío van vivos, gloria a Dios, y más otros cuatro eran de la almiranta, que tomamos en el bergantín. Los nombres de los que van son: Pedro Sarmiento capitán Superior; el Padre Fray Antonio Guadramiro, vicario desta armada; Juan Gutiérrez de Guevara, alférez; Antón Pablos, piloto mayor; Hernando Alonso, piloto, su compañero; Juan de Esquibel, escribano real desta armada; Juan de Sagasti, tenedor de bastimentos; Pedro de Hojeda, contramaestre; Baltasar Rodríguez, lombardero; Pedro López, calafate; Gaspar Antonio, guardián; Maese Agustín, carpintero. Los soldados son: Alvaro de Torres, Francisco Garcés de Espinosa, Pedro de Aranda, Jerónimo del Arroyo, Gabriel de Solís, Antonio del Castillo, Cristóbal de Bonilla, Andrés de Orduña, Pedro de la Rosa, Pedro de Bahamonde, Francisco de Mazuelas, Pedro Martín. Los marineros, fuera de los oficiales arriba puestos, son: Pero Pablo; Angel Baltolo, despensero; Domingo Baxameta; Juan Antonio, corzo; Sancho de Larrea; Diego Pérez, portugués; otro Diego Pérez; Francisco Hernández; Pero Márquez; Ximón de Abreu; Luis González; Gaspar Gómez; Francisco Pérez Rocha; Francisco de Urbea; Mateo Andrés; Jácome Ricalde; Manuel Pérez; Pedro de Villalustre; Perálvarez; Pedro González. Falta uno,

*llamado Pedro Jorge, que se ahogó en la tormenta que tuvimos un día después de haber salido de Puerto Bermejo. Los demás, gente servicio, mulatos, negos e indios, van buenos, y la nao aderezada. Lo cual mando al dicho almirante y a la demás gente de la almiranta cumplan y guarden de la manera arriba dicha, porque así conviene al servicio de Su Majestad y a la ejecución de lo mandado por el dicho Excelentísimo Señor Virrey; y llevarán la relación del viaje y descubrimiento que hubieran hecho, con las tres relaciones que yo les di de los tres descubrimientos que hice, en tres viajes, con los bateles por los archipiélagos con esta misma carta, dejando en este mesmo lugar un traslado autorizado (porque será de mucha importancia para el derecho del Rey nuestro señor en los tiempos de adelante) para que Su Excelencia sepa cómo se cumplen sus mandamientos y provea lo que fuere servido que más convenga al servicio de Su Majestad, lo cual así cumpla y cumplan el dicho almirante Juan de Villalobos y los demás de la dicha almiranta, so pena de caer en mal caso y de las penas en que incurrén los desobedientes a los mandatos de sus capitanes, que en nombre de su señor y Rey natural les mandan cosas tocantes a su servicio. Iten, hago saber a todos que para hacer este viaje y descubrimiento tomé por abogada y patrona a la serenísima señora nuestra, reina de los ángeles, Sancta María Madre de Dios, siempre virgen, conforme a la instrucción de Su Excelencia. Por lo cual y por los milagros que Dios Nuestro Señor por su intercesión ha usado con nosotros en este viaje y descubrimiento y en los peligros que en él hemos tenido, puse por nombre a este Estrecho de la Madre de Dios, puesto que antes se llamaba Estrecho de Magallanes; y espero en Su Majestad, siendo, como es, tan devoto de la Madre de Dios, le confirmará este mesmo nombre en sus escriptos y provisiones, pues yo en su real nombre se le puse, para que, siendo patrona y abogada destas regiones y partes, interceda con su preciosísimo hijo Jesucristo, Nuestro Señor, por ellas alcance de su Benditísima Majestad haya misericordia de las gentes dellas, y les envíe su Sancto Evangelio para que sus ánimas se salven; de lo cual resultara suma honra y gloria a los Reyes de España que lo hicieron y fueren ministros dello, en este mundo y en el otro; y a la nación española que lo ejecutare, no menos honra y provecho y acrecentamiento. Púsose esta cruz a doce deste dicho mes, y esta carta a trece, habiéndose dicho misa este dicho día en este dicho Puerto y Río de San Juan de la Posesión. Y firmélo de mi nombre y mano: Pedro Sarmiento”<sup>44</sup>.*

La verdad es que entre el viernes 12 y el sábado 13 Sarmiento también se dio tiempo para salir a explorar aquellas costas en un batel, llevando consigo a Antón Pablos, al Vicario fray Antonio, y a siete remadores con sus armas. Entonces fue que Sarmiento confirmó por escrito lo que desde antes era paisaje forzoso. Al Norte de la actual Isla Dawson nombró Punta de San Valentín y a la que asomaba desde la Tierra del Fuego, Punta del Boquerón. También apareció hacia el Sur el imponente Volcán Nevado, con su cráter de dos picos y faldas casi perpendiculares. El volcán, a decir verdad, lo impresionó más de la cuenta, mereciendo de su entumida mano un dibujo. Detenido ante su cónica mole, nítida aunque lejana, el marino gallego pareció por un momento vislumbrar que estaba destinado a perennizar su hazaña. Efectivamente, trescientos años después, otro marino —compatriota de Francis Drake, para mayor contraste— bautizó el fogoso pico con un nombre que ha pasado a la geografía como definitivo: lo llamó *Monte Sarmiento*<sup>45</sup>.

La exploración en el batel, llevada a cabo en la tarde del 12 y mañana del 13, abarcó desde la Punta de Santa Ana a la de San Antonio de Padua. En algún lugar intermedio Sarmiento levantó una cruz de palo sobre un montón de piedras, grabando en ella a cuchillo la siguiente inscripción: *CARTA AL PIE*. Esto significaba que a los pies de la cruz, dentro de unos cascotes de botija, quedaba un papel escrito y firmado por Sarmiento, el Vicario y el Piloto, informando que aquella tierra era del Rey castellano. Para brear los trozos de cerámica se tuvo que hacer una hoguera, elevándose un humo negro que sembró el terror en la comarca. Esto, porque retornados a su nave los expedicionarios, se supo que los indios del día anterior "*se fueron, no los pudiendo detener, creyendo que eran aquellos humos de los gigantes*"<sup>46</sup>.

Los gigantes magallánicos —mencionados ya por Pigafetta y vistos también por Francis Drake— aparecieron el 16 de febrero, dos días después de zarpar del Río San Juan. Fue pasada una Punta que se llamó de la Gente Grande por la Bahía de igual nombre que apareció después. Sarmiento nos explicará el extraño episodio con palabras frías, carentes de exageración: "*Y en surgiendo [en la citada Bahía] pareció gente en la costa [de estribor] y nos dio voces; y para ver qué era y para tomar alguno de esta provincia para lengua, Pedro Sarmiento envió allá al alférez y a Hernando Alonso, con algunos arcabuceros, en el batel; y llegados a tierra, los naturales de aquella provincia, que era gente grande, comenzaron a dar voces y saltar hacia arriba, las manos altas y aleando y sin armas, porque las habían dejado allí junto; y el alférez hizo las mismas señas de paz, y los gigantes se llegaron a la playa, cerca del batel, y el alférez saltó en tierra con cuatro hombres, y los naturales les hicieron*

*señas que dejase el alferez la lanzal jineta, y se fueron retirando hacia donde habian dejado sus arcos y flechas. Y visto, el alferez dejó la jineta y les mostró rescate que llevaba para darles; lo cual visto, los gigantes se detuvieron y volvieron, aunque recelándose. Y como los nuestros vieron que se iban, apercibiéronse para que arremetiesen, y así arremetieron diez hombres, que habian salido del batel, con uno de los indios, y, asiéndole, apenas le podian tener; y entretanto los demás arremetieron donde habian dejado los arcos y flechas, y volvieron con tanta presteza contra los nuestros, flechando los que no se habian podido meter en el batel, y al fin los nuestros se embarcaron con el preso, y cargaron con muchos flechazos sobre ellos y los hicieron echarse a la mar, y ayudándole a subir, entró en el batel, y los naturales desta tierra disparaban muchas flechas, y con una hirieron por un ojo al tenedor de bastimentos; y al embarcarse se cayeron dos arcabuces a la mar. Y trahendo al preso, se volvieron a la nao, y el preso, aunque lo regalamos (que él recibía de buena gana), no se podía asegurar ni quiso comer ese día ni noche". Y termina el admirado navegante: "Es crecido de miembros"<sup>47</sup>.*

No sin antes haber explorado el canal en el batel, Sarmiento se hizo a la vela con su nao y empezó otra vez a navegar el Estrecho, esta vez buscando su salida al Mar del Norte. Se pasó, de este modo, frente al Cabo de San Vicente, en la orilla derecha, retrocediéndolos las corrientes y vientos hasta la Isla de Santa Marta, cuyo extremo septentrional llamó Sarmiento Punta de San Silvestre. Entre esta ínsula y la de la Magdalena los tomó el anochecer del 18 de febrero. Al seguir el viaje se avistó a babor la Bahía de San Bartolomé y la Punta de Nuestra Señora de Gracia, el Ancón de Santa Susana, y las puntas de San Gregorio y de Nuestra Señora del Valle. En todo este recorrido hallaron muy poco fondo, ciñéndose a navegar por el centro del canal, precedidos siempre por un batel con marineros sondadores, los que siempre voceaban estar entre las cuarenta brazas, en los mejores casos, y las ocho o menos, en los peores. A estas alturas, vencida ya la Punta de San Isidro en la orilla diestra, la nave comenzó a sentir las corrientes, moviéndose de manera que se sospechó la proximidad del Atlántico. En las costas del Estrecho se veían multitud de humos negros de los naturales que, posiblemente, encerraban mensajes de alarma ante la proximidad de los viajeros. El paisaje era tan árido y frío que Sarmiento recordó el del Collao. En ciertas puntas de tierra los indios, cubiertos con pellejos de guanacos, hicieron muchas señas, pero el mar estaba tan malo que fue imposible entrar en tratos y conversaciones con ellos. En algún lugar que pudieron bajar, los indios, luego de recibir los obsequios de estilo, flecharon a los peruleros, sacando Sarmiento una herida entre

los ojos. En la refriega huyeron los indios, abandonando "dos capas de pellejos de ovejas, con su lana, como las de la tierra del Pirú"<sup>48</sup>.

Como si este disgusto fuera pequeño, pasada la Ensenada de San Felipe se hallaron todos en una angostura que presentaba sólo tres brazas. Un marinero metió entonces al mar un palo de dos brazas y media y, ante el terror general, tocó fondo. "*Estábamos todos en confusión mortal, como suelen estar los que esperan ser ahogados y perdidos en tierras o mares donde no hay otro remedio sino del cielo*"<sup>49</sup>. Clamaron a él los angustiados y sacaron el barco del peligro, por lo que agradecidos impusieron a la angostura peligrosa el nombre de su nao y la llamaron Angostura de Nuestra Señora de la Esperanza. A la Punta del Norte se la llamó Delgada y a la del Sur, Baja, considerando Sarmiento que eran sitios señalados para levantar las futuras fortalezas encargadas de guardar el Estrecho.

Por fin, el 24 de febrero de 1580, luego de toda una noche de inquietud en la que de tanto sondar los pilotos amanecieron con las manos pasmadas, salió el barco al Mar del Norte. A la derecha quedaba la Punta Anegada y la Ensenada de las Lomas; a la siniestra dejaban la Ensenada de Nuestra Señora del Remedio, la Punta de la Consolación y seguía una tierra larga que terminaba en el Cabo de la Virgen María, lleno de bajíos y propicio al encallamiento. Advertidos de esto último soslayaron el peligro y se dirigieron al océano. Los navegantes estaban felices de oír vocear al marinero que los precedía en el batel, quien los informaba cada vez que extraía la sonda. Las brazas aumentaban de una manera aliviante. Cuando se llegó a las setenta brazas de profundidad todos se sintieron liberados. Ahora sí que habían salido del Estrecho y podían pensar en navegar a España. Todavía revoloteaban sobre los mástiles algunas aves de tierra, pero mostraban tendencia a disminuir. Y así, mientras decrecían las aves y aumentaban las brazas, Pedro Sarmiento de Gamboa y sus tenaces peruleros comentaban sus experiencias sobre ese Estrecho de Magallanes, ahora nombrado de la Madre de Dios, que habían recorrido de Poniente a Levante saliendo del Callao de Lima. Todos estaban altamente satisfechos y ansiaban la terminación del viaje, porque sería la primera vez que se uniría el Perú con España a través del famoso paso austral<sup>50</sup>.

### LAS CIUDADES MAGALLANICAS

Sarmiento de Gamboa —luego de tocar en las Islas de Cabo Verde, desde donde remitió a fines de junio un patache con el piloto Hernando Alonso a Panamá con cartas al Virrey del

Perú— arribó a España el 19 de agosto de 1580, pasando un mes después a Badajoz, a informar de sus descubrimientos a Felipe II que estaba en aquella ciudad extremeña. A la sazón pretendía exponerle la necesidad urgente de fortificar el Estrecho y de asentarlo en él, cuando menos, dos ciudades artilladas. *“Desde fines del año 1580 y durante varios meses desplegó Sarmiento una prodigiosa actividad en favor del proyecto. Desde su entrevista en Badajoz con el Rey, en setiembre, se le halla en conversaciones y juntas con personajes de los más distintos niveles: con el Duque de Alba, con el Marqués de Santa Cruz, con el estratega Francés de Alava, con el ingeniero romano Juan Bautista Antonelli y con Tiburcio Spanoqui, expertos en fortificaciones, o con el Piloto Mayor de la Casa de Contratación de Sevilla Rodrigo Zamorano, junto con el cual trabajó corrigiendo cartas náuticas en uso. Muchos factores se conjugaban para que el plan prosperase, aún en momentos en que asuntos más inmediatos de la compleja política europea absorbían las energías del Consejo de Indias y las horas del propio Felipe II, recientemente reconocido en Lisboa como monarca del Portugal por la fuerza de las armas del Duque de Alba. De Inglaterra, por mediación del embajador español Bernardino de Mendoza, llegaban a la corte española las más inquietantes noticias: la triunfal llegada de Drake, cargado de botín español, la pública protección que le dispensaba la reina Isabel, rumores sobre próximas excursiones inglesas sobre las costas de Chile por la vía de Magallanes. Desde el Perú el Virrey Toledo, que satisfecho por el éxito de Sarmiento le concedió en ausencia una encomienda de 800 pesos, escribía al Rey recomendando con calor al navegante. En torno a la idea de guarnecer militarmente el Estrecho, Toledo sugería al Soberano ventajas adicionales: se abarataría el tráfico comercial español por esa ruta, ‘sin los trabajos y gran costo del paso de Nombre d Dios y Panamá’, y se podría atender con mayor eficacia a las inacabables guerras de colonización contra los araucanos de Chile. Por su propio lado Sarmiento, que frisaba en los cincuenta años de edad, puso en sus afanes casi el calor del iluminado. Ya en su entrevista con Felipe II en Badajoz, y en cartas y memoriales sucesivos, encontró siempre y recogió —cuando no inventó— especies alarmantes y razones de urgencia para dar vida al proyecto. En Inglaterra, decía, se despachaba una flota hacia el Estrecho y se aprestaba otra, con el propósito de poblar ‘en Chile lo primero y de allí correr la tierra de adelante’. En la Rochela francesa se alistaba una armada, que quizás ya había partido hacia el mismo destino, para tomar el Estrecho. Ninguna confianza podía tenerse en los mestizos y mulatos del virreinato peruano, que tramaban una conspiración para ‘derribar los templos’ y favorecer a ‘cualesquiera infieles o luteranos hallando ocasión’.*

*Los indios tampoco eran de fiar y un curaca de Charcas había escrito a otro curaca vecino: 'Hermano, estos moros viracochas (entendiendo por los corsarios) que agora pasaron por la mar, son buena gente, porque no tienen doctrina, ni iglesias, ni padres y dan muchas cosas'. Por último, informaba Sarmiento, un navichuelo llegado al puerto inglés de Bristol desde las Indias condujo a criollos, mestizos y mulatos que 'daban priesa al corsario Francisco Drac, diciéndole que cómo se tardaba tanto en no ir allá, que le estaban esperando'. Pero nada hubiera sido todo este aparato persuasivo, si el propio Rey Felipe no hubiese tenido ya en mente la idea desde mucho antes. El Monarca, que suplía su escasez de genio y su atonía espiritual con un obsesivo sentido del escrúpulo y de la minuciosidad reflexiva, ya en una nota marginal colocada de su puño en una carta de Padilla, Presidente del Consejo de Indias, había escrito en Octubre de 1579: 'Mirese si será bueno hacer un fuerte en el Estrecho de Magallanes'<sup>51</sup>.*

El resultado de todo fue una expedición al Estrecho, cuyas orillas fueron dadas a Sarmiento de Gamboa con título de Gobernador. El Capitán General de la armada que lo llevaría a poblar esas regiones lo sería el asturiano Diego Flores de Valdés, marino que había guiado en varias ocasiones la flota de Indias —como ésa de 1569 en que llevó al Virrey Francisco de Toledo al Nombre de Dios—. El asturiano era la pólvora y el pontevedrés el fuego, por eso la forzada compañía iba a terminar en explosión. Caracteres difíciles, conflictivos y contradictorios, iniciaron a partir de entonces una terca enemistad, acaso porque ambos eran marinos y el viaje iba a efectuarse por mar. El 25 de setiembre de 1581, luego de incontables discusiones estériles, el Duque de Medina Sidonia —Señor del puerto de Sanlúcar de Barrameda y Capitán General de la costa de Andalucía— dio la orden de zarpe, a pesar de la oposición de Sarmiento, Flores, capitanes y pilotos, todos los cuales desconfiaban del tiempo. Dos días después veintitrés naves y tres mil almas en ellas, abandonaron España para lanzarse al Atlántico y colonizar el Estrecho. Seiscientos eran soldados que iban a Chile con su caudillo Alonso de Sotomayor; novecientos, labradores, labradoras y sus hijos. Por Almirante de esta armada marchaba Diego de la Rivera y por Piloto Mayor Antón Pablos. El saludo del mar fue bastante cruel: un horrendo temporal echó a pique cuatro buques, otros tres quedaron totalmente inutilizados y ochocientas vidas se perdieron. Maldiciendo a Medina Sidonia, Flores de Valdés ordenó refugiarse en la bahía de Cádiz<sup>52</sup>.

El sábado 9 de diciembre de 1581, a las diez de la mañana, se volvió a partir, haciéndolo la capitana primero como era uso en tales casos. A pesar de su premura, hubo de esperar puerto fuera a que se le juntaran muchas de las quince naves que via-





Las nevadas costas magallánicas  
(Foto: cortesía de la Srta. Herta Fried).

jarían en conserva, reuniéndose todas a eso de las nueve de la noche, hora en la que largó velas y aproó a las Canarias. El día 26 avistaron Fuerteventura, el siguiente la Gran Canaria, y el 9 de enero de 1582 se entró al puerto de Santiago en las Islas de Cabo Verde, siendo agasajados por el Gobernador y Obispo que allí tenía el Rey de Portugal. Acalladas las salvas de artillería, el domingo siguiente el prelado bendijo la bandera de los expedicionarios en la iglesia mayor, solemnizándose la fiesta con algunos toros que se corrieron por la tarde, con juegos de sortija y algunas cabalgadas con antorchas que se hicieron de noche por las calles. La ciudad gustó tanto a los desembarcados, que cincuenta de ellos se quedaron clandestinamente en ella, renunciando a seguir con la armada<sup>53</sup>.

El 2 de febrero de 1582, fiesta de la Purificación, las naves españolas partieron. El viaje se presentó entonces difícil, porque *"mientras más íbamos acercándonos a la línea [equinoccial], el calor era mayor y congojosísimo, conque los enfermos morían y los sanos enfermaban, y los que no enfermaban enflaquecían y se consumían sin sentir"*<sup>54</sup>. Sarmiento se angustiaba con la disminución de sus colonizadores del Estrecho, pero Flores de Valdés se reía. Más de ciento cincuenta cadáveres se arrojaron por la borda hasta el 25 de marzo, día que llegaron a Río de Janeiro, saliendo a recibirlos los cofrades de la *Hermandad de la Misericordia*, que tenían por misión curar a los dolientes y enterrar a los muertos. Fue un saludo funesto, porque en los siete meses que allí estuvieron de internada, murieron doscientos españoles de los destinados al Estrecho<sup>55</sup>.

*"En esta larga espera tuvo que ver Sarmiento, impotente, el sistemático menos cabo de los pertrechos y vituallas, la ropa, el vino, y hasta la lona de las velas, que los ávidos tripulantes sustraían de las naves para venderlos a cualquier precio a los pobladores brasileños, con la complicidad de sus jefes... Las propias cosas proveídas para la futura población del Estrecho padecían hurtos y bajas alarmantes. Los más avisados cargaban sin embozo cantidades de palo de Brasil, con la esperanza de enriquecerse al volver a España. Sarmiento se queja en sus escritos con amargura obsesiva y dice haber sido el único hombre honrado que vanamente quiso cautelar los intereses del Rey y remediar tantos desmanes. Pero avisarle al general Flores, dice, era 'dar voces al muerto' y sólo pudo ganarse, según confiesa con alguna jactancia, la malquerencia más rotunda de todos, que 'le miraban como a toro'. 'Se recatan de mí todos' refería, al dar cuenta de que hasta se llegó a tramar contra su vida y de que la gente le motejaba de 'la Judía de Zaragoza, que cegó llorando duelos ajenos', por meterse a defensor de la hacienda real, que no era suya"*<sup>56</sup>.

Luego de múltiples discusiones con Flores de Valdés y de enterar a Felipe y a Francisco, dos indios lenguas capturados en las tierras del Estrecho, Sarmiento partió con la armada de Flores rumbo a este último lugar. Se zarpó de Río de Janeiro el 2 de noviembre, viernes de difuntos. Quince días después empezaron las tormentas. *"Y así los navios comenzaron a sentirse cascarse, y hacer agua, romper las jarcias y velas, y las gentes a atemorizarse de un mortal miedo, que andaban espantados, sin saber si estaban en el cielo o en el mar, y paraban luego en maldecir a Sarmiento, porque había venido a España a dar a Vuestra Majestad noticia del Estrecho"*<sup>57</sup>. A todo esto seguían los pleitos con Flores de Valdés, porque no quería navegar a vista de tierra, y Sarmiento —a bordo de la *Santa María de Begoña*— no tuvo más remedio que acatar el rumbo marcado por el General. Las tormentas hicieron naufragar a un barco, un bergantín y una lancha, decidiéndose el asturiano a tomar puerto cerca del Río de la Plata, acaso el llamado de Don Rodrigo, situado a cuatro leguas de la Isla de Santa Catalina. En el trayecto toparon al barquichuelo del Comisario de los seráficos fray Juan de Rivadeneyra, quien los sorprendió con la noticia de que su pequeña nao había sido saqueada por tres navíos ingleses al mando de Eduardus Fentomes, el cual —terminada la rapiña— dio al franciscano un salvoconducto en latín para que si topase con otro barco inglés no le hicieran ningún daño<sup>58</sup>.

Recelosos con la nueva fondearon en la Isla de Santa Catalina, donde Flores dio a entender que dadas las adversidades —acababa de perder otras dos naves y amenazaban aún los temporales— no se debía seguir al Estrecho. Se carecía de alimentos y medicinas, tampoco abundaban la jarcia y las velas. Sarmiento se opuso a la idea con toda su alma, y el General tuvo que seguir. Lo hizo dejando en Santa Catalina la nao almiranta, la *Concepción* y la *Santa María de Begoña*, y embarrancando la llamada *San Nicolás*, lo que impidió a muchos labradores continuar para el Estrecho. Las ocho naves restantes seguirían al paso austral: tres con los soldados de Alonso de Sotomayor y cinco con los hombres de Sarmiento. Muchos se descorazonaron con la quedada de los barcos y reflexionaron sobre el clima cruel de la tierra magallánica, por lo que dieron en desertar alegremente diciendo *"que ya no había Estrecho, y que Sarmiento se fuese con el diablo"*<sup>59</sup>.

El 7 de enero de 1583 zarparon las ocho naos de Santa Catalina, quedando de inmediato reducidas a siete porque la llamada proveedora, encalló en un bajío. El 19, lograda licencia para ello, se apartó con sus tres naos Alonso de Sotomayor para dirigirse a Chile por tierra guiando a sus seiscientos hombres. Las cuatro naves restantes prosiguieron su camino al Estrecho, lle-

gando a su boca oriental el 17 del mes siguiente, domingo por la mañana.

Las ahumadas de los indios saludaron a Sarmiento y a sus desmoralizados seguidores. Pero lejos de ver en esto un feliz augurio, el General Flores de Valdés no quiso tocar tierra. Dicen que se comportó así para no verse en la jurisdicción gubernamental del pontevedrés y darse prisa en regresar a España. Pretendía que Sarmiento y sus hombres se quedaran allí, pero no penetrar el Estrecho con ellos. Sarmiento, harto de pisar las tablas del navío, urdió acercarse a la capitana y requerir al General, pero éste se apartó mañosamente con su nao y evitó el requerimiento. En estos escarceos llegó el 7 de marzo y Flores —porque lo consideró prudente en vista del mal tiempo o por molestar al Gobernador del Estrecho— dio la orden de regresar a Río de Janeiro alegando que ya estaba cumplida su misión. Sarmiento no pudo hacer absolutamente nada por ser su causa muy impopular y tener Flores de Valdés fama de excelente mariner. Si el General daba la media vuelta, era porque el tiempo se pondría malo<sup>60</sup>.

Despechado, incomprendido, Sarmiento permaneció en Río de Janeiro de mayo a diciembre de 1583. El 2 de junio partió a España Flores de Valdés, dejando en su lugar al Almirante Rivera. Este comprendió las angustias del Gobernador del Estrecho y se brindó a secundarlo, comprometiéndose a llevarlo allí con las cinco naves que quedaban y depositarlo en tierra con los pocos hombres que le seguían siendo fieles. Sarmiento aceptó agradecido el generoso gesto y embarcándose en la nao *Trinidad*, partió el 2 de diciembre a su gobernación, llegando a la boca oriental del famoso paso el 1º de febrero de 1584<sup>61</sup>.

Se desembarcó el sábado 4 en el Cabo de las Once Mil Virgenes, conocido desde el viaje anterior como Cabo de la Virgen María, a las ocho de la mañana. Acto seguido, el Gobernador y Capitán General del Estrecho de la Madre de Dios tomó posesión de la tierra que venía a gobernar clavando una cruz de palo en el suelo, diciendo unas breves palabras y entonando todos un *Te Deum laudamus* que emocionó a los circunstantes. Terminado el rezo Sarmiento sacó su espada y taló la hierba, cambiando las piedras de sitio para consolidar la posesión tomada en nombre del Rey. Luego, cumplido el formalismo tan hispánico, ordenó a todos regresar a las naos, quedándose él en tierra con sólo diez hombres y la bandera. Poco tiempo estuvo en tan reducida compañía, porque pronto muchos de los que se habían quedado a bordo lo vinieron a acompañar y a conocer la comarca. El Almirante Rivera les envió un toldo y algo de comida, también pólvora, mecha y munición, iniciando así el posterior desembarco de herramientas, ropas y víveres. Nuevos toldos pudieron levantarse de este modo en torno del primero,

cobrando trazo de campamento el lugar hollado por los hombres blancos. Los indios que, cubiertos con cueros de auquénidos, estaban en lo alto de los breñales, observaban la instalación de los recién venidos con gran curiosidad. Poco después entraron en conversaciones con los españoles gritándoles "¡Paz, paz, capitán, capitán!". Otro indio dijo claramente señalando los anteojos de uno de los frailes: "¡Antojos, Jesús María!"<sup>62</sup>, con lo cual todos se admiraron haciendo mil conjeturas sobre quién les había podido enseñar tales palabras.

En los días que siguieron, el Gobernador Sarmiento obsequió a sus hombres armas, escaupiles, frazadas, lienzo, jergones, paño, sombreros, camisas, alpargatas, hilo, agujas. No alcanzó para todos, teniendo que conformarse cada dos hombres con una frazada y repartiéndose otros útiles de modo similar. Los obsequiados lo recibieron agradecidos, porque muchas de esas cosas las compró a los mareantes el Gobernador con su dinero. También compró en los barcos papel y vino de misa. Los víveres no se dieron con generosidad, porque el atún se había malogrado, la galleta escaseaba, el vino estaba trocado en vinagre y sólo se podía hablar bien de media docena de tocinos y dos docenas de quesos<sup>63</sup>.

En el Valle de las Fuentes, el domingo 11 de febrero de 1584. a la una de la tarde, Sarmiento de Gamboa tomó la posesión de la tierra y fundó la primera urbe magallánica a la que nombró Ciudad del Nombre de Jesús. Al efectuar la ceremonia de fundación campeó el estandarte de damasco carmesí, de modo que se viera un campo de el con un Crucificado y el otro con las armas reales, gritando al mismo tiempo varias veces: "He, España, España, Estrecho, Estrecho, Ciudad del Nombre de Jesús por el Rey Don Felipe nuestro señor"<sup>64</sup>. Al momento le contestaron los concurrentes con mucha alegría y contento, agitando sus sombreros y dando vítores, mientras los tambores redoblaban satisfechos y las trompetas anunciaban beneplácito vibrando a los cuatro vientos. Acto seguido hubo una procesión, fijándose en ella el sitio de la iglesia mayor que se puso bajo la advocación de la Virgen de la Purificación, colocándose allí mismo la primera piedra de ella junto con una moneda de plata que decía: "*Philipus secundus Hispaniarum et Indiarum Rex*"<sup>65</sup>. Fijada la iglesia se situó la plaza, arbolándose en ella la picota, símbolo de la justicia, y repartiéndose los solares, señal de vecindad. Esa misma semana Sarmiento niveló las calles y asentó herrerías, envió a los albañiles y carpinteros a iniciar la obra del templo y a los labradores que sembrasen habas, nabos y hortalizas en general, amén de parras y membrillos. Finalmente nombró Cabildo, siendo sus primeros Alcaldes ordinarios Alonso de Juera y Tomás de Vergara, cerrándose las actuaciones fundacionales con la entrada de Pedro Sarmiento de Gamboa al

Ayuntamiento, donde presentó sus provisiones y fue recibido por Gobernador y Capitán General de la Gobernación y Reino de Jesús, nombre impuesto a la nueva tierra<sup>66</sup>.

Pero no todo fue felicidad en los días que siguieron, porque el sábado 17, por negligencia de Diego de la Rivera y envidia de Antón Pablos, encalló una de las naos en la playa perdiéndose gran parte de lo que llevaba. Sarmiento se indignó al extremo de clamar venganza al cielo, mas por toda respuesta esa misma noche Rivera largó velas y se mandó cambiar a España con la nao y dos fragatillas que le restaban. Sólo dejó para los abandonados pobladores del Estrecho, la *Trinidad* —que era la nave encallada e inservible— y la *Santa María de Castro*, la cual quedó robada “*hasta los clavos y candados*”<sup>67</sup>. Con los buques desertores —en los que también fugó Antón Pablos— se perdieron muchas armas, municiones y pertrechos que pertenecían a los pobladores y que no se habían podido desembarcar por el mal tiempo. Nada de esto importó a Diego de la Rivera, quien temeroso de que Sarmiento escribiera una carta de queja al Rey por su desidia en el naufragio de la *Trinidad*, prefirió no volverse a entrevistar con él y así ahorrarse el molesto documento. “*Por eso se quiso ir, y sin papeles, trazando por ventura en sí que sería creído con decir que con tormenta se desamarró y no pudo recibir despacho ni pliego de Sarmiento*”<sup>68</sup>.

Abandonados en la nueva población quedaron doscientos setenta y siete personas, vale decir, doscientos cincuenta y uno varones adultos, trece mujeres casadas, once niños y dos negros. Sirvió de algún consuelo las paces que por esos días se concertaron con los indios de la región, pero eso no disminuyó el frío que todos sufrían con poca resignación. El hambre aún no era problema, porque habían logrado descubrir algunos frutos y tubérculos que unidos a los crustáceos y mariscos del litoral ahorraban la comida de España. De todos modos, para distraer su desventura, Sarmiento obsequió a los que pudo con sombreros y camisas, adelantándoles que pensaba buscar a la *Santa María de Castro* empujada por los vientos al Oeste y, de paso, fundar otra ciudad Estrecho adentro, y que para ello en breve saldría con algunos hombres, dejando en el Nombre de Jesús por su lugarteniente al capitán Andrés de Biedna<sup>69</sup>.

Efectivamente, el 7 de marzo de ese año 84, partió Sarmiento por tierra con noventa y cuatro soldados armados. La marcha se hizo por la orilla septentrional del Estrecho, avanzándose de Este a Oeste, sea por la orilla del mar o por barrancas elevadas. Halláronse muchas huellas de los indios, sospechando todos que los naturales no eran ajenos a su avanzar, por lo que se sintieron espiados. También descubrieron rastros de esos perros crecidos que siempre acompañaban a los lugareños y de pumas

carniceros, uno de los cuales llegaron a matar los españoles. También se vieron pavos, milanos, halcones, tordos y estorninos, gorriones, tórtolas y zorzales, pero predominaban las aves marinas, algunas de tamaño respetable. El colmo de la extraña volatería la representó un rastro, "*al parecer de grifo*"<sup>70</sup>, que espantó a todos por imaginar que en breve aparecería el mitológico animal. La presencia de lechuzas ayudó mucho al respecto.

Casi sin alpagatas, con los pies llagados, llegaron a la Punta de San Gregorio, donde vieron correr a los avestruces —ñandúes patagónicos— en manadas; también huellas de vicuñas y venados, encontrándose en las peñas los mejores y más grandes mejillones, algunos tan cargados de perlas que no se podían comer. Un encuentro con los indios terminó en abrazos de amistad. Los soldados se admiraron muchísimo con el caudillo de los naturales "*que era un valentazo hombre de cuerpo y miembros, feón de rostro y muy embijado [porque] pidió una flecha, y paseándose y encorvándose el cuerpo, se la metió con su mano por la boca y gagnate hasta las plumas, y luego se la tornó a sacar llena de sangre. Y dándose en los pechos una gran puñada y palmada, dió un gran regüeldo, y quedó sano como si no hubiera hecho nada. Con todo —escribe Sarmiento— echó sangre por las narices y se desfiguró el rostro al sacar de la flecha. Cosa es ciertamente horrenda y de grande espanto y bestialidad y que no se puede creer si no es viéndose*"<sup>71</sup>. Los indios se despidieron y se olvidó la hazaña del caudillo, pero media hora después aparecieron por la retaguardia y flecharon a los españoles con los que habían quedado amigos. Se empenó la lucha y fueron derrotados los indios, pero a los blancos mataron un hombre llamado López Báez e hirieron otros diez. Sarmiento los curó lo mejor que pudo, pero ya había cundido el descontento. Se rumoreó entre ellos que su jefe no sabía dónde estaba y que todos eran perdidos, que la nao había naufragado, y que terminarían por morir de hambre y frío. El Gobernador entendió lo que pasaba y recordándoles que ya había estado por allí y que conocía esos parajes más que bien, les evocó la hazaña de Francisco Pizarro, invitándolos a seguir el ejemplo de los Trece de la Fama, y trayendo a colación las palabras del Evangelio: "*El que perseverare hasta el fin, éste será salvo*"<sup>72</sup>. Sus palabras fueron tomadas con desgano y sólo veinte hombres lo quisieron seguir, pero cuando con sus dos docenas de soldados se apartaba a continuar su descubrimiento, dejando al resto a cargo del Alférez Francisco de Garnica, apareció tras una punta de la costa el batel de la buscada *Santa María de Castro*. La alegría de todos fue tan grande que algunos llegaron a llorar. Sarmiento, fervoroso y agradecido, se acordaba de la Virgen<sup>73</sup>.

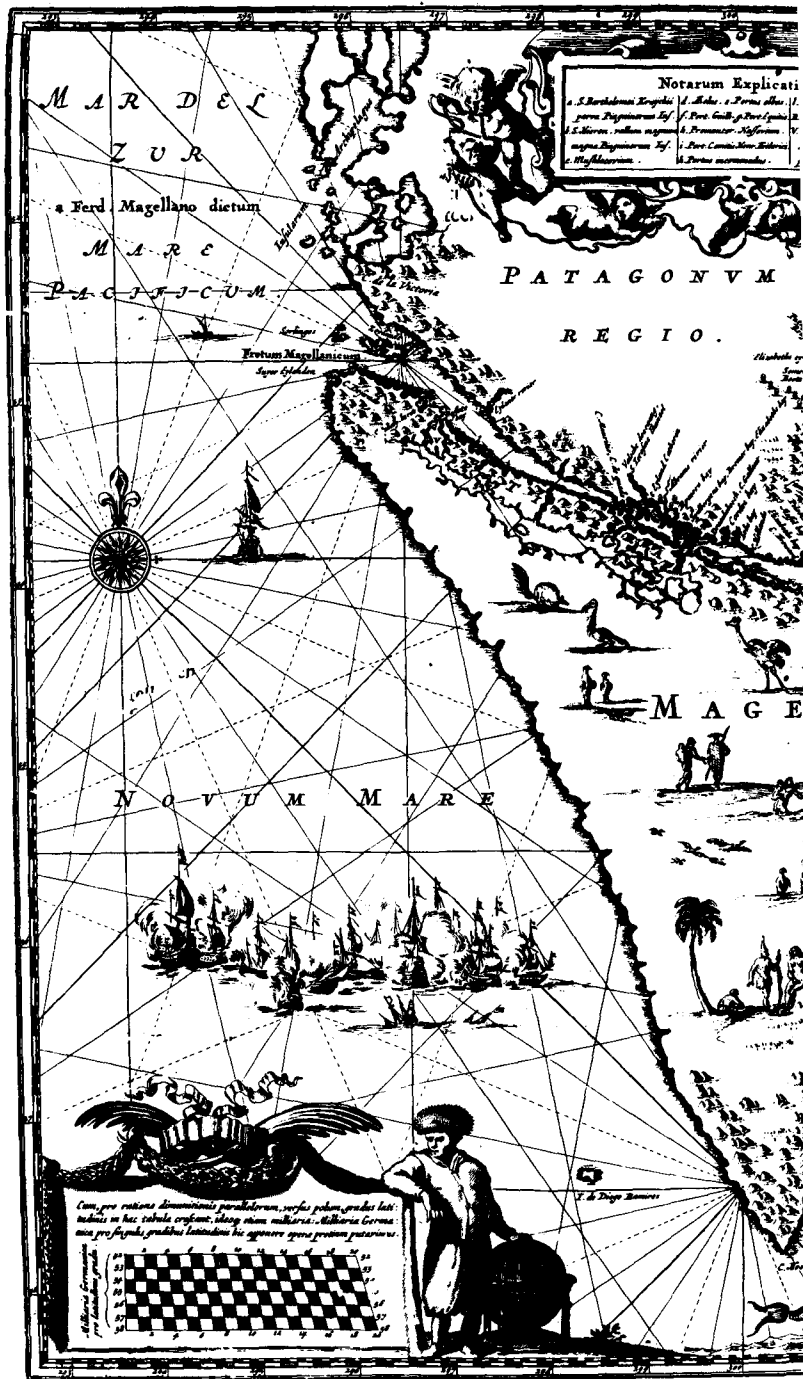
Recogidos los heridos por la *Santa María de Castro*, el Gobernador Sarmiento siguió por tierra hasta el Puerto de San Blas,

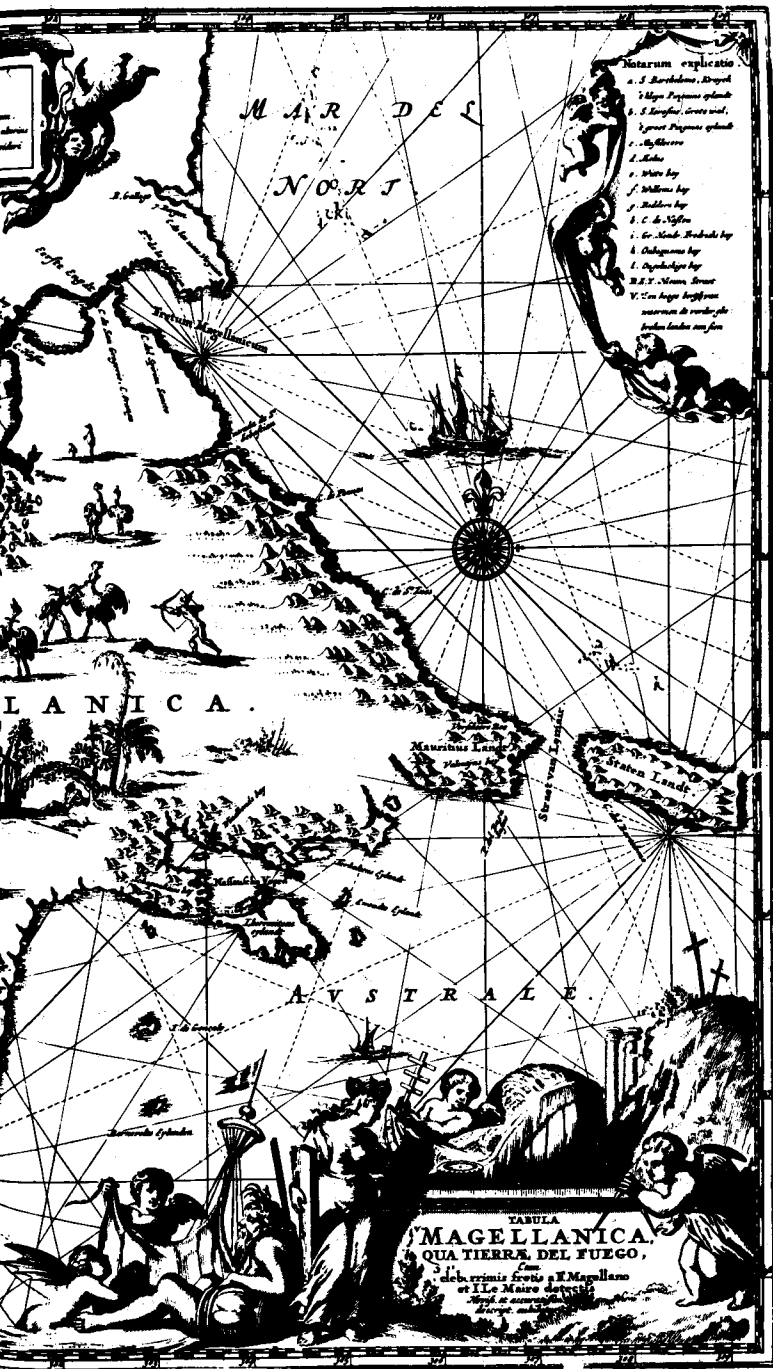
pasando antes por el Río de San Juan de la Posesión. Se detuvo en la Punta de Santa Ana (que hacía, precisamente, el Puerto de San Blas), y atraído por el paisaje y ganado por las facilidades existentes para el futuro surgimiento de las naves, determinó a fundar allí otra población que se llamaría la Ciudad del Rey Don Felipe. La fundación de la nueva urbe se efectuó el 25 de marzo de 1584, Domingo de Ramos, después de la misa. Tras la ceremonia pertinente se marcó el terreno para levantar la iglesia de Nuestra Señora de la Encarnación, repartiéndose los solares y nombrándose un Cabildo del que fueron primeros Alcaldes Simón Navarro y Diego Fernández. Aquí se pasó la Semana Santa, tiempo durante el cual se levantó una capilla en la que después escucharon la misa de Pascua de Resurrección. Para esta fecha se había terminado de señalar los sitios para las casas reales y de la munición, la cárcel y el hospital, adicionándose también una cala de mar para cargar y descargar bateles. La plaza estaba trazada a cordel y la población tenía sus linderos definitivos, alcanzándose desde entonces figura de un tablero de ajedrez, a la manera de Lima. Se construyó, por último, un baluarte en el que Sarmiento hizo emplazar ocho piezas de artillería, confiándolo a las órdenes del Alférez Garnica. Lo cierto fue que *"Quedó la plaza y casas con gracia y buena vista a la mar y a la tierra, y en lugar a propósito para fortificarse y defenderse con muy poca costa y trabajo"*<sup>74</sup>. La idea de que las ciudades del Estrecho se habían fundado para proteger el paso al Mar del Sur, seguía siendo el pilar en que se apoyaba su existencia. Y Sarmiento obsesionado, soñador incorregible, veía cristalizar su obra con el fervor del predestinado.

Pero no todos compartían el entusiasmo con su caudillo. El soldado Antonio Rodríguez andaba harto descontento y contagiando a la gente soliviantaba a varios para matar al Gobernador, alzarse con la *Santa María de Castro* y fugar a Chile. Lo siguieron en su motín Juan Alonso y Francisco Gutiérrez de Godoy, así como el clérigo Alonso Sánchez. Descubierta la conjura por delación de Tomé Hernández, natural de Badajoz, el Gobernador se mostró duro en aplicar la ley: Antón Rodríguez fue decapitado, poniéndose su cabeza en el rollo de la ciudad; Godoy fue sentenciado a galeras; Juan Alonso preso y lo mismo el clérigo Sánchez, quien se acogió a su tonsura y exigió ser juzgado por el Rey. El Gobernador no se arredó con el alboroto y, siempre pensando en fortificar la población naciente, se ocupó en los días sucesivos en rodearla de una empalizada, terminar su iglesia, fundar la Cofradía de la Misericordia que se encargaría de regir el hospital, convertir el batel en un barcón bautizado *Espíritu Santo*, y seguir planeando baluartes artillados que defendiesen el Puerto de San Blas e impidiesen el paso del enemigo fuera inglés, francés o turco<sup>75</sup>.



El Estrecho de Magallanes. (Reproducido de  
*Beschoyning Van America*, por  
Arnoldus Montanus. Amberes, 1671).





El invierno, sin embargo, frenó los ímpetus a los pobladores del Estrecho. A partir del 25 de abril nevó doce días con sus noches “*y la nao cada mañana amanecía llena de nieve, que los marineros tenían mucho trabajo en limpialla*”<sup>76</sup>. Las calles del poblado se pusieron intransitables y cada día se tenía que hacer limpieza de los umbrales, abriéndose otros caminos a fuerza de pala hasta la misma plaza mayor. Los españoles se alarmaron mucho, sospechando que así seguiría el tiempo en adelante, pero llegó la fiesta de la Ascensión y el sol dio en salir muy seguido, derritiéndose la nieve y limpiándose las calles. Luego de esto entró al puerto una piragua de cortezas cosidas con ocho remeros indios. Sarmiento se alegró mucho con esto —pues cundía ya la voz que los naturales no sufrían el clima de esa tierra— pero apenas se aproximó a los cobrizos éstos se alejaron veloces en su embarcación. Se coligió que habían sido atraídos por los muchos humos de la ciudad, porque, a decir lo cierto, todas las casas quemaban harta leña para combatir el frío<sup>77</sup>.

El miércoles 23 de mayo de 1584 Pedro Sarmiento de Gamboa, atento a que convenía visitar la ciudad del Nombre de Jesús para luego ir por socorro y refuerzos al Perú o a España, informó a todos que estaba próximo a partir en la *Santa María de Castro*. Para ello nombró por Corregidor o Alcalde Mayor de la ciudad al capitán Juan Juárez de Quiroga, confirmándole la capitania de los cañones a Francisco de Garnica. “*Y hablóles a todos juntos diciéndoles que pues la ciudad estaba edeficada de manera que se sustentase, y hasta el verano venidero no se podría hacer mas de ir acabando lo comenzado... les encargaba la virtud y el amarse unos a otros, el trabajar en las casas y sementeras, cerca y baluarte, cortar buenos palos para canoas, pues sabían cuán necesarias son y de cuánto provecho, así para correr el Estrecho como para la pesquería y servicio del pueblo. Y sobre todo les encargaba obediencia a la justicia, y que todos se juntasen con ella para servir a Nuestro Señor y a Su Majestad*”<sup>78</sup>. Todos le agradecieron sus palabras y prometieron hacer lo que pedía.

Al siguiente día, jueves 24 de mayo, hora y media antes de amanecer, zarpó el Gobernador Pedro Sarmiento de Gamboa del Puerto de San Blas a bordo de la *Santa María de Castro*. “*Y al punto que salió dél comenzó a eclisar la luna, que era llena, y fue el eclise total, bermejo tirante a negro*”<sup>79</sup>. El fenómeno parecía preludio de algo terrible y funesto. La nave corrió con buenos vientos y pasó junto a las islas de la Magdalena y Santa Marta, siguiendo hacia la Punta de San Gregorio, pasando frente a la Bahía de la Victoria y luego entre las puntas Delgada y Baja, tras lo cual se divisó la ciudad del Nombre de Jesús, a donde llegó Sarmiento el viernes 25 a mediodía. Tanto

dominio tenía ya del Estrecho, que había unido sus dos únicas ciudades en algo más de veinticuatro horas<sup>80</sup>.

Los habitantes del Nombre de Jesús se alegraron muchísimo con la presencia de la nao y la intención del Gobernador de establecer un contacto continuo entre una y otra población, por lo que se apresuraron en enviarle a éste mil saludos y sus mejores deseos. Sarmiento, como el padre que constata el cariño de los hijos, se halagó con el recibimiento. Enterados de que venían a llevarlos a la otra ciudad, los pobladores casados se acomodaron con sus familias en la playa esperando que llegara la hora del embarque. Algunos enfermos hicieron lo mismo, acomodándose junto a las cajas de munición. Pero el tiempo se puso malo y se hubo de dejar la operación para el siguiente día<sup>81</sup>.

Amaneció el sábado 26 de mayo, peor que el día anterior, porque la mar se puso muy gruesa y se tuvo que salir para evitar un encallamiento. Soplaban un viento Sud-Oeste y lo hacía con tal violencia que el mar se puso furioso y el barco empezó a cruzar por la popa, indicando que de seguir anclado se abriría por allí. Sarmiento mandó levar el ánora, pero ésta —a lo que se entiende— estaba atrapada en el fondo y resultó imposible recuperarla. Tratándose del único ejemplar que les quedaba, todos trataron de salvar el ancla con verdadera pasión, pero a la larga sus esfuerzos fueron cortos y la enorme pieza de hierro quedó sepultada en el mar al romperse el calabrote que la sujetaba. Los marineros no supieron qué hacer, los de tierra veían sin poder prestar ayuda. Sarmiento comprendió la gravedad del momento y, sin perder minuto, congregó al piloto y a los marineros más entendidos en el arte de marear. Una vez que los tuvo a todos les preguntó si estaban con él en sospechar que la nave se perdería si retornaban al Estrecho. Le contestaron que sin ancla penetrarlo era imposible, que tampoco era prudente esperar porque el viento los estrellaría contra las rocas, que lo mejor sería navegar hacia el Brasil. Sarmiento que no quería oír semejante veredicto, sintió destrozársele el corazón. "*Sintiolo más que si acabara la vida*"<sup>82</sup>, pero recapacitando dentro de su dolor que nada sacarían sus hombres con perderlo, ordenó la ruta del Brasil. Y mientras las olas subían y bajaban, y la *Santa Maria de Castro* crujía con cada golpe de mar, Sarmiento, el soñador Sarmiento de Gamboa, miraría las casuchas del Nombre de Jesús y, sin duda, lloraría silenciosamente.

### EL FINAL DE UNA AVENTURA

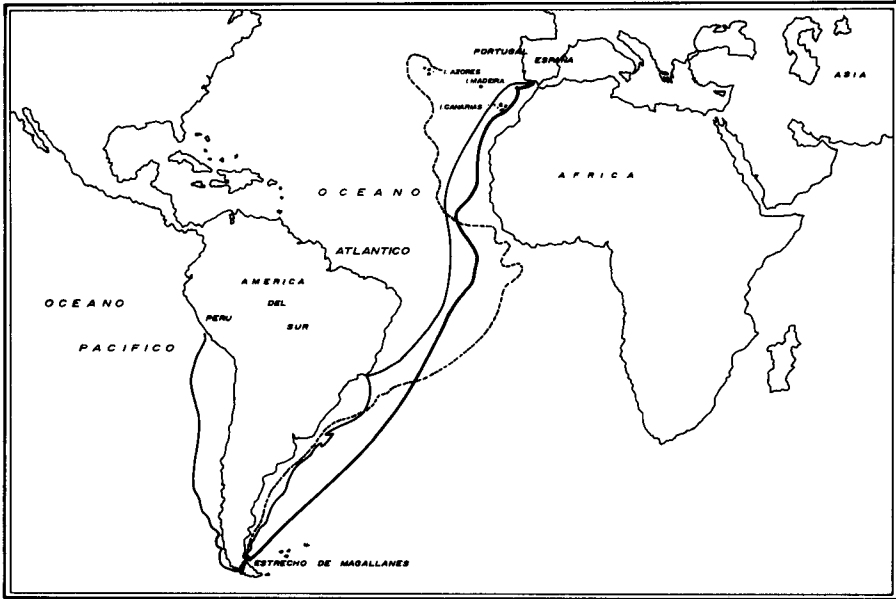
Llegado a Río de Janeiro, Sarmiento se desvivió por socorrer a sus hombres del Estrecho. Les envió primero un patache cargado de provisiones, pero el navichuelo ni siquiera pudo llegar

a la boca del paso meridional; en agosto de 1584, con dineros logrados de una venta de palo de brasil en Pernambuco, volvió a salir hacia el Nombre de Jesús, pero la nave naufragó frente a las costas de Bahía, salvándose el marino de morir por aferrarse a una tabla junto con su esclavo negro y un clérigo; por tercera vez zarpó de Río de Janeiro a comienzos de 1585, conduciendo un bergantín cargado de pertrechos, pero estando por llegar a la embocadura del Estrecho lo sorprendieron las tormentas y, tras aligerar la nao echando al mar lo penosamente adquirido, tuvo que retornar al Brasil. A estas alturas, obsesionado en salvar a sus abandonados pobladores, había escrito diez largos memoriales a Felipe II, pero de ninguno recibió respuesta. Indignado con su soberano, dispuesto a presentarse ante él y recordarle la urgencia de un socorro para sus abandonados súbditos del Estrecho, Sarmiento de Gamboa se embarcó para España a mediados de 1586<sup>83</sup>.

Mas la suerte del marino parecía estar ceñida al último eclipse de luna. A la altura de las Azores, el 11 de agosto, estando en medio de una navegación venturosa se vio en el horizonte una armadilla corsaria; en lo alto de sus mástiles ondeaba el estandarte de Isabel de Inglaterra. No se sabe si hubo lucha. Lo cierto fue que el barquichuelo de Sarmiento fue apresado y su tripulación reducida a cautiverio. El capitán Widdon, jefe de los atacantes, identificó a Sarmiento como Gobernador español del Estrecho de Magallanes y lo conservó considerándolo valiosa presa. En su triste condición de prisionero, Sarmiento de Gamboa llegó a Plymouth el 31 de agosto de 1586<sup>84</sup>.

Quince días después el cautivo fue llevado al castillo de Windsor, donde fue presentado a Sir Walter Raleigh, propietario de la armadilla corsaria. El marino inglés hizo buenas migas con el marino español, a quien no sólo aposentó en su casa sino que le consiguió una entrevista con la Reina. La soberana departió hora y media en latín con Sarmiento, desprendiéndose de la entrevista la libertad para el preso. Efectivamente, despidiéndose de la soberana y del favorito Walter Raleigh, Sarmiento abandonó Inglaterra en el último día de octubre. No se sabe cómo consiguió convencer a la Reina, lo cierto fue que salió del país de los ingleses con destino a Calais, en la costa de Francia, pasando seguidamente a Dunkerke en busca del Duque de Parma, al que quería informar de noticias de Inglaterra. El 21 de noviembre llegó a París, siendo allí bien recibido por el embajador español Bernardino de Mendoza, quien le dio dineros para que siguiera a España<sup>85</sup>.

Alegre, convencido de que pronto podría socorrer a sus hombres del Estrecho, partió Sarmiento de Gamboa camino del Pirineo. Pero una madrugada de diciembre en que el marino dormía en un mesón entre Burdeos y Bayona, lo sacó violenta-



Los viajes de Sarmiento de Gamboa al Estrecho de Magallanes. (Basado en *Viajes al Estrecho de Magallanes*, por Pedro Sarmiento de Gamboa. Buenos Aires, Emecé Editores, 1950).

mente de su sueño un grupo de arcabuceros hugonotes, quienes, reconociendo en Sarmiento a un español y católico, lo prendieron y llevaron al castillo de Mont de Marsan, que estaba entonces por el Vizconde de Bearn, futuro Rey de Francia con el nombre de Enrique IV. Un coronel Castelnau se apropió del prisionero con miras de obtener un fuerte rescate, manteniendo a Sarmiento tres largos años en una oscura e inmundada prisión. De nada valieron las cartas del embajador Bernardino de Mendoza ni las gestiones que desde Londres hizo Sir Walter Raleigh a nombre de la Reina inglesa. El canje del marino por el Señor de Taligny, cautivo en España, fracasó por negativa del Rey Felipe. Desilusionado Castelnau bajó el rescate de 30,000 ducados a 6,000 ducados y cuatro caballos. Sarmiento pagó las consecuencias de esta baja de precio, porque sus carceleros no hacían sino acusarlo de inservible, amenazándolo con ahogarlo en el río, echarlo al foso del castillo o tapiarlo dentro de un muro. Lo querían asustar para que escribiera a España y apresurase su rescate. Mientras éste llegaba lo encerraron en una celda tan oscura que sólo por los ruidos exteriores se conocía el día y se le diferenciaba de la noche. Ratones y sapos llegaban a él desde el foso lleno de agua. El preso, en su oscuridad, encaneció inesperadamente, perdiendo dientes y muelas hasta quedar con las mandíbulas vacías. Desesperado, deseoso de volver a ver la luz del sol, escribió a Felipe II suplicándole por amor de Dios que no lo dejara morir de aquella manera, que pagara los 6,000 ducados de su rescate, pudiendo tomarse los dineros de sus sueldos atrasados y obligaciones impagas. Algo debió recordarle el nombre de Pedro Sarmiento a Felipe II, porque a fines de 1589 otorgó 5,098 ducados y 150 maravedís, ordenando que se destinasen a liberar al marino. *"En 1590, dejando atrás una pesadilla de tres años, pasó Sarmiento a España. Avejentado, sin recursos, patético solicitador en corte, empezó a escribir largas y cansadas relaciones de sus viajes y petitorios dirigidos al Rey, siempre en demanda de auxilio para los desamparados pobladores del Estrecho y ofreciéndose a emprender una nueva expedición"*<sup>186</sup>.

Sin embargo, después de plantear su nuevo proyecto y de solicitar medios para realizarlo, el Consejo de Indias cortó la negociación tildándola de costosa y poco útil. A manera de merced compensatoria los Consejeros extendieron a Sarmiento un título de Almirante en la armada que con el Capitán General Juan de Uribe Apallúa escoltaría a la flota de Indias en 1592. Sarmiento aceptó el cargo para no morir de hambre, pero siguió insistiendo al Rey por medio de memoriales para que no abandonara a sus fieles vasallos del Estrecho. La respuesta, como siempre, no llegó pero sí la fecha en que la armada de Juan de Uribe debería zarpar para las Indias. Sarmiento, que



debería estar consumido por los sufrimientos y decepciones, se embarcó en la última nave, que era la señalada al Almirante. Su curtido rostro acostumbrado al frío magallánico iba a volver a quemarse con el sol tropical; a pesar de que el nombre venía a ser lo mismo, ¡Cuánta diferencia había del Nombre de Jesús al Nombre de Dios!... Y partió la armada una vez más de Sanlúcar de Barrameda, navegándose por la ruta del Poniente para luego virar al Sur. Pero antes de que se efectuara tal viraje, estando aún las naves pasando frente a Portugal, un 25 de julio de 1592, las salvas de artillería disparadas desde la almiranta avisaron que el Almirante había muerto. El enfermo y envejecido Pedro Sarmiento de Gamboa, Gobernador de las tierras del Estrecho de la Madre de Dios, había dejado de vivir, finando con él todos los propósitos de socorrer a los abandonados pobladores de la región austral. Dicen que su cuerpo se encerró dentro de un barril de aguardiente, llevándose a enterrar a Lisboa o a Canarias, pero parece que esto no fue verdad. Lo valedero en estos casos era amortajar al Almirante difunto y, con nuevas salvas de artillería, sepultarlo en el mar<sup>87</sup>.

Para concluir sólo resta insinuar lo poco que se sabe sobre los olvidados habitantes del Nombre de Jesús y Rey Don Felipe. Desgraciadamente nada bueno hay que decir. El invierno cayó implacable encima de las poblaciones y los niños fallecieron para ser en breve seguidos por sus madres. La deficiente alimentación y la falta de abrigo también hicieron que la muerte se llevara a los soldados. Una desconocida enfermedad igualmente cobró su parte, viniendo luego por la suya los indios de la región. Parece que al final las dos poblaciones se fundieron en una, pero esto sólo hizo prolongar la agonía. Los sobrevivientes se dividieron en bandos y riñeron entre sí. Vencidos y vencedores decidieron separarse, yendo cada cual a finar por su lado con tal de morir lejos de su enemigo. Con este ritmo beligerante, pronto los muertos superaron a los vivos. El cementerio de la iglesia se colmó de cadáveres. Al final quedaron para rezar a los difuntos sólo quince hombres y tres mujeres, grupo al que se tuvo que descontar pronto al soldado Tomé Hernández quien, medio loco como estaba, desapareció un día de la costa sin dejar huella de sí<sup>88</sup>.

## NOTAS AL CAPITULO

1. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Viajes al Estrecho de Magallanes*.— Buenos Aires, Imprenta de la Compañía Impresora Argentina S. A., 1950.— T. II, pp. 177 a 196.
2. *Ibidem*, p. 183.
3. *Ibidem*, p. 187.
4. *Ibidem*, p. 188.
5. *Ibidem*, pp. 188 y 189.
6. *Ibidem*, p. 190.
7. *Loc. cit.*
8. *Ibidem*, p. 191.
9. *Ibidem*, pp. 191, 192 y 196.
10. *Ibidem*, T. I, p. 3.
11. *Loc. cit.*,
12. *Ibidem*, p. 4.
13. MEDINA, José Toribio... *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Chile*.— Santiago de Chile, Prensas de la Editorial Universitaria, 1952.— Cap. XIII, p. 228.
14. *Ibidem*, cap. XIII, p. 215.
15. *Ibidem*, cap. XIII, p. 231.
16. LANDÍN CARRASCO, Amancio... *Vida y Viajes de Pedro Sarmiento de Gamboa*.— Madrid, Imprenta Aldecoa de Burgos, 1945.— Lib. I, caps. VIII y IX, pp. 54 a 66.
17. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Op. cit.*, T. I., p. 4.
18. *Ibidem*, pp. 4 y 5.
19. *Loc. cit.*
20. *Ibidem*, pp. 6 a 14.
21. *Ibidem*, p. 14.
22. *Ibidem*, p. 17.
23. *Ibidem*, pp. 17 y 18.
24. *Ibidem*, pp. 19 y 27.
25. *Ibidem*, p. 30.
26. *Ibidem*, pp. 31 a 33.
27. *Ibidem*, pp. 34 a 44.
28. *Ibidem*, pp. 41 a 44.
29. *Ibidem*, pp. 44 a 54.
30. *Ibidem*, p. 59.
31. *Ibidem*, pp. 54 a 70.
32. *Ibidem*, pp. 75 a 80.
33. *Ibidem*, p. 81.
34. *Loc. cit.*
35. *Ibidem*, pp. 83 a 88.
36. *Ibidem*, p. 89.
37. *Loc. cit.*
38. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *El cronista Sarmiento de Gamboa y un posible platillo volador*, en: *Mercurio Peruano*, Lima, 1966, núm. 463.
39. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Op. cit.*, T. I, p. 90.
40. *Loc. cit.*
41. *Ibidem*, p. 92.
42. *Loc. cit.*
43. *Ibidem*, p. 100.

## NOTAS AL CAPITULO

44. *Ibidem*, pp. 104 a 107.
45. *Ibidem*, p. 101.— Parker King, compañero del Almirante Fitz-Roy, fue el que en 1827 bautizó al *Volcán Nevado* con el nombre de *Monte Sarmiento*, que conserva hasta hoy.
46. *Ibidem*, p. 103.
47. *Ibidem*, pp. 108 y 109.
48. *Ibidem*, p. 119.
49. *Ibidem*, p. 122.
50. *Ibidem*, pp. 125 y 126.
51. ARANIBAR SERPA, Carlos... *Pedro Sarmiento de Gamboa*.— Lima, Biblioteca Hombres del Perú, 1964.— T. XII, pp. 126 a 129.
52. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Op. cit.* T. II, pp. 206 a 213.
53. *Ibidem*, pp. 213 a 217.
54. *Ibidem*, p. 217.
55. *Ibidem*, p. 221.
56. ARANIBAR SERPA, Carlos... *Op. cit.*, pp. 131 y 132.
57. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Op. cit.*, T. II, p. 254.
58. *Ibidem*, pp. 259 a 261.
59. *Ibidem*, p. 266.
60. *Ibidem*, pp. 267 a 281.
61. *Ibidem*, p. 12.
62. *Ibidem*, p. 18.
63. *Ibidem*, p. 20.
64. *Ibidem*, p. 22.
65. *Ibidem*, p. 23.
66. *Ibidem*, pp. 22 a 26.
67. *Ibidem*, p. 29.
68. *Loc. cit.*
69. *Ibidem*, p. 36.
70. *Ibidem*, p. 38.
71. *Ibidem*, p. 40.
72. *Ibidem*, p. 47.
73. *Ibidem*, p. 49.
74. *Ibidem*, p. 55.
75. *Ibidem*, pp. 55 a 62.
76. *Ibidem*, p. 60.
77. *Ibidem*, pp. 60 y 61.
78. *Ibidem*, p. 62.
79. *Ibidem*, p. 63.
80. *Loc. cit.*
81. *Ibidem*, p. 64.
82. *Loc. cit.*
83. ARANIBAR SERPA, Carlos... *Op. cit.*, pp. 140 y 141.
84. *Ibidem*, p. 142.
85. *Ibidem*, pp. 142 y 143.
86. *Ibidem*, p. 146.
87. LANDIN CARRASCO, Amancio... *Op. cit.*, Lib. IV, cap. XXXII, p. 211.— Nos anima el señalar el 25 de julio como la fecha del deceso de Sarmiento, el hecho de que al día siguiente se investió con la almirantía al vasco San Juan de Aguirre.
88. El soldado Tomé Hernández, natural de Badajoz, fue el que delató al Gobernador Pedro Sarmiento la conspiración de Antonio Rodríguez en la ciudad del Rey Don Felipe, informándole que los sediciosos le querían dar muerte. Consecuencia del informe fue el ajusticiamiento de Rodríguez y prisión de sus cómplices, lo que, posiblemente, acarrió a Hernández algunas dificultades cuando ido el Gobernador quedó abandonado en las tierras del Estrecho. No es difícil suponer que entonces fue señalado públicamente como delator, al punto de verse obligado a huir de sus compañeros y a vivir con fama de insano en la inhóspita costa magallánica, como ya lo hicimos ver.



## Capítulo XV

### LOS ÚLTIMOS CORSARIOS ISABELINOS

#### EL EJEMPLO DE JOHN OXENHAM

En realidad, todo lo que hemos visto sobre las fortificaciones del Estrecho, incluso la incursión de Francis Drake, tuvieron su remoto antecedente en John Oxenham, mancebo de Plymouth y tripulante de la armada con que John Hawkins —el precursor inglés de la trata de negros— atacó los indianos puertos de Santa Marta, Cartagena y Nombre de Dios. Oxenham, desde su idealista juventud, admiró sin participar en ella, la entrada que hizo a Tierrafirme Francis Drake en 1573, y a partir de entonces decidió cruzar el istmo y probar fortuna en la Mar del Sur. Para esto fletó un barco de 140 toneladas y con setenta hombres a su bordo, zarpó de Jamaica en 1575, varó secretamente su nave no lejos de Nombre de Dios y —luego de cubrirla con ramas y lianas tropicales— se adentró en tierra panameña hasta dar con un río de la banda del Pacífico. Aquí se detuvo y construyó una *pinaza* (*pinache* también la llamaron en su tiempo), consiguiendo luego la amistad de cinco negros cimarrones que le sirvieron de guías y embarcándose con ellos en su barquichuelo navegó hasta las Islas de las Perlas. Llegado a una de ellas, agazapado con sus hombres, esperó diez días un buque con oro del Perú. Tuvo suerte en esta espera, porque en breve apareció un navío procedente de Guayaquil con 30,000 pesos de oro y varios abastecimientos. Los ingleses aguardaron el momento preciso, saliendo entonces con su pinaza y lanzándose al abordaje, lo que consiguieron —por la sorpresa y rapidez con que actuaron—

**El Virrey Martín Enríquez de Almanza, según  
dibujo de Felipe Huamán Poma.**

# BVENGOBIERNO DOM MARTIN

rei ques con de el quinto bizo rey deste reyno --



Don martin an rei ques el con de chipeso ago uer nar <sup>Don</sup> el m  
 junio de mill y quie nientos o y entay uno hasta el mes de m  
 del ano de mill y quie nientos e l pen <sup>amurio-ygov</sup>   
 zover no can <sup>men</sup> cia <sup>real</sup> hasta la bini da del con de de <sup>ber de</sup>   
 entiendo del rey f. 1. <sup>1647</sup>

con relativa facilidad. Cinco días después capturaron otro buque, esta vez procedente del Callao y con 100,000 pesos en barras de plata. Con tan jugoso botín, juzgaron conveniente regresar a su barco escondido en la costa del Atlántico, haciéndolo por el río que los había llevado al Pacífico<sup>1</sup>.

Ido Oxenham de las Islas de las Perlas, los indios isleños enviaron mensajeros a la ciudad de Panamá, enterando al Gobernador de Tierrafirme de lo cerca que había tenido a los piratas. El Gobernador se enojó muchísimo con la insolencia de los "luteranos" y aprestando cuatro barcos metió veinticinco hombres en cada uno y los envió a buscar al enemigo. Mandaba la armadilla el capitán Juan de Ortega, quien la llevó primero a las Islas de las Perlas, luego al río por el que habían huido los fugitivos. Ya estaban los españoles a punto de subir por un ramal grande, cuando alguien descubrió plumas de gallina flotando en el brazo menor; subieron por allí con muchas precauciones, hallando cuatro días después al pinache guardado por seis hombres. En el tiroteo uno de los ingleses cayó muerto y los otros cinco escaparon. Tras ellos partieron los gubernamentales, dándose a media legua de distancia con un cobertizo hecho de ramas y en su interior el oro y la plata capturados. Más tarde se supo que el tesoro estaba allí, porque los ingleses exigieron su reparto, negándose Oxenham quien salió a buscar negros cimarrones que sirvieran de cargueros. Los españoles no encontraron a nadie, porque los fugitivos del pinache los habían alertado y hecho huir, tratando de ponerse al habla con su jefe. Este regresó tres días después, despreocupado y contento de haber conseguido doscientos voluntarios cimarrones, pero lo hizo por un camino ajeno al que esperaban los suyos, por lo que no pudo ser advertido de las malas novedades. Como era de esperar, se encontró con los soldados del Gobernador, hubo muchos disparos de arcabuz, murieron once ingleses, cinco negros y dos españoles, siete corsarios fueron apresados y cinco españoles quedaron heridos. Oxenham logró escapar hacia su buque, mientras los victoriosos españoles llevaban a Panamá, como trofeo de guerra, la pinaza, amén de la plata y el oro. El Gobernador no se dejó seducir por la victoria y avisando a las autoridades de Nombre de Dios, hizo que salieran barcos a buscar a los ingleses, los cuales barcos descubrieron el buque escondido, remolcándolo triunfalmente a Nombre de Dios<sup>2</sup>.

La noticia de que había ingleses en el istmo llegó a Lima y el Virrey Toledo despachó a Diego de Frías Trejo y a Pedro de Arana con doscientos hombres, con orden de peinar Tierrafirme y dar con los enemigos. Los encontraron al tiempo que estaban entregados a la fabricación de canoas, cayendo presos de inmediato los enfermos y fugando al monte los demás con



los esclavos cimarrones. Pero en la soledad de la selva los negros hablaron de rescate y como los ingleses no tenían nada, sus oscuros aliados los tomaron presos y entregaron a los españoles. Los así vendidos fueron llevados a Panamá, Oxenham a la cabeza, interrogándose a todos allí sobre si tenían autorización de Isabel de Inglaterra para actuar de corsos. Como no hubo papel alguno que lo acreditara, la mayoría de los ingleses fueron ahorcados en la plaza pública, haciéndose una excepción con Oxenham, el piloto, el maestre, y cinco muchachos ingleses que alegaron ser pajes, a todos los cuales se les embarcó para el Callao. En Lima se les dio trato de piratas comunes, por lo que se les metió en las cárceles del Santo Oficio, donde estaban todos cuando entró Drake al Callao. Posteriormente, el 29 de octubre de 1581, en el tercer auto de fe con que la Inquisición solemnizó la entrada del Virrey Martín Enríquez de Almanza —gran enemigo de ingleses, como que derrotó a John Hawkins en Veracruz— el prisionero John Oxenham, capitán corsario de Inglaterra, su piloto John Butle y su maestre Thom Jervel, fueron ajusticiados "*por luteranos*". Los muchachos, por ser menores de edad, fueron reclusos en el convento de los jesuitas para ser doctrinados en la verdadera fe. Parece que —salvo la vigilancia del Santo Oficio— todos se quedaron a vivir tranquilamente en Lima con nombres españoles, porque en 1600 aún lamentaban los ingleses su permanencia en la Ciudad de los Reyes<sup>3</sup>.

La aventura de Oxenham sirvió, entre otras cosas, para que Diego de Frías Trejo fuera nombrado Alférez de la Compañía de Gentiles Hombres Lanzas; para que se enviara desde España galeotes a las galeras de Panamá con ánimo de tenerlas aptas contra los navegantes intrusos; para que se pusiesen vigías en las Islas de las Perlas; y para que se redoblaran las batidas contra los negros cimarrones. Pero —parece mentira a quienes conocen poco la condición humana— la incursión de Oxenham más que a los españoles sirvió a los ingleses, quienes acicateados por la aventura, la venganza, y la codicia, se dieron maña para tentar suerte en los puertos peruleros de la Mar del Sur: primero vino Francis Drake, después Tomás Cavendish y, por último, Richard Hawkins.

### *EL TRIUNFO DE THOMAS CAVENDISH*

Thomas Cavendish —llamado por los españoles Tomás Candi, Candish, Cándit, Celari Escandi, Celaris Candi, Candelín, Candalí, Escandech, Escander, Canderes de Tembley o Canderes Tembleque<sup>4</sup>— nació en Trimley St. Martin, lugar de Suffolk, condado inglés a orillas del Mar del Norte, el año de 1560. Ingre-

sado a la vida marinera, se dedicó a navegar y a despilfarrar una apreciable fortuna heredada de sus padres. En 1585 se le encuentra ya entre los sobresalientes de su oficio, pasando entonces a integrar la expedición que Sir Richard Grenville llevó a las costas de Virginia. Destacó en ella una vez más, obteniendo en 1586 una Real Patente de corso de manos de Isabel de Inglaterra, a la que prometió no sólo vengarla de los últimos ultrajes de Felipe II, sino repetir con la bandera inglesa puesta al tope la hazaña de volver a circunvalar el mundo<sup>5</sup>.

Cavendish salió de Plymouth el 21 de julio de 1586 al frente de tres barcos: el *Desire*, de 120 toneladas, el *Content*, de 60, y el *Hugh Gallant*, cuyo tonelaje se ignora, tripulando la armadilla un total de ciento veintitrés hombres. Aproximándose al Africa occidental, arrasando de paso una aldea de negros en Sierra Leona y acercándose a tentar fortuna a las Islas de Cabo Verde, pero al no toparse con ninguna presa pasó el Atlántico y avistó el Brasil, bajando a la Patagonia y teniendo allí un combate con los indios de Puerto Deseado<sup>6</sup>. El 3 de enero de 1587 llegó al Cabo de las Vírgenes, a la entrada del Estrecho de Magallanes, encontrándose allí con las ruinas de las dos ciudades de Sarmiento de Gamboa y, como único morador de ellas, a un soldado medio loco que salió al encuentro de los corsos dando saltos de alborozo y preguntando con insistencia por el capitán Pedro Sarmiento. El pobre, que estaba cubierto con pieles de animales y mostraba las huellas de un largo abandono, sufrió alguna decepción cuando comprobó que los recién desembarcados no eran españoles. No obstante, aceptó ir con ellos al Perú, no sin antes confesar que se llamaba Tomé, Hernández, que era natural de Badajoz, y ser el último sobreviviente de los expedicionarios españoles al Estrecho. A manera de agradecimiento hacia los que osaban recogerlo, les entregó una vieja botella con un mensaje de la expedición de Pedro Seixas de Alberna en 1535, la que recibió Cavendish con singular interés<sup>7</sup>.

Después de navegar cuarentinueve días a través del brazo interoceánico, el 24 de febrero de 1587 salió el corsario al Mar del Sur. Lo hizo solo, porque los temporales habían retrasado algo al *Content* y extraviado al *Hugh Gallant*. El 13 de marzo fondeó frente a la Isla de Mocha, juntándosele allí sus dos naves rezagadas y siguiendo a la de Santa María, que avistaron tres días después; fue allí bien recibido por los indios, quienes le dieron regular cantidad de alimentos y le permitieron cargar agua. El 19 de marzo las naves corsarias pasaron frente a la ciudad de Concepción, pero no entraron a su bahía, guardándose para el puerto de Quintero, donde el 30 del mismo mes bajaron los corsos a tierra en un lugar apartado. No pudo Cavendish entrar a la ciudad por ignorar sus defensas, pero



Efigie de Thomas Cavendish, según un grabado holandés del siglo XVII.

penetró algo su territorio para estudiar posiciones. Quiso su ventura que topase con un grupo de españoles que, recelosos desde Drake de todos los visitantes, los interceptaron y exigieron identificación. Cavendish forzó al loco Tomé Hernández a que contestara que eran españoles, náufragos o de paso, que buscaban agua y algo de comida. El insano marchó entonces con esta comisión hacia los vecinos del lugar y habló gran rato con ellos dando muchas esperanzas a los ingleses, pero en un descuido de éstos, coludiéndose con los españoles, montó a caballo y se alejaron todos dejando a los corsarios identificados y solos a doce kilómetros del mar. Al día siguiente de este episodio, el 1 de abril, doscientos españoles salieron contra los ingleses, enfrentándose sangrientamente unos con otros, al extremo que en el breve encuentro murieron veinticuatro españoles y una docena de corsarios<sup>3</sup>.

Los ingleses huyeron derrotados hasta la costa, donde recién pudieron contener a los jinetes españoles con la artillería de sus barcos. Aún así, parece que en la orilla perdieron los corsarios doce hombres más, sin contar otros nueve que cayeron prisioneros y fueron ahorcados como piratas comunes. Por carecer los españoles de cañones, Cavendish se dio el lujo de permanecer algunos días en la bahía de Quintero, mas pasado un tiempo que podía ser precioso sus hombres lo instaron a partir, haciéndolo hacia el Norte. El 15 de abril fondeó frente a Morro Moreno, junto a Coquimbo, donde el 23 tomó y rindió un barco procedente de Arica, el que rebautizó entonces como el *George*. El 4 de mayo los cuatro buques y una lancha avistaron el Morro de Arica, ingresando a la rada sigilosamente —posiblemente de noche, para no ser vistos— por estar desprevénida la población. Los corsarios capturaron enseguida el barco *Cristóbal Núñez*, donde hallaron mucho vino, pero mientras paladeaban el licor de los toneles se escapó el piloto de la nao, nombrado Gaspar Sánchez, el cual, acaso a nado, llegó a tierra, informando a viva voz de la presencia de los ingleses y llamando a todos los vecinos para que salieran a defender el puerto. Mientras los ingleses apresaban tres buques más, la playa se llenó de gente dispuesta a la pelea y esto desanimó tanto a los corsarios que, tras bloquear amenazadoramente el puerto durante dos días, Cavendish zarpó el 6 de mayo de ese año 87°.

Siempre con la proa al Norte, Cavendish se allegó al puerto de Quilca —que lo era de Arequipa, juntamente con Chule— pero no hallando naves que le interesaran, se contentó con disparar algunas piezas de artillería para amedrentar a la gente del puerto. No pasó lo mismo en Pisco, adonde llegó el día 13, porque envió una lancha con ochenta hombres a Paracas creyéndolo un riquísimo lugar. No halló lo que buscaba porque

no se molestó en cavar el suelo, retornando todos a bordo, eso sí, con agua fresca y mucha harina<sup>10</sup>.

En Lima, mientras tanto, el Virrey Fernando de Torres y Portugal, Conde de Villar Don Pardo, era minuciosamente informado de las correrías del inglés en Quintero y Arica. Por eso se apresuró en escribir al Rey que otra vez los marinos de Isabel de Inglaterra habían osado entrar al Mar del Sur y que "*la cabeza que trayan hera un mozo de hasta veynte años que se llamaba Tomás Clarín*"<sup>11</sup>. Contaban que viajaba con dos navíos, otro que había capturado en Chile, y una lancha de gran capacidad. Continuaba informando el gobernante a la Corona que en el Callao estaba listo don Jerónimo de Torres, su hijo, para salir al encuentro del corsario. Las fuerzas reales eran en el primer puerto peruano: dos galeras con cien soldados cada una, cien jinetes para defender la costa, y otros setenta soldados de infantería; para prevenir mayores males había el Virrey hecho escribir que se hicieran doscientos hombres en el Cusco y doscientos veinticinco en Potosí, los cuales bajarían al Callao y Chile, respectivamente, de un momento a otro. El Conde Villar Don Pardo no podía estar más alertado<sup>12</sup>.

El 15 de mayo Cavendish dejó la bahía de Pisco y, sin haber vuelto a tocar tierra, se alejó —según se creyó entonces— con dirección al Callao. No se presentó en tal puerto, por calcular cazarmente que estaría preparado a la defensa, conformándose con seguir de largo para toparse con algún navío y lucrar sin gran esfuerzo. El navío resultó ser el de un maestro Hernández Barradas, nombrado la *Anunciada*, que se cree iba al puerto de Lima, aunque otros suponen que a Panamá. Cavendish lo persiguió hasta el puerto de Huarmey, llegando allí el día 19; pero a pesar de sus esfuerzos no lo pudo apresar por huir veloz al Norte<sup>13</sup>.

El 22 de mayo entraron los buques corsarios al puerto de Casma. Allí se apoderó Cavendish de 300 fanegas de harina y siguió a Santa, donde el 23 los vecinos vieron sus velas pasarse de largo persiguiendo un navichuelo que había despachado el Virrey con aviso a Panamá. El día 24 —lo que nos parece demasiado pronto— echó el ancla en Chérrepe, donde capturó el navío de Hernández Barradas y lo incendió, al tiempo que el *Hugh Gallant* tomaba por abordaje la *Lucía*, nave de 300 toneladas procedente de Guayaquil, muy cargada de madera. Los corsos se llevaron al piloto Gonzalo de Rivas y a un esclavo negro llamado Manuel. En los alrededores del puerto se tomaron otros dos barcos con víveres<sup>14</sup>.

El siguiente punto fue Paita, población que Cavendish bombardeó el 30 de mayo, día de su ingreso al puerto, propiciando luego un desembarco de setenta ingleses, los que penetraron dos kilómetros la tierra, hallando en las colinas de arena algu-



**El Virrey Fernando de Torres y Portugal, Conde de Villar Don Pardo. (Oleo existente en el Museo Nacional de Historia).**

nos bienes escondidos, entre ellos 25 libras en barras de plata. El saqueo de la población fue más ganancioso, porque alcanzó a Cavendish 5.500 libras en metales finos y el hallazgo de un depósito con mercaderías de la China venidas en el galeón de Acapulco. Como los habitantes de Paita se negaran a pagar, desde su refugio en los arenales, el rescate solicitado por los corsarios, Cavendish entregó la población de doscientas casas al fuego. Desierta y humeante estaba todavía la pequeña ciudad, cuando los ingleses se dieron a la vela<sup>15</sup>.

*"De aquí siguió a la Puná, en donde ya estaban apercebidos por los avisos enviados de Lima. El Presidente de la Audiencia de Quito, D. Pedro Venegas de Cañaverál, dispuso que los encomenderos de Quito bajasen a Guayaquil a defender la plaza, de lo cual muchos se excusaron, unos por falta de recursos, otros por hacer poco tiempo de su bajada a la costa, con motivo de la incursión de Drake y serles muy poco favorable su clima. Hubo de dispensárseles de este servicio, pero con la obligación de enviar otros soldados a su costa. Bajaron en efecto 40 hombres bien armados, a las órdenes del Capitán Juan de Galarza, con cuyo refuerzo se aprestó a resistir a los piratas el Corregidor de Guayaquil, Jerónimo de Reinoso. Dirigióse éste con sus hombres a la Puná con el mayor sigilo y habiendo puesto en emboscada a su gente, al amanecer del 12 de junio asaltó a los que se hallaban en tierra, dando muerte a 25 de ellos y tomando cuatro prisioneros, entre ellos un Capitán. Una de las naves varadas en tierra para su reparo, fue quemada y también una de las lanchas y con muy grueso botín se volvió el Corregidor a Guayaquil"*<sup>16</sup>.

Los ingleses se vieron obligados a abandonar la isla. Fue fama que antes de salir cayeron por sorpresa sobre el pueblo y lo incendiaron. Lo cierto fue que fugaron en pequeñas embarcaciones —acaso balsas de los indios— aportando a la desembocadura del río de Machala poco después del 14 de junio, fecha en que abandonaron la isla. En la Puná o en el río de Machala, Cavendish hundió el *Hugh Gallant* por estar muy deteriorado e inservible para navegar. Como el barco tomado por los españoles parece haber sido el *Content*, todos los ingleses tuvieron que refugiarse en el *Desire*, sacado en operación muy delicada la madrugada del 12 de junio. Esta nave se reparó apresuradamente durante una semana, tiempo que también aprovechó Cavendish para hacer aguada y cargar comida. Aparejado el navío y entendiendo que ya sabrían de su presencia en Panamá, fingió irse del Perú para proseguir la única gran posibilidad que le quedaba: la vuelta al mundo<sup>17</sup>.

En efecto, confiado en que los españoles de Guayaquil no tenían buques capaces de atacarlo, salió con toda calma del río de Machala el 21 de junio de 1587, perdiéndose con direc-



ción a las Islas del Poniente. Derrotado y con la única nave que le quedaba, Cavendish conoció su primera frustración. Por eso escribió posteriormente a Lord Hudson: "*Navegué a lo largo de la costa de Chile, Perú y Nueva España donde obtuve gran botín; quemé y hundí nueve buques de vela, tanto grandes como pequeños. Todos los pueblos y aldeas donde desembarqué, quemé y despojé; si no hubiera sido descubierto en la costa, pudiera tomar grandes cantidades de tesoros*"<sup>18</sup>.

La verdad es que, contra lo que habían creído los indios de la costa de Machala, los ingleses no zarparon con miras de alcanzar las Islas del Poniente. Pasaron a Atacames, donde tomaron más víveres, dando luego el gran salto a Guatemala y Nueva España eludiendo a los buques y galeras de Panamá. Pretendió hacer creer que aproaba al Oeste, pero como bien lo dijo en su carta a Lord Hudson, marchó a México, en cuyas aguas se resarcía algo de su derrota perulera apoderándose, tras un reñido combate, del opulento galeón de Manila, cargado con marfil, jade, nácar, ébano y preciosas sedas de la China. El golpe lo dejó satisfecho, motivo por el que ahora sí pensó en lanzarse mar adentro para realizar su soñada vuelta al mundo. Por eso, luego de soltar a los españoles del galeón en las costas mexicanas y de quedarse únicamente con el piloto, largó velas notificando a sus hombres que salían con rumbo a la Isla de los Ladrones<sup>19</sup>.

Llegado a este archipiélago siguió a las Filipinas, donde hizo aguada y víveres en el Cabo del Espíritu Santo y ahorcó al piloto prisionero acusándolo de traición. Los siguientes puntos fueron Java, el Cabo de Buena Esperanza, la Isla de Santa Elena y las Azores, entrando al puerto de Plymouth el 8 de setiembre de 1588, donde fue recibido como héroe nacional por ser el segundo inglés que daba la vuelta al globo. Esto hizo olvidar a Cavendish su derrota en la Isla de Puná, por lo que su viaje —del que trajo riquísimo botín no sólo del Perú sino, sobre todo, del galeón de Manila— fue considerado un triunfo geográfico y militar realizado bajo la bandera de Inglaterra. Debido a esta convicción, Londres le hizo un apoteósico recibimiento y la Reina Isabel le dio su mano a besar mientras los cañones del palacio real y los de los barcos del Támesis ensordecían la capital con su estruendo<sup>20</sup>.

### LA DERROTA DE RICHARD HAWKINS

El tercer corsario inglés que visitó las costas del Perú fue Richard Hawkins, nacido en 1562, posiblemente en Plymouth, como hijo del famoso almirante Sir John Hawkins quien, precisamente el año del nacimiento de su hijo, empezó su vida

# BVENGOBIERNO DON GARCIA DE MÈ

Doga marques de canete s.<sup>or</sup> de

casuillas de argete de casto bizo  
el setimo Rey.



Don Garcia huv tado de men bizo rey 7  
en peso a gouernar des de el año de mill quinientos y no  
ta hasta junio de mill quinientos y noventa y seis en ti  
al Rey felipo el segundo

**El Virrey García Hurtado de Mendoza, Marqués  
de Cañete, en pluma de Felipe Huamán Poma.**

de mar como corsario y negrero. El joven Richard, pues, como si fuera poco este ejemplo familiar, resultaba primo de Sir Francis Drake, personaje que conocemos. Hecho a la navegación desde temprano, fue también de los primeros marinos que se dedicaron al comercio de esclavos negros, y esta actividad "y el atacar a los barcos españoles procedentes de las Indias para saquearles, fueron el resumen de su vida"<sup>21</sup>.

No fue difícil a Richard Hawkins en 1593 obtener de la Reina una Patente Real para ejercer el corso, por lo que el 12 de junio de ese año, tres horas después del mediodía, partió de Plymouth con su buque el *Daintie* y otros dos barcos con destino a América. La nave capitana paseaba 500 toneladas y lucía treintidós cañones, pero tanto ella como las otras dos naves —una de las cuales era una gran pinaza— tenían pésima marinería. De allí que le costara a Hawkins gran trabajo vencer el canal de la Mancha, tardando casi tres meses en llegar a las Canarias. Antes de la ecuatorial estuvo a punto de perderse en el golfo de Guinea por errores en la estima; pasada la línea surgió el escorbuto con otras enfermedades, falleciendo por los males treintidós tripulantes. La nave compañera de la capitana se desanimó con esto y desertó a Inglaterra, aportando Hawkins con el *Daintie* y la pinaza a las Malvinas, archipiélago que creyó ser el primero en descubrir, bautizándolo *Hawkins Maidenland*, en honor a la *Reina Virgen Isabel*, por lo que escribió "and in perpetual memory of her chastitie"<sup>22</sup>.

Ingresó al Estrecho magallánico el 10 de febrero de 1594, navegándolo a través de sus canales durante catorce días. El 15 de abril pasó frente a Valdivia, no animándose a ingresar al puerto por evidenciarse una tormenta y temer quedar encerrado en la bahía. Ancló, en cambio, junto a la Isla de Mocha el día 19, efectuando allí permutas con los indios mientras esperaba a la pinaza que había quedado atrás. Sobrevino la temida tormenta y durante diez días no hizo sino llover y ponerse la mar brava; cuando salió el sol y el agua se puso calma, intuendo el naufragio de la pinaza, zarpó hacia el Norte con intención de navegar alejado de la costa y no revelarse hasta caer sobre el Callao. Quería, según se dijo después, aniquilar ese puerto para vengar la derrota que los españoles infligieron a su padre en Veracruz. Pero sus indisciplinados tripulantes pensaban de otro modo, inclinándose por ganar botín merodeando los puertos de la costa. Hawkins no pudo o no supo imponerse a sus hombres, y la noche del 1° de mayo ingresó a la rada de Valparaíso, tomando en la madrugada cuatro barcos anclados y desembarcando setenticinco ingleses a saquear los almacenes. El 3 tomaron un navío que vino de Valdivia con oro por valor de 24,000 pesos, reteniendo Hawkins al piloto Alonso Pérez Bueno, gran conocedor del Mar del Sur, a decir

del cronista Lizárraga. Pérez Bueno, por algún sistema que ignoramos, envió un mensaje al Virrey del Perú, consiguiendo con ello ponerlo en guardia frente al Hawkins que los españoles llamaban *Achines*, igual que ese su padre que fue azote del Caribe. Parece que el medio empleado fue un patache de aviso que partió secretamente de los alrededores de Valparaíso, el cual llegó al Callao con la noticia entre el 17 y 19 de ese mes<sup>23</sup>.

El Virrey, que lo era don García Hurtado de Mendoza, vio confirmarse un mensaje de don Fernando de Zárate, Gobernador del Río de la Plata, escrito el mes de enero, sobre la presencia de unos barcos ingleses a cuyo frente venía el *Achines* dispuesto a cruzar el Estrecho. Comprobó que el corsario estaba más cerca de lo que creía y, con la decisión que requería el caso, movilizó en Lima a todos los varones que pudo, consiguiendo sumarlos a los soldados y alcanzando un total de quinientos hombres de armas. Gotoso como estaba marchó luego al Callao y tras despachar navichuelos de aviso a Panamá y Nueva España, notificó —mediante el todavía existente sistema incaico de los chasquis— a las poblaciones de la costa peruana, poniéndolas alertadas. Acto seguido, se dedicó a pertrechar dos galeones de 500 y 600 toneladas destinadas a ser las naves capitana y almiranta, cada una con un promedio de veinticinco bocas de fuego. Refiriéndose a ambos barcos escribió el Virrey: "*pongo duda que en la mar del norte aya dos galeones mejores que estos*"<sup>24</sup>. A los dichos se sumó el *San Juan*, otro galeoncillo, y tres pataches armados con treinta mosqueteros y arcabuceros cada uno. La armada llevaría seiscientas botijas de pólvora y muchas balas de bronce. Por último, hizo Capitán General de ella a su cuñado don Beltrán de Castro y de la Cueva, el hijo del Conde de Lemos, y Almirante a don Alonso de Vargas Carbajal. Dos jesuitas, dos dominicos y dos mercedarios eran los capellanes de esta armada<sup>25</sup>.

Hawkins, mientras tanto, luego de recibir un rescate por los cuatro barcos apresados, partió de Valparaíso el 22 de mayo, sin dar oportunidad a Alonso de Sotomayor para que con trescientos soldados recapturara el puerto, como pretendía. Zarpó para Coquimbo, donde a pesar de no hallar nada encontró el puerto muy hermoso, siguiendo a San Marcos de Arica, lugar que avistó a comienzos de junio para cerciorarse de que los vecinos lo esperaban preparados. No desembarcó, conformándose con capturar dos buques cargados con pescado. De Arica siguió a Quilca, donde se quedó un par de días, quemando allí un buque que había tomado en Valparaíso. Pero estando frente a Chincha, sus vigías vieron las primeras velas de la armada del General Beltrán de Castro que salían a enfrentarlo. Hawkins se dio entonces cuenta de que estaba ante un enemigo poderoso y,

cargando velas, pretendió escapar a través de un mar embravecido<sup>26</sup>.

La armada virreinal, zarpada del Callao la medianoche del 25 de mayo, había salido a su encuentro con orden de traerlo vivo o muerto. Sin embargo, aún no era llegada la oportunidad para el apresamiento del Richarte Achines, "*pirata luterano inglés*"<sup>27</sup>. Un testimonio moderno relata así el primer encuentro, viéndolo desde el ángulo español: "*El 4 de Junio lo alcanzó [don Beltrán de Castro y de la Cueva] y la armada que se había alejado bastante de la costa, dió vuelta hacia ella, buscando al enemigo. El domingo, día de la Trinidad, al amanecer, se le descubrió a barlovento, pero en avistando a sus contrarios comenzó a cargar las velas para poder escapar. Arreció tanto el vendabal que se quebró el mastelero de gavia de la Capitana y el galeón San Juan, que más de cerca seguía al pirata, se desaparejó, de modo que sólo pudieron continuar la persecución la nave Almiranta que era algo zorrera y un patache. Con la oscuridad de la noche y, a fuerza de vela, consiguió Hawkins perderse de vista, aún cuando se vió forzado a alijar su nave, echando por la borda muchas mercancías robadas*"<sup>28</sup>. El Padre Lizárraga, testigo ocular del acontecimiento, anota: "*luego que nos descubrió [Hawkins], como nos tenía ganado el barlovento, hizo lo que le pareció, burlándose de todos los navíos, y aunque la almiranta nuestra le llegó a dar fuertes alcances, como iba sola donde no podíamos socorrerla ni ayudarla y era de menos fuerzas que el navío inglés, no se atrevió jamás a embestirle; antes sí el enemigo pudo haberla echado a pique sin estorbo de las demás embarcaciones; y el enemigo conociendo no le podíamos esperar, no quiso acometernos, y la mar andaba tan alta, que ni los de barlovento ni los de sotavento se podían aprovechar de pieza ni de arcabuz; y llegados a aferrar les decir, si se llegara al abordaje o lucha cuerpo a cuerpo, mejores éramos que ellos*"<sup>29</sup>. Y el donoso fraile, imposibilitado de maldecir como un mareante común, se contenta con exclamar llevándose las manos a la cabeza: "*¡Oh, qué disparates cometen los más expertos en la mar!*"<sup>30</sup>.

Frustrado el encuentro por la fuga del corsario, la armada se replegó a su puerto de salida. "*Unos cuatro días más tarde arribó la armada al Callao y D. Beltrán, un tanto desalentado, no quiso poner los pies en tierra. Puesta en orden la Almiranta, que había sufrido menos, dióse a la vela nuevamente, acompañado de la galizabra que era muy marinera y, como dice D. García, "con el mayor coraje del mundo, en busca del corsario, con orden que no hallándole en toda esta costa atravesase a la de la Nueva España"*"<sup>31</sup>. Esto, naturalmente, ofendió a don Beltrán de Castro, que por ser Capitán General no podía ser suplantado por el Almirante, pero dispuesto a no crear problemas se eximió de toda queja oficial, contentándose con decir: "*que él había*

*de ir cuando no de General, de soldado*"<sup>32</sup>. El Virrey gustó de la frase y devolvió a de Castro su generalato.

A estas alturas Hawkins rendía y quemaba otro buque en la costa de Trujillo, tocando en el puerto de Huanchaco —donde puso en tierra al piloto Pérez Bueno, sin sospechar que era la raíz de su desgracia— y continuando hacia el Norte sin ánimo de tardanza. Pasó por la norteña Isla de los Lobos, que apreció en extremo infértil, apresó un barquichuelo en las inmediaciones de Paita, esquivó la Puná, visitó Guayaquil sin tocar tierra y lo mismo hizo en Puerto Viejo<sup>33</sup>.

Beltrán de Castro, mientras tanto, entraba con la armada virreinal a Huanchaco el 16 de junio, dándose con la novedad que Hawkins había estado allí seis días antes; el 20 entró la armada en Paita, tocándose alarmadas las trompetas de los buques esa misma mañana, al verse dos velas en el horizonte y confundirse con los ingleses; se pasó sin pérdida de tiempo a rastrear la costa por espacio de seis días, pero las noticias eran siempre referidas a que el corso les llevaba muchas leguas de ventaja. Por fin, el jueves 30 de Junio de 1594, a las cuatro de la tarde, Richard Hawkins fue avistado en la bahía de Atacames<sup>34</sup>.

*"El pirata fue el primero en acometer, pero D. Beltrán no le respondió hasta tenerle muy cerca, descargándole entonces una andanada que le hizo mucho daño. Trabóse el combate y la galizabra entró en la liza, obligando al enemigo a desamparar la lancha que llevaba. Este, pensando sólo en huir, seguía su rumbo viento en popa, mientras la nave de D. Beltrán surcaba sus aguas cañoneándole. Sobrevino entonces la noche y nuevamente sus sombras libraron a Hawkins de la derrota. Pero ésta era ya cierta. El 2 de julio D. Beltrán, resuelto a vencer o morir, ordenó que sin más dilación se abordase la nave enemiga y llegando como a medio tiro de cañón, descargó sobre ella toda la batería de estribor, alcanzándole ya los tiros de mosquete y arcabuz de la infantería. A punto ya de poder saltar al abordaje se intimó la rendición al pirata, pero como aún continuase el fuego se le hizo nueva descarga*"<sup>35</sup>. Cuando los españoles habían disparado 198 balas de cañón, 42 dardos de hierro, y 1,200 balas de mosquete, los ingleses pidieron una segunda tregua (pues la primera había fracasado la tarde anterior) y enviaron a decir por medio del prisionero Juan Gómez de Pineda, que se rendirían bajo la condición de que los españoles dieran su palabra de honor en nombre de la Corona de no matar a ninguno de los rendidos y enviar los sesenticuatro marineros sobrevivientes a Inglaterra. La promesa fue otorgada, el *Daintie* arrió la bandera de Inglaterra, *"entro mucha gente dentro y se vencio*"<sup>36</sup>.

Los capitanes Francisco de la Cueva y Pedro del Pulgar saltaron al *Daintie* con ánimo de capturar a Hawkins; lo encontra-

ron en su lecho herido de dos balazos. En estas condiciones lo sacaron de la cama y lo condujeron a la presencia de D. Beltrán. Los dos marinos se saludaron y el inglés entregó su espada al español, pasando a continuación el herido a alojarse en la cámara de éste, quien se la cedió caballerescamente. Afuera, los ingleses eran puestos en fila y desarmados, llevándoseles en grupos de seis a la capitana y otros buques, encerrándoseles en las bodegas. Miguel Angel Philipón, el marino griego al servicio del Virrey del Perú, tomó a su cargo la responsabilidad de que la averiada nave del corsario no se hundiera, pues sus muchas vías de agua la estaban escorando prestamente<sup>37</sup>.

*"Se había luchado bravamente por ambas partes y la furia con que acometieron los españoles se podrá deducir del hecho que cuenta Suárez de Figueroa en la Vida y Hechos de Don García: un soldado español se lanzó al abordaje y debió caer en falso, pues tuvo necesidad de asirse con las manos a la obra muerta; los defensores de la nave se las cortaron de un tajo e hincando los dientes en la tablazón saltó sobre ella. Sin duda que la decisión de D. Beltrán de acabar con el enemigo dió a éste la victoria pero no la hubiera logrado si no contara con expertos artilleros, marinos prácticos y valientes soldados. Esta había sido la obra de D. García. El Conde de la Granja en su Poema de Santa Rosa va enumerando las hazañas realizadas por los peruleros que iban embarcados y entre ellos cita a*

*Calderón y Castilla, eterna fama  
logran, matando ingleses a montones:  
un mar de sangre sobre el mar derrama  
hecho un león, el leonés Quiñones:  
Lazcano, el hierro convertido en llama,  
ilustra a hazañas cántabros blasones:  
Luján, Rivera y Avalos el fuerte  
en cada amago vibran una muerte.*

*Y a ese tenor prosigue citando a Bravo, Ubitarte, Mendoza, Sandoval, Rojas, Cueva, Brunel, Zárate, Hernán Carrillo, Arias Centeno, Bermúdez, Calderón, Sarmiento y Pardo"<sup>38</sup>, todos hidalgos apellidos de la Ciudad de los Reyes.*

Los españoles con su presa se dirigieron primero a las Islas de las Perlas y después al puerto de Perico, que era el de la ciudad de Panamá, donde llegaron el 9 de julio. Panamá se mostró obsequiosa con los vencedores peruleros y admiró las veinte piezas de artillería que se sacaron del *Daintie*, así como las municiones que se llegaron a tasar en 78,000 pesos. El propio *Daintie* fue paseado por la rada como trofeo de guerra, subiendo a conocerlo los vecinos principales. Nave de tal importancia se consideró prudente refaccionarla, haciéndolo para que luciera mejor en su ingreso al Callao y rebautizándola con el nombre



de *Visitación*, atendiendo a la festividad del día en que fue apresada. Dos meses duraron las reparaciones del navío inglés. Cumplido este tiempo don Beltrán de la Cueva lo sacó en medio de su armada y lo llevó orgulloso al Perú; a su lado y tratado con deferencias especiales, Richard Hawkins marchaba en calidad de cautivo para ser mostrado en Lima al Virrey<sup>39</sup>.

*"En la ciudad [citada] se les esperaba con ansia, pues todos tenían por suyo este triunfo. Desde que se tuvo noticia del éxito de la jornada, los júbilos y el contento fueron generales, y en todo el reino se celebraron fiestas con tal motivo. La capital, por caberle mayor parte en el suceso, empezó a disponerse para recibir como se merecía a los vencedores, especialmente al hijo del Conde de Lemos, héroe del encuentro. "Iré a recibirle al puerto del Callao —escribía el Virrey a 2 de Noviembre— donde para esto he mandado labrar unos aposentos y corredor en una casilla que la Compañía de Jesús ha fundado junto al mar, de donde gustaré mucho de ver entrar la Armada y el navío inglés que me dicen es muy fuerte y linda pieza"<sup>40</sup>.*

*"El 8 de Diciembre fue el día señalado para el triunfal recibimiento. El Cabildo envió al Callao al Capitán Juan Bayón de Campomares y a Martín de Ampuero a darle la bienvenida a D. Beltrán y resolvió que de los propios del Concejo se pagasen los gastos de la entrada. El ceremonial lo indicó el mismo Virrey y el recorrido sería el mismo que usaron él y algunos de sus antecesores. La infantería, seguida de la compañía de arcabuceros a caballo salió a recibirle hasta las primeras casas de la ciudad. Venía el de Castro en un caballo blanco, el mejor que se halló en la ciudad, muy enjaezado y a sus lados la Audiencia, sin mazas y detrás de él la compañía de los gentiles hombres lanzas. La Universidad y el Cabildo eclesiástico le aguardaban en el atrio de la Catedral, adonde, luego de apearse, entró un momento a orar. De aquí continuó a Palacio, atravesando por entre dos filas de la infantería y de los lanzas y arcabuces, mientras los atabales, trompetas y ministriles hacían eco a los vítores de la multitud. No menos que el vencedor atrajo las miradas de todos el vencido general y algunos de sus compañeros traídos a Lima. El Virrey, desde un principio mostró interés por Hawkins y aún cuando la Inquisición quiso adjudicarse el proceso y tomar los reos por su cuenta, se opuso D. García, por lo que toca al jefe pirata y a su capitán y consultó al Monarca lo que había de hacerse con estos prisioneros. A Hawkins le tuvo hospedado en su casa el mismo D. Beltrán, pero más tarde parece que le recluyeron en el Colegio de la Compañía. El Rey dispuso que fuera enviado a España y le trajera D. García, relevado ya del gobierno, pero cuando esta carta llegó a sus manos ya estaba de viaje en Panamá, por lo cual fue [el Virrey] D. Luis de Velasco el que se encargó de remitirlo"<sup>41</sup>.*

Cuando arribó Richard Hawkins a Sevilla sus guardianes se admiraron de que hablara tan correctamente el español. En España fue tratado con las mismas consideraciones que en el Perú, cumpliendo allí la Corona su palabra empeñada por mano de D. Beltrán de Castro. *“En 1602 consiguió la libertad, volviendo a Inglaterra... Dos años más tarde era Hawkins miembro del Parlamento y, en 1621, fue destacado al Mediterráneo a hacer la guerra a los piratas berberiscos, no teniendo gran éxito contra ellos. Escribió su viaje al Mar del Sur, obra interesante pero llena de inexactitudes”*<sup>42</sup>. Esto es todo lo que habría que decir del último corsario isabelino que visitó los reinos del Perú.

## NOTAS AL CAPITULO

1. LEVILLIER, Roberto... *Gobernantes del Perú, Cartas y Papeles*.— Madrid, Imprenta de Juan Pueyo, 1924.— T. V., pp. 133 y 134.  
ODRIOZOLA, Manuel de... *Colección de documentos literarios del Perú*.— Lima, Imprenta Alfaro, 1863-1877.— T. II, p. 4.  
ALCEDO Y HERRERA, Dionisio... *Aviso histórico, político, geográfico*.— Madrid, Imprenta de Diego Manuel de Peralta, 1740.— p. 91.  
HAKLUYT, Richard... *Voyages, Navigations, Traffiques and Discoveries of the English Nation*.— Londres, Imprenta de George Bishop, Ralfe Newberie y Robert Barker, 1600.— T. III, pp. 526 y 527.
2. *Loc. cit.*
3. HAKLUYT, Richard... *Op. cit., loc. cit.*  
VARGAS UGARTE S. J., Rubén... *Historia del Perú. Virreinato. 1551-1600*.— Buenos Aires, Imprenta Baioco, 1949.— Cap. XIII, pp. 283 y 284.  
PALMA, Ricardo... *Anales de la Inquisición de Lima*, en: *Tradiciones Peruanas Completas*.— Madrid, Imprenta Oframa, 1952.— p. 1184.  
En el proceso inquisitorial extractado por este último autor, el corsario figura como Juan Oxnem, mientras Odriozola y Alcedo Herrera lo llaman Juan Ojenkam.
4. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Viajes al Estrecho de Magallanes*.— Buenos Aires, Compañía Impresora Argentina, 1950.— T. I, pp. 97 y 199; y T. II, pp. 104, 160, 238, 367, 373, 379, 380, 381, 382, 383 y 384.  
LIZARRAGA O. P., fray Reginaldo de... *Descripción de las Indias*.— Lima, Imprenta Miranda, 1946.— Lib. II, cap. XLII, p. 207.
5. *Enciclopedia General del Mar*.— Barcelona, Imprenta de Agustín Núñez, 1958.— T. II, pp. 133 y 134.
6. *Loc. cit.*  
HAKLUYT, Richard... *Op. cit.*, pp. 769 y 803.  
Las aventuras de Cavendish han sido cantadas también en una novela histórica titulada *Captain for Elizabeth* (Nueva York, Crown Publishers, 1948), aunque lamentablemente no podemos ofrecer el nombre del autor por no haber llegado hasta nosotros.
7. ALCEDO Y HERRERA, Dionisio... *Op. cit.*, p. 102.  
*Enciclopedia... cit., loc. cit.*  
HAKLUYT, Richard... *Op. cit.*, p. 806.
8. LLOYD, Christopher... *Drake corsario y almirante*.— Madrid, Gráficas Tejarío, 1958.— Cap. V, p. 71.  
ALCEDO Y HERRERA, Dionisio... *Loc. cit.*  
HAKLUYT, Richard... *Op. cit.*, pp. 807, 808 y 809.  
LEVILLIER, Roberto... *Op. cit.*, T. X, p. 317.
9. *Ibidem*, pp. 294, 311 y 315.  
HAKLUYT, Richard... *Loc. cit.*
10. LEVILLIER, Roberto... *Op. cit.*, T. X, pp. 295, 312 y 315.  
HAKLUYT, Richard... *Op. cit.*, p. 810.
11. LEVILLIER, Roberto... *Op. cit.*, T. X, pp. 296, 317 y 419.
12. *Loc. cit.*
13. LEVILLIER, Roberto... *Op. cit.*, T. X, pp. 315, 316, 317 y 343; y T. XI, pp. 130 y 320.
14. *Loc. cit.*  
HAKLUYT, Richard... *Op. cit.*, p. 811.
15. LEVILLIER, Roberto... *Op. cit.*, T. X, pp. 321, 343 y 353.  
HAKLUYT, Richard... *Op. cit.*, pp. 811 y 812.  
MELO, Rosendo... *El Callao: monografía histórico-geográfica*.— Lima, Imprenta Gil, 1899.— p. 57.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

16. VARGAS UGARTE S. J., Rubén... *Op. cit.*, cap. XVI, p. 346.
17. *Loc. cit.*....  
LEVILLIER, Roberto... *Op. cit.*, T. X, pp. 356 y 357.  
HAKLUYT, Richard... *Op. cit.*, pp. 812 a 814.
18. SCHURZ, William Lytle... *The Manila Galleon*.— Nueva York, E. P. Dutton, 1959.— p. 306.
19. *Loc. cit.*  
*Enciclopedia... cit.*, *loc. cit.*
20. *Loc. cit.*  
VARGAS UGARTE S. J., Rubén... *Op. cit.*, cap. XVI, p. 347.
21. *Enciclopedia... cit.*, T. III, pp. 715 y 716.
22. *Loc. cit.*  
HAWKINS, Richard... *Observations of Sir Richard Hawkins, Knt. in His Voyage into the South Sea in the year 1593*.— Londres, Hakluyt Society 1847.— pp. 11 y 30.  
Al *Daintie*, nao capitana de Hawkins, también se le nombró la *Dainty* o, como traducían los españoles, la *Linda*.
23. HAWKINS, Richard... *Op. cit.*, pp. 108, 143, 144, 148, 149, 150, 151 y 153.  
LEVILLIER, Roberto... *Op. cit.*, T. XIII, pp. 130 a 184 y 193 a 200.  
LIZARRAGA O. P., fray Reginaldo de... *Op. cit.*, Lib. II, cap. XLIV, p. 210.  
VARGAS UGARTE S. J., Rubén... *Op. cit.*, cap. XIX, p. 407.
24. *Loc. cit.*  
LEVILLIER, Roberto... *Op. cit.*, T. XIII, p. 130.
25. VARGAS UGARTE S. J., Rubén... *Op. cit.*, cap. XIX, p. 407.  
Este autor deja entrever que el Virrey nombró a Beltrán de Castro y de la Cueva, hijo del Conde de Lemos y cuñado suyo, su lugarteniente, y que el título de General le correspondió al griego Miguel Angel Philipón. Es posible que así haya sucedido y que por el fracaso de la costa de Chíncha correspondiera en definitiva el generalato al de Castro, pero todos los demás documentos nos hablan de que no fue así, por lo que seguimos la pauta hallada en nuestras fuentes... También véase LEVILLIER (*Op. cit.*, T. XIII, pp. 188 a 191) y LIZARRAGA (*Op. cit.*, Lib. II, caps. XLV y XLVI).
26. HAWKINS, Richard... *Op. cit.*, pp. 156, 168, 171 y 172.  
LEVILLIER, Roberto... *Op. cit.*, T. XIII, p. 191.
27. LIZARRAGA O. P., fray Reginaldo de... *Op. cit.*, Lib. II, cap. XLIV, p. 210.
28. VARGAS UGARTE S. J., Rubén... *Op. cit.*, cap. XIX, p. 408.  
HAWKINS, Richard... *Op. cit.*, p. 174.  
ARRUS, Dario... *El Callao en la época del coloniaje*.— Callao, Imprenta de "El Callao", 1904.— p. 176.
29. LIZARRAGA O. P., fray Reginaldo de... *Op. cit.*, Lib. II, cap. XLV, p. 211.
30. *Loc. cit.*
31. VARGAS UGARTE S. J., Rubén... *Loc. cit.*
32. LIZARRAGA O. P., fray Reginaldo de... *Op. cit.*, Lib. II, cap. XLVI, p. 212.
33. HAWKINS, Richard... *Op. cit.*, pp. 175, 177 y 180.  
VARGAS UGARTE S. J., Rubén... *Op. cit.*, cap. XIX, p. 408.
34. *Loc. cit.*  
LEVILLIER, Roberto... *Op. cit.*, T. XIII, p. 184.
35. VARGAS UGARTE S. J., Rubén... *Op. cit.*, cap. XIX, p. 408 y 409.  
LEVILLIER, Roberto... *Op. cit.*, T. XIII, pp. 204 y 206.  
HAWKINS, Richard... *Op. cit.*, pp. 195, 196 y 223.
36. LIZARRAGA O. P., fray Reginaldo de... *Op. cit.*, Lib. II, cap. XLVI, p. 212.
37. VARGAS UGARTE S. J., Rubén... *Op. cit.*, cap. XIX, p. 409.  
HAWKINS, Richard... *Op. cit.*, pp. 225, 226, 239 y 240.  
LEVILLIER, Roberto... *Op. cit.*, T. XIII, pp. 198, 200 a 204 y 208.
38. VARGAS UGARTE S. J., Rubén... *Op. cit.*, cap. XIX, pp. 409 y 410.
39. LIZARRAGA O. P., fray Reginaldo de... *Op. cit.*, Lib. II, cap. XLVI, p. 213.
40. VARGAS UGARTE S. J., Rubén... *Op. cit.*, cap. XIX, p. 410.
41. *Ibidem*, pp. 410 y 411.
42. *Enciclopedia... cit.*, *loc. cit.*

*Capítulo XVI*  
EL DESCUBRIMIENTO  
DE LAS MARQUESAS  
Y DE LA ISLA SANTA CRUZ

LA EXPEDICION FRUSTRADA

El descubrimiento de las *Islas Marquesas*, acaecido en la segunda búsqueda de las *Islas Salomón*, tuvo un preludeo en la armada que se aprestó en el Callao para salir en demanda de las *Islas Fontacias* o *Fontasias*, también llamadas, con razón, las *Islas Fantasias*.

No se sabe a ciencia cierta en qué se fundaron las noticias sobre el exótico archipiélago, pero su origen creemos encontrarlo en las vagas leyendas de los yungas de la Costa que señalaban embarcaciones de mercaderes que desde misteriosas ínsulas venían a Chincha, Nazca, Acari y Arica a comprar mujeres, auquénidos y sal a cambio de oro. También en las soñadoras narraciones de ciertos marineros españoles de la Mar del Sur, hombres que como ese Juan Montanés que convenció al capitán Juan de Illanes, hablaban de islas frente a Arica, habitadas por indios muy navegantes que andaban vestidos con redes y tenían cinco mil canoas y balsas grandes con los bordes tachonados de oro.

Lo cierto fue que las *Islas Fontacias* tuvieron un anunciador y éste lo fue Alonso de Fuentes, hombrezuelo de historial oscuro que comía pan en Lima por los años que mandaba este Virreino don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete. Tratando de halagar al gobernante fue que Alonso de Fuentes —en cuyo honor se nombraron *Islas Fontacias*— las rebautizó las *Fontacias de Mendoza*. La mayor de tales ínsulas tenía cinco mil le-

Pedro Fernández de Quirós.



guas de perimetro, quedaba en dirección del polo antártico y estaba habitada por gente de raza blanca; otras islas esparcidas entre los grados 12 y 30 de latitud austral se hermanaban a la mayor, quedando éstas frente al Perú, a unas cuatrocientas leguas al Oeste de Lima. En suma, éstas eran todas las noticias que sobre las *Fontacias de Mendoza* se tenía<sup>2</sup>.

Parece que Alonso de Fuentes era de extracción humilde y esto lo distanció desde un comienzo de la dirección de la empresa descubridora. Eran tiempos en que el nombre estaba antes que el hombre y por tal razón tuvo que buscarse un socio que financiara la expedición y se brindara a dirigirla. El capitán dispuesto a comandar la armadilla lo fue el criollo Juan Roldán Dávila y Fernández de la Reguera, *el Mozo*, natural de Trujillo del Perú, donde había venido al mundo en el hogar del conquistador Juan Roldán Dávila, *el Viejo* (uno de los descubridores del Pacífico con Balboa), quien lo tuvo en su legítima mujer Leonor Fernández de la Reguera. La tradición marinera de su familia se remontaba al mogueño Francisco Roldán Jiménez, abuelo del *Mozo*, quien acompañó a Colón en su segundo viaje al Nuevo Mundo como capitán de una nave y Proveedor General de la Armada. Dicho esto se podrá tener alguna idea de lo que significaba el mar para el criollo de Trujillo y lo que representaba *el Mozo* a los ojos de Alonso de Fuentes. Hoy podemos añadir que siguiendo indicaciones del Virrey Toledo, *el Mozo* hizo tropas para llevarlas a la guerra de Chile, pero estando en esto se asomó Drake al Callao, entorpeciendo entonces su propósito y teniendo que salir en la armadilla que se destinó a perseguirlo. Con motivo de la incursión de Cavendish tornó a embarcarse Juan Roldán, mas el Virrey Conde de Vilar le mandó bajar a tierra y quedar en el Callao a guardar el puerto. Allí se esmeró en pertrechar soldados, gastando en ello 40,000 pesos de su peculio. Así las cosas fue que conoció a Alonso de Fuentes, entró en tratos con él y consiguió que el Virrey García Hurtado de Mendoza nombrara al *Mozo* Capitán General, el 15 de julio de 1592, con facultades para conquistar y poblar<sup>3</sup>.

Pero no había nacido el trujillano para encontrar las soñadas insulas, porque habiéndole obsequiado al Virrey un navío por valor de 36,000 pesos, se supo de la presencia del corsario Hawkins, motivo por el que se frustró definitivamente la expedición y el Capitán General tornó a su casa, muriendo en Trujillo algún tiempo después, en junio de 1601. Alonso de Fuentes no perdió los ánimos con la retirada de su socio y se dedicó a escribir cartas al Rey, siendo famosa ésa del 9 de abril de 1594. Pero aunque dos años después el *Mozo* renunció la Capitanía General en su hijo, el viaje no se realizó, recogiendo su recuerdo casi doscientos años después el *Doctor Océano*, Pedro de Peralta Barnuevo



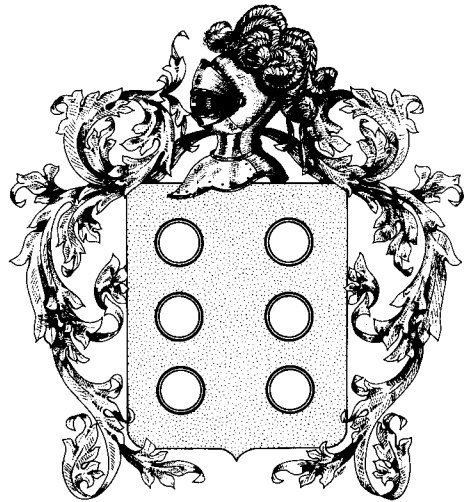
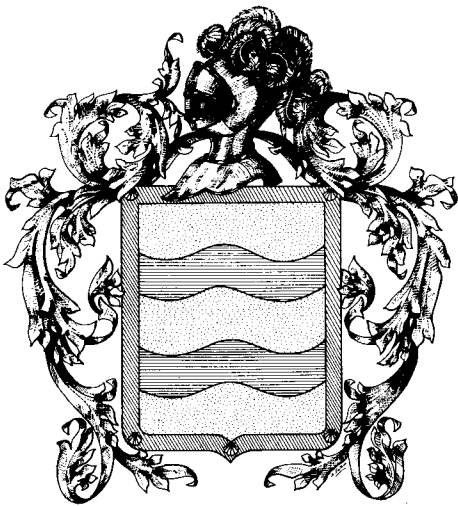
y Rocha Benavides, en su *Lima Fundada*, donde se recuerda a Juan Roldán Dávila y Fernández de la Reguera en los siguientes versos:

*"...A nuevo dispondrá (el Virrey) descubrimiento  
Al que (pues nunca la virtud engaña)  
Roldán ilustre, en náutico aparato  
Muchos hechos dará con un conato;  
Hallándose éste, á propia leal expensa,  
A las Islas Fontacias prevenido,  
El Hurtado, del Mar en la defensa,  
Le habrá contra el Britano dirigido:  
Así, con planta fiel, virtud intensa,  
De su estirpe la gloria, habrá seguido:  
Pues no pudo dejar, á tanta vista,  
De serle amor, lo que le fue conquista"*<sup>4</sup>.

De este modo las *Islas Fantasías* o *Fontacias*, doradas por el sol de la leyenda, se quedaron sin figurar en el mapa.

### LA SOLUCION SALOMONICA

Al desairado reto del océano, recogió el guante Alvaro de Mendaña y de Neira, convertido ya en Adelantado de las Islas Salomón. Mendaña —luego de su descubrimiento y del mal trato que le dió el Virrey Toledo en el Callao cuando la persecución de Drake— viajó a España dispuesto a quejarse a la Corona y a tentarla con la colonización de sus islas bíblicas. Refieren que halló a Felipe II en el famoso monasterio de El Escorial y que allí, en sus frías salas de piedra, expuso al monarca sus razones y lo convenció con sus proyectos. El Rey se dejó ganar por las riquezas del postergado archipiélago y, aunque tardó mucho en pensarlo, terminó recomendando a sus Consejeros de Indias estudiasen una capitulación con el hidalgo gallego. El documento se hizo esperar bastante, pero a la postre se convirtió en realidad, el 27 de abril de 1573. Por él se otorgó a Mendaña el título de Adelantado de las Islas Salomón, transmisible a su hijo o heredero; nombramiento de Gobernador y Capitán General con goce de sueldo; merced de poder volver a Indias en un navío cargado de mercaderías de Castilla libres de todo impuesto; exoneración del pago de alcabalas por el tiempo de dos décadas; privilegio de rendir el diezmo y no el quinto del oro y plata que alcanzase en su conquista; propiedad perpetua de dos pesquerías, una de ellas de perlas; y facultad para poder fundar ciudades, levantar fortalezas y repartir encomiendas. Por último —y esto parece haber sido lo más tentador del documento— una promesa de hacerlo Marqués con vasallos a perpetuidad, título que se condicionaba al buen fruto de la expe-



Escudos de las Casas de Mendaña y de Neyra.

dición. El documento, en toda su amplitud, debió ser considerado por Mendaña un fallo de la justicia, una solución salomónica<sup>5</sup>.

Luego de permanecer en España más de tres años, Mendaña regresó al Perú premunido de sus privilegios. Pero en Panamá tuvo sus querellas con el Gobernador de Tierrafirme don Francisco de Loarte y éste, lejos de dejarse impresionar por el Adelantado, dio con su persona en la cárcel. Salido de ella no sabemos cómo, viajó a Lima, desposando allí a doña Isabel Barreto de Castro, dama nacida en la Ciudad de los Reyes, para más señas en el barrio de Santa Ana, como hija legítima de los lisboenses Nuño Rodríguez Barreto y Mariana de Castro. La boda del Adelantado fue en mayo de 1586<sup>6</sup>.

Lograda la licencia del Virrey García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Mendaña pregonó su jornada y tendió bandera, nombrando por capitán a su cuñado Lorenzo Barreto de Castro y enviando a Lope de Vega, que ya lo era, a Trujillo y Saña a hacer gente y recoger bastimentos. Siempre con la ayuda del Virrey, el Adelantado pertrechó cuatro navíos, invistiendo con el cargo de Piloto Mayor de todos ellos al portugués Pedro Fernández de Quirós —en su patria Pero Fernandes de Queiros—, hombre de grandes conocimientos en las cosas de la mar y el más llamado a suceder a Pedro Gallego, fallecido algunos años antes<sup>7</sup>.

No obstante, si el nombramiento del lusitano fue un acierto, no lo fue el de Pedro Merino Manrique —Pedro Marino en otros documentos— como Maestre de Campo. Este era hombre canoso pero todavía recio, tenía un pésimo talante y ninguna paciencia, razones por las que apenas subió a la capitana riñó con el contra maestre de la nao, vejándolo de palabra y ocasionando que éste se pusiera insolente. Esto exasperó al Maestre, quien echando mano de su espada se lanzó contra el mareante, pero seis hombres se interpusieron y la sangre no corrió. Doña Isabel Barreto que esto vio desde el castillo de popa, dijo entonces al Piloto Mayor que la acompañaba: *“riguroso viene el maese de campo, si aquel fuera el modo de acertar en lo que se pretende, tuviera próspero fin, mas a mí muy lejos me parece de acertar”*<sup>8</sup>. Y dicho esto llamó la atención a los litigantes, para que no siguieran el pleito. El Maestre de Campo se mostró sorprendido y, picado por la amonestación inesperada, comentó a voces: *“Mire lo que tenemos acá”*<sup>9</sup>. Quirós, que seguía junto a doña Isabel, se indignó con el comentario y puso cara de ira, lo que hizo que el Maestre pusiera brazos en jarra y le dijera muy altivo: *“Conóceme, ¿no sabe que soy el maese de campo, y que si navegamos los dos en una nao y le mando embestir con unas peñas que lo ha de hacer?”*<sup>10</sup>. Respondiéndole Quirós, también con ira: *“Cuando ese tiempo venga, haré lo que me pareciere no ser*

*desatino; y, yo no reconozco en esta armada otra cabeza sino el adelantado que me ha entregado aquesta nao, cuyo capitán soy, y en llegando le diré las obligaciones que tiene y tengo; y créase de mí, que si entendiera ser señor de todo lo que se va a descubrir, por sólo no ser mandado por quien tanto se adelanta y tan poca reputación muestra, no fuera a la jornada*"<sup>11</sup>. Poco después llegó el Adelantado Mendaña y al serle presentado el episodio anterior, hizo como que ponía el rostro muy serio y diciendo que en el acto pondría el necesario remedio, ingresó a su cámara. Allí hizo venir a Fernández de Quirós y, lejos de hacerle justicia, le rogó encarecidamente que olvidara lo ocurrido. Parece que se lo pidió una y otra vez, aceptando el lusitano finalmente sus rogativas y comprometiéndose a borrar de su memoria el incidente<sup>12</sup>.

Pasado esto, desde el "*puerto del Callao de los Reyes del Perú*"<sup>13</sup>, la armada partió el sábado 10 de abril de 1595, día de San Macario el Armenio, rumbo a Santa, Trujillo y Chérrepe.

La primera nave en tomar la punta no fue precisamente la capitana, como era de rigor, sino la única galeota de la armada, llegando prestamente al puerto de Santa y capturando allí un barco que iba de Panamá a Lima cargado de negros y mercaderías. Entre otras cosas se le tomó el batel, por estar en óptimas condiciones, pretendiéndose que el hurto halagara al Adelantado Mendaña, quien entró al puerto poco después. Mas este se mostró muy contrariado con el robo y, tras reprender al capitán de la galeota, le ordenó devolver todo lo tomado y pagase de su bolso los estropicios. Esto disgustó mucho a la gente, sufriendo detrimento la popularidad de Mendaña<sup>14</sup>.

De Santa se pasó a Chérrepe, puerto de Santiago de Miraflores de Saña, donde ya estaba el capitán Lope de Vega con la gente y bastimentos esperando, lo que sí fue celebrado con aplauso general. Agradecido y alegre, el Adelantado lo hizo contraer matrimonio con su cuñada doña Mariana de Castro, obsequiándole por la boda el título de Almirante de la Armada. Mas las fiestas del acontecimiento se vieron ensombrecidas por otra proposición delictiva: cambiar la capitana que era algo vieja por un barco muy boyante que estaba por zarpar a Panamá con harinas y azúcar. Con razón rechazó Mendaña el ofrecimiento, pero a la noche manos criminales barrenaron la capitana y comenzó a hacer agua por tres o cuatro vías. Todos se quejaron y protestaron no seguir en nao tan maltrecha, opinión a la que se sumaron los hombres de la mar aduciendo que con tal embarcación no llegarían a las Islas Salomón. Mendaña remitió la causa a su Maestre de Campo, quien inició una información sobre que tomaban la otra nave impelidos por las circunstancias, abordando seguidamente la nao y tasándola los carpinteros de ribera en 6,600 pesos de plata ensayada más que el valor

de la capitana, comprometiéndose entonces el Adelantado —antes de ver fracasada su expedición— a aceptar el hecho disfrazado de derecho y a cancelar tal diferencia a su vuelta de la jornada, aunque fuera hipotecando su armada<sup>15</sup>.

Luego se empezó a poner las cosas en orden, desembarcándose a los que tenían fama de revoltosos y a las mujeres que lejos de ir a poblar viajaban a lucrar con sus pecados. De paso riñó al Maestre de Campo, quien juró no olvidar el hecho, y a continuación entregó una carta de marear a cada piloto de nave, guardándose él la quinta tras pregonar que todas eran iguales. Tales cartas, para evitar desercciones y amotinamientos, mostraban sólo la costa del Perú, desde San Marcos de Arica a San Francisco de Paita<sup>16</sup>.

Embarcóse el Almirante en la nao nueva y se inició la repartición de bastimentos, muchos de ellos tomados por fuerza. Esta fue la causa por la que el Corregidor de Saña Bartolomé de Villavicencio se apartó del puerto y se llevó los indios de servicio; lo hizo para obligar a la armada a zarpar pronto, pero ésta carecía por completo de agua, por lo que Mendaña decidió acudir por ella a Paita<sup>17</sup>.

En Paita se mostró el Maestre de Campo sumamente agresivo: primero riñó con el Vicario, luego con el capitán Lorenzo Barreto, y, finalmente, apaleó a un soldado. Estando en este último altercado, desenvainada la espada y desencajado el rostro, apareció doña Isabel cuando la tripulación estaba a punto de amotinarse. Le llamó ásperamente la atención, pero el Maestre se mostró tan airoso que tiró el bastón del maestrazgo al suelo. Mendaña, siempre débil de carácter, pretendió terciar y terminó dándole la razón a Pedro Marino, facultándolo a castigar a otro soldado que había acudido en ayuda del primero, pero en esto intervino Pedro Fernández de Quirós y, aunque lo amonestó Mendaña, logró que se soltaran los presos. El Maestre se sintió tan herido que se marchó a tierra, diciendo que allá le enviaran la petaca con su ropa, pero tras él bajó el Adelantado y rogándole que perdonase el mal momento, suplicándole que no lo abandonara en víspera de la partida, consiguió hacerlo regresar. Vueltos ambos a la capitana, el Piloto Mayor se negó a seguir en tales condiciones, pero Mendaña otra vez le echó los brazos al cuello y suplicándole con los mismos argumentos que al Maestre logró que no lo dejara, previa promesa de dejarlo actuar con libertad en materia de navegación<sup>18</sup>.

Superadas, aparentemente las dificultades, embodegaron mil ochocientas botijas de agua. Haciéndose el recuento de la gente se sacó en claro que sumaban un total de 378 personas, 280 de las cuales estaban en aptitud de tomar las armas. También entraban en la primera cuenta muchas mujeres, así solteras como casadas, las vecinas de las futuras ciudades que se

pensaba fundar en las Islas Salomón. Las naves, a su vez, seguían siendo cuatro: la capitana se llamaba *San Jerónimo*, debiendo ir en ella el Adelantado y doña Isabel, la hermana de ésta, recién casada, y sus dos hermanos Diego y Luis; la almiranta se nombraba *Santa Isabel*, estando destinada para Lope de Vega, el Almirante; la galeota *San Felipe*, con su capitán Felipe Corso; y la fragata *Santa Catalina*, de la que iría por teniente el capitán Alonso de Leiva. Estando todo en orden y tras decir: "*Buen viaje nos dé Dios*"<sup>19</sup>, los peruleros zarparon con destino a las islas del Rey Salomón, el viernes 16 de junio de 1595, festividad de los santos Vito y Modesto.

### "LAS MARQUESAS DE MENDOZA"

La navegación se inició con rumbo Sur-Oeste, aprovechándose los vientos australes, "*que son los vientos del Perú*"<sup>20</sup>. El viaje —no en vano se partió con banderas desplegadas, atambores y clarines— transcurrió en medio de gran diversión, por haber casi un casamiento por día: los soldados, preparándose a colonizadores, querían tomar mujer entre las muchas de a bordo. Por esta causa hubo ambiente de bodas y tornabodas. Bebiendo y comiendo los soldados la pasaron bien. Ya aparecerían en el horizonte las *Islas del Rey Salomón* y entonces, a más de satisfechos, se verían todos ricos. Las *Islas Fantasías* nunca habían existido, las *Islas Salomón* pertenecían a la realidad.

Efectivamente, el 21 de julio, víspera de la Magdalena, por la tarde aparecieron unas islas en el horizonte "*de que todos se alegraron mucho*"<sup>21</sup>. Mendaña, agradecido a Dios por su ayuda, cayó de rodillas en cubierta, acompañándolo el resto de sus hombres que enfervorizados cantaron el *Te Deum laudamus*, como era usual en tales casos. A la mañana siguiente, puestos al Mediodía de la ínsula, se fueron acercando a ella los cuatro navíos. De tierra no se notó nada excepto una gran vegetación, pero pasado un rato salieron de la parte del Este multitud de piraguas con balancín en ambas bordas con tres y diez remeros cada una. Las canoas sumaban setenta y sus bogadores hasta cuatrocientos "*indios*". Cuando se aproximaron a las naves entre gritos y vivaces movimientos, los peruleros pudieron apreciar que los nativos eran "*casi blancos y de muy gentil talle, grandes, fornidos, membrudos, buenos el pie y la pierna, y manos con largos dedos; buenos ojos, boca y dientes, y las demás facciones; de carnes limpias, en que mostraban bien ser gente sana y fuerte; hasta en el hablar eran robustos. Venían todos desnudos sin parte cubierta; los cuerpos y rostros todos muy labrados con un color azul, y dibujados algunos pescados y otras labores; los cabellos como mujeres, muy crecidos y suel-*

*tos, algunos los traían torcidos y con ellos mismos dadas vueltas; eran muchos de ellos rubios y había lindos muchachos, que cierto para gente bárbara y desnuda era gusto el verlos*"<sup>22</sup>.

Los nativos remaban con furia y señalaban su puerto diciendo *atalut* y *analut*. Llegando a los navíos ofrecieron cocos a sus tripulantes, cierta casta de nueces, rechonchos plátanos y una comida como masa envuelta en hojas, también buenos cañutos llenos de fresca agua. Miraban las naos y hablaban como si estuvieran solos, riéndose muchos de las ropas de las mujeres. Uno subió a la capitana ayudado por los marineros, siendo obsequiado con una camisa y un sombrero, prorrumpiendo en risas al verse ataviado y dando voces a sus compañeros para que festejaran su para él ridículo atuendo. Con esto se animaron unos cuarenta nativos y subieron a la nave con la mayor libertad del mundo, haciendo poco caso de sus dueños y dedicándose a recorrerla con natural curiosidad. Todo lo preguntaban, nada escapaba a su vista, pero lo que verdaderamente llegó a extasiarlos fue la gran variedad de colores de los vestidos. Recién entonces parecieron reparar en las personas y se entretuvieron en mirar las barbas y rostros de los soldados, tocarles los brazos y pecho. A todos se les dio camisas y sombreros, pero todo lo que recibían luego lo colgaban al cuello, entregándose a una danza de regocijo mientras a voces llamaban a sus compañeros de las piraguas y les mostraban lo recibido. Pero concluido el baile varios se mostraron impertinentes, pues con sus cuchillos de caña dieron en cortar el tocino de la cocina y querer llevárselo todo. Los contramaestres se pusieron fuertes, pero ellos no hicieron caso, sospechándose que a ese paso terminarían por desvalijar el barco. El Adelantado vio que era prudente terminar con la rapiña y mandó disparar un cañoncillo. La explosión de la pólvora los asustó tanto que todos se lanzaron de cabeza al mar, excepto uno que asido a una borda pretendió seguir allí colgado; un soldado descargó sobre su mano un golpe de arma blanca y el nativo se soltó, cayendo al agua donde fue recogido por sus compañeros, a quienes mostraba su herida con ánimo de que apreciaran su calidad. Furiosos enlazaron el bauprés y con piraguas pretendieron remolcar el navío hacia la costa. Al fallarles el intento un viejo que hacía de caudillo y estaba bajo un quitasol, de pie en su canoa se mesaba su barba larga y lanzaba miradas de fiereza a la par que daba órdenes. Sonaron entonces trompetas de caracol y embraveciéndose los nativos con sus sonos golpearon con sus remos las bordas de sus piraguas, frenéticos de ira: era la señal de ataque. De inmediato sacaron sus lanzas y lanzaron piedras con hondas, de lo que salió herido un perulero. Algunos soldados pretendieron disparar sus arcabuces, pero como había llovido algo no tomó fuego la pólvora. Aún así uno disparó y todos





El Virrey García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, en cuyo honor se bautizaron las Islas Marquesas de Mendoza.

los nativos se descolgaron a la defensiva por la borda oculta de sus embarcaciones, quedando colgados dentro del agua y observando, creyendo que así no corrían peligro. El viejo caudillo, por no hacerlo rápido, recibió un arcabuzazo en la frente y cayó muerto con siete u ocho de los suyos. Con la muerte del jefe se espantaron los isleños y emprendieron el regreso a la playa. Poco después enviaron una piragua con tres parlamentarios; uno traía un ramo verde y una cosa blanca en la mano que parecía señal de paz. Dieron a entender que invitaban a los hombres blancos a su aldea, y en gesto amistoso dejaron unos cocos, pero no se fue tras ellos por considerarse a los isleños gente de la que se debía desconfiar<sup>23</sup>.

La isla en cuestión, a la que Mendaña bautizó de la *Magdalena*, tendría diez leguas de perímetro. Era limpia y tajada, alta y montuosa, en otras palabras, volcánica. Según los cálculos del Piloto Mayor estaba en diez grados de altura y a mil leguas de Lima. Los peruleros preguntaron muchas veces a Mendaña sobre si aquella era una de las Salomón, pero éste no estaba nada seguro de ello. Los isleños eran del color de la madera, pero no del ébano. Diferenciados por primera vez los polinesios de los melanesios, Mendaña no supo qué decir de aquella isla. La crónica añade: "*Desconociólo el Adelantado, y así desengañado dijo no ser las islas en cuya demanda venía, sino descubrimiento nuevo*"<sup>24</sup>.

Efectivamente, a poca distancia de la Magdalena se divisaron otras tres: la *Isla de San Pedro*, diez leguas al Norte, con cuatro leguas de perímetro y grandes arboledas; la *Isla Dominica*, cinco leguas al noroeste de la anterior, con unas quince leguas de orilla y también con zonas boscosas, corriendo toda la insula del Nor-Este al Sur-Oeste; y la *Isla de Santa Cristina*, de nueve leguas de perímetro, separada una legua de la Dominica por un canal limpio y hondo<sup>25</sup>.

Acercados a la Dominica, el mismo día 22, salieron a los navíos muchas piraguas con nativos, "*pareciendo algunos de color más morenos*"<sup>26</sup>, pero por sus voces y gestos mostraron ser igual que los anteriores. Apuntaban a tierra para que fueran a ella los peruleros, esmerándose en hacerlo un viejo bien agestado que en una mano traía un remo y en la otra una "*cosa blanca*"<sup>27</sup>. Mendaña quiso ir ese mismo día por la tarde, pero el viento se lo impidió, también la ausencia de puerto. Buscando éste estaban cuando subieron algunos isleños a la fragata. Eran "*tan dispuestos, aunque desnudos, que... parecían gigantes*"<sup>28</sup>. La comparación fue oportuna, porque después todos los peruleros comentaron "*que —un nativo— con gran facilidad había alzado una ternera de una oreja*"<sup>29</sup>.

Al día siguiente, mientras el Adelantado enviaba al Maestre de Campo con veinte soldados por agua a la isla de Santa Cris-

tina, salieron al batel muchísimas canoas en son de guerra. Los soldados se alteraron y disparando sus arcabuces derribaron varios nativos. Estando en esto subieron a la capitana cuatro de ellos "*muy gallardos*"<sup>30</sup> y luego de pasearla sin ser vistos se llevaron una perrilla que era la engreída del fiero Maese de Campo, lanzándose con ella al mar y bogando a la playa en sus piraguas.

El 25 de julio, día de Santiago, el Adelantado tornó a enviar al Maestre de Campo a la misma isla por agua y también a seguir buscando puerto. El Maestre rodeó entonces un pueblo y a tambor batiente entró a él y exigió se le escuchara. Acudieron como trescientos nativos, por lo que el Maestre hizo una raya en el suelo y demandó no la pasaran. A continuación pidió cocos y agua, todo lo cual se les alcanzó. Pero vino a matar tanta fiereza la presencia de unas muchachas isleñas, todas muy hermosas, las que salieron cargadas de frutas y se sentaron junto a los españoles, permitiendo que éstos las acariciaran atrevidamente, lo que terminó por relajar la disciplina. El Maestre no quiso entrar en estos devaneos y preocupándolo la escasez de agua, envió a unos nativos —a los que dio botijos— por ella. Los isleños las trajeron repletas, pero a la hora del recuento faltaban cuatro. La razón era muy sencilla: ignoraban la cerámica y al conocerla se encariñaron demasiado con ella<sup>31</sup>.

En un puerto que encontró el Maestre de Campo fondeó la nao capitana seguida de las otras tres. Al día siguiente, que se contó 28 de julio, bajó a tierra el Adelantado con su mujer y gran séquito a oír la primera misa que en ella se decía. La cantó el Vicario y algunos nativos que se acercaron a la ceremonia, se arrodillaron las veces que vieron hacerlo a los peruleros. Junto a doña Isabel se sentó una muchacha isleña muy hermosa y tan rubia que quiso cortarle un mechón de cabello, pero la moza se recató demasiado y por no enojarla se la dejó en paz<sup>32</sup>.

Aquí Mendaña tomó posesión de las cuatro islas y las nombró las Marquesas de Mendoza "*en memoria del marqués de Cañete*"<sup>33</sup>, Virrey del Perú que tanto había ayudado a la expedición. Acto seguido, a modo de presente llevado desde tierra peruana, el Adelantado por su propia mano sembró *maíz* delante de los polinesios, siendo ésta la primera vez que se hizo en el *Novísimo Mundo*. Mas luego se embarcó y fue con su mujer a comer a la capitana, quedando en tierra el Maestre de Campo quien a poco empezó a pelearse con los nativos. Estos, tras lanzarle piedras y lanzas a él y a sus soldados, huyeron al monte con sus mujeres e hijos, haciéndose fuertes en tres picachos o peñoles, "*y por las mañanas y tardes, todos a una vez, hacían un rumor sonoro y concertado que retumbaba por las quebradas y se respondían a gritos*"<sup>34</sup>.

Aún así, la gente de los navíos no vio inminente la pelea y —deseosa de regocijarse— bajó a una playa que se aseguró con centinelas. Poco tardaron los nativos en venir de paz, infiltrándose amistosamente entre los cristianos y tratando de entenderse por señas. Estando así las cosas, vale decir, en su mejor momento, alguien desde los barcos ordenó disparar a dos piraguas que rondaban sospechosamente, disparáronse los arcabuces y mataron cinco isleños. Los demás, amedrentados, huyeron; pero el Maestre de Campo vio llegada la ocasión de escarmentar a sus enemigos y llevando a los muertos a la costa los colgó allí para que sirvieran de ejemplo<sup>35</sup>.

El puerto donde estaban las naos, al Oeste de la isla, se llamó de la *Madre de Dios*. Era lugar abrigado de vientos y pintoresco como el que más gracias a un manantial cristalino que caía desde lo alto, a una aldea polinesia muy galana y al boscaje de fondo que todo lo teñía de verde. La opinión del Piloto Mayor añade a lo ya expuesto: *“Algunos indios de esta isla no parecieron tan blancos como los de la Magdalena: tienen el mismo uso de hablarse, las mismas armas y canoas... Su pueblo es como los dos lados de un cuadro: el uno de Norte-Sur, y el otro del Leste-Oeste, con las pertenencias bien empedradas; lo demás es como plaza llana de muy altos y muy espesos árboles. Las casas parecían comunidades, son hechas a modo de galpones y de dos aguas; el suelo más alto que el de la calle. Pareció se recogía mucha gente en cada casa, porque había muchas camas señaladas, y estas bajas. Las unas casas con puertas bajas y otras tenían abierto todo el lienzo fronterizo: son armadas de madera y entretejidas de unas muy grandes cañas, que tienen canutos de más de cinco palmos de largo y gruesas como lo es un brazo, y la cubierta de las hojas de los árboles de la plaza”*<sup>36</sup>.

Apartado del pueblo se vio un oráculo y al centro el templete de madera con feos ídolos de palo; el oráculo estaba protegido por una cerca de troncos; los ídolos tenían ofrendas. También se halló en la isla de Santa Cristina gallinas y puercos de Castilla, nueces y calabazas, frutos exóticos. Los mareantes se entreuvieron analizando las piraguas de balancín. Había *“piraguas de un solo palo, con forma de quilla, popa y proa, y añadidas con falcas de tablas amarradas fuertemente con ternelas que hacen de los cocos; y caben bien cuarenta indios bogadores; y con éstas [piraguas] daban ellos [los nativos] a entender, porque se lo preguntaron, que iban a otras tierras. Lábranles con unas azuelas, que hacen de gruesos [¿huesos?] pescados y caracoles: afilanles en guijarros grandes que para esto tienen”*<sup>37</sup>.

Pero si las piraguas de balancín impresionaron a los marineros, marineros y soldados sucumbieron al embrujo de aquellas exóticas mujeres polinesias. *“Las mujeres... —todos las conside-*

raron— *lindas de piernas, manos, bellos ojos, rostro, cintura y talle, y ser algunas más hermosas que damas de Lima, con serlo mucho las de aquel lugar; y que en lo tocante a blancura no se podían decir albas, pero blancas: andaban con cierta cobertura de pechos abajo cubiertas...*"<sup>38</sup>.

Sin embargo, a pesar de las paradisíacas hembras, nadie se quiso quedar en la isla a poblar. Varias veces lo insinuó el Adelantado, pero nadie aceptó su invitación. Por eso, y porque todos habían salido a buscar *Las Islas del Rey Salomón*, el 5 de agosto de 1595 las naos partieron de *las Marquesas de Mendoza*<sup>39</sup>. Descubiertas desde el Perú, atrás quedaron las islas que aún conservan su nombre marquesal.

### TINAKULA: LA ISLA DEL VOLCAN

Tras navegar quince días al Oeste sin novedades ni contratiempos, el domingo 20 de agosto los navíos avistaron una isla que el Adelantado llamó de San Bernardo, por ser su día. Salido el sol se percataron que había tres islillas más cargadas de cocoteros, pero se apreciaron tan pequeñas que sumando el perímetro de todas se calcularon ocho leguas. Hoy sabemos que se trataba de las *Danger*, ínsulas que aún llaman *Puka-Puka* los nativos polinésicos<sup>40</sup>.

Comprobadas no ser las Salomón, el Adelantado ordenó seguirse de largo. Se pasó entonces, sin saberlo los peruleros, al Sur de *Nakunono* y *Fakaofu* y al Norte del archipiélago de Samoa; más adelante se acercaron a *Nukulaelao* y *Nurakita*, dejando *Rotuma* a la banda de babor. En algún punto del mar —el 29 de agosto— se descubrió la *Isla Solitaria*, identificada hoy con la de *Niulakita*. Era baja, redonda y arbolada, sin agua dulce y sin puerto. Los soldados se sintieron defraudados y prorrumpiendo en maldiciones comentaron que las famosas *Islas del Rey Salomón* habían sido tragadas por el océano. Otros, más alarmistas todavía, confesaron sus temores de ir a parar a la Gran Tartaria. Los pilotos no ayudaron con su opinión, porque en breve confesaron que debían estar perdidas sus derrotas, porque según el mapa o carta de marear proporcionado en el Perú por Mendaña, estaban navegando sobre islas que no aparecían por ninguna parte<sup>41</sup>.

Como era de esperarse pronto cundió el mal humor. Riñeron entre sí los soldados y riñó Quirós con el Maestre de Campo. El Piloto Mayor, que se sentía engañado, también riñó con Mendaña y con Lorenzo Barreto de Castro. Conscientes de lo que sucedía determinaron a la larga firmar las paces y propiciar a los viajantes el camino de la piedad. Todos los días, por lo menos en la capitana, soldados y marineros cantaban la *Salve* ante

una imagen de la Virgen de la Soledad, advocación a propósito por hallarse en esos mares. El Adelantado, tratando de estimular los ánimos, todas las vísperas de fiesta enarbolaba estandartes y soltaba gallardetes, haciendo batir tambores y soplar cornetas. Pero esto no los hizo olvidar la realidad. Todos sabían que escaseaba el agua y que pronto vendrían los racionamientos. La capitana era la mejor provista del potable líquido, pero el Adelantado no era jefe dadivoso y los demás barcos temían a la sed<sup>42</sup>.

Por fin, la noche del 7 de setiembre de 1595, se vio tierra en medio de nublados y cerrazones. Una inmensa nube negra parecía defender a la isla de la vista de sus descubridores. Para apreciarla mejor se separó la almiranta, pero el mar se embraveció y el cielo se hizo más oscuro, lo que forzó a la capitana a encender el farol de emergencia destinado a guiar a la armada en similares situaciones. Dos naves le respondieron con sus respectivos fanales o lumbres, pero la almiranta no. A poco brilló un tercer farol, pero tampoco era el de Lope de Vega. Toda la noche se distrajo en buscar la nave de éste, noche infernal para doña Mariana de Castro que, a bordo de la capitana, no cesaba de llorar. Así llegó el alba y no apareció la almiranta. Se dijo que estaría bordeando la isla, pero nadie se convenció. El espectáculo de una india peruana en la cubierta que lloraba por un soldado, posiblemente su amante, hizo presagiar lo peor<sup>43</sup>.

Tratando de distraerse los hombres miraron a tierra. La isla era un enorme volcán pelado y cónico de cuyo cráter salían centellas. Las primeras luces solares trocaron las centellas en humo negro y espeso, lo que no fue óbice para que el coloso de roca dejara de lanzar algún fuego. El Adelantado se acercó a la isla con su nao, haciéndolo tras él la *Santa Catalina* y el *San Felipe*, aunque la primera pronto se apartó en su afán de hallar a la *Santa Isabel*<sup>44</sup>.

El espectáculo era soberbio. La isla fue cobrando mil matices al tiempo que perdía su color morado y las palmas cocoteras empezaron a mostrar sus gráciles siluetas. Acercándose más a la insula, los navíos se empequeñecían a la sombra del volcán. La isla, en sí era grande, parecía muy hermosa, se comentó que era rica. Al poco tiempo *"salió de ella un canalucho con su vela y detrás de él una flota de otras cincuentas, y dando voces y meneando las manos llamaban a las naos [los nativos remadores], y aunque con recelo también los llamaban los nuestros. Llegaron la gente que en ellos venía, era de color negro atezado y algunos más loros; hombres todos de cabellos frisados, y muchos los traían blancos, rubios y de otros colores, por ser cierto el teñirlos y quitado la mitad dél en la cabeza, y hechas otras*

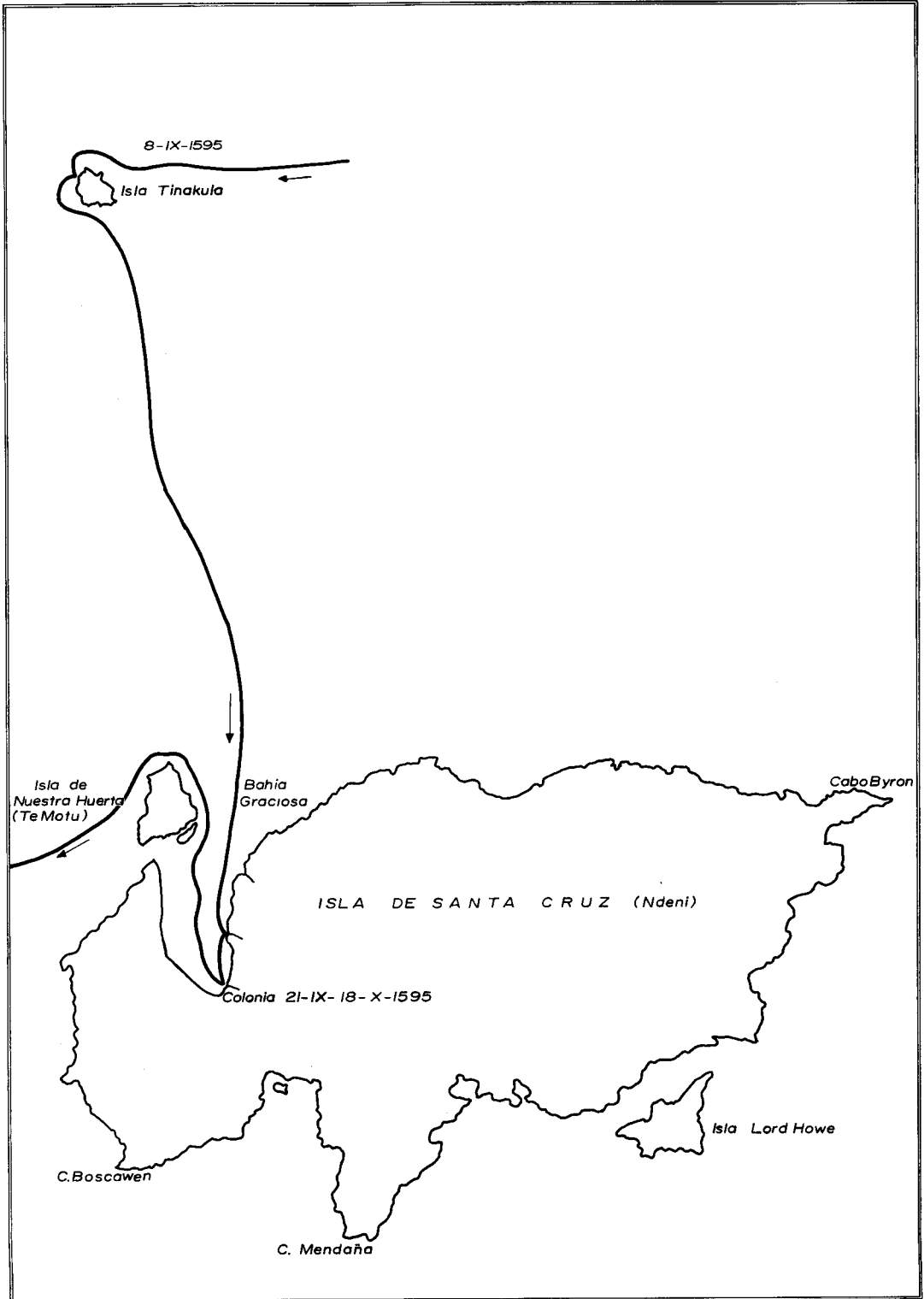
diferencias; los dientes teñidos de colorado: venían todos desnudos, salvo partes que las cubrían con unas telas blondas, y con tinta más negra que su color embijados todos, y de otros colores hechas en el rostro y cuerpo algunas rayas. Traían ceñidas y en los brazos muchas vueltas de bejuco negro, y al cuello muchos sartaes de cuentecillas muy menuda, de hueso y ébano y dientes de pescados; y de las caras de los ostiones de perlas, colgadas por muchas partes, muchas patenas chicas y grandes. Las canoas eran pequeñas, algunas venían amarradas de dos en dos, con unos lechos un poco altos y contrapesos, así como los de las primeras islas. Sus armas eran arcos, y las flechas tenían púas muy agudas de palo tostado y otras de huesos arponadas, y algunas de plumas metidas en carcajes untadas las puntas, que pareció ser yerba; y aunque de poco daño, traían piedras, macanas de madera pesada que son sus espadas, dardos de palo recio con tres órdenes de arpones, en más de un palmo de punta; y como se trae el tahali traían unas mochilas de palma bien obradas, llenas de vizcochos, que hacen de unas raíces, de que todos venían comiendo, y con facilidad dieron parte. Como vió el Adelantado su color, los tuvo por la gente que buscaba, y decía: esta es tal isla, ó tal tierra. Hablóles en la lengua que en el primer viaje aprendió, pero ni ellos a él, ni él a ellos jamás [sel entendieron]<sup>45</sup>. La pintura de los isleños melanesios en sus *katamarán* a vela es, sencillamente, inmejorable.

Los melanodermos llegaron a las naos y las miraron de cerca, luego las rodearon con mayor curiosidad y terminaron cambiando impresiones a voces entre ellos. Finalmente se pusieron de acuerdo y, a las instancias de un caudillo viejo, sacaron sus armas y dieron gran grita; entonces, muy resueltos, dirigieron sus armas contra las naves y dispararon sus flechas. Las saetas se clavaron en las bordas o se perdieron entre los mástiles. Al instante dispararon los arcabuces y sonó una estampida colosal. Varios isleños se desplomaron con los pechos atravesados por las pelotas de plomo y los demás, imposibilitados de entender lo que ocurría, optaron por fugar, que es la primera solución que alcanza el desconcierto. Los peruleros, lejos de perseguirlos, se dedicaron a buscar un puerto. Sólo encontraron una bahía abrigada por las peñas y allí las naves fondearon. Por la noche garreó el ancla de la capitana y no ocurrió una tragedia porque se salvó con viento. Sin embargo, regresó la *Santa Catalina* con la nada alegre nueva de que no había hallado a la *Santa Isabel*<sup>46</sup>.

Varios días se pasó en Tinakula, la isla del volcán. Hubo tiempo para desembarcar y darse cuenta de su pequeñez definitiva. Si al principio la creyeron grande por su gran mole de fuego, ahora no la vieron tanto desde un nuevo puerto que habían conseguido al Nor-Oeste de ella. Durante varios días se

Las islas de Tinakula y de Santa Cruz en la ruta  
de Alvaro de Mendaña. (Basado en *Calendar  
of Documents*, por Celsus Kelly  
O. F. M. Madrid, 1965).





trató de explorarla en su conjunto, pero la fiereza de los negros isleños derivaba en lucha cada expedición. Las noches siempre se pasaban a bordo por temor a los salvajes, escuchándose entonces músicas de guerra y tambores de palo que partían de la playa. Pero si esto representó alguna angustia, no fue nada al lado de la que brindó el volcán. Cierta noche bramó tanto que su cráter voló hecho pedazos en medio de una explosión atroz; seguidamente enormes lenguas de fuego quisieron lamer el cielo cubierto de estrellas, desapareciendo finalmente éstas por el mucho y negro humo que se elevó. Tembló la tierra en un violento terremoto y el mar, por no mostrarse indiferente, se movió de una manera inusitada. Los barcos acusaron el castigo y empezaron a crujir. Los soldados y marineros, sobre todo las mujeres, debieron caer de rodillas y pedir perdón por sus culpas, clamando misericordia a Dios. Lo cierto fue que, parece que en este preciso momento —mientras el volcán bramaba vomitando fuego y la isla temblaba en una danza de pavor— el Adelantado Alvaro de Mendaña decidió dejar el apocalíptico paraje y ordenando largar velas hizo que los barcos se dirigieran al Sur. Allí había noticia de islas más tranquilas<sup>47</sup>.

#### SANTA CRUZ: LA ISLA DEL INFIERNO

Todavía se veía el humo de Tinakula cuando el *San Jerónimo*, la fragata *Santa Catalina* y la galeota *San Felipe* descubrieron la *Isla de la Santa Cruz*. Era el mes de setiembre, ignorándose la fecha exacta del hallazgo. Tanto fue el placer que suscitó su presencia que estuvieron a punto de nombrarla *Isla del Paraíso*, pero pudo más la devoción al Santo Leño y la tierra ganó su título definitivo<sup>48</sup>.

Contra todo lo que se esperaba, salieron los melanodermos de paz, todos en grandes piraguas de un grueso tronco, embarcaciones con balancín y un mástil en el que izaban una vela triangular de petate con el vértice hacia abajo. Los negros traían flores rojas en el cabello y ventanas de la nariz, acercándose a las naves y subiendo a ellas luego de dejar sus armas en las canoas. Su reyezuelo, un sesentón "*de buen cuerpo y color loro, algo flaco y cano*"<sup>49</sup>, traía en la cabeza unos plumajes azules, amarillos y colorados, y en las manos un arco y flechas con puntas de hueso. Subió a bordo con la mayor naturalidad del mundo y, una vez en cubierta, al acercarse Mendaña, le dio la mano como si fuera su costumbre, aprovechando la oportunidad para decir que se llamaba Malope. Luego, lo de siempre. Trocó su nombre por el del Adelantado y a éste permitió usar el suyo, cambiándose de este modo los títulos según el uso melanésico<sup>50</sup>.

Mendaña se halagó con el recibimiento —tan parecido al de ese otro reyezuelo de las Islas Salomón— y le obsequió una camisa y cosas de poco valor, pasando luego a repartir entre sus acompañantes cascabeles, cuentas de vidrio, trozos de tafe-tán, copos de algodón y cartas de baraja. Queriendo divertirse un algo, los soldados hicieron que el barbero de a bordo rapara la cabeza a dos o tres nativos con su filuda navaja, quedando contentísimos los rasurados y extasiándose más con los espejos y tijeras del equipo barberil. Al final quisieron llevarse las tijeras, pero no los dejaron ejecutar su sano deseo<sup>51</sup>.

A partir de este momento los nativos fueron considerados amigos y su rey Malope el pilar del futuro vasallaje de la isla a la Corona española. Es verdad que hubo un momento en que se dudó de él. Fue cuando algunos negros flecharon a tres soldados y el Maestre de Campo bajó a tierra a vengarlos, incendiando una aldea y volviendo con siete hombres heridos. Pero después de los castigos y daños todo quedó en claro al salir Malope muy quejoso afirmando que otros nativos, enemigos suyos, habían sido los causantes de los flechazos. Se le dieron mil disculpas y volvió a reinar la paz, pero a partir de entonces el reyezuelo nunca quiso visitar la capitana<sup>52</sup>.

El día de San Mateo —21 de setiembre— el Adelantado llevó sus naos a otro puerto que nombró la *Bahía Graciosa*, en la parte nor-occidental de la isla. El paraje era muy bello y en la boca de la bahía estaba una exótica islilla que los peruleros —dado su valor y tranquilidad— denominaron *Nuestra Huerta*. Por la noche los melanodermos hicieron hogueras en la playa y dieron muchos gritos "*como que toreaban o hacían burla, y muy claro decían: amigos*"<sup>53</sup>. A la mañana siguiente se convencieron de que tal voz no era sincera, porque quinientos guerreros embijados se apostaron en la playa y lanzaron piedras y flechas a las naves; en su afán de alcanzarlas con sus proyectiles, algunos se metieron a disparar con el agua al pecho, mas como la distancia era grande quisieron hurtar las boyas que flotaban. Para impedirlo saltó en el batel Lorenzo Barreto de Castro con arcabuceros y rodeleros, logrando que huyeran los negros pero a costa de dos soldados heridos. Exasperado con esto dirigió el batel a tierra —a lo que no tenía permiso— y penetrando el bosque quiso perseguirlos. El Maestre de Campo que esto vio se llenó de ira y profiriendo juicios muy fuertes contra Lorenzo Barreto bajó a socorrerlo. No los dijo tan bajo que los dejara de oír doña Isabel Barreto, la hermana del ofendido, y estando el Maestre en el batel lo amonestó públicamente por los conceptos vertidos. El Maestre se indignó con las voces de la hembra y jurando mil locuras se hizo conducir a tierra, donde —para demostrar su enojo y desdén— se quedó a dormir solo aquella noche como si no hubiera nativos<sup>54</sup>.

Los que volvieron a bordo contaron que la isla tenía puercos y gallinas de Castilla, perdices, tórtolas, palomas torcazas, patos, garzas y muchas aves más, y también unas repugnantes lagartijas negras y ferocísimas hormigas. Hablando de frutas dijeron haber visto mucho género de plátanos y deformes calabazas, exóticas raíces y bejucos para jarcia, bledos, verdolagas y albahaca; por último, jeníjibre, caracoles grandes y nacaradas ostras semejantes a las conchas de la China... Por lo demás, la tierra era negra, esponjosa y suelta. Entusiasmado Alvaro de Mendaña con las noticias, hizo público su propósito de fundar una ciudad en tan rica isla<sup>55</sup>.

Los días que continuaron fueron felices. Desde el barco el Adelantado planeaba la colonización; en tierra el Maestre de Campo penetraba la isla; y Malope, el reyezuelo negro, comportándose con la sinceridad del buen amigo, todas las mañanas traía alimentos para los soldados. Así se comenzó a dar traza al poblado que el Adelantado pensara tanto a bordo de la capitana, levantándose luego la iglesia y las casas aledañas a la plaza mayor. Las construcciones eran de caña y palos, los techos de bejuco y paja, a falta de clavos se comenzaron a emplear fuertes fibras. Mendaña bajaba con frecuencia a la aldea y se alegraba de ver su progresar. Pero no todos estaban satisfechos, porque muchos pensaban que el sitio no era bueno y que merecía trasladarse a otra parte la nascente población. En realidad era un pretexto. El descontento se debía a que temían que el Adelantado los dejara allí y él se fuera a buscar la *Isla de San Cristóbal* o, lo que era peor, que el Piloto Mayor se fugara con los barcos al Perú<sup>56</sup>.

La verdad se vio completa el día que comenzó a correr un papelucho a modo de requerimiento, firmado por los descontentos: pedían al Adelantado que los sacara de la *Isla de Santa Cruz*. Mendaña recibió la noticia en cama, porque ya por esos días confesó estar enfermo. Sobreponiéndose a su mal bajó a tierra a indagar lo que maliciaba y, en todo caso, exigir el documento. Hubo cambio de palabras, pero el escrito no salió a la luz. Creyendo Mendaña haber extirpado de raíz el espíritu de sedición, tornó a la nao capitana. Pero los soldados entendieron que tal convicción no cambiaría los propósitos del jefe y, para crearle dificultades, mataron a dos nativos: luego fueron a Mendaña con el cuento de que la tierra estaba de guerra, pidiéndole ordenase entregarles la artillería. Parece que el Adelantado no lo consistió y por ello los soldados volvieron a la playa hablando de asesinar a sus caudillos, apresarse a los marineros y obligar a los pilotos a navegar al Perú<sup>57</sup>.

Como algo de esto llegó a oídos de Mendaña, para evitar las deserciones mandó quitar las velas a los navíos y guardarlas

en el cuerpo de guardia. A esta medida de seguridad los soldados respondieron tornando a sacar el papelucho de las firmas y pidiendo sus pagas adelantadas, por lo que —previendo se les contestase no había dinero— dieron en murmurar “*que en los vestidos de doña Isabel había para gastar dos años*”<sup>58</sup>.

Otra vez bajó Mendaña a tierra y halló a la gente con mal rostro y las espadas ceñidas. El Maestro de Campo le salió al encuentro y quejóse públicamente de que algo malo tramaban los soldados contra él, porque las muchas mentiras que corrían estaban encaminadas a indisponerlo con el Adelantado. Terminó diciéndole a éste, casi a voces, que como descubriera a los culpables los colgaría de un árbol. Lo dijo tan insolente que se entendió por sus palabras que actuaría sin consultar a nadie. El Adelantado que hasta entonces había estado callado y triste por ser su ánimo de enfermo, se limitó a susurrar: “*ya me pierden el respeto*”<sup>59</sup>. Alguien quiso salir en su defensa y echó mano a la espada, pero Mendaña lo detuvo diciéndole en voz baja: “*no es tiempo, no es tiempo*”<sup>60</sup>. Dicen que cuando regresó a bordo el Adelantado se tumbó sobre una caja y no se pudo mover, tal estaba de cansado, por lo que unos pajes lo ayudaron a subir los pies y lo acomodaron. Como si esto fuera poco, otra tarde hubo disparos en la playa y poco después llegó en una canoa Diego Barreto de Castro, su cuñado, asegurando que la gente estaba amotinada y querían matar a Alvaro de Mendaña por haberlos engañado.

Tan mal estaba de salud el Adelantado que tuvo que bajar a tierra el Piloto Mayor Pedro Fernández de Quirós. Lo primero que le dijeron los soldados al verlo pisar la arena fue: “*aquí no venimos a sembrar, que para esto mucha tierra hay en el Perú... No son estas las islas que el Adelantado nos dijo, ni tenemos de quedar aquí. Embarquémonos y vámoslas a buscar, o si no, llévennos al Perú o a otra parte de cristianos*”<sup>61</sup>. Quirós, que era hombre de una sola pieza, habló en defensa del Adelantado y añadió que las naves estaban en muy mal estado para volver al Perú. Los revoltosos contestaron que si no llegaban al Perú, cuando menos los llevaran a Manila. No tuvo Quirós argumentos para refutarlos y hubo de volver a la capitana entre amenazas y bravatas de los alzados.

Envalentonado el Maestro de Campo con lo ocurrido viajó en otro batel a visitar a Mendaña. Isabel Barreto que lo vio llegar dijo a su marido: “*Señor, matadlo, o hacedlo matar: ¿qué más quereis, pues os ha venido a las manos? y si no, yo le mataré con este machete*”<sup>62</sup>. Pero el Adelantado quería evitar derramamiento de sangre y lo recibió, sabiendo que luego volvería a tierra hilvanando mil mentiras. Efectivamente, de regreso de su visita, Pedro Merino continuó siendo la cabeza de la efervescencia.

Porque faltaba comida para los del pueblo y las naves, el Piloto Mayor volvió a salir con el batel y unos arcabuceros. En su búsqueda encontró catorce puercos y alimentos en general, pero los bocados de comida no callaron a los maldicientes. Como el descontento aumentaba y no se le veía final halagador, Alvaro de Mendaña decidió —por no quedarle otra salida— matar al Maestre de Campo. Haciendo un gran esfuerzo se levantó de la cama y rodeado por sus más fieles amigos marchó a tierra con cara de hacer justicia. Halló a Pedro Merino almorzando, interrumpiendo el Maestre de Campo su comer para salir a recibir al Adelantado irrespetuosamente sin jubón ni sombrero. No obstante, tuvo tiempo para ceñir daga y espada, así como para empuñar su bastón de mando. Mendaña que lo vio venir alzó los ojos al cielo y, entrecortando un suspiro, asíó el puño de su estoque y gritó: “¡Viva el Rey, mueran traidores!”<sup>63</sup>. Entonces el soldado Antonio de la Roca dio un salto y cayendo sobre Pedro Merino le dio una puñalada en la boca y otra en el pecho; un Sargento que lo secundó hundió un cuchillo bohemio en el pecho del herido. Revolviéndose en su sangre el Maestre quiso sacar su espada, pero un mareante le derribó el brazo de un machetazo y el mutilado cayó definitivamente al suelo pidiendo confesión. No hubo tiempo para que acudiera ningún sacerdote y el masacrado terminó de morir en los brazos de una vieja que acudió presurosa a recitarle las oraciones al oído<sup>64</sup>.

Hubo a esto un gran revuelo y los descontentos fueron tomados por sorpresa, posesionándose el desconcierto de todos ellos. Se batió un tambor por parte de los leales y murió un rebelde principal; mientras tanto, Diego Barreto de Castro agitaba la bandera real y vivaba al Rey a todo grito. Lograda la victoria se cortaron las cabezas a los muertos y se las clavó en una lanza a cada una. Doña Isabel Barreto que esto vio se apresuró a ir a tierra, llegando en circunstancias que todo estaba ganado, reinando la paz por doquier. Mendaña, hombre acostumbrado a no matar, se dejaba vencer por los escrúpulos. Entendiendo finalmente que de no haber hecho eso con el Maestre de Campo éste se lo hubiera hecho a él, ordenó una misa de perdón para todos y hubo reconciliación general. Terminada la ceremonia religiosa los soldados se repartieron las ropas de los difuntos y saquearon sus petacas; luego los enterraron, cada uno con su cruz<sup>65</sup>.

Estando todos en paz se supo que unos hombres que habían salido por alimentos con el Alférez Buitrago habían matado traidoramente a Malope. Un soldado le acercó su arcabuz a una sien y disparó. El reyezuelo cayó al suelo con el rostro tinto en sangre y sus vasallos, los pocos que esto vieron, repartieron la voz por la isla. Los asesinos pretendían que con tal crimen se despertara la guerra y ella desanimara al Adelantado de



**Idolo polinesio. (Colección del autor.  
Foto: Manuel Romero).**









Hacha y espadilla polinésicos. (Colección del autor. Foto: Manuel Romero).



seguir en Santa Cruz. Pero se equivocaron en sus proyectos, porque ingresando a la aldea de los peruleros fueron presos sin tener tiempo a defenderse y puestos todos en el cepo. La justicia empezó por el Alférez, al que se cortó la cabeza arrojándose su cuerpo al mar, no sin grandes lloros de su mujer que quería impedirlo desde la playa. Luego tocó el turno al matador de Malope, pero se mostró tan arrepentido que envió a decirle al Adelantado que lo perdonase, que había actuado de modo irracional, que lo serviría de por vida y que, para pactar su compromiso, se casaría con una india criada de doña Isabel Barreto, a la que decían la *Pancha* y era oriunda del Perú. Se comprobó que era un pobre diablo y a ruegos del Piloto Mayor se le perdonó la vida, haciéndose lo mismo con todos los demás. El matador del reyezuelo pasó preso a la capitana, donde se le encerró en un pañol, pero una vez en tal celda se negó a probar alimento y se dejó consumir por la vergüenza y la melancolía, no bebiendo sino agua de mar, por lo que murió a los pocos días. Atendiendo a la poca razón que hubo en todos los revoltosos, el cronista se despedirá diciendo: "*y con eso acabó la tragedia de las islas donde faltó Salomón*"<sup>66</sup>.

A la mañana siguiente Mendaña mandó llevar a casa de Malope las tres cabezas de los ajusticiados, mas como los españoles hallaron a los indios huidos dejaron allí la cabeza del Alférez y las otras dos regresaron al pueblo para enterrarlas, según lo suplicó el Vicario. Los soldados volvieron con los dos cráneos y se comprometieron a llevarlos a sepultar al templo, pero cayó el sol y esto no aconteció. Tampoco se enterraron esa noche, amaneciendo desolladas en la playa por habérselas comido los perros<sup>67</sup>.

A todo esto el Adelantado empeoraba al extremo de sólo ser hueso y pellejo. Los nativos, indignados por la muerte de Malope, atacaron incesantes alcanzando tres victorias en un día. Los ánimos estaban por el suelo, todos los soldados se sentían mal, alguno comentó que esa isla era el infierno. La víspera de San Lucas murió el capellán Antonio de Serpa y se duplicó el trabajo del Vicario. La siguiente noche hubo eclipse de luna y se tomó por mal agüero. Alvaro de Mendaña que miraba de otro modo al cielo, empezó a dictar su testamento. Por facultárselo una real cédula dejó la gobernación de las Islas Salomón y de la de Santa Cruz a su mujer, y por General a su cuñado Lorenzo Barreto. El Piloto Mayor, hombre que había procedido con toda rectitud, mereció el cargo de albacea. Llegada la hora de firmar el documento el Adelantado no pudo y tuvo que ser ayudado para hacerlo. Luego se le trajo un Cristo y se confesó con el Vicario, quien luego le dio los últimos Sacramentos. Mendaña, con la poca voz que le quedaba, recitó el salmo *miserere mei* y musitó



Tipos melanesios según un dibujo español en 1606.

el *Credo*. Terminado éste entró en agonía y murió. Era el 18 de octubre de 1595, una hora después del mediodía<sup>68</sup>.

El entierro se efectuó esa misma tarde en la iglesia del pueblo. El cadáver, colocado dentro de un ataúd cubierto con un paño negro, se llevó al templo en hombros de ocho oficiales. Los soldados le rindieron honores de Gobernador y Capitán General, acompañándolo con sus arcabuces a la funerala, esto es, los cañones hacia el suelo. Los tambores destemplados sonaron roncocos y lentos; el pífano tocó muy solo, acaso porque muy solos quedan siempre los muertos<sup>69</sup>.

### DOÑA ISABEL BARRETO DE CASTRO

Como los enfermos morían a diario y los nativos atacaban insistentemente, los soldados volvieron a sus quejas y hablaron de partir lo antes posible al Perú. El General Lorenzo Barreto de Castro pretendió no hacerles caso y, mientras disimulaba, envió por tercera y última vez a la fragata a buscar a la almiranta; pero después de varios días la *Santa Catalina* regresó sin noticia halagadora, trayendo solamente cuatro muchachos e igual número de muchachas melanesios para que aprendieran la lengua española y pudieran servir de intérpretes en otra expedición<sup>70</sup>.

Los soldados tornaron a lamentarse y el General Lorenzo Barreto ya no pudo disimular, entre otras cosas, porque herido de flecha en una pierna estaba en cama sin moverse, acudiendo junto al lecho los quejosos con sus peticiones. Cierta día se comentó que el General estaba grave, que la herida se le había pasmado y que se esperaba su morir. Le llevaron al Vicario que estaba temblando de fiebre y lo confesó, no durando después sino unas horas porque al romper el alba del 2 de noviembre falleció. Los soldados, sin tener ya a quien quejarse, murmuraron: "*Dios le perdone*"<sup>71</sup>.

La Gobernadora doña Isabel Barreto de Castro no resistió más seguir en tierra y abandonando su cabaña se embarcó en la capitana. El pueblezuelo fue abandonado por sus habitantes y en la playa sólo quedó una guarnición de quince hombres con la bandera. Se aprovechó para coger leña y empipar agua, llevándose todo a bordo. Cuando esto se hubo hecho, los quince hombres con su bandera se incorporaron a las naves el 7 de noviembre. El pueblo, triste y ruinoso, ofrecía un aspecto tétrico con su iglesia repleta de cadáveres; las calles estaban solitarias y llenas de desperdicios; "*era cosa notable ver en la playa andar los perros aullando como que preguntaban la causa porque se iban y los dejaban. El más chiquito se echó a la mar y vino nadando, y por tanta lealtad fue recibido*"<sup>72</sup>.



Al día siguiente falleció el Vicario recitando preces al Altísimo. Se llamaba Juan Rodríguez de Espinoza y dejó un gran vacío entre los sobrevivientes; se le sepultó en el mar para que no lo desenterraran los nativos. Para recoger alimentos y poder hacerse a la vela marchó entonces Luis Andrada a la islilla *Nuestra Huerta*, volviendo con bizcocho y carne de puerco luego que sus soldados, dando rienda suelta a sus impulsos, mataron con rabia doce decenas de estos animales. Otra incursión del Piloto Mayor alcanzó muchos cocos y plátanos. Se hablaba de partir, era cierto, pero la Gobernadora Isabel Barreto de Castro decía que para seguir a las Salomón, porque sospechaba que en la *Isla de San Cristóbal* estaba aguardando la almiranta. No quedaba allí su buen propósito, sino que añadiendo razones muy frías decía que no hallando allí a la perdida nao seguiría a Filipinas por sacerdotes y luego volvería a colonizar las Salomón. Los soldados, al oírla, se indignaban<sup>73</sup>.

La Gobernadora no por ello se calmó. Por el contrario, haciendo gala de una indolencia admirable, ordenó que los enfermos fueran transbordados de la capitana a la fragata. Se suscitó un protesta general porque los dolientes iban muy malos y la *Santa Catalina* carecía de comodidades, especialmente de techo, pero ella habló de tenderles una lona a modo de cobertizo y no hubo más remedio que acatar. A final, cuando ya nadie lo esperaba, cambió de parecer y toleró que se quedaran en la capitana. Acaso lo hizo pensando en lo que hubiera sido deseo de su esposo, al que esa noche bajó a desenterrar de la iglesia Diego de Vera, volviendo con los putrefactos restos a bordo. Esta vez los supersticiosos soldados no los quisieron recibir en la capitana y los despojos del pobre Adelantado de las Islas Salomón terminaron aceptándose en la fragata con gesto de misericordia<sup>74</sup>.

Al siguiente amanecer, que se contó 18 de noviembre de 1595, los tres barcos largaron velas y partieron de la Isla de Santa Cruz. Los soldados, encaramados en las bordas, gritaban al pueblo abandonado: "*Ahí te quedarás rincón del infierno que tanto nos has costado*"<sup>75</sup>. Pero la población se fue haciendo cada vez más pequeña y terminó por convertirse en un punto negro. La *Isla de Santa Cruz* también se fue reduciendo hasta trocarse en una lejana montaña que se la tragó la bruma<sup>76</sup>.

En plena navegación el tiempo se puso malo. Los tres barcos empezaron a moverse y un viento huracanado desgarró las viejas velas; el estay mayor se quebró y las jarcias estallaron de podridas. La Gobernadora, apreciando que así nunca llegarían a la *Isla de San Cristóbal*, ordenó aproar a las Filipinas. Su voz sonó esta vez con algo de comprensión, pero el Piloto Mayor calculó que se tendrían que vencer novecientas leguas, cundiéndolo una desesperanza grande. Aún así, Quirós enfiló al noroeste



tratando de eludir el archipiélago de la Nueva Guinea, fecundo en mortales arrecifes<sup>77</sup>.

En medio de grandes olas que subían por la proa y barrían la cubierta, las tres naves fueron acercándose a la equinoccial, línea que vencieron alrededor del 11 de diciembre. De día hacía mucho sol, pero de noche gran frío. La galeota *San Felipe*, no tan obediente como debía, se apartaba mañosamente de la capitana, terminando por desertar casi al tiempo que se cruzaba el ecuador. Partió pensando que el *San Jerónimo* y la *Santa Catalina* nunca llegarían a su destino. En realidad la situación era desesperada en estas dos naves mayores. *"La ración que se daba era media libra de harina, de que sin cernir se hacían unas tortillas amasadas con agua salada y asadas en las brasas; medio cuartillo de agua lleno de podridas cucarachas, que la ponían muy ascosa y hedionda. La paz no era mucha causada de la mucha enfermedad y poca conformidad. Lo que se veían eran llagas, que las hubo muy grandes en pies y piernas; tristezas, gemidos, hambre, enfermedades y muertos con lloros de quien les tocaba; que apenas había día que no se echasen a la mar uno y dos, y día hubo de tres y cuatro; y fue de manera que para sacar los muertos de entre cubiertas, no había poco dificultad. Andaban los enfermos con la rabia arrastrados por lodos y suciedades que en la nao había. Nada era oculto. Todo el pío era agua, que unos pedían una sola gota, mostrando la lengua con el dedo, como el rico avariento a Lázaro. Las mujeres, con las criaturas a los pechos, las mostraban y pedían agua, y todos a una se quejaban de mil cosas... La Salve se rezaba a la tarde, delante de la imagen de Nuestra Señora de la Soledad, que fue todo el consuelo en esta peregrinación"*<sup>78</sup>.

Entre todos estos cuadros de dolor sobresalía un "barchilón" (nombre que en Lima se daba a los que curaban enfermos) que había servido muchos años en el Hospital de Santa Ana de la Ciudad de los Reyes. Era un "venerable viejo y buen cristiano... siervo de Dios y Viejo honrado"<sup>79</sup>, que se nombraba Juan Leal, aunque todos lo conocían por *El Ermitaño*. A bordo de la capitana curaba a los dolientes y si estaban graves los ayudaba a bien morir, también amortajaba a los difuntos y por las noches, rezaba. Su figura era la de un ángel protector, atardecido y desgredado: vestía sayal pegado a las carnes que le llegaba a la media pierna y andaba descalzo, luciendo barba y cabellos muy largos. Hablaba poco, oraba mucho y, a partir de la medianoche, se pasaba las horas meditando. Entonces no se movía, haciéndolo como una sombra cuando algún enfermo lo llamaba demandando ayuda<sup>80</sup>.

Como el mal tiempo arreciaba fue urgente el achicar con la bomba para expeler el agua que entraba. Entonces nadie quería fatigarse y los sanos se fingían enfermos cuando no se escondían.

Como a los verdaderos enfermos se les mejoró la ración con alguna manteca y miel, el número de los dolientes aumentó de manera sospechosa. Ya nadie quería trabajar y pensaban que no deberían fatigarse para poderse defender de las olas al momento del naufragio. Las velas estaban tan desgarradas que parecían harapos de mendigo, las jarcias sogas podridas en la horca, los mástiles picotas que reclamaban carroña. La furia del viento aumentó quebrando palos y antenas; hubo vela con treintitrés costurones y otra igualmente parchada que no se pudo izar por no haber quien lo hiciera. Se navegaba sólo con dos velas maestras y se avanzaba muy poco, pero los marineros y soldados seguían con la peregrina idea de no fatigarse para poderse defender a la hora de la catástrofe<sup>81</sup>.

El Piloto Mayor convenció a la Gobernadora que obsequiase algún vino o aceite de las varias botijas que tenía en su despensa, pero doña Isabel consideraba un derroche semejante cosa y no dio nada para castigar a los ociosos. Finalmente accedió a los ruegos de Quirós y entregó dos tinajuelas de aceite, calmándose los beneficiados y cesando de lamentarse; pero pasado el sabor del obsequio volvieron a sus plañideras voces, lo que decidió a la Gobernadora a no volverlos a regalar. A esto respondieron los soldados confesando que preferían el banco de una galera de turcos porque allí podían esperar el rescate de los mercedarios o una victoria que los liberase. La Gobernadora, por no quedarse atrás, pretendió lavar sus vestidos con la poca agua que aún quedaba. Así lo envió a decir al Piloto Pedro Fernández de Quirós, solicitándole una botija, pero el marino le mandó decir que *"mirase el tiempo, y no parecía justo gastar largo el agua que había, pues, era poca"*<sup>82</sup>. Doña Isabel se sintió herida en lo más hondo de su alma y voceó indignada: *"De mi hacienda no puedo yo hacer lo que quiero?"*<sup>83</sup>. La escuchó el Piloto y le respondió *"que de todos era, y por todos iba; que buena era la tasa para lo que faltaba por andar, y suya la obligación de acertarse para que los soldados no dijese que lavaba su ropa con su vida de ellos; y que estimase en mucho la paciencia de los que estaban padeciendo, y no quitaban por fuerza cuanto en la nao llevaba; pues gentes hambrientas a veces saben pasar adelante"*<sup>84</sup>. Doña Isabel se apaciguó con la reflexión y su dolido orgullo supo perdonar a quien la llamaba al orden.

No ocurrió lo mismo con quien le acudió con la noticia de que los marineros y soldados pensaban alzarse y saquear los pañoles. Le respondió entonces la iracunda hembra: *"Aquí me vienen con cuentos sin que yo los quiera saber?"*<sup>85</sup>. Su informante se amoscó y sólo atinó a contestarle: *"Mirad, señora, que no son santos los que os hablan; y bien lo muestran en lo que os dicen, y piden en su provecho"*<sup>86</sup>. La Gobernadora no se dignó contestarle, pero todos pudieron comprobar que se retiró molesta.

**La Isla de los Ladrones y sus rapaces habitantes,  
en un grabado seiscentista.**

**655**





El único que sufría en silencio era Juan Leal, *El Ermitaño*. Curando enfermos de día y recitando preces de noche, su figura sólo se desplazaba para hacer el bien. Acurrucado junto a una cuaderna, sentado en el suelo de tabla, parecía pensar en cosas santas y vivir arrebatos místicos. Pero un amanecer no se movió y alguien acudió a despertarlo. Le tocó el hombro una y otra vez, pero el venerable viejo siguió sin moverse. La alarma cundió entre los enfermos y todos desesperaron a una voz: ¡el Ermitaño había muerto!<sup>87</sup>.

### LA HAZAÑA DE LA PERULERA

Tras haberse perdido de vista la fragata *Santa Catalina* y de continuar el tiempo malo aunque no peor; el *San Jerónimo* —siempre con la proa al noroeste— descubrió una islilla en el horizonte. Esto aconteció el sábado 23 de diciembre de 1595, acaso muy por la tarde, razón por la que se dejó su exploración para el siguiente día. En efecto, amanecido el domingo subió un marinero a la cofa y desde allí vio un cinturón de arrecifes que rodeaba a la ínsula. El reventar de las olas contra la barrera de coral puso a todos al borde del pánico, haciéndose especiales votos a San Antonio de Padua, por ser el día de su nacimiento. Lo cierto es que a las tres de la tarde el peligro había pasado, por lo que, aprovechando el vientecillo y la corriente, el *San Jerónimo* se acercó a la isla al tiempo que salían de ella algunas pocas canoas con nativos. Un isleño se apartó con su embarcación y se puso a barlovento: era desnudo y de cabellos largos, también comía algo y bebía agua de coco, pero no se pudo determinar si lucía barba. La curiosidad devoraba a todos, porque en caso de no ser lampiño el indígena, los peruleros estaban en las *Islas de los Barbudos*, hoy nombradas *Carolinas*<sup>88</sup>.

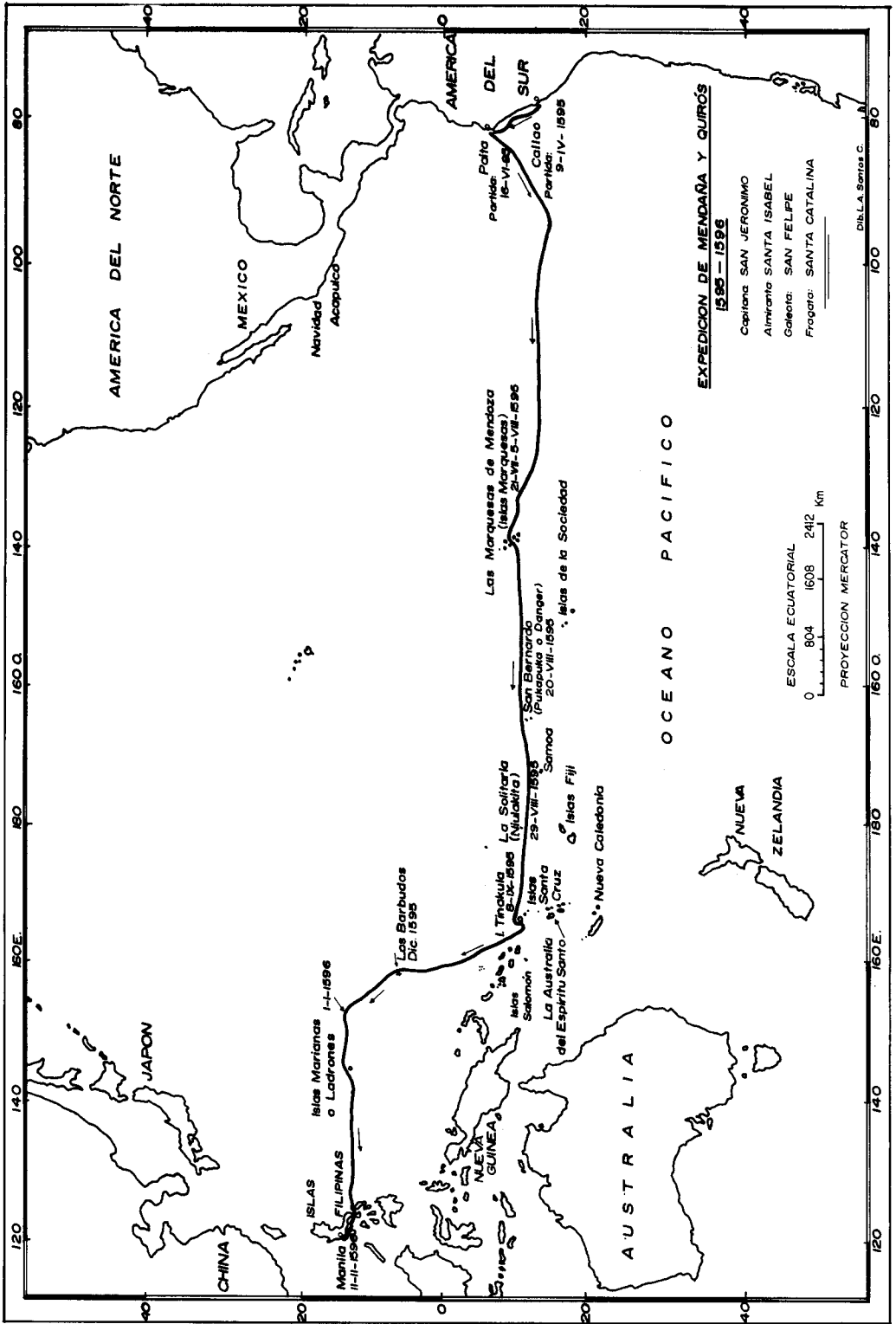
Por el peligro de los arrecifes continuó la nave al nor-noroeste, conduciéndola Pedro Fernández de Quirós con maestría y seguridad. El día de Año Nuevo se hallaron los navegantes en catorce grados de latitud septentrional y dos días después avistaron las *Islas de los Ladrones* —hoy conocidas por *Marianas*— integradas por dos muy grandes llamadas *Guam* y *Serpana*. De la de Guam salieron piraguas a vela con “indios ladrones que son unos hombres fornidores de razonable color”<sup>89</sup>. A voces decían *charume*, que se traducía: *amigos*; y *herrequepe*, que significaba “*daca hierro*”<sup>90</sup>. La braveza del mar volcó algunas piraguas, pero sus ocupantes las enderezaron con relativa facilidad, volviéndolas a tripular y utilizando sus dos proas. Se acercaron a la capitana y ofrecieron cocos, plátanos, arroz y agua, también unos peces voladores y dorados muy grandes, así mismo petates y otras chucherías, todo lo cual trocaron por hierros viejos. Los isleños

subieron a la nave y hasta —haciendo honor al nombre de sus islas— pretendieron robar un pedazo de arco de pipa, pero dos escopeteros inescrupulosos les dispararon al cuerpo y se mató a un par de hurtadores, siendo esto lo único que ensombreció aquel soleado y alegre día<sup>91</sup>.

Sin poder bajar a tierra por falta de aparejos para descender el batel, la capitana se apartó de las Islas de los Ladrones y siguió su rumbo a Filipinas. Este archipiélago se vio un domingo al amanecer, pero Quirós no tuvo seguridad de que lo fuera y prohibió desembarcar a los entusiastas. Por la noche se perdió de vista tierra y el lunes todos estaban furiosos contra el Piloto Mayor, sintiéndose perdidos en la mar oceánica. Dicen que la desmoralización fue tan grande que doña Isabel Barreto de Castro se retiró a su cámara a rezar y a prepararse a la muerte con un libro de horas en las manos y llorando. Los soldados y marineros seguían odiando a Fernández de Quirós, acusándolo de haberlos metido nuevamente en el mar por negarse a tomar tierra. Especialmente le prodigó muy duros juicios un soldado que antes había estado en Filipinas y que a la sazón parecía tener al diablo encastillado en el cuerpo. Este decía que todo se había perdido y que ya no volverían a dar con el archipiélago<sup>92</sup>.

Sin embargo, poco antes de caer el sol avistaron una bahía y entrando a ella salió a ver la capitana un *barangay*, embarcación nativa, con tres aborígenes. Los tales guiaron su barquilla a barlovento y desde allí se pusieron a observar quieta y mudamente. Alguien les gritó si eran cristianos y uno de los nativos les contestó en lengua de Castilla. Entendieron todos hallarse de verdad en Filipinas, lo que constataron plenamente poco después cuando los tres desconfiados isleños se acercaron y dijeron a sus interlocutores que estaban en la bahía de Cobos, en el Cabo del Espíritu Santo. La alegría fue muy grande, pero no satisfechos con la realidad geográfica preguntaron por la política, inquiriendo quién era el Gobernador. Les respondieron que Luis Pérez de Mariñas, con lo cual todos se sintieron aliviados y dieron rienda suelta a su alborozo, porque habían tenido nueva que con una gran armada había bajado el Emperador del Japón y ahora resultaba falsa la invasión del archipiélago filipino<sup>93</sup>.

Doña Isabel Barreto quiso adelantarse a los acontecimientos y confabulándose con sus hermanos lo envió por tierra a Manila a notificar al Gobernador. Ella, por su parte, zarpó con el *San Jerónimo* de la Bahía de Cobos el 29 de enero de 1596, con intención de navegar hasta Cavite, puerto situado dos leguas al sudoeste de Manila. En el viaje se mostró roñosa, porque a pesar de haberse subido a bordo mucha comida, no quiso aumentar las raciones y tampoco dejar abrir dos costales de harina y un recipiente de vino, menos aún matar dos puercas de su propie-





La ruta del Adelantado Alvaro de Mendaña y de su esposa Dña. Isabel Barreto de Castro, 1595-1596. (Basado en *Calendar of Documents*, por Celsus Kelly O. F. M. Madrid, 1965).

dad con las que se pretendió festejar el feliz término de todo. También se mostró dura en los castigos. En fin, se notó en ella no sólo el deseo de salvar lo que le quedaba de su hacienda, sino el de sancionar a los que consideraba culpables del fracaso de la expedición salomónica; y éstos eran todos los sobrevivientes<sup>94</sup>.

Trece días después de haber zarpado de la Bahía de Cobos, la nao capitana avistó el puerto de Cavite. Esa misma tarde —11 de febrero de 1596, víspera de Santa Olaya— la nave hizo su ingreso al puerto con el pabellón al tope y algunas velas infladas. Una estruendosa salva de artillería retumbó en los aires, siendo seguida por otras de arcabucería que hicieron las tropas de la gobernación formadas en la playa. Entre una y otras repicaron muy alegres las campanas de la iglesia, acudiendo a la ribera multitud de gente que pronto sirvió de cortina de fondo a los uniformes, alabardas y banderas. La multitud bulliciosa que presenciaba el ingreso de la nave ignoraba que de la Isla de Santa Cruz al puerto de Cavite habían muerto cincuenta personas, también que habían desertado la fragata y la galeota; pero, en cambio, corrió de boca en boca la noticia de que el gran barco que ahora surgía venía al mando de una mujer. Una mujer, sí, que buscaba las *Islas del Rey Salomón*; una mujer que mandaba barcos y soldados, caso único en la historia del globo terráqueo. Y la hembra perulera, la que buscaba las *Islas del Rey Salomón* con más ansias que la Reina de Saba, recién debió cerciorarse que acababa de vencer al Mar del Sur, atravesándolo de parte a parte y uniendo por vez primera a los remotos reinos del Perú con las no menos remotas Islas Filipinas<sup>95</sup>.

Poco después del arribo de la capitana se tuvo noticia de que la galeota *San Felipe* había aportado a Mindanao y que la fragata *Santa Catalina* había sido hallada al garete con toda su gente muerta.

Doña Isabel Barreto de Castro quedó un tiempo en Filipinas, a lo largo del cual casó en 1596 con don Fernando de Castro, regresando con este su esposo al Perú, el cual fue Gobernador de Castrovirreina. En Castrovirreina, precisamente, murió la Gobernadora de las Islas Salomón el 3 de setiembre de 1612, luego de haber otorgado testamento el 15 de julio del mismo año. Por este documento se descubre que para su boda con Mendaña recibió una fuerte cantidad de dinero que sirvió para comprar la *Santa Isabel* o almiranta, y con una segunda dote, el *San Jerónimo* o capitana. Desconócese el lugar donde reposan los restos de doña Isabel, constando solamente que por su testamento pidió fueran llevados al monasterio limeño de Santa Clara.

## NOTAS AL CAPITULO

1. BUSE DE LA GUERRA, Hermann... *Los Peruanos en Oceanía*.— Lima, Imprenta de Pablo Villanueva, 1967.— pp. 240 a 244.
2. *Loc. cit.*
3. *Loc. cit.*  
VARELA Y ORBEGOSO, Luis... *Apuntes para la Historia de la Sociedad Colonial*.— Lima, Imprenta de E. Moreno, 1924.— pp. 176 a 179.
4. VARELA Y ORBEGOSO, Luis... *Op. cit., loc. cit.*
5. KELLY O. F. M., Celsus... *Calendar of Documents*.— Madrid, Imprenta Raycar S. A., 1965.— pp. 386 y 387.
6. El matrimonio del Adelantado y doña Isabel Barreto se celebró en la parroquia limeña de Santa Ana, en cuya jurisdicción había nacido y vivía la contrayente, según noticias gentilmente proporcionadas por el genealogista peruano Ingeniero Rafael Villanueva Maradiegue, gran estudioso de los Barreto de Castro.
7. Se desconoce la fecha del fallecimiento del piloto Hernán Gallego, constando solamente que por entonces se llevó a la tumba la verdadera derrota de las Islas Salomón, pues —como se recordará— deseoso de conocer sólo él con exactitud la ubicación del Río de Oro, falseó los datos que en 1568 entregó a Alvaro de Mendaña. A esta egoísta omisión se debieron, prácticamente, las noventa y siete vidas que costó el segundo viaje de Mendaña.
8. FERNANDEZ DE QUIROS, Pedro... *Historia del descubrimiento de las regiones austriales*.— Madrid, Imprenta de Manuel G. Hernández, 1876.— T. I, cap. IV, p. 24.
9. *Loc. cit.*
10. *Ibidem*, cap. IV, p. 25.
11. *Loc. cit.*
12. *Loc. cit.* A comienzos de 1595 Mendaña tuvo a su cargo el desembarco bajo palio de la imagen del Santo Cristo de Burgos desde su nao capitana al puerto del Callao, lo que se hizo con gran concurso de gente y salvas de artillería. La imagen (traída de España) llegó procedente de Chancay en una falúa, acomodándose entonces en la capitana para su desembarco ceremonial.
13. *Loc. cit.*
14. *Ibidem*, cap. V, p. 26.
15. *Ibidem*, cap. V, pp. 26 y 27.
16. *Ibidem*, cap. V, pp. 29 y 30.
17. *Loc. cit.*
18. *Ibidem*, cap. VI, pp. 32 a 35.
19. *Loc. cit.*
20. *Loc. cit.*
21. LIZARRAGA O. P., fray Reginaldo de... *Descripción de las Indias*.— Lima, Imprenta Miranda, 1946.— Lib. II, cap. XLVII, p. 214.
22. FERNANDEZ DE QUIROS, Pedro... *Op. cit.*, cap. VI, p. 36.
23. *Ibidem*, cap. VI, p. 39.
24. *Loc. cit.*
25. *Ibidem*, cap. VII, p. 40.
26. *Ibidem*, cap. VII, p. 41.
27. *Loc. cit.*
28. LIZARRAGA O. P., fray Reginaldo de... *Op. cit.*, Lib. II, cap. XLVII, p. 214.
29. FERNANDEZ DE QUIROS, Pedro... *Op. cit., loc. cit.*
30. *Ibidem*, cap. VII, p. 42.
31. *Ibidem*, cap. VII, p. 43.

## HISTORIA MARITIMA DEL PERU

32. *Ibidem*, cap. VIII, p. 44.
33. *Ibidem*, cap. VII, p. 41.
34. *Ibidem*, cap. VIII, p. 44.
35. *Ibidem*, cap. VIII, pp. 44 a 47.
36. *Ibidem*, cap. IX, pp. 48 y 49.
37. *Ibidem*, cap. IX, p. 50.
38. *Ibidem*, cap. IX, p. 49.
39. *Ibidem*, cap. X, pp. 50 a 56.
40. *Loc. cit.*
41. BUSE DE LA GUERRA, Hermann... *Op. cit.*, p. 300.
42. FERNANDEZ DE QUIROS, Pedro... *Op. cit.*, cap. XI, pp. 58 a 61.
43. *Loc. cit.*
44. *Loc. cit.*
45. *Ibidem*, cap. XII, pp. 62 y 63.
46. *Ibidem*, cap. XII, pp. 63 y 64.
47. La erupción del volcán parece haber sido un acontecimiento continuo durante la mayor parte del tiempo que los navegantes estuvieron frente a la isla, pero que llegó a su apogeo en los últimos días que estuvieron en ella. Por algún pasaje puede deducirse que la explosión mayor, a la que acompañó un terremoto, fue en definitiva la que forzó a los peruleros a alejarse de *Tinakula* rumbo a la *Isla de Santa Cruz*.
48. El nombre podía tener alguna vinculación con el 18 de agosto, festividad de Santa Elena, emperatriz romana que tras múltiples búsquedas encontró la *Santa y Verdadera Cruz* del Monte Calvario. El 18 de agosto de 1595, la armadilla de Alvaro de Mendaña ingresó al paraje volcánico que se evidenció dos días después en *Tinakula*.
49. FERNANDEZ DE QUIROS, Pedro... *Op. cit.*, cap. XIII, p. 66.
50. *Ibidem*, cap. XIII, p. 67.
51. *Loc. cit.*
52. *Ibidem*, cap. XIII, pp. 67 a 70.
53. *Loc. cit.*
54. *Ibidem*, cap. XIII, pp. 70 a 72.
55. *Ibidem*, cap. XV, pp. 75 a 81.
56. *Ibidem*, cap. XVI, pp. 81 a 86.
57. *Ibidem*, cap. XVII, pp. 87 a 88.
58. *Ibidem*, cap. XVI, p. 86.
59. *Ibidem*, cap. XVII, p. 88.
60. *Loc. cit.*
61. *Ibidem*, cap. XVIII, p. 92.
62. *Ibidem*, cap. XIX, p. p. 101.
63. *Ibidem*, cap. XXI, pp. 108 a 114.
64. *Loc. cit.*
65. *Loc. cit.*
66. *Ibidem*, cap. XXII, p. 119.
67. *Ibidem*, cap. XXIII, p. 120.
68. *Ibidem*, cap. XXIII, pp. 120 a 123.
69. *Loc. cit.*
70. *Ibidem*, cap. XXVI, p. 130.
71. *Ibidem*, cap. XXVI, p. 133.
72. *Ibidem*, cap. XXVII, pp. 134 y 135.
73. *Ibidem*, cap. XXVII, p. 135.
74. *Ibidem*, cap. XXVIII, pp. 137 a 141.
75. *Ibidem*, cap. XXIX, p. 142.
76. *Loc. cit.*
77. No sospechó ninguno de los navegantes que eludiendo la Nueva Guinea pasaban muy cerca de las *Islas Salomón*; menos aún Fernández de Quiros quien, habiendo visto flotar algunos troncos y pajas en el mar, lejos de pensar en su origen salomónico lo atribuyó al archipiélago que rehuía.
78. *Ibidem*, cap. XXIX, pp. 144 y 145.
79. *Ibidem*, cap. XXIX, p. 145.

## NOTAS AL CAPITULO

80. *Loc. cit.*
81. *Ibidem*, cap. XXX, pp. 146 a 149.
82. *Ibidem*, cap. XXXI, p. 150.
83. *Loc. cit.*
84. *Loc. cit.*
85. *Ibidem*, cap. XXXI, p. 151.
86. *Loc. cit.*
87. *Ibidem*, cap. XXX, p. 149.
88. *Ibidem*, cap. XXXII, pp. 156 y 157.
89. *Ibidem*, cap. XXXII, p. 157.
90. *Loc. cit.*
91. *Loc. cit.*
92. *Ibidem*, cap. XXXIV, pp. 158 a 163.
93. *Loc. cit.*
94. *Ibidem*, cap. XXXIV, pp. 178 y 179.
95. *Loc. cit.*

NOTA — Dejamos constancia de nuestro agradecimiento al Dr. Carlos de Zavala y Oyague, por habernos ayudado en descifrar los escudos de armas que figuran dibujados en este volumen.

